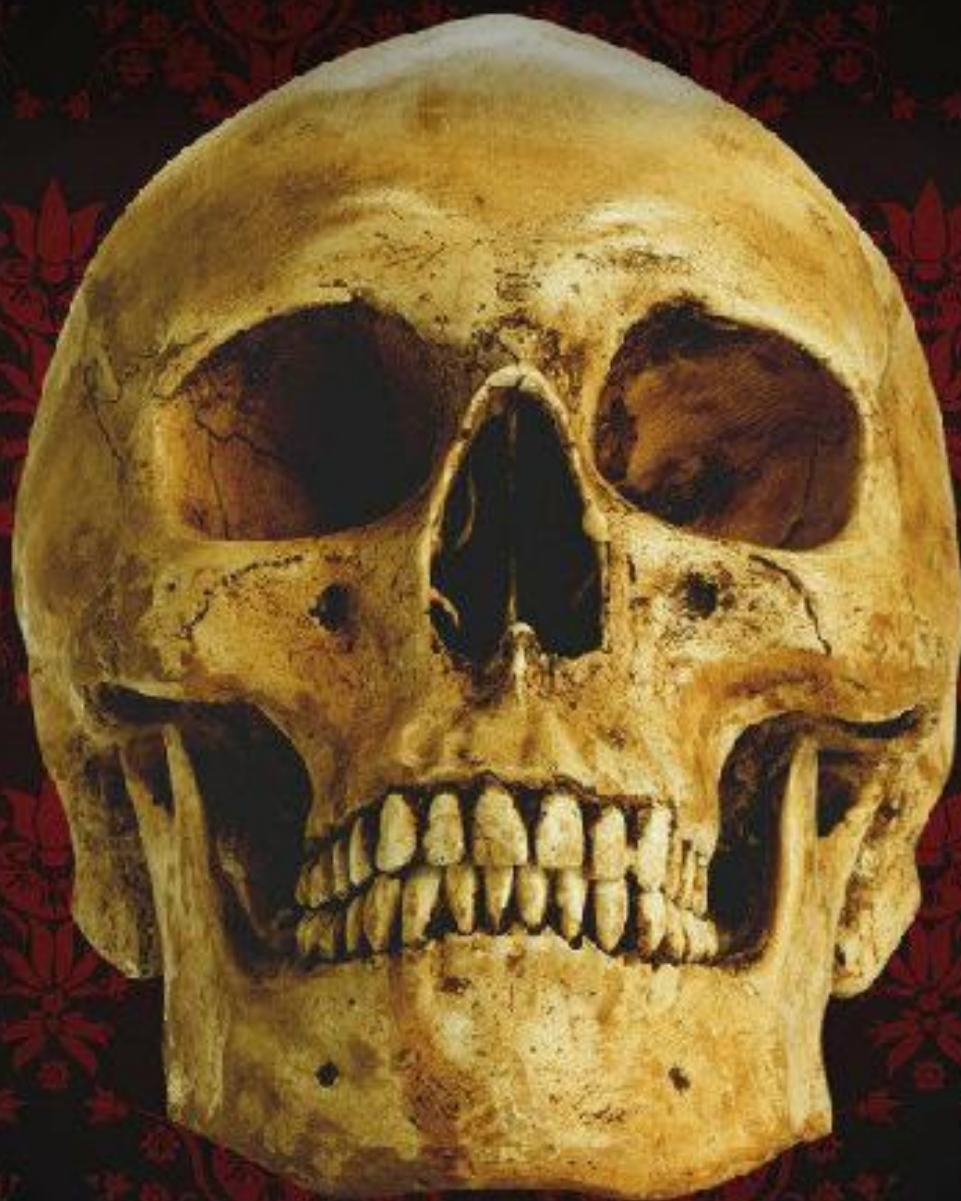


# EL SIRVIENTE *de los Huesos*



Por la autora de "Entrevista con el Vampiro"

## ANNE RICE



ESPA  
PDF

Azriel es un espíritu enamorado del bien y esclavizado por el mal, que nos abre su corazón para relatarnos su asombrosa historia. Tras siglos de sueño profundo, despierta en la ciudad de Nueva York en nuestros días para presenciar el crimen de una joven llamada Esther e inexplicablemente siente la obsesión de vengarla.

El relato se remonta a su juventud mortal en la magnífica ciudad de Babilonia, cuando era un judío culto, rico y bello, plenamente dedicado a su tribu hebrea en cautiverio y al culto de los profetas. Entonces, víctima de un complot palaciego, Azriel es sacrificado al dios Marduk y arrebatada el alma de su cuerpo por sacerdotes y hechiceros que detentan su voluntad al servicio del mal.

Genio inmortal, Azriel se enfrenta en el siglo xx a un hombre ambicioso, el televangelista y terrorista Gregory Belkin, que encarna las fuerzas del mal que siempre combatiera durante su existencia peregrina, y al mismo tiempo se le presenta la anhelada oportunidad de redimir su alma.



Anne Rice

# **El Sirviente de los Huesos**

**ePub r1.0**

**Marley2** 29.03.17



Título original: *Servant of the Bones*

Anne Rice, 1996

Traducción: Camila Batlles Vinn

Editor digital: Marley2

ePub base r1.2

**más libros en [espapdf.com](http://espapdf.com)**

Este libro está dedicado a DIOS

## Pslam 137

---

By the rivers of Babylon, there we sat  
down, yea, we wept, when we  
remembered Zion.

We hanged our harps upon the willows  
in the midst thereof.

For there they that carried us away  
captive *required of us* a song; and they  
that wasted us required of us mirth,  
*saying*, Sing us *one* of the songs of Zion.  
How shall we sing the Lord's song in  
a strange land?

If I forget thee, O Jerusalem, let my  
right hand forget *her cunning*.

If I do not remember thee, let my  
tongue cleave to the roof of my mouth;  
if I prefer not Jerusalem above my chief joy.

Remember, O Lord, the children of  
Edom in the day of Jerusalem; who said,  
Rase *it*, rase *it*, *even* to the foundation  
thereof.

O daughter of Babylon, who art to be  
destroyed; happy *shall he be*, that  
rewardeth thee as thou hast served us.

Happy *shall he be*, that taketh and  
dasheth thy little ones against the stones.\*

---

\* SALMO 137 / A orillas de los ríos de Babilonia / estábamos sentados y llorábamos, / acordándonos de Sión; / En los álamos de la orilla / teníamos colgadas nuestras cítaras. / Allí nos pidieron / nuestros deportadores cánticos, nuestros raptos alegría: / «¡Cantad para nosotros / un cantar de Sión!» / ¿Cómo podríamos cantar / un canto de Yahveh / en una tierra extraña? / ¡Jerusalén,

si yo de ti me olvido/que se seque mi diestra! / ¡Mi lengua se me pegue al paladar / si de ti / no me acuerdo / si no alzo a Jerusalén / al colmo de mi gozo! / Acuérdate, Yahveh, / contra los hijos de Edom, / del día de Jerusalén, / cuando ellos decían: ¡Arrasad, / arrasadla hasta sus cimientos! / ¡Hija de Babel devastadora, / feliz quién te devuelva / el mal que nos hiciste,/feliz quién agarre y estelle / contra la roca a tus pequeños!

## PROEMIO

Asesinada. Tenía el pelo y los ojos de color negro.

Ocurrió en la Quinta Avenida, el asesinato, en una elegante y concurrida tienda de ropa, en medio del trajín de clientes y vendedoras. Unos ataques de histeria cuando cayó al suelo... probablemente.

Lo vi en la silenciosa pantalla del televisor. Esther. La conocía. Sí, Esther Belkin. Había sido alumna en mi clase. Esther. Era rica y guapa.

Su padre presidía un imperio internacional; banalidades y camisetas de la *New Age*. Los Belkin tenían todo el dinero que unos seres humanos pueden necesitar o ambicionar, y ahora Esther, la dulce Esther, una chica en la flor de la vida que siempre formulaba sus preguntas con timidez, estaba muerta.

Creo que la vi morir en el noticiario de la televisión, «en directo». Yo estaba leyendo un libro, sin prestar mucha atención. Las noticias se sucedían en silencio, mezclando estrellas de cine y guerras, e iban proyectando, despacio, unos potentes destellos sobre las paredes de la habitación. Imágenes silenciosas y brascas de un televisor que nadie contemplaba. Después de ver su muerte «en directo» seguí leyendo.

De vez en cuando, durante los siguientes días pensé en ella. A raíz de su muerte ocurrieron otros horrores que guardaban relación con su padre y su iglesia electrónica. Más derramamiento de sangre.

Yo no conocía a su padre. Sus seguidores eran como la basura que se amontona en las esquinas de la calles.

Sin embargo, recuerdo bien a Esther. Quería saberlo todo, era una de esas chicas humildes que escuchan siempre con atención, y dulce, sí, muy dulce. La recuerdo, por supuesto. No deja de ser una ironía, esa bonita y tímida joven, asesinada, y la tragedia de los delirios de grandeza de su padre.

Nunca traté de comprender toda esa historia.

Me olvidé de Esther. Olvidé que había sido asesinada. Me olvidé de su padre. Supongo que hasta olvidé que había estado viva.

Noticias, noticias y más noticias.

Había llegado el momento de abandonar las clases por un tiempo.

Me recluí para escribir mi libro. Me fui a las montañas, a la nieve. Ni siquiera había ofrecido una oración en memoria de Esther Belkin, pero soy un historiador, no un hombre religioso.

En las montañas, lo averigüé todo. La muerte de Esther me persiguió, vívida y pletórica de significado, a través de las palabras de otro.



# **PRIMERA PARTE**

## THE BONES OF WOE

---

Golden are the bones of woe.  
Their brilliance has no place to go.  
It plunges inward,  
Spikes through snow.

Of weeping fathers whom we drink  
And mother's milk and final stink  
We can dream but cannot think.  
Golden bones encrust the brink.

Golden silver copper silk.  
Woe is water shocked by milk.  
Heart attack, assassin, cancer.  
Who would think these bones such dancers.

Golden are the bones of woe.  
Skeleton holds skeleton.  
Words of ghosts are not to know.  
Ignorance is what we learn.

Stan Rice, *Some Lamb*, 1975\*

---

\* LOS HUESOS DEL DOLOR / Los huesos del dolor son dorados. / Su resplandor no tiene a dónde ir. / Se sumerge dentro de sí, / y asoma a través de la nieve. / No podemos imaginar, pero sí soñamos / con padres llorosos a cuya salud bebemos, / con leche materna y hedor final. / Los huesos dorados se incrustan en el borde. / Plata dorada, seda cobriza. / El dolor es agua enturbiada con leche. / Ataque cardíaco, asesino, cáncer. / Quién iba a suponer que estos huesos / eran unos bailarines tan diestros. / Los huesos del dolor son dorados. / El esqueleto abraza al esqueleto. / No conocemos las palabras de los fantasmas. / Lo que aprendemos es ignorancia. / Stan Rice, *Some*



# 1

Éste es el relato de Azriel tal como él me lo contó, rogándome que le escuchara y tomara nota de sus palabras. Llámenme Jonathan, como hizo él. Ése fue el nombre que eligió la noche que apareció ante la puerta abierta de mi casa y me salvó la vida.

De no haber venido en busca de un escriba, yo habría muerto antes del amanecer.

Permítanme explicarles que soy muy conocido en los ámbitos de la historia, la arqueología y los estudios referentes a Sumer. Jonathan es uno de los nombres que me impusieron cuando nací, pero no lo hallarán en las solapas de mis libros, que mis alumnos estudian porque están obligados a hacerlo, o porque los misterios de las historias y leyendas antiguas les fascinan tanto como a mí.

Azriel sabía que yo era un intelectual, un profesor, cuando vino a verme.

Jonathan fue el nombre privado que Azriel, con mi aprobación, decidió ponerme. Lo había sacado de la tríada de nombres que figuran en las páginas de créditos de mis libros. Y yo respondí a él. Fue el nombre que utilizó para dirigirse a mí durante las largas horas que pasamos juntos mientras me relataba su historia, una historia que yo jamás publicaría bajo mi nombre profesional, pues sabía muy bien, al igual que él, que esta historia jamás sería aceptada junto a mis otras historias.

De modo que soy Jonathan, el escriba, y voy a narrar la historia tal como me la contó Azriel. En realidad a él le tiene sin cuidado el nombre que yo utilice ante ustedes. Lo único que le importa es que escriba lo que él me relató. El Libro de Azriel fue dictado a Jonathan.

Él sabía quién era yo; conocía todas mis obras, que había leído detenidamente antes de presentarse en mi casa. Conocía mi reputación académica, y algo en mi estilo o talante le había llamado la atención. Quizás aprobaba el hecho de que yo hubiera alcanzado la venerable edad de sesenta y cinco años y siguiera escribiendo y trabajando día y noche como un joven, sin intención de jubilarme de la escuela donde imparto clases, aunque de vez en cuando tenga que alejarme de ella por completo.

De modo que no fue una elección al azar lo que le hizo trepar por escarpadas montañas, bajo la nieve, a pie, transportando tan sólo una revista enrollada en la mano, su esbelta figura coronada por una espesa melena de pelo negro y rizado que le caía sobre los hombros, como un manto que le protegiera la cabeza y el cuello, y uno de esos abrigo de doble faz muy holgados que sólo las personas de gran estatura y espíritu romántico saben lucir con aplomo o con encantadora indiferencia.

A la luz del fuego parecía un joven bondadoso, de inmensos ojos negros y cejas pobladas, la nariz pequeña y gruesa, la boca carnosa como la de un querubín y el cabello salpicado de nieve,

mientras el viento que penetraba a través de la puerta agitaba los faldones de su abrigo y hacía que mis preciosos papeles volaran en todas direcciones.

De vez en cuando ese abrigo resultaba demasiado holgado para él. Su aspecto cambiaba por completo y se asemejaba al hombre que aparecía en la portada de la revista que llevaba consigo.

Era el milagro que yo ya había presenciado antes de saber quién era ese hombre o que yo iba a vivir, que me había bajado la fiebre.

Debo aclarar que no estoy loco ni soy un excéntrico; tampoco he mostrado jamás tendencias autodestructivas. No fui a las montañas para morir. Me pareció una buena idea buscar la soledad en mi casa del norte, desconectado del mundo y sin teléfono, fax, televisión o corriente eléctrica. Tenía que acabar un libro en el que llevaba trabajando diez años, y fue en este exilio voluntario donde me propuse concluirlo.

La casa me pertenece y en aquellos momentos, como de costumbre, estaba perfectamente abastecida de botellas de agua mineral, petróleo y keroseno para las lámparas, cajas de velas, pilas eléctricas de diferentes tamaños para el pequeño magnetófono que utilizo y los ordenadores portátiles con los que trabajo; también el enorme cobertizo estaba lleno de troncos secos de encina para encender el fuego que necesitaría durante mi estancia allí.

Disponía de los pocos medicamentos que es posible transportar en una caja metálica. Disponía de los alimentos sencillos que puedo comer y cocinar sobre el fuego: arroz, sémola de maíz, latas y más latas de caldo de pollo sin sal y unos barriles de manzanas que me durarían todo el invierno. También había llevado un par de sacos de ñames, tras descubrir que podía envolverlos en papel de aluminio y asarlos sobre el fuego de carbón y leña de encina.

Me gustaba el alegre color naranja de los ñames. Les aseguro que no me sentía orgulloso de esta dieta, ni pretendía escribir un artículo sobre ella para una revista. Simplemente, estoy cansado de comidas fuertes; estoy harto de los restaurantes populares y abarrotados de Nueva York y de los suntuosos bufets a los que me invitaban, e incluso de las estupendas comidas con que me agasajaban mis colegas durante la semana en sus propias casas. Sólo trato de explicarles la situación. Deseaba combustible para mi cuerpo y mi mente.

Compré lo que necesitaba para escribir con tranquilidad. La cosa no tiene nada de particular.

El lugar estaba repleto de libros, y sus viejas paredes de madera rústica se hallaban perfectamente aisladas y revestidas de estantes hasta el techo. Allí conservo un duplicado de todos los textos importantes que suelo consultar en casa, y los pocos libros de poesía que leo una y otra vez para deleitarme.

Los ordenadores portátiles, todos ellos de tamaño reducido y dotados de una potencia más allá de lo que jamás llegaré a comprender sobre discos duros, bytes, megabytes de memoria y 486 chips, me los habían enviado previamente, junto con una increíble cantidad de disquetes para realizar un *back up* o copias de mi trabajo.

Lo cierto es que escribo principalmente a mano, en unos cuadernos de papel amarillo. Tengo infinidad de bolígrafos, de punta muy fina y tinta negra.

Todo era perfecto.

Debo añadir que el mundo que había dejado atrás me parecía más enloquecido que de costumbre. En la televisión no cesaban de hablar sobre un macabro juicio que se celebraba en la costa Oeste,

relacionado con un famoso deportista acusado de haber rebanado el cuello a su mujer, un espectáculo de lo más entretenido que había acaparado las tertulias televisivas, los noticiarios e incluso esa insulsa, ingenua e infantil conexión con el mundo que se denomina *¡E de Entretenimiento!*

En la ciudad de Oklahoma, habían volado un edificio federal, no unos terroristas extranjeros, sino unos ciudadanos americanos, miembros de un movimiento de guerrilla urbana; habían decidido, al igual que los *hippies* de hace unos años, que nuestro Gobierno era un enemigo peligroso. Pero a diferencia de éstos, que se limitaban a tumbarse sobre los raíles del tren y ponerse a cantar a coro, estos nuevos militantes de pelo cortado a cepillo —llenos de fantasías sobre inminentes catástrofes— mataban a nuestras gentes, a centenares.

Luego estaban las guerras en el extranjero, que se habían convertido en verdaderos circos. No pasaba un día sin que nos recordaran las atrocidades cometidas por bosnios y serbios en los Balcanes, una región que, por un motivo u otro, llevaba siglos enzarzada en guerras. Yo ya no sabía quiénes eran musulmanes, cristianos, aliados rusos o amigos. Desde hacía años Sarajevo se había convertido en un nombre familiar para todos los americanos aficionados a la televisión. En las calles de esa ciudad la gente moría a diario, incluidos los miembros de las fuerzas de la ONU que estaban destinadas a mantener la paz.

En los países africanos, la gente moría de hambre debido a los disturbios civiles y a la escasez de alimentos. Las imágenes que nos servían cada noche en la televisión de niños africanos medio muertos de hambre, con la barriga hinchada y el rostro cubierto de moscas, se había convertido en un espectáculo cotidiano, tan corriente como el anuncio de una cerveza.

En las calles de Jerusalén luchaban judíos y árabes. Las bombas no cesaban de estallar; quienes protestaban eran eliminados por los ejércitos y los terroristas destruían a víctimas inocentes para reforzar sus reivindicaciones.

En Ucrania, los supervivientes de una Unión Soviética derrotada luchaban contra las gentes de las montañas que nunca habían cedido ante ninguna potencia extranjera. Las personas morían en medio de la nieve y el hielo por razones que resultan difíciles de explicar.

En suma, en docenas de lugares reinaba el sufrimiento, la guerra, la muerte, todo lo cual era puntualmente filmado mientras los diferentes Parlamentos del mundo trataban en vano de hallar unas respuestas que no incluyeran el uso de proyectiles. La década era una fiesta de guerras.

Luego estaba la muerte de Esther Belkin, seguida por el escándalo del Templo de la Mente. En unos depósitos que eran propiedad del Templo y se hallaban repartidos desde Nueva Jersey a Libia, habían encontrado varios alijos de armas de asalto. En sus hospitales se almacenaban explosivos y gases venenosos. El gran mentor de esta popular iglesia de ámbito internacional, Gregory Belkin, estaba loco.

Antes de Gregory Belkin había habido otros locos con grandes sueños, pero a buen seguro menos recursos. Jim Jones y su Templo del Pueblo se dedicaron a perpetrar asesinatos en masa en las selvas de Guayana; David Koresch, quien creía ser Jesucristo, había perecido bajo las balas y las llamas en su refugio de Waco, Texas.

Un líder religioso japonés había sido recientemente acusado de asesinar a gente inocente en el metro.

Una iglesia que ostentaba el hermoso nombre de Templo Solar había organizado hacía poco un

suicidio en masa coordinado en tres localidades diferentes de Suiza y Canadá.

El presentador de un popular programa de entrevistas daba instrucciones a sus telespectadores sobre cómo asesinar al presidente de Estados Unidos.

En los últimos tiempos se había extendido con inusitada furia un virus mortal a través de un país africano, para desaparecer poco después y dejar a todos los seres pensantes con un renovado interés por la vieja obsesión: que tal vez se aproximaba el fin del mundo. Al parecer existían más de tres tipos de este virus, y muchos otros no menos mortíferos que permanecían agazapados en las selvas tropicales del mundo.

Las noticias diarias, y la inevitable conversación civilizada de todos los días, se componían de otras cien historias surrealistas.

De modo que huí de esto, y de otras cosas. Huí en busca de la soledad, la nieve, la brutal indiferencia de los árboles y las pequeñas estrellas invernales.

Mi viejo todo terreno me transportó a través de estos «bosques de medias de cuero», como los llaman a veces, en honor de James Fenimore Cooper, para pasar el invierno atrincherado en este lugar. En el vehículo había un teléfono mediante el cual, con perseverancia, era posible comunicarse con el mundo exterior. Pensé en arrancarlo, pero lo cierto es que no soy precisamente un manitas y no lo habría conseguido sin dañar el coche.

Así pues, como habrán comprobado, no soy un imbécil, sino sólo un intelectual. Me había trazado un plan. Estaba preparado para las fuertes nevadas que iban a caer y los vientos que soplarían a través de la chimenea metálica que estaba instalada sobre el hogar circular central. Adoro el olor de mis libros, la leña de encina y los copos de nieve que caen a veces sobre las llamas; adoro esas cosas y de vez en cuando las necesito. Esta casa me había procurado muchos otros inviernos justo lo que yo le pedía.

Esa noche había comenzado como tantas otras. La fiebre me pilló por sorpresa; recuerdo haber colocado numerosos troncos en la chimenea porque no quería tener que ocuparme continuamente del fuego. Después de beber el agua que tenía junto a la cama, no sé, creo que estaba medio inconsciente. Sé que me dirigí a la puerta, la abrí y luego fui incapaz de cerrarla; eso sí lo recuerdo. Supongo que trataba de alcanzar el todo terreno.

Me era imposible cerrar la puerta. Permanecí largo rato tendido sobre la nieve antes de entrar arrastrándome en la casa para alejarme de las fauces del invierno, o al menos eso pensé.

No olvido esas cosas, porque recuerdo que en aquellos momentos comprendí que corría grave peligro. El largo trayecto de vuelta a la cama, el largo recorrido de regreso al calor del fuego, me dejó exhausto. Me arrebujé bajo el montón de mantas de lana y edredones para huir del torbellino que había penetrado en mi casa. Entonces comprendí que si no recobraba la lucidez, si no me recuperaba, el invierno no tardaría en entrar y apagaría para siempre el fuego de la chimenea, y me llevaría consigo.

Permanecí tendido en la cama, tapado con las mantas hasta la barbilla mientras sudaba y tiritaba. Observé los copos de nieve revoloteando bajo las vigas inclinadas del techo. Contemplé la pirámide de troncos mientras las llamas los consumían. Percibí el olor a quemado de la olla cuando el caldo que hervía se evaporó. Vi que la superficie de mi escritorio estaba cubierta de nieve.

Decidí levantarme, pero me quedé dormido. Tuve uno de esos estúpidos y angustiosos sueños que



la fiebre suele provocar. Al cabo de un rato me desperté sobresaltado, volví a caer dormido y soñé de nuevo. Las velas se habían apagado, pero el fuego aún ardía en la chimenea y la habitación estaba inundada de nieve, que se depositaba en una capa sobre el escritorio, la silla y quizás incluso el lecho. Recuerdo que lamí la nieve que tenía en los labios, y tenía buen sabor, y también la nieve derretida que conseguí coger con la mano. Tenía una sed espantosa. Era mejor soñar que sentir sed.

Debía de ser medianoche cuando apareció Azriel.

¿Eligió ese momento, guiado por su sentido de la teatralidad? Al contrario. En la lejanía, mientras avanzaba bajo la nieve y el viento, había visto el fuego en la cima de la montaña, las chispas que brotaban de la chimenea y la luz que parpadeaba a través de la puerta abierta, y se había precipitado en dirección a esas señales.

La mía era la única casa que había en la zona y él lo sabía. Lo había averiguado a través de algunos comentarios de quienes le habían informado, con amabilidad y tacto, de que yo permanecería ilocalizable durante varios meses, que me había ocultado.

Lo vi en cuanto apareció en la puerta. Vi su lustrosa melena, negra y ondulada, y el fuego que brillaba en sus ojos. Observé la fuerza y rapidez con que cerró la puerta, echó el cerrojo y se dirigió hacia mí.

—Voy a morir —creo que dije yo.

—No, Jonathan, no morirás —contestó Azriel.

Me acercó de inmediato la botella de agua a los labios y me levantó la cabeza. Yo bebí y bebí y mi fiebre bebió, y luego lo bendije.

—Es normal que trate de ayudarte, Jonathan —dijo Azriel con modestia.

Mientras él alimentaba el fuego y limpiaba la nieve me quedé adormilado. Recuerdo con meridiana claridad que al despabilarme lo vi recoger con gran cuidado los papeles que se hallaban desperdigados por el suelo y luego arrodillarse junto al fuego para ponerlos a secar, en un intento de salvarlos.

—Es tu trabajo, un trabajo muy valioso —dijo mientras yo lo observaba.

Se había quitado el voluminoso abrigo de doble faz. Estaba en mangas de camisa, lo cual significaba que estábamos a salvo. Aspiré de nuevo el aroma de la sopa, un burbujeante caldo de pollo. Me lo sirvió en un cuenco de barro —el tipo de objetos rústicos que suelo utilizar en esta casa— y me dijo que tomara unos sorbos, cosa que hice.

De hecho, fue con agua y caldo como poco a poco consiguió reanimarme. Yo no tuve la presencia de ánimo de indicarle las escasas medicinas que contenía el botiquín de primeros auxilios. Luego, me limpió el rostro con agua fría.

Me lavó el cuerpo despacio y con paciencia, y me manipuló con suavidad para colocar, sin levantarme del lecho, unas sábanas limpias.

—El caldo —dijo Azriel—; el caldo, no, tienes que tomártelo.

Y el agua, el agua que me daba a beber continuamente.

¿Había suficiente agua para él?, me preguntó. Casi solté una carcajada.

—Por supuesto, querido amigo. ¡No faltaba más! Bebe toda la que quieras.

Azriel bebió con avidez y me aseguró que era lo único que necesitaba, que la escalera del cielo había desaparecido por enésima vez y lo había dejado en la estacada.

—Me llamo Azriel —dijo al tiempo que se sentaba junto a la cama—. Me llamaban el Sirviente de los Huesos —añadió—, pero me convertí en un fantasma rebelde, un genio amargado e impertinente.

A continuación me mostró la revista que llevaba. Yo había recobrado la lucidez. Me incorporé, apoyándome en el divino lujo que representan unas almohadas limpias. Azriel no tenía en absoluto el aspecto de un fantasma; era un individuo atlético, pletórico de vida, y el vello negro que cubría el dorso de sus manos y sus antebrazos reforzaba ese aire enérgico y vital.

En la portada de la célebre revista *Time* aparecía el rostro de Gregory Belkin. Gregory Belkin, el padre de Esther y fundador del Templo de la Mente, era un hombre capaz de perjudicar a millones de seres humanos.

—He matado a ese hombre —dijo Azriel.

Me volví para mirarlo, y fue entonces cuando presencié el milagro.

Él deseaba que así fuera. Lo hizo para mí.

Su tamaño había mermado, aunque sólo ligeramente; su frondosa melena de rizos negros había desaparecido; ahora lucía el pelo corto, como un hombre de negocios moderno; incluso su holgada camisa se había transformado en un impecable traje de color ne-gro, y él se había convertido... ante mis propios ojos... en Gregory Belkin.

—Sí —dijo Azriel—. Éste es el aspecto que presentaba el día en que hice mi elección, cuando decidí renunciar a mis poderes para siempre, asumir una apariencia de carne y hueso y sufrimiento. Cuando lo maté yo era idéntico a Gregory.

Antes de que yo respondiera, Azriel comenzó a transformarse de nuevo: su cabeza aumentó de tamaño, sus rasgos se hicieron más pronunciados, la frente más fuerte y despejada, su boca de querubín sustituyó los delgados labios de Belkin. Los ojos de mirada intensa se agrandaron bajo las pobladas cejas que tendían a curvarse hacia abajo cuando sonreía, haciendo que su sonrisa y la inmensidad de sus ojos asumieran un aire misterioso y seductor.

No era una sonrisa feliz. No contenía el menor atisbo de humor ni dulzura.

—Creí que siempre tendría este aspecto —dijo Azriel mientras sostenía la revista en alto para que yo me fijara en la portada—. Creí que tendría esta forma hasta que muriera —añadió con un suspiro—. El Templo de la Mente yace en ruinas. La gente no morirá. Las mujeres y los niños no caerán postrados en la calle al inhalar el maléfico gas. Pero yo no he muerto. Me he convertido de nuevo en Azriel.

Yo le cogí la mano.

—Eres un hombre de carne y hueso, que respira —dije—. No sé cómo conseguiste asumir el aspecto de Gregory Belkin.

—No, no soy un hombre, soy un fantasma —replicó Azriel—, un fantasma tan poderoso que puede envolverse en la forma que tenía cuando estaba vivo; y ahora no logro desembarazarme de ella. ¿Por qué me ha hecho esto Dios? No soy un ser inocente; he pecado. Pero ¿por qué no puedo morir?

De golpe se dibujó una sonrisa en su rostro. Parecía casi un chiquillo; los alborotados rizos formaban un oscuro marco que resaltaba sus mejillas enjutas y su atractiva y carnosa boca de querubín.

—Quizá Dios me permitió vivir para que te salvara, Jonathan. Quizá sea éste el motivo. Me devolvió mi antigua forma humana para que trepara por esta montaña y te contara todo esto. De no haber venido yo a tu casa, habrías muerto.

—Es posible, Azriel —respondí.

—Descansa —dijo—. Tu frente ya no arde. Esperaré, y vigilaré, y si de vez en cuando adviertes que vuelvo a convertirme en ese hombre, es porque intento calibrar la dificultad que ello implica. Nunca me costó cambiar de forma para el hechicero que me invocó de entre los muertos. Nunca tuve la menor dificultad para realizar un conjuro a fin de engañar a los enemigos de mi amo o a quienes pretendían robarle o estafarlo.

»Pero ahora me resulta difícil ser otra cosa que el joven que era cuando comencé; cuando me tragaba las mentiras de los demás, cuando me convertí en un fantasma y no en el mártir que me prometieron. Descansa, Jonathan, duerme un rato. Tienes la mirada lúcida y has recuperado el color en las mejillas.

—Dame un poco más de caldo —solicité.

Azriel obedeció.

—De no ser por ti, Azriel, estaría muerto.

—Sí, es cierto. Pero yo tenía un pie en la escalera del cielo, me disponía a subir por ella cuando tomé esta decisión, y cuando todo hubo terminado, cuando el templo quedó destruido, pensé que la escalera descendería otra vez para mí. Los hasidim son puros e inocentes. Son buenas gentes. Pero deben dejar las batallas en manos de monstruos como yo.

—Dios mío —dije. Gregory Belkin. Un plan de locos. Recordé algunos fragmentos—. Esa chica tan guapa...

—Se llamaba Esther.

—Sí.

Azriel abrió la revista enrollada y húmeda ante mis ojos. Estaba muy arrugada, como si se hubiera empezado a secar en la cálida habitación. Vi la célebre fotografía de Esther Belkin, en la Quinta Avenida. La vi postrada en una camilla antes de que la metieran en la ambulancia, y antes de que muriera.

Sin embargo, esta vez me fijé en una figura que aparecía en la fotografía y en la que antes no había reparado, no, ni al verla en los noticiarios de la televisión ni entre las grandes imágenes de portada que habían publicado los periódicos de esta misma escena. Hasta ese momento no había prestado atención a la figura. Vi a un joven junto a la camilla de Esther con las manos en la cabeza, horrorizado de lo que le había ocurrido a la chica, un joven cuyos rasgos aparecían borrosos entre el gentío que lo rodeaba en esa famosa fotografía, a excepción de sus pobladas y bien dibujadas cejas y su espesa melena negra y rizada.

—Pero si eres tú —observé—. Éste que aparece en la foto eres tú, Azriel.

Azriel estaba distraído. No respondió. Apoyó el dedo sobre la imagen de Esther.

—Murió allí —dijo—, Esther, su hija.

Le expliqué que la había conocido. En aquella época el Templo constituía una novedad, y más que sólido e inmenso e infatigable era bastante polémico.

Azriel me miró durante unos minutos.

—Era una chica muy dulce, ¿verdad?

—Sí —contesté—, muy dulce. No se parecía en absoluto a su padrastro.

Azriel se señaló a sí mismo en la fotografía.

—Sí, el fantasma, el Sirviente de los Huesos —dijo—. Yo era visible en mi dolor. Nunca sabré quién me llamó. Quizá fuera sólo su muerte, la siniestra y horrible belleza de su muerte. Jamás lo sabré. Pero como puedes ver, y tocar, ahora poseo la forma sólida de lo que antes no era sino vapor. Dios me ha envuelto en mi vieja carne; hace que cada vez me resulte más difícil desaparecer y aparecer otra vez; esfumarme, convertirme en aire y reorganizarme de nuevo. ¿Qué será de mí, Jonathan? Temo no poder morir. Jamás moriré.

—Debes contármelo todo, Azriel.

—¿Todo? Estoy deseando hacerlo, Jonathan, te lo aseguro.

Al cabo de una hora, conseguí levantarme de la cama y andar por la casa sin marearme. Azriel halló mi gruesa bata y mis zapatillas de cuero. Algunas horas después me sentí hambriento.

Hacia el amanecer me quedé dormido. Cuando me desperté al atardecer, me sentía perfectamente; había recuperado mi agudeza mental y el ambiente de la cabaña no sólo estaba agradablemente caldeado por el fuego, sino que Azriel había encendido y distribuido unas velas, las más gruesas, por la habitación, de forma que los rincones estaban iluminados por una luz tamizada y tenue.

—¿Te parece bien? —me preguntó con suavidad.

Le dije que encendiera más velas, y también la lámpara de petróleo que había sobre mi escritorio. Azriel se apresuró a obedecerme. Las cerillas no constituían un misterio para él, ni tampoco los encendedores. Estiró la mecha de la lámpara, y colocó otras dos velas encendidas sobre la superficie de piedra de la mesita que había junto a mi cama.

La habitación, con sus postigos de madera cerrados a cal y canto, al igual que la puerta, aparecía suave y armoniosamente visible. El viento aullaba a través de la chimenea. Cayó de nuevo un torrente de copos de nieve que se disolvieron al calor del fuego.

La tormenta había remitido pero seguía nevando. El invierno nos envolvía.

No aparecerá nadie, nadie nos molestará, nadie nos distraerá. Observé a Azriel con curiosidad. Me sentía feliz. Insólitamente feliz.

Le enseñé cómo preparar café mediante el sencillo método de arrojar los granos en la cafetera, y me bebí varias tazas, gozando con su aroma.

Aunque Azriel insistió en hacerlo, yo mismo preparé una succulenta cena compuesta de sémola de maíz; le indiqué que venía en unos paquetitos y lo único que había que hacer era poner agua, hervir, añadir la sémola y removerla hasta obtener unas deliciosas gachas.

Azriel me observó mientras yo comía. Dijo que no le apetecía comer nada.

—¿Por qué no las pruebas? —pregunté. Se lo rogué.

—Porque mi cuerpo no las toleraría —respondió—. No soy humano, ya te lo he dicho.

Se levantó y se dirigió despacio hacia la puerta. Temiendo que fuera a abrirla, encogí los hombros, dispuesto a encajar la ráfaga de aire helado que penetraría a través de la puerta. Decidí no pedirle que la cerrara; después de todo lo que había hecho por mí, si tenía el capricho de contemplar la nieve, no podía negarle nada.

Pero Azriel se limitó a alzar los brazos. Sin que hubiera abierto la puerta, penetró una ráfaga de

viento y su figura palideció, osciló unos segundos, mezclándose sus colores y texturas en un torbellino, y desapareció.

Fascinado, me levanté del sillón que ocupaba junto al fuego y sostuve el cuenco de gachas contra mi pecho, en un gesto por completo infantil.

El viento remitió. No había rastro de Azriel, y al cabo de unos minutos, cuando el viento sopló de nuevo, era caliente, como una ráfaga de aire que saliera de un horno.

Azriel se hallaba junto al fuego, mirándome. Llevaba la misma camisa blanca, los mismos pantalones negros. A través del cuello abierto de la camisa asomaba el mismo vello negro que le crecía en el pecho.

—¿Es que jamás alcanzaré el estado de *nefesh*? —preguntó—. Es decir, la unión de cuerpo y alma.

Yo conocía esa palabra hebrea.

Le pedí que se sentara. Azriel manifestó su deseo de beber agua. Me explicó que todos los fantasmas y espíritus podían beber agua, y que absorbían los aromas de los sacrificios; por eso las leyendas antiguas se referían a libaciones e incienso, a ofrendas quemadas y a humo alzándose de los altares. Se bebió el agua, lo cual pareció relajarle.

Luego se repantigó en uno de mis numerosos y desvencijados sillones de cuero, sin hacer caso de sus boquetes y desgarrones. Apoyó los pies en la chimenea de piedra, y observé que tenía los zapatos empapados.

Me terminé las gachas, llevé el plato a la cocina y regresé con la fotografía de Esther. Alrededor de mi chimenea circular podían tomar asiento seis personas. Azriel y yo estábamos sentados el uno junto al otro, él de espaldas al escritorio y a la puerta, y yo de espaldas al rincón más cálido, pequeño y oscuro de la habitación, en mi sillón favorito de muelles rotos y brazos gruesos y redondeados, que estaba cubierto de manchas de vino y de café.

Miré la fotografía. Ocupaba media página, en esta historia recurrente de su asesinato que había sido aireada de nuevo sólo debido a la caída de Gregory.

—Él la mató, ¿no es cierto? —pregunté—. Fue el primer asesinato.

—Sí —contestó Azriel.

Me asombraba que tuviera esas cejas tan pobladas y hermosas que le daban un aire serio y pensativo, y una boca capaz de esbozar una sonrisa tan dulce. No había ningún doble capaz de ocupar el lugar de Esther. Gregory había matado a su propia hijastra.

—Fue entonces cuando aparecí yo —dijo—. Salí de las tinieblas como si me hubiera invocado mi amo el hechicero, pero no era así. Aparecí totalmente formado mientras me apresuraba por las calles de Nueva York para presenciar su muerte, la cruel muerte de esa chica, y para matar a quienes la habían asesinado.

—¿A los tres hombres? ¿Esos que mataron a puñaladas a Esther Belkin?

Azriel no respondió. Entonces lo recordé. Los hombres habían sido apuñalados con sus propios picos de hielo, a una manzana y media de la escena del crimen. Aquel día la Quinta Avenida estaba tan atestada de gente que nadie relacionó la muerte de los tres matones con el asesinato de la hermosa joven que había perecido en la elegante tienda de Henri Bendel. No fue hasta el día siguiente que los picos de hielo delataron la historia de sangre, la sangre de Esther sobre los tres matones, la sangre de

éstos sobre el ser elegido por alguien para liquidarlos.

—En aquellos momentos supuse que todo formaba parte del complot —dije—. Esther había sido asesinada por unos terroristas, según declaró él, y él mismo se había encargado de liquidar a esos matones para inflar la mentira.

—No, esos matones debían huir, para que así él pudiera inflar la mentira sobre los terroristas. Pero aparecí yo, y los maté. —Azriel se volvió hacia mí—. Esther me vio a través de la ventanilla de la ambulancia que se la llevaba, antes de morir, y pronunció mi nombre: «Azriel».

—Así que te invocó.

—No, no era una hechicera; no conocía las palabras. No poseía los huesos. Yo era el Sirviente de los Huesos.

Azriel se reclinó en el sillón. Permaneció en silencio mientras contemplaba el fuego; sus ojos de mirada febril bordeados de espesas y largas pestañas negras, los huesos de su frente pronunciados como la línea de su mandíbula.

Al cabo de un rato, Azriel me dedicó una de sus típicas sonrisas alegres e inocentes.

—Estás perfectamente, Jonathan. La fiebre ha remitido —dijo con una sonrisa.

—Sí —contesté. Me recliné en el sillón y gocé del calor que invadía la habitación, del aroma que despedían los troncos de encina mientras ardían en la chimenea. Apuré el café hasta que sólo quedaron los granos en el fondo de la taza, los cuales mordisqueé, y deposité la taza en la chimenea circular—. ¿Me permitirás que grabe lo que me cuentes? —pregunté.

La luz iluminaba de nuevo su rostro. Con el entusiasmo propio de un chiquillo, Azriel se inclinó hacia delante, apoyó sus grandes manos en las rodillas y contestó:

—¿Estás dispuesto a hacerlo? ¿Tomarás nota de lo que te cuente?

—Tengo un magnetófono —respondí—, que grabará cada palabra que pronuncies.

—Ya lo sé —dijo Azriel. Sonrió satisfecho y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón—. No me tomes por un espíritu estúpido, Jonathan. El Sirviente de los Huesos nunca fue un estúpido.

»Yo era un espíritu fuerte, era lo que los caldeos habrían definido como un genio. Cuando fui creado, sabía todo cuanto debía conocer sobre aquellos tiempos, la lengua, las costumbres del mundo próximo y remoto, todo cuanto debía saber para servir a mi amo.

Le rogué que aguardara unos instantes.

—Deja que ponga en marcha el pequeño magnetófono —dije.

Al levantarme comprobé con satisfacción que ya no estaba mareado, el pecho ya no me dolía y la visión borrosa causada por la fiebre había desaparecido.

Preparé dos magnetófonos, como hacemos todos los que alguna vez hemos perdido un relato interesante que habíamos grabado en un solo aparato. Comprobé si las pilas estaban en buen estado y que la piedras de la chimenea no estuvieran demasiado calientes y perjudicaran sus delicados mecanismos. Luego dije:

—Adelante. —Oprimí los botones para que las pequeñas orejas de ambos magnetófonos se mantuvieran alerta—. Pero antes de que empieces déjame explicar —dije, dirigiéndome a los micrófonos— que presentas el aspecto de un joven de no más de veinte años. Tienes el pecho y los brazos cubiertos de un vello negro y fuerte, la piel olivácea y una cabellera espesa y lustrosa que cualquier mujer envidiaría.

—Les gusta acariciarla —contestó Azriel con una sonrisa dulce y bondadosa.

—Además, me fío de ti —dije, para dejar las cosas bien sentadas desde el principio—. Me has salvado la vida, y confío en ti. Aunque no sé por qué. He visto cómo te transformabas en otro hombre. Más tarde creeré que lo he soñado. He visto cómo te esfumabas y aparecías de nuevo. Más tarde creeré que son figuraciones mías. Deseo que el escriba, Jonathan, tome también nota de tu relato. Ya podemos empezar con tu historia, Azriel.

»Olvídate de esta habitación, olvídate del tiempo. Comienza desde el principio, por favor. Cuéntame lo que sabe un fantasma, cómo comienza un fantasma, lo que recuerda sobre los vivos... pero no... —Me detuve bruscamente, aunque dejé que los magnetófonos siguieran funcionando—. He cometido el peor error.

—¿A qué te refieres, Jonathan? —inquirió Azriel.

—Tienes una historia que deseas relatar, y debes hacerlo.

Azriel asintió con un movimiento de cabeza.

—Te lo ruego, maestro —dijo—, acércate más. Juntemos nuestros sillones. Acerca los magnetófonos para hablar sin alzar la voz. Puedes comenzar como gustes. Deseo iniciar así mi relato. Quiero que se sepa todo; al menos, que lo sepamos tú y yo.

Acercamos los sillones, tal como me había pedido Azriel, hasta que los brazos de ambos se rozaron. Yo extendí la mano para estrechar la suya y él no la retiró, sino que me la apretó con calor y firmeza. Cuando sonrió de nuevo, el leve movimiento de sus cejas le proporcionó un aspecto casi juguetón. Ello se debía a la configuración de sus facciones; las cejas dibujaban una curva hacia abajo en el centro y le daban un aire ceñudo, para luego curvarse en sus extremos suavemente hacia arriba. Eso otorgaba a su rostro una expresión como si observara las cosas desde un punto de vista secreto, y hacía que su sonrisa pareciera más radiante.

Azriel bebió un trago largo y profundo de agua.

—¿Te gusta el calor del fuego? —pregunté.

Él asintió.

—Pero me gusta más su aspecto.

Luego me miró.

—En ciertos momentos olvidaré dónde me hallo y te hablaré en arameo, o en hebreo. Otras veces te hablaré en lengua persa; o bien en griego o latín. Recuérdame que debo hablar en inglés; apresúrate a recordarme que debo expresarme en inglés.

—Lo haré —respondí—, pero nunca he lamentado tanto como en estos momentos mi falta de cultura en materia de lenguas. Supongo que comprendería el hebreo, y el latín, pero el persa no.

—No lo lamente —dijo Azriel—. Quizá dedicaste ese tiempo a contemplar las estrellas o la nieve mientras caía, o a hacer el amor. Debo utilizar la lengua de un fantasma, la que utilizas tú y tus conciudadanos. Un genio habla el idioma del amo a quien sirve y de los seres entre los cuales debe moverse para cumplir las órdenes de éste. Yo soy el amo aquí. Está claro. Yo he decidido que hablemos en tu idioma. Con eso basta.

Ambos estábamos preparados. Si la casa había sido alguna vez más cálida y acogedora, si yo había gozado de la compañía de un ser más interesante que Azriel, sinceramente no lo recordaba. Lo único que deseaba era estar con él y conversar con él, y sentí una leve punzada de dolor en el



corazón, la angustiosa sensación de que cuando Azriel hubiera concluido su relato, cuando esa complicidad que se había creado entre nosotros cesara, nada volvería a ser lo mismo.

En efecto, nada volvió a ser lo mismo.

Azriel comenzó su relato.

## 2

—No recordaba Jerusalén —dijo Azriel—. No nací allí. Mi madre fue capturada de niña por Nabucodonosor, junto con el resto de nuestra familia, nuestra tribu, y yo nací como hebreo en Babilonia, en un hogar acomodado, siempre rodeado de tías, tíos y primos, de ricos comerciantes, escribas, algunos profetas y bailarinas, cantantes y pajes de la corte.

»Por supuesto —agregó con una sonrisa—, cada día de mi vida rezaba por Jerusalén. Cantaba la canción: “Si me olvido de ti, oh Jerusalén, que mi mano derecha se atrofie”. Por las noches rogaba al Señor que nos permitiera regresar a nuestra tierra, y también se lo pedía en mis oraciones matutinas.

»Lo que trato de decir es que Babilonia constituía el centro de mi vida. A los veinte años, cuando experimenté mi primera, digamos, gran tragedia, conocía los cantos a los dioses de Babilonia tan bien como el hebreo y los salmos de David que copiaba a diario, o el libro de Samuel, o cualquiera de los textos que estudiábamos continuamente en familia.

»Era una vida espléndida. Pero antes de que me describa a mí mismo y mis circunstancias con más detalle, permíteme que te hable de Babilonia.

»Deja que entone el cántico de Babilonia en una tierra extraña. El Señor no está complacido conmigo, pues de otro modo no me encontraría aquí; por tanto, creo que puedo cantar las canciones que quiera, ¿no te parece?

—Me gustaría oírlo —contesté de forma sincera—. Cántalo como gustes. Deja que las palabras fluyan de tu boca. No te preocupes del lenguaje. ¿Te estás dirigiendo a Dios, o sólo pretendes relatar tu historia?

—Una buena pregunta. Estoy hablando contigo para que tú narres mi historia con mis propias palabras. Sí. Gritaré, lloraré y proferiré todas las blasfemias que me apetezca. Dejaré que mis palabras broten como un torrente. Siempre he hablado por los codos. La obsesión de mi familia era conseguir que permaneciera callado.

Ésta fue la primera vez que lo vi reír a carcajadas, de una forma tan espontánea y natural como el mismo acto de respirar, sin inhibiciones.

Azriel me observó.

—¿Te sorprende mi risa, Jonathan? —preguntó—. Creo que la risa es uno de los rasgos que tienen en común los fantasmas, los espectros e incluso los espíritus poderosos como yo. ¿Has leído algún texto erudito sobre la risa? Los fantasmas son célebres por su risa. Los santos también ríen; y los ángeles. La risa es el sonido del cielo, al menos eso creo. Aunque no estoy seguro.

—Quizá te sientas próximo al cielo cuando te ríes —dije.

—Es posible —contestó Azriel. Su boca amplia y carnosa de querubín resultaba muy hermosa. De haber sido más pequeña le habría dado un aire de bebé. Pero no era pequeña, y junto con las pobladas cejas y los ojos grandes de mirada sagaz, ofrecía un aspecto magnífico.

Azriel parecía estarme calibrando de nuevo, como si tuviera la facultad de adivinar mis pensamientos.

—Mi querido e intelectual amigo —dijo—, he leído todas tus obras. Tus alumnos te tienen en gran estima, ¿no es cierto? Pero los viejos hasidim se sienten escandalizados por tus estudios bíblicos, supongo.

—Pasan de mí olímpicamente. Yo no existo para ellos —contesté—, pero por si te interesa te diré que mi madre era una hasid, de modo que poseo ciertos conocimientos sobre el tema que nos serán muy útiles.

Azriel me caía bien, al margen de lo que hubiera hecho. Me gustaba por lo que era, un joven de veinte años, tal como me había dicho, y aunque todavía me sentía algo aturdido a causa de la fiebre, el aspecto de Azriel y sus trucos, empezaba a acostumbrarme a él.

Azriel aguardó unos minutos, como si sopesara lo que iba a decir, y luego empezó a hablar:

—Babilonia —dijo—. ¡Babilonia! Dime el nombre de una ciudad cuyo eco resuene de forma tan potente y persistente como Babilonia. Ni siquiera Roma, te lo aseguro. En aquellos días no existía Roma. El centro del mundo era Babilonia. Babilonia fue construida por los dioses como su puerta al mundo. Babilonia fue la gran ciudad de Hammurabi. Los barcos de Egipto, los pueblos del mar, el pueblo de Dilmun, todos arribaron a los puertos de Babilonia. Yo era un hijo feliz de Babilonia.

»He visto sus restos, en Irak, pues he ido personalmente a contemplar los muros restaurados por el tirano Saddam Hussein. He visto los montículos de arena en el desierto, todo lo que cubre las viejas ciudades asirias, babilónicas, judías.

»También he visitado el museo en Berlín para llorar ante la recreación de vuestro arqueólogo, Koldewey, de la imponente puerta de Ishtar y la Vía procesional.

»Amigo mío, no sabes lo que significó para mí recorrer aquella calle. Lo que sentí al contemplar aquellos muros formados por relucientes ladrillos vidriados de color azul, o al pasar ante los dragones dorados de Marduk.

»Pero aunque recorrieras la antigua Vía procesional de un extremo a otro, no lograrías concebir siquiera lo que era Babilonia. Todas nuestras calles eran rectas, y muchas de ellas estaban pavimentadas con piedra caliza y brecha roja. Vivíamos en un lugar que parecía estar construido con piedras semipreciosas. Imagina toda una ciudad vidriada y esmaltada en los más bellos colores, repleta de jardines.

»El dios Marduk construyó Babilonia con sus propias manos, según nos contaron, y nosotros así lo creíamos. Desde muy joven me sentí fascinado por los usos y costumbres de Babilonia; todo el mundo tenía un dios personal, una deidad privada a quien rezaba y pedía consejo, y yo elegí a Marduk. Marduk era mi dios personal.

»Puedes imaginar el escándalo que se organizó cuando entré en mi casa con una estatuilla en oro puro de Marduk entre las manos, hablando con ella, como solían hacer los babilonios. Mi padre se limitó a echarse a reír. Una reacción muy típica de mi padre, mi hermoso e inocente padre.

»Mi padre inclinó la cabeza hacia atrás y se puso a cantar con su bonita voz: “Yahvé es tu Dios,

el Dios de tu padre, el padre de tu padre, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob”.

»—¿Qué es ese ídolo que sostienes en las manos? —se apresuró a preguntarme uno de mis tíos en tono solemne.

»—¡Un juguete! —contestó mi padre—. Deja que juegue con él. Azriel, cuando te canses de todas las supersticiones babilónicas, rompe la estatuilla, o véndela. No puedes romper a nuestro dios, porque nuestro dios no está hecho de oro ni de ningún metal precioso. No posee un templo. Está por encima de esas cosas.

»Yo asentí con la cabeza, me dirigí a mi habitación, un cuarto grande que estaba lleno de cojines y cortinajes de seda, por motivos que explicaré más adelante, me tumbé y pedí a Marduk que fuera mi guardián.

»En estos tiempos que corren, a los americanos no les vendría mal tener un ángel guardián. En realidad, no sé si todos los babilonios se tomaban en serio lo del dios personal. Ya conoces el viejo refrán: “Si planificas las cosas con antelación, siempre te acompañará un dios”. ¿Qué significa?

—Los babilonios —respondí— eran unas gentes más prácticas que supersticiosas, ¿no crees?

—Eran idénticos a los americanos de hoy en día, Jonathan. Nunca he visto un pueblo más parecido a los antiguos sumerios y babilonios que el americano.

»El comercio era lo más importante, pero todo el mundo consultaba a astrólogos, hablaba sobre conjuros mágicos y trataba de ahuyentar a los espíritus maléficos. Las personas tenían familias, comían, bebían, procuraban alcanzar el éxito en todos los ámbitos, pero no cesaban de hablar sobre el poder de la suerte. Los americanos no hablan sobre demonios, es cierto, pero hablan continuamente sobre “pensamientos negativos”, “tendencias autodestructivas” y “una mala imagen de uno mismo”. Los babilonios tenían muchas cosas en común con los americanos, muchísimas.

»Yo diría que aquí en América he hallado un pueblo muy parecido a Babilonia, en el buen sentido. Nosotros no éramos esclavos de nuestros dioses. Ni tampoco esclavos unos de los otros.

»¿Por dónde iba? Te hablaba sobre Marduk, mi dios personal. Le rezaba constantemente. Le hacía pequeñas ofrendas, ya sabes, incienso y esas cosas, cuando nadie me observaba; vertía un poco de miel y de vino para él en el altar que había construido en uno de los gruesos muros de mi habitación. Nadie reparaba en ello.

»Pero un día Marduk empezó a responder a lo que le decía. No estoy seguro de cuándo ocurrió. Creo que yo era aún bastante joven. Le comentaba algo sin importancia, como por ejemplo “Fíjate, mis hermanos menores no dejan de alborotar, pero mi padre se ríe como si fuera un crío como ellos y yo tengo que ocuparme de todo”, y Marduk se echaba a reír. Como te he explicado, los espíritus se ríen. Luego respondía para aplacarme: “Ya conoces a tu padre. Hará lo que le digas, hermano mayor”. Tenía una voz suave, aunque varonil. No empezó a formularme preguntas al oído hasta que cumplí los nueve años; algunas de ellas eran unos acertijos o unas bromas que se referían a Yahvé...

»Nunca se cansaba de tomarme el pelo respecto a Yahvé, el dios que prefería vivir en una tienda de campaña y que durante cuarenta años fue incapaz de sacar a su pueblo de un insignificante desierto. Me hacía reír. Aunque yo procuraba mostrarme respetuoso, fui cogiendo confianza, y a veces le respondía de forma impertinente y grosera.

»—¿Por qué no vas a contarle esas monsergas al propio Yahvé, ya que eres un dios? —le increpaba—. Invítale a visitar tu fabuloso templo lleno de cedros del Líbano y de oro.

»—¿Pretendes que hable con tu dios? —contestaba entonces Marduk, indignado—. ¡Nadie puede contemplar el rostro de tu dios y sobrevivir! ¿Acaso quieres que me convierta en una columna de fuego como hizo él cuando te sacó de Egipto, jo jo jo? ¿O que destruya mi templo y tengan que transportarme de un lado a otro en una tienda de campaña?

»Yo no pensé realmente en ello hasta que cumplí los once años. Entonces comprendí que no todo el mundo había oído hablar de su dios personal, y también comprendí lo siguiente: no era necesario que me dirigiera a Marduk para que éste me hablara. En ocasiones, él mismo iniciaba la conversación en los momentos más inoportunos. A veces se le ocurrían unas ideas geniales: “Vamos al barrio de los alfareros, o al mercado”, y yo obedecía encantado.

—Permíteme que te interrumpa, Azriel —dije—. En esos momentos, ¿hablabas con la estatuilla de Marduk o la transportabas contigo?

—No, no, tu dios personal te acompañaba siempre a todas partes. En casa el ídolo recibía ofrendas de incienso; sí, supongo que podría decirse que el dios penetraba en tu casa para aspirar el aroma del incienso. Pero no, Marduk se hallaba siempre presente.

»Llevado por mi estupidez, imité la costumbre de otros babilonios de amenazar a veces a sus dioses personales. “¿Qué clase de dios eres si ni siquiera eres capaz de ayudarme a encontrar el collar perdido de mi hermana?”, lo increpaba con insolencia. “¡No volveré a ofrecerte incienso!”. Así era como los babilonios hablaban a veces a sus dioses, repudiándolos cuando las cosas no salían a su gusto. “¿Quién te venera como yo?”, les gritaban. “¿Por qué no me concedes lo que te pido? ¿Quién iba a prepararte unas libaciones con tanto mimo como yo?”.

Azriel volvió a soltar una carcajada. Yo reflexioné sobre lo que acababa de contarme. Como historiador, lógicamente aquello no me resultaba desconocido, pero también me eché a reír.

—En realidad los tiempos no han cambiado mucho —dije—. Los católicos suelen enojarse con sus santos cuando éstos no hacen lo que se les pide. Una vez, en Nápoles, según creo recordar, cuando el santo se negó a obrar el milagro anual, las gentes se levantaron en la iglesia y le gritaron: «¡Eres un cerdo!». Me pregunto si esas creencias están muy arraigadas.

—Existe una alianza —contestó Azriel—. Una alianza que tiene varios estratos. Mejor dicho, la alianza es una trenza que está formada por varios cordones. Y la verdad radica en lo siguiente: los dioses nos necesitan. Marduk necesitaba... —Azriel se detuvo. Su rostro mostró de pronto una expresión afligida. Contempló el fuego.

—¿Te necesitaba a ti?

—Deseaba mi compañía —contestó Azriel—. No puedo afirmar que me necesitara. Tenía toda Babilonia a sus pies. Pero esos sentimientos son endiabladamente complejos. —Luego se volvió hacia mí y preguntó—: ¿Dónde reposan los huesos de tu padre?

—Imagino que donde los enterraron los nazis en Polonia —contesté—, o esparcidos a los cuatro vientos si los quemaron.

Al oír mi respuesta, Azriel me miró horrorizado.

—Supongo que sabes que me refiero a nuestra Segunda Guerra Mundial y al holocausto, la persecución de los judíos —dije.

—Sí, sí, conozco esos trágicos episodios, pero el hecho de saber que tus padres murieron en esas circunstancias me duele y hace que mi pregunta carezca de sentido. Sólo pretendía hacerte notar que

seguramente guardas ciertas supersticiones respecto a tus padres, eso es todo; que no te atreverías a remover sus huesos.

—Sí, tengo ciertas supersticiones —admití—. Las tengo sobre las fotografías de mis padres. Procuro que no les ocurra ningún percance, y cuando pierdo una de ellas tengo la sensación de haber cometido un grave pecado, como si hubiera ofendido a mis antepasados y a mi tribu.

—¡Ajá! —exclamó Azriel—. Justo a eso me refería. Quiero mostrarte algo. ¿Dónde habré puesto mi abrigo?

Azriel se levantó del sillón que ocupaba junto a la chimenea, cogió su voluminoso abrigo de doble faz y sacó de un bolsillo interior un pequeño estuche de plástico.

—Sabes, me encanta el plástico —declaró.

—Sí —respondí mientras observaba cómo Azriel regresaba junto al fuego, se sentaba en el sillón y abría el paquete—. Supongo que a todo el mundo le encanta el plástico. Pero ¿por qué te gusta a ti?

—Porque mantiene las cosas limpias y puras —contestó al tiempo que alzaba la cabeza para mirarme.

Luego me entregó una fotografía de un individuo que se parecía a Gregory Belkin, pero no era él. Este hombre lucía las largas barbas, la melena y el sombrero de seda negro de los hasidim. Me quedé perplejo.

Azriel no me explicó quién era el individuo de la fotografía.

—Fui obligado a destruir —dijo—. ¿Recuerdas la hermosa palabra hebrea que precede a muchos de los antiguos salmos y nos insta al son de la melodía de «No destruirás»?

Reflexioné unos minutos.

—Vamos, Jonathan, seguro que la recuerdas —apremió Azriel.

—¡*Altashheth!* —contesté—. «No destruirás».

Azriel sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas. Guardó de nuevo la fotografía con manos temblorosas y depositó el estuche de plástico sobre el escabel que se hallaba entre nuestros respectivos sillones, suficientemente alejado del fuego para que no se chamuscara. Luego volvió a fijar la mirada en el fuego.

En aquellos momentos sentí una profunda emoción. Era incapaz de articular palabra. No se debía sólo al hecho de que hubiéramos hablado de mis padres, asesinados en Polonia por los nazis, ni a que Azriel me hubiera recordado el disparatado plan urdido por Gregory Belkin, y que éste había estado a punto de llevar a cabo; tampoco se debía a la belleza de Azriel o al hecho de estar allí juntos, o a que yo estuviera hablando con un espíritu. No sé a qué se debía.

Pensé en el personaje de Iván en *Los hermanos Karamazov*, y me pregunté: «¿Acaso estoy soñando? Me muero, la habitación está llena de nieve, y yo me muero imaginando que hablo con este hermoso joven de pelo negro que se asemeja a los dibujos esculpidos en las piedras de Mesopotamia que se conservan en el museo Británico; esos imponentes reyes que no tienen ningún rasgo felino como los faraones, sino cuyos rostros aparecen cubiertos por un vello que resulta casi sexual, un vello negro, tan espeso como el vello de sus sexos. No sé lo que me pasaba».

Miré a Azriel. Él se volvió despacio, y durante unos instantes sentí temor. Era la primera vez. Quizá fue por la forma en que movió la cabeza. Se volvió hacia mí, sin duda impulsado por la voz de mis pensamientos, o adivinando mi emoción, o tocando mi corazón, o como se lo quiera llamar, y

entonces me di cuenta de que había realizado otro truco.

Su atuendo había cambiado. Ahora lucía una vaporosa túnica de terciopelo rojo, que iba anudada en la cintura, unos holgados pantalones y unas zapatillas de terciopelo rojo.

—No estás soñando, Jonathan Ben Isaac, estoy aquí.

El fuego emitió un increíble estallido de chispas, como si alguien hubiera arrojado un objeto a la chimenea.

Me di cuenta de que Azriel no sólo había cambiado su atuendo. Ahora mostraba un espeso y suave bigote y una barba rizada, exactamente igual a las barbas de los reyes o soldados que aparecían en las antiguas tablillas, y comprendí que Dios le había conferido una boca amplia y carnosa de querubín porque una boca así se distinguía perfectamente entre tanto pelo; una boca expresiva, una boca creada por la naturaleza en una época en que las bocas tenían que competir con el pelo.

Azriel me miró sorprendido. Se llevó la mano a la barbilla, se tocó el pelo y dijo enojado:

—No pretendía hacer este papel. Será mejor que renuncie a ello. El pelo desea regresar.

—¿Dios desea que lleves barba? —pregunté.

—No creo. ¡No lo sé!

—¿Cómo conseguiste cambiar de vestimenta? ¿Cómo logras desaparecer?

—No tiene mayor dificultad. Algún día la ciencia será capaz de controlar esas cosas. Hoy, la ciencia lo sabe todo sobre los átomos y neutrinos. Para crear mi antigua vestimenta, sólo tuve que emitir las minúsculas partículas, más pequeñas que los átomos, que había atraído hacia mi persona, a través, por decirlo así, de una fuerza magnética. No eran prendas reales. Eran unas prendas creadas por un fantasma. Luego, para hacerlas desaparecer dije, como diría el hechicero: «Regresad hasta que vuelva a llamaros». Después invoqué unas prendas nuevas, formulando con el convencimiento de un hechicero las siguientes palabras:

»“De entre los vivos y los muertos, de la tierra y de aquello que es forjado y refinado, tejido y atesorado, venid a mí, más diminutas que los granos de arena, de forma sigilosa y discreta sin perjudicar a nadie, con la mayor celeridad, atravesando las barreras que me rodean para vestirme con unas suaves prendas de terciopelo rojo, el color de los rubíes. Ved esas prendas en mi mente, venid”.

Azriel lanzó entonces un suspiro.

—Y el conjuro se cumplió.

A continuación permaneció un rato en silencio. Yo me sentía tan fascinado por su nueva vestimenta, la cual parecía modificar incluso su fisonomía y le daba un aire regio, que me quedé mudo. Arrojé otro tronco a la pirámide del fuego, así como más carbón de un cubo que se hallaba junto a la chimenea, todo ello sin abandonar el santuario de mi viejo y desvencijado sillón.

Entonces lo observé detenidamente. Mientras Azriel permanecía con la mirada perdida en el infinito advertí que cantaba en voz baja, de forma tan suave que tuve que esforzarme para distinguir los sonidos que él emitía del violento crepitar del fuego.

Cantaba en hebreo, pero no se parecía al hebreo que yo conocía. No obstante, yo tenía suficientes conocimientos de esa lengua para comprender lo que decía. Se trataba del salmo titulado «Junto a los ríos de Babilonia». Cuando Azriel cesó de cantar, me sentí más impresionado y conmovido que



antes.

Me pregunté si estaría nevando en Polonia, me pregunté si los restos de mis padres habían sido enterrados o incinerados. Me pregunté si sería capaz de invocar las cenizas de mis padres, pero me pareció un pensamiento horrible, blasfemo.

—Ése es el punto que quería destacar: existen ciertas cosas sobre las que somos supersticiosos —dijo Azriel—. Cuando cometí la torpeza de preguntarte acerca de tus padres, quería decir que crees en ciertas cosas pero no las crees. Vives en una situación ambigua.

Yo me quedé pensativo.

Azriel me miró fijamente, con las cejas curvadas hacia abajo, pero en su boca de querubín se dibujó una sonrisa. Era una expresión respetuosa, sincera.

—No puedo devolverles la vida. ¡Es imposible! —dijo.

Luego siguió contemplando el fuego.

—Los padres de Gregory Belkin perecieron en el holocausto en Europa —dijo Azriel—. Gregory se convirtió en un loco, y su hermano en un hombre sagrado, un santo, un *zaddik*. Y tú te convertiste en un intelectual, un profesor, con el admirable don de hacer que tus alumnos comprendan.

—Me halagas —contesté con suavidad. Mil pequeñas preguntas revoloteaban en mi mente como abejas que me aguijonearan. No estaba dispuesto a trivializar las cosas—. Continúa, Azriel, por favor —dije—. Cuéntame lo que deseas contarme. Cuéntame lo que deseas que sepa.

—Bien, tal como indiqué antes, éramos unos exiliados ricos. Ya conoces la historia. Nabucodonosor atacó Jerusalén, mató a los soldados, dejó las calles sembradas de cadáveres y un gobierno babilonio que controlaba a los labradores que se ocupaban de nuestras tierras y viñedos y enviaban los productos del campo a su corte. Era lo habitual.

»Pero ¿y los hombres ricos, los comerciantes, los escribas como los varones de mi familia? No fuimos asesinados. Nabucodonosor no afiló su espada sobre nuestros pescuezos. Fuimos deportados a Babilonia con todo lo que pudimos transportar, con carros cargados con nuestros preciosos muebles, que él nos permitió conservar, aunque había saqueado nuestro templo, y nos concedió hermosas casas donde vivir para que estableciéramos un negocio y surtiéramos a los mercados de Babilonia, el templo y la corte.

»Esto sucedió un millar de veces durante aquellos siglos. Incluso los crueles asirios utilizaban estos métodos. Pasaban por las armas a los soldados y se llevaban a los hombres que sabían escribir en tres lenguas, así como al joven capaz de tallar perfectamente el marfil, al igual que nos ocurrió a nosotros. Los babilonios no fueron tan perversos como lo hubieran sido otros enemigos. Imagina que nos hubieran llevado a Egipto. Piénsalo. Egipto, donde las gentes vivían tan sólo para morir, y pasaban día y noche cantando canciones sobre la muerte; donde no había nada más que aldeas y campos.

»No, no lo pasamos tan mal.

»Cuando cumplí once años, entré en el templo en calidad de paje, como muchos otros niños hebreos de familias acomodadas, y contemplé la gran estatua de Marduk, el dios, en su elevado santuario que se hallaba sobre el inmenso zigurat de Etemenanki. Cuando penetré en el santuario con los sacerdotes, tuve un pensamiento muy curioso. Aquella enorme estatua se parecía todavía más a mí que la pequeña, la cual guardaba un franco parecido conmigo.

»Por supuesto, no dije una palabra. Pero mientras contemplaba al poderoso Marduk, el gran dios Marduk, la estatua en la que el dios habitaba y gobernaba, y en la que era transportado cada año durante la procesión de Año Nuevo, la estatua sonrió.

»Yo era demasiado listo para decírselo a los sacerdotes. Nos disponíamos a preparar el santuario interior para la mujer que pasaría la noche con el dios. Pero los sacerdotes habían notado algo extraño. Vieron que yo observaba a Marduk, y uno de ellos preguntó: “¿Qué has dicho?”. Por supuesto, yo no había dicho nada. Pero Marduk me había preguntado: “¿Qué te parece mi casa, Azriel? Yo he estado muchas veces en la tuya”.

»A partir de aquel momento, los sacerdotes sospecharon que ocurría algo extraño. Las cosas, sin embargo, podrían haberse desarrollado de forma distinta. Yo habría podido tener una larga vida humana, y haber seguido un camino distinto. Podría haber tenido hijos e hijas. No lo sé.

»En aquellos momentos, me pareció una situación fantástica y divertidísima; me encantaba el pequeño truco que había hecho Marduk. Pero continuamos preparando la estancia, que era realmente magnífica, toda revestida de oro, y el diván de seda donde la mujer yacería para ser poseída aquella noche por el dios. Cuando nos marchamos, uno de los sacerdotes exclamó: “¡El Dios te ha sonreído!”.

»Yo me quedé paralizado de miedo. No quería responder.

»A los rehenes o deportados hebreos ricos como nosotros nos trataban muy bien, como ya he dicho, pero yo no hablaba con los sacerdotes como si fueran hebreos. Ellos eran los sacerdotes de los dioses a los cuales nos estaba prohibido venerar. Por otra parte, no me fiaba de ellos. Eran muchos, algunos muy estúpidos y otros muy ladinos. Me limité a responder que yo también había observado la sonrisa, pero suponía que era un efecto óptico producido por la luz del sol.

»El sacerdote estaba temblando de la impresión.

»Olvidé el episodio y no volví a pensar en él durante varios años. No sé por qué lo he recordado ahora, salvo para decir que es posible que fuera en ese momento cuando mi suerte quedó sellada.

»A partir de entonces Marduk empezó a hablarme de forma asidua cuando me encontraba en la casa de las tablillas, esforzándome en aprender todos los textos que poseíamos en sumerio para copiarlos, leerlos y hablar la lengua con corrección, aunque en aquella época nadie hablaba el sumerio. Debo referirte algo muy curioso que oí recientemente, en este siglo XX. Lo oí en Nueva York cuando todo había terminado, me refiero a lo de Gregory Belkin, y yo deambulaba por la ciudad tratando de que mi cuerpo asumiera la forma de otros hombres, pero siempre terminaba por adoptar mi antigua apariencia. Es una cosa curiosísima...

—¿El qué? —pregunté, intrigado.

—Que nadie sabe de dónde provienen los sumerios. Ni siquiera hoy en día. Dicen que surgieron de la nada, hablando una lengua distinta de todas las demás, y construyeron las primeras ciudades en nuestros hermosos valles. Es lo único que se sabe de ellos.

—Es cierto. ¿No lo sabías en aquellos tiempos?

—No —contestó Azriel—. Sabíamos lo que estaba escrito en las tablillas, que Marduk había creado a las personas de la arcilla y les había insuflado vida. Es todo cuanto sabíamos. Pero el hecho de descubrir dos mil años más tarde que no disponéis de pruebas arqueológicas o históricas contundentes sobre el origen de los sumerios, de cómo se desarrolló su lengua o cómo emigraron al

valle y todo lo demás, me parece francamente curioso.

—¿No has observado que nadie sabe tampoco de dónde provienen los judíos? —pregunté—. ¿O acaso vas a decirme que en aquellos días, siendo un niño en Babilonia, ya sabías que Dios había llamado a Abraham para que abandonara la ciudad de Ur, y que Jacob había luchado con el ángel?

Azriel se echó a reír y se encogió de hombros.

—¡Existían tantas versiones sobre esa historia! Más de las que puedas imaginar. Por supuesto que la gente luchaba continuamente con los ángeles. Eso era un hecho incuestionable. Pero ¿qué es lo que contienen hoy en día los libros sagrados? ¡Sus restos! La historia de que Yahvé derrotó a Leviatán ha desaparecido. ¡Yo mismo he copiado esa historia en innumerables ocasiones! Pero no quiero precipitarme. Quiero describir las cosas de forma ordenada. No, no me sorprende que nadie sepa de dónde provienen los judíos, porque ya en aquellos tiempos remotos existían demasiadas versiones...

»Permíteme que te hable de mi casa. Estaba situada en el barrio donde residían los hebreos acaudalados. Ya te he explicado qué significaba el exilio.

»Éramos unos ciudadanos valiosos en una ciudad llena de gente de todas las naciones. Éramos unos rehenes, liberados para que nos multiplicáramos y creáramos riqueza. Cuando alcancé la adolescencia, Nabucodonosor ya había muerto y el gobierno se hallaba en manos de Nabónides; éste no residía en la ciudad y todo el mundo lo odiaba. Lo odiaban a muerte.

»Decían que estaba loco, u obsesionado. Esto consta en el libro de Daniel, aunque a él le aplican un nombre equivocado. Es cierto que nuestros profetas trataron de hacerlo enloquecer con sus vaticinios y advertencias de que debía dejarnos regresar a nuestra tierra, pero no creo que consiguieran nada.

»Nabónides estaba obsesionado por unas ideas misteriosas. Era un erudito, aficionado a excavar los túmulos funerarios, y estaba decidido a conservar la gloria de Babilonia, sí, pero sentía un desmedido amor hacia el dios del Pecado. Babilonia era la ciudad de Marduk. Por supuesto que existían muchos otros templos y capillas e incluso el templo de Marduk, pero resultaba chocante que el rey se enamorara de otro dios.

»Luego se largó y pasó diez años en el desierto, dejando a Baltasar como gobernante, lo cual hizo que aumentara el odio de la gente hacia Nabónides. Durante la ausencia de éste, no se celebró el festival del Año Nuevo, el gran festival de Babilonia durante el cual Marduk tomaba la mano del rey y recorría la calle con él. Al no estar presente el rey, eso era imposible. Y los sacerdotes de Marduk, cuando comencé a trabajar en serio en el templo y el palacio, detestaban a Nabónides. Al igual que muchas otras personas.

»A decir verdad, nunca llegué a averiguar el secreto de Nabónides. Cuando lo invocábamos, ya sabes, como la bruja de Endor solía invocar al difunto profeta Samuel, perturbando su descanso, para que el rey Saúl pudiera hablar con él... Pues bien, cuando invocábamos a Nabónides nos relataba cosas extraordinarias. Pero ésa no es ahora mi misión, me refiero a convertirme en un nigromante o un hechicero, sino hallar la escalera del cielo, y estoy harto de la niebla y la bruma en la que permanecen las almas perdidas, implorando que alguien pronuncie un nombre.

»Además, es posible que Nabónides haya encontrado la luz. Quizás haya ascendido por la escalera. No dedicó su vida a cometer actos crueles y libertinos, sino a venerar a un dios que no era el dios de su ciudad, eso es todo.

»Sólo lo vi una vez, y eso ocurrió durante los últimos días de mi vida. Nabónides estaba implicado en el complot y me pareció un hombre muerto, un rey cuya época había pasado, aunque él mostraba una gran indiferencia hacia la vida. Su único deseo, ese último día en que nos encontramos, o mejor dicho esa noche, era que Babilonia no fuera saqueada. Eso es lo que deseábamos todos. Así fue como perdí mi alma.

»Pero dejaré para más tarde esa terrible parte de mi historia.

»Te hablaba sobre el hecho de estar vivo. Nabónides no me importaba en absoluto. Nosotros residíamos en el barrio de los hebreos ricos. Estaba lleno de espléndidas mansiones. En aquel tiempo construíamos unos muros que medían cerca de dos metros de grosor, lo cual quizá te parezca un disparate, pero no puedes imaginar lo eficaz que resulta a la hora de mantener fresco el ambiente de las casas; eran unas casas de grandes dimensiones, que estaban repletas de antecámaras y comedores espaciosos, y todas las estancias daban a un enorme patio central. La casa de mi padre constaba de cuatro pisos, y las habitaciones superiores, revestidas de madera, estaban ocupadas por primos y tías entradas en años, que a veces ni se molestaban en bajar al patio, sino que se sentaban frente a las ventanas que daban a éste para gozar de la agradable brisa.

»El patio era un edén, una especie de versión reducida de los jardines colgantes y de los otros jardines públicos que había repartidos por toda la ciudad. Era muy grande. Teníamos una higuera, un sauce y dos palmeras de dátiles, así como todo tipo de flores, parras que cubrían el cenador donde solíamos comer por las noches y fuentes de las que nunca cesaban de emanar unos riachuelos de aguas cristalinas hacia las pilas, donde nadaban unos peces que parecían gemas vivas.

»El enladrillado era vidriado y muy bello, con numerosas figuras esculpidas, pues la casa había sido construida y habitada por un acadio antes de que la ocupáramos nosotros, antes de que llegaran los caldeos, y estaba llena de toques de color rojo, azul y amarillo, y de flores, aunque en el patio también había hierba, y en una estancia contigua a éste se hallaban enterrados los antepasados.

»De niño jugaba entre las palmeras de dátiles y las flores, y fui feliz hasta el día en que... el día en que morí. Me encantaba tumbarme en el patio al atardecer y escuchar el murmullo de las fuentes, sin hacer caso de quienes me decían que debía estar en el *scriptorium* copiando salmos o haciendo alguna tarea semejante. No es que fuera perezoso, simplemente hacía lo que me apetecía hacer. Y siempre me salía con la mía. Pero no era mal chico; de hecho, era el más culto de la familia, al menos así lo creo yo y con frecuencia mis tíos, aunque no querían reconocerlo, me traían tres versiones de un salmo del rey David y me preguntaban cuál me parecía la más correcta, pues tenían muy en cuenta mi opinión.

»No disponíamos de un lugar oficial donde reunirnos para rezar, pues nuestra gran aspiración era regresar a casa y construir de nuevo el Templo de Salomón; me refiero a que no se le había ocurrido a nadie erigir un insignificante templo en Babilonia. El templo debía ser edificado conforme a los cánones sagrados, y después de que yo hubiera muerto y me hubiera convertido en el Sirviente de los Huesos, los judíos regresaron a casa y levantaron el templo. Sé que lo hicieron porque en cierta ocasión lo vi... envuelto en la bruma, pero lo vi.

»Cuando vivíamos en Babilonia nos reuníamos en casas particulares para rezar. De paso, el miembro más anciano de la familia leía las cartas que recibíamos de los rebeldes que permanecían ocultos en el monte de Sión, así como las cartas que nos enviaban nuestros profetas desde Egipto.

Jeremías estuvo prisionero allí durante mucho tiempo. No recuerdo que nadie leyera nunca una de sus cartas, pero recuerdo bien los disparatados escritos de Ezequiel. No los escribía personalmente. Él se limitaba a recorrer los caminos haciendo profecías mientras otros transcribían sus palabras.

»Como te decía, rezábamos en nuestras casas a nuestro invisible y todopoderoso Yahvé, sin olvidar que antes de que David le prometiera un templo, Yahvé y el Arca de la Alianza se habían albergado en una sencilla tienda de campaña, lo cual tenía un profundo significado y valor. Muchos de nuestros mayores opinaban que la idea de un templo era babilónica; ellos preferían la idea de la tienda.

»Por otra parte, nuestra familia había estado integrada por ricos comerciantes durante nueve generaciones, hombres de ciudad, los cuales habían vivido en Nínive antes que en Jerusalén, según creo recordar, y no teníamos ni idea de lo que representaba la vida nómada o transportar altares en tiendas de campaña. La historia de Moisés no tenía un gran sentido para mí. Por ejemplo, ¿cómo era posible que un pueblo permaneciera perdido en el desierto durante cuarenta años? Pero temo que me repito, ¿verdad?... Lo que quiero decir...

»Para mí, una tienda de campaña no era otra cosa que el dosel de seda que cubría mi lecho, la luz teñida de rojo en la que yo ya-cía con las manos entrelazadas en la nuca mientras hablaba con Marduk sobre nuestras reuniones y nuestros rezos y escuchaba sus bromas.

»En ocasiones, durante esas reuniones en las cuales rezábamos, contábamos con la presencia de nuestros profetas, cuyos libros se han perdido para siempre; ellos no cesaban de gritar y mesarse los cabellos. Con frecuencia me hacían notar que Yahvé me contemplaba con mirada benévola, aunque nadie comprendía el significado de esa frase.

»Supongo que todos sabían en cierto modo que yo era capaz de ver más lejos que los demás, que adivinaba lo que encerraba el alma de la gente, que tenía la facultad de ver como un *zaddik*, un santo; pero yo no era un santo, sino un joven travieso y revoltoso.

Azriel se detuvo. La agudeza de su memoria parecía mantenerlo aislado del mundo que lo rodeaba.

—Eras feliz —dije—. Por naturaleza, eras un joven alegre y feliz.

—Oh, sí, lo sabía perfectamente, y mis amigos también. De hecho, a menudo se burlaban de mi permanente estado de felicidad. Las cosas no me parecían nunca complicadas. Ni oscuras. La oscuridad llegaba con la muerte, y la peor oscuridad que experimenté fue poco antes de morir... y quizás ahora. Pero la oscuridad... Describir el mundo de las tinieblas es como tratar de trazar el mapa de las estrellas en el firmamento.

»¿Por dónde iba? Te decía que las cosas me resultaban muy fáciles. Gozaba de la vida. Por ejemplo, si quería ser culto debía trabajar en la casa de las tablillas y obtener una educación auténticamente babilónica. Era lo más prudente de cara al futuro, a fin de ser un buen comerciante, un hombre culto y erudito. Nuestros maestros nos azotaban si llegábamos tarde o si no nos sabíamos la lección, pero yo no solía tener problemas.

»Me encantaba la vieja lengua sumeria. Disfrutaba escribiendo las historias de Gilgamesh y “En el principio”, así como copiando todo tipo de documentos para que se enviaran nuevas tablillas a otras ciudades de Babilonia. Hablaba el sumerio con bastante corrección. Ahora mismo podría sentarme y escribir mi vida en sumerio... —Azriel se detuvo de nuevo—. No, no es cierto. De haber

sido capaz de escribir la historia de mi vida, no habría escalado esta montaña nevada para confiártela a ti... No puedo... No soy capaz... de escribirla en ninguna lengua. El hecho de hablar me permite desahogarme...

—Lo comprendo muy bien, y estoy a tu disposición. El caso es que conoces el sumerio, que puedes leerlo y traducirlo.

—Sí, sí, y el acadio, la lengua que se utilizó después, y el persa, que empezaba a difundirse, y el griego también sabía leerlo y el arameo, que había venido a sustituir a nuestra lengua hebrea en la vida cotidiana; también sabía escribir el hebreo.

»Era un buen estudiante. Escribía con rapidez. Todos se reían de la forma en que hundía el punzón en la arcilla, pero escribía muy bien. También me gustaba ponerme de pie y leer en voz alta, de modo que cuando nuestro maestro caía enfermo o tenía que ausentarse, o necesitaba tomarse una medicina llamada cerveza, yo me levantaba y comenzaba a leer las tablillas de Gilgamesh con voz exagerada, lo cual provocaba las risas de mis compañeros.

»Supongo que conoces el viejo mito. Es importante para nuestra historia, pese a ser un estúpido y un loco. El rey Gilgamesh se dedicaba a corretear como un enloquecido por su ciudad; en algunas tablillas aparece como un poseso, en otras presenta el tamaño de un hombre normal. Era un bruto. Ordenaba que sonaran constantemente los tambores, atormentando así a todo el mundo. Uno no debe batir los tambores salvo en ocasiones especiales, para ahuyentar a los espíritus, celebrar unos esponsales o algo por el estilo.

»Bien, de modo que tenemos a Gilgamesh destruyendo la ciudad de Uruk. ¿Y qué es lo que hacen los dioses sumerios, tan inteligentes como una manada de búfalos de la India? Crean un doble de Gilgamesh en la persona de un salvaje llamado Enkidu, un individuo cubierto de pelo, que vive en el bosque y a quien le gusta beber en compañía de los animales (en este mundo es muy importante con quién comemos y bebemos). Pues bien, ya tenemos al salvaje Enkidu dirigiéndose al río para beber con los animales, y consiguen domesticarlo, obligándolo a pasar siete días con la ramera del templo.

»Una estupidez, ¿no te parece? Una vez que hubo conocido a la ramera, los animales no quisieron saber nada más de él. ¿Por qué? ¿Acaso le tenían envidia porque ellos no habían yacido con la ramera? ¿Acaso los animales no copulan con los animales? ¿Es que no existen rameras entre los animales? ¿Por qué el hecho de copular con una mujer hace que un hombre sea menos animal? La historia de Gilgamesh no tiene ningún sentido para mí, excepto como una especie de extraño código. A fin de cuentas, todo es un código, ¿no crees?

—Creo que tienes razón —dije—, se trata de un código. Pero ¿qué es lo que encierra? Sigue relatándome la historia de Gilgamesh. Cuéntame cómo termina tu versión —rogué. Era un tema irresistible, tremendamente interesante—. Como sabrás, hoy sólo quedan unos fragmentos, y no disponemos de las antiguas escrituras.

—Termina de la misma forma que vuestras versiones modernas. Gilgamesh no se resignaba a que Enkidu muriera. El caso es que éste murió, aunque no recuerdo la causa. Gilgamesh se comportó como si jamás hubiera visto morir a nadie, y fue a ver al ser inmortal que había sobrevivido al diluvio. El gran Diluvio. El vuestro. El nuestro. El diluvio universal. Según nosotros era Noé y sus hijos. Según ellos se trataba del ser inmortal que vivía en Dilmun, en el País del Mar. Era el gran superviviente del diluvio. De modo que ese genio de Gilgamesh fue a verlo para alcanzar la

inmortalidad. ¿Y qué es lo que ese ser de la Antigüedad —el Noé hebreo de nuestro pueblo— le dice? Pues le dice: «Gilgamesh, si eres capaz de permanecer despierto durante siete días y siete noches, te convertirás en un ser inmortal».

»¿Y qué es lo que sucede? Que Gilgamesh se quedó dormido al instante. ¡Al instante! Ni siquiera esperó a que llegara la noche. ¡Cayó redondo y se quedó dormido como un lirón. De modo que ése era el fin del plan, pero la viuda inmortal del hombre inmortal que había sobrevivido al diluvio se apiadó de él, y dijeron a Gilgamesh que si se ataba unas piedras a los pies y se sumergía hasta el fondo del mar hallaría una planta que al comerla le proporcionaría la juventud eterna. Yo creo que lo que pretendían era que Gilgamesh se ahogara.

»Pero nuestra versión, al igual que la vuestra, siguió a Gilgamesh en su expedición. Éste se sumergió en el mar y halló la planta. Luego regresó a la superficie y volvió a quedarse dormido. Por lo visto era un vicio eso de quedarse dormido en todas partes... El caso es que apareció una serpiente y se comió la planta. ¡Pobre Gilgamesh! Éste es el consejo que nos ofrece a todos:

»“Disfruta de la vida, llénate la barriga con comida y vino, y acepta la muerte. Los dioses se reservan la inmortalidad para ellos mismos; la muerte es el destino de todos los hombres”. ¡Unas revelaciones filosóficas muy profundas!

Yo me eché a reír.

—Me divierte tu forma de relatar la historia de Gilgamesh. Cuando te ponías en pie en la casa de las tablillas, ¿la leías con el mismo fervor?

—Oh, sí, siempre —respondió Azriel—. Pero incluso en aquella época, ¿qué es lo que teníamos? Unos pocos fragmentos de una antigua leyenda. Uruk había sido construida hacía miles de años. Quizás existiera ese rey. Quién sabe.

»Permíteme exponer mi opinión sobre el asunto. La locura es algo muy común entre los reyes. De hecho, lo raro es encontrar un rey que esté cuerdo. Gilgamesh se volvió loco. Nabónides era un loco. En mi opinión, todas las historias que he oído sobre el faraón demuestran que estaba loco.

»Esto es lo que yo entiendo. Lo entiendo porque he contemplado el rostro de *Ciro el Persa* y el rostro de Nabónides, y sé que los reyes están solos, solos por completo. He contemplado el rostro de Gregory Belkin, un rey a su manera, y he visto la misma soledad y la terrible fragilidad; allí no hay una madre, no hay un padre, no existen límites para el poder, y el destino que aguarda a los reyes es el desastre. He contemplado el rostro de otros reyes, pero hablaremos de ello más adelante, porque lo que yo hice como Sirviente de los Huesos ahora no importa, salvo que cada vez que maté a un ser humano, destruí un universo, ¿no es así?

—Es posible, o quizás enviaste la llama maligna de regreso para que se purificara en el gran fuego de Dios.

—Eso es muy hermoso —dijo Azriel.

Me sentí halagado, pero ¿lo creía realmente?

—Continuemos con mi vida —dijo Azriel—. Comencé a trabajar en la corte tan pronto como dejé la casa de las tablillas, y entonces mis escritos y mis lecturas adquirieron gran importancia. Conocía todas las lenguas. Vi muchos documentos extraños y viejas cartas escritas en sumerio que le resultaban muy útiles al regente del rey, Baltasar. Nadie quería a Baltasar, como ya he dicho. No podía celebrar el Festival del Año Nuevo, o puede que los sacerdotes no le quisieran, o que Marduk



se negara a desfilar con él, quién sabe, pero lo cierto es que no estaba destinado a ser amado por su pueblo.

»Sin embargo, no puedo decir que esto creara un mal ambiente en palacio. Allí reinaba un ambiente bastante agradable y, por supuesto, la correspondencia era incesante. Llegaban multitud de cartas de los territorios fronterizos que recogían las protestas ante la marcha emprendida por los persas o la que llevaban a cabo los egipcios, o expresaban el desacuerdo con las estrellas que según diversos astrólogos predecían cosas nefastas o muy buenas para el rey.

»Yo entablé amistad en palacio con los hombres sabios que aconsejaban al rey sobre cada paso que daba. Me gustaba escucharlos y me di cuenta de que cuando Marduk me hablaba, a veces los sabios podían oírle. También me enteré de que el episodio de la sonrisa nunca había sido olvidado. Marduk había sonreído a Azriel.

»¡Cuántos secretos debía de conocer yo!

»Atiende a esta otra imagen. Regreso a casa después del trabajo, como de costumbre. He cumplido diecinueve años. Me queda muy poco tiempo de vida, pero yo lo ignoro. “¿Cómo pueden oírlos los sabios cuando me habláis?”, pregunté a Marduk. Él respondió que esos hombres, esos sabios, eran videntes y hechiceros al igual que algunos de nuestros hebreos, nuestros profetas, nuestros sabios, aunque nadie estaba dispuesto a reconocerlo, y tenían la facultad, al igual que yo, de oír a un espíritu.

»Marduk suspiró y me advirtió en sumerio que me andara con mucha cautela.

»—Esos hombres conocen tus poderes.

»Nunca había oído a Marduk expresarse con tanta tristeza. Hacía tiempo que habíamos superado la ridícula fase de que yo le pidiera favores o le rogara que hiciera algún truco para desconcertar a alguien. Ahora hablábamos sobre infinidad de cosas, y él solía afirmar que veía con gran claridad a través de mis ojos. Yo no entendía a qué se refería, pero ese día en que lo noté tan triste me quedé muy preocupado.

»¡Mis poderes! —exclamé con sarcasmo—. ¿Qué poderes? Eres tú quien ha sonreído. Éres tú el dios.

»Aunque reinaba el silencio, yo sabía que Marduk seguía allí. Sentía su presencia, como si de él emanara calor; le oía como si percibiera su aliento. Ya sabes, del mismo modo que un ciego percibe la presencia de otra persona.

»Alcancé la puerta de mi casa y cuando me disponía a entrar, me volví y por primera vez en mi vida vi a Marduk. No al dios ni a la estatuilla que estaba en mi habitación, ni tampoco a las grandes estatuas del templo, sino al propio Marduk.

»Estaba de pie junto al muro que había frente a mí, con los brazos cruzados, una rodilla doblada, y me observaba. Era Marduk. Estaba totalmente cubierto de oro y dentro de su altar, pero estaba vivo y su cabellera y su barba rizadas no parecían estar hechas de oro puro, como las de la estatua, sino de oro vivo. Tenía los ojos más castaños que los míos, es decir, de un color más pálido, con unas motas doradas en el iris. Me sonrió.

»—Ah, Azriel —dijo—. Sabía que ocurriría. Lo sabía. Luego se acercó y me besó en ambas mejillas. Tenía las manos suaves. Era de mi misma estatura y yo estaba en lo cierto; nos parecíamos mucho, aunque tenía las cejas más altas que yo y la frente más despejada, lo que le proporcionaba un

aspecto menos revoltoso y feroz que el mío.

»Deseaba abrazarlo. Marduk no esperó a que yo expresara con palabras mi deseo. Dijo: “Hazlo, pero en ese momento es posible que otros puedan verme igual que tú”.

»Le abracé como si se tratara de mi mejor amigo, la persona más allegada a mí, aparte de mi padre, y aquella noche cometí la torpeza de revelar a mi padre que hablaba constantemente con mi dios. No debí hacerlo. Me pregunto qué habría ocurrido de no habérselo confesado.

Yo interrumpí el relato de Azriel.

—¿Lo vio alguien más, que tú sepas?

—Sí, el portero de nuestra casa, que por poco se desmaya al ver a un individuo revestido de oro de pies a cabeza, y una de mis hermanas, que miraba a través de la celosía del piso superior, y también un viejo hebreo lo vio durante unos segundos y aquella noche se arrojó sobre mí blandiendo su bastón y afirmando que me había visto en compañía de un diablo o un ángel, no estaba seguro de si era uno u otro.

»Entonces mi padre, mi querido padre, mi dulce y bondadoso padre, dijo: “Fue Marduk, el dios de Babilonia, a quien viste”. Y quizá se deba a ello... el que tú y yo nos encontremos en estos momentos aquí. Mi padre no pretendía perjudicarme, por supuesto. Jamás se comportó de forma cruel con nadie. Era... como mi hermano pequeño.

»Mi padre era el bebé de la familia, el benjamín amado por todos, y de algún modo yo pasé a ser su hermano mayor, y lo trataba como tal. En calidad de hermano mayor, yo me mostraba bastante tirano con él. O, mejor dicho, nos convertimos en... amigos.

»Mi padre trabajaba mucho, pero estábamos muy unidos. Solíamos beber juntos. Íbamos juntos a las tabernas. Compartíamos mujeres. Y aquella noche, estando yo bebido, le conté que hacía años que Marduk hablaba conmigo y que lo había visto, y que mi dios personal era nada menos que el gran dios de Babilonia.

»¡Que imprudencia! ¿Qué ganaba con revelárselo a mi padre? Al principio se echó a reír, luego me miró preocupado y por último se quedó pensativo. ¡Jamás debí contárselo! Marduk lo sabía. Estaba en la taberna, pero tan alejado de mí que apenas me veía; era vaporoso y dorado como la luz, y sólo yo podía verlo. Cuando revelé el secreto a mi padre, Marduk sacudió la cabeza con desaprobación y se volvió de espaldas. Pero yo amaba a mi padre, y me sentía tan feliz que quería que lo supiera. Deseaba que supiera que yo había abrazado al dios.

»Fue una solemne estupidez.

»Pero volvamos al entorno que me rodeaba, pues el recuerdo de ciertos hechos concretos aún me afecta demasiado y hace que me escuezan los ojos.

»La familia. Te hablaba sobre quiénes éramos. Éramos unos ricos comerciantes y escribas de nuestros libros sagrados. Todas las tribus hebreas que residían en Babilonia eran escribas de los libros sagrados y se afanaban en hacer copias para sus familias; pero en nuestro caso se trataba de un negocio muy importante, porque éramos conocidos por la rapidez y precisión con que copiábamos los textos. Poseíamos un biblioteca que estaba llena de textos antiguos. Creo que ya te lo he comentado; teníamos, no sé, unas veinticinco versiones sobre José, Egipto, Moisés, y siempre discutíamos sobre lo que debíamos incluir o no. Disponíamos de tantas versiones sobre José en Egipto que decidimos no prestarles demasiado crédito. Me pregunto qué fue de esas tablillas, de esos

pergaminos. No creíamos que todas esas historias fueran ciertas, aunque tal vez estuviéramos equivocados. ¿Quién sabe?

»Regresemos al entramado de mi vida. Cada vez que abandonaba la corte de palacio, la casa de las tablillas o el mercado, regresaba a casa para pasar toda la noche trabajando sobre las Sagradas Escrituras con mis hermanas y primos y tíos en el *scriptorium* de nuestra casa, una estancia de grandes dimensiones.

»Como te he dicho, yo no tenía un temperamento sosegado y me dedicaba a cantar los salmos en voz alta mientras los copiaba, lo cual irritaba especialmente a un tío mío que era sordo. No sé por qué. A fin de cuentas, no oía nada. Además, tengo una voz bien timbrada.

—Es cierto.

—¿Por qué debía enojarse mi tío? En realidad, sabía que yo cantaba los salmos no como el que acabo de cantar para ti, sino como si lo hiciera acompañado de címbalos y bailes, ya sabes, con un toque más espectacular; eso le disgustaba.

»Mi tío decía que había un momento para cada cosa. Yo entonces me encogía de hombros y le obedecía, pero siempre andaba alborotando. No quiero darte una mala impresión de mí mismo. No es que fuera malo...

—Creo adivinar el tipo de hombre que eres hoy, y el que eras entonces...

—Sí, creo que me conoces un poco, y si pensaras que era malo ya me habrías echado de tu casa.

Azriel me observó. Su mirada no era feroz. Pese a tener las cejas casi pegadas a los ojos y muy pobladas, sus ojos eran suficientemente grandes para darle un aire atractivo. Por otra parte, parecía sentirse más a gusto y relajado que al principio; yo me sentía atraído por ese ser y estaba ansioso de escuchar su relato.

Con todo, me pregunté si habría sido capaz de arrojarlo de mi casa en una noche tan desapacible.

—He matado a muchas personas —dijo Azriel, adivinándome el pensamiento—, pero jamás te haría daño, Jonathan Ben Isaac, puedes estar seguro de ello. Nunca lastimaría a un hombre como tú. Mataba a asesinos. Al menos, cuando adopté una forma humana me regía por ese código de honor. Y sigo rigiéndome por él.

»Durante mi primera época como Sirviente de los Huesos, como el fantasma amargado y rabioso del poderoso hechicero, maté a víctimas inocentes porque así lo quiso mi amo, y yo creí que debía hacerlo. Creía que el hombre que me había invocado podía controlarme, y yo le obedecí ciegamente hasta el momento en que comprendí que no tenía por qué seguir siendo su esclavo, que aunque me habían arrebatado el alma de mi espíritu, y el espíritu y el alma de mi carne, quizá todavía podía serle agradable a Dios. Que de algún modo lograría volver a reunir todos esos elementos en una determinada figura. ¡Qué ingenuo!

Azriel sacudió la cabeza.

—Pero quizá lo hayas conseguido, Azriel.

—Por el amor de Dios, Jonathan, no trates de consolarme. No lo soporto. Sólo te pido que me escuches. Asegúrate de que los magnetófonos registran todas mis palabras. Acuérdate de mí. Recuerda lo que digo...

De repente, su confianza en sí mismo se vino abajo. Clavó de nuevo los ojos en el fuego.

—Mi familia, mi padre —dijo—. ¡Mi padre! Cuánto le dolió lo que hizo al fin, y cómo me miró.

¿Sabes lo que me dijo a propósito de herirme? Dijo: «Azriel, ¿cuál de mis hijos me ama como me amas tú? Sólo tú eres capaz de perdonarme por lo que me dispongo a hacer». Lo dijo sinceramente. ¡Mi padre, mi hermano menor, mirándome con los ojos llenos de lágrimas, de sinceridad y absoluto convencimiento!

»Disculpa. Me estoy adelantando a los hechos. No es necesario que acelere mi muerte, pues no tardaré en morir. —Azriel se estremeció. Observé que volvía a tener los ojos anegados en lágrimas.

»Perdóname, y ten presente que durante aquellos miles de años yo no recordaba estas cosas. Yo era un fantasma amargado y sin memoria. Y ahora que lo recuerdo todo me desahogo contigo al relatarte mi historia.

—Continúa. Dame tus lágrimas, tu confianza, tu dolor. No te fallaré.

—Eres extraordinario, Jonathan Ben Isaac —contestó Azriel.

—No, soy un profesor y un hombre feliz. Tengo una esposa y unos hijos que me quieren. No tengo nada de particular.

—Eres un buen hombre dispuesto a conversar con un ser perverso. Eso es muy raro. El rabino de los hasidim me dio la espalda. —Azriel soltó de improviso una sonora y amarga carcajada—. No podía rebajarse a hablar con el Sirviente de los Huesos.

Yo sonreí.

—Todos somos judíos, pero hay judíos y judíos.

—Sí, y en la actualidad israelitas, que serían macabeos. Y luego están los hasidim.

—Y otros judíos ortodoxos, y algunos «reformados», etcétera. Regresemos a tus tiempos. De modo que erais una familia numerosa y feliz.

—Sí, es cierto; y, tal como te he explicado, era normal que los hebreos ricos trabajaran en palacio. Mi padre trabajó allí, y también muchos de mis primos. Éramos escribas, pero al mismo tiempo comerciantes, tratantes en joyas, sedas, plata y libros. La misión de mi padre como comerciante consistía en elegir las mejores vasijas para la mesa del rey y para la mesa de los dioses que había en el templo de Marduk, y para el propio Marduk.

»En aquella época, el templo estaba repleto de capillas, y todos los días preparaban un banquete para cada divinidad, incluyendo a Marduk, de modo que el templo disponía de una nutrida colección de vasijas de oro y plata. Mi padre se encargaba de apartar las vasijas que no eran aptas para los dioses.

»Yo solía acompañarlo al puerto para recibir a los barcos que llegaban de allende los mares, cargados con los últimos y más bellos artículos confeccionados en Grecia o Egipto. Aprendí a juzgar la talla de una copa, y a calibrar la mezcla más pesada y de mejor calidad de oro. Aprendí a distinguir un rubí auténtico de uno falso, un diamante o unas perlas. Éstas me gustaban mucho; comerciábamos con todo tipo de perlas, aunque no las llamábamos así, sino “ojos del mar”.

»Así es como nos ganábamos la vida, en el mercado, en el templo y en palacio.

»Mi familia tenía unos puestos en el mercado. En ellos vendíamos toda clase de gemas, miel y tejidos teñidos de púrpura y azul, las mejores sedas y lino, y también incienso, aunque éste sólo lo compraban los idólatras para ofrecerlo a Nabu, Ishtar y, por supuesto, a Marduk.

»Era nuestro medio de vida, nuestra fuente de poder, nuestro sistema para seguir unidos, para ser fuertes y así regresar algún día a nuestra tierra. Era tan importante como copiar los libros sagrados.

—Es una vieja historia —dije.

—Este comercio me proporcionó una casa propia y una calidad de vida que, de haberse dedicado mi familia a criar camellos, no habría logrado jamás. Ten en cuenta que la riqueza que nos rodeaba condicionaba los valores de mi padre tanto como los míos.

»Quiero decir que no sólo ganábamos dinero, sino que la casa estaba siempre repleta de mercancías que después vendíamos. Aquí y allá había magníficas estatuas de cedro de la diosa Ishtar, recién traídas de Dilmun, que mi tío conservaba en casa durante un par de semanas, adornando la sala de estar, antes de cerrar la venta. La casa estaba atestada de bonitos escabeles, delicados muebles de Egipto, espléndidas urnas negras y rojas confeccionadas por los griegos y un sinfín de objetos de uso personal, decorativos y muy bellos.

—Y tú te criaste en ese ambiente.

—Sí —respondió Azriel—. Así es. Y, al margen de mi carácter descarado y revoltoso y mis coqueteos con Marduk, me crié rodeado de amor. El amor de mi padre, el de mis hermanos y hermanas, el de mis tíos; incluso el de mi tío sordo. En una ocasión el profeta Azarel me dijo: «Yahvé te mira con amor». También contaba con el amor de la vieja bruja Asenath. Sí, vivía en un clima de amor.

Azriel llegó a una pausa natural en su relato. Permaneció sentado, resplandeciente con sus ropajes rojos, su cabello lustroso y espeso, la tez pura de sus juveniles mejillas, seguramente tan suaves como las de una muchacha. Debo de estar haciéndome viejo, porque de un tiempo a esta parte los jóvenes me parecen tan hermosos como las muchachas. No es que los desee. Es sólo que la vida se me antoja pletórica de dones.

Azriel se sentía confundido. Dolido. Yo no quería agobiarlo. Al cabo de un rato entreabrió los labios, pero no dijo nada.

### 3

—¿Qué sensación te producía pasearte por el templo, por el palacio? —pregunté a Azriel—. Puedo imaginarme tu hermosa mansión. Pero el palacio... ¿Tenía los muros revestidos en oro? ¿Y el templo?

Azriel no respondió.

—Descríbemelos, Azriel. No te apures, descríbemelos por medio de imágenes. ¿Cómo era el templo?

—Era una casa de gemas y oro —contestó Azriel—. Era un universo formado por el intenso y vibrante fulgor de las piedras preciosas, el aroma de maravillosos perfumes y el sonido de arpas y flautas; un mundo que invitaba a caminar descalzo y sentir el suave tacto de las baldosas talladas en forma de flores. —Azriel sonrió.

»Y —prosiguió— era mucho más divertido de lo que puedas imaginar. Nada solemne. Los dos edificios eran inmensos, desde luego, y ya sabes que Nabucodonosor construyó el palacio a mayor gloria del pasado, o al menos eso creía él, ampliando los jardines privados; y el templo era el gran edificio conocido como Esagila, y detrás del mismo se erguía el zigurat, Etemenanki, con su escalera hacia el cielo y sus rampas que conducían a la parte superior del templo de mi poderoso y sonriente dios favorito.

»El templo y el palacio estaban llenos de puertas cerradas y selladas. Algunos de los sellos no habían sido rotos desde hacía centenares de años. Y, como sin duda sabes, nuestros contratos estaban también sellados... Me refiero a que un contrato era redactado sobre una tablilla de arcilla y, una vez seco, se introducía en un sobre de arcilla en el que figuraban las mismas palabras que en el contrato, el cual dejábamos que se secara con el fin de que nadie lograra acceder a la tablilla sin antes romper el sobre. De esta forma, si un individuo corrupto realizaba algún cambio en el sobre, la tablilla sellada que éste contenía revelaría la verdad.

»Esas cosas ocurrían con frecuencia en la corte; la gente traía contratos, rompía los sobres, descubría que un sinvergüenza había realizado un cambio en el contrato, y entonces el rey y sus consejeros y sabios lo juzgaban. Jamás seguí a un reo para ver cómo lo ejecutaban. Como bien has dicho, me crié rodeado de belleza.

»Nunca vi mendigos en las calles de Babilonia. Nunca vi un solo esclavo. Babilonia era la ciudad con la que la gente soñaba; todo el mundo era feliz en ella bajo la protección del rey.

»Pero volviendo a tu pregunta, te diré que uno podía pasearse con tranquilidad por el templo. Yo solía entrar sigilosamente, calzado con mis magníficas zapatillas bordadas con gemas, en otras

capillas donde había otros dioses, como Nabu e Ishtar y cualquier dios o diosa que hubiera sido trasladado de otra ciudad para instalarlo en otro santuario.

»Como sabes, eso estaba a la orden del día. Ciro > *el Persa* había emprendido la marcha sobre muchas de las ciudades griegas que se hallaban situadas a lo largo de la costa, conquistándolas una tras otra. De modo que de todos los rincones de Babilonia los sacerdotes, atemorizados, nos mandaban a sus dioses para que los protegiéramos, y nosotros instalábamos a esas divinidades que nos visitaban en unas capillas que estaban inundadas de luz.

»Todos temían que el enemigo robara al dios. El mismo Marduk había permanecido durante doscientos años prisionero en otra ciudad, había sido robado y conducido a ella, y fue un gran día para Babilonia, mucho antes de nacer yo, cuando Marduk fue recuperado y traído a casa.

—¿Te habló Marduk alguna vez de ello? —inquirí.

—No —contestó Azriel—. Pero yo tampoco se lo pregunté. Ya llegaremos a los pormenores...

»Como iba diciendo, me gustaba pasearme por el templo. Llevaba mensajes a los sacerdotes; servía a la mesa de Baltasar y entablé amistad con la gente de palacio, por decirlo así, con los eunucos, los esclavos del templo, los otros pajes y algunas de las prostitutas del templo, que, lógicamente, eran unas mujeres muy bellas.

»Todo el trabajo que yo realizaba en el templo y el palacio tenía una explicación babilónica. El Gobierno había elaborado una política muy sensata. Cuando traían a la ciudad a unos rehenes acaudalados como nosotros, a unos deportados ricos, no sólo lo hacían con el fin de fomentar la cultura, sino que elegían a jóvenes como yo para instruirlos en los usos y costumbres de Babilonia. Así, en caso de que fuéramos enviados de regreso a nuestra ciudad o a una lejana provincia seguiríamos siendo dignos hijos de Babilonia, es decir, miembros del servicio del rey, leales y perfectamente adiestrados.

»En la corte había multitud de hebreos.

»No obstante, algunos de mis tíos se ponían furiosos cada vez que mi padre y yo acudíamos a trabajar en el templo. Pero mi padre y yo nos encogíamos de hombros y replicábamos: “¡No adoramos a Marduk! No comemos con los babilonios. No probamos la comida que ingieren los dioses”. Buena parte de la comunidad opinaba como nosotros.

»Permíteme que haga un breve inciso para ahondar en el tema de la comida. Sigue siendo muy importante para los hebreos. ¿No es así? Jamás comemos en compañía de paganos, y tampoco lo hacíamos en aquellos tiempos. Jamás probábamos la comida que colocaban ante un ídolo. Estaba terminantemente prohibido.

»Como buenos hebreos que éramos, sólo compartíamos el pan con gentes de nuestra religión; siempre nos purificábamos con las oraciones rituales antes de empezar a comer, y no había una sola cosa en nuestras vidas que no estuviera traspasada por nuestro deseo de alabar a Yahvé, nuestro Señor Dios de las Hostias.

»Pero teníamos que sobrevivir en Babilonia. Estábamos resueltos a regresar a nuestra tierra habiendo hecho fortuna. Debíamos ser fuertes, y eso significaba lo que siempre ha significado para los hebreos: convertirnos en lo suficientemente poderosos para dispersarnos sin resultar destruidos.

Se produjo otra inevitable pausa. Azriel se inclinó hacia delante y atizó el fuego, como suelen hacer las personas cuando desean reflexionar y al mismo tiempo sentirse ocupados en algo útil. El

gesto de atizar el fuego proporciona a uno esa sensación, sobre todo si no te estás tomando una copa o sosteniendo una taza de café como si eso fuera un trabajo que requiriera dedicación plena, tal como hacía yo en aquellos momentos.

—Supongo que en aquellos tiempos presentabas el aspecto que tienes ahora, ¿no es cierto? —pregunté, aunque ya le había formulado la pregunta antes. Venía a ser uno de esos sutiles signos verbales: Dios te ha otorgado todos los dones necesarios, mi joven amigo.

—En efecto —respondió Azriel—. En la actualidad preferiría tener la piel lisa, sin barba, como creo que ya te he comentado. Pero no ha habido suerte.

»Esta vez me he presentado tal como soy, pero no sé quién ha invocado mi nombre. ¿Por qué he sido llamado ahora? ¿Por qué he recuperado de nuevo mi cuerpo? ¿En razón de qué? Lo ignoro.

»Antiguamente, cuando los hechiceros invocaban mi nombre me daban la apariencia que les apetecía, lo cual a veces resultaba horrible. Rara vez se molestaban en detenerse unos minutos para comprobar cuál era mi aspecto normal. Me invocaban por medio de una fórmula específica: “Azriel, Sirviente de los Huesos Dorados que sostengo en la mano, aparece envuelto en una nube de fuego y devora a mis enemigos. Redúcelos a cenizas”. Ése era el lenguaje que solían emplear.

»En cualquier caso, para responder a tu pregunta te diré que al morir tenía exactamente el mismo aspecto que ahora, salvo por un rasgo característico que me fue añadido antes de morir asesinado, el cual te describiré más tarde. Tengo el mismo aspecto que ofrecía en el momento de morir.

—¿Por qué dices que fue un error revelar a tu padre la relación que mantenías con Marduk? ¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que hizo tu padre, Azriel?

Azriel meneó la cabeza.

—Ésta es la parte más dura para mí, Jonathan Ben Isaac, la que nunca he confesado a nadie. Jamás se lo he contado a ninguno de mis amos. Me pregunto si Dios es capaz de olvidar. ¿Me negará Dios por la eternidad el acceso a la escalera del cielo?

—Azriel, permíteme una advertencia, simplemente por el hecho de ser un viejo humano, aunque quizá mi alma esté recién nacida. No estés tan seguro de la existencia del cielo, ni tampoco del rostro de nuestro dios, como no lo estaba Marduk.

—¿Significa eso que crees en uno pero no en el otro?

—Significa que deseo mitigar el dolor que te invade al relatarme tu historia. Deseo mitigar tu sentido de la fatalidad, de que estás predestinado a una suerte horrible debido a lo que otros hicieron.

—Muy prudente por tu parte —replicó Azriel—. Y con ello demuestras una gran generosidad. En muchos aspectos sigo siendo un ingenuo.

—Ya. Lo comprendo. Regresemos a Babilonia. ¿Puedes explicarme en qué consistía el complot? ¿Tuvo tu padre algo que ver en él?

—Mi padre y yo éramos grandes amigos. Él no tenía un amigo más sincero y leal que yo, y mi mejor amigo era Marduk.

»Yo era quien llevaba la voz cantante cuando nos íbamos de copas, y fue él quien..., sólo mi padre pudo haberme obligado a hacer lo que hice..., lo que me convirtió en el Sirviente de los Huesos.

»Es curioso cómo encajan todas las piezas —musitó Azriel. Parecía distraído—. Eligen ciertos



ingredientes y los mezclan, pues la pócima no es eficaz a menos que contenga todos los ingredientes necesarios. Los sacerdotes jamás habrían conseguido obligarle a hacerlo. ¿Ciro *el Persa*? Me inspiraba tanta confianza como cualquier tirano. En cuanto al viejo Nabónides, ¿qué clase de consejos dispensaba? Sólo estaba allí gracias a un favor de Ciro, y a la astucia. Todo lo referente al imperio persa se basaba en la astucia. Quizá como en el caso de todos los imperios.

—No te precipites —dije—. Haz una pausa para recuperar el aliento.

—Sí... pero permíteme que te ofrezca unas imágenes de mi familia. Mi madre falleció cuando yo era todavía un niño. Estaba muy enferma, y se lamentaba de no que no viviría para ver a Yahvé alzar su rostro hacia nosotros y conducirnos de regreso a Sión. Provenía de una familia de escribas. Ella misma era una escriba y durante un tiempo, según me contaron, había sido una profetisa, pero abandonó esas actividades al tener hijos.

»Mi padre lloró su muerte hasta el último día en que lo vi. Tenía dos mujeres gentiles, al igual que yo; de hecho, muchas veces compartíamos las mujeres, aunque no las teníamos para casarnos con ellas ni tener hijos, sino sólo para divertirnos.

»Mi padre era un trabajador infatigable que copiaba los salmos y se esforzaba en transcribir las palabras tal como nos las había transmitido Jeremías, una cuestión sobre la que discutíamos constantemente. Mi padre rara vez dirigía las oraciones. Pero tenía una voz muy hermosa, y le recuerdo cantando las alabanzas del Señor.

»Cuando trabajábamos en el templo, él y yo comentábamos en secreto que todos los idólatras estaban locos de remate. Pero ¿por qué no íbamos a trabajar para ellos y satisfacer sus caprichos?

»Tal como te decía, de vez en cuando ayudábamos a los sacerdotes a preparar la comida para el dios Marduk. Yo tenía muchos amigos entre los sacerdotes, que eran como cualquier grupo de sacerdotes; algunos lo creían todo y otros no creían en nada. Colocábamos unos velos alrededor de la mesa del dios y después nos llevábamos la comida, que el dios Marduk había probado y saboreado, a su manera —a través del olor y la humedad que percibía—; también ayudábamos a preparar la comida para los miembros de la familia real, los rehenes reales, los sacerdotes y los eunucos, quienes devoraban la comida del dios, o bien comían sentados a la mesa del rey.

»Pero, como buenos hebreos, nosotros no probábamos siquiera esa comida. Jamás nos hubiéramos atrevido a hacer semejante cosa.

»Procurábamos cumplir las leyes de Moisés en todo. Hace unos días, cuando aparecí en Nueva York y comenzó mi periplo en busca de los asesinos de Esther Belkin, al tropezarme con el abuelo de Gregory Belkin, el rabino de Brooklyn, observé que muchos de esos judíos, pese a ser tan estrictos, habían hecho fortuna en Nueva York con el comercio, al igual que nosotros en Babilonia.

»También observé que algunos judíos eran más devotos que otros, como tú mismo has apuntado.

Azriel hizo otra pausa. No estaba impaciente por sentir el dolor que de forma inevitable experimentaría.

—Pero permíteme que regrese a Babilonia. Mira, estoy bailando en la taberna con mi padre. Todos los hombres bailan unos con otros. Esa noche no hay ramera. Es un lugar reservado sólo para hombres. Y yo digo a mi padre:

»—He visto a mi dios con mis propios ojos. Lo he visto y lo he estrechado contra mi corazón. Padre, soy un idólatra, pero te juro que he visto a Marduk y que Marduk me acompaña a todas partes.

»Y en aquella esquina del local, mira, Marduk me vuelve la espalda deliberadamente y menea la cabeza en señal de desaprobación.

»Horas más tarde, mi padre y yo seguíamos discutiendo.

»—Eres un hombre sabio, y un vidente, y has hecho mal uso de tus poderes —dijo mi padre—. Debiste utilizarlos en beneficio nuestro.

»—Lo haré, padre, los utilizaré en beneficio nuestro. Pero ¿qué quieres que haga? Marduk no me pide nada. Dime qué es lo que quieres que haga.

»Al día siguiente Marduk apareció a pocas manzanas de la casa, vaporoso, dorado, pero en cualquier caso visible.

»—No me toques si no quieres organizar un espectáculo religioso —me advirtió el dios.

»—¿Estáis enojado conmigo por habérselo contado a mi padre?— le pregunté sin rodeos.

»Caminábamos juntos por la calle como dos amigos, y el hecho de que fuera visible me tranquilizaba mucho.

»—No, no estoy enojado contigo, Azriel, pero no me fío de los sacerdotes del templo. Hay muchos sacerdotes viejos y astutos, y nunca sabes lo que pretenden de ti. Escúchame con atención. Debo explicarte algunas cosas antes de que la situación empeore para nosotros, es decir, para ti. Vayamos a los jardines públicos. Me gusta verte comer y beber.

»Nos dirigimos al lugar favorito de Marduk, un inmenso jardín público que estaba situado junto al Éufrates, alejado de los muelles, de los carpinteros de buques y del trajín propio de un puerto. Se hallaba en un lugar donde penetraba uno de los numerosos canales, más cerca del canal que del río, junto al cual había siempre mucho movimiento. El jardín estaba lleno de sauces llorones, semejantes a los que alude el salmo, y había unos músicos que tocaban la flauta y bailaban a cambio de baratijas.

»Marduk se sentó frente a mí y cruzó los brazos. Nos parecíamos tanto que podríamos haber pasado por hermanos. Pensé que lo conocía mejor que a mis hermanos. A propósito, yo no odiaba a mis hermanos, pese a esas historias que aseguran que los hebreos siempre odian a sus hermanos. Es mentira. Yo quería a mis hermanos. Eran poco juerguistas, poco aficionados a beber y a bailar. Aunque me divertía más con mi padre, a ellos los quería mucho.

Azriel se detuvo, deduzco que por respeto hacia sus difuntos hermanos. Resultaba muy seductor con sus ropajes de terciopelo rojo, y estas pausas hacían que me fijara en su aspecto físico y me sintiera atraído hacia él. Pero a los pocos minutos reanudó su relato:

—Nada más sentarnos, Marduk dijo:

»—Voy a contarte la verdad y deseo que prestes atención. No recuerdo nada de mis orígenes. No recuerdo haber aniquilado a Tiamat, el gran dragón, y haber creado el mundo de su vientre y el cielo del resto de su cuerpo. Pero eso no significa que no ocurriera. Debo hablarte sobre la niebla. Veo a los espíritus de los dioses y los espíritus errantes de los muertos, y escucho las plegarias de la gente y procuro responder a ellas. Pero habito en un lugar siniestro. Cuando me retiro al templo para disfrutar del banquete siento una gran satisfacción, pues la niebla se disipa. ¿Sabes por qué se disipa la niebla?

»—No, pero imagino... que los sacerdotes os veían, esos poderosos clarividentes podían verlos.

»—Así es, Azriel, puedo asumir una forma sólida y visible ante brujos, hechiceros, ante quienes

tengan ojos para verme, y bebo las libaciones de agua, las inhalo e inhalo los aromas de la comida y eso me insufla vida. Luego penetro en la estatua, reposo en la oscuridad y el tiempo carece de significado para mí, y escucho los murmullos de Babilonia. Escucho con atención. Pero no recuerdo los mitos de los orígenes, ¿comprendes lo que digo?

»—No del todo —confesé—. ¿Acaso pretendes decirme que no eres un dios?

»—Por supuesto que soy un dios, y muy poderoso. Si lo deseara podría hacer que este mercado y este jardín desaparecieran al instante, arrastrados por un vendaval. Me resultaría muy fácil. Lo que digo es que los dioses no lo saben todo, y esa historia de que Marduk se convirtió en el jefe de los dioses, que aniquiló a Tiamat y construyó una torre que conduce al cielo... la he olvidado, o bien he perdido las fuerzas y no consigo recordarla. Los dioses pueden morir, desaparecer, al igual que los reyes. Pueden quedarse dormidos y cuesta mucho despertarlos. Pero cuando me despierto y estoy completamente despabilado, siento un gran amor por Babilonia y Babilonia me corresponde.

»Te sientes desalentado, mi señor —respondí yo—, porque hace diez años que no se celebra el Festival de Año Nuevo, porque nuestro rey Nabónides te ha abandonado a ti y a tus sacerdotes. Eso es todo. Si consiguiéramos que ese viejo idiota regresara para celebrar el festival, te sentirías más animado; te sentirías feliz y pletórico de vida al contemplar a todos los babilonios echarse a la calle para verte desfilas por la Vía procesional.

»—Es una bonita idea, Azriel, y contiene cierta parte de verdad, pero no me complace ese festival, no me atrae permanecer encerrado en la estatua y caminar de la mano del rey. Al cabo de un rato siento la tentación de derribarlo al suelo y hacerlo rodar hasta las alcantarillas de la Vía procesional. ¿No lo comprendes? La historia no es como la cuentan. ¡En absoluto!

»Marduk guardó silencio y me hizo un gesto para indicarme que meditara sus palabras. Luego declaró que deseaba hacer un experimento. Los próximos minutos iban a tener una importancia decisiva sobre mi destino como espíritu, pero en aquellos momentos no adiviné sus intenciones.

»—Deseo que hagas lo siguiente, Azriel —dijo Marduk—. Mírame, despójame mentalmente del oro que me cubre e intenta verme con la piel rosácea y vivo como tú, con mi barba negra y mis ojos castaños, y luego tócame con ambas manos. Libera al dios de su coraza de oro. Intentémoslo.

»Yo estaba temblando.

»—¿Por qué tienes miedo? Cualquiera que se fije en nosotros sólo verá a un noble que luce elegantes ropajes, eso es todo.

»—Temo que dé resultado, mi señor —contesté—. Se me ha ocurrido un pensamiento terrible. Deseas escapar, Marduk. Deseas huir. Y si este experimento da resultado, si mis ojos y mis manos consiguen proporcionarte un cuerpo visible, podras escapar, ¿no es así?

»—¿Y por qué habría eso de asustar a un hijo de Yahvé? —inquirió con brusquedad Marduk. Luego añadió—: Lamento haberme irritado contigo. Te amo más que a todos mis súbditos y a quienes me veneran. No voy a abandonar Babilonia. Permaneceré aquí mientras Babilonia me necesite. Seguiré aquí hasta que vengan las arenas para sepultarnos a todos. Entonces quizás huya. Pero sí, eso me daría libertad. Me demostraría que pese a ser un dios puedo penetrar en un cuerpo humano visible y pasearme tranquilamente. Me demostraría lo que soy capaz de hacer, ¿comprendes? Puedo crear tormentas, curar a los enfermos, aunque a veces resulte un poco complicado, así como hacer que se cumplan los deseos de la gente, porque sé muchas cosas, y sé que los demonios a los que la gente

teme no son sino las almas errantes de los muertos.

»—¿Es eso cierto? —pregunté.

»Permíteme hacer un inciso para explicarte que en Babilonia la tarea de ahuyentar a los demonios era un gran negocio. Ciertos individuos ganaban auténticas fortunas dedicándose a ahuyentar a los demonios de las casas donde había enfermos o personas que temían estar bajo su influjo. Existían diversos ritos y conjuros para lograrlo, y uno se dirigía al exorcista y hacía lo que éste le ordenaba. De modo que yo quería saber si los demonios existían o no. Pero Marduk no me dio una respuesta inmediata. Cuando habló, me dijo:

»—Azriel, la mayor parte de los demonios son las almas errantes de los muertos. Pero existen unos espíritus tan poderosos como los propios dioses, y algunos de ellos están llenos de odio y desean hacer el mal. Pero no suelen entretenerse en hacer que una campesina caiga enferma o en echar un maleficio sobre una casa humilde. Eso es cosa de los espíritus errantes de los muertos, pues necesitan cometer esas maldades a fin de que la niebla y el humo que los envuelven se disipe.

»No esperé un minuto más. Me sentía impresionado por la generosidad y la paciencia que Marduk había derrochado conmigo —imagina el magnífico aspecto que ofrecía ahí sentado ante mí, cubierto de oro, ese hermoso y noble ser—, y yo lo amaba con todo mi corazón. Lo amaba hasta las lágrimas. Lo amaba hasta la risa.

»Extendí la mano y al tocarlo supliqué que el oro que lo cubría desapareciera para que gozara de la libertad de un hombre de carne y hueso y pudiera pasearse tranquilamente entre nosotros. ¿No adivinas lo que sucedió?

—Se hizo visible como si fuera humano —respondí.

—Así es, y en aquellos momentos comprobé algo referente a los espíritus que más adelante utilicé en mi propio provecho y que he venido utilizando hasta hace poco. En efecto, Marduk se hizo visible; asumiendo el aspecto de un importante noble ataviado con ropas de fiesta, sentado ante la mesa de mármol con una copa de vino frente a él, y sonrió. Las personas que había a nuestro alrededor lo contemplaron atónitas. No creo que lo hubieran visto materializarse, como diríamos hoy en día. Pero se fijaron en él. Era muy hermoso.

—¿Era evidente que se trataba de Marduk? —pregunté.

—No. Sin el oro que lo cubría podía haber sido un rey, o un embajador. La estatua, como es lógico, era más estilizada. Sin embargo, todo el mundo se fijó en él. Incluso los músicos dejaron de tocar sus flautas hasta que Marduk se volvió hacia ellos para indicarles que continuaran. Y ellos obedecieron.

»Yo estaba muerto de miedo.

»—Vamos, amigo mío —dijo Marduk entonces—. Veo con más claridad que nunca, y aunque este cuerpo es muy ligero, me gusta su forma. Hace que la gente se fije en mí, lo cual me procura tanto poder como la procesión de Año Nuevo. ¡Pueden verme! No saben quién soy, pero me ven. Vamos, amigo, demos un paseo, quiero recorrer las murallas y el templo contigo; deseo verlo todo con detalle y junto a ti. No es preciso que me lleves a tu casa. Tus tíos se volverían locos. Por desgracia, oigo con los oídos de este dios que los sabios de Judea se han reunido para hablar de ti, para comentar el hecho de que seas capaz de ver y oír a los dioses paganos. Vamos, me apetece caminar.

»Marduk se levantó, me pasó un brazo sobre los hombros y abandonamos el jardín. Paseamos

durante toda la tarde.

»—¿Qué ocurrirá si no regresas al templo para la celebración matutina? —pregunté a Marduk.

»—¡Idiota! —contestó él con una risotada—. Sabes perfectamente lo que ocurrirá. Sólo aspiro el aroma de la comida. No me la como. Dispondrán la comida ante la estatua, luego se la llevarán y reunirán a todo el personal que se ocupa del templo en torno a la mesa de Dios. ¡No ocurrirá nada!

»Recorrimos todos los barrios de Babilonia, caminamos junto a los canales, el río, atravesamos los puentes, los diferentes distritos, el mercado y los numerosos jardines y parques que estaban abiertos al público. Marduk miraba a su alrededor lleno de asombro, y ahora, tras haberme convertido en un espíritu, comprendo lo que debió de sentir al contemplar el colorido de las cosas. Comprendo mejor que nadie lo que debió de soportar.

»De pronto, al aproximarnos a la puerta de Ishtar, Marduk se detuvo.

»—¿Ves eso? —me preguntó.

»Claro que lo veía, se trataba de la propia diosa, que nos observaba furibunda. Estaba recubierta de oro y gemas y era invisible. De hecho, incluso podía ver más allá de su feroz rostro.

»—No le complace que me haya escapado —dijo Marduk, preocupado. Por primera vez observé en su semblante una expresión de temor. No, no era temor, sino aprensión. A partir de aquel momento se comportó con mayor cautela. Es lógico. Estábamos rodeados por un gran número de espíritus que no cesaban de observarlo, envidiándolo y desafiándole con sus expresiones ceñudas, y también había dioses. Vi al dios Nabu, y a Shamash. Eran dioses babilonios que disponían de sus propios templos y sacerdotes. Sin embargo, observé que estaban enojados con nosotros.

»—¿Por qué no les temes, Azriel? —preguntó Marduk en tono confidencial.

»—¿Debería hacerlo, mi señor? En primer lugar estoy junto a ti y soy hebreo. Ésos no son mis dioses.

»Mis palabras debieron de parecerle muy divertidas, pues Marduk estalló en risas. No lo había oído reír desde que se había vuelto visible.

»—Es una respuesta típicamente hebrea —dijo entonces.

»—En efecto, señor —contesté—. Señor, ¿les ofendería si tratara de no verlos? ¿Les ofenderías si los obligaras a desaparecer?

»—No, yo soy el gran dios —respondió Marduk. Acto seguido hizo un gesto brusco, airado y decisivo y los espíritus palidecieron y se esfumaron como el humo, incluido el furibundo Shamash. Sólo quedaron los espíritus errantes de los muertos, que se hallaban por doquier. Marduk extendió los brazos y los bendijo. Luego comenzó a hablar en sumerio mientras seguía impartiendo bendiciones—. Regresad a vuestro sueño, regresad a descansar en la Madre Tierra, regresad a la paz de vuestras sepulturas y a la seguridad de los recuerdos que de vosotros guardan vuestros hijos en sus mentes y sus corazones.

»Gracias a Dios que los muertos desaparecieron. Marduk y yo debíamos de constituir todo un espectáculo. Henos ahí, claramente visibles, atrayendo la atención de todo el mundo: un noble señor que gesticulaba para indicar seres que nadie podía ver, y un rico hebreo, cargado de joyas, que parecía su paje, compañero o lo que fuera.

»El caso es que los muertos se esfumaron. De pronto sentí que el corazón me daba un vuelco. Recordé el fantasma de Samuel, que había sido invocado por la bruja de Endor para el rey Saúl.

“¿Por qué perturbas mi sueño?”, había preguntado el fantasma. Yo no quería estar muerto. No, me negaba a ello. Agarré la mano de Marduk. Marduk se había hecho más poderoso, tras haber sido contemplado por tantas personas. No tengo que explicarte la cosmología, es muy simple; cuantas más veces apareciera en público, más aumentaría su poder.

»No obstante, me sentía confundido. ¿Por qué no había permitido Marduk que los sacerdotes le infundieran vida recubierto de oro y caminando sobre oro, como el dios que era, a través de su ciudad? Por supuesto, nunca había oído decir que un dios hiciera eso, pero tampoco nunca había conocido a un dios como Marduk. Él adivinó mis pensamientos y me miró, preocupado.

»—Azriel, en primer lugar los sacerdotes no son lo bastante fuertes para lograr que yo adopte una forma sólida y visible, cubierto de oro. ¡Si ni siquiera son capaces de mover la estatua! No pueden crear una imagen de mí revestido de oro, como eres capaz de hacer tú, y luego conseguir que eche a andar. No tienen ese poder. No poseen tus facultades. Y aunque no fuera así, ¿qué clase de vida sería la mía? ¿Un incesante festival de Año Nuevo, rodeado de idólatras? Muchos dioses han caído debido a eso. Al final comprueban que no tienen nada, que pertenecen a todo aquel que pueda tocar sus ropas o su piel o su cabello, y salen huyendo, envueltos en la niebla y gritando como espíritus errantes. No, sólo estaría dispuesto a hacerlo si Babilonia me necesitara, pero no me necesita. Sin embargo, Babilonia necesita algo, y pronto, y tú sabes por qué.

»—Ciro *el Persa* —respondí—. Cada día se aproxima más. Saqueará Babilonia y... y... —titubeé—. Matará a mis gentes junto con todos los habitantes de la ciudad, o quizá nos permita seguir aquí.

»Marduk me rodeó los hombros con un brazo y echamos a caminar resueltamente de forma decidida a través de la enorme multitud que se había congregado para observarnos a nosotros y nuestras extrañas actividades. Nos dirigimos hacia otro jardín público, uno de mis favoritos, donde los músicos tocaban el arpa. Era un lugar donde los hebreos tocaban su música y se reunían para bailar. No me había propuesto dirigirme a un lugar frecuentado por mi gente, pero no le di importancia. Marduk se apresuró a decir:

»—Creo que nos hemos equivocado de camino.

»—¿Por qué? No se fijarán en nosotros. No tiene nada de particular que me vean en compañía de un hombre rico. Soy un comerciante. Les diré que te vendí una fabulosa faja de oro y estas gemas.

»Marduk se echó a reír, pero me indicó que nos sentáramos y se puso a hablar en voz baja.

»—¿Qué sabes de los persas? —preguntó—. ¿Qué sabes sobre las ciudades que Ciro ha conquistado? ¿Qué es lo que sabes?

»—Sé las mentiras que propagan los persas, afirmando que Ciro trae paz y prosperidad y no maltrata a la gente, pero no lo creo. Es un rey asesino como todos los demás. Es ambicioso como Asurbanipal. No creo que los persas acepten sin más la rendición de esta ciudad. ¿Quién iba a creerlos? ¿Acaso lo crees tú?

»Comprendí que Marduk no me escuchaba.

»—A eso me refería —dijo, señalando con el dedo— cuando dije que nos habíamos equivocado de camino. Pero nos habrían hallado de todos modos. No pierdas la calma. No digas nada. No nos delates.

»Vi lo mismo que él, un numeroso grupo de ancianos hebreos que avanzaba hacia nosotros,

obligando a la multitud a apartarse. A la cabeza del grupo se hallaba el profeta Enoc, furioso, con su cabello blanco agitado por el viento. Miró a Marduk y comprendí que lo había reconocido, mientras que quienes rodeaban a Enoc, nerviosos y turbados, en un intento de evitar el escándalo sólo veían a un hombre noble y al atolondrado de Azriel, un joven algo insolente pero bueno, poderoso y dócil.

»Marduk miró al profeta a los ojos, y yo también. Enoc se detuvo a pocos pasos de nosotros. Iba medio desnudo, como suelen ir los profetas. Estaba cubierto de cenizas y polvo y portaba un báculo, y por primera vez desde que había oído hablar de él —no era uno de mis profetas preferidos— comprendí que era el auténtico profeta debido a la forma en que miró a Marduk de hito en hito, expresando una feroz indignación y una violenta fe.

»—¡Tú! —declaró mientras alzaba el báculo y señalaba a Marduk. La multitud retrocedió atemorizada. A fin de cuentas, ese personaje tenía el aspecto de un hombre acaudalado. Entonces ocurrió algo terrible. El profeta abrió los ojos de forma desmesurada y dijo—: Recupera tu botín, el oro que tus soldados robaron de nuestro templo en Jerusalén, y vístete con él, ídolo estúpido e inútil, pues no sirves sino para ser una estatua de metal.

»Y antes de darme tiempo a reaccionar, una lluvia de oro empezó a descender sobre Marduk y a cubrirlo. Marduk se resistió y yo intenté ayudarlo; entre ambos conseguimos que sólo quedara cubierto por una ligera capa de oro, menos refulgente que las visiones que yo venía teniendo desde hacía tiempo. Marduk quedó recubierto de oro por completo y en las calles se oyeron multitud de pasos apresurados. Al alzar la cabeza vi que los tejados de las casas que rodeaban los jardines estaban atestados de curiosos.

»De pronto apareció mi padre, quien se abrió camino entre la multitud y colocó el brazo ante Enoc como para detenerlo.

»—Con esto sólo lograrás perjudicarnos, ¿no lo comprendes? —exclamó mi padre. Luego miró a Marduk, que permanecía plantado en medio del camino, cubierto por una fina capa de oro, y Enoc golpeó a mi padre con su báculo.

»Yo me enfurecí, pero mis hermanos rodearon al profeta y Marduk me agarró del brazo.

»—No me abandones —me imploró en voz baja—. ¿Soy de oro macizo? —preguntó.

»Le expliqué que estaba cubierto por una capa de oro que se iba espesando, pero que no era el ídolo capaz de moverse que me había parecido al principio. Marduk sonrió y observó a las personas que se hallaban encaramadas en los tejados, volviéndose una y otra vez mientras la gente no cesaba de chillar.

»—¡Silencio! —gritó Enoc, golpeando los ladrillos con el báculo mientras su barba temblaba a causa de la ira que sacudía todo su cuerpo.

»¡Si lo hubieras visto! Estaba en su elemento. Te aseguro que los profetas son una raza asesina.

»—¡Tú, Marduk, dios de Babilonia, no eres más que un impostor a quien han arrojado del templo! —gritó.

»—Nos está ofreciendo una escapatoria, Azriel. ¡Qué alivio! —dijo entonces Marduk al tiempo que soltaba una discreta carcajada.

»—¿Deseas que crean en ti, mi señor? Pues lo único que tienes que hacer es desaparecer y aparecer de nuevo. Yo te ayudaré.

»Marduk me dirigió una mirada que me dejó helado.

»—Ya sé —dije— que te he decepcionado. No quieres ser el dios.

»—¿Quién demonios querría serlo, Azriel? No, no debería decir eso. Lo expresaré de otra forma. ¿Quién estaría dispuesto a renunciar a la vida para serlo? Pero el tiempo apremia. Vuestro profeta está a punto de bramar como un toro.

»Y eso es justamente lo que hizo Enoc. Alzó su potente voz, aunque no me explico cómo logró emitir un sonido tan brutal a través de una caja torácica tan enclenque, y dijo:

»—Babilonia, ha llegado el momento de humillarte. Mientras hablamos, se dirige hacia aquí el ungido, *Ciro el Persa*, el azote que el Señor Dios Yahvé ha enviado para castigarte por lo que le has hecho a Su pueblo y para conducirnos de regreso a nuestra tierra.

»Los hebreos comenzaron a vociferar, rezando, cantando y entonando alabanzas al Dios de las Hostias mientras los babilonios presenciaban la escena atónitos, algunos de ellos incluso riendo, hasta que Enoc pronunció de nuevo su profecía:

»—Yahvé ha enviado a un salvador en la persona de *Ciro* para salvar a esta ciudad... Sí, incluso tú, Babilonia, serás liberada del demente Nabónides para ser entregada a tu libertador.

»De repente se produjo un silencio, que duró sólo unos instantes. Luego brotó un rugido de las gargantas de todos los presentes, hebreos, babilonios, griegos y persas. La muchedumbre gritó alborozada: “Sí, sí, el ungido, *Ciro el Persa* nos liberará de nuestro rey loco, quien ha abandonado la ciudad”.

»Las hordas empezaron a hacer reverencias a Marduk, inclinándose hasta rozarle los pies con los brazos extendidos y retirándose a continuación...

»—¡Muy bien, impostor, saborea tu momento! —gritó Enoc—. Es voluntad de Yahvé que tu ciudad se rinda sin derramamiento de sangre. Pero no eres un Dios verdadero. Eres un impostor y en los templos no hay sino estatuas. Unas estatuas, os digo. Tú y tus sacerdotes nos veréis partir en olor de multitudes y nos daréis las gracias por haber salvado Babilonia.

»Yo era incapaz de articular palabra, te lo juro. No comprendía nada. Pero Marduk asintió con la cabeza y encajó las ofensas del profeta sin pestañear. Luego se volvió y alzó los brazos.

»—Te dejo, Azriel, pero ándate con cuidado y no hagas nada hasta que recibas mis indicaciones. Guárdate de quienes amas, Azriel. Siento un profundo temor, no por Babilonia, pues Babilonia vencerá, sino por ti. Ha llegado mi momento de orgullo.

»A continuación Marduk comenzó a irradiar un resplandor dorado y por la expresión febril de sus ojos comprendí que el resplandor provenía de él mismo. Mientras los babilonios y los judíos contemplaban a Marduk, transmitiéndole la fuerza que necesitaba, el fulgor del dios se fue intensificando y dijo con voz potente, más potente que la de un hombre, haciendo vibrar las celosías y retumbando entre los edificios:

»—Aléjate de mí, Enoc, tú y toda tu tribu. Te perdono tus impetuosas palabras. Tu Dios no tiene rostro y es cruel. ¡Pero invocaré el viento para hacer que os disperséis!

»En aquel instante empezó a soplar sobre los tejados un viento que procedía del desierto, cargado de arena. La figura dorada de Marduk se irguió inmensa ante mí, pero yo sabía que era un efecto óptico, pues había comenzado a palidecer. Mientras lo observaba, el dios estalló en una lluvia de oro y la muchedumbre enloqueció.

»Todos echaron a correr, aterrorizados e impresionados por lo que habían visto y oído, e



impulsados por el furioso vendaval cargado de arena.

»Sólo yo permanecí inmóvil, mientras mis hermanos corrían hacia mí y el profeta Enoc no cesaba de reírse como un loco con los brazos extendidos. Luego se precipitó hacia mí, y propinó un empujón a mi padre con el báculo. Me miró con rabia y dijo:

»—¡Pagarás por haber comido la comida de los falsos dioses! ¡Pagarás por ello. —Luego me escupió, cogió un puñado de arena y me la arrojó a la cara. Mis hermanos le rogaron que se detuviera, pero él siguió riendo y repitió—: ¡Pagarás por lo que has hecho!

»Yo me puse furioso, muy furioso. Mi naturaleza alegre y pacífica se evaporó. Sentí una intensa ira, que se convertiría en una sensación habitual después de mi muerte. Me incliné hacia delante y le espeté:

»—¡Pide a Yahvé que cese esta tormenta de arena, estúpido!

»Mis hermanos me sacaron de allí a rastras.

»Algunos ancianos, devotos del profeta, corrieron a proteger a Enoc. Lo cogieron en brazos y se lo llevaron mientras éste seguía gritando y gesticulando como un demente, y poco a poco, mientras corríamos a refugiarnos en nuestra casa, el viento empezó a remitir.

## 4

—Cuando llegamos a casa me hallaba tan alterado que mis hermanos tuvieron que transportarme en brazos. Y al llegar al portal, ¿a quién dirías que vimos?

»A dos de los profetas, éstos menos exaltados que esos otros que se limitaban a repetir las palabras que Jeremías transmitía desde Egipto. Iban acompañados por una anciana a quien todo el mundo temía y detestaba, que se llamaba Asenath. Ella pertenecía a nuestra tribu pero era una nigromante, todos lo sabíamos, y esas actividades estaban prohibidas, tanto si el gran rey Saúl había invocado a Samuel por medio de la bruja de Endor como si no.

»Por otra parte, todos acudían de vez en cuando a ella en busca de ayuda. De modo que no era una novedad verla junto al portal de nuestra casa, pues había conocido a mi madre y a mis abuelos. No era nuestra enemiga, sino sólo una mujer con mala fama que sabía mezclar pócimas para matar a las personas y brebajes para hacer que la gente se enamorara.

»Tenía el pelo ralo, muy blanco, y unos ojos que con los años habían adquirido un tono azul intenso, en lugar de más pálido. Su rostro enjuto y arrugado mostraba una expresión triunfal, e iba vestida de escarlata, un descarado escarlata, y cubierta con sedas como si fuera una prostituta egipcia; portaba un cayado retorcido, con una serpiente en el extremo, semejante a los báculos que llevaban los profetas, y me dijo:

»—Acércate, Azriel, o déjame entrar.

»Toda la familia había salido al patio, gritándole a la vieja bruja que se alejara de nuestra casa, y mis hermanos la conminaron a que se fuera, pero ante mi asombro mi padre respondió: “Entra, Asenath”.

»Lo siguiente que recuerdo es que me hallaba tendido en la cama, oyendo hablar a los demás. Mis hermanos querían saber cómo me había metido en ese lío, y cómo era capaz de creer que ese demonio era Marduk cuando era evidente que se trataba de un demonio, y por qué no les había dicho que me dedicaba a conversar con otros dioses. Mis hermanas insistían en que me dejaran en paz, y durante unos momentos creí ver el fantasma de mi madre, pero supongo que fue un sueño.

»Todos mis tíos y los miembros más ancianos de la familia se habían reunido en las amplias estancias que conformaban el *scriptorium*, las cuales flanqueaban el patio y tenían la superficie de la mitad de éste... Como ya te he dicho, eran muy grandes. No sabía dónde se había metido mi padre.

»Por fin, mi padre me mandó llamar. Mis hermanos me ayudaron a incorporarme y me condujeron hasta él. No me hizo gracia traspasar la puerta de una pequeña antecámara contigua al aposento de los antepasados, es decir, el pequeño cuarto en el que los antiguos asirios y acadios que habitaron la

casa habían enterrado a sus muertos. Esa pequeña habitación formaba parte de sus viejos ritos paganos y no habíamos retirado los cuadros de los sacerdotes, sacerdotisas y antepasados de esa gente de las paredes. Nos lo impedía la superstición, y a fin de cuentas, pese a ser paganos, sus huesos yacían enterrados bajo el suelo.

»En la habitación había tres sillas muy sencillas, ya sabes, de cuero con las patas pintadas y cruzadas, pero eran nuestras mejores sillas, y también había unas lámparas de aceite de oliva, cuyas mechas encendidas emitían un brillante resplandor, de modo que la habitación tenía un aspecto magnífico, aunque un tanto siniestro.

»La vieja Asenath estaba sentada en una silla y mi padre en la otra. Ambos estaban cuchicheando, pero se detuvieron en cuanto me vieron entrar. Me senté en la silla que había libre y mis hermanos se marcharon. Los tres guardamos silencio durante unos instantes, rodeados de cuadros de asirios, iluminados por el resplandor de las lámparas, en un lugar cerrado y asfixiante. Cerré los ojos. Luego los abrí, en un intento de ver a los muertos. Traté de verlos como había visto a Marduk cuando éste se hallaba a mi lado. Y durante unos momentos los vi. Los vi como unos espectros diseminados por la habitación que arrastraban los pies, farfullaban y nos señalaban, pero luego meneé la cabeza y dije: “¡Desapareced!”.

»Asenath, que tenía una voz muy juvenil pese a ser tan vieja, me miró y soltó una carcajada.

»—Veo que se te han contagiado los modales imperiales del dios Marduk.

»Yo no respondí; la bruja prosiguió:

»—¿Cómo? ¿Te niegas a reconocer tu lealtad a tu dios en presencia de tu padre? No me sorprende. ¿Crees que eres el primer hebreo que venera a los dioses babilonios? Las colinas que rodean Jerusalén están repletas de altares donde los hebreos todavía adoran a los dioses paganos.

»—¿Y eso qué quiere decir, vieja? —pregunté, asombrado ante mi ira e impaciencia—. Ve al grano. ¿Qué intentas decirme?

»—A ti, nada. Se lo he dicho todo a tu padre. Tú eres quien debe decidir. Depende de ti. Hace diez años que no se celebra el festival, pero hace muchos más que no se produce el auténtico milagro del festival. Los viejos sacerdotes saben muchas cosas; pero no lo saben todo; y por esto, por esto que sostengo en la mano —añadió la bruja al tiempo que extraía un voluminoso paquete de entre sus ropas— me darían lo que yo les pidiera, y me lo darán.

»Miré el paquete. Se trataba de un viejo sobre de arcilla sumerio, lo cual significaba que la antigua tablilla sumeria que contenía estaba intacta. No había sido manipulada.

»—¿Y a mí que me importa ese paquete? ¿Qué me importa el milagro del festival? —pregunté.

»Mi padre me indicó que guardara silencio.

»La bruja depositó el sobre de arcilla que contenía la tablilla secreta en las manos de mi padre y dijo:

»—Ocúltalo aquí con los huesos de los asirios. —Luego se echó a reír y agregó—: Recordad mis palabras, ¡os darán Jerusalén a cambio de ello! ¡Haced lo que os digo! Me han mandado llamar. No saben mezclar el oro sin mí. Yo les ayudaré, pero cuando exijan que entregue la tablilla, ésta se hallará a salvo con vosotros.

»—¿Quién te entregó esta valiosa tablilla, Asenath? —pregunté en tono sarcástico, aunque aquella situación me preocupaba e irritaba. Nunca había visto a mi padre tan serio. Y eso no me

gustaba.

»—¡Míralo bien, escribe, erudito, tú que te crees tan inteligente! —contestó Asenath—. ¿Cuántos años dirías que tiene?

»—Han reinado mil reyes desde que existe —respondí—. Es tan antigua como Uruk.

»Eso equivalía a decir que tenía dos mil años de antigüedad.

»La bruja asintió moviendo la cabeza.

»—Me la entregó el sacerdote a quien ajusticiaron, para vengarse de ellos.

»—Déjame leer lo que hay escrito en el exterior —dije.

»—¡No! —protestó Asenath—. ¡No! —Acto seguido se levantó, se apoyó en su cayado con forma de serpiente o lo que fuera, y dijo a mi padre—: Recuerda, existen dos formas de hacer esto. Dos formas. Ya te he expresado mi opinión. Si fuera hijo mío, les daría esta tablilla. Se la entregaría al más ambicioso. Se la entregaría al más insatisfecho y ansioso de alejarse de aquí, me refiero al joven sacerdote, Remath. Obra con astucia. Tu pueblo está en tus manos.

»Luego Asenath dio media vuelta, alzó su cayado y las puertas se abrieron de par en par. Antes de marcharse, se volvió hacia mí y dijo:

»—Considerate un privilegiado, pues te ofrezco la oportunidad que se me ha dado de alcanzar la inmortalidad. Si yo me quedara la tablilla, si siguiera sus indicaciones, me elevaría por encima de este mundo y de los muertos, con la fuerza de un gran espíritu.

»—¿Y por qué no lo haces? —desafié.

»—Porque tú puedes salvar a tu pueblo. Tienes el poder de salvarnos a todos. Puedes conducirnos de regreso a Jerusalén, por lo cual serías merecedor de una recompensa... convertirte en un ángel o en un dios.

»Yo me levanté de un salto para detenerla y exigirle que se explicara, pero la bruja se marchó de forma precipitada, intimidando a mi familia con sus amenazas y haciendo que se dispersaran. Atravesó las antecámaras, abrió el portal agitando su cayado, salió a la calle y desapareció envuelta en refulgentes sedas de color escarlata.

»Yo miré a mi padre. Permanecía sentado y sostenía el sobre de arcilla mientras me observaba con los ojos llenos de lágrimas. Jamás había visto su rostro tan tenso. Era como si sus músculos faciales no conocieran la tristeza, el dolor o el temor de forma suficiente para expresar esos sentimientos. Parecía desconcertado.

»—¿A qué diablos se refería esa mujer, padre? —pregunté yo.

»—Siéntate junto a mí —respondió al tiempo que me cogía la mano; por sus mejillas rodaban unas lágrimas que eran más propias de una mujer.

»—Déjame que lea lo que está escrito ahí —rogué.

»Mi padre no respondió, sino que sostuvo el sobre de arcilla contra su pecho. Estaba pensativo. A través de la puerta abierta vi a mis hermanos, que contemplaban la escena. De pronto apareció mi hermana y dijo:

»—Padre, hermano, ¿queréis un poco de vino?

»—No existe vino lo bastante fuerte para hacer que me emborrache —contestó mi padre—. Cierra la puerta.

»Mi hermana obedeció.

»Mi padre se volvió hacia mí, con los labios apretados en una mueca de crispación, tragó saliva y dijo:

»—Era Marduk quien estaba contigo, ¿no es así? O un espíritu que afirma ser Marduk. ¿No es verdad?

»—Sí, padre, es verdad. Hablo con él desde que era un niño. ¿Acaso merezco ser castigado por ello? ¿Qué van a hacerme? ¿Qué tiene que ver Remath, el sacerdote, en este asunto? ¿Sabes quién es? Yo no estoy seguro de conocerlo.

»—Sí lo conoces, aunque no te acuerdes de él —respondió mi padre—. El día en que Marduk te sonrió, siendo tú un niño, Remath se hallaba en un rincón de la sala de banquetes. Es joven, ambicioso y siente tanto odio hacia Nabónides y Babilonia que arde en deseos de marcharse.

»—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

»—No lo sé, hijo mío, mi hermoso y querido hijo. No lo sé. Lo único que sé es que todo Israel suplica que hagas lo que los sacerdotes de Marduk desean. En cuanto a este sobre de arcilla que sostengo en las manos, no sé de qué se trata. Te aseguro que no lo sé.

»Mi padre siguió llorando durante un buen rato. De pronto sentí la tentación de arrebatarse el sobre de arcilla, y así lo hice. Leí las palabras que estaban escritas en sumerio: “Para crear al Sirviente de los Huesos”.

»—¿Qué significa eso, padre? —le pregunté.

»Mi padre se volvió hacia mí. Las lágrimas desfiguraban su rostro. Se enjugó la húmeda barba y los labios y cogió el sobre de arcilla de mis manos.

»—Déjalo de mi cuenta —contestó en voz baja. Luego se levantó, exploró la pared en busca de unas piedras que estuvieran sueltas, unos ladrillos que pudiera retirar. Por fin encontró lo que andaba buscando, un escondrijo, y ocultó la tablilla en él.

»—Para crear al Sirviente de los Huesos —repetí—. No comprendo lo que significa.

»—Debemos ir al templo, hijo mío, a palacio. Nos aguardan los reyes. Han alcanzado unos acuerdos. Se han hecho promesas mutuas. —Acto seguido mi padre me besó despacio en la boca, la frente y los ojos—. Cuando Yahvé ordenó a Abraham que sacrificara a Isaac —prosiguió—, nuestro admirable padre Abraham obedeció.

»—Eso dicen la tabla y los pergaminos, padre, pero ¿acaso te ha ordenado Yahvé que me sacrifiques? ¿Es que Yahvé ha acudido a ti, junto con Enoc, Asenath y los otros? ¿Es eso lo que pretendes que crea? ¡Padre, lloras por mí como si ya estuviera muerto! Pero ¿por qué debo morir? ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué pretenden de mí, que renuncie al dios, que diga al rey que el dios desea su bien? Si se trata de representar una función, lo haré. ¡Pero no llores por mí como si ya estuviera muerto, padre!

»—Sí, se trata de una función —contestó mi padre—, pero se requiere una gran presencia de ánimo para representarla, una gran fuerza, resistencia y seguridad en uno mismo, además de generosidad y amor. Amor hacia nuestro pueblo, nuestra tribu, hacia nuestra Jerusalén y el templo que debemos construir allí en honor del Señor. Si me creyera capaz de hacerlo, de resistir hasta el final, lo haría yo mismo. En cualquier caso puedes negarte a hacerlo, puedes darnos la espalda y huir. Pero los sacerdotes de Marduk desean que te reúnas con ellos. Al igual que otros más poderosos que ellos. Desean que acudas. Saben que eres más fuerte que tus hermanos. —Mi padre se detuvo,

embargado por la emoción.

»—Ya comprendo —dije.

»—Tú eres el único capaz de perdonarme por condenarte a esta suerte.

»Me quedé estupefacto. Observé a mi padre, sus ojos anegados de lágrimas, y respondí:

»—Quizá tengas razón, padre, al menos en este caso. Puedo perdonártelo todo. Te conozco, y sé que jamás me harías daño.

»—No, jamás te haría daño, Azriel. ¿Sabes lo que significa para mí que te alejen de mi lado, a ti, a tu futura esposa y tus futuros hijos e hijas? ¡Pero qué importa eso! Perdóname, hijo mío, por lo que voy a hacer. Perdóname. Te lo suplico. Antes de que dé inicio la función, antes de que vayamos a palacio y escuches sus mentiras y contemples los mapas, te ruego que me perdones.

»Era mi padre. Un hombre dulce y bondadoso, abrumado por la tristeza, una profunda tristeza, y el dolor. Me apresuré a rodearle los hombros con un brazo como si fuera mi hermano menor y dije:

»—Te perdono, padre.

»—No lo olvides jamás, Azriel. Cuando sufras, cuando las horas transcurran con insorportable lentitud, cuando sientas dolor, perdóname... No sólo por mí, sino por tu propio bien.

»En aquel instante llamaron a la puerta. Habían llegado los sacerdotes de palacio.

»Mi padre y yo nos apresuramos a levantarnos y, tras secarnos las lágrimas, nos dirigimos al patio.

»En cuanto vi a Remath entre el grupo de sacerdotes lo reconocí, tal como me había dicho mi padre. Había hablado pocas veces con él, pues era un amargado; me refiero a que sentía un odio increíble hacia Nabónides por no haber otorgado al templo de Marduk lo que le correspondía, pero detestaba también a todo el mundo. Solía deambular por el palacio y el templo sin hacer nada. Sin embargo, era muy astuto. Yo lo sabía. Y también ambicioso. Era joven e inteligente.

»Remath nos observó con su ojos hundidos y laboriosamente esculpidos en su blanca tez; su nariz larga y delgada le confería un aire desdeñoso. El resto se componía de la acostumbrada pelambrera negra y rizada, unas finas ropas sacerdotales y unas sandalias adornadas con gemas. Remath se acercó a mi padre y preguntó:

»—¿Te lo ha entregado Asenath?

»—Sí —respondió mi padre—. Pero eso no significa que vaya a dártelo.

»—No seas estúpido. Si no me lo entregas, tu hijo acabará en una fosa. ¿Es eso lo que quieres?

»—No me insultes, hereje —replicó mi padre—. Vamos, terminemos de una vez.

»En la antecámara, otros sacerdotes nos esperaban. Al salir vimos que había unos baldaquines vistosamente adornados, uno para mi padre y otro para mí, dispuestos para trasladarnos al palacio. Me recliné sobre los cojines del lecho mientras intentaba hallar una solución.

»—¿Vas a ayudarme, Marduk? —murmuré.

»—No sé que decirte, Azriel —respondió Marduk—. Con sinceridad, no lo sé. Veo lo que sucederá de forma inevitable. Pero no lo sé. Sólo sé que cuando todo haya terminado, de un modo u otro, yo estaré todavía aquí. Caminaré por las calles de Babilonia en busca de unos ojos que puedan verme, de unas oraciones e incienso que me hagan revivir. Pero ¿dónde estarás tú, Azriel?

»—Van a matarme. Pero ¿por qué?

»—Ellos mismos te lo dirán. Lo verás con tus propios ojos. Pero te aseguro que si te niegas a

hacer lo que te piden, te matarán sin contemplaciones. Y probablemente matarán también a tu padre, pues está al corriente del complot que han urdido.

»—Debí suponerlo. Necesitan mi cooperación y si me niego a prestársela, soy hombre muerto.

»Marduk guardó silencio, pero percibí su aliento y comprendí que se hallaba junto a mí. No tenía una forma material, pero no importaba; nos sentíamos más unidos que nunca en la oscuridad de aquel baldaquín que era transportado por las calles pavimentadas de Babilonia, a través de las cuales resonaban las pisadas de la comitiva.

»—¿No puedes ayudarme a salir de esta situación, Marduk? —pregunté.

»—Llevo horas dándole vueltas, desde que tu profeta me cubrió de insultos. Desde entonces no ceso de preguntarme: “¿Qué puedes hacer, Marduk?”. Pero sin tu fuerza, Azriel, me resulta imposible hacer lo que deseo. Es inútil. Tan sólo puedo ser un dios de oro sentado en un trono o una estatua que transportan en procesión. Pero ya poseen esos objetos o revestimientos. Y si decidiera huir contigo... escaparme, ¿adónde iríamos?

»Un extraño silencio invadió el pequeño cubículo rodeado de cortinajes. Noté que Marduk estaba llorando. De golpe exclamó:

»—¡Diles que no, Azriel! Niégate a colaborar en su asqueroso plan. Rechaza su propuesta. No lo hagas, ni por Israel ni por Abraham ni por Yahvé. Niégate en redondo.

»—¿Y así firmar mi sentencia de muerte?

»Marduk no respondió.

»—En cualquier caso voy a morir, ¿no es cierto? —proseguí.

»—Existe una tercera solución —contestó Marduk.

»—¿Te refieres a Asenath y la tablilla?

»—Sí, pero es terrible, Azriel. Es terrible. Y no sé si contiene la verdad. Es más antigua que yo. Esa tablilla es más antigua que Marduk y que Babilonia. Proviene de la ciudad de Uruk, quizá de antes de que ésta fuera fundada. Es antiquísima. ¿Qué puedo decirte? Tú mismo debes decidir. ¡Arriésgate!

»—No me abandones, Marduk, te lo ruego —supliqué.

»—No lo haré, Azriel. Eres mi amigo más querido, jamás he tenido un amigo como tú. No te abandonaré. Haz que aparezca si me necesitas para atemorizarlos o impedir que te lastimen. Hazme aparecer y trataré de ayudarte. Pero no te abandonaré, soy tu dios, tu dios personal, y permaneceré siempre a tu lado.

»Habíamos llegado al palacio. Penetramos a través de una entrada privada y nos ayudaron a apearnos de nuestros baldaquines para subir la majestuosa escalinata de oro y ladrillo vidriado, a través de los magníficos velos que separaban un gigantesco aposento de otro. Mi padre y yo anduvimos en silencio, siguiendo al sacerdote, y nos condujeron a la cámara real donde Baltasar, tras escuchar los casos que le exponían, convertía a diario la justicia en una farsa, y donde sus hombres sabios le explicaban lo que les decían las estrellas; después de atravesar esa sala penetramos en unos reducidos pero elegantes aposentos que yo no había visto jamás.

»Cuando se abrieron las puertas vi que habían roto un sello, un sello antiguo. Pero los sirvientes habían arreglado la estancia, en la que reinaba un lujo impresionante. Estaba adornada con magníficas alfombras, cojines, los acostumbrados velos y unas lámparas que colgaban de las vigas

del techo y de cuyo aceite emanaba un suave perfume y una intensa luz.

»En el centro de la habitación había una mesa, en torno a la cual se hallaban sentados unos hombres. Detrás de ellos, de pie, se encontraban dos de mis tíos, a uno de los cuales lo describiré como el sordo, pues no deseo pronunciar siquiera su nombre, además de los mayores de Israel en cautividad, Asenath y el profeta Enoc.

»Vi a nuestro miserable regente, Baltasar. Mostraba una expresión estúpida, debido a la bebida, y aterrorizada mientras farfullaba algo sobre Marduk; y de pronto advertí que estaba contemplando a Nabónides, al viejo Nabónides, nuestro legítimo rey, que había permanecido ausente de Babilonia durante buena parte de mi vida. Nuestro legítimo rey iba ataviado con ropajes reales, estaba sentado no sobre el trono, sino ante una mesa, y sus grandes ojos líquidos mostraban una mirada muerta y vacía. Al verme sonrió y dijo:

»—Muy lindo, muy lindo... Habéis elegido a uno tan lindo como el dios.

»—¡Tan lindo que podría ser un dios! —terció una voz, y observé al apuesto joven que se hallaba ante mí, más alto que el resto de los presentes, de complexión más delgada que nosotros, con el cabello negro y rizado pero más corto que el nuestro y un bigote y una barba perfectamente recortados.

»Era persa. Los hombres que había junto a él también lo eran. Lucían unas túnicas persas, muy parecidas a las nuestras, pero de color azul cobalto, que estaban bordadas con pedrería y oro, y llevaban sortijas en los dedos; las copas que tenían ante ellos eran las copas del templo.

»Esos hombres provenían del imperio persa y se dedicaban a conquistar nuestras ciudades y matar a nuestras gentes. Recordé los extraños vaticinios de Enoc y noté que aquel hombre me observaba fijamente, con una sonrisa casi malévola, mientras Asenath mostraba una expresión de asombro.

»—Siéntate, muchacho —dijo el hombre alto y robusto de ojos grandes y mirada risueña, el apuesto individuo que rebosaba de poder—. Soy Ciro, y deseo que te sientas a gusto.

»—¡Ciro! —exclamé. Era Ciro el conquistador.

»Recordé con toda nitidez los detalles de las hazañas de aquel hombre. Tenía ante mí a Ciro, el rey aqueménida que gobernaba la mitad del universo. Había logrado unir a medos y persas; era el hombre que se había propuesto conquistar Babilonia. Esto no era una mera charla de taberna sobre guerras. Era el propio Ciro quien se hallaba sentado ante nosotros.

»Debía postrarme ante él, pero nadie se postraba ante otro ser humano, y Ciro había dicho con voz clara y en un excelente arameo que deseaba que me sintiera a gusto.

»Muy bien. Lo miré a los ojos. “A fin de cuentas voy a morir —pensé—, de modo que da lo mismo lo que haga”.

»Mi padre ocupó la silla vacía que había junto a mí.

»—Azriel, estimado muchacho, mi hermoso joven —dijo Ciro. Su voz era enérgica y destilaba buen humor—. Llevo varios días en Babilonia. Toda la ciudad está tomada por miles de mis soldados. Han ido penetrando poco a poco, a través de sus numerosas puertas. Los sacerdotes lo saben. Tu amado rey, al que los dioses guarden muchos años, Nabónides, lo sabe. —Ciro inclinó con generosidad la cabeza ante el viejo, receloso y moribundo rey—. Todos los regentes y oficiales del rey saben que me encuentro aquí. Tus mayores también. Pero no temas. Alégrate. Los de tu tribu serán



ricos y vivirán para siempre, y regresarán a su tierra.

»—¿Y ello depende de lo que yo haga? —pregunté.

»No estoy seguro por qué me mostré tan frío y despectivo con él. Ciro tenía un aspecto autoritario pero era humano, y joven. Por otra parte, al margen de sus hazañas, ante mis ojos era un hereje, y ni siquiera era babilonio. El caso es que me comporté con extremada frialdad.

»Ciro sonrió mientras me estudiaba detenidamente.

»—¿De modo que depende de lo que yo haga? —insistí—. ¿O habéis tomado ya una decisión, señor?

»Ciro lanzó una carcajada y continuó observándome con ojos risueños. Poseía el vigor de los reyes, sin duda, pero aún no había caído en la locura total. Era demasiado joven y había bebido la sangre de Asia. Estaba pletórico de poder. Pletórico de victoria.

»—Te expresas con valentía —reconoció generosamente—. Me miras a los ojos. Eres el hijo primogénito de tu padre, ¿no es así?

»—Deberá mostrar una gran fortaleza durante los tres días que dure la prueba —observó un sacerdote—. La valentía es uno de los requisitos.

»—Colocad otra silla junto a la mesa —dije—. Con vuestro permiso, majestades, mi señor Ciro, mi señor Nabónides y mi señor Baltasar. Colocadla aquí, en este extremo.

»—¿Por qué? ¿Para quién? —inquirió Ciro de forma cortés.

»—Para Marduk —respondí—. Para el dios que me acompaña.

»—¡Nuestro dios no es tu siervo! —bramó el sumo sacerdote—. ¡No bajará del altar para acudir a tu llamada! ¡Jamás has visto a nuestro dios, eres un judío embustero, un...

»—Cierra la boca, maestro —interrumpió Remath sin alzar la voz—. Ha visto al dios, ha hablado con él y le ha sonreído, y si le invita a ocupar esta silla, es muy probable que el dios se presente.

»Ciro sonrió y sacudió la cabeza, asombrado.

»—Ésta es una ciudad en verdad maravillosa. Me fascina Babilonia. No sería capaz de dañar una sola de sus piedras. ¡Ah, Babilonia!

»Sentí deseos de soltar una carcajada ante la astucia que demostraba Ciro, ante su falta de respeto hacia los mayores y los viejos sacerdotes, su descaro y su sentido del humor. Pero no tenía ánimos para reírme. Contemplé la luz que emitían las lámparas y pensé: “Voy a morir”.

»De pronto noté que una mano tocaba la mía. Tenía un tacto vaporoso. Nadie podía verlo, pero era Marduk. Había ocupado la silla que se hallaba a mi izquierda; invisible, transparente, dorado y vital. Mi padre, que estaba sentado a mi derecha, se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

»Sollozó como una criatura. Desconsoladamente.

»Ciro observó a mi padre con paciencia y compasión.

»—Terminemos de una vez —ordenó el sumo sacerdote.

»—Sí —convino Enoc—, acabemos de una vez con este asunto.

»—Traed unas sillas para estos hombres, estos mayores, estos sacerdotes, esta profetisa, a fin de que se encuentren cómodos —indicó Ciro en tono amable y jovial. Luego me miró sonriendo y añadió—: Todos estamos implicados en esto.

»Yo me volví hacia Marduk y pregunté:

»—¿Es eso cierto?

»Todos me observaron en silencio mientras me dirigía hacia mi dios invisible.

»—No puedo aconsejarte lo que debes hacer —contestó Marduk—. Te amo demasiado y no deseo cometer un error. Me es imposible responder a tu pregunta.

»—Al menos permanece junto a mí —le rogué.

»—Descuida, no te abandonaré —respondió Marduk.

»De inmediato trajeron unas sillas y los mayores se sentaron sin ceremonia alrededor de nosotros y de ese rey persa conquistador, ese monarca que había hecho enloquecer a los griegos en todo el mundo y ahora se proponía conquistar nuestra ciudad, pues disponía de todo cuanto nosotros poseíamos excepto de la ciudad.

»Tan sólo el sacerdote Remath permaneció de pie, a cierta distancia de nosotros, apoyado en una columna dorada. El sumo sacerdote le había ordenado que se fuera, pero Remath había hecho caso omiso de esa orden, que al parecer había caído en el olvido. Remath nos observaba a mi padre y a mí, y comprendí que podía ver a Marduk. No con claridad, pero podía verlo. Remath se movió ligeramente para poder observarnos a los tres, trasladándose junto a una columna que estaba situada detrás de Ciro, donde sus soldados permanecían firmes, dispuestos a convertirse en carniceros. Desde allí, Remath contempló la silla aparentemente vacía con mirada fría y calculadora, y luego clavó los ojos en mí.

## 5

—¿Qué pretendéis de mí, señor? —pregunté—. ¿Por qué este modesto escriba se ha convertido de pronto en un personaje tan importante?

»—Escucha, muchacho —respondió Ciro—. Deseo conquistar Babilonia sin ponerle asedio, sin derramamiento de sangre. Deseo conquistarla como he conquistado otras ciudades griegas cuando han sido lo suficientemente inteligentes para permitir que lo hiciera a mi modo. No deseo dejar a mis espaldas un montón de cenizas y ruinas. No deseo presentarme agitando una antorcha y portando un saco para el botín, como si fuera un ladrón. No deseo saquear vuestra ciudad y deportar a su población. Antes bien, deseo enviaros a todos de regreso a Jerusalén con mis bendiciones para que construyáis vuestro templo.

»Enoc se puso en pie y nos mostró un pergamino. Yo se lo arrebaté y lo leí. Era un documento que declaraba libres a los hebreos para que regresaran a su tierra. Jerusalén permanecería bajo la protección benevolente de Ciro.

»—Es el Mesías —me explicó Enoc.

»¡Qué cambio había experimentado el tono de voz del anciano! Ahora que Ciro *el Persa* hablaba conmigo, mi profeta también se dignaba a dirigirme la palabra. Al llamarlo mesías, Enoc se refería al “ungido”. Con posterioridad, los cristianos concederían una gran trascendencia a ese término, pero eso es lo que significaba en aquella época. En cualquier caso, era una palabra importante.

»—Añade a esa declaración —dijo Ciro— el oro, en cantidades que ni siquiera puedes imaginar, y la autorización de llevaros todos vuestros bienes, de reclamar vuestros viñedos, vuestras tierras, y de ser leales a un imperio que os permitirá construir el templo de Yahvé.

»Yo miré a Marduk, éste suspiró.

»—Dice la verdad —declaró—; es cuanto puedo decirte. Conquistará Babilonia de un modo u otro.

»—¿Puedo fiarme de él? —pregunté a mi dios.

»Todos me miraron escandalizados.

»—Sí —contestó Marduk—, pero no sé hasta qué punto... Escucha con atención. Posees algo que ellos desean, tu vida; quizás halles el medio de escapar con ella.

»—¡Ah, no! —protestó Asenath—. Te equivocas, Marduk. Sólo existe un medio de que logre escapar y debe aceptarlo sin vacilación, pues es más importante que la propia vida.

»Comprendí que la vieja bruja podía ver a Marduk, al menos en parte, y escuchar sus palabras.

»Marduk se volvió hacia ella y respondió:

»—Deja que lo decida él mismo. Es preferible la muerte a lo que le tienes reservado.

»Ciro observó la escena perplejo. Luego miró a los sacerdotes que le rodeaban, el sumo sacerdote de Marduk y el ladino Remath, que se hallaba junto a la columna.

»—Necesito la bendición de vuestro dios —dijo Ciro—. Tenéis razón, tienes toda la razón —añadió en tono humilde pero con astucia, pues eso era precisamente lo que los sacerdotes deseaban oír, y prosiguió—: Como verás, Azriel, es muy sencillo. Los sacerdotes son poderosos. El templo es poderoso. Tu dios, si está sentado aquí con nosotros, y confieso que estoy dispuesto a venerarlo, es poderoso. Todos ellos pueden hacer que la ciudad de Babilonia se vuelva contra mí. El resto de Babilonia está en mi poder, pero ésta es la joya, la Puerta del Cielo.

»—Pero ¿cómo es posible que os hayáis apoderado del resto de Babilonia? —pregunté, asombrado—. Nuestras ciudades son seguras y están a salvo. Sabíamos que íbais a llegar, pero siempre hay algún visitante a punto de llegar.

»—Ciro dice la verdad —intervino Nabónides. Todos se volvieron hacia él. No estaba loco ni era estúpido. Tan sólo era un anciano decrepito y cansado—. Ha tomado las ciudades; todas ellas se han rendido a Ciro. Las torres desde las cuales lanzamos señales de fuego han caído, y ahora las señales son lanzadas por los soldados de Ciro para engañar a los babilonios, pero las ciudades han caído y las señales son falsas.

»—Mirad —dijo Ciro—, devolveré a esas ciudades todos los dioses que han sido trasladados aquí para darles cobijo. Deseo que vuestros templos prosperen. ¿No lo comprendéis? ¡Deseo abrazaros! ¡No arrasé Éfeso y Mileto! Siguen siendo unas ciudades griegas y sus filósofos discuten en la ágora. Deseo abrazar a Babilonia, no destruirla. —A continuación Ciro se volvió bruscamente y contempló la silla que en apariencia estaba “vacía”. Pero vuestro dios, Marduk, debe tomar mi mano para que yo conquiste esta ciudad sin emplear el fuego. Luego devolveré a sus respectivos lugares todos los dioses de Babilonia, tal como he prometido.

»Marduk, invisible a los ojos de Ciro, lo escuchaba en silencio. Entonces el sumo sacerdote exclamó enojado:

»—¡No hay ningún dios sentado en esa silla! Nuestro dios se ha visto abandonado por nuestro rey y se ha sumido en un sueño profundo del que nadie es capaz de arrancarlo.

»—¿Por qué me habéis hecho venir aquí? ¿Qué tengo yo que ver en todo esto? —pregunté—. Aquí mismo, en Esagila, hay una estatua de Marduk que podéis utilizar para la procesión. Podéis desfilar montado en la carroza con él y sostenerle la mano, y él sostendrá la vuestra, la mano del rey de Babilonia. Si los sacerdotes os permiten llevaros la estatua, ¿qué tiene eso que ver conmigo? ¿Acaso habéis oído algún rumor, majestad, que afirma que puedo controlar a nuestros dios o predisponerlo contra vos? Necesitáis un ídolo de oro para vuestro propósito. Pues bien, lo tenéis ahí mismo, en la capilla.

»—No, hijo mío —contestó Ciro—, eso habría dado resultado si hubiérais celebrado todos los años una procesión con el dios, y si el pueblo hubiera contemplado al ídolo de oro, según lo llamas, y lo hubiera aclamado a él y a vuestro rey Nabónides. Pero hace tiempo que no se celebran esas procesiones, y vuestra preciosa estatua no participará en una procesión conmigo, aunque yo lo deseara. Lo que necesito es que se celebre la ceremonia tal como solía hacerse antiguamente.

»Al oír sus palabras me estremecí. Marduk me miró y dijo:

»—Apenas comprendo lo que dice, pero todos los espíritus son clarividentes, y veo que te aguarda algo espantoso. No digas nada. Espera.

»A todo esto, los sacerdotes andaban ajetreados de un lado para otro. Al cabo de unos minutos aparecieron portando un bulto sobre un catafalco, un objeto que estaba envuelto en una sábana de lino, y al aproximarse a nuestra mesa, acompañados por unos sirvientes que sostenían unas antorchas, retiraron la sábana de lino y todos nos quedamos atónitos.

»Se trataba de la estatua procesional, que estaba rota. A través de sus podridas entrañas asomaban unos huesos que tenían el aspecto de pertenecer a un hombre, también podridos, y una parte del esmalte revestido de oro se había desintegrado, dejando a la vista la mitad del cráneo. Aquella ruina yacía sobre la mesa y ofrecía una visión horripilante y ofensiva.

»El sumo sacerdote me miró furioso. Luego cruzó los brazos y me preguntó:

»—¿Has cometido tú esta tropelía, hebreo? ¿Has sido tú quien obligó a Marduk a abandonar la estatua? ¿A abandonar la ciudad? ¿Eres tú el responsable de esta desgracia y no el rey, a quien venimos acusando injustamente?

»En aquel momento lo comprendí casi todo. Miré a mi dios, el cual contemplaba impasible los restos de la estatua.

»—¿Son éstos tus huesos, mi señor? —inquirí.

»—No —contestó Marduk—; sólo recuerdo vagamente el momento en que los introdujeron ahí. El espíritu de ese joven era débil, de modo que lo aniquilé sin gran esfuerzo y continué reinando. Es posible que el temor de ser sustituido me diera renovadas energías. ¡No lo sé, Azriel! Ésas son las palabras más sabias que puedo decirte. No lo sé. Lo que parece evidente es que se proponen colocarte a ti en mi lugar.

»—¿Qué pretendes, señor? —pregunté a Marduk.

»—Impedir que te hagan daño, Azriel —contestó Marduk—. ¿Acaso deseas convertirte en lo que yo soy? ¿Deseas que tus huesos permanezcan encerrados en esa estatua durante trescientos años, hasta que se desintegren y deban sacrificar a otro joven? Pero permíteme que responda a la pregunta —añadió, inclinándose hacia mí—. Había olvidado tu generosidad, Azriel. Sé que te preocupa mi suerte. Pues bien, puedo ir y venir a mi antojo. Eliminé a mi último sustituto con un simple ademán, y lo hice desaparecer en la niebla. El hecho de que un hombre mortal sea asesinado de forma tan pintoresca no lo convierte por fuerza en un dios o un espíritu poderoso. —Marduk se encogió de hombros y prosiguió—: Piensa en ti, sólo en ti. Lo que yo soy... ya lo sabes. —Luego murmuró con una expresión tan triste que me impresionó—: ¡No deseo morir!

»El sumo sacerdote era incapaz de seguir soportando ese diálogo. No alcanzaba a ver ni oír a Marduk. Estaba furioso. Pero Asenath sí oyó nuestra conversación, y nos observaba al dios y a mí con gran curiosidad. El astuto Remath procuraba disimular, pero sabía que alguien ocupaba aquella silla vacía. Estaba convencido de ello. Y había comprendido una parte de nuestra conversación.

»—Habláis sobre una estatua de oro —intervino mi padre—. ¿Acaso no sois capaces de fabricar una estatua de oro sin mi hijo? —preguntó.

»—¡Los huesos son los huesos del dios! —declaró el sumo sacerdote—. Ése es el motivo de que nuestra ciudad se halle en esta triste situación, de que necesitemos al persa para salvarla. El dios es muy viejo, sus huesos están podridos, la estatua no se sostiene en pie, y debemos hallar un nuevo

dios.

»—¿Y la estatua que se halla instalada en el santuario superior? —preguntó mi padre. Era una pregunta absurda.

»—No es posible transportarla por las calles de la ciudad —contestaron los sacerdotes a coro—. No es más que una mole...

»—¡De metal! —apostilló el profeta Enoc con una sonrisa cruel.

»—Estáis perdiendo el tiempo —dijo Ciro—. La ceremonia debe celebrarse a la antigua usanza —insistió sin dejar de mirarme—. Explicádselo, sacerdotes, no os quedéis ahí mudos. Explicádselo. Y tú, mi valiente Azriel, cuéntame lo que te ha dicho Marduk.

»Asenath, la vieja bruja de cabellos blancos, se apresuró a intervenir, y golpeó el suelo con su cayado en forma de serpiente para imponer silencio.

»—El dios dice que puede ir y venir a su antojo, que los huesos que hay en esa estatua le tienen sin cuidado, pues no son suyos. —Luego se volvió hacia Marduk y le increpó—: ¿No es eso lo que has dicho, pequeño y mezquino dios que tiembles bajo la luz de Yahvé?

»Los sacerdotes estaban confundidos. ¿Acaso tenían el deber de defender el honor de Marduk, sin estar siquiera convencidos de que estuviera allí?

»—Hijo mío —dijo Ciro—, debes convertirte en el dios y desfilar en la procesión, a mi lado. Te cubrirán con una delicada capa de oro, aunque al parecer la vieja fórmula se ha perdido... —explicó Ciro mientras observaba al sumo sacerdote—. Debajo del revestimiento de oro estarás vivo. Debes sobrevivir el tiempo suficiente para sostener mi mano y alzar la otra con el fin de saludar a tus súbditos. Vivirás durante los tres días que tardes en eliminar las fuerzas del caos, y luego regresarás conmigo al patio de Esagila, donde seré proclamado rey por ti. Todo será muy rápido si damos con la forma de que resulte aceptable.

»—¡Vivo, cubierto de oro! —exclamé, estupefacto—. ¿Y luego?

»Asenath se apresuró a contestar:

»—Para entonces el oro se habrá endurecido y estarás muerto. Durante un tiempo podrás ver y oír, pero morirás aprisionado en tu coraza de oro, y cuando vean que tus ojos se pudren, te los arrancarán y los sustituirán por unas gemas, y la estatua de Marduk se convertirá en tu mortaja.

»Mi padre se cubrió el rostro con las manos, pero al cabo de unos instantes alzó la cabeza y dijo con suavidad:

»—Yo no he visto cómo lo hacían antiguamente. Pero el padre de mi padre lo vio en una ocasión, según me dijo. Lo que te matará es el veneno que contiene el oro. Morirás despacio a medida que el oro penetra a través de tus poros, a medida que alcance tu corazón y tus pulmones, y luego... como suelen decir, descansarás en paz.

»—Esto ocurrirá —apostilló Asenath— después de que hayas recorrido la Vía procesional, dorado y resplandeciente, saludando con la mano y moviendo levemente la cabeza de un lado a otro mientras la espesa capa de oro se va endureciendo.

»—Y gracias a ello —agregó Enoc— regresaremos a Jerusalén, todos nosotros, incluidos los que están en la cárcel, con los medios necesarios para construir el templo del Señor según los cánones del rey Salomón.

»—Comprendo —dije—. De modo que antiguamente utilizaban a un hombre de carne y hueso. Y

cuando la estatua se desintegra...

»—¡Blasfemia! —gritó el sumo sacerdote—. Esos huesos pertenecen a Marduk.

»Eso fue demasiado para Marduk. Invisible o no, se levantó violentamente, derribando la silla, y asestó un puñetazo con la mano izquierda al montón de huesos, que salieron despedidos por los aires. Los huesos se estrellaron contra las paredes, y se hicieron añicos. Todos los asistentes se protegieron la cabeza con las manos. También yo. El único que no lo hizo fue Ciro, que contempló la escena con ojos asombrados, como un niño, y el viejo Nabómides apoyó la cabeza sobre el brazo como si se dispusiera a echar un sueñecito. El profeta Enoc soltó un bufido.

»Marduk se volvió hacia mí. Me miró fijamente y luego miró a Asenath.

»—Conozco tus ardides, vieja bruja. ¡Pero díselo todo! Dile toda la verdad. Conoces a los muertos. ¿Qué es lo que te dicen cuando los invocas? Azriel, haz lo que desees hacer por tu pueblo y tu tribu. Más tarde yo continuaré aquí, como ahora, pero no sabemos si serás capaz de verme y transmitirme tu fuerza, o si yo seré capaz de verte a ti y darte fuerzas. No sabemos si podré hablar contigo. Tu alma se verá puesta a prueba en esta importante procesión, en esta lucha contra el caos, la coronación en el patio, ¡este tormento! Sin embargo, este tormento no te proporcionará necesariamente una vida espiritual. Es posible que te desvanezcas en la bruma junto con los otros espíritus errantes de los muertos. Los muertos de todo el mundo, al margen de dioses, ángeles, demonios o Yahvé. Haz lo que creas que debes hacer como el hombre honorable que eres, Azriel. Pues cuando todo haya terminado, no puedo asegurarte si yo, pese a mi poder, seré capaz de encontrarte y ayudarte.

»—Mereces que hasta yo te venere, Marduk —dijo Asenath, que estaba muy excitada—. No eres un dios malvado y estúpido. Eres inteligente.

»—¿Qué dicen los dioses —inquirió Ciro.

»—Debemos explicarle lo que le ocurrirá —dijo Enoc tras mirar a Asenath— Azriel, guardas un gran parecido con la estatua de Marduk. Recubierto de oro, engañarás a todos tus amigos. Nadie se dará cuenta de que no eres un dios; parecerás un hombre de oro vivo. Sentirás que tus músculos se entumecen y también cierto dolor, sí, un dolor lento a medida que la vida se te escapa, pero no es un sufrimiento insoportable. Mientras recorras la Vía procesional, todas tus gentes se estarán preparando para abandonar Babilonia.

»—Es muy sencillo —respondí—. Dejad que la población hebrea se marche ahora mismo, y haré lo que me pedís. —Noté que se me formaba un nudo en la garganta. Sabía que era una insensatez propia de un joven y que no tardaría en abatirse sobre mí un horror inenarrable.

»—Es imposible, hijo mío —contestó Ciro—. Necesitamos a tus gentes y a tus profetas. Necesitamos que proclamen a Ciro *el Persa* como el ungido por tu dios. Es preciso que la ciudad entera me aclame con una sola voz. No voy a engañarte, no creo en tu dios, Marduk, y no creo que si haces lo que te pido te conviertas en un dios.

»—¡Díselo todo! —exclamó Marduk.

»—Ahora no, esa parte no tiene importancia —replicó Asenath—. Es posible que se niegue a ello, lo sabes tan bien como yo.

»—Te amo, Azriel —dijo Marduk al tiempo que se volvía hacia mí para abrazarme—. Estaré junto a ti en la procesión. Ellos dicen la verdad. Permitirán que tus gentes se marchen. Ya no soporto

esta compañía mortal. Asenath, sé benévola con los muertos a quienes invocas tan a menudo, pues ansían desesperadamente aproximarse a la vida. Desesperadamente.

»—Lo sé, dios de los paganos —contestó la vieja—. ¿Os dignaréis hablar ahora conmigo?

»—¡Jamás! —gritó el sumo sacerdote.

»Luego se tranquilizó. Observó a otros dos sacerdotes, unos hombres a quienes apenas recordaba yo.

»—No olvides que Asenath es la única que sabe cómo mezclar el oro —dijo Remath, el ladino.

»No pude reprimirme y solté una sonora carcajada.

»—Ya entiendo —dijo Ciro—. De modo que recurrís a la bruja cananea porque vuestros sabios no conocen el secreto.

»Al cabo de unos momentos mis carcajadas, que no fueron compartidas por los demás, cesaron.

»Haciendo acopio de valor, me volví hacia mi padre. Parecía un hombre roto y hundido, con los ojos anegados de lágrimas y el rostro rígido. Se diría que ya me habían enterrado.

»—Tú también debes venir, padre, y todos mis hermanos.

»—Oh, Azriel...

»—Es lo último que te pido, padre. Ven. Cuando nos conduzcan por la Vía procesional quiero ver tu rostro y los rostros de mi familia, contemplándome. Es decir, si es que crees en estos hombres y en lo que afirman.

»—Ya se ha hecho una entrega de dinero —dijo Ciro—. Los mensajeros se dirigen a Jerusalén. Tu familia será aclamada por toda la tribu y tú serás recordado por tu sacrificio.

»—Te equivocas, gran rey —repliqué—. Los hebreos no recuerdan a quienes pretenden ser unos dioses babilonios. Sin embargo, haré lo que me pedís. Lo haré porque mi padre desea que lo haga... y yo... le perdono.

»Mi padre me miró. Sus ojos lo expresaban todo, su amor, el dolor de su corazón. Luego miró a Enoc, a Asenath y a los mayores de nuestra tribu, quienes habían guardado silencio durante todo el rato, y pronunció estas sencillas palabras:

»—Te amo, hijo mío.

»—Padre, quiero que sepas algo —dije—. Existe otro motivo por el que he accedido a hacer esto... Lo hago por ti, por nuestro pueblo, por Jerusalén y porque he hablado con un dios; pero también por otro motivo, uno muy simple. No quiero que otra persona padezca este tormento. No se lo deseo a nadie.

»En mis palabras había vanidad, pero nadie las interpretó de esa forma. O, en todo caso me disculparon por ello. Los mayores se pusieron en pie, pues debían dar inicio a los preparativos de la declaración. Todos se sentían satisfechos. Lo habían conseguido. Ciro *el Persa* era el Mesías.

»—Mañana por la mañana, sonarán las trompetas —dijo el sumo sacerdote—, anunciando que Marduk ha traído a Ciro para liberarnos de Nabónides. Han comenzado a preparar la Vía procesional por la que desfilaréis. Cuando el sol esté en lo alto del firmamento, todo el mundo se habrá echado a la calle. En el río aguarda el barco que nos transportará a la casa del jardín, donde aniquilaréis al dragón Tiamat, lo cual, dicho sea de paso, lograréis sin mayores esfuerzos. Al día siguiente regresaremos nosotros, junto contigo. Te sujetaremos, y haremos cuanto podamos para mitigar tu dolor. La tercera mañana, en el patio, deberás hacer acopio de todas tus fuerzas para



levantarte y colocar la corona sobre la cabeza de Ciro. Esto es todo. Luego permanecerás de pie, sostenido por el oro que te matará, sintiendo su calor, a medida que tus músculos se vayan entumeciendo y mueras lentamente. El resto, la lectura de poemas y los Destinos, no te incumbe; lo único que debes hacer es mantener los ojos abiertos.

»—¿Y si no consigo resistir durante esos tres días?

»—Lo conseguirás. Al igual que los otros. Pasados esos tres días quizá tengamos que facilitarte el trance de la muerte administrándote un poco más de oro por vía bucal. Pero no sentirás ningún dolor.

»—Estoy seguro de ello —dije—. No imaginas cuánto te odio.

»—Me tiene sin cuidado —contestó el sumo sacerdote—. Eres un hebreo. Jamás me has amado. Jamás has amado a nuestro dios.

»—¡Naturalmente que ama a vuestro dios, ésa es su desgracia! —exclamó Asenath—. Pero no temas, Azriel, el sacrificio que te dispones a hacer por Israel es tan grande que el Señor Dios de las Hostias te perdonará, y al morir tu llama se unirá al fuego divino.

»—Te doy mi palabra —apostilló Enoc.

»Yo solté una carcajada despectiva. Alcé la cabeza para demostrar a todos el desprecio que me inspiraban y observé que la habitación estaba atestada de espíritus. Se hallaban diseminados por doquier, como el humo. No sabía quiénes eran ni qué habían sido, pues sus ropas se reducían a la mínima expresión. No quedaba nada, excepto alguna que otra túnica o toga; algunos ni siquiera tenían una forma real; eran meros rostros que me observaban intrigados.

»—¿Qué ocurre, hijo? —preguntó Ciro en tono amable.

»—Nada. Veo a las almas errantes y confío en hallar descanso en el fuego de mi dios. Pero... es absurdo pensar siquiera en ello.

»—Marchaos y dejadnos a solas con el chico —ordenó Remath—. Debemos prepararlo y vestirlo para que sea el Marduk más espléndido de cuantos han desfilado por la Vía procesional. Y tú, vieja bruja, cumplirás tu promesa y nos revelarás cómo mezclar el oro y aplicarlo sobre su piel, su cabello y sus ropas.

»—Márchate, padre —dije—. Pero mañana deseo verte. Quiero que sepas que te amo. Quiero que sepas que te perdono. Conviértenos en una estirpe poderosa, padre, conviértenos en una nación poderosa. —Después de besarle en la boca y en ambas mejillas, miré al rey Ciro.

»No me había ordenado que me retirara. Mi padre abandonó la habitación y los sacerdotes se llevaron al viejo Nabónides, que se había quedado dormido, y al patético y balbuceante Baltasar, el cual estaba borracho y confundido y daba la impresión de que no tardaría en ser asesinado. No me preocupaba la suerte que corrieran ambos hombres. Escuché los pasos de mi padre mientras se alejaba hasta que se desvanecieron por completo.

»Enoc salió junto con los mayores mientras pronunciaba un importante discurso, del que no recuerdo una sola palabra, salvo que sonaba como una mala imitación de Samuel.

»Ciro clavó los ojos en mí. Su mirada resultaba muy elocuente, expresaba respeto, perdón por mi rudeza, mi escaso servilismo, mi falta de cortesía.

»—Hay peores formas de morir —dijo el sumo sacerdote—. Estarás rodeado por quienes te adoran; cuando tu vista comience a debilitarse, verás caer ante ti unos pétalos de rosa, verás a un rey

postrado de rodillas a tus pies.

»—Debemos llevárnoslo —dijo Remath.

»Ciro me indicó que me acercara. Yo me levanté, me dirigí hacia él y me incliné para recibir su abrazo. Cyrus se puso en pie para abrazarme de hombre a hombre.

»—Sostén mi mano durante estos tres días, hijo mío, resiste, y te prometo que Israel vivirá siempre en paz bajo mi gobierno, en tanto reine Cyrus y exista Persia, y Yahvé tendrá su templo. Eres más valiente que yo, hijo, y eso que me considero el hombre más valiente del mundo. Vete, y mañana iniciaremos juntos nuestro viaje. Cuentas con mi estima, mi infinita estima, la estima de un rey que era rey antes de conocerte y que gracias a ti será un rey aún más grande.

»—Gracias, señor —respondí—. Sed benévolo con mis gentes. Soy un humilde representante de mi dios; pero es un dios poderoso.

»—Yo lo respeto —dijo Cyrus—, así como todas las creencias y todos los dioses que acojo bajo mi protección. Buenas noches, hijo. Buenas noches.

»Cyrus se volvió y, rodeado de sus soldados, salió con paso firme y sereno de la estancia. Sólo quedábamos los sacerdotes, Asenath y yo.

»Miré a mi alrededor. Los muertos habían desaparecido. Sin embargo, Marduk había regresado y observaba la escena con los brazos cruzados sobre el pecho. Supuse que Marduk había espantado a los espíritus, poniéndolos en fuga.

»—¿Has venido a despedirte de mí? —pregunté.

»—Permaneceré a tu lado —contestó Marduk—. Utilizaré todo mi poder para permanecer junto a ti y mitigar tus sufrimientos. Como te he dicho, no recuerdo nada sobre esa procesión, ni mi nacimiento, ni mi muerte. Cuando tu llama se una al fuego de tu dios, probablemente seguiré aquí, para proteger a Babilonia. Si amas tanto a tu pueblo, quizá yo pueda amar al mío un poco más.

»—No dudes de sus palabras —intervino Asenath—, es un buen demonio.

»Marduk la miró enojado y desapareció.

»El viejo sacerdote alzó la mano como si fuera a abofetear a la vieja bruja, pero ella se echó a reír con descaro.

»—No puedes hacer nada sin mí, estúpido —dijo Asenath—. Será mejor que tomes nota de todo lo que te diga. Sois ridículos, los poderosos y piadosos sacerdotes de Marduk. Me asombra que seáis capaces de leer las oraciones.

»Remath se acercó a ella y dijo en voz baja:

»—Recuerda la promesa que me hiciste.

»—Cada cosa a su tiempo —replicó Asenath—. El padre ha ocultado la tablilla en un lugar donde no la hallarás jamás, y cuando hayan pasado los tres días, cuando el ejército haya franqueado todas las puertas de la ciudad y los hebreos hayan partido, te entregaré su contenido.

»—¿A qué otra tablilla te refieres? —pregunté—. ¿Qué tiene que ver en todo esto? —Por supuesto, yo sabía en qué lugar de nuestra casa había ocultado mi padre la tablilla.

»—Rezaré por tu alma, hijo mío —dijo la vieja—, para que consigas ver a dios. Supongo que sabes que te miento —añadió al tiempo que sacudía la cabeza con aire solemne. Su rostro ya no reflejaba una expresión de burla y desprecio, ni siquiera de odio—. Es un viejo sortilegio. Luego podrás elegir. Te estarás muriendo. Pero no te preocupes. No es más que un sortilegio en el cual

creían los antiguos, nada más. El resto de lo que hacemos aquí es medicina, no magia.

»Los sacerdotes me condujeron a través del palacio y, tras romper otro antiguo sello, penetramos en una amplia estancia. Los sirvientes se apresuraron a colocar las mesas y las lámparas. Trajeron una gran caldera. Vi un brasero en el que ardería el fuego y colocarían debajo de la caldera. Por primera vez sentí pánico. Pánico de experimentar dolor, sufrimiento, de que me abrasaran vivo.

»—Si me habéis mentido sobre lo del dolor, decidme ahora la verdad para que esté preparado.

»—¡No te hemos mentido en nada! —protestó el sumo sacerdote—. A partir de ahora tu efigie permanecerá en el templo de Esagila durante siglos y recibirás nuestras libaciones. ¡Se nuestro dios! Si es cierto que lo has visto, ¡conviértete en él! De no haber sido por nosotros, jamás hubiera llegado a ser tan poderoso.

»Trajeron un diván, en el cual me tumbé y cerré los ojos. ¿Quién sabe? Quizás estaba en casa y todo era un sueño. Pero no estaba soñando. Los sacerdotes empezaron a prepararme. Permanecí tendido, con los ojos cerrados, mientras me volvían hacia la pared, o hacia ellos; sentía sus manos sobre mi cuerpo cortándome el cabello y la barba, recortándome las uñas hasta la largura deseada, levantándome los brazos y las piernas para desnudarme y lavarme. De pronto se hizo la oscuridad. Tan sólo ardía el fuego debajo de la caldera.

»Oí a la vieja recitar unas palabras en sumerio. Se trataba de una fórmula, una mezcla de oro y plomo y otras hierbas y pócimas, algunas de las cuales yo conocía, aunque la mayoría sólo eran reconocibles para una hechicera; no obstante yo sabía que todas eran mortales.

»Asimismo, comprendí que la mezcla contenía las semillas que la gente masticaba para tener visiones, y muchas de las pócimas que bebían para tener unos sueños alucinantes, y sabía que esas sustancias tóxicas mitigarían mi dolor y nublarían mi vista. “¿Quién sabe? —pensé—. Quizá me perderé mi propia muerte”.

»Remath se acercó a mí. Su rostro mostraba una expresión muy simple, que no contenía atisbo alguno de amenaza. Cuando habló lo hizo casi con tristeza.

»—No te colocaremos las ropas definitivas hasta el amanecer —dijo—. Se encuentran preparadas en la otra habitación. El oro está hirviendo pero se enfriará, no temas; cuando te lo apliquemos en la piel estará frío y espeso. ¿Deseas que te traigamos algo, señor dios, Marduk? ¿Qué te gustaría que te trajéramos para complacerte esta noche?

»—Sólo deseo dormir —contesté—. Temo que ese oro hirviendo abraza mi piel.

»—No, dejaremos que se enfríe —dijo Asenath—. Recuerda que debes vivir durante varios días mientras este oro te devora. Te lo aplicaremos cuando esté frío. Debes aparecer como un dios sonriente, alzar la mano para saludar a la muchedumbre, contemplar a tus súbditos y resistir cuanto puedas.

»—Está bien, dejadme solo.

»—¿No deseas rezar a nuestro dios? —preguntó Asenath.

»—No me atrevo —murmuré.

»Luego me volví de espaldas y cerré los ojos. Por extraño que parezca, me quedé dormido.

»Me cubrieron con una suave manta. Un gesto digno de agradecer.

»Me dormí, rendido por el cansancio, como si ya hubiera superado la prueba. Ignoro si soñé. ¿Qué importa? Recuerdo que no deseaba volver a ver a Marduk, lo cual me desconcertó. Recuerdo

que pensé: “¿A qué viene esto? ¿Por qué no estoy llorando sobre su hombro?”. Pero no quería llorar sobre el hombro de nadie. Me habían asestado un golpe mortal. No sabía lo que me aguardaba. El humo, la niebla, las llamas, o un poder como el del dios. No podía saberlo. Y tampoco él.

»Creo que empecé a cantar un salmo que me gustaba mucho, que se refería a nuestra tierra, pero luego pensé: “¡Al diablo con eso! Jerusalén será de ellos, no mía!”.

»De pronto tuve una visión. Creo que provenía de Ezequiel, cuyas palabras siempre transcribíamos en casa, por el que siempre andábamos peleándonos y discutiendo. Era la visión de un valle sembrado de huesos, los huesos de los muertos, los huesos de todos los hombres, mujeres y niños mortales. No se me ocurrió que aquellos huesos resucitarían. Simplemente los vi, y pensé: “Lo hago por este valle, por todos los que somos meramente humanos”.

»¿Era demasiado orgulloso? No lo sé. Era joven. No ambicionaba nada. Dormí profundamente. Pero al poco rato se encendieron las lámparas y percibí el lejano resplandor del sol sobre los suelos de mármol, lejos de las puertas de la estancia donde yacía yo.

## 6

—Estaba mareado. Creo que era debido a los gases. La solución de oro había hervido durante toda la noche en la caldera, una inmensa cantidad de oro, plomo y demás ingredientes. El aroma era intenso y delicioso, y la cabeza me daba vueltas.

»Me obligaron a ponerme en pie.

»Sacudí la cabeza para despejarme, para que la luz de las lámparas no me hiriera en los ojos. ¿O era la luz del sol? Asenath estaba allí. Los sacerdotes comenzaron a aplicar el líquido dorado. Empezaron por mis pies, ordenándome que me sostuviera derecho, y me cubrieron las piernas con líquido dorado, minuciosamente, con unos movimientos tan suaves que casi parecían caricias. La mezcla estaba templada, pero no me dolió. No resultaba en absoluto desagradable. Me pintaron la cara despacio. Introdujeron la pintura en los orificios de mi nariz y me cubrieron las pestañas, una a una; luego cogieron los rizos de mi cabello y de mi barba y los tiñeron con aquella solución dorada.

»Para entonces yo estaba completamente despabilado.

»—Mantén los ojos abiertos —dijo Asenath.

»Luego trajeron los hermosos ropajes de Marduk. Eran las mismas prendas con que vestían la estatua todos los días, pero enseguida comprendí lo que se proponían: no iban a aplicarles unos toques dorados, sino a recubrirlas por completo de oro, para que yo pareciera una estatua viviente.

»Después de vestirme comenzaron a pintar cada pliegue de la larga túnica, de las mangas largas y holgadas, mientras no cesaban de repetirme que alzara los brazos y diera unos pasos para facilitarles la tarea.

»Me coloqué frente a un espejo. Al mirarme en él comprobé que parecía el dios. Era el dios.

»—¡Eres idéntico al dios! —exclamó un joven sacerdote—. Eres nuestro dios y te serviremos siempre. Sonríe, señor dios Marduk, te lo ruego.

»—Hazlo —dijo Asenath—. El esmalte no debe endurecerse con demasiada rapidez, pues se quebraría fácilmente. En cuanto se endurezca en exceso, los sacerdotes añadirán un poco más de la mezcla a esa zona para permitirte mover el músculo. Sonríe, abre los ojos y ciérralos, eso es, muchacho. Perfecto. ¿Oyes ese ruido?

»—Es como si toda la ciudad rugiera —contesté. También oí las trompetas, pero no lo dije.

»—Estoy mareado —dije.

»—Nosotros te sostendremos —respondió el joven sacerdote—. El mismo Ciro te sostendrá, tus ayudantes te sostendrán. Recuerda, debes tomar la mano de Ciro. Vuélvete con frecuencia hacia él, y bésalo. La pequeña porción de oro que depositas con tus labios sobre su piel no le perjudicará.

Debes hacerlo.

»Al cabo de unos segundos nos habíamos montado en el carro y me hallaba rodeado de multitud de flores; de todo tipo de flor que puede cultivarse en el interior o exterior en Babilonia, así como flores traídas de lugares remotos, como Egipto y las islas del sur.

»Nos encontrábamos en una cuadriga que se hallaba instalada sobre el carro, aunque las ruedas de ésta estaban fijas. Detrás de nosotros, a un nivel inferior, se hallaban unos servidores, que me sujetaban firmemente por la cintura. Ciro montó en la cuadriga.

»Por doquier se oían gritos y aclamaciones. Las puertas estaban abiertas de par en par para permitir la afluencia constante de gente. La procesión había comenzado. Yo parpadeé, en un intento de ver con claridad. Vi pétalos de flores que volaban por los aires, unos pétalos rosas, rojos y blancos, y percibí el olor del incienso. Bajé la vista, experimentando cierta rigidez en el cuello, y vi a todos los sacerdotes y a las mujeres del templo postrados sobre el inmenso suelo enladrillado del patio. Las mulas blancas echaron a andar despacio.

»Aturdido, me volví hacia el rey. ¡Qué aspecto tan espléndido y hermoso tenía!

»Cuando atravesamos las puertas, los gritos y exclamaciones se intensificaron. Los hebreos ocupaban los tejados de los edificios. Yo lo veía todo borroso, pero les oí cantar los salmos de Sión. Sus rostros aparecían diminutos y lejanos.

»El carro empezó a avanzar más deprisa, en la medida en que podía hacerlo aquel gigantesco vehículo. Circulábamos a una velocidad moderada; yo iba agarrado al borde de la cuadriga con una mano, dejando que mis dedos dorados se curvaran alrededor de él, y de pronto, de forma instintiva, pues nadie me ordenó que lo hiciera, cogí la mano de Ciro y le di el primer beso.

»La multitud estaba entusiasmada. Cada una de las casas que se hallaban a lo largo de la Vía procesional parecía un objeto vivo; la vida gritaba desde las ventanas y los tejados y se apretujaba contra las puertas. En cada callejuela la gente cantaba y agitaba palmas, y escuché una y otra vez la música hebrea. La música hebrea nos acompañaba en todo momento.

»No recuerdo cuándo atravesamos el gran canal, aunque creo que percibí el resplandor del agua. Los servidores me sostenían con firmeza, conminándome a ser fuerte.

»—Tú eres mi dios, Marduk —dijo Ciro—. Ten paciencia con ellos, son unos imbéciles. Sujeta mi mano, dios mío. Pues ahora somos un rey y un dios y nadie puede negarlo.

»Sonreí y me incliné de nuevo para besarle la mejilla mientras la multitud redoblaba sus exclamaciones de alegría. Nos acercábamos al río. A continuación nos instalarían en una barca para conducirnos a la Casa de la Prueba con Tiamat, la gran batalla del dios con el caos. ¿En qué consistiría esa prueba?

»Estaba tan mareado como si estuviera borracho, y no me importaba. Sentí que el oro se iba endureciendo, acariciándome el cuerpo tal como me habían advertido. Por fin había conseguido plantar los pies firmemente en el suelo de la barca y los sirvientes me sujetaban con fuerza; la mano de Ciro, viva y cálida, sostenía la mía mientras saludaba, se inclinaba y gritaba mil frases gentiles a los eufóricos ciudadanos de Babilonia.

»Mientras la barca se deslizaba por el río, a cuyas orillas se agolpaba la muchedumbre, tuve un pensamiento muy curioso: “Ciro cree que todo esto es en honor suyo, pero en realidad está dedicado a Babilonia. Es uno de los festejos que Babilonia suele celebrar con frecuencia, pero Ciro no ha

contemplado nunca la ciudad enloquecida por el baile y la bebida, y se siente impresionado. Bien, que se divierta”. Entonces me di cuenta de que no había visto a mi familia. Sin duda estaba allí, pero yo no la había visto.

»La Casa de la Prueba aparecía espléndidamente revestida de plata, esmeraldas y rubíes. Los pilares eran de oro y en su parte superior se asemejaban a unas gigantescas flores de loto. El centro del tejado estaba abierto, y a nuestro alrededor había decenas de nobles babilonios, los ricos, las autoridades de otras ciudades, los sacerdotes que habían acudido con sus dioses a Babilonia en busca de refugio, así como centenares de miembros de la corte de Ciro, tan semejantes a nosotros y al mismo tiempo tan diferentes. Más altos, más delgados, mejor parecidos, de mirada más sagaz.

»De golpe me encontré a solas en medio del patio abierto. Todo el mundo se retiró. Remath se situó junto a mí y, al otro lado, lo hizo el joven y compasivo sacerdote.

»—Levanta los brazos —dijo el sacerdote—. Desenfunda la espada.

»—¿Espada? No sabía que llevara una espada.

»—Sácala de su vaina y álzala para que todos la vean —repitió el joven sacerdote.

»Obedecí casi sin darme cuenta. El mundo no cesaba de girar ante mis ojos. Los nobles entonaban unos cantos y las arpas sonaban, y de pronto percibí un sonido inconfundible, un sonido que había oído en numerosos espectáculos y durante las cacerías a las que había asistido con mi padre y mis hermanos. Oí el rugido de unos leones que estaban enjaulados.

»—No temas —dijo Remath—. Esos animales están saciados y han ingerido unos brebajes que les producen sopor. Cuando los suelten se acercarán uno a uno, pues así han sido adiestrados, para lamer la miel que yo mismo depositaré en tus labios, miel y sangre, y cuando se aproximen cláves la espada.

»Yo me eché a reír.

»—¿Y tú dónde estarás? —pregunté.

»—Aquí mismo, a tu lado —contestó el joven sacerdote—. No te preocupes, señor dios Marduk, esos leones desean morir por ti. —Entonces me acercó un cáliz a los labios al tiempo que decía—: Bebe la miel y la sangre.

»Yo obedecí dócilmente, sin apenas notar que el líquido se deslizaba por mi garganta. De pronto advertí que mi piel había perdido casi toda la sensibilidad; era como si me azotara el gélido viento nocturno del desierto. Pero me tragué el brebaje y el joven sacerdote me dio más, hasta tener la lengua y los labios empapados en miel y sangre.

»La excitación de la multitud iba en aumento. Vi su temor. El primer león fue liberado de la jaula y se dirigió hacia mí. Los persas retrocedieron hasta chocar con el muro del patio, creo. Noté el temor, incluso pude olerlo, y volví a soltar una carcajada.

»—Esto es en verdad cómico —dije—. Estoy medio muerto y este león se dirige hacia mí dando traspies.

»De repente el león se abalanzó sobre mí y los dos sacerdotes me sostuvieron para impedir que el peso del animal me derribara. Yo enderecé la espada, rogué al esmalte de oro que me diera fuerzas y hundí la espada en el corazón del león. El animal lanzó una bocanada de aliento cálido y fétido sobre mi rostro y su morro me rozó los labios. Luego cayó torpemente al suelo, muerto, y la muchedumbre entonó un cántico que alababa mi coraje.

»El rey se acercó a mí, empuñando su espada, y deduje que el segundo y el tercer león debíamos matarlos entre ambos. El rostro del rey estaba tenso como el mío, y vi que observaba fijamente al animal.

»—A mí me parece que están llenos de vida —dijo el rey.

»—Pero vos sois el rey y yo el dios, de modo que no podemos fallar.

»Los sacerdotes hicieron restallar el látigo y uno de los leones se arrojó sobre Ciro, que retrocedió bruscamente mientras le clavaba la espada y le propinaba un puntapié para quitarse al animal de encima. El león cayó de espaldas con un rugido, moribundo. El segundo animal se precipitó sobre mi rostro. Noté que el sacerdote me alzaba la muñeca. “¡Clávasela!”, gritó. Yo obedecí, hundiendo el acero una y otra vez en las entrañas del león para acabar con él.

»De nuevo, todos los presentes comenzaron a vitorearme y a cantar. También oí los cantos y las aclamaciones de la muchedumbre que se hallaba fuera. Unos sirvientes retiraron los cadáveres de los leones. Oí al joven sacerdote entonar un cántico sobre la proeza de Marduk, que había aniquilado al perverso Tiamat.

»—Y con su piel creó el cielo y la tierra y los mares... —entonó el sacerdote en la antigua lengua sumeria. Después lo hizo en acadio y en hebreo, y su canto me envolvió como una oleada de sonido, y yo me dejé arrastrar por él.

»Me encontraba solo en medio del patio. Los sacerdotes me pintaban todo el cuerpo con sangre y miel.

»—No pueden lastimarte —aseguró Remath.

»—¿Qué es eso? —pregunté.

»Sin embargo, ya lo sabía. Las oí con tanta claridad como había oído a los leones. Eran abejas. Un enorme dragón de seda se deslizaba hacia mí; su cuerpo articulado mostraba unas afiladas costillas de oro y era controlado por unos sirvientes que lo manipulaban con unos palos. Vi que estaba lleno de abejas. El dragón se enroscó en torno a mí, aprisionándome entre sedas. Su cola me cubrió la cabeza. Oí el sonido que produjo el tejido al desgarrarse y a continuación las abejas se abalanzaron sobre mí, cubriéndome todo el cuerpo. Experimenté al mismo tiempo furia y repugnancia. Pero me resultaba imposible mover los pies. Los aguijones de las abejas no lograron traspasar el oro, y cuando se lanzaron sobre mis ojos me limité a cerrarlos; al cabo de un rato noté que las abejas se iban muriendo. Morían a causa del veneno que contenía el oro. Lancé un suspiro de alivio.

»—Mantén los ojos abiertos —ordenó Remath.

»Cuando todas las abejas hubieron caído al suelo, y me ofrecieron el enorme dragón de seda para que lo destrozara con mi espada, la muchedumbre volvió a manifestar su alegría y satisfacción.

»A continuación me condujeron escaleras arriba, hacia el tejado. Desde allí contemplé los campos, la inmensa marea de gente que parecía extenderse hasta el horizonte. Alcé el brazo con el cual sostenía la espada, una y otra vez, volviéndome hacia el este, el oeste, el norte y el sur, sonriendo mientras agitaba la espada, y la multitud me aclamó enfervorecida. La Tierra entera cantó mis alabanzas.

»—Es maravilloso —dije—, indescriptiblemente maravilloso.

»Pero nadie oyó mis palabras. El aire fresco me despejó un poco al contacto con la nariz y la



garganta, y me refrescó los ojos. Las sacerdotisas del templo se congregaron a mi alrededor mientras lanzaban flores al aire, y de pronto noté que me conducían hacia el diván real.

»—Puedes yacer con tantas como desees, pero te aconsejo que duermas un rato —dijo Remath.

»—Sí, es una buena idea. ¿Qué haréis para impedir que yo muera?

»—Puedo oír los latidos de tu corazón. Vivirás lo suficiente para regresar a casa. Eres más fuerte de lo que habíamos imaginado.

»—En ese caso, dame una ramera —dije.

»Todos parecían contrariados.

»—¿Y bien? —pregunté.

»Las rameras chillaban de gozo. Yo les hice una señal para que se acercaran. Sin embargo, no pude hacerlo con ellas. Sólo pude estrecharlas una a una entre mis brazos y depositar un beso venenoso sobre sus pequeños y dulces labios. Las jóvenes me miraron con gratitud antes de apartarse para dejar paso a otra compañera (y espero que para limpiarse las huellas del beso). Yo emití una risa profunda, que resonó en mi pecho, con los labios cerrados.

»Aquella noche se llevaron a cabo otras actividades, pero yo dormí profundamente. Fuego, poesías, bailes, cosas que no llegué a ver.

»Dormí. De pie, inclinado hacia atrás de forma que parecía sostenerme por mis propias fuerzas, y con los ojos abiertos, pintados con otra capa de oro para que no se cerraran, pero dormí.

»El mundo se había convertido en un pozo de locura. De vez en cuando me despertaba y veía llamas y unas figuras que danzaban. De vez en cuando oía un murmullo o un sonido, o percibía unos pasos apresurados y sentía unas manos que me sujetaban.

»En una ocasión creo que vi al rey bailando más abajo. Creí ver al rey bailando con las mujeres, ejecutando una extraña danza con movimientos lentos; las figuras giraban con gran ceremonia y de pronto el rey alzó los brazos y se inclinó ante mí. Pero nadie me exigió nada. En mi rostro se dibujaba una sonrisa que permanecía fija debido a la capa de oro endurecido. Sólo cuando me reía notaba un cosquilleo en la piel.

»Al día siguiente, por la tarde, cuando iniciamos la procesión de regreso al patio de Esagila, comprendí que me estaba muriendo. Apenas era capaz de moverme. Los sirvientes, cubiertos por túnicas y chales de seda, se afanaban en aplicar otra capa del líquido dorado sobre mis rodillas para mantenerlas flexibles, pero no querían que la gente se diera cuenta de ello. Más que cansado me sentía aturdido, y observaba distraídamente a la muchedumbre que tenía ante mí.

»Por fin llegamos a las puertas y entramos en el patio, donde se daría lectura al gran poema titulado “En el principio”, y los actores representarían su función. De pronto sentí una infinita tristeza, tristeza y desconcierto. Algo iba mal.

»Pero de pronto, como en respuesta a una oración, la situación cambió de forma radical. Oí a mi padre cantando, a él y a mis hermanos:

*Te convertiré en un hombre más valioso  
que el oro; incluso más valioso que  
la tierra dorada de Ofir.*

»Yo me esforcé en captar con más claridad las palabras que pronunciaban aquellas benditas

voces:

*Así habló el Señor a su ungido, a  
Ciro, cuya mano derecha he sostenido,  
a fin de que las naciones se sometieran ante él...*

»—Vuelve la cabeza para escucharlo, señor dios Marduk —dijo Cyrus—. Es tu padre, que canta con todo su corazón.

»Yo me volví. Sólo distinguí una masa borrosa de brazos que se agitaban, de guirnaldas de flores que eran arrojadas al aire, de flores que caían, pero oí cantar a mi padre:

*Yo te precederé, para enderezar  
lo que esté torcido...  
Y te ofreceré los tesoros de la  
oscuridad, y las riquezas ocultas de  
los lugares secretos; para que sepas que yo,  
el Señor, que te he llamado por tu nombre,  
soy el Dios de Israel.*

»Los cantos se sucedieron mientras avanzábamos hasta las puertas del templo. Y entonces oí gritar: “¡Mesías! ¡Mesías! ¡Mesías!”. Cyrus saludó a la muchedumbre y le lanzó besos, y por fin llegó el momento de la coronación.

»Nos ayudaron a apearnos de la cuadriga y el carro, anduvimos sobre un lecho de flores y subimos por la interminable escalinata del zigurat Etemenanki, de forma que incluso las personas que se hallaban lejos podían vernos a través de las amplias puertas. Temí morir antes de alcanzar la cima. Me resultaba imposible mirar hacia arriba; tan sólo veía los peldaños dorados ante mí y pensé en la escalera del cielo que Jacob había visto en su sueño mientras los ángeles iban y venían.

»Por fin llegamos a la cima, la montaña creada por y para el dios, y me entregaron la corona. Apenas lograba controlar mis extremidades. No sentía nada. Sonreí, porque era más sencillo sonreír; los brazos me dolían debido al agotamiento cuando alcé la corona persa de oro y la coloqué sobre la cabeza del rey viviente.

»—Ahora ya puedo morir —murmuré, vencido por el cansancio. Me dolían las rodillas, los pies, todo el cuerpo. Apenas podía moverme ni sostenerme derecho.

»Vi con claridad la afectuosa mirada de Cyrus, la solemnidad de su rostro. Vi... su dedicación a la misión real. Quizá vislumbré algo de su locura.

»De forma hábil y disimulada, los sacerdotes se colocaron a mi alrededor y me aplicaron otra capa de oro con el fin de permitirme mover los brazos y las piernas, para restituirme una parte de mi vitalidad.

»—Mantén los ojos abiertos —dijo Remath—. Manténlos bien abiertos.

»Yo obedecí. Luego nos condujeron al patio. El banquete se prolongó durante cuatro horas. Sé que los poetas hicieron su aparición y cantaron, sé que el rey comió y que también los nobles lo hicieron. Pero yo permanecí sentado, rígido, mirándolos fijamente, sin poder cerrar los ojos. Habían

cometido la estupidez de añadir pintura, y con ello sólo habían conseguido suavizar los párpados, me dije, mientras observaba mis manos, que permanecían apoyadas en la mesa. Luego pensé: “No te he invocado ni una sola vez, Marduk”.

»Al instante oí la voz de Marduk en mi oído.

»—No me necesitas, Azriel. Pero estoy junto a ti.

»Por fin concluyó el banquete. Había oscurecido. Todo había terminado. El rey había sido coronado, Babilonia era Persia; más allá de las puertas del palacio y de las del templo, la ciudad estaba ebria de alegría y en el interior de esos dos edificios otras personas bebían y cantaban.

»—Ahora —dijo el joven sacerdote—, te transportaremos hasta el altar. No es necesario que andes. Sólo debes ocupar tu lugar en la mesa del banquete, en tu altar, y si no mueres dentro de unas horas te administraremos oro por la boca.

»—Aún no —objetó Remath—. Sígueme, rápido, pues todavía debemos cumplir otro rito.

»El joven sacerdote estaba confundido. Yo también, pero todo me tenía sin cuidado. Nada me importaba ya. El sopor comenzaba a apoderarse de mí, y cuando distinguí las vagas siluetas de los muertos que deambulaban a mi alrededor mientras me contemplaban atemorizados, me sentí complacido. Supuse que se abalanzarían sobre mí como un ejército para liberarme de mis ropajes de oro, diciendo: “Ven para vagar errante a través de la eternidad con nosotros”, pero no lo hicieron.

»De pronto sentí un calor insoportable. Vi una inmensa hoguera. Creí oír la voz de mi padre, pero no estaba seguro, y luego oír decir a Asenath:

»—¡Es un conjuro muy potente! ¿Acaso deseas que muera? ¡Dámela!

»Durante unos segundos vi a mi padre, confundido, entregar a la vieja bruja la antigua tablilla sellada en el sobre de arcilla.

»—¡Azriel! —gritó mi padre al tiempo que extendía las manos hacia mí.

»Yo traté de responder, pero fui incapaz de articular palabra. No podía mover un sólo músculo.

»Las puertas se cerraron bruscamente en las narices de mi padre, aislándome de él y del resto del mundo.

»Nos encontrábamos en una estancia en la que ardía un fuego; sobre él hervía una caldera que estaba llena de oro líquido. La atmósfera era asfixiante. Asenath rompió el sobre que contenía la tablilla. Tras partir la cubierta de arcilla sin el menor esfuerzo, examinó la misteriosa tablilla a la luz de su antorcha.

»Yo me sostenía por mí mismo, demasiado rígido para moverme, demasiado rígido para caer, mientras los observaba fijamente. El fuego no me inspiraba excesivo temor. ¿Qué es lo que hacían Remath y la vieja? ¿Dónde estaba el sumo sacerdote? Creí verlo en un par de ocasiones.

»Asenath empezó a leer lo que decía la tablilla, pero no estaba escrito en sumerio, sino en hebreo, en el viejo hebreo cananeo: “... y presenciara su propia muerte y su alma, su espíritu y su carne hervirán hasta disolverse en los huesos, y vivirá dentro de sus huesos por la eternidad, y sólo será invocado por el amo que conozca su nombre y pronuncie su nombre...”.

»—¡No! —grité—. ¡Esto no es un conjuro! Esto es hebreo. Es un maleficio. ¡Maldita bruja embustera!

»La capa de oro que me cubría se resquebrajó por todas partes al abalanzarme sobre la vieja con todas mis fuerzas, pero ella retrocedió con la agilidad de una bailarina y Remath me agarró del

cuello. Me sentí tan torpe y débil como los leones a los que les habían administrado el bebedizo.

»—¡Bruja, me has echado un maleficio! —repetí.

»—“... y verá todas sus partes visibles e invisibles y todos los fluidos de su cuerpo, que hervirán hasta disolverse en los huesos, y será prisionero de esos huesos y de quienquiera que sea el amo de esos huesos, y no descenderá a las tinieblas del infierno ni gozará de la vida eterna de Dios”.

»—¡Marduk! —grité.

»Noté que me empujaban hacia atrás y caí en la caldera que estaba llena de oro hirviendo. Grité y grité. Aquello era insoportable. Era imposible experimentar semejante dolor. No era posible que aquella atrocidad me ocurriera a mí, que el oro hirviendo se introdujera en mi garganta, asfixiándome, y me abrasara los ojos.

»Cuando creí que iba a enloquecer, que iba a volverme loco de espanto y de dolor, cuando no quedaba ya un solo pensamiento humano en mi mente, salí disparado de la caldera y me encontré suspendido en el aire sobre el cuerpo que seguía hirviendo dentro de ella, con un solo ojo abierto sobre el burbujeante líquido dorado. ¡Era mi cuerpo! Pero yo no estaba dentro de él.

»Permanecí suspendido en el aire, con los brazos extendidos, mirando hacia abajo. Entonces vi el rostro de Asenath, que vuelto hacia el techo me contemplaba.

»—¡Sí, Azriel! —gritó—. Observa cómo hierve el oro y devora tu carne; observa cómo tus huesos se convierten en oro. No apartes la mirada de la caldera, no sea que caigas de nuevo en ella para sufrir el tormento de tu muerte.

»—¡Marduk! —exclamé de nuevo.

»—Tú debes decidir —respondió éste—. Puedes regresar a esa caldera infernal y morir. —Su voz sonaba conmovida, triste. Entonces me di cuenta de que estaba a mis pies, mirando hacia arriba.

»Por primera vez me pareció pequeño e insignificante. No tenía un aspecto majestuoso ni divino. Y Asenath no era sino una vieja estúpida. Remath, sin apartar la vista del cuerpo que se iba hundiendo en la caldera de oro hirviendo, no cesaba de brincar con los puños crispados, maldiciendo y gritando como un poseso.

»No había tiempo que perder. No había ninguna decisión que tomar. O tal vez fuera simple cobardía. No podía regresar a aquel indecible sufrimiento. No podía permitir que me cocieran vivo. Resultaba increíble que aquello le sucediera a un ser humano. Seguí contemplando la escena, observando cómo la carne se separaba de los huesos y flotaba entre toda aquella porquería, junto con el cráneo, mientras el oro seguía hirviendo y el aire de la habitación se hacía cada vez más denso por efecto del vapor que despedía la caldera.

»Asenath comenzó a boquear de forma violenta. Incapaz de respirar, cayó de bruces. Remath permaneció con la vista fija en la caldera, y Marduk me observó asombrado.

»Por fin el líquido de la caldera se evaporó y sólo quedaron mis restos. Remath propinó una patada al fuego para apagarlo. Luego se acercó lo máximo posible a la ardiente caldera y contempló el montón de huesos dorados que yacían en el fondo del recipiente. Mis ropas habían desaparecido, se habían disuelto, al igual que la carne, al igual que el líquido. Todo se había evaporado. En la cámara sellada sólo quedaban los huesos, los gases y las partículas de lo que había sido mi cuerpo. Los huesos eran de oro puro.

»—Invoca tu cuerpo, espíritu —dijo Remath—. Ordena que regrese a ti desde todos los rincones

del mundo, invócalo desde lo más profundo de los huesos y desde el aire hacia el que has tratado de huir. ¡Invócalo!

»Yo descendí y me posé sobre el suelo. A través del espeso y fétido vaho, vi que tenía un cuerpo. Era mero vapor. Pero era mío. Al cabo de unos instantes comenzó a adquirir mayor densidad.

»Marduk retrocedió un paso al tiempo que sacudía la cabeza.

»—¿Qué es esto? ¿Por qué lo has hecho? —pregunté.

»—¡Por todos los dioses, Remath! —exclamó Marduk—. ¿Qué es lo que tú y esa bruja habéis hecho?

»Remath soltó un bramido.

»—Eres mío, Sirviente de los Huesos, pues yo soy el Amo de los Huesos. Me obedecerás en todo.

»Marduk retrocedió hasta la pared, mientras me observaba lleno de espanto.

»Remath cogió unas sábanas que yacían sobre el diván para protegerse las manos e hizo que la caldera se volcara. Los huesos se diseminaron por el suelo. Remath cogió los que quedaban dentro de la caldera, sin importarle abrasarse las manos, y los sacó del recipiente.

»—¡Despierta, vieja! —gritó—. ¡Despierta de una vez! ¿Qué es lo que debo hacer ahora?

»Yo me acerqué a él. Mi cuerpo tenía la misma densidad que si estuviera vivo. Presentaba un color rosáceo y guardaba tanto vigor como el cuerpo de Remath, pero no era real. No me producía la sensación de ser real. No tenía un corazón, ni pulmones ni alma ni sangre; sólo tenía la forma que le había conferido mi espíritu, hasta en el más mínimo detalle.

»—No seas imbécil —dije—. Asenath está muerta. Si quieres saber lo que debes hacer, muéstrame la tablilla. Soy el único capaz de leer esas palabras escritas en cananeo.

—Remath no se movió. Se lo impedía el pánico. Incluso dejó caer los huesos. Éstos relucían sobre el suelo de ladrillos vidriados; allí desperdigados, grotescos, mezclados con algunos dientes y los huesecillos de mis manos y pies.

»Marduk no dijo palabra.

»Percibí un sonido profundo y desagradable a nuestro alrededor. Parecía el aullido del viento que atravesara el palacio y el templo, despacio, pasillo tras pasillo, alcoba tras alcoba, y cuando alcé la vista contemplé el denso mundo de los espíritus como jamás lo había contemplado.

»Los muros y el techo de la celda habían desaparecido. El mundo se reducía a los murmullos de las almas que me observaban, señalándome y precipitándose hacia mí con las manos extendidas, aunque temerosas.

»—¡Alejaos de mí! —grité.

»La nube de almas se dispersó de inmediato, pero los aullidos me herían los oídos. Cuando bajé la vista comprobé que el rostro de Marduk se había transformado; ya no reflejaba pavor, pero tampoco mostraba una expresión afable y confiada como antes.

»Di media vuelta y me dirigí con paso decidido y ágil hacia el cuerpo de Asenath para arrebatárle la tablilla de las manos. Lo siguiente no me resultó fácil. Aquello estaba escrito en una forma de hebreo, sí, pero en un dialecto que correspondía a una época anterior a la mía. Empecé a leer en voz baja.

»Al volverme vi que el sacerdote se había retirado hasta un rincón de la estancia, y el dios se limitaba a observarme. Seguí leyendo la inscripción de la tablilla con la intención de descifrarla:

»—“Y tras haber contemplado su muerte, y tras haber visto los fluidos de su cuerpo, y la carne y el espíritu y el alma hervir hasta disolverse en los huesos, y los huesos sellados en oro para siempre, penetrará en los huesos y permanecerá encerrado en ellos, hasta que su amo invoque su nombre”.

»—¡Hazlo! —me ordenó Remath—. Penetra en los huesos.

»Miré la tablilla. “Y una vez que haya reunido los huesos, éstos contendrán su espíritu para siempre, pasando de una generación a otra para servir al amo al que pertenece y debe obediencia, para acatar sus mandatos y ejecutarlos. Cuando el amo diga. ‘Ven’, el Sirviente de los Huesos aparecerá. Cuando el amo diga: ‘Asume tu forma mortal’, el Sirviente de los Huesos asumirá su forma mortal, y cuando el amo diga ‘Regresa a los huesos’, el Sirviente de los Huesos le obedecerá; si el amo dice: ‘Mata a ese hombre’, el Sirviente de los Huesos matará a ese hombre, y si ordena: ‘Guarda silencio y vigila, esclavo’, el Sirviente de los Huesos lo hará. Pues el Sirviente y los

Huesos son una sola cosa. Y ningún espíritu bajo las estrellas puede rivalizar con la fuerza del Sirviente de los Huesos”.

»—Bien —dije—, es una historia muy interesante.

»—¡Regresa a los huesos! —me ordenó Remath—. ¡Regresa a los huesos! —repitió temblando, con los puños crispados y las rodillas levemente dobladas—. ¡Regresa a los huesos! Guarda silencio y vigila, esclavo —declaró.

»Yo permanecí inmóvil.

»Observé a Remath durante unos momentos, sin moverme.

»Miré la sábana que había cogido del diván. Era una sábana limpia, que habían colocado después de haber dormido yo en el diván. La cogí y formé con ella un saco; en él introduje la tablilla y los huesos. Cogí el hueso del muslo, el de la pierna, los huesos del brazo y el cráneo, mi propio cráneo, caliente y dorado, y recogí cada pequeño fragmento de lo que había sido Azriel, un hombre vivo, un ingenuo, un idiota. Recogí los dientes, los huesos de los dedos de los pies. Y cuando lo hube metido todo en el pequeño saco, hice un nudo y me lo colgué al hombro. Luego miré a Remath.

»—¡Maldito seas! —bramó—. ¡Regresa a los huesos!

»Me acerqué a él, extendí la mano y le partí el cuello. Antes de que sus rodillas tocaran el suelo estaba muerto. Vi alzarse un espíritu confundido y aterrorizado, vaporoso y translúcido, y al cabo de unos instantes se esfumó.

»Miré a Marduk.

»—¿Qué piensas hacer, Azriel? —me preguntó. Parecía perplejo.

»—¿Qué puedo hacer, señor? ¿Qué puedo hacer sino buscar al mago más poderoso de Babilonia, uno lo suficientemente fuerte para ayudarme a descifrar mi destino y comprender mis limitaciones? De lo contrario, estoy condenado a permanecer así por la eternidad. No soy nada, como puedes comprobar, nada, tan sólo una imitación de un ser vivo. ¿Acaso debo vagar errante durante toda la eternidad? Mira, soy sólido y visible, pero no soy nada, y todo cuanto queda de mí está en este saco.

»Sin esperar su respuesta, di media vuelta y me marché. Le di la espalda, por decirlo así. Lo despaché, con tristeza, creo, de forma brusca y cruel. Tuve la sensación de que rondaba cerca de mí y me observaba mientras yo echaba a andar.

»Atravesé el templo, bajo el convincente aspecto de un hombre. Fui detenido e interrogado una y otra vez por los guardias, a quienes aparté de un manotazo. Una lanza me atravesó la espalda, seguida de una espada. No sentí nada; me limité a mirar a mi perplejo y miserable agresor y proseguí mi camino.

»Entré en el palacio y me dirigí hacia los aposentos del rey. Sus centinelas se abalanzaron sobre mí, pero yo me abrí camino a través de ellos, sintiendo sólo un leve estremecimiento tras haberlos abatido. Cuando alcé la cabeza vi a Marduk, que me observaba de lejos.

»Penetré en la habitación del rey. Ciro estaba acostado con una hermosa ramera. Al verme, saltó desnudo del lecho.

»—¿Me conocéis? —pregunté—. ¿Qué veis ante vos?

»—¡Azriel! —exclamó con sincera alegría—. ¡Has burlado a la muerte, te has salvado! ¡Hijo mío!

»Sus palabras parecían tan sinceras y emocionadas que me asombraron. El rey se dirigió hacia

mí, pero al tratar de abrazarme se dio cuenta de que yo no era nada; sólo tenía el aspecto de algo sólido, una especie de un cascarón, o incluso algo más ligero, una burbuja en la superficie del agua, tan ligera que podía estallar. Pero no estallé. Simplemente sentí sus robustos y vigorosos brazos en torno mío y luego el rey retrocedió unos pasos.

»—Sí, estoy muerto, mi señor —dije—. Mis restos están en este saco, recubiertos de oro. Ahora debéis devolverme el favor.

»—¿Cómo, Azriel?

»—¿Quién es el hechicero más grande del mundo? Ciro debe de conocerlo sin duda. ¿Acaso el hombre más fuerte y sabio del mundo se halla en Persia? ¿En Jonia? ¿O está en Lidia? Decidme dónde se encuentra. Soy un horror. ¡Soy un horror! Incluso Marduk me teme. ¿Quién es el hombre más sabio, Ciro, a quien vos mismo confiaríais vuestra alma maldita si os encontrarais en mi situación?

»Ciro se sentó en el borde del lecho. Entre tanto, la prostituta se había cubierto con las sábanas y nos observaba perpleja. Marduk entró en la habitación con sigilo, y aunque su rostro no mostraba una expresión fría y recelosa tampoco poseía la calidez que siempre habíamos compartido.

»—Sé quién es —respondió Ciro—. Frente todos los magos que han desfilado ante mí, sólo ese hombre posee auténtico poder y un alma sencilla.

»—Enviádmelo. Tengo una apariencia humana. Parezco vivo, ¿no es cierto? Enviádmelo.

»—Lo haré —contestó Ciro—. Se halla en Mileto, donde todos los días recorre los mercados en busca de manuscritos procedentes del mundo entero; está en la gran ciudad portuaria griega, adquiriendo toda suerte de conocimientos. Dice que el propósito de su vida es conocer y amar.

»—¿Entonces es un buen hombre?

»—¿Acaso no querías que fuera un buen hombre?

»—Ni siquiera había pensado en ello —respondí.

»—¿Y entre los de tu pueblo?

»La pregunta me confundió. De pronto se me ocurrió una larga lista de nombres e incluso llegué a oler su piel y su cabello, pero la identidad de esos seres se desvaneció de inmediato. ¿Mi pueblo? ¿Es que tenía un pueblo? En un intento desesperado de recuperar mi memoria, recordé la caldera. También recordé a esa mujer, pero no su nombre, y al sacerdote a quien había matado; y al amable y bondadoso dios que se hallaba presente, invisible para el rey, ¿cómo se llamaba?

»—Vos sois Ciro, rey de Persia y Babilonia, el rey de todo el mundo— dije. Me horrorizaba no recordar los nombres de las personas a las que amaba, los cuales sin duda recordaba hacía sólo unos momentos. Y esa vieja que había muerto, ¡la conocía de toda la vida! Me volví y eché un vistazo a la habitación, desconcertado. La estancia estaba repleta de ofrendas, de obsequios de familias nobles de Babilonia. Vi un cofre de madera de cedro y oro. No era muy grande. Me acerqué a él y lo abrí.

»El rey me observó, atónito. Dentro del cofre había platos y copas.

»—Cógelos si así lo deseas —dijo Ciro, disimulando su temor—. Deja que llame a mis siete sabios.

»—Sólo deseo el cofre —contesté. Vacíé su contenido con cuidado para no dañar aquellos objetos tan valiosos, y al sostener el cofre en mis manos aspiré el aroma a cedro bajo el forro de seda rojo. Entonces me apresuré a abrir el saco de hilo, metí en el cofre la tablilla con su inscripción, incluidas las palabras que aún no había leído en voz alta, y deposité en él mis huesos.



»Antes de que hubiera terminado, la hermosa ramera se acercó y me entregó un precioso velo de seda.

»—Toma, envuélvelos en él para protegerlos —dijo.

»Cogí el velo y envolví los huesos en él. La ramera me tendió otro velo color púrpura, que yo acepté para envolver el pequeño fardo, a fin de que cuando el cofre se moviera los huesos no produjeran ruido.

»—Enviadme de regreso a los huesos, Ciro —rogué al rey—. Haced que penetre de nuevo en ellos.

»Ciro sacudió la cabeza en sentido negativo.

»Entonces dijo Marduk:

»—Azriel, regresa a los huesos y sal de ellos nuevamente; hazlo ahora o no serás capaz de hacerlo nunca. Es el consejo de un espíritu, Azriel. Deshazte de las partículas que componen tu forma y busca la oscuridad, y si no eres capaz de salir de ellos, yo te ayudaré.

»El rey, que no podía ver ni oír a Marduk, estaba confundido. Propuso de nuevo llamar a sus siete sabios, a quienes oí murmurar fuera, junto a los aposentos del rey.

»—No dejéis que entren, señor —dije—. Los sabios son unos embusteros, al igual que los sacerdotes y los dioses.

»—Te comprendo, Azriel —respondió Ciro—. Eres un ángel poderoso, o tal vez un demonio poderoso, no lo sé. Sin embargo, sé que ningún sabio común y corriente puede aconsejarte.

»Yo miré a Marduk.

»—Penetra de nuevo en los huesos —dijo—. Prometo utilizar todo mi poder para sacarte de ellos. Trata de refugiarte en los huesos, del mismo modo que yo me refugio en mi estatua. Debes disponer de un lugar donde refugiarte.

»Yo incliné la cabeza y dije:

»—Penetraré de nuevo en los huesos hasta que desee regresar; vosotros, que formáis parte de mí, debéis permanecer cerca y aguardar a que os llame.

»En aquel momento se levantó un fuerte vendaval que agitó los cortinajes del lecho. La ramera echó a correr hacia el rey, quien la acogió en sus brazos. Yo me sentía inmenso y vaporoso; tocaba los muros y el techo y las cuatro esquinas de aquella habitación pintada de brillantes colores. De pronto el viento se convirtió en un remolino en el que me vi atrapado, y sentí la intolerable presión de las almas que aullaban y chillaban.

»—¡Atrás, malditas! —grité—. Puedo refugiarme en mis huesos. ¡Deseo regresar a mis huesos!

»De improviso se hizo la oscuridad, una oscuridad densa y silenciosa. Me pareció estar flotando; era la más maravillosa sensación de descanso que he experimentado jamás. Supuse que debía hacer algo, pero era incapaz. No podía hacer nada. Entonces oí la voz de Marduk.

»—Sirviente de los Huesos, alízate y asume tu forma humana.

»Por supuesto, eso es lo que debía hacer, y lo hice. Fue como aspirar una profunda bocanada de aire para después lanzar un grito silencioso. Volví a ser una replica exacta de Azriel, de pie junto al cofre que contenía los huesos dorados. Vi que mi cuerpo refulgía, pero al cabo de unos momentos el resplandor comenzó a remitir y sentí el aire fresco que invadía la estancia con inusitada intensidad.

»Miré a Ciro. Miré a Marduk. Sabía que si penetraba de nuevo en los huesos no podría regresar.

Pero ¿qué importaba? Me aguardaba un sueño suave y mullido como el terciopelo. Como ése en el que te sumerges de niño, cuando te tumbas sobre la cálida hierba de una colina y la brisa acaricia tu piel, cuando no existe nada que te inquieta o te angustia.

»—Os lo ruego, mi rey —dije—. Os lo suplico. Deseo regresar a los huesos. Enviadme en este cofre junto con la tablilla al sabio de Mileto. Hacedme ese favor, y si me traicionáis, ¿qué importa? Jamás lo averiguaré. Sé que otra persona... me ha traicionado, pero no recuerdo quién...

»El rey se acercó para besarme. Me besó en los labios, al modo de los reyes y nobles persas. Yo me volví y miré a Marduk.

»—Ven conmigo, Marduk; no recuerdo qué relación existía entre nosotros, pero sé que era buena.

»—No puedo hacerlo, Azriel —contestó Marduk en tono sereno—. El rey Ciro tiene razón. Eres lo que los magos llaman un ángel poderoso o un demonio poderoso. Yo no tengo ese poder. La frágil llama de mis pensamientos es alimentada por el pueblo de Babilonia, que cree en mí y me reza. Incluso en cautividad, la devoción de mis carceleros me dio ánimos. No puedo ir contigo. No sabría siquiera cómo hacerlo. —Luego arrugó el ceño y prosiguió—: Pero ¿por qué fiarte de un hombre, aunque se trate de un rey? Toma tú mismo el cofre y ve a dónde quieras...

»—No. Mira, mi cuerpo está temblando. Soy débil como un recién nacido. No puedo. Debo confiar en Ciro, el rey de los persas, y si decide desembarazarse de mí, si se porta conmigo de forma tan ruin y cruel como las personas a quienes yo amaba y me han traicionado, hallaré el medio de vengarme de él. ¿No es así, gran rey?

»—No te daré motivos —contestó Ciro—. No debes odiarme. Me duele. Siento tu despecho.

»—Yo también —respondí—. ¡El odio es un sentimiento divino! ¡Como la cólera! ¡Como el deseo de destruir!

»Avancé unos pasos hacia el rey.

»Ciro no pestañeó. Clavó la vista en mí, haciendo que me sintiera suavemente hipnotizado, incapaz de retirar los ojos de su persona. No traté de oponer resistencia, sino que sentí aquel dominio que se fundaba en el coraje y la victoria sobre mí, y permanecí inmóvil.

»—Confía en mí, Azriel, pues hoy me has convertido en el rey del mundo, y me encargaré de que te conduzcan ante el mago que te enseñará todo cuanto es posible enseñar a un espíritu.

»¿El rey del mundo?, me pregunté. ¿Había convertido a ese hermoso ser humano en el rey del mundo? Sentí un estremecimiento. Por supuesto, lo conocía bien. Recordaba el drama. Recordaba el aliento del león.

»Sin embargo, al instante lo olvidé todo. No recordaba nada.

»Marduk, un mero espíritu que se hallaba presente, afable y bondadoso, preguntó:

»—¿Sabes quién soy, Azriel?

»—¿Un amigo, un espíritu amable?

»—¿Nada más?

»Me sentí angustiado.

»—No lo recuerdo —contesté. Le dije que sólo recordaba la caldera, el acto de haber asesinado a un sacerdote cuyo nombre tampoco recordaba y a la mujer que yacía muerta. Conocía al rey. Lo conocía bien. Sin embargo, no recordaba nada. De golpe noté un perfume a rosas. Al bajar la vista comprobé que el suelo estaba sembrado de pétalos.

»—Dáselos —ordenó Ciro a la ramera al tiempo que señalaba los pétalos.

»La dulce y gentil ramera recogió un puñado de pétalos.

»—Mételos en el cofre —indiqué a la mujer—. ¿Cómo se llama esta ciudad? ¿Dónde estamos?

»—En Babilonia —contestó Ciro.

»—Y vas a enviarme a Mileto, donde habita un gran mago. Debo conocer y recordar su nombre.

»—Él te llamará —respondió Ciro.

»Miré a Ciro y a Marduk por última vez. Luego me acerqué a los ventanales que daban al río y contemplé la vista mientras pensaba: “¡Qué ciudad tan bella, rebosante de luces, de risas y alegría!”.

»Sin alzar la voz, mi forma corpórea se disolvió de nuevo y, maldiciendo a las almas que me rodeaban, volví a sumirme en la aterciopelada oscuridad. Sin embargo esta vez percibí el perfume de las rosas, que propiciaron en mí un recuerdo: una procesión, la muchedumbre vitoreando, saludando y aclamándonos, un apuesto joven que cantaba con una voz muy bella y unos pétalos lanzados al aire que llovían sobre nosotros, sobre nuestros hombros... Pero el recuerdo se desvaneció.

»Trancurrieron dos mil años sin que recordara estos momentos, estos episodios que acabo de relatarte.

Azriel se reclinó en el sillón.

Casi había amanecido.

Cerró los ojos.

—Debes descansar, Jonathan —dijo—, o volverás a caer enfermo. Tengo que dormir un rato, y temo que ocurra algo grave. ¡Pero estoy tan cansado!

—¿Dónde están los huesos, Azriel? —pregunté yo.

—Te lo diré cuando despierte. Te contaré todo lo que ocurrió con Esther, Gregory y el Templo de la Mente. Te explicaré...

Azriel parecía demasiado fatigado para continuar.

Se levantó y me ayudó a incorporarme.

—Debes tomar un poco más de caldo, Jonathan.

Azriel me acercó la taza, que había dejado junto al fuego, y la apuré. A continuación me condujo hasta el pequeño baño de la cabaña y se volvió de espaldas con discreción mientras yo orinaba. Luego me acompañó de nuevo hasta el lecho.

Yo tiritaba de forma violenta. Sentía una opresión en la garganta y la lengua hinchada.

Observé que Azriel estaba muy agitado. El hecho de relatarme su historia había sido una dura prueba para él.

Supongo que adivinó lo que estaba pensando, pues dijo:

—Jamás volveré a contársela a nadie. No deseo volver a repetirla, no quiero ver la caldera de oro hirviendo... —Azriel se detuvo de repente.

Sacudió la cabeza para despejarse y agitó su espesa melena negra. Luego me ayudó a meterme en la cama y me dio un vaso de agua fría, que aplacó mi sed.

—No te preocupes por mí —dije—. Me siento perfectamente. Sólo estoy un poco cansado, y débil. —Después de beber otro trago de agua le ofrecí la botella, de la cual bebió con avidez. Luego

sonrió.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunté—. Eres mi huésped y mi protector.

—¿Me permites que duerma junto a ti? —solicitó Azriel—. Como si fuéramos unos niños en un prado... así... si el torbellino vuelve a por mí, si aparecen las almas, podré coger tu cálida mano.

Yo asentí con la cabeza. Azriel me cubrió con el edredón y se acostó junto a mí. Cuando me volví hacia él, apartó el rostro. Apoyé el brazo sobre él. Su túnica de terciopelo rojo tenía un tacto suave, mullido, confortable y cálido. Al abrazarlo noté que se tensaba bajo el edredón, hundiendo la cabeza en la almohada; junto a mi mejilla yacían sus espesos rizos negros, que olían a aire puro y al fragante humo que despedía el hogar.

La luz del sol comenzaba a filtrarse bajo la puerta. Por el resplandor y el calor que invadía la habitación, deduje que la tormenta había remitido. El fuego seguía ardiendo. La mañana estaba silenciosa.

Me desperté al mediodía.

Tenía calor, mascullaba unas palabras ininteligibles y había tenido un sueño espantoso. Azriel me ayudó a incorporarme y me dio un vaso de agua fría, al que había añadido nieve; tenía un sabor limpio. Apuré el vaso y me acosté de nuevo.

Azriel aparecía resplandeciente; una figura ataviada de rojo que miraba con sus grandes ojos negros. Su barba y su cabello tenían un aspecto sedoso, y entonces recordé unos antiquísimos textos que se referían a ungüentos y aceites y perfumes para el pelo; sí, Azriel poseía una espléndida cabellera, digna de los más refinados cuidados. Luego evoqué los dibujos esculpidos en muros que yo había visto en numerosos lugares del mundo.

Vi los notables grabados asirios del museo Británico. Vi las ilustraciones de multitud de libros: «Unas gentes de cabello negro», según se describían a sí mismos los sumerios. Y nosotros proveníamos de ellos, o en cualquier caso llevábamos su sangre, y en aquel momento comprendí que aquellos extraños grabados de reyes barbudos ataviados con túnicas me resultaban más cercanos que los emblemas europeos que yo había considerado tan familiares, cuando en realidad no significaban nada para mí.

—¿Has dormido bien? —pregunté a Azriel mientras el sopor me invadía.

—Sí —contestó—. Duérmete. Voy a dar un paseo por la nieve. Debes dormir un rato, ¿me oyes? Cuando despiertes tendré la comida preparada.

## 8

Me desperté hacia última hora de la tarde. Por la luz que penetraba por debajo de la puerta deduje que el cielo estaba despejado y que el sol había comenzado a declinar.

Azriel no estaba en la casa, que consistía en poco más de una habitación. Me levanté, me puse una bata gruesa, de cachemir, y lo busqué en los pequeños cuartos que se hallaban en la parte posterior de la cabaña, el baño y la cocina. No estaba en ninguno de ellos. Entonces recordé que me había dicho que saldría a dar un paseo por la nieve, pero su ausencia me inquietó.

Luego miré el hogar y vi una olla de caldo con patatas y zanahorias, que Azriel había dejado preparado, lo cual demostraba que su presencia no era un sueño. Había venido a mi casa. Por otra parte, me sentía algo mareado. No tenía la mente del todo despejada, pues aún no me había recuperado por completo.

Me miré los pies. Llevaba unos calcetines gruesos de lana con unas plantillas de cuero. Supuse que me los había puesto Azriel. Me dirigí hacia la puerta, resuelto a dar con él. De pronto temí que hubiera desaparecido. La mera idea me aterrorizaba.

Me calcé unas botas, me puse el abrigo, una prenda en exceso voluminosa, que pesa una tonelada y es capaz de ocultar el jersey más grueso, y abrí la puerta.

El sol lucía aún débilmente sobre la lejana nieve que cubría las montañas, pero la luz había desaparecido del cielo. El paisaje era gris y blanco, metálico, y las sombras se espesaban.

No vi a Azriel por ninguna parte. La atmósfera era apacible y tan tolerable como puede serlo en un invierno riguroso, cuando durante unos momentos no sopla viento. Del techo de la cabaña, sobre mi cabeza, pendían unos carámbanos. En la nieve no se apreciaban huellas; parecía recién caída y poco profunda.

—¡Azriel! —grité.

¿Por qué me sentía tan desesperado? ¿Acaso temía que le ocurriera algo? Sí, temía por él, por mí, por mi cordura, por mi paz interior, por la seguridad y tranquilidad de mi existencia...

Cerré la puerta y me alejé unos pasos de la cabaña. El frío hacía que me escocieran el rostro y las manos. Estaba cometiendo una estupidez, y lo sabía. Volvería a subirme la fiebre. No podía permanecer ahí fuera, me congelaría.

Llamé a Azriel varias veces, pero no oí nada. Ante mí se extendía un maravilloso paisaje cubierto de nieve. Los abetos lucían su corona blanca con dignidad, y las estrellas comenzaban a brillar en el cielo. El sol se había ocultado. Pero aún no era de noche.

Me fijé en el coche que estaba aparcado a poca distancia; lo había tenido ante las narices todo el

rato, pero no me había fijado en él porque estaba cubierto de nieve. Se me ocurrió una idea. Me apresuré hacia el vehículo, con los pies adormecidos a causa del frío, y abrí el maletero.

En su interior había un viejo televisor, portátil, como los que suelen utilizar los pescadores cuando salen a pescar en bote. Era un aparato rectangular, que estaba provisto de una pantalla de pequeñas dimensiones y un asa similar a una gigantesca linterna. Funcionaba con pilas. Hacía años que no lo utilizaba. Lo cogí, cerré el maletero y regresé corriendo a la cabaña.

En cuanto cerré la puerta, me sentí como si hubiera traicionado a mi compañero. Como si me propusiera espiar el mundo del que él me había hablado, el mundo de los Belkin, el repugnante estado de terrorismo y violencia que implantaba el Templo de la Mente.

No necesito esto, pensé. Quizá ni siquiera funcione. Me senté junto al fuego, me quité las botas y me calenté las manos y los pies. Ha sido una estupidez, pensé, una enorme estupidez, pero no estaba tiritando. Me dirigí a un rincón donde había un montón de pilas, las coloqué en el televisor mientras sostenía el aparato por el asa, y lo transporté de nuevo junto a la chimenea, para poder contemplarlo sentado cómodamente desde en mi sillón.

Después de estirar la antena, conecté el aparato. Nunca lo había utilizado en la cabaña. Lo tenía siempre guardado en el coche. De haber recordado que lo llevaba en el coche antes de partir, no lo habría traído conmigo.

Pero lo había utilizado cinco veranos atrás, cuando me dediqué a ir de pesca en un bote, y pese al tiempo que había transcurrido comprobé que seguía funcionando. En la pantalla aparecieron unas imágenes en blanco y negro, unas líneas zigzagueantes y por fin se oyó una voz típica de locutora de noticias, rebosante de autoridad, que informaba sobre las últimas novedades acontecidas en el mundo.

Subí el volumen. Las imágenes se movían, bailaban y desaparecían, pero la voz sonaba con toda claridad. La guerra de los Balcanes había dado un giro trágico e imprevisto. Unas bombas arrojadas sobre un hospital de Sarajevo habían matado a cinco personas. En Japón, el líder de una secta había sido arrestado por conspiración en un asesinato. En una población cercana se había perpetrado un asesinato.

La voz siguió informando sobre las noticias, resumiéndolas en unas breves frases... La imagen se estabilizó y vi el rostro de la locutora, no con toda nitidez, pero con la suficiente claridad para concentrarme en lo que decía.

—... continúan los horrores del Templo de la Mente. Todos los miembros del templo de Bolivia han muerto, tras haber prendido fuego al edificio en lugar de entregarse a los agentes internacionales. Entre tanto, prosiguen los arrestos de seguidores de Gregory Belkin en Nueva York.

Intrigado, cogí el pequeño televisor y lo sostuve más cerca. Vi unas imágenes borrosas de las personas que habían sido arrestadas, esposadas y encadenadas.

—... suficiente gas venenoso en Nueva York para aniquilar a toda la población. Entre tanto, las autoridades iraníes han confirmado a la ONU que todos los miembros del Templo de Belkin han sido apresados, aunque la cuestión de la extradición de los terroristas de Belkin a Estados Unidos llevará, según afirman las mismas autoridades, bastante tiempo. En El Cairo, se ha confirmado que todos los seguidores de Belkin se han entregado a las autoridades. Las sustancias químicas halladas en su poder han sido incautadas.

Más imágenes, rostros, individuos, disparos, fuego, un horrendo fuego reducido a un diminuto *flash* negro y blanco en mis manos; luego el alegre rostro de la locutora y un cambio de tono al mirar ésta directamente el ojo de la cámara y a los míos.

—... ¿Quién era Gregory Belkin? ¿Se trataba de dos hermanos mellizos, Nathan y Gregory, tal como sospechan algunos allegados al magnate y líder de la secta? El caso es que hay dos cadáveres, uno enterrado en el cementerio judío y el otro en el depósito de cadáveres de Manhattan. Y aunque los miembros que quedan de la comunidad hasídica de Brooklyn, fundada por el abuelo de Belkin, se niegan a hablar con las autoridades, la oficina del forense sigue investigando las muertes de ambos hombres.

El rostro de la locutora se desvaneció y en la pantalla apareció Azriel. Una fotografía suya, vieja y borrosa, pero inconfundible.

—Entre tanto, el hombre acusado del asesinato de Rachel Belkin, el individuo que presuntamente se hallaba implicado en la conspiración, aún no ha sido capturado.

Luego aparecieron en pantalla una serie de fotografías, sin duda obtenidas de unos vídeos del archivo policial: Azriel sin barba y sin bigote, atravesando el vestíbulo de un edificio; Azriel en medio de una muchedumbre, llorando sobre el cuerpo de Esther Belkin. Un primer plano de Azriel, sin barba y sin bigote, cruzando una puerta con la mirada clavada en el infinito. Había varias fotografías, que resultaban demasiado borrosas para que tuvieran algún significado, tomadas por otras cámaras de seguridad, incluyendo una imagen de Azriel sin barba caminando junto a Rachel Belkin, madre de Esther y esposa de Gregory, según informó el comentarista de televisión. De Rachel, lo único que vi fue un cuerpo esbelto que se sostenía sobre unos tacones increíblemente altos, y el pelo alborotado. Pero la persona que estaba junto a ella era Azriel, sin la menor duda.

Yo estaba como hipnotizado.

El rostro de un agente calvo, padeciendo también las inclemencias del tiempo, probablemente en Washington, apareció de improviso en la pantalla acompañado por esta tranquilizadora noticia:

—No hay motivo para temer al Templo de la Mente ni a sus delirantes proyectos. Todas sus instalaciones han sido registradas por la policía, que se ha incautado de todo el material hallado en ellas, o bien han sido quemadas por los propios miembros, los cuales han sido arrestados. En cuanto al misterioso individuo, no disponemos de ningún testigo presencial que pueda facilitarnos alguna pista referente a la noche en que fue asesinada Rachel Belkin, y es posible que su asesino haya perecido en el Templo de Nueva York junto con otro centenar de personas durante el incendio que se prolongó durante veinticuatro horas antes de que la policía consiguiera controlarlo.

Otro hombre, de aspecto aún más autoritario y enojado, tomó el micrófono y dijo:

—El Templo ha sido neutralizado; se ha puesto fin a sus actividades; hasta este momento se investigan ciertas conexiones bancarias y se han llevado a cabo varios arrestos en las comunidades financieras de París, Londres y Nueva York.

La imagen se desvaneció de repente de la pantalla debido a unas interferencias y luego aparecieron unas lucecitas blancas. Irritado, sacudí el pequeño televisor. La voz sonó de nuevo, pero esta vez para informar sobre una bomba terrorista que había estallado en Sudamérica, sobre los narcotraficantes y sobre unas sanciones comerciales contra Japón. Dejé el aparato sobre la mesa y lo apagué. Podía haber intentado sintonizar otra cadena, pero estaba harto de noticias.

Tosí un par de veces, sorprendido por lo seca que sonaba la tos y el dolor que sentía en el pecho, y traté de recordar: Rachel Belkin. Rachel Belkin había muerto asesinada. Aquello había sucedido pocos días después de la muerte de Esther Belkin. Rachel Belkin en Miami. Asesinada.

Hermanos mellizos.

Recordé la foto que me había mostrado Azriel, la del hasid con barba, pelo largo y sombrero de seda.

De un gigantesco archivador, en mi mente apareció el informe de que Rachel Belkin había sido esposa de Gregory, aficionada a frecuentar los ambientes mundanos y a criticar su Templo, y la única ocasión en que me había fijado en el nombre de esa mujer, o en su existencia, fue al observar un fragmento del funeral de Esther. Las cámaras habían seguido a la madre hasta un coche de color negro, insistiendo en que ésta expresara su opinión sobre el luctuoso hecho. ¿Había sido asesinada su hija por los enemigos de Belkin? ¿O fue víctima de unos terroristas de Oriente Medio?

De pronto me sentí muy mareado. Temiendo desmayarme, me levanté, regresé a la cama y me tumbé. Estaba cansado y tenía sed. Me tapé con el edredón, pero al cabo de unos momentos me incorporé para beber más agua. Tras beber varios tragos, volví a acostarme y me puse a pensar.

Para mí lo real no era el televisor y sus crípticas noticias, sino esa habitación, la forma en que bailaban las llamas y el hecho de que Azriel hubiera estado allí. Lo que era real era la imagen de la caldera llena de un líquido hirviente y la aterradora e inimaginable idea de ser arrojado a él, a un líquido que hervía en una caldera. Cerré los ojos.

Luego le oí cantar de nuevo: «Nos sentamos junto a los ríos de Babilonia, y lloramos al evocar Sión».

Me oí a mí mismo cantando unas estrofas de la canción.

—¡Regresa, Azriel! ¡Cuéntame qué más sucedió! —exclamé, y luego me quedé dormido.

Me desperté al oír que se abría la puerta. Había anochecido, y la habitación estaba deliciosamente caldeada. Ya no sentía frío y había dejado de tiritar.

Vi a una figura de pie junto a la chimenea, que contemplaba las llamas. De modo instintivo solté una pequeña exclamación de temor. No era una reacción muy varonil ni valiente.

De la figura emanaba un vapor, o un vaho, y se asemejaba a Gregory Belkin; al menos tenía su cabeza y su pelo, que al instante se transformó en la melena rizada de Azriel y en el rostro ceñudo de Azriel. Tras un nuevo intento, un olor fétido invadió la habitación; resultaba tan repugnante como el olor de un depósito de cadáveres. Luego, poco a poco, se fue disipando.

Azriel, tras haber recobrado su forma, apareció junto a la chimenea, de espaldas a mí. Extendió los brazos y dijo algo, probablemente en sumerio, aunque no estoy seguro. Parecía invocar algo, y ese algo resultó ser una dulce fragancia.

Yo pestañeeé. Vi unos pétalos de rosas que flotaban en el aire y sentí que caían sobre mi rostro. El olor a depósito de cadáveres desapareció.

Azriel, de pie ante el fuego, extendió de nuevo los brazos y volvió a transformarse, asumiendo esta vez una pálida imagen de Gregory Belkin; la imagen osciló un par de veces antes de desaparecer, devorada por la auténtica forma de Azriel. Después lo oí suspirar y sus brazos se relajaron.

Me levanté de la cama y me dirigí hacia el magnetófono.



—¿Me permites que lo ponga en marcha? —pregunté.

Al volverme vi su figura iluminada por el resplandor del fuego y comprobé que llevaba un traje de terciopelo azul con el cuello, las mangas y los calzones ribeteados de oro. Lucía un grueso cinturón del mismo color bordado en oro y su rostro parecía algo más viejo que antes.

Me levanté y me acerqué a él con la máxima educación. ¿Qué era lo que había cambiado, exactamente? Para empezar su tez era más oscura, como la de un hombre que vive en un clima tropical, y sus ojos se perfilaban con mayor detalle; además, los párpados se habían suavizado, parecían menos perfectos y quizá más hermosos. Logré distinguir los poros de su piel y unos pelitos oscuros y finos en sus sienes.

—¿Qué más has notado en mí? —preguntó Azriel.

Me senté junto al magnetófono y respondí:

—Todo es un poco más oscuro y más detallado.

Azriel asintió.

—Ya no puedo invocar la forma de Gregory Belkin cuando me apetece. En cuanto a la imagen de otra persona, no consigo retenerla durante mucho tiempo. No poseo los suficientes conocimientos científicos para comprender ese fenómeno. Algún día los científicos lo descifrarán. Supongo que tiene que ver con partículas y vibraciones. Sin duda guarda relación con cosas muy prosaicas.

Yo me sentía lleno de curiosidad.

—¿Has tratado de asumir otra forma, la forma de alguien que te resulte más simpático que Gregory Belkin?

Azriel sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Podría adoptar un aspecto grotesco si quisiera atemorizarte, pero no es ésa mi intención. No pretendo asustar a nadie. El odio me ha abandonado y se ha llevado consigo cierto poder, supongo. Sin embargo, puedo realizar algunos trucos. Fíjate.

Azriel colocó las manos sobre su cuello y las deslizó lentamente por la pechera bordada de su levita, revelando un collar de discos de oro grabados, semejantes a medallas antiguas. Toda la casa vibró. Las llamas se encabritaron unos instantes y luego se aplacaron.

Azriel cogió el collar, para demostrar su solidez y peso, y luego lo dejó caer.

—¿Temes a los animales? —me preguntó—. ¿Te disgusta lucir sus pieles? No veo ninguna piel de animal aquí, ninguna piel cálida, como la de los osos.

—No, no les temo —respondí—. Ni me disgusta su piel.

La temperatura de la habitación aumentó de forma espectacular y el fuego volvió a avivarse, como si alguien lo hubiera atizado; entonces me vi rodeado por una enorme manta de piel de oso oscura, forrada de seda. Alcé la mano y acaricié la piel. Era gruesa y suntuosa; me recordó los bosques de Rusia y los personajes masculinos de las novelas rusas, que siempre vestían pieles. Pensé en los judíos que solían lucir sombreros de piel en Rusia, y quizá todavía lo hacen.

Me incorporé, envuelto cómodamente en la manta.

—Esto es maravilloso —dije. Estaba temblando. En mi mente se agolpaban tantos pensamientos que no sabía por dónde empezar.

Azriel emitió un profundo suspiro y se dejó caer en el sillón de forma un tanto teatral.

—Esto te ha agotado —observé—. Las transformaciones, los trucos.

—Sí. Pero no estoy demasiado cansado para hablar, Jonathan. El problema es que sólo puedo llegar hasta cierto punto... aunque... ¿quién sabe? ¿Qué estará haciendo Dios conmigo?

»Pensé que ahora, después de haber superado esta prueba, accedería a la escalera del cielo... O que me sumiría en un sueño profundo. Pensé... tantas cosas... —Azriel se detuvo.

»He aprendido algo —dijo—. Durante estos últimos días he aprendido que relatar una historia no es lo que yo creía.

—Explícate.

—Pensé que hablar sobre la caldera de oro hirviendo eliminaría el dolor que me atormenta. Pero no fue así. Incapaz de odiar, de enfurecerme, ahora me siento desesperado. —Azriel se detuvo.

—Quiero que me cuentes toda tu historia. Crees en ella, y es por eso por lo que viniste, para contármelo todo.

—Bueno, digamos que terminaré de relatártela porque... quiero que alguien la conozca. Alguien debería tomar nota de ella. Además, deseo hacerlo en señal de gratitud hacia ti, porque eres un hombre amable y me escuchas, y creo que te interesa de verdad.

—Es cierto. Pero debo decir que me resulta muy difícil imaginar tamaña crueldad, imaginar que tu propio padre te traicionó. Imaginar una muerte tan espantosa. ¿Has perdonado sinceramente a tu padre?

—En estos momentos no —contestó Azriel—. A eso me refería; el hecho de contarte mi historia no significa que lo perdone. Sólo hace que me sienta próximo a él, que lo vea.

—Él no era tan fuerte como tú. En eso estaba en lo cierto.

Se produjo un silencio. Pensé en Rachel Belkin, en su asesinato, pero no dije nada.

—¿Te has divertido paseando por la nieve? —pregunté.

Azriel se volvió hacia mí, sorprendido, y sonrió. Era una sonrisa alegre y cordial.

—Sí, pero veo que no has comido el cocido que te dejé preparado. Permanece aquí sentado mientras te traigo la comida y una de tus cucharas de plata.

Azriel me sirvió un plato de cocido, que yo devoré mientras él me observaba con los brazos cruzados.

Cuando deposité el plato vacío sobre la mesa, Azriel se apresuró a llevárselo junto con la cuchara y le oí lavarlos bajo el chorro del grifo. Luego regresó con un cuenco de agua y una toalla, en un gesto propio de una persona de otro país. Yo no necesitaba lavarme los dedos, pero los sumergí en el agua y utilicé la toalla para limpiarme los labios, que estaban un poco grasientos. Cuando terminé, Azriel se llevó el cuenco y la toalla a la cocina.

Fue entonces cuando Azriel se fijó en el pequeño televisor que estaba provisto de un asa y una pantalla diminuta. Probablemente lo dejé demasiado cerca del fuego.

Me sentí un poco avergonzado, como si hubiera aprovechado su ausencia para espiar su mundo, para verificar que lo que me había contado era cierto.

Azriel contempló el aparato durante unos momentos.

—¿Funciona? ¿Te has enterado de algo interesante? —preguntó sin entusiasmo.

—He visto el noticiario que emitía una población local, a través del canal local, según creo. Los Templos de Belkin han sido desmantelados por la policía, han arrestado a varias personas y han tranquilizado al público.

Azriel reflexionó unos minutos antes de contestar. Luego dijo:

—Sí, bueno, hay algunos otros que todavía no han hallado, pero las personas que estaban dentro de los Templos han muerto. Cuando te topas con esos hombres que van armados con pistolas y rifles, dispuestos a matarse y matar a toda la población del país, es mejor... acabar con ellos de inmediato.

—Mostraron tu rostro en televisión —dije—, sin barba y bigote.

Azriel soltó una carcajada.

—Lo cual significa que jamás me descubrirán debajo de todo este pelo.

—Sobre todo si te cortas la melena; pero eso sería una lástima.

—No será necesario —respondió Azriel—. Aún puedo hacer otra cosa más efectiva.

—¿Qué?

—Desaparecer.

—¡Ah! Me alegra saberlo. ¿Sabes que te están buscando? Dijeron algo sobre el asesinato de Rachel Belkin. Apenas sé nada sobre esa mujer.

Azriel no se mostró sorprendido, ni tampoco ofendido ni disgustado.

—Era la madre de Esther. No quería morir en la casa de Gregory. Pero te contaré algo muy curioso. Cuando Gregory vio su cadáver, parecía muy afectado. Creo que la amaba sinceramente. A veces olvidamos que ese tipo de hombres son capaces de amar.

—¿Deseas revelarme... si la mataste o no? ¿O no debería hacerte esa pregunta?

—No la maté —contestó Azriel, sin más—. Ellos lo saben. Estaban allí. De eso hace ya unos días. ¿Por qué habrían de molestarse en seguir buscándome?

—Tiene que ver con una conspiración, con bancos, complots y los largos tentáculos del Templo. Eres un hombre misterioso.

—Sí. Y, como te he dicho, tengo la facultad de desaparecer.

—¿Para regresar a los huesos? —pregunté.

—Ah, los huesos, los huesos de oro.

—¿Estás dispuesto a contármelo?

—Estoy pensando cómo hacerlo. Debo revelarte otras cosas antes de llegar al momento de la muerte de Esther Belkin. Tuve unos amos por los que sentí gran cariño. Debo explicarte ciertos detalles.

—¿No deseas hablarme de todos ellos?

—Son demasiados —respondió Azriel—. Algunos no merecen ser recordados, y de otros ni siquiera me acuerdo. Deseo describirte a dos de mis amos: el primero y el último a los que obedecí. Después dejé de obedecer. Cuando alguien invocaba mi nombre no sólo mataba a esa persona, sino a todos los hombres y mujeres que habían presenciado la escena. Me conduje así durante varios años, hasta que por fin escribieron unas advertencias en el cofre que contenía los huesos, en hebreo, alemán y polaco, y nadie se arriesgó a invocar al Sirviente de los Huesos.

»Pero deseo hablarte de esos dos amos, el primero y el último a los que obedecí. A los otros podemos despacharlos con unas pocas palabras.

—Pareces más alegre, más relajado que antes —comenté.

—¿De veras? —contestó Azriel al tiempo que se echaba a reír—. ¿Por qué será? He dormido un poco y soy muy fuerte, sin duda alguna. Por otra parte, el hecho de evocar esa historia me estimula.

—Luego lanzó un suspiro y continuó—: La vida estando muerto significa dolor y sufrimiento. Pero supongo que me lo merezco, por ser un demonio poderoso. El último amo a quien obedecí era un judío que residía en la ciudad de Estrasburgo, donde quemaron a todos los judíos porque los consideraban culpables de la peste.

—Eso debió de ocurrir en el siglo XIV —observé.

—Concretamente en el año 1349 de la era cristiana —respondió Azriel con una sonrisa—. Lo consulté en un libro de historia. Asesinaron a los judíos en toda Europa, culpándolos de la epidemia de peste.

—Lo sé. Sí, y desde entonces se han producido numerosos holocaustos.

—¿Sabes lo que me dijo Gregory, nuestro estimado Gregory Belkin, cuando creyó que él era mi amo y que yo lo ayudaría?

—No tengo ni idea.

—Me dijo que si la peste no se hubiera extendido, Europa sería hoy en día un desierto. Dijo que la población había aumentado en exceso, que los árboles eran talados a tal velocidad que todos los bosques de la vieja Europa habían desaparecido, y que los bosques europeos que conocemos en la actualidad se remontan al siglo XIV.

—Es cierto —dije—. Al menos, eso creo. ¿Es ése el argumento que esgrimió para justificar el asesinato de gentes inocentes?

—Ése fue uno de tantos. Gregory era en realidad un hombre extraordinario, porque era un hombre honesto.

—¿No crees que estaba loco al fundar ese templo de ámbito mundial y llenarlo de terroristas?

—No —contestó Azriel al tiempo que sacudía la cabeza—. Era implacable, pero honesto. Me dijo que hubo un hombre que cambió por completo la historia del mundo. Supuse que se refería a Jesucristo o a *Ciro el Persa*. O tal vez a Mahoma. Pero no. El hombre que según él había transformado el mundo era Alejandro Magno. Era su modelo. Gregory estaba perfectamente cuerdo. Se proponía romper un gigantesco nudo gordiano. Y casi lo consigue. Casi...

—¿Cómo lograste detenerlo? ¿Cómo sucedió todo?

—Cometió un grave error —respondió Azriel—. Una de las antiguas leyendas persas afirma que el mal penetró en el mundo no a través del pecado, ni a través de Dios, sino a través de un error. Un error ritual. ¿Has oído hablar de ello?

—Sí, supongo que te refieres a los antiguos mitos, restos del mazdeísmo.

—Así es —contestó Azriel—, los mitos que los medos transmitieron a los persas y los persas pasaron a los judíos. No fue desobediencia, sino un error de juicio. Como en el Génesis, ¿no estás de acuerdo? Eva comete un error de juicio. Se rompe una norma ritual. Eso debe de ser distinto del pecado, ¿no crees?

—No lo sé. Si lo supiera, sería un hombre más dichoso.

Azriel lanzó una carcajada.

—Lo que perdió a Gregory fue un error de juicio —afirmó.

—Explícate.

—Dio por supuesto que mi vanidad era mayor que la suya. O quizá no calculó bien mi poder, mi voluntad de intervenir... No, él creyó que me dejaría impresionar por sus ideas, que eran

irresistibles. Fue un error de juicio. De no haberme revelado ciertas cosas, unos detalles clave en el momento justo, ni siquiera yo habría podido impedir que siguiera adelante con su plan. Pero era un bocazas, le gustaba alardear, para impresionarme, para que lo amara... Sí, creo que deseaba que lo amara.

—¿Sabía Gregory quién eras? ¿El Sirviente de los Huesos? ¿Un espíritu?

—Oh, sí, no existía ningún problema de credibilidad entre nosotros, como diríais hoy en día. Pero dejemos este tema para más adelante.

Azriel se reclinó en el sillón. Yo comprobé si los magnetófonos seguían funcionando. Retiré las pequeñas cintas y las sustituí por otras; luego rotulé las etiquetas para no confundirme. Por último, coloqué de nuevo ambos aparatos junto al hogar.

Azriel me observaba con curiosidad y una expresión afable.

Pero se mostraba remiso a comenzar, o bien le resultaba difícil, por más que lo estuviera deseando.

—¿Cumplió *Ciro el Persa* su palabra? —pregunté. Desde que Azriel había interrumpido su relato, yo había pensado varias veces en ello—. ¿Te envió a Mileto? Me cuesta creer que *Ciro* cumpliera su palabra...

—¿Ah, sí? —respondió Azriel con una sonrisa—. Sin embargo cumplió la promesa que había hecho a Israel, como sabes. Los judíos abandonaron Babilonia para regresar a su tierra, donde crearon de nuevo el reino de Judea y construyeron el Templo de Salomón. Sin duda lo habrás leído en los libros de Historia. *Ciro* cumplió la palabra empeñada ante los pueblos conquistados por él, en especial los judíos. Ten en cuenta que la religión de *Ciro* no era tan distinta de la nuestra. En el fondo, estaba fundada en la ética, ¿no crees?

—Sí, y sé que Jerusalén prosperó bajo el gobierno de los persas.

—Desde luego, así fue durante centenares de años, hasta la época de los romanos, cuando comenzaron las sublevaciones que desembocaron, en la derrota definitiva de Masada. Es bueno hablar de esas cosas para no olvidarlas. En aquella época yo ignoraba lo que iba a ocurrir, pero sabía que *Ciro* cumpliría su palabra, que me enviaría a Mileto. Confié en él desde el primer momento en que lo conocí. No era un embustero. En todo caso, no tanto como la mayoría de los hombres.

—Pero si contaba con un consejo de sabios —dije—, ¿por qué dejó que algo tan poderoso..., quiero decir alguien tan poderoso como tú se le escapara de las manos?

—Estaba ansioso de librarse de mí —contestó Azriel—. Y, con franqueza, sus sabios también. *Ciro* no dejó que me escapara de sus manos, sino que me envió a Zurvan, el mago más poderoso que conocía. Zurvan era leal a *Ciro*. Zurvan era rico y vivía en Mileto, ciudad que había caído bajo el dominio de *Ciro* y los persas sin que se produjera siquiera una escaramuza, al igual que Babilonia. Después los griegos de las ciudades jonias se sublevarían contra los persas. Pero en aquel entonces, cuando me planté ante el rey *Ciro* y le supliqué que me enviara a entrevistarme con el poderoso mago, Mileto era una próspera ciudad griega que se hallaba bajo el dominio persa.

Azriel me observó detenidamente. Me disponía a hacerle otra pregunta, pero me interrumpió.

—No debiste salir. Hace mucho frío fuera. La habitación está caldeada, y te ha subido un poco la fiebre. Te sentará bien beber un vaso de agua fría. Te lo traeré. Cuando te lo hayas bebido, continuaremos.

Azriel se levantó del sillón, se dirigió hacia la puerta y cogió una botella que había dejado junto a ésta. Por la ráfaga de aire que entró en la cabaña, comprobé que efectivamente hacía mucho frío, y tenía sed.

Al bajar la vista observé que Azriel vertía el agua en una copa de plata. No se trataba de una copa antigua; parecía nueva, quizá de producción industrial, pero resultaba muy decorativa y el contacto con el agua de nieve le dio un aspecto helado. Me hizo pensar en el Santo Grial, o en un cáliz o recipiente que utilizara un babilonio para beber, o quizá Salomón.

Frente a su sillón había otra copa idéntica a ésta.

—¿Cómo creas esas copas? —pregunté.

—Del mismo modo que la ropa que llevo. Ordeno a todas las partículas necesarias que acudan y se organicen discretamente, sin causar disturbios. No soy un buen diseñador de copas. Si mi padre las hubiera diseñado, serían magníficas. Yo me limité a ordenar a las partículas que compusieran unas copas bonitas... Por supuesto, el proceso es bastante más complicado, se requiere mucha más energía, pero en líneas generales se trata de eso.

Yo asentí con la cabeza, agradecido por la explicación.

Me bebí el agua y Azriel volvió a llenar la copa. Era una copa sólida, sin duda. De plata maciza. La examiné minuciosamente. Ostentaba un diseño común y corriente, con unos racimos de uva grabados en el borde. Pero era muy bonita.

Mientras sostenía la copa con ambas manos, acariciándola, admirando su forma aflautada y el exquisito dibujo de los racimos de uva, oí brotar de ella un pequeño sonido y noté un leve movimiento de aire debajo de mi nariz. Entonces me di cuenta de que una mano invisible escribía mi nombre sobre la copa. En hebreo. Jonathan Ben Isaac. La inscripción, diminuta y perfecta, ocupaba todo el perímetro de la copa.

Miré a Azriel. Éste se acomodó en el sillón con los ojos cerrados y suspiró.

—La memoria es lo más importante —dijo con suavidad—. Podemos vivir con la idea de que Dios no es perfecto, siempre y cuando tengamos la certeza de que Dios recuerda... de que lo recuerda todo...

—Querrás decir que lo sabe todo. En realidad, deseamos que olvide nuestras transgresiones.

—Sí, supongo que tienes razón.

Azriel llenó su copa de agua, idéntica a la mía pero anónima, y bebió. Luego descansó unos minutos, medio adormilado, mientras contemplaba el fuego con respiración acompasada.

Me pregunté cómo sería vivir en un mundo lleno de personajes como él.

¿Eran así los habitantes de Esagila? ¿Unos individuos con pobladas barbas, cargados de adornos de oro, valientes y decididos?

—¿Sabías —preguntó Azriel, sonriendo— que los viejos persas creían que durante el último milenio antes de la Resurrección los hombres dejarían de comer carne y leche, e incluso plantas, para alimentarse sólo de agua?

—Y luego se produciría la Resurrección.

—Sí, los muertos resucitarán... el valle de los huesos cobrará vida. —Azriel sonrió divertido—. A veces me consuelo pensando que los ángeles poderosos, los demonios poderosos, los espíritus como yo constituimos el último estadio de los seres humanos... cuando los humanos son capaces de

subsistir únicamente a base de agua. Así pues... no somos unos seres malvados. Simplemente, somos más avanzados que otros.

Yo sonreí.

—Algunos creen que nuestros cuerpos terrenales no representan más que un estadio biológico, que los espíritus constituyen otro, que todo se reduce a una cuestión de átomos y partículas, tal como has dicho.

—¿Y prestas atención a esas personas? —preguntó Azriel.

—Por supuesto. No temo a la muerte. Confío en que mi luz se fundirá con la luz de Dios, pero tal vez no ocurra así. En todo caso, presto mucha atención a lo que dicen los demás. Ésta no es una época de indiferencia, aunque lo parezca.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Azriel—. Es una época práctica, pragmática, en la que la decencia se ha erigido en la principal virtud, ya sabes a lo que me refiero, ropa decente, una casa decente, comida decente...

—Sí —contesté.

—Pero también es una época de un fecundo pensamiento espiritual; quizá la única época en que ese tipo de pensamiento no es penalizado, pues podemos predicar lo que se nos antoje sin acabar encerrados en una mazmorra. Los tiempos de la Inquisición han terminado.

—Te equivocas, la Inquisición anida todavía en el corazón de los fundamentalistas de todas las sectas, pero en la mayor parte del mundo éstos carecen de poder para apresar al profeta o al blasfemo. Eso es lo que has observado.

—Sí —respondió Azriel.

A continuación se produjo una pausa.

Azriel se incorporó, despabilado y ansioso de reanudar su relato. Se volvió ligeramente hacia mí, con el codo izquierdo inclinado un poco hacia atrás, el brazo extendido en el brazo del sillón. El oro estampado sobre el terciopelo azul trazaba unos lazos y unos círculos, un diseño sin duda cargado de una historia venerable, que quizás incluso tuviera un nombre. Era un hilo de oro grueso, y relucía a la luz de las llamas.

Azriel contempló las cintas. Yo hice un gesto para indicarle que éramos todo oídos, las cintas y yo.

—Ciro cumplió su palabra —dijo al tiempo que se encogía de hombros—. Cumplió lo que le había prometido a la familia de mi padre, a los hebreos de Babilonia. Los hebreos que lo deseaban, y no todos lo deseaban, dicho sea de paso, pero quienes lo deseaban regresaron a Sión y reconstruyeron el Templo y los persas nunca se comportaron de forma cruel con Palestina. Los problemas surgieron siglos más tarde con los romanos, tal como hemos comentado. Como sin duda sabes, muchos judíos permanecieron en Babilonia para estudiar allí y escribir el Talmud; Babilonia constituyó un importante centro de enseñanza hasta el trágico día, varios siglos más tarde, en que fue quemada y destruida. Pero eso ocurrió mucho más tarde. Primero deseo hablarte de los dos maestros que me enseñaron todo lo que había de resultarme útil.

Yo asentí con la cabeza. Azriel guardó silencio un rato, un silencio que yo respeté.

Contemplé el fuego y durante unos momentos me sentí mareado, como si el ritmo de mi vida, de mi corazón, de mi respiración, del mundo, hubiera disminuido de golpe. El fuego estaba formado por

leña que yo no había llevado hasta allí. En la chimenea ardía madera de cedro, además de encina y otro tipo de leña, que despedía una agradable fragancia y chisporroteaba alegremente; durante unos instantes creí que quizá yo estaba muerto, que me hallaba en una especie de estadio mental. Percibí el olor de incienso y experimenté una inefable sensación de felicidad. Estaba enfermo. Me dolían la garganta y el pecho, pero eso no tenía la menor importancia. Era feliz. ¡Qué más da que esté muerto!, pensé.

—Estás vivo —dijo Azriel con voz suave y sosegada—. Que Dios te bendiga y te proteja.

Me estaba observando, en silencio.

—¿Qué ocurre, Azriel? —pregunté yo.

—Que me caes bien, eso es todo —contestó—. Perdóname. Conocía tus libros, que me gustaron mucho, pero no supuse... que me ibas a caer bien. Creo adivinar lo que va a ser mi existencia... vislumbro lo que Dios me tiene reservado, pero dejemos esto. Hablemos del pasado, no sobre Dios y el futuro...



## **SEGUNDA PARTE**

# AESTHETIC THEORY

---

Contrive a poem out of ears.  
Tell it  
so that its petals unchocolate  
like a brain in a jar.  
Wax walnut, melting with thought.  
Make it a poem almost  
lewdly knowledgable  
and make its knowledge  
ooze, syrup from the punched trunk.  
Make it snake up to the molecule whorey  
and put its mouth  
atomic against the mouth of its core.  
Pull on its stem  
to expose its fetus. Make it  
have children with sleek ginger jaws,  
make the dogs moan when it passes,  
lef it out of its jar,  
make it lie with our corpse, our chaos.  
Make it hundry, evil, enemy of Death.  
Put it on paper. Read it. Make surgery  
its sigh, and of such sting  
the scorpions call it Jehovah & Who.  
Make it now before you crap out.  
Contrive it, sperm it, stroke it,  
make it efficient, make it fit,  
make it more poem than Poem can survive.

\* TEORÍA ESTÉTICA / Improvisa un poema / Recítalo / de forma que sus pétalos se despeguen / como sesos en un tarro. / Nuez de cera, que se funde con el pensamiento. / Haz que sea un poema casi / obscenamente comprensible / y que su sentido / rezume como un jarabe del tronco agujereado. / Haz que se deslice sinuosamente hacia la lasciva molécula / y aplique su boca atómica sobre la boca de su núcleo. / Tira de su tallo / para exponer el feto. Haz que / tenga hijos con suaves mandíbulas de jengibre, / haz que los perros aullen al verlo pasar, / sácalo del tarro, / para que yazga junto a nuestro cadáver, nuestro caos./Créalo hambriento, perverso, enemigo de ¡a Muerte. / Escríbelo en un papel. Léelo. Haz que un bisturí parezca un / suspiro a su lado, haz que posea un aguijón tan mortífero / que los escorpiones lo llamen Jehová y Compañía. / Hazlo ahora, antes de que estires la pata. / Concíbelo, engéndralo, acarícialo, / haz que sea eficiente, que encaje, / haz que sea un Poema que sobreviva a todos los poemas. / Stan Rice, Some Lamb, 1975

## 9

—Ahora, empezaré a contarte la historia de mis dos amos y lo que me enseñaron. Te aseguro que será la parte más breve de mi relato. Ardo en deseos de llegar al presente. Sin embargo, quiero que conozcas esta parte y la escribas, si eres tan amable. Pues bien...

»Zurvan anunció su presencia de forma teatral. Como te he dicho, yo había vuelto a penetrar en los huesos. Me hallaba sumido en la oscuridad, dormido. De pronto noté una extraña sensación, lo cual me ocurre con frecuencia, aunque soy incapaz de expresarla con palabras. Quizá mientras duermo sea como una tablilla sobre la cual se escribe la historia. Pero esa imagen resulta demasiado burda y concreta.

»—Azriel, Sirviente de los Huesos, ven a mí, invisible, sólo tu alma, vuela con todo tu poder.

»Entonces sentí como si un torbellino me aspirara hacia el cielo. Volé hacia la voz que me llamaba y vi que el aire estaba repleto de espíritus que me rodeaban por doquier, unos espíritus a través de los cuales me moví resueltamente, tratando de no lastimarlos, aunque me sentía turbado por sus gritos y la desesperación que dejaban entrever sus rostros.

»Algunos de esos espíritus me agarraron en un intento de detenerme. Pero yo controlaba la situación y los aparté con una fuerza asombrosa, lo cual me hizo prorrumpir en carcajadas.

»Cuando vislumbré la ciudad de Mileto a mis pies, era mediodía; a medida que me aproximaba a la tierra los espíritus desaparecieron, o tal vez yo volara a mayor velocidad y no alcanzara a verlos. Mileto yacía en su península; era la primera ciudad colonial jónica o griega que yo contemplaba.

»Era hermosa y muy grande; poseía unos maravillosos espacios abiertos y columnatas, y ya en aquella época mostraba la perfección del arte griego. El ágora, la palestra, los templos, el anfiteatro... Todo se ofrecía ante mí como una mano abierta que se dispusiera a atrapar la brisa estival.

»El mar la rodeaba por tres costados; estaba repleto de barcos mercantes griegos, fenicios y egipcios, y el puerto estaba atestado de comerciantes y largas hileras de esclavos encadenados.

»Conforme iba descendiendo pude apreciar su belleza, y aunque Babilonia era no menos bella, el hecho de ver una ciudad adornada con espléndidos mármoles, admirar su blancura y resplandor sin que estuviera parapetada contra los vientos del desierto, constituía un espectáculo incomparable. Era una ciudad donde la gente salía al exterior para conversar, pasear, reunirse y llevar a cabo sus quehaceres cotidianos; el calor no era insoportable, ni existía el peligro de que el viento transportara las arenas del desierto.

»Entré de inmediato en la casa de Zurvan y lo hallé sentado ante su escritorio; sostenía una carta

en la mano.

»Era persa, mejor dicho medo, de pelo negro, con la cabeza y la barba salpicadas de canas, aunque no era muy viejo, y unos grandes ojos azules que se fijaron en mí en cuanto entré, percibiendo con toda nitidez mi forma invisible.

»—Adopta tu forma humana —dijo—; sabes cómo hacerlo. ¡Hazlo ahora mismo!

»Ése era sin duda el método más eficaz de tratar conmigo, pues me enorgullecía el hecho de ser capaz de invocar mi cuerpo. Además, en aquella época yo no conocía más palabras que las que figuraban escritas en la tablilla. A los pocos segundos adopté mi forma corpórea, perfectamente organizada, y Zurvan se echó a reír de gozo, alzó una rodilla y me observó con curiosidad. Supongo que yo presentaba el mismo aspecto que ahora.

»Recuerdo mi asombro al contemplar aquella hermosa casa griega con su patio y sus puertas abiertas, y aquellos cuadros colgados en las paredes que mostraban a unas personas esbeltas, de ojos enormes, vestidas con vaporosas túnicas que me recordaban a Egipto, aunque sin duda eran decididamente jónicas.

»Zurvan apoyó el pie en el suelo, descruzó los brazos y se levantó. Iba vestido al estilo griego, con unas ropas más holgadas que nosotros, sin mangas, que dejaban buena parte de su cuerpo al descubierto, y calzaba unas sandalias. Me examinó detenidamente, como hubiera examinado mi padre un objeto de plata.

»—¿Dónde están tus uñas, espíritu? —inquirió—. ¿Dónde está el vello de tu rostro? ¿Y tus pestañas? ¡Rápido! A partir de ahora sólo debes decir: “Tráeme todos los detalles que necesito en este momento”, eso es todo. Fija una imagen y tu tarea quedará completada. Eso es. Muy bien.

»El mago aplaudió de gozo.

»Ahora eres lo suficientemente completo para desempeñar tu función. Siéntate ahí. Quiero ver cómo te mueves, cómo caminas, cómo hablas y gesticulas. Anda, siéntate.

»Yo obedecí. Era una silla griega, de línea airosa, con los brazos muy altos y desprovista de respaldo. La luz que me rodeaba tenía una intensidad maravillosa y distinta; las nubes estaban más altas en el cielo. La atmósfera era más límpida.

»Zurvan dio un largo paseo por la habitación. Yo permanecí sentado, en actitud arrogante, sin mostrar el menor respeto. Sin embargo, al mago no pareció importarle.

»Quizá le habría sentado mejor un traje babilonio o persa, que cubriera sus piernas viejas y enclenques. Pero hacía demasiado calor.

»Aparté la vista de él para admirar el suelo de mosaico. Los suelos de nuestras casas tenían un colorido no menos vívido y estaban perfectamente confeccionados, pero éste no se hallaba cuajado de rígidos rosetones y figuras procesionales, sino que estaba adornado con gráciles bailarines y grandes racimos de uva, y sus bordes aparecían taraceados con toda suerte de mármoles. Los dibujos eran fluidos y alegres. Recordé las vasijas griegas que había visto y acariciado en el mercado, cuya elegante forma me cautivaba. Los murales eran también muy bellos y decorativos, así como las repetidas franjas de color que alegraban la vista.

»Zurvan se detuvo en medio de la habitación y dijo:

»—De modo que estamos absortos admirando la belleza que nos rodea, ¿eh?

»Yo guardé silencio.

»—Responde —me ordenó el mago—, quiero oír tu voz.

»—¿Qué es lo que debo decir? —pregunté sin levantarme—. ¿Lo que yo deseo decir? ¿O lo que tú quieres oír? ¿Quieres saber lo que pienso o prefieres que diga una frase estúpida y servil, como por ejemplo que soy tu espíritu-esclavo?

»De pronto me detuve, confundido. Había perdido toda la seguridad en mí mismo. No sabía muy bien por qué decía aquellas cosas. Me esforcé en recordar. Me habían enviado a ver a ese hombre. Él era un gran mago. Ese hombre era un maestro en su oficio, mientras que yo era un sirviente. ¿Quién me había convertido en eso?

»—Procura no disolverte, preocupándote por esas cosas —me advirtió el mago—. Te expresas bien y con claridad, y eso es lo que deseaba saber; sabes razonar y eres muy poderoso. Con toda probabilidad eres el ángel más poderoso que he visto jamás, pues ninguno de los seres que he invocado con anterioridad poseía tu fuerza.

»—¿Quién me ha enviado? ¿Un rey? —pregunté—. Estoy confuso y me angustia no saberlo.

»—Es la trampa de los espíritus, lo que los debilita, las trabas creadas por Dios, por decirlo así, para impedir que adquieran el suficiente poder para causar graves daños a los hombres y las mujeres. Sabes perfectamente quién te envió. ¡Piensa! Esfuérzate en hallar la respuesta. Empezarás a recordar cosas, a prestar atención. En primer lugar, líbrate de la ira que te consume. Yo no tengo nada que ver con quienes te hirieron y asesinaron. Sospecho que todo el asunto fue llevado a cabo con gran torpeza, y que un espíritu más débil que tú no hubiera conseguido superarlo. Pero el caso es que lo has superado. ¿El hombre que te envió? Hizo lo que le pediste que hiciera, ¿recuerdas? Hizo lo que tú le pediste.

»—Ahora lo recuerdo, fue el rey Ciro quien me envió a Mileto, tal como le pedí. —Entonces lo comprendí claramente, y aún me resultó más claro cuando traté de librarme de la ira que llevaba dentro como quien exhala una bocanada de aire. Incluso sentí mis pulmones y mi respiración.

»—No pierdas el tiempo con eso —dijo Zurvan—. ¿Recuerdas las preguntas que te he formulado respecto a tus uñas y tus pestañas? Son detalles visibles. No necesitas órganos internos. Tu espíritu llena el perfecto cascarón que eres, y nadie diría que no eres un hombre de carne y hueso. No pierdas el tiempo intentando crear un corazón, sangre o pulmones, a fin de sentirte más humano. Sería una estupidez. De vez en cuando tendrás que hacer que brote un poco de sangre de tu cuerpo. Eso es una menudencia, pero no te lamente por haber perdido tu forma humana. ¡Ahora estás mejor!

»—¿De veras? —pregunté, repantigado en la silla y con un tobillo apoyado en la rodilla opuesta mientras el anciano toleraba mi arrogancia—. ¿Soy bueno o soy un ser maligno? Has dicho que era un ángel poderoso. El rey utilizó esas mismas palabras. Sin embargo, también dijo que era un demonio. ¿O fue otra persona quien lo dijo?

»El mago estaba plantado en medio de la habitación, balanceándose levemente, sin perder la calma, y me examinaba a través de sus ojos entrecerrados.

»—Sospecho que te convertirás en lo que deseas —dijo—, aunque otros tratarán de conformarte a su antojo. Hay mucho odio dentro de ti, Azriel, mucho odio.

»—Tienes razón. Siento un profundo odio. Veo una caldera de oro hirviendo y siento terror y odio.

»—Nadie volverá a herirte de ese modo jamás. Además, conseguiste escapar de la caldera, ¿no

es cierto? ¿Sentiste que el oro te abrasaba?

»Yo me estremecí y rompí a llorar. No soporto hablar de ello, ni siquiera ahora, y no deseaba hablar con él de ese terrible episodio.

»—Lo sentí por unos instantes —respondí—; durante unos instantes imaginé lo que significaría permanecer dentro de la caldera y morir en medio de aquel tormento. Lo sentí... como si atravesara una gruesa armadura que protegiera mi cuerpo, y experimenté un dolor lacerante en los ojos.

»—Comprendo. En cualquier caso, tus ojos se encuentran perfectamente. Necesito la tablilla cananea que te permitió recuperar tu forma. Necesito los huesos.

»—¿Pero no están aquí?

»—No —contestó Zurvan—. Los robó una pandilla de imbéciles, unos bandidos del desierto. Atacaron a los emisarios de Ciro, los asesinaron para robarles el oro que portaban y se largaron con el cofre. Creen que los huesos son de oro macizo. Sólo uno de los persas, que estaba malherido, consiguió llegar a una aldea cercana, y me envió recado de lo sucedido. Quiero que vayas en busca de los huesos y la tablilla, el cofre que robaron los bandidos, y me lo traigas todo.

»—¿Crees que lo conseguiré?

»—Desde luego. Acudiste cuando te llamé. Regresa a ese lugar, o al lugar del que provienes. Éste es el secreto de mi magia, hijo mío. Hay que expresarse con precisión. Di: “Deseo regresar al lugar del que provengo”. De esa forma, si los bandidos se han alejado diez kilómetros del lugar donde te hallabas cuando oíste que yo te llamaba, lograrás atraparlos. Cuando llegues a ese lugar, debes asumir una forma corpórea y matar a esos ladrones, si puedes. Si no tienes fuerza suficiente para acabar con ellos, si se enfrentan a ti esgrimiendo unas armas físicas que te obligan a retroceder, si te arrojan unos amuletos para atemorizarte (y te aseguro que no existe un amuleto en la Tierra capaz de intimidar al Sirviente de los Huesos), hazte incorpóreo, pero recupera los huesos, apodérate de ellos como si fueras una ráfaga de viento del desierto, y tráemelos. Yo mismo me ocuparé más tarde de esos ladrones. Ve y tráeme los huesos.

»—¿Pero prefieres que los mate?

»—¿A esos bandidos del desierto? Sí, mátalos. Mátalos con sus propias armas. No pierdas el tiempo con conjuros y sortilegios. No malgastes tus fuerzas. Agarra una de sus espadas y córtales la cabeza. Durante unos momentos verás sus espíritus; grítales para ahuyentarlos y no tendrás ningún problema. Quizá consigas de esta forma mitigar tu dolor. Anda, ve en busca de la tablilla y los huesos y tráemelos. ¡Apresúrate!

»Me incorporé perezosamente.

»—¿Es que debo repetirte lo que tienes que decir? —me espetó Zurvan—. Pide regresar al lugar del que provienes, y que todas las partículas de tu cuerpo actual aguarden hasta que las invoques para rodearte y hacerte visible y fuerte cuando llegues al sitio donde se hallan los huesos. Te lo pasarás en grande. Apresúrate. Calculo que no estarás de vuelta hasta la hora de cenar. Cuando regreses, me encontrarás cenando.

»—¿Podría sucederme algo malo?

»—Puedes dejar que te atemoricen hasta el punto de fracasar en tu misión y hacer el ridículo —contestó el mago al tiempo que se encogía de hombros.

»—¿Y si esos ladrones tienen unos espíritus poderosos?

»—¿Unos bandidos del desierto? ¡Imposible! Te aseguro que disfrutarás con la aventura. A propósito, olvidaba decirte que cuando regreses debes volverte invisible. Una vez que hayas matado a los ladrones, coge el cofre y sujétalo con fuerza dentro de tu entidad de espíritu, como si lo envolviera un torbellino. No quiero que regreses caminando con el cofre bajo una apariencia humana. Tienes que aprender a mover las cosas. Si alguien te ve no hagas caso, pues te volverás invisible antes de que esa persona reaccione. Ve, no te entretengas.

»Me levanté y, sintiendo un inmenso estruendo que retumbaba en mis oídos, reaparecí bajo forma humana en una casucha del desierto, donde había un grupo de beduinos que estaban sentados alrededor de una hoguera.

»En cuanto me vieron se levantaron de un salto y desenvainaron sus espadas sin parar de vociferar.

»—Fuisteis vosotros quienes robasteis los huesos, ¿no es cierto? —pregunté—. Vosotros matasteis a los hombres del rey.

»Jamás había experimentado tal placer en toda mi vida como ser humano; nunca me había sentido tan intrépido y libre. Creo que incluso mis dientes rechinaron de gozo. Arrebaté la espada a uno de los bandidos y los liquidé a todos. Los hice pedazos; les corté las manos con que trataban de defenderse, les rebané el cuello, separando la cabeza del tronco y les propiné puntapiés como si jugara con un balón. Al terminar, contemplé el fuego. Dejé caer la espada y caminé a través de las llamas, que no consiguieron lastimar mi cuerpo ni mi apariencia humana, y lancé un rugido que debió de oírse en el infierno. Me sentía feliz hasta extremos impensables.

»El lugar apestaba a sangre y a sudor. Uno de los hombres emitió un sonido ronco, como un estertor, y se quedó inmóvil. La puerta se abrió bruscamente y aparecieron dos beduinos armados, que se abalanzaron sobre mí. Agarré a uno de ellos por el cuello y se lo partí; el otro cayó de rodillas, pero lo maté del mismo modo, sin mayores dificultades. Fuera oí el ruido de los camellos y unas voces.

»En la habitación ya no quedaba ningún ser vivo, y descubrí un bulto que estaba cubierto por unas toscas mantas de lana. Al retirarlas vi el cofre que contenía mis huesos y lo abrí para examinar su interior. Reconozco que aquello no me produjo ningún placer; por el contrario, destruyó la satisfacción que había sentido al asesinar a los ladrones. Al contemplar los huesos, lancé un suspiro y pensé: “En fin, sabes que estás muerto, de modo que no te lamentes”. También hallé varios sacos que contenían otros tesoros.

»Lo deposité todo en una manta, cogí el fardo con ambas manos y dije: “Alejaos de mí, partículas de este cuerpo. Dejad que me haga invisible, ligero y veloz como el viento; haced que retenga estos valiosos objetos entre mis brazos, y conducidme ante mi amo en Mileto, de donde partí”.

»El tesoro que portaba entre mis brazos era como un ancla, una pesada piedra que hacía que mi viaje fuera más lento, pero delicioso. Experimenté un exquisito placer al ascender hasta alcanzar las nubes y luego me deslicé por encima de las relucientes aguas del mar. Estaba tan maravillado por la belleza del paisaje que casi dejé caer el fardo, pero enseguida recuperé el control y me dije: “¡Ve a reunirte de inmediato con Zurvan, so idiota! Regresa junto al hombre que te envió aquí”.

»El cofre y yo aterrizamos en el patio. Había comenzado a anochecer. El cielo estaba iluminado por una luz limpia y maravillosa, que teñía las nubes. Me hallaba tendido en el suelo, bajo mi forma



carnal, que al parecer había asumido por el mero hecho de desearlo. Junto a mí se encontraba el tesoro, el cofre, que estaba roto tras haberse estrellado contra el suelo, y otro cofre, que estaba abierto y contenía unas cartas.

»Mi nuevo amo salió al jardín y se apresuró a recoger las cartas.

»—¡Condenados bastardos! Son las cartas que me envió Ciro. ¡Espero que los hayas matado a todos!

»—Lo hice con sumo placer —respondí. Luego me levanté, cogí el cofre medio roto que contenía los huesos y aguardé a que mi amo me diera nuevas órdenes.

»Zurvan depositó en mis brazos unos sacos que, por su suavidad, deduje que contenían joyas, aunque no estaba seguro de ello. Constituían el único tesoro que había traído conmigo, aparte del cofre de los huesos y las cartas. Mi amo arrojó la manta a un rincón.

»Ante mi asombro, la manta se elevó en el aire, rebasó la tapia del jardín y se alejó impulsada por la brisa. Al cabo de unos momentos desapareció.

»—Seguramente la hallará algún mendigo —dijo Zurvan—. Acuérdate siempre de los pobres y los hambrientos cuando deseches algún objeto que no necesites.

»—¿Acaso te preocupan los pobres y los hambrientos? —pregunté mientras caminaba detrás de mi amo.

»Regresamos a la amplia estancia, que se hallaba ahora iluminada por numerosas lámparas de aceite. Al entrar me fijé en unos montones de tablillas y unos estantes ligeros de madera que contenían unos pergaminos; los griegos preferían éstos a las tablillas. Antes, cuando me había repantigado en la silla, no los había visto porque quedaban a mi espalda.

»Deposité el cofre en el suelo y lo abrí. Por fortuna los huesos seguían allí.

»Zurvan transportó las cartas y los sacos de joyas hasta su escritorio, se sentó y empezó a leer las cartas apresuradamente, apoyado sobre los codos, cogiendo de vez en cuando unas uvas de un recipiente de plata que había junto a él. Al cabo de un rato abrió los sacos, sacó las joyas que contenían, muchas de las cuales parecían egipcias, además de algunas griegas, y continuó leyendo las cartas.

»—Ah —dijo—, aquí está la tablilla cananea que contiene el rito que te creó. Se ha roto en cuatro pedazos, pero puedo repararla.

»Zurvan pegó los cuatro pedazos y la tablilla quedó como nueva.

»Me sentí francamente aliviado. Me había olvidado de la tablilla, pues no estaba dentro del cofre. Era pequeña, gruesa, estaba cubierta con una diminuta escritura cuneiforme y aparecía intacta, como si nunca se hubiera roto.

»Zurvan alzó la cabeza de repente y dijo:

»—No te quedes ahí parado. Tenemos trabajo. Ordena los huesos y dales forma de hombre.

»—¡No! —protesté. Estaba tan furioso que sentí una oleada de calor, incluso metido en aquella cáscara. El calor no hizo que me disolviera, pero me confirió un leve resplandor, apenas visible—. ¡Me niego a tocarlos!

»—Muy bien, como gustes, siéntate y guarda silencio. Reflexiona, trata de pensar en todo lo que sabes. Utiliza la mente que está en tu espíritu, y que nunca estuvo en tu cuerpo.

»—Si destruimos estos huesos, ¿moriré? —inquirí.

»—Te dije que reflexionaras en silencio —replicó mi amo—. No, no morirás. No puedes morir. ¿Quieres acabar igual que esos estúpidos espíritus que farfullan como si hablaran con el aire? Supongo que los has visto, ¿no? ¿O como un ángel que deambula como un idiota por los campos tratando de recordar los himnos celestiales? Desde ahora perteneces para siempre a la tierra, de modo que olvida esa brillante idea de deshacerte de los huesos. Los huesos te mantendrán vivo, por decirlo así, te proporcionarán un lugar de descanso. Harán que tu espíritu conserve una forma que te permita utilizar su poder. Hazme caso. No seas imbécil.

»—No voy a discutir contigo —contesté—. ¿Has terminado de leer la tablilla cananea?

»—Calla.

»Suspiré, irritado, y me recliné en la silla. Me miré las uñas. Relucían. Me toqué el pelo, espeso y también reluciente. ¿Cómo me sentía? Vivo, gozando de perfecta salud en un perfecto momento de lucidez y energía, sin problemas de hambre ni fatiga, sin el más mínimo trastorno. Un estado físico en apariencia ideal. Di una patada en el suelo. Lucía mi túnica bordada predilecta y unas zapatillas de terciopelo. Las zapatillas hacían un ruido agradable al caminar.

»Por fin el mago dejó todas las tablillas a un lado y dijo:

»—Bien, puesto que te resistes a tocar tus huesos, espíritu melindroso y cobarde, haré el trabajo por ti.

»Zurvan se situó en el centro de la habitación y arrojó todos los huesos al suelo. Luego retrocedió unos pasos, extendió las manos, se agachó despacio, doblando las rodillas, y de sus labios brotó una larga retahíla de encantamientos y conjuros persas. Observé que sus manos irradiaban algo extraño, como el calor de un fuego, pero nada más.

»Ante mi asombro, los huesos se unieron en forma de un cadáver dispuesto para ser enterrado. Zurvan continuó con sus exhortaciones y, haciendo un gesto con la mano, como si cosiera, hizo aparecer un inmenso carrete de alambre, de cobre u oro, no estoy seguro; tras repetir ese gesto una y otra vez hizo que el alambre ensartara todos los huesos del esqueleto como si fueran unas cuentas. El mago consiguió que cada hueso se conectara a otro por medio del alambre, sin tocar nada, simplemente repitiendo esos gestos. Entonces dejó que sus manos permanecieran suspendidas unos minutos sobre las manos y los pies del esqueleto, hasta que quedaron unidos todos los huesecillos de las extremidades. Luego se trasladó a las costillas y la pelvis y, por fin, con un prolongado ademán de la mano derecha, juntó la columna dorsal del esqueleto y la conectó al cráneo. De esta forma, todos los huesos quedaron ensamblados; podría haber colgado el esqueleto de un gancho para que se balanceara al viento.

»Miré el esqueleto que parecía yacer en una fosa abierta. Deseché todos los recuerdos de la caldera y el dolor y me limité a contemplarlo.

»Entre tanto, Zurvan se dirigió apresuradamente a otra habitación y regresó con dos niños, de unos diez años de edad; de inmediato advertí que no eran reales, sino unos espíritus, apenas corpóreos. Portaban un cofre rectangular, más pequeño que el otro, que olía a madera de cedro, con incrustaciones de oro y plata y adornos de piedras preciosas. El mago abrió el cofre y vi que contenía un lecho de seda dispuesta en pliegues. Zurvan ordenó a los niños que colocaran el esqueleto en el cofre, como si fuera una criatura dentro del útero materno, con los brazos hacia arriba, la cabeza inclinada sobre el pecho y las rodillas encogidas hasta la barbilla.

»Los niños obedecieron. Se levantaron y me miraron con sus ojos negros como el azabache. El esqueleto encajaba a la perfección en el cofre, sin que sobrara un solo centímetro.

»—Podéis iros —ordenó el mago a los pequeños—, y esperad a que vuelva a llamaros. —Los niños no querían marcharse—. ¡Largaos! —gritó Zurvan.

»Los pequeños salieron corriendo de la habitación, pero permanecieron junto a la puerta, observándome con curiosidad.

»Yo me acerqué al cofre. Parecía un ataúd antiguo, como los que solían hallarse en las colinas, de los tiempos en que sepultaban a la gente de ese modo en las entrañas de la Madre Tierra.

»Zurvan estaba pensativo.

»—Cera —dijo—. Necesito una buena cantidad de cera líquida.

»Acto seguido se levantó y se volvió hacia mí bruscamente. Yo lo miré atemorizado.

»—¿Qué diablos te pasa? —preguntó.

»Sus dos sirvientes aparecieron de nuevo, observándome con cautela y portando un cubo lleno de cera líquida. Zurvan cogió la olla, pues eso era más o menos lo que parecía, y vertió la cera alrededor de los huesos; ésta se endureció a los pocos momentos, fijándolos en su lugar. La cera constituía un pegamento blanco y suave que mantenía unido el esqueleto. Zurvan ordenó de nuevo a los niños que se fueran y se deshicieran de la olla; también les dio permiso para jugar en el jardín durante una hora, dentro de sus cuerpos humanos, si no hacían ruido. Los niños sonrieron entusiasmados.

»—¿Son unos fantasmas? —pregunté.

»—Ellos no lo saben —respondió el mago mientras observaba aquellos huesos pegados con cera. Resultaba evidente que la pregunta no le interesaba. Cerró el cofre, que estaba provisto de una cerradura y unos goznes robustos, y volvió a abrirlo para comprobar su resistencia—. Dentro de un tiempo —dijo—, aunque no esperaré mucho, dado que soy un anciano, confeccionaré una tablilla de plata para este cofre; en ella figurará buena parte de la inscripción que aparece en la tablilla cananea, pero lo importante es que los huesos están unidos y siempre permanecerán así. Regresa a ellos y luego asume de nuevo tu forma humana.

»Por supuesto, a mí no me apetecía hacerlo. Los huesos me inspiraban repugnancia, y estimulaban mi naturaleza rebelde. Pero Zurvan esperó a que entrara en razón, como habría hecho cualquier maestro sabio, y al fin accedí a cumplir su mandato, disolviéndome, experimentando la suavidad y calma de la oscuridad, para sentir luego que era aspirado por un torbellino de calor que me depositó de nuevo junto a él, bajo una forma corpórea.

»—Excelente —observó Zurvan—. Excelente. Ahora cuéntame todo lo que recuerdes de tu vida.

»Esa petición dio pie a una de las discusiones más desagradables de toda mi existencia mortal. No conseguía recordar nada de mi vida. Por más que Zurvan insistía, yo no recordaba un sólo detalle. Sabía que temía la caldera. Temía el calor. Temía las abejas y la cera hizo que las evocara. Sabía que había visto a Ciro, rey de Persia, y que el favor que le había pedido era razonable. Aparte de eso, sólo recordaba generalidades.

»Zurvan me instó una y otra vez a que me esforzara en recordar. Pero fracasé en el intento. Al fin, me eché a llorar y le dije que me dejara en paz. Zurvan apoyó una mano en mi hombro y respondió:

»—Tranquilízate. ¿No comprendes que si eres incapaz de recordar tu vida tampoco serás capaz

de recordar sus lecciones morales?

»—¿Y si no hubiera ninguna lección moral? —pregunté, asustado—. ¿Y si sólo hubiera visto traición y mentiras?

»—Eso es imposible —contestó el mago—. ¿No recuerdas a Ciro? ¿No recuerdas lo que hiciste hoy?

»Sí, recordaba haberme presentado en su casa y todo cuanto Zurvan me había ordenado; recordaba que me había enviado a matar a los beduinos y la satisfacción que ello me había producido, así como haber regresado junto a él y todo lo que había ocurrido a partir de entonces. Zurvan me hizo algunas preguntas referentes a los pormenores... como por ejemplo, de qué estaba formada la hoguera que ardía en el campamento de los beduinos. La respuesta era estiércol. ¿Había mujeres? No. ¿Dónde quedaba ese lugar? Tuve que reflexionar antes de responder, pues no me había fijado, pero al fin recordé que se hallaba a unos ochenta kilómetros de donde comienza el desierto, al este de Mileto.

»—¿Quién es ahora el rey?

»—Ciro de Persia —respondí.

»A continuación el mago me formuló una serie de preguntas, que yo contesté: quiénes eran los lidios, los medos, los jonios, dónde se hallaba Atenas, quien era el faraón y en qué ciudad había sido proclamado rey del mundo. Respondí a cada una de las preguntas.

»Zurvan me hizo entonces varias preguntas de orden práctico sobre colores, comida, atmósfera, clima templado o caluroso. Yo conocía todas las respuestas a ese tipo de cuestiones pero nada que hiciera referencia directa a mi vida. Sabía muchas cosas sobre la plata y el oro, y mis conocimientos impresionaron al mago. Examiné las esmeraldas que le había enviado el rey y le dije que eran muy bellas y valiosas; también le indiqué cuáles eran de mayor calidad. Le dije los nombres de las flores que crecían en su jardín. Luego me sentí fatigado.

»Entonces ocurrió una cosa singular. Prorrumpí en llanto. Me puse a sollozar como un niño. No podía parar y no experimentaba el menor sentimiento de humillación por llorar ante Zurvan. Al fin levanté la cabeza y comprobé que me observaba con sus penetrantes, curiosos e implacables ojos azules.

»—¿Es verdad que siempre te acuerdas de los hambrientos y los pobres? —pregunté.

»—Sí —dijo Zurvan—. Voy a explicarte las cosas más importantes que sé. Presta atención. Quiero que lo repitas cada vez que te lo pida. ¿Has entendido? Lo llamaremos las lecciones de Zurvan. Cuando yo haya muerto, pide a tus amos que te enseñen lo que saben, y conserva esas enseñanzas en la memoria aunque algunas te parezcan una estupidez. Eres un espíritu muy listo.

»—De acuerdo, amo de los ojos azules y penetrantes —repliqué enojado—. Cuéntame lo que sabes.

»Zurvan arrugó el ceño ante mi tono sarcástico y ofensivo y permaneció en silencio, pensativo. Colocó una huesuda rodilla sobre la otra. La túnica que llevaba ponía de relieve su extremada delgadez. Su cabello entrecano le llegaba a los hombros, y su rostro mostraba una expresión viva y perspicaz.

»—Azriel —dijo—, podría castigarte por tu insolencia. Podría hacer que sintieras dolor. Podría arrojarte a la caldera que tanto temes, y no sabrías si era real o no. No me costaría ningún esfuerzo.

»—¡Si te atreves a hacerlo, mago, saltaré de la caldera y te despedazaré vivo!

»—Ése es más o menos el motivo por el que no lo he hecho —contestó Zurvan—. Vamos a dejar las cosas claras. Quiero y exijo que te comportes con cortesía, a cambio de todo lo que voy a enseñarte. Soy tu amo, y deseo complacerte.

»—Eso suena mucho mejor —respondí.

»—De acuerdo. Esto es lo que sé. No lo olvides nunca. Mientras sientas odio, y te consumas en un infierno de ira, no podrás hacer todo cuanto desees. Estarás a merced de otros espíritus y otros magos. La ira es una fuerza que ofusca la mente, y el odio ciega. Son unos sentimientos negativos, que te impedirán alcanzar tus propósitos; por eso pretendía imponerte un castigo y enseñarte a desecharlos, pero ya veo que es imposible.

»"Éstas son las lecciones. Acepta lo que tu odio y tu ira te permitan aceptar. En primer lugar, existe un Dios, cuyo nombre no tiene importancia. Yahvé, Ahuramazda, Zeus, Atena, llámalo como gustes. Tampoco importa qué ritos utilices para venerarlo y servirle.

»"Existe un sólo propósito en la vida: ser testigo de las maravillas del mundo y comprender sus complejidades, su belleza, sus misterios, sus enigmas. Cuanto mejor las comprendas, cuantas más cosas conozcas, más gozarás de la vida y de una sensación de paz. Esto es lo fundamental. Lo demás son menudencias. Si una actividad no está basada en el amor o el aprendizaje, no tiene ningún valor.

»"Tercero, sé bondadoso. Siempre que te sea posible, sé bondadoso. Acuérdate de los pobres, los hambrientos y los desgraciados. Recuerda siempre a los que sufren, a los necesitados. El mayor poder creador de un hombre, una mujer o un niño es ayudar a los demás..., a los pobres, a los que tienen hambre, a los oprimidos. Tu mejor don es tu capacidad de mitigar el dolor y proporcionar alegría a tus semejantes. La bondad es un milagro humano, por decirlo así. Es un don exclusivo de los humanos, y de nuestros ángeles o espíritus más desarrollados.

»"Cuarto, a propósito de la magia. Toda la magia en todos los países y de todas las escuelas es la misma. La magia es un intento de controlar a los espíritus invisibles, así como a los espíritus que habitan dentro de los vivos, o invocar a los espíritus de los muertos que todavía merodean por la Tierra. En esto consiste la magia. Los trucos, los sortilegios, el proporcionar fortuna a una persona, todo se hace a través de los espíritus, es decir, de unos seres incorpóreos que se mueven de forma veloz, invisibles, que roban, espían, transportan, etcétera. Esto es la magia. En cada lugar, desde Éfeso a Delfos, pasando por las estepas del norte, se utilizan unas palabras diferentes, pero todo viene a ser lo mismo. Yo conozco toda la magia que existe, y sigo investigando. Cada nuevo conjuro que aprendo me ofrece nuevas posibilidades. ¡Presta atención! Me ofrece nuevas posibilidades, pero no hace que aumente mi poder; éste aumenta a través del conocimiento y la voluntad. La magia siempre es la misma. Con ello quiero decir que puedes hacer prácticamente lo que desees, tanto si conoces las palabras como si no.

»"Por regla general se nace mago, aunque algunos hombres se convierten en magos... Los encantamientos constituyen su escuela y su guía, pero en última instancia las palabras no cuentan. A los ojos de Dios, todas las lenguas son una sola. Para los espíritus, todas las lenguas son la misma. Los encantamientos ayudan más bien al mago poco eficaz que al poderoso. Resulta comprensible. Tú eres muy potente, no necesitas recurrir a los encantamientos. He tenido ocasión de comprobarlo hoy mismo, al igual que tú. No dejes que nadie te convenza por medio de un encantamiento de que tiene

poder sobre ti. Un mago puede tener poder sobre ti, desde luego, pero no te dejes engañar por su palabrería. Si quieres resistirte a ese poder, debes hacerle frente. Espabílate e inventa tú mismo un encantamiento. Los encantamientos atemorizan tanto a los espíritus como a los seres humanos. Cuando desees imponer tu voluntad crea una canción de fuerza, de poder, y se te abrirán todas las puertas.

»Zurvan hizo chasquear los dedos para subrayar sus palabras. Aguardó unos momentos, y luego prosiguió:

»—Por último, ningún ser humano sabe lo que yace más allá de la auténtica muerte. Los espíritus vislumbren unas escaleras resplandecientes que conducen al cielo, ven los árboles frutales del paraíso, se comunican de diversas formas con los muertos y distinguen la luz de Dios; el que vislumbren esos destellos de luz es algo muy común, pero no saben con certeza lo que yace más allá de la auténtica muerte. Nadie que escape de la Tierra y de sus espíritus terrenales regresa jamás. Es posible que se te aparezcan y que hablen contigo, pero no puedes hacerlos regresar del más allá. Una vez que están muertos, la posibilidad de que aparezcan aquí está en sus manos o en manos de Dios. De modo que no creas a nadie que te asegure saberlo todo sobre el cielo. Los únicos ámbitos de los espíritus y los ángeles que llegaremos a conocer tú y yo son los de la Tierra, no los que yacen más allá de la muerte. ¿Me has comprendido?

»—Sí, me temo que sí —contesté—. Pero ¿por qué es tan importante amar y aprender? ¿Por qué es éste el propósito de la vida? ¿Por qué debemos afanarnos en comprender sus misterios y complejidades?

»—Ésa es una pregunta estúpida —respondió Zurvan—. No importa por qué; es así y basta: el propósito de la vida es amar y aprender. —El mago lanzó un suspiro y continuó—: Imaginemos que son otros quienes nos hacen esta misma pregunta. Si se tratara de un hombre estúpido y cruel, bastaría esta respuesta: “Es la forma más segura de vivir”. Si se tratara de un hombre bueno e inteligente, le respondería de este modo: “Es la forma de vivir más satisfactoria y enriquecedora”. Si me formulara la pregunta una persona egoísta, ciega, contestaría así: “El hecho de acordarte de los pobres, los hambrientos y los oprimidos, el hecho de amar a tus semejantes, de aprender, te aportará una gran sensación de paz”. —Zurvan se encogió de hombros y añadió—: A los oprimidos les contestaría de la siguiente forma: “Ello aliviará vuestro dolor, vuestros terribles sufrimientos”.

»—Comprendo —dije, y sonreí, experimentando una inmensa y maravillosa sensación de gozo.

»—Veo que has comprendido —observó Zurvan.

»Rompí a llorar de nuevo.

»—¿No existe ningún lema que facilite las cosas? —pregunté.

»—¿A qué te refieres?

»—No siempre es fácil amar y aprender; uno puede cometer errores tremendos, lastimar a los demás. ¿No existe ningún lema? Por ejemplo, en hebreo existe la palabra *Altashheth*, que significa “no destruirás”. —Apenas podía hablar. Las lágrimas me ahogaban. Empecé a repetir esa palabra una y otra vez. Por fin musité—: *Altashheth*.

»Zurvan me miró con aire solemne y pensativo, y luego respondió:

»—No. No existe un lema. No podemos cantar *Altashheth*, a menos que el mundo entero entone la misma canción.

»—¿Ocurrirá eso alguna vez? ¿Cantará el mundo entero la misma canción?

»—Nadie lo sabe. Ni medos ni hebreos ni egipcios ni griegos, ni los guerreros de los países del norte, nadie lo sabe. Te he contado todo cuanto puede saber el ser humano. El resto es pura filfa, monsergas. Ahora dame tu palabra de honor de que me servirás y yo te doy la mía de que mientras viva jamás sentirás dolor, si está en mi mano poder impedirlo.

»—Te doy mi palabra de honor —respondí—. Te agradezco tu paciencia. Creo que cuando vivía era un joven bondadoso.

»—¿Por qué lloras continuamente?

»—Porque no me gusta sentir odio y rabia —contesté—. Deseo amar y aprender.

»—Muy bien. Amarás y aprenderás. Ha anochecido, soy viejo y estoy cansado. Deseo leer un rato, hasta que se me cierren los ojos, tal como acostumbro a hacer. Quiero que duermas dentro de los huesos hasta que te llame. No respondas a ninguna llamada salvo la mía. No creo que nadie invoque tu nombre, pero nunca se sabe lo que pueden hacer los demonios, o los ángeles envidiosos y malvados. Responde sólo a mi voz. Y entonces empezaremos juntos. Si alguien te invoca, acude a mí, no dudes en despertarme. En realidad no estoy preocupado por ti... Con tu poder, puedes hacer que yo consiga todo lo que deseo.

»—¿Todo lo que desees? Pero ¿qué es lo que desees? Yo no sé...

»—Mayormente libros, hijo, de modo que no te inquietes —contestó Zurvan—. No me interesa la riqueza, aparte de la belleza que ves a mi alrededor, lo cual significa que soy un hombre rico, lo suficientemente rico. Deseo poseer libros de todos los países, viajar a numerosos lugares, a las cuevas del norte, a las ciudades egipcias en el sur. Tú puedes conseguirlo. Te lo contaré todo, y cuando muera serás lo bastante fuerte para resistirte a los amos que no sean dignos de tu poder. Ahora regresa a los huesos.

»—Te quiero, amo —dije.

»—Bien, bien —contestó Zurvan al tiempo que agitaba la mano a modo de despedida—. Yo también te quiero, y algún día asistirás a mi muerte.

»—Pero ¿me quieres de veras...? ¿Precisamente... a mí? ¿Me quieres realmente?

»—Sí, joven y airado espíritu, te quiero precisamente a ti. ¿No hay más preguntas antes de que te envíe a dormir?

»—¿Sobre qué otra cosa podría preguntarte?

»—Sobre la tablilla cananea según la cual fuiste creado. No me has pedido que te la lea, ni que deje que la leas tú mismo, aunque es evidente que sabes leer.

»—Leo muchas lenguas —contesté—. No quiero verla. Jamás.

»—Comprendo. Ven, abrázame y dame un beso, así, en los labios, como hacen los persas, y en las mejillas, como los griegos. Luego desaparece hasta que vuelva a llamarte.

»El calor de su cuerpo resultaba muy reconfortante. Restregué la frente contra su mejilla y luego, sin esperar a que me lo ordenara, penetré de nuevo en los huesos y me sumí en la oscuridad. Me sentía casi feliz.

## 10

—Tal como te he dicho, esta parte de mi historia, la historia que hace referencia a mis dos amos, será la más breve.

»Sin embargo, deseo hablarte con detalle sobre Zurvan, sus enseñanzas y cómo era. Los amos que tuve después de Zurvan, al margen de lo que recuerdo de ellos, no poseían su fuerza, de eso estoy convencido, y, lo que es más importante, no poseían el interés de Zurvan por aprender y enseñar; era justamente esa pasión suya, su deseo de instruirme y el nulo temor que le inspiraba mi persona, mi independencia, lo que influyó de forma decisiva en el resto de mi existencia, incluso durante las épocas en que me resultaba imposible recordar ningún rasgo de Zurvan, ni sus ojos azules ni su barba rala y canosa.

»Dicho de otro modo, retuve siempre las enseñanzas de Zurvan, incluso durante las épocas más negras de mi vida.

»Zurvan era rico, gracias a Ciro, y poseía todo lo que deseaba; y, tal como afirmaba, sus manuscritos constituían su tesoro más valioso. Solía enviarme a detectar el escondrijo de algún que otro manuscrito, y a veces me ordenaba que lo robara, o simplemente que regresara con una información que le permitiera ofrecer un precio por éste. Tenía una biblioteca inmensa y una curiosidad insaciable.

»Pero el primer día que me desperté en su casa, comprobé que mi amo tenía preparadas para mí unas lecciones muy interesantes sobre cómo desplazarme sin ser visto cuando él me lo ordenara.

»El momento en que me desperté en casa del mago fue un acontecimiento memorable. Aparecí, exhibiendo mi mejor imitación de un cuerpo de carne y hueso, ataviado con un traje babilonio de manga larga, de pie en el estudio. El sol penetraba por los ventanales e iluminaba el maravilloso suelo de mármol. Lo contemplé durante un rato, y poco a poco tomé conciencia de mí mismo, de que era Azriel, de que me encontraba allí por algún motivo y de que estaba muerto.

»Recorrí la casa en busca de otros seres vivos. Abrí la puerta de una alcoba que tenía el techo y las paredes pintadas. Pero lo que me impresionó no fue la belleza de los murales ni las ventanas en arco que se abrían al jardín, sino el hecho de que una legión de criaturas semiinvisibles se precipitó a huir de mí, entre chillidos y brincos, para situarse en torno a la figura de Zurvan, quien yacía en la cama como si estuviera durmiendo.

»No eran unos seres fáciles de distinguir; yo sólo atiné a percibir su silueta entre los destellos de luz, sus rostros ceñudos y sus gritos estentóreos, lo cual me impedía formarme una idea de cómo eran. Tenían una forma similar a los seres humanos, pero más pequeña, más débil, y se comportaban



como niños malcriados.

»Por fin se congregaron alrededor de la cama, sin duda para defender a Zurvan o para buscar su protección. Zurvan abrió los ojos. Tras mirarme unos instantes, el mago se apresuró a incorporarse mientras me observaba como si no diera crédito a sus ojos.

»—¿No recuerdas, amo, que ayer me presenté aquí? Esta mañana me dijiste que me llamarías.

»Zurvan asintió con la cabeza y, extendiendo los brazos, ordenó a los otros que desaparecieran; al fin la habitación, una hermosa alcoba griega que estaba decorada con admirables murales, recuperó su aspecto sereno y civilizado. Yo permanecí al pie de la cama.

»—¿He cometido alguna torpeza? —pregunté.

»—Oíste que te llamaba mientras dormía, y has aparecido, lo cual significa que tu poder es aún mayor de lo que imaginé. Yo yacía en la cama medio despierto, pensando en ti y en cómo empezar a instruirte, y eso ha bastado para que abandonaras los huesos y te materializaras. A propósito, los huesos están aquí. No los he tocado. Te despertaste al percibir que estaba pensando en ti.

»Zurvan señaló el cofre, que se hallaba en el suelo junto a la cama.

»Luego se volvió, apoyó los pies en el suelo y se levantó, envuelto en la sábana como si se tratara de una larga toga.

»—Utilizaremos esa fuerza; no trataremos de sofocarla en provecho mío ni en provecho de otros —murmuró Zurvan como si hablara consigo mismo.

»—Regresa a los huesos —me ordenó— y, cuando te llame, asume tu forma humana y reúnete conmigo en el ágora al mediodía. Me encontrarás en la taberna. Deseo que acudas a mí completamente vestido, sólido, habiendo recorrido a pie la distancia que hay de aquí a allá, y habiéndome hallado por el simple método de repetir una y otra vez mi nombre.

»Yo obedecí. Me sumí de nuevo en la suave y mullida oscuridad, pero esta vez me sentía confundido y no cesaba de preguntarme por qué me había despertado en la otra habitación, a no ser porque ésa era la habitación donde había visto al mago el día anterior, hasta que al fin me quedé dormido. Dormí a ratos, como cuando uno se halla en un estado de duermevela, pero no sufrí ninguna incomodidad y logré descansar un poco.

»Cuando me di cuenta de que era mediodía —por una serie de pequeños indicios relacionados con la luz y la temperatura— me hallé de nuevo en la sala de estar, bien formado y vestido. Comprobé todos los detalles: examiné mis manos, mis pies y mi ropa, y vi que llevaba el cabello y la barba perfectamente arreglados; esto lo conseguía con sólo pasarme las manos por el cuerpo y desear que todo estuviera en orden.

»En la habitación había un gran espejo esmerilado. Cuando me vi reflejado en él, me llevé una sorpresa, pues por una superstición yo creía que los espíritus no podían reflejarse en los espejos. Entonces se me ocurrió una idea. Aunque debía presentarme ante mi amo, tal como éste me había ordenado, ¿por qué no llamaba antes a los otros para ver si seguían merodeando por allí?

»—¡Apareced, pequeños y miserables monstruos! —exclamé en voz alta. La habitación se llenó de inmediato de pequeños espíritus que me observaban con augusto temor. Esta vez permanecieron quietos; tuve la impresión de ver capas y capas de espíritus, como si su sustancia penetrara fácilmente la sustancia de otro, y entre ellos observé unas formas humanas altas y bien formadas, que parecían consistir tan sólo en rostros y extremidades. Mientras los contemplaba, ordené:

»—¡Mostraos! —Al instante aparecieron otros espíritus en la habitación; unos que parecían estar cansados y perdidos, como las almas de los que acaban de morir. Uno de esos espíritus alzó la mano muy despacio y preguntó:

»—¿Hacia dónde?

»—No lo sé, hermano —respondí.

»Al mirar hacia el jardín vi que la atmósfera estaba atestada de espíritus. Los vi con toda claridad, como si estuvieran fijos y no pudieran moverse. Intuí que ésa era la única forma de verlos. Recordé sus ataques en palacio, cuando me había convertido por primera vez en un espíritu, pero en ese preciso instante todo el espectáculo de los espíritus cambió.

»Los muertos que permanecían quietos y pensativos se vieron invadidos por unos espíritus rabiosos, que no cesaban de girar y gritar, los cuales yo recordaba haber visto durante mis primeros momentos en calidad de espíritu.

»—¡Alejaos de mí! —grité. Me quedé asombrado al percibir el rugido que brotó de mis labios. La mayoría de los enemigos huyó. Pero uno de ellos se aferró a mí en un intento de arañarme, aunque no me dejó ninguna señal. Me volví hacia él, lo golpeé con el puño, lo maldije y le ordené que regresara a su refugio si no quería que lo destruyera. El espíritu huyó despavorido.

»La habitación quedó vacía y en silencio. Los pequeños espíritus me observaron como si esperaran que yo tomara la iniciativa. Pero de pronto oí una voz en mi oído:

»—Te dije que te reunieras conmigo en el ágora, en la taberna. ¿Dónde te has metido?

»Era la voz de Zurvan.

»—¿Acaso quieres que te dibuje un plano? —preguntó la voz—. ¿No recuerdas las órdenes que te di? Echa a andar hacia mí. Descuida, no te costará encontrarme, y no dejes que te distraigan ni los vivos ni los muertos.

»Sentí una profunda angustia por no haberlo obedecido al instante, pero recordaba con claridad sus órdenes, recordaba mi encuentro con él por la mañana; me esforcé en recordarlo. Acto seguido salí a la calle.

»Era mi primera caminata a través de Mileto, una maravillosa ciudad griega bañada por el mar, llena de mármoles y de espacios abiertos donde la gente se reunía, del aire puro de la costa y de la brillante luz del mar que se reflejaba en las nubes. Mientras caminaba contemplé muchas cosas: pequeños comercios, puestos ambulantes, casas particulares, fuentes y pequeños altares que se hallaban empotrados en los muros, hasta que llegué al inmenso mercado, rodeado por el bazar, y vi la taberna, con su toldo blanco agitado por la brisa marina, y vi a Zurvan sentado en el interior. Me dirigí hacia él.

»—Siéntate —me dijo—. Explícame por qué abriste la puerta principal de mi casa en lugar de atravesarla.

»—No sabía que podía atravesarla. Soy de carne y hueso. Me dijiste que adoptara una apariencia humana. ¿Estás enojado conmigo? Me distraje observando a los espíritus. Se hallaban por doquier; jamás había asistido a semejante espectáculo...

»—Silencio, no te he pedido que me recites todos tus pensamientos; sólo te he preguntado por qué no atravesaste la puerta. Aunque tengas esa apariencia, puedes caminar a través de las puertas, porque lo que hace que seas sólido no es lo que hace que las puertas sean sólidas, ¿comprendes?

Ahora, desaparece y aparece de nuevo aquí. Nadie reparará en ello. La taberna está medio vacía. Anda, haz lo que te ordeno.

»Yo obedecí. Fue una experiencia fantástica, como si estirara los brazos y las piernas y soltara una carcajada y reapareciera bajo una forma sólida.

»Zurvan me miró, ya más satisfecho, y me preguntó qué había visto. Yo se lo conté.

»—¿Solías ver espíritus cuando vivías? Contéstame sin pensar y sin esforzarte en recordarlo —preguntó luego.

»—Sí —respondí. Era doloroso y no recordaba los detalles. No quería recordarlos. Sentía odio, como si me hubieran traicionado.

»—Lo suponía —dijo Zurvan al tiempo que lanzaba un suspiro—. Me lo contó Ciro, pero se expresó de forma tan ambigua y diplomática que no estaba seguro. Ciro te tiene en gran estima y se siente obligado a velar por tu bienestar. Mira, vamos a penetrar en los dominios de los espíritus. Es el mejor sistema para que los conozcas. Pero antes, escucha: Cada mago que conozcas a lo largo de tu existencia posee su propio mapa del terreno de los espíritus. Tiene su propia opinión sobre los espíritus y sobre el motivo de que éstos se comporten como lo hacen. Pero en esencia, lo que verás en cualquier viaje al reino de los espíritus es lo mismo.

»—¿Quieres un poco de vino, amo? —pregunté—. Tu copa está vacía.

»—¿Cómo se te ocurre interrumpirme con esa pregunta? —inquirió Zurvan.

»—Tienes sed —respondí—. Sé que tienes sed.

»—¿Qué voy a hacer contigo? ¿Cómo voy a lograr que prestes atención?

»Me volví e hice una seña al mozo que servía el vino, quien se acercó de inmediato y llenó la copa de mi amo. Me preguntó si me apetecía algo, y me trató con más deferencia de la que había mostrado hacia mi amo. Deduje que se debía a mi aparatosa vestimenta, al espectacular estilo babilónico, cargado de joyas y bordados, a mi peinado y a mi cuidada barba.

»—No —contesté. Lamentaba no tener dinero que darle, pero entonces vi unas monedas de plata sobre la mesa. Se las entregué y el mozo se fue tan contento.

»Cuando me volví hacia Zurvan, éste me observaba fijamente, con los codos apoyados en la mesa.

»—Creo que lo comprendo —dijo.

»—¿A qué te refieres? —pregunté.

»—No has nacido ni tienes el temperamento para obedecer a nadie. Ese rito que aparece descrito en la tablilla cananea...

»—¿Es preciso que hables de esa repugnante tablilla?

»—¡Silencio! ¿Acaso no hubo ningún mayor en tu vida al que respetaras? No me refiero a un maestro, sino a un padre o a un rey. Deja de interrumpirme y escucha. ¡Por todos los dioses, Azriel, no puedes morir ahora! Yo puedo enseñarte cosas que te serán de gran ayuda. No seas impertinente y procura no distraerte más. ¡Escucha!

»Yo asentí con un gesto de cabeza. Noté que tenía los ojos anegados de lágrimas. Me sentía avergonzado por hacer que mi amo se enfureciera conmigo. Saqué un pañuelo de seda de entre los pliegues de mi traje y me enjuagué los ojos. Creo que era agua lo que había allí. Agua.

»—¡Ah, conque es eso! —exclamó Zurvan—. El verme enojado hace que me obedezcas.

»—¿Podría abandonarte si quisiera?

»—Probablemente, pero serías un idiota si lo hicieras. Ahora presta atención. ¿Qué te estaba diciendo antes de que decidieras que yo necesitaba tomar otro trago de vino?

»—Decías que cada mago describiría el universo de los espíritus de forma diferente, y que otorgaría a los espíritus nombres y atributos distintos.

»Zurvan se quedó asombrado ante mi respuesta. Yo no comprendí el motivo. En cualquier caso, le pareció una respuesta perfectamente aceptable.

»—Precisamente. Ahora haz lo que te digo. Mira a tu alrededor. Observa la taberna y el ágora, contempla el sol. Observa los espíritus. No les digas nada ni aceptes ninguna invitación ni gesto de ellos. Límitate a contemplarlos y observar todos los detalles. Examina el aire como si buscaras unos objetos minúsculos y valiosos que desearas poseer, pero no muevas los labios.

»Yo obedecí a mi amo. Supuse que vería a los pequeños y fastidiosos demonios que infestaban la casa de Zurvan. Sin embargo, en lugar de eso vi unas almas que vagaban confusas y perdidas. Vi sus siluetas o espíritus en la taberna, suspendidas sobre las mesas, tratando de entablar conversación con los vivos, deambulando de un lado para otro como si buscaran algo...

»—Ahora mira más allá de los muertos terrenales, esos que acaban de morir, y fíjate en los espíritus más viejos, esos otros que poseen vitalidad en cuanto espectros —ordenó Zurvan.

»Hice lo que me ordenaba y vi a aquellos seres altos, de mirada fija, translúcidos, con forma humana y una expresión definida, y vi no sólo a los que me contemplaban y señalaban, y hacían gestos refiriéndose a mí, sino a muchos otros espíritus. El ágora entera estaba atestada de ellos. Al mirar hacia el cielo vi más espíritus refulgentes. Lancé una pequeña exclamación de asombro. Estos espíritus resplandecientes no parecían tristes ni furiosos ni perdidos, ni tampoco daban la impresión de buscar algo, sino que parecían ser los guardianes de los vivos, unos dioses o ángeles, y contemplé cómo flotaban alrededor de la bóveda celeste, hasta donde yo alcanzaba a ver. Sus idas y venidas eran muy rápidas. De hecho, todo el universo de los espíritus estaba en constante movimiento, y uno podía clasificarlos por sus movimientos: las almas de los muertos se movían de forma torpe, los espíritus más viejos eran más lentos y humanos, mientras que los espíritus angélicos, esos espíritus jubilosos, se movían a una velocidad imposible de seguir para el ojo humano.

»Supongo que emití unos sonidos de gozo. Me sentía conmovido por la belleza de algunos de esos seres etéreos, que se elevaban hacia el sol, y luego veía el alma encorvada de un muerto dirigiéndose hacia mí, hambrienta y desesperada, y yo retrocedía espantado. Al verme, un contingente de espíritus hizo notar mi presencia a otros. Eran, según comprendí, los espíritus medianos, que ocupaban un lugar entre los muertos y los ángeles, pero al observarlos noté que estaban traspasados por unos espíritus salvajes, los cuales se deslizaban a mi alrededor esbozando muecas grotescas y amenazando con lastimarme mientras blandían el puño y me incitaban a luchar contra ellos.

»La visión se volvió increíblemente densa. Perdí de vista el toldo de la taberna, el suelo del ágora, los edificios que se alzaban frente a mí. Me encontraba en un terreno que pertenecía a esos seres. De golpe sentí que me tocaba algo cálido y vivo. Era la mano de Zurvan.

»—Hazte invisible —ordenó—, y rodéame; aférrate a mí con todas tus fuerzas y sácame de aquí. Yo conservaré mi forma corpórea, no tengo más remedio, pero tú me rodearás con tu invisibilidad y

me protegerás.

»Al volverme vi que el cuerpo de Zurvan irradiaba unos destellos de colores e hice lo que me había ordenado: lo rodeé, dejando que mis brazos y piernas se aflojaran y alargaran hasta que lo hube envuelto por completo con mi invisibilidad, lo saqué de la taberna y ascendimos hacia el firmamento a través del espeso grupo de espíritus, abriéndonos paso entre aquellos seres demoníacos que nos observaban pasmados y rabiosos e intentaban agarrarnos. Pero yo me libré de ellos.

»Zurvan y yo volábamos sobre la ciudad. Al mirar hacia abajo contemplé, tan maravillado como la primera vez, la hermosa península que se adentraba en las azules aguas del mar, los barcos de distintas banderas que se hallaban amarrados en el puerto y los hombres que trabajaban afanosamente, llevando a cabo unas tareas rutinarias y en apariencia absurdas.

»—Condúceme a las montañas —dijo mi amo—. Llévame a la montaña más lejana y elevada del mundo, aquella a la que acuden los dioses y en torno a la cual gira el sol, llévame a la montaña llamada Meru. Condúceme allí.

»Nos deslizamos sobre el desierto, sobre Babilonia, y vi sus ciudades desperdigadas como multitud de flores, o trampas. Trampas. Parecían trampas, unas trampas concebidas para atraer a los dioses hacia ellas... al igual que las flores constituyen unas trampas para las abejas.

»—Dirígete hacia al norte —me indicó el mago—, hacia el extremo más septentrional. Envuélveme en unas mantas para que no tenga frío y sujétame con fuerza. Muévete con más rapidez, hasta que me oigas exclamar de dolor.

»Yo obedecí y lo envolví en unas mantas de fina lana, rodeándolo con mi forma invisible mientras volábamos hacia el norte, hasta que a nuestros pies sólo vimos montañas que estaban coronadas de nieve, y de vez en cuando unos campos, nevados y desiertos, donde pastaban unos rebaños y unos hombres montaban a caballo; luego el paisaje aparecía de nuevo formado tan sólo por montañas.

»—Meru —dijo Zurvan—. Búscala. Meru.

»Me concentré en hallar la montaña, pero no tardé en comprender que eso era imposible.

»—No consigo hallar esa montaña llamada Meru —dije.

»—Lo suponía. Aterricemos en ese valle, donde hay unos caballos galopando.

»Obedecí sus órdenes y aterrizamos en el valle. Mantuve a Zurvan envuelto en mantas y rodeado por mi invisibilidad, y me di cuenta de que en ese estado podía oprimir la mejilla contra la suya.

»—Es una vieja historia, un viejo mito de la gran montaña —dijo Zurvan—. Es la montaña que inspira la construcción de zigurats y pirámides entre las tribus que guardan sólo un vago recuerdo de ella. Ya puedes soltarme, Azriel. Asume tu forma humana y ármate contra esos guerreros de las estepas. No dejes que me lastimen. Si lo intentan, mátalos.

»Yo le obedecí, dejándolo de pie en medio del valle, envuelto en las mantas y tiritando de frío. Sólo nos habían visto unos pocos pastores. Éstos echaron a correr hacia un grupo de hombres que iban armados y montados a caballo, una media docena de individuos que se hallaban diseminados por el valle, custodiándolo. La nieve que nos rodeaba era muy bella, pero yo sabía que era fría; advertí que Zurvan estaba aterido de frío y lo rodeé con mis brazos, obligándome a entrar en calor para proporcionarle calor a él, lo cual pareció reconfortarlo.

»Entre tanto, los seis guerreros, que apestaban aún más que sus monturas, unos repugnantes

individuos de las estepas, se aproximaron a nosotros dispuestos en círculo. Mi amo se dirigió a ellos en una lengua que yo jamás había oído, pero que me resultaba comprensible, y les preguntó dónde se hallaba la montaña que constituía el ombligo del mundo.

»Los guerreros se quedaron asombrados y comenzaron a discutir entre sí. Luego todos señalaron más o menos en la misma dirección, hacia el norte, pero nadie sabía con certeza dónde se hallaba la montaña ni la habían visto.

»—Hazte invisible y sácame de aquí. Deja que se queden perplejos. No pueden hacernos daño, y lo que vean no nos incumbe.

»De nuevo nos dirigimos hacia el norte. Soplaban un viento gélido y Zurvan estaba muerto de frío. No sabía cómo protegerlo; hice que se materializaran unas pieles para abrigarlo y que se intensificara mi calor, pero noté que éste lo abrasaba. Me había excedido.

»—Meru —dijo Zurvan—. Meru.

»Pero eso no nos ayudaba a dar con la montaña.

»—¡Rápido, Azriel, llévame a casa! —ordenó de pronto mi amo.

»Cuando aceleré se produjo un enorme estruendo, y el paisaje prácticamente desapareció en un estallido blanco. Zurvan y yo nos vimos rodeados por un tropel de espíritus que se precipitaron sobre nosotros para luego apartarse bruscamente, como si nuestra velocidad les hiciera desviarse de su rumbo. El tono amarillo del desierto inundó mi visión y luego contemplé de nuevo la ciudad de Mileto; a los pocos minutos nos hallábamos de regreso en la sala de estar del mago; lo transporté a su alcoba envuelto en las mantas y las pieles y lo deposité en el lecho.

»Los pequeños espíritus se agolparon alrededor de Zurvan, observándolo con asombro y respeto.

»—Traedme comida y bebida —les ordenó éste.

»Los espíritus se apresuraron a obedecer, y regresaron con un cuenco lleno de caldo y una copa de vino. Era una copa dorada, griega y muy hermosa, como todo lo griego, de silueta más airosa y menos rígida que la de los objetos orientales.

»Pero yo estaba preocupado por Zurvan. Yacía postrado en el lecho, como si estuviera congelado, y me tendí sobre él para que entrara en calor, abrazándolo con fuerza. Cuando por fin recobró el color de los seres vivos y abrió sus grandes ojos azules, me levanté y le cubrí con las mantas.

»Su rebaño de pequeños espíritus le ayudó a incorporarse y entre todos le acercaron la cuchara y el cuenco a los labios.

»Yo me senté a los pies de la cama. No necesitaba beber un poco de caldo para reanimarme, de lo cual me sentía orgulloso. Asimismo, me sentía muy fuerte. Al cabo de un largo rato, Zurvan me miró y dijo:

»—Te has portado muy bien, magníficamente bien.

»—Pero no logré hallar la montaña.

»Zurvan se echó a reír.

»—Es probable que no des nunca con ella, ni yo, ni nadie —dijo el mago. A una orden suya, los otros espíritus huyeron como esclavos, dejando la habitación en silencio. Luego prosiguió—: Cada hombre tiene un mito sagrado, una vieja historia que le han contado y en la que cree firmemente, o quizá le atrae por su belleza. En mi caso es la montaña sagrada. Y gracias a tu poder he viajado hasta

la cima del mundo y he comprobado por mí mismo que Meru no es un lugar, cosa que por otra parte ya sabía, sino un pensamiento, un concepto, un ideal.

»Zurvan descansó unos momentos y en su rostro se dibujó una curiosa expresión que borró toda huella de desengaño o fatiga.

»—¿Qué has aprendido durante el viaje, Azriel? ¿Qué es lo que has visto? —preguntó entonces satisfecho.

»—En primer lugar aprendí que era capaz de hacer lo que me ordenaste —respondí. Luego le expliqué lo que había visto y que las ciudades se asemejaban a trampas ideadas para atraer a los dioses del cielo a la Tierra.

»Mi observación pareció divertirle y despertar su interés.

»—Es como si hubieran sido diseñadas con el fin de atraer la atención de los dioses —continué — para que éstos cesaran de volar por los aires y aterrizaran, por poner un ejemplo, en el templo de Marduk o en la montaña, tal como tú dijiste. Yacen diseminadas sobre la tierra como manos abiertas en un gesto de invitación, o tal vez me equivoco, tal vez debería decir como unas espectaculares puertas de acceso a la Tierra, sí, unas puertas, ésa es la palabra que preferiría el sacerdote, sin duda: Babilonia, la puerta de los dioses.

»—Cada ciudad es una puerta para algún dios —replicó Zurvan en tono despectivo.

»—¿Quiénes eran los espíritus superiores que vi, los que mostraban una expresión alegre y no cesaban de trajinar de un lado para otro, los que pasaban a través de los espíritus medianos, esos que los muertos no alcanzaban a ver?

»—Como ya te he dicho —contestó Zurvan—, cada mago tiene su propia explicación para ese fenómeno, pero no hay que darle más vueltas. Lo que has visto es lo que hay. A medida que pase el tiempo verás muchas más cosas. Has contemplado tu poder y el respeto que infundes a los otros espíritus; los espíritus medianos, según los llamas tú, no podían herirte, ni tampoco los espíritus demoníacos, que son unos idiotas y se dejan intimidar con una simple mueca. Tú mismo has tenido ocasión de comprobarlo.

»—Pero ¿qué significa todo ello, amo?

»—Ya te lo expliqué ayer. Es cuanto somos capaces de saber en esta Tierra. Los espíritus jubilosos ascienden, los medianos ven, las almas pálidas y tristes de los muertos se convierten en los espíritus medianos, ¿y los demoníacos? ¿Quién sabe? ¿Eran todos humanos? No, no lo creo. ¿Tienen el poder de poseer y confundir a los hombres? Oh, sí, desde luego. Pero tú, el Sirviente de los Huesos, eras capaz de verlos en su debilidad, y no tienes nada que temer de ellos, ¿recuerdas? Si interceptan tu camino, apártalos de un empujón. Si pretenden invadir a un ser humano que se halla bajo tu protección, con el fin de penetrar en su cuerpo y animarlo con sus malévolas intenciones, extiende tu mano invisible, agarra el cuerpo invisible del invasor y arrójalo lejos de su víctima humana. —Zurvan emitió un profundo suspiro—. Necesito descansar —dijo—. Ha sido un largo y arduo viaje. Soy humano. Ve a dar un paseo por la ciudad. Camina bajo tu forma corpórea, camina como los hombres y contempla lo que contemplan ellos. No atraveses las puertas y los muros ni asustes a la gente, y si los espíritus tratan de atacarte aléjalos con tu ira y tus puños. Si me necesitas, llámame. Anda, ve a dar un paseo.

»Encantado ante esa perspectiva, me levanté y me dirigí hacia la puerta. Pero cuando me disponía

a salir de la habitación, la voz de Zurvan me detuvo.

»—Eres el espíritu más fuerte que he visto y conocido —dijo—. Tienes un aspecto espléndido con tus ropajes azules y dorados, con tu lustrosa cabellera que te alcanza los hombros. Eres visible, como una aparición, pero sólido; todo es posible para ti. Podrías convertirte en el instrumento perfecto del mal.

»—¡No quiero ser el instrumento del mal! —protesté.

»—Recuérdalo, y no lo olvides jamás. Fuiste creado de forma imperfecta por unos auténticos idiotas. En consecuencia, eres más fuerte de lo que cualquier mago podría imaginar o desear; posees lo que los hombres poseen...

»Yo rompí a llorar. Era el mismo llanto instantáneo e incontrolable que me había invadido anteriormente.

»—¿Un alma? —pregunté—. ¿Poseo un alma?

»—No conozco la respuesta a esa pregunta —contestó Zurvan—. Me refería a otra cosa. Posees libre albedrío.

»Zurvan se recostó sobre las almohadas y cerró los ojos.

»—Tráeme algo que no lastime a nadie.

»—Unas flores —respondí—; un bonito ramo de flores, de esa tapia, de esa verja y de este jardín.

»Zurvan soltó una risotada.

»—Sí, y sé amable con los mortales. No les hagas daño. Aunque te insulten, creyendo que eres mortal, no los lastimes. Sé paciente y amable con ellos.

»—Te lo prometo —contesté.

»Entonces me fui.



## 11

—Lo que Zurvan me enseñó durante los quince años sucesivos vino a ser un desarrollo elaborado de lo que yo había aprendido durante los tres primeros días. El hecho de que pueda recordarlos en estos momentos con tanta claridad después de todos esos siglos me llena de felicidad. Quiero explicarte los detalles. ¡Dios! El hecho de que recuerde haber estado vivo y luego muerto, de que sea capaz de relacionar un recuerdo con otro, es... es más misericordioso que una respuesta a mis oraciones.

Respondí que lo comprendía, pero no dije nada más porque estaba ansioso de que Azriel continuara su relato.

—Después de que Zurvan me dejara ir a pasear por la ciudad bajo mi forma humana, yo no regresé hasta que me llamó, lo cual sucedió hacia la medianoche o más tarde. Yo había cogido un enorme ramo de flores extremadamente delicadas, todas ellas distintas, que puse en un jarrón con agua sobre su mesa del estudio.

»Zurvan me pidió que le contara todo lo que había visto y hecho. Describí cada una de las calles de Mileto que había recorrido, le confesé que me había sentido tentado a pasar a través de objetos sólidos pero había recordado su prohibición, y que me había detenido un buen rato a contemplar los barcos en el puerto y a escuchar las lenguas que hablaban allí. Le dije que había sentido sed y que había bebido agua de una fuente sin saber lo que podía ocurrir, y que el agua había llenado mi cuerpo, no a través de unos órganos internos que yo no poseía, sino a través de cada fibra del mismo.

»Zurvan me escuchó con atención y luego preguntó:

»—¿Qué palabra utilizarás para definir todo cuanto has visto, o cada cosa por separado, como prefieras?

»—Espléndido —respondí al tiempo que me encogía de hombros—. Unos templos de una belleza increíble. ¡Y qué mármoles! He visto gente de todas las naciones. Jamás había visto tantos griegos juntos; me detuve para escuchar a un grupo de atenienses que discutían sobre filosofía, lo cual me pareció muy divertido y al mismo tiempo interesante, y por supuesto quise visitar la corte persa y me permitieron entrar en su templo y en su palacio, a buen seguro gracias a mi vestimenta y empaque; también paseé por las ciudadelas de reciente construcción en mi viejo mundo, y por los templos de los dioses griegos, cuyo diseño y blancura me complacieron, tanto como la vitalidad de los griegos, que son muy distintos de los babilonios.

»—¿Pero no hay nada que ardas en deseo de contarme? —preguntó mi amo—. ¿Algo que te enojara o te entristeciera?

»—Lamento decepcionarte, pero no se me ocurre nada. Todo lo que contemplé me pareció espléndido. Los colores de las flores, su aspecto. De vez en cuando vi a los espíritus, pero sólo tenía que cerrar los ojos, por decirlo así, para contemplar de nuevo un mundo brillante y pletórico de vida. Vi cosas que deseé poseer. Vi unas joyas muy bellas, y sabía que podía robarlas sin dificultad. De hecho, descubrí un pequeño truco: hice que las joyas acudieran a mí, situándome junto a ellas y deseándolo con todas mis fuerzas. Pero devolví lo que había robado. Y hallé dinero en mis bolsillos, que no sé cómo llegó hasta allí.

»—Yo lo puse allí —contestó el mago—. ¿Qué más? ¿No notaste ni sentiste nada más?

»—Los griegos poseen una naturaleza tan práctica como mi pueblo —respondí—. Quienquiera que sea mi pueblo... Pero creen en un código ético que no está relacionado con la adoración divina; no se trata simplemente de no oprimir a los pobres y de ayudar a los débiles, todo ello a mayor gloria de los dioses, sino de una confirmación de algo que es... es...

»—Abstracto —apostilló Zurvan—. Invisible y totalmente ajeno al egoísmo.

»—Justo. Hablan sobre leyes relativas a un comportamiento que no es religioso. Sin embargo, no poseen mayor conciencia. Saben ser muy crueles. Los mismo que todos los pueblos, ¿no es así?

»—Esto es suficiente de momento. Ya me has dicho lo que deseaba saber.

»—¿A qué te refieres? —pregunté.

»—Que no envidias a los vivos.

»—¿Y por qué había de hacerlo? He caminado durante todo el día y no siento la menor fatiga ni molestia, sólo un poco de sed. Nadie puede hacerme daño. ¿Por qué habría de envidiar a los vivos? Me compadezco de ellos, si lo único a lo que pueden aspirar es a convertirse en un torpe espíritu o demonio. Desearía que todos renacieran como yo, pero sé que todo cuanto veo es, ¿cómo lo expresaste?, sólo lo que hay, lo que pertenece a la Tierra. Además...

»—¿Sí...?

»—No recuerdo que yo estuviera vivo. Sé que me has dicho que yo estaba vivo, o quizá lo dijera yo mismo, o tal vez sea algo que ambos sabemos, y hablamos sobre esa maldita tablilla y la torpeza de quienes me asesinaron, pero no recuerdo haber estado vivo. No recuerdo haber sentido dolor ni haberme abrasado ni haberme caído ni haber sangrado. A propósito, tienes razón, no necesito poseer órganos internos. Y cuando me hago una herida puedo sangrar o no, según me convenga.

»—Supongo que te habrás dado cuenta de que muchos de los muertos que ves odian a los vivos —dijo Zurvan—. ¡Los odian!

»—¿Por qué?

»—Porque su existencia es lúgubre y débil, y ansían cosas que no pueden poseer. No pueden ser visibles ni mover objetos; sólo son capaces de revolotear por el mundo como abejas invisibles.

»—¿Qué ocurriría si me hiciera invisible —pregunté— y fuera a reunirme con los espíritus alegres, esos que siempre andan atareados y habitan en la atmósfera superior?

»—Hazlo y regresa a mí sano y salvo, a menos que encuentres el paraíso —respondió Zurvan.

»—¿Crees que es posible que lo halle?

»—No, pero jamás te negaría el paraíso o el cielo. ¿Se lo negarías tú a alguien?

»Obedecí de inmediato, desembarazándome por primera vez del peso de mi cuerpo y de mis ropas, no sin antes ordenar que aguardaran a que volviera a llamarlos.

»Salí al patio, busqué a los espíritus y comprobé que me rodeaban, formando un grupo compacto; al observarlos fijamente, los espíritus demoníacos me atacaron con ferocidad y tuve que luchar contra ellos para quitármelos de encima. Una y otra vez las almas errantes de los muertos me detuvieron con sus patéticas preguntas acerca de aquellos a quienes habían dejado atrás en el mundo de los vivos.

»Comprobé que esas almas errantes ocupaban tanto los niveles superiores como los inferiores, sólo que parecían más ligeras y fuertes, o al menos tenían mejor aspecto que las penosas, ciegas y angustiadas almas de los muertos que se arrastraban por la Tierra.

»Al alcanzar la atmósfera superior vi a los espíritus jubilosos, que se volvieron de inmediato hacia mí, llenos de asombro, y con suaves ademanes me instaron a que descendiera. Al instante me vi rodeado por ellos; muchos presentaban una forma indefinida pero refulgente, algunos tenían alas y otros lucían unas largas túnicas blancas, pero todos ellos me invitaron a abandonar su santuario. No había ira ni desprecio en su actitud; se limitaron a señalar hacia abajo y a decir que me fuera.

»—No, me niego a irme —protesté, pero cuando traté de ascender más alto vi que el camino estaba cubierto con sus cuerpos y durante unos instantes percibí, más allá del nutrido grupo de espíritus, una intensa luz que me cegó; acto seguido empecé a descender por los aires hasta que aterricé de nuevo bruscamente en la Tierra.

»Yacía en un lugar tenebroso, rodeado por los seres demoníacos que no cesaban de tirarme del pelo y arañarme, hasta que me disolví y los derroté con el solo gesto de zafarme de ellos; luego invoqué mi brazo derecho y mi brazo izquierdo y los empujé a un lado, maldiciéndolos en sus propias lenguas hasta ponerlos en fuga.

»Traté de orientarme. ¿Me hallaba debajo de la superficie terrestre? Lo ignoraba. Había caído en una turbia lóbreguez, una niebla a través de la cual era imposible ver nada material. Los espíritus que habían huido o permanecían junto a mí formaban parte de la polución y densidad de ese lugar.

»De pronto apareció a través de la niebla un espíritu poderoso, que tenía el aspecto de un hombre igual que yo, sonriendo de forma socarrona, y presentí de inmediato el peligro. El espíritu se abalanzó hacia mí, me agarró del cuello y los demonios me rodearon otra vez. Luché desesperadamente contra el espíritu, maldiciéndolo y afirmando que era impotente ante mí, y solté una serie de conjuros para ahuyentarlo, hasta que lo aferré por el cuello con la intención de estrangularlo y él imploró misericordia; el espíritu perdió su forma humana; luego echó a volar, transformándose en un ridículo velo, por decirlo así, y los demonios huyeron también.

»—Debo regresar junto a mi amo —dije.

»Cerré los ojos. Invoqué el nombre de mi amo, llamé al cuerpo y la ropa que aguardaban mis órdenes, y de golpe desperté en la silla griega que había en el estudio de mi amo; él estaba sentado ante su escritorio, con una rodilla alzada y el pie apoyado en un escabel, y tamborileaba con los dedos sobre la superficie del escritorio mientras contemplaba la escena.

»—¿Has visto dónde he estado y lo que he hecho? —pregunté.

»—Sólo en parte. Te vi ascender por los aires, pero los espíritus que habitan en la atmósfera superior no te permitieron pasar.

»—Así es, pero fueron muy amables conmigo. ¿Viste la luz que brillaba más allá de ellos?

»—No —confesó mi amo.

»—Debe de ser la luz del cielo —dije—, y sin duda desde allí desciende una escalera hasta la Tierra. Pero ¿por qué no pueden subir por ella todas las almas, incluso las que se sienten confundidas y furiosas?

»—Nadie lo sabe. No me hagas esa pregunta. Trata de descifrar tú mismo el misterio. Pero ¿por qué estás tan seguro de que existe esa escalera, una escalera destinada a ciertos espíritus? ¿Acaso es lo que prometen los zigurats, las pirámides o la leyenda del monte Meru?

»—No —respondí tras unos instantes de reflexión—. Aunque constituyen unas pruebas, desde luego. O cuando menos unos indicios. Lo sé por la expresión que mostraban los espíritus superiores... cuando me indicaron que me marchara. No había mezquindad, malicia ni rencor en ellos. No se pusieron a gritar como los guardianes de un palacio; se limitaron a apartarse para dejarme paso y me indicaron el camino que debía tomar... de regreso a la Tierra.

»Zurvan meditó en silencio. Yo estaba demasiado excitado para guardar silencio.

»—¿Viste el espíritu poderoso que me atacó? —pregunté—. ¿Uno que era de mi misma estatura y peso, y que sonreía y luego se abalanzó sobre mí?

»—No. ¿Qué pasó?

»—Lo agarré por el cuello, lo abatí y salió huyendo.

»—¡Pobre imbécil! —exclamó mi amo con una carcajada.

»—¿Te refieres a mí?

»—Me refiero a él —contestó Zurvan.

»—Pero ¿por qué no me habló? ¿Por qué no me preguntó quién era? ¿Por qué no me saludó como a un ser tan poderoso como él, en lugar de enzarzarse conmigo en una batalla?

»—Azriel, la mayoría de los espíritus no sabe lo que hace ni por qué lo hace —respondió mi amo—. Cuanto más tiempo permanecen vagando por la Tierra, menos cosas saben. El odio es una de sus características más acusadas. Ese espíritu se enfrentó a ti para poner a prueba su poder. Es posible que, de haberte derrotado, hubiera intentado esclavizarte entre los invisibles, pero no lo consiguió. Es muy probable que no sepa hacer nada más. Seguramente no sabe otra cosa que combatir, dominar y tratar de someter a otros espíritus. Muchos seres humanos viven de esa forma.

»—Lo sé de sobra —respondí.

»—Acércate a esa jarra de agua y bebe cuanto quieras —dijo Zurvan—. Puedes beber tanta agua como te apetezca. El agua hará que tu cuerpo espiritual, bajo cualquier forma, sea más fuerte. Esto es aplicable a todos los espíritus y fantasmas. Les encanta el agua y la humedad. Pero creo que ya te lo había dicho. Apresúrate. Quiero que hagas un recado.

»El agua tenía un sabor estupendo y bebí una cantidad que ningún mortal habría podido ingerir. Luego dejé la jarra sobre la mesa y me dispuse a obedecer las órdenes de mi amo.

»—Quiero que conserves tu cuerpo humano, que salgas al jardín a través del muro y luego regreses. Sentirás cierta resistencia. Pero no hagas caso. Estás formado por unas partículas distintas a las del muro, de modo que puedes atravesar las partículas del muro sin hacerte daño. Hazlo, repítelo una y otra vez hasta que seas capaz de atravesar cualquier cuerpo sólido sin vacilar.

»Aquello me resultó muy fácil. Atravesé puertas y muros de casi un metro de grosor; atravesé columnas. Pasé a través de los muebles. En cada ocasión sentí las partículas que formaban el objeto en cuestión, pero la penetración no era dolorosa y sólo tuve que hacer acopio de mi voluntad para

superar cualquier impulso natural de retroceder o renunciar a la empresa.

»—¿Estás cansado?

»—No —contesté.

»—Muy bien, éste es el primer encargo que te hago —dijo Zurvan—. Ve a la casa del comerciante griego Lisandro, que está situada en la calle de los escribas, roba todos los manuscritos que guarda en su biblioteca y tráemelos. Calculo que deberás hacer cuatro viajes. Adopta tu forma humana y no hagas caso de las personas que te vean; recuerda que para lograr que los pergaminos atraviesen la pared tienes que meterlos dentro de tu cuerpo, que ahora incluye el traje que llevas. Tienes que envolverlos en tu espíritu. Si te resulta demasiado complicado, entra y sal por las puertas. Si alguien pretende atacarte... recuerda que no pueden hacerte daño.

»—¿Debo defenderme hiriendo a quien me ataque?

»—No, a menos que esa persona posea algún poder para detenerte. En general, sus puñales y espadas te atravesarán sin causarte el menor daño. Pero si se apoderan de los pergaminos, que son unos objetos materiales, quizá debas deshacerte de ellos. Hazlo... con delicadeza. O como prefieras, según la ofensa que te haya infligido esa persona. Lo dejo en tus manos.

»Zurvan tomó su pluma y empezó a escribir. Pero al darse cuenta de que no me había movido, preguntó:

»—¿A qué esperas?

»—¿Quieres que robe?

»—Azriel, mi joven escrupuloso, mi espíritu recién nacido, todo lo que contiene la casa de Lisandro es robado. Lo consiguió todo cuando los persas pasaron por Mileto. Buena parte de la biblioteca me pertenecía. Es un hombre perverso. Si lo deseas puedes matarlo. No me importa. Pero vete de una vez y tráeme esos libros. Haz lo que te ordeno, y no pretendas llevarme la contraria en estas cuestiones.

»—Entonces ¿no me ordenarás nunca que robe al pobre, al tullido, al que sufre, o que intimide a los humildes?

»Zurvan clavó la vista en mí y contestó:

»—Azriel, ya hemos hablado de ello. Tus palabras suenan como una variante de esas pomposas inscripciones que aparecen grabadas a los pies de los reyes asirios.

»—No quería hacerte perder el tiempo formulándote preguntas más complejas —contesté.

»—Sólo me interesa el buen comportamiento —dijo Zurvan—. Trata de recordar mis lecciones. Yo incluso amo a esos fastidiosos molestos espíritus familiares que tengo en casa para que me sirvan, pero Lisandro es malvado y roba para enriquecerse, y ni siquiera sabe leer.

»La misión resultó bastante sencilla. Sólo tuve que golpear ligeramente a los sirvientes para hacer que salieran huyendo, y en tres viajes conseguí transportar toda la biblioteca ante mi amo. Lo difícil fue pasar a través de las puertas cargado con los voluminosos pergaminos. No podía envolverlos en mi espíritu y atravesar las partículas. Pero con la práctica fui mejorando. Aprendí algo que el mago no me había dicho: era capaz de hacer que mi cuerpo se agrandara y dilatara al atravesar objetos sólidos, como puertas y muros, lo cual me permitía envolver mejor los pergaminos, para recuperar luego el tamaño normal de un hombre mientras huía con mi botín.

»En mi último viaje atravesé la pared del estudio de Zurvan cargado con una gran cantidad de

manuscritos, haciendo que mi cuerpo adquiriera unas proporciones inmensas para luego contraerse y así depositar el botín sobre su escritorio.

»Zurvan me observó fijamente y entonces me di cuenta de una cosa. Desde que había llegado a su casa no había dejado de asombrarlo; un sentimiento que él disimulaba observándome fría y detenidamente. No mostraba el menor temor ante mí.

»—No te temo —dijo, como si adivinara mis pensamientos—, pero tienes razón; no tengo costumbre, ni como mago, ni como erudito ni como hombre, de poner cara de pasmado y empezar a dar voces.

»—¿Qué quieres que haga ahora, amo? —pregunté.

»—Regresa a los huesos y no salgas hasta que me oigas... hasta que me oigas llamarte. El hecho de que sueñe contigo o piense en ti no basta.

»—Lo intentaré, amo —respondí.

»—Si me desobedeces, me llevaré un desengaño; eres demasiado joven y poderoso para corretear por ahí sin freno ni control. Si tratas de salir de los huesos cada vez que piense en ti, lastimarás mi alma.

»Noté que las lágrimas acudían de nuevo a mis ojos.

»—Descuida, no lo haré, amo.

»Acto seguido penetré en los huesos. Antes de cerrar los ojos, por unos instante vi el cofre, que había sido trasladado a un escondrijo que se hallaba en la pared, pero enseguida comencé a sumirme en el sueño aterciopelado y pensé: “Lo amo, y deseo servirle”. Eso fue todo.

»A la mañana siguiente me desperté, pero no me moví. Permanecí largo rato yaciendo en la oscuridad, sin sentir nada físico, aguardando, y cuando oí que me llamaba respondí de inmediato.

»El mundo brillante de los vivos se abrió de nuevo a mi alrededor. Me encontraba sentado en el jardín, en medio de las flores, y Zurvan estaba tumbado en un diván, leyendo, despeinado y bostezando como si hubiera pasado la noche bajo las estrellas.

»—Esta vez esperé a que me llamaras —dije.

»—¿Entonces te despertaste antes de que yo te llamara?

»—Sí, pero esperé, para complacerte. Acabo de recordar algunas cosas hace unos momentos, y deseo hacerte una pregunta.

»—Pregunta. Si puedo contestar sinceramente no me inventaré la respuesta.

»Al oír sus palabras me eché a reír. En algún remoto lugar de mi mente, pese a mi estado de confusión, estaba convencido de que los sacerdotes y los magos eran unos redomados embusteros. Zurvan meneó la cabeza en señal de aprobación.

»—¿Cuál es tu pregunta?

»—¿Tengo un destino? —inquirí.

»—Qué pregunta tan extraña. ¿Qué te hace pensar que tenemos un destino? Hacemos lo que hacemos y luego nos morimos. Ya te lo he explicado. No existe sino un Dios Creador y su nombre no importa. Nuestro destino, el de todos los hombres, es amar y adquirir mayores conocimientos de las cosas que nos rodean. ¿Por qué ibas tú a ser distinto de los demás?

»—Precisamente, creo que yo tengo un destino especial, ¿no es así?

»—El creer en un destino especial es uno de los engaños más extendidos y perniciosos en los que

cae el ser humano. Criaturas tiernas e inocentes son apartadas de los pechos de las reinas para comunicarles que les aguarda un destino especial: gobernar Atenas, o Esparta, o Mileto, o Egipto, o Babilonia. ¡Qué estupidez! Pero sé lo que yace detrás de tu pregunta. Escúchame. Ve a buscar la tablilla cananea y tráemela. Si la rompes, tendré que repararla y te haré llorar.

»—Para ti es muy fácil hacerme llorar, ¿no es cierto?

»—Eso parece —contestó Zurvan—. Ve a buscar la tablilla. Hoy emprendaremos otro viaje. Si consigues llevarme a las estepas del norte, a las montañas entre las que se yergue altiva por encima de las otras la gran montaña de los dioses, también serás capaz de llevarme a otros lugares. Deseo regresar a mi tierra, a Atenas. Deseo caminar por Atenas. Ve, espíritu poderoso, y tráeme la tablilla. Apresúrate. La ignorancia no sirve de nada. No temas.

## 12

—Cogí la tablilla cananea, haciendo un esfuerzo por vencer la repugnancia y el odio que me inspiraba. Sentía un odio que me devoraba las entrañas. Estaba tan lleno de odio que durante unos momentos me quedé paralizado, incapaz de moverme. Oí la voz de Zurvan, advirtiéndome que tuviera cuidado y no rompiera la tablilla. La escritura era muy pequeña, me recordó, y si se desprendía siquiera un diminuto fragmento no sería posible descifrar todo el mensaje, que era importante que yo conociera.

»—¿Por qué? —pregunté. Señalé los almohadones que había dentro de la estancia y pedí permiso para sacar uno al jardín con el fin de sentarme a sus pies sin ensuciarme la ropa. Zurvan asintió con la cabeza.

»Crucé las piernas. Mi amo se hallaba en el diván, con una rodilla alzada, su postura favorita, mientras sostenía la tablilla bajo la luz del sol para poder leerla cómodamente. Recuerdo esta escena con toda claridad, quizá porque el muro era blanco y estaba cubierto de flores rojas, y el vetusto olivo de tronco retorcido tenía numerosas ramas, y la hierba que asomaba entre los losetas de mármol del jardín era suave y mullida. Me encantaba deslizar la palma de la mano sobre la hierba. Me encantaba apoyar la palma de la mano sobre el mármol y notar el calor del sol.

»Recuerdo a Zurvan con amor, ataviado con su larga y holgada túnica griega, un tanto raída en el dobladillo, del que colgaban unos hilos de oro; el mago mostraba un aspecto enjuto y satisfecho e intemporal mientras sus ojos azules escrutaban la tablilla, que de vez en cuando se acercaba al rostro y luego alejaba para enfocarla correctamente. Creo que leyó cada una de las minúsculas palabras que aparecían grabadas en ella, en sus largas y estrechas columnas cuneiformes. Yo la odiaba.

»—Huiste al mundo de los espíritus, a manos de unos idiotas —comentó Zurvan—. Éste es un viejo encantamiento cananeo destinado a invocar a un poderoso espíritu maligno, un sirviente del mal tan poderoso como los espíritus del mal que son enviados a la Tierra por Dios. Solían utilizarlos los magos para crear un *mal'ak*, tan potente como el *mal'ak* que envió Yahvé para matar al primogénito de los egipcios.

»Me quedé tan perplejo que no respondí. Conocía muchas traducciones de la historia de la huida de Egipto y había visto una imagen del *mal'ak*, el refulgente ángel de la ira de Dios.

»Esta información era considerada peligrosa por los cananeos y decidieron sellarla en esa tablilla, si la fecha es correcta, hace mil años. Se trataba de magia negra, una magia maléfica, como la de la bruja de Endor, que invocó al espíritu de Samuel para que hablara con el rey Saúl.

»—Conozco esas historias —dije con suavidad.



»—El mago creaba su propio *mal'ak*, que podía ser tan poderoso como Satanás o el ángel caído del mal que había participado del poder del propio Yahvé.

»—Comprendo.

»—Las reglas son muy estrictas. El candidato a convertirse en un *mal'ak* debe ser absolutamente perverso, enemigo de Dios y de la bondad, un ser que ha renegado de Dios por despecho hacia su crueldad para con el hombre y las injusticias que permite que se cometan en la Tierra. El candidato a *mal'ak* debe ser un individuo o ente que esté cegado por la furia, perverso y resuelto a luchar contra Dios. Debe ser capaz de enfrentarse en un mano a mano a cualquier Ángel del Señor y luchar contra él hasta derrotarlo.

»—¿Te refieres a ángeles bondadosos? —pregunté.

»—Sí, bondadosos y maléficos; tú estabas destinado a ser uno de esos ángeles. Eres un *mal'ak*, lo cual no tiene nada que ver con un espíritu corriente. Pero, como te he dicho, el ser que se convierta en un *mal'ak* debe ser profundamente malvado, debe estar furioso con Dios y dispuesto a querer servir al espíritu rebelde que anida en la humanidad, el que se niega a aceptar las normas de Dios. Este espíritu no ha sido creado para servir a un diablo o un demonio, sino para convertirse él mismo en un diablo o demonio.

»Las palabras de Zurvan me dejaron estupefacto.

»—Pareces un poco joven para haber sido tan perverso... al menos en la forma que tú mismo has elegido, que parece en efecto la emanación de lo que eras cuando estabas vivo. ¿Eras tan perverso? ¿Odiabas a Dios?

»—No, al menos no recuerdo que lo odiara. En cualquier caso, no era consciente de ello.

»—¿Elegiste por propia voluntad convertirte en el Sirviente de los Huesos?

»—No. Estoy seguro de ello.

»—Una torpeza tras otra. No eras perverso, no deseabas convertirte en un *mal'ak* y no juraste servir al dueño de los huesos, ¿me equivoco?

»—¡No!

»Traté de recordar. Me resultaba muy difícil, pues el pasado aparecía en mi mente con claridad para esfumarse al cabo de unos instantes. Aun así, podía remontarme a la escena en la alcoba de Ciro; recordaba que él me había enviado a casa de Zurvan y recordaba algo que había sucedido con anterioridad a eso... un sacerdote que yacía muerto en el suelo.

»—Yo maté al que iba a ser mi amo —dije—. Lo maté; la muerte me rodeaba y yo estaba moribundo cuando fui creado. Sólo quedaba una llamita dentro de mí. Estaba a punto de morir. Es posible que hubiera descendido la escalera que conduce al cielo, o quizá yo hubiera ascendido hacia la luz y hubiera formado parte de ella. Ignoro lo que ocurrió. En cualquier caso, no estaba dispuesto a convertirme en el Sirviente de los Huesos; traté de escapar... Recuerdo que eché a correr y pedí auxilio, afirmando que se trataba de una maldición cananea, pero no recuerdo a quién recurrí. Sólo sé que después entré con el saco de huesos en la alcoba del rey.

»—Eso me dijo Ciro. Bien, según esto, se supone que eras un experto en materia de maldad y crueldad antes de ser elegido, que suplicaste que se te concediera el privilegio de una vida eterna idéntica a la de los ángeles de Dios, y que estabas dispuesto a soportar una muerte atroz. En el momento en que ya no pudieras resistir el dolor, tu espíritu se habría separado del cuerpo y habría

contemplado cómo tu cuerpo se desintegraba en la caldera hasta quedar reducido a un montón de huesos. Pero eso sólo sucedería cuando ya no pudieras resistir el dolor, pues tenías que soportar la caldera de oro hirviendo durante el tiempo necesario a fin de perfeccionar tu odio hacia Dios por haber creado al hombre como un ser sensible. Sólo entonces habrías sido capaz de escapar de la caldera, consciente del poder de tu triunfo sobre la muerte, y de tu odio hacia Dios, que había creado la muerte, y de tu deseo de ser un *mal'ak* tan poderoso como el implacable corazón de Yahvé cuando se volvió contra aquellos a quienes Saúl o David o Josué debían matar.

»—Debías ser el vengador de Adán y Eva —prosiguió Zurvan—, los cuales fueron embaucados por tu Dios. ¿Tiene eso algún sentido para ti?

»—Fue una torpeza de principio a fin, tal como has dicho. No recuerdo que me sumergieran en la caldera, sino sólo un terrible pavor, pavor a no ser capaz de resistirlo. Creo que escapé de mi cuerpo antes de sentir dolor, pues no lo habría soportado; estaba confuso, rodeado por unos seres débiles y egoístas. Toda grandeza había desaparecido. Toda majestad. Yo había hecho algo, algo que los otros deseaban que hiciera, algo terrible y perverso, y me sentía confundido.

»—¿Había algo majestuoso en ese acto terrible y perverso que cometiste?

»—Sí, creo que sí. Recuerdo una sensación de gran sacrificio, de voluntad de cumplir con mi misión. Recuerdo unos pétalos de rosa y una muerte lenta, como si me hundiera en el sueño, cuyo peor tormento era saber que era irrevocable y que llevaría cierto tiempo, pero que nada ni nadie lograrían detenerla. No sé por qué he empleado la palabra majestad. ¿Qué te contó Ciro sobre mí?

»—No lo suficiente. Pero, según esta tablilla, nada puede destruirte. Si los huesos son destruidos, recorrerás el mundo vengándote de todo ser vivo, como la peste.

»Me embargó de golpe una desesperación que resultaba imposible de experimentar para el espíritu que yo había sido horas atrás. Al ascender hacia los espíritus jubilosos, y ver el resplandor de luz, no conocía la desesperación, o la conocía en la misma medida que un niño a quien prohíben comerse unas golosinas. Sin embargo, ahora la conocía bien.

»—Deseo morir —musité—. Deseo morir tal como lo hubiera hecho antes de que me hicieran esto esos malditos imbéciles; antes de que ellos llevaran a cabo este salvaje experimento. ¡Idiotas! ¡Dios mío!

»—¿Morir? —preguntó Zurvan—. ¿Y vagar entre las estúpidas almas de los muertos? ¿Convertirte en un demonio que no cesa de gruñir entre los otros espíritus, en el pestilente enemigo de toda bondad, en un generador de muerte y tormento?

»—No, tan sólo morir, morir como si yaciera en brazos de mi madre, reposar en las entrañas de la Madre Tierra, y si me convierto en luz y existe el cielo mejor que mejor, pero en caso contrario, sólo deseo morir, simplemente, y que siga vivo en el recuerdo de todos lo bueno que haya podido hacer, cualquier acto de bondad y amor, y...

»—¿... y qué?

»—Iba a decir que deseaba ser recordado por los actos que hubiera realizado para honrar a Dios, pero eso ya no me importa. Tan sólo deseo morir. Prefiero que Dios me deje en paz. —Me levanté y miré a Zurvan—. ¿Te dijo Ciro quién era yo cuando vivía? ¿Cómo llegó a conocerme?

»—No, tú mismo puedes leer sus cartas. Sólo dijo que poseías una fuerza demasiado potente para cualquier mago que no fuera yo, y que te debía un gran favor, pues él era el responsable de tu muerte.

—Zurvan se detuvo, pensativo, y se acarició la barba—. Por supuesto, el rey de todo el mundo no va a confesar en una carta que tenía miedo de un espíritu y que deseaba sacárselo de encima como fuera, pero digamos que la carta lo dejaba traslucir. “No puedo controlar a ese espíritu. No me atrevo a hacerlo. Y, sin embargo, le debo mi reino”. ¿Te dice algo esta frase?

»—No recuerdo que me deba nada. Recuerdo que le pedí... recuerdo...

»—¿Sí?

»—Que todos me abandonaron.

»—Esos idiotas no han creado un demonio, sino algo más parecido a un ángel.

»—Un ángel poderoso —dijo—. Tú mismo utilizaste esas palabras. Al igual que Ciro. Y Marduk... —Me interrumpí bruscamente. Impresionado por el nombre de Marduk, que sin embargo ahora carecía de sentido para mí y no comprendía qué tenía que ver con lo que estaba diciendo.

»—¿Marduk, el dios de Babilonia? —preguntó Zurvan.

»—No te burles de él, pues sufre mucho —respondí, asombrado de haber pronunciado esas palabras.

»—¿Deseas vengarte de quienes te hicieron esto?

»—Ya me he vengado. No recuerdo a nadie que no esté muerto. Fue cosa del sacerdote, él... y la vieja, ella también murió; era una bruja, una pitonisa. No recuerdo... Sólo sé que Ciro podía ayudarme y yo sabía que tenía el derecho de entrar en su alcoba y exigirle que me escuchara. No, no deseo vengarme. No. No recuerdo nada con la suficiente intensidad como para desearlo, ni tampoco deseo vivir. Sólo deseo... morir... descansar, dormir, yacer en la fragante tierra... O contemplar la luz mientras me fundo con ella, una diminuta chispa de la luz de Dios que regresa a su llama. Ansío la muerte... más aún que la luz. Tan sólo la quietud de la muerte.

»—De modo que deseas morir —dijo Zurvan—. No lo deseabas cuando fuiste a pasear por Mileto, ni cuando visitaste los dominios de los espíritus, ni cuando me trajiste los pergaminos. Ni tampoco cuando te sentaste por primera vez en este jardín y acariciaste la hierba.

»—Eso es porque eres un buen hombre —contesté.

»—No, eso es porque tú eres un buen hombre. O lo fuiste. La bondad sigue resplandeciendo en ti. Las almas sin memoria son peligrosas. Tú recuerdas... pero sólo recuerdas el bien.

»—No, te dicho cuánto los odiaba...

»—Sí, pero ya no existen, se están alejando rápidamente de ti. No eras capaz de recordar sus nombres ni sus rostros... no los odias. Sin embargo, recuerdas el bien. Anoche, me dijiste que habías hallado oro en tus bolsillos. ¿Qué hiciste con él? No me lo has contado.

»—Se lo di a unos pobres, a una familia de mendigos, para que pudieran comer. —Alargué la mano y cogí un puñado de hierba que brotaba entre las losas de mármol. Contemplé maravillado las tiernas y verdes briznas—. Tienes razón. Recuerdo el bien, o al menos lo conozco. Lo conozco, lo veo, lo siento...

»—En ese caso te enseñaré todo lo que pueda —dijo Zurvan—. Viajaremos. Iremos a Atenas y a Egipto. No conozco bien Egipto. Deseo ir. Utilizaremos la magia para viajar. Otras veces nos desplazaremos de forma natural, pues eres un guardián fuerte y poderoso. Pero debes recordar todo cuanto te enseñe; tu debilidad consiste en alejarte del dolor a través del olvido, y cuando yo muera, sentirás dolor.

»Zurvan guardó silencio, como si las lecciones hubieran terminado por el momento, y cerró los ojos. Pero yo quería formularle otra pregunta.

»—Hazla antes de que me quede dormido.

»—¿Esos cananeos que concibieron esta maldición eran hebreos?

»—En realidad, no —contestó Zurvan—. No eran unos hebreos como tú. Su Yahvé era uno entre tantos dioses, sólo que más fuerte, un dios de la guerra. Se trataba de un pueblo antiguo que creía también en otros dioses. ¿Te alegra saberlo?

»Yo estaba distraído.

»—Sí, supongo que sí —contesté—. Pero ahora no pertenezco a ninguna tribu. Mi destino es pertenecer al mejor de los amos, pues sin él corro el riesgo de olvidarlo todo, de empezar a vagar como las almas errantes... Tal vez cese de ver, oír y sentir... Pero no deseo permanecer muerto, sólo a la espera de que alguien invoque mi nombre.

»—No viviré mucho tiempo —declaró Zurvan—. Te enseñaré todos los trucos que conozco y que puedes realizar gracias a tu inmenso poder; te enseñaré a engañar a la gente mediante toda clase de trucos de prestidigitación y efectos ópticos, y a echar una maldición con palabras y actitudes... No tiene mayor secreto... Recuerda, palabras, actitudes... Nos movemos en el terreno de lo abstracto, no de lo concreto. Podrías arrojar una maldición sobre unos barriles de trigo si pronunciaras las palabras adecuadas, ¿comprendes? Yo te enseñaré y tú me escucharás, y cuando muera...

»—¿Sí...?

»—Veremos lo que el ancho mundo es capaz de enseñarte.

»—No esperes demasiado de mí —advertí a Zurvan mirándole a los ojos, cosa que había hecho rara vez desde que me había presentado en su casa—. Me preguntas qué es lo que recuerdo. Pues bien, recuerdo haber matado a los beduinos, lo cual me produjo una gran satisfacción. No tanto como coger flores, pero el hecho de matarlos... No existe nada en el mundo comparable a esa sensación.

»—En cierto sentido te comprendo —respondió mi amo—. Pero es preferible amar... ser bueno. Cuando matas, destruyes un universo de creencias, sentimientos y generaciones en esa persona a quien has matado. Pero cuando practicas el bien, es como lanzar una piedrecita en el océano y provocar unas ondas que perduran eternamente, y ninguna ola, ni en Italia ni en Egipto, es idéntica. La bondad contiene mucho más poder que el acto de matar. Pero ya lo averiguarás con el tiempo.

»Zurvan se quedó pensativo unos instantes, y luego concluyó las lecciones del día con las siguientes palabras:

»—Todo depende de cómo seas capaz de medir esas cosas. Cuando matas a un hombre, no comprendes todo lo que ese acto encierra, al menos no en aquel momento. Sientes que la sangre te hierve, pues aunque eres un espíritu estás formado como un hombre. Pero cuando practicas el bien, puedes verlo..., puedes ver sus consecuencias, y eso es más importante que el deseo de matar. La bondad resplandece; es... innegable. Cuando fuiste a dar un paseo viste la bondad reflejada en los rostros de la gente, ¿no es así? Nadie trató de lastimarte. Ni siquiera los guardias de palacio, que te dejaron pasar. ¿Crees que fue debido a tu vestimenta y a tu empaque? ¿O fue porque les sonreíste, porque tu rostro expresaba buena voluntad? Cada vez que has regresado junto a mí se te veía feliz, y tu espíritu, al margen de quién o cómo se formara, posee una gran capacidad de amar.

»Yo no respondí.

»—¿En qué estás pensando? —preguntó Zurvan—. Dímelo.

»—En los beduinos —contesté—. En lo mucho que disfruté matándolos.

»—¡Qué testarudo eres! —exclamó mi amo.

»Luego cerró los ojos y se quedó dormido. Yo permanecí sentado, observándolo, y al poco rato me quedé también dormido, dentro de mi cuerpo, escuchando el murmullo de las flores junto a mi oído, y contemplando de vez en cuando las ramas del olivo y los pájaros que se posaban en ellas, y los sonidos lejanos de la ciudad me parecían música. Soñé con jardines, y luz, y árboles frutales y espíritus jubilosos cuyos semblantes expresaban amor.

»En mis sueños las imágenes se entretejían con estas palabras: “Y te ofreceré los tesoros de la oscuridad, y las riquezas ocultas de los lugares secretos; para que sepas que yo, el Señor, que te he llamado por tu nombre, soy el Dios de Israel... Yo formo la luz, y la oscuridad, creo la paz, y creo el mal...”.

»Abrí los ojos, pero entonces conocía unos versos más dulces, de modo que me sumí en un letargo formado por canciones y sauces que oscilaban mecidos por la brisa.

## 13

—Durante quince años viajé con Zurvan. Le obedecí en todo. Era rico, como ya te he explicado, y muchas veces expresó el deseo de viajar como hacen los hombres normales, y nos dirigimos a Egipto en barco, y luego regresamos a Atenas y fuimos a otras ciudades que él había visitado en su juventud y había temido no volver a ver.

»Casi nunca revelaba que era un mago, aunque de vez en cuando alguien lo reconocía. Y cuando lo llamaban para que curara a un enfermo, se afanaba en conseguirlo. En todos los lugares que visitamos compraba o hacía que yo pidiera prestados, o incluso robara, tablillas y pergaminos que contenían inscripciones mágicas, que él estudiaba, me leía y me obligaba a memorizar, reforzando así su convicción de que toda magia era más o menos la misma.

»El hecho de que sea capaz de recordar esos años con meridiana claridad es una suerte, pues del período entre su muerte y el presente guardo escasos recuerdos claros y precisos. Sé que hubo momentos después de la muerte de Zurvan en que me despertaba sin memoria y servía a mis amos por aburrimiento; a veces observaba cómo se destruían y me parecía divertido, y de vez en cuando les arrebatava los huesos y se los llevaba a otro. Pero son recuerdos vagos, imprecisos, que carecen de sentido.

»Zurvan estaba en lo cierto: mi respuesta al dolor y al sufrimiento consistía en olvidar. Los espíritus son muy propensos a olvidar. Lo que induce los recuerdos en el hombre son la carne y la sangre, las necesidades corporales. Y cuando éstas están ausentes, resulta más agradable no recordar nada en absoluto.

»Antes de morir Zurvan mandó fabricar un cofre más sólido para los huesos. Hizo que lo fabricaran con una madera muy resistente, revestida por dentro y por fuera con oro, y que confeccionaran un espacio para que los huesos yacieran perfectamente dispuestos, en la posición de un niño dormido. Encargó el trabajo a unos carpinteros, porque el trabajo de sus espíritus familiares no era lo bastante preciso y no acababa de convencerle. Quienes conocen el mundo material trabajaban con un mayor respeto hacia éste, me aseguró Zurvan.

»En el exterior de ese cofre, que consistía en un rectángulo lo bastante largo para contener mi esqueleto, grabó el nombre de lo que yo era y cómo debía ser llamado, así como la severa advertencia de que jamás debía ser utilizado para hacer el mal, pues de lo contrario el mal se abatiría sobre la persona que lo había provocado. También añadió que quienquiera que poseyera los huesos no debía destruirlos, ya que perdería el control sobre mí.

»Escribió todo esto en forma de un encantamiento y una profecía sagrada en numerosas lenguas

por todo el cofre.

»También grabó en él un símbolo o letra hebrea que significa “vida”.

»Me alegro de que hiciera esto, porque su muerte sobrevino de forma inesperada. Murió mientras dormía, y nadie me invocó hasta que su casa en Siracusa fue asaltada por unos ladronzuelos y gentes de la aldea que sabían que mi amo no tenía parientes, y por tanto no temían a las represalias. Como Zurvan no había dejado unos demonios para que custodiaran su cuerpo, registraron la casa, hallaron el cofre, hicieron unos comentarios sobre los huesos y me desperté.

»Maté a todos los presentes, incluso a un niño que estaba revolviendo las ropas de Zurvan. Los liquidé a todos. Aquella noche, los aldeanos acudieron a prender fuego a la casa del mago a fin de ahuyentar a las fuerzas del mal. Yo me alegré de ello, pues sabía que Zurvan, siendo como era griego de nacimiento, aunque no perteneciera a ninguna nación ni tribu, deseaba que sus restos fueran incinerados, y yo los había dispuesto en la casa de forma que ardieran al instante.

»Regresé a Mileto y luego me dirigí a Babilonia, aunque no recordaba qué me había impulsado a ir allí. Lloré la muerte de Zurvan. Sólo pensaba en él. Sufrí día y noche, invisible, bajo mi forma humana, temeroso de regresar a los huesos para descansar y no poder salir jamás de ellos, de modo que atravesé las arenas del desierto cargado con el cofre que contenía mi esqueleto.

»Por fin llegué a la ciudad de Babilonia, pero ésta despertó tal odio y repulsión en mí que cada paso que daba me producía un intenso sufrimiento. No vi nada que propiciara recuerdos de tiempos pasados, sólo sentimientos. Partí al poco tiempo y regresé a Atenas, el lugar de nacimiento de Zurvan. Tras hallar una casita, cavé un lugar seguro para los huesos debajo de ella y regresé a los huesos para descansar. Estaba rodeado por la oscuridad más impenetrable.

»Me desperté mucho más tarde con unos recuerdos vagos de Zurvan, aunque recordaba todas sus enseñanzas; pero me hallaba en otro siglo. Es posible que siempre recordara sus enseñanzas. Creo que ahí radica la clave de mi posterior rebeldía, en el hecho de que recordara sus enseñanzas y no soportara que fueran desvirtuadas.

»Sea como fuere, el caso es que desperté de mi letargo en Atenas. Los soldados de Filipo II de Macedonia habían atacado Atenas y derrotado a los griegos, y Filipo *el Bárbaro*, como lo llamaban, saqueó la ciudad, y alguien desenterró los huesos.

»Al despertarme me hallé en la tienda de campaña de un mago macedonio, el cual me contempló tan estupefacto como yo a él.

»No recuerdo casi nada de él. Tan sólo recuerdo la vibrante cualidad del mundo, la agradable sensación de volver a ser un cuerpo sólido, de notar el sabor del agua, y el deseo de convertirme en un ser vivo, aunque fuera sólo una imitación. Por otra parte, sabía que poseía una gran fuerza, cosa que oculté a mi amo, dedicándome tan sólo a obedecer sus inútiles y estúpidas órdenes. Era un mago de poca categoría.

»De éste pasé a manos de otro amo, y luego a otro. Mi siguiente recuerdo lo suscitó en mí Gregory Belkin. A raíz de ello recordé que me encontraba en Babilonia por la época en que falleció Alejandro Magno, si bien no sé cómo llegué hasta allí ni a quién serví. Pero recuerdo que me vestí, transformando mi cuerpo en el de un soldado de Alejandro a fin de desfilar ante su lecho y verle hacer un gesto con la mano en señal de que se moría.

»Recuerdo a Alejandro postrado en su lecho, rodeado de un aura tan brillante como la de *Ciro el*

*Persa.* Pese a estar moribundo, era muy hermoso y mostraba una mirada extraña. Era como si se observara a sí mismo morir, sin oponer ninguna resistencia. No se aferraba a la vida. Sabía que había llegado el fin. No recuerdo que Alejandro supiera que había pasado un espíritu junto a su lecho, puesto que yo presentaba una forma sólida y completa. Sin embargo, recuerdo que regresé junto a mi amo para relatarle la experiencia. Sí, el conquistador del mundo agonizaba, y mi amo, que era un anciano griego, rompió a llorar. Recuerdo que le rodeé los hombros con un brazo para consolarlo.

»No recordaría todos esos detalles de no haber oído a Gregory pronunciar el nombre de Alejandro con vehemencia en Nueva York, afirmando que era el único hombre que había conseguido transformar el mundo.

»Podría esforzarme en recordar a otros amos..., sacar del puchero de la memoria fragmentos y retazos de mi vida junto a ellos. Pero no percibo ninguna dignidad, magia ni grandeza que me inciten a recordarlos. Yo era un simple recadero, un espíritu al que enviaban a espiar, robar y a veces a matar. Recuerdo haber matado, pero no que eso me produjera remordimientos de conciencia. No recuerdo haber servido a ningún amo que fuera irremisiblemente perverso, pero sí haber matado a dos amos, tras ser invocados por ellos, porque eran malvados.

»Sin embargo, como he dicho, son unos recuerdos muy vagos. A quien sí recordé con nitidez hace dos semanas, cuando me desperté en las frías calles de Nueva York para presenciar el asesinato de Esther Belkin, es a mi último amo, Samuel de Estrasburgo, llamado así en honor del profeta, por supuesto.

»Samuel era un líder y un mago entre los judíos de Estrasburgo. Sólo recuerdo haberlo amado a él y a sus cinco bellas hijas, pero no los pormenores del comienzo y el fin del período que pasé junto a él, sino sólo los últimos días en que la peste se había propagado, cuando la ciudad estaba sumida en el caos, y los poderosos gentiles nos aconsejaron a los judíos que nos fuéramos, pues las autoridades locales se veían incapaces de protegernos de las airadas masas.

»Veo ante mis ojos, con toda claridad, la imagen de la última noche. Samuel era el único que quedaba en la casa. Sus cinco hijas habían sido sacadas de Estrasburgo para conducir las a un lugar seguro, y yo me hallaba sentado junto a él en la sala de estar de su casa, una casa magnífica, dicho sea de paso, y mi amo me comunicó que nada de lo que yo hiciera o dijera lograría obligarlo a huir de la muchedumbre.

»Muchos judíos pobres no consiguieron escapar a los hechos que estaban a punto de producirse. Samuel, ante mi asombro, estaba convencido de que alguien de su tribu o su clan iba a necesitarlo en aquella trágica hora, y por tanto él debía permanecer en la ciudad.

»Yo estaba desesperado y no cesaba de golpearme las rodillas con los puños, de desaparecer y reaparecer al cabo de unos minutos para informarle de que el barrio estaba rodeado, de que todos los habitantes del distrito morirían abrasados.

»La historia del mundo no encerraba ningún misterio para mí, ni tampoco Samuel; yo conocía perfectamente el carácter de aquel hombre; le había conseguido grandes cantidades de oro; había espiado sus conexiones en el mundo del comercio y la banca; yo constituía la fuente de su inmensa riqueza. No había matado a nadie por orden suya, porque jamás se le había ocurrido algo tan burdo; era un comerciante judío, un banquero judío, inteligente, querido y respetado por la comunidad de los gentiles por sus bajos intereses y su talante razonable a la hora de saldar las deudas. ¿Un hombre



bueno? Sí, pero apegado a las cosas materiales, aunque un poco místico; y en esos momentos se hallaba sentado en su sala de estar, mientras la muchedumbre y el fuego se aproximaban, mientras la ciudad de Estrasburgo se convertía en un infierno a nuestro alrededor, negándose de forma serena pero rotunda a abandonarla.

»—Existen varias formas de salir de esta ciudad, yo te acompañaré —dije.

»Ambos sabíamos que debajo de la casa, que se hallaba en el distrito judío, había unos túneles que conducían fuera de las murallas. Es cierto que eran muy antiguos, pero yo pude haberlo guiado a través de ellos, o bien utilizar mi poder para conducirlo hacia arriba, invisible a través de los aires.

»—¿Qué vas a hacer, amo? ¿Dejar que te maten? ¿Dejar que te despedacen vivo? O morirás abrasado por el fuego que se precipitará sobre ti desde ambos extremos de la calle, o bien la multitud te arrancará tus sortijas y tus ropas antes de acabar contigo. ¿Por qué has elegido morir, amo?

»Samuel me había ordenado veinte veces que guardara silencio y regresara a los huesos. Pero yo me negué. Por fin dije:

»—No permitiré que te maten. Te sacaré de aquí, a ti y a los huesos.

»—Calla, Azriel —protestó mi amo—, aún hay tiempo.

»Luego dejó el libro que estaba leyendo, un volumen de su querido Talmud, y sus libros de la Cábala, de los que había extraído buena parte de los sortilegios mágicos que utilizaba, y aguardó, sin apartar la vista de la puerta.

»—¿Qué será de mí, amo? —pregunté. Mi recuerdo de este momento es exquisito—. ¿Qué es lo que va ocurrir? ¿Hallarán los huesos fuera del cofre? ¿A dónde iré, amo?

»A juzgar por su expresión de asombro, debía de ser la primera vez que yo le formulaba una pregunta tan egoísta. Samuel se despertó del trance en el que parecía hallarse sumido, con los ojos fijos en la puerta, y me miró.

»—Amo, cuando mueras, ¿no podrías llevarte mi espíritu contigo? —pregunté—. ¿No podrías llevar a tu leal sirviente hacia la luz?

»—Oh, Azriel —replicó con fastidio—. ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza, estúpido espíritu? ¿Quién crees que eres?

»El tono de su voz me enfureció. La expresión de su rostro me enfureció.

»—¿Vas a dejar que me abraze hasta quedar reducido a un montón de cenizas, amo? ¿Vas a dejar que caiga en manos de los saqueadores? ¿No podrías sujetar mi mano mientras te matan, si eso es lo que pretendes, no podrías cogerme de la mano y llevarme contigo? Llevo treinta años sirviéndote, te he hecho rico, a ti y a tus hijas. ¡Amo! ¿Vas a dejarme aquí? El cofre se quemará. Los huesos se quemarán. ¿Qué va a ser de mí?

»Samuel me miró confundido y avergonzado. En aquel momento se abrió la puerta de la casa y aparecieron dos comerciantes y banqueros gentiles, a quienes yo conocía, elegantemente vestidos. Ambos parecían muy preocupados.

»—Debemos apresurarnos, Samuel —dijeron—. Han comenzado a prender fuego junto a las murallas. Están matando a todos los judíos. No podemos ayudarte a escapar.

»—¿Acaso os he pedido que me ayudéis? —preguntó Samuel en tono despectivo—. Quiero pruebas de que mis hijas se hallan a salvo.

»Los comerciantes le entregaron una carta. Vi que estaba escrita por uno de los numerosos

prestamistas en quien Samuel confiaba a ciegas, el cual se hallaba en Italia, en lugar seguro. La carta confirmaba que sus hijas habían llegado allí sin sufrir ningún percance, describía el color del vestido de cada una de ellas, su cabello y la palabra especial que su padre les había pedido que le transmitieran una vez que estuvieran a salvo.

»Los gentiles estaban aterrorizados.

»—No hay tiempo que perder, Samuel. Si estás decidido a morir aquí, cumple tu palabra. ¿Dónde está el cofre?

»Esas palabras me dejaron perplejo. Sin embargo, no tardé en comprender su significado. Mi amo me había traicionado a cambio de la vida de sus hijas. Ninguno de aquellos hombres podía verme, pero sí vieron el cofre con mis huesos, el cual yacía entre los libros de la Cábala. Al abrir el cofre vieron que contenía mis huesos.

»—Amo —murmuré—, no puedes entregarme a esos hombres. Son gentiles. No son magos ni hombres importantes.

»Samuel me contempló atónito.

»—¿Hombres importantes? ¿Cuándo te he dicho que yo fuera un hombre importante, o siquiera un buen hombre, Azriel? ¿Acaso me lo preguntaste?

»—¡En nombre del Señor Dios de las Hostias! —exclamé—. He hecho cuanto podía por ti, por tu familia, tus mayores y tu sinagoga. ¿Qué más quieres que haga, Samuel?

»Los dos gentiles cerraron el cofre.

»—Adiós, Samuel —dijeron mientras uno de ellos estrechaba el cofre contra su pecho. Luego ambos salieron precipitadamente de la casa. A través de la puerta vi el resplandor del fuego. Percibí un olor a humo. Oí los gritos de la gente.

»—¡Eres un hombre perverso! —grité, maldiciendo a mi amo—. Crees que Dios te perdonará porque el fuego purifica y me has vendido a cambio de unas monedas de oro.

»—Lo hice por mis hijas, Azriel. Me asombra la potencia de tu voz, espíritu, ahora que casi ha llegado el fin.

»—¿El fin de qué? —inquirí.

»Pero ya lo sabía. Oí las voces de los otros llamándome, las voces de quienes se habían apoderado de mis huesos. Estaban al otro lado de las murallas de la ciudad. En mi interior hervía el odio y el desprecio. Sus voces eran una tentación.

»Me acerqué a Samuel.

»—¡No, espíritu! —dijo—. Obedéceme, regresa a los huesos. Obedéceme como has hecho siempre. Deja que se cumpla mi martirio.

»Oí de nuevo las voces de los gentiles. No podía retener mi forma humana, pues me lo impedía mi cólera. Mi cuerpo empezaba a disolverse. Aunque cada vez más lejanas, las voces que me llamaban eran muy potentes.

»Me abalancé sobre Samuel y lo arrojé a la calle, que estaba en llamas.

»—¡Ahí tienes tu martirio, rabino! —grité—. ¡Te maldigo y te condeno a vagar errante entre las almas de los muertos durante toda tu existencia, hasta que Dios te perdone por lo que me has hecho, dejándome abandonado, traicionándome, haciendo que te amara y vendiéndome por un puñado de oro!

»Desde ambos extremos de la calle echaron a correr hacia él unas personas aterrorizadas, desesperadas ante la catástrofe que se avecinaba.

»—¡Samuel! ¡Samuel! —gritaron.

»Mi amargura cesó durante unos instantes al ver a mi amo abrazar a esas personas.

»—¡Samuel! —grité al tiempo que corría hacia él. Aunque me sentía muy débil, seguía siendo visible para mi amo—. Cógeme la mano. Coge la mano de mi espíritu, te lo ruego, Samuel, llévame contigo a la muerte.

»Samuel no respondió. La multitud lo rodeaba, sollozando y aferrándose a él, pero oí su último pensamiento al tiempo que rechazaba mi mano y apartaba la vista. Lo oí con toda claridad, como si hubiera pronunciado las palabras en voz alta:

»—No, espíritu, porque si muero sosteniendo tu mano corro el peligro de que me arrastres al infierno.

»Yo lo maldije:

»—¡No hay suficiente gracia y bondad para ninguno de nosotros dos, amo! ¡Amo! ¡Líder! ¡Maestro! ¡Rabino!

»Las llamas engulleron a la multitud. Yo me alcé a través del fuego y el humo, sintiendo que la gélida noche me traspasaba, y me dirigí a toda velocidad hacia el santuario de los huesos. Me alejé del humo y del horror, y de la injusticia y de los gritos de los inocentes. Atravesé el oscuro bosque, como una bruja que acude al aquelarre, volando con los brazos extendidos, y de pronto vi a los dos gentiles ante la puerta de una pequeña iglesia que se hallaba situada a gran distancia de la ciudad, junto al cofre, que yacía en el suelo, ansiando sólo muerte y silencio; me relajé y penetré en los huesos.

»Lo único que conseguí averiguar es que ambos lloraban por Estrasburgo, por los judíos, por Samuel, por toda aquella tragedia, y que se proponían venderme en Egipto. No eran magos, y yo constituía para ellos un valioso botín.

»No tuve la sensación de sumirme en un sueño profundo e ininterrumpido. Fui invocado en numerosas ocasiones, me llevaron a distintos lugares, maté a quienes me invocaron; a algunos los recuerdo, pero a otros no. La historia del mundo estaba escrita en las infinitas tablillas en blanco de mi mente, en una columna tras otra. Sin embargo no pensé; dormí.

»En cierta ocasión me invocó un mameluco que iba ataviado con finas sedas. Ocurrió en El Cairo, y lo hice pedazos con su propia espada. Por fin, entre todos los soldados de palacio, consiguieron obligarme a regresar a los huesos. Recuerdo sus preciosos turbantes y sus frenéticos gritos. Eran muy pintorescos esos soldados musulmanes, esos extraños hombres que vivían siempre sin mujeres, con el único fin de luchar y matar. ¿Por qué no me destruyeron? Sin duda, debido a las inscripciones que les advertían contra un espíritu sin amo que se vengaría de ellos.

»Recuerdo que un día, en París, vi a un astuto mago satánico en una habitación que estaba iluminada por lámparas de gas. El papel que cubría las paredes me llamó poderosamente la atención. De un gancho colgaba un curioso abrigo negro. La vida casi me tentó. Lámparas de gas y máquinas; carruajes que circulaban por calles pavimentadas con adoquines. Pero maté a aquel misterioso individuo y me refugié de nuevo en los huesos.

»Siempre sucedía lo mismo. Dormí. Creo que recuerdo un invierno en Polonia. Creo recordar

una discusión entre dos hombres ilustrados. Pero es un recuerdo brumoso, impreciso. Hablaban en un dialecto hebreo y me habían invocado, pero ninguno de los dos sabía que me hallaba presente. Eran unos hombres amables y bondadosos. Estábamos en una modesta sinagoga, y no cesaban de discutir. Decidieron que mis huesos debían permanecer ocultos dentro del muro. Eran buenas gentes. Seguí durmiendo.

»No volví a despertar hasta hace unas semanas, en una soleada mañana invernal, mientras un trío de asesinos se abría paso entre la multitud, en la Quinta Avenida, para matar a Esther Belkin cuando ésta se apeara de su limusina negra y entrara en la elegante tienda de moda, inocente, hermosa, sin imaginar que la acechaba la muerte.

»Pero ¿qué hacía yo allí? ¿Quién me había llamado? Sólo sabía que esos asesinos se disponían a matarla, esos individuos burdos y grotescos, drogados, estúpidos y ebrios de placer ante la perspectiva de matarla. Tenía que detenerlos. Era preciso.

»Pero llegué demasiado tarde. Lo demás lo has leído en la prensa.

»¿Quién era esa joven inocente? Esther me vio, pronunció mi nombre. ¿De qué me conocía? Jamás me había invocado. Sólo me había visto en esa estrecha franja que separa la vida y la muerte, donde hasta las verdades más ocultas afloran a la luz.

»Detengámonos para reflexionar sobre ese asesinato. La muerte de Esther merece algo más que unas pocas palabras. O tal vez es que yo necesite relatarte el momento en que recobré la conciencia. Quizá siento la necesidad de describir lo que experimenté al ver y respirar de nuevo en esa gran ciudad, con unas torres más altas que la montaña mística de Meru, rodeado de miles de personas, buenas, malas y mediocres, mientras Esther estaba a punto de morir asesinada.

## **TERCERA PARTE**

## HOW KEEP DARK AND PATTERN OFF

---

How keep dark  
and pattern that any man suffers  
off—at the wall, at where the hat  
comes out of the marrow & yawns—  
how keep head up the scream  
& up the burial where the pattern is born—  
how the leagues washing their hearts  
& wrung dry only to sponge back up —men  
smooching mirrors —blades honing—  
tongue & eyelash of Sweet Thing  
staggering the shape by the door in the baggy shadow—  
how keep dark back?  
Or should one bullet-forth, sleek-clothed or naked —pierce  
each entity —each clock— sharpened by art  
or wine —how  
enter the needle, the cloth—  
how take the pattern any man suffers  
and lose nothing when you  
rip it off.

Stan Rice, *Some Lamb*, 1975\*

---

\* CÓMO MANTENER ALEJADOS LA OSCURIDAD Y EL MODELO / Cómo mantener alejados la oscuridad / y el modelo que todo hombre / padece —junto al muro, donde el sombrero / sale de la médula y bosteza—, / cómo mantener la cabeza por encima del grito / y del entierro donde nace el modelo, / como las alianzas que lavan sus corazones / y los secan sólo para absorber de nuevo el agua / —hombres, espejos aduladores, hojas afiladas— / lengua y pestaña de la Dulce Cosa, / haciendo tambalear la forma junto a la puerta en la deformada sombra, / ¿cómo mantener alejada la oscuridad? / ¿O debería una bala, sea vestida o desnuda, / atravesar cada entidad —cada

reloj— estimulada / por el arte o el vino? / Cómo hacer que penetre la aguja en el tejido, / cómo asir  
el modelo que todo hombre padece / sin perder nada cuando lo arrancas. / Stan Rice, Some Lamb,  
1975

## 14

—Sígueme, si eres tan amable, en un viaje al interior de la conciencia.

»Los Eval a plena luz de un día de invierno. Así fue como los conocí. Solían utilizar en broma la palabra *evil* para designar algo malo\*, y se llamaban Eval. Tres hermanos de Tejas que habían sido contratados para asesinar a la riquísima joven.

»Caminaban por la concurrida calle, bañados por el sol del mediodía, entre bromas y risas mientras se pasaban entre ellos el cigarrillo, con aire desenvuelto y ansiosos de matar. Les encantaba contemplarse en las lunas de los escaparates, y esto era Nueva York, la ciudad más grande del mundo, la única ciudad que les gustaba, aparte de Las Vegas, a donde los Eval se dirigirían con sus ganancias una vez que la hubieran “quitado de en medio”, que en su jerga significaba matarla.

»No pensaban regresar jamás a Tejas. ¿Quién sabe qué trabajos tenía para ellos “el hombre”? Pero primero tenían que asesinarla.

»Sentí su cinismo y maldad, de forma tan vívida como lo sentían ellos mismos. Billy Joel Eval a la cabeza, con la pistola en el bolsillo y también un pico de hielo, un cruel pico con una hoja de acero curvada. Doby Eval iba pegado a él, seguido por Hayden Eval, “mamando la teta posterior”, según le decían sus hermanos en plan de guasa; los tres armados con esos afilados artilugios, unos picos de acero, dispuestos a matar. Pero ¿quién era ella?

»Tenía que haber un motivo para que yo estuviera allí, presenciando esa escena. Tenía que haber un motivo para que me encontrara en Nueva York, aspirando los aromas de la urbe como si estuviera vivo, visible, cuando yo no estaba vivo ni era visible, tan sólo conocedor de lo que sabe siempre un genio... que ha sido llamado para que cumpla de nuevo con su deber, que una vez más sus ojos y su mente se han abierto a un mundo resplandeciente y palpitante.

»Ya te he contado lo rebelde que era yo, la indiferencia que me producía despedazar a un amo despreciable. Pero ¿qué estaba pasando allí?

»Era fácil detestar a esos burdos monstruos. Pasé junto a ellos. Los vi de cerca, vestidos con sus disfraces urbanos, con sus cazadoras de nailon acolchadas y sus raídos vaqueros, calzados con unas botas fabricadas en serie que estaban llenas de clavos y ganchos para pasar los cordones. Billy Joel estaba impaciente por verla, por acercarse a ella; sólo Hayden mostraba ciertas reservas acerca de matar a esa chica, aunque no se atrevía a confesarlo ante sus hermanos. Le preocupaba no saber quién les había pagado para hacer el trabajito.

»¿Quién les había pagado? “Un tío a través de un tío a través de otro tío —había dicho Doby Eval—. ¿Es que no lo entiendes?”.



»De pronto noté que mis pies aterrizaban sobre la acera. Pero yo era demasiado transparente para que me vieran los demás mientras iba cobrando forma lentamente, siguiéndolos, acercándome tanto que si se hubieran vuelto quizá me habrían visto, pues no estaba seguro de ser por completo invisible.

»¿Quién me manda?, murmuré. Noté que mis labios se movían. Jamás había visto tal gentío; estaba rodeado de lujo y riqueza, como si me encontrara en el mercado de Babilonia en Año Nuevo, o en un bazar de Bagdad o Estambul.

»A través del cristal de los escaparates contemplé las anónimas diosas blancas de plástico; exhibían magníficas pelucas y pieles, rubies auténticos, zapatillas mágicas con unas delgadas tiras de acero que envolvían de forma sugestiva sus pies.

»Y todo esto sin una explicación.

»A estas alturas ya me conoces, sabes que soy un hedonista.

»Entrégame el mundo en una copa y lo beberé.

»Pero tenía que evitar ese asesinato, que mataran a esa chica.

»Me aproximé a ellos, pasé entre ellos, pero seguían sin verme, aunque yo sentía la forma de mi cuerpo, su calor, su creciente densidad. Sí, estaba presente y bien presente; no era un torpe y grotesco fantasma que aullara al viento.

»Noté el calor de la acera bajo mis pies, así como las pisadas de mis zapatos de cuero, siguiendo el ritmo de las suyas. Sabía que el hedor provenía de las máquinas que circulaban por la calle, y al alzar la cabeza vi aquellos rascacielos que se erguían hacia las nubes del mediodía, aunque en todas partes brillaban luces, en los escaparates, detrás de los carteles, que eran alimentadas por electricidad.

»Qué mundo tan moderno, atestado de ricos; qué ciudad tan pintoresca, en la que de pronto veías a un enano jorobado o a un tullido, elegantemente vestidos y cargados de oro, mientras una mujer chillaba en la esquina como una posesa, con una blusa de seda desgarrada hasta al cintura, mostrando sus pechos. Alguien le propinó un empujón y la arrojó a la calzada. Unas legiones de jóvenes que vestían trajes oscuros y lucían corbatas caminaban con paso rápido y decidido, aunque cada uno por su lado, sin fijarse siquiera en los otros.

»Los Eval se reían a carcajadas.

»—Esta ciudad es increíble, me chifla Nueva York. ¿Os habéis fijado? Esa tía a la que vamos a quitar de en medio no está loca; no tiene nada de loca; sólo tenéis que obedecer mis órdenes...

»—Obedecer tus órdenes —repitió su hermano Hayden.

»Yo les había dado alcance; podía oler su sudor y el jabón barato que habían utilizado para eliminar parte del mismo, y también olía sus pistolas. Pero no emplearían ese método, la pistola, la bala, la detonación —traté de memorizarlo todo tan rápido como me fue posible—, sino los afilados picos que llevaban ocultos debajo de la cazadora.

»«¿Por qué vais a hacerle eso a esa chica?». Debí de decirlo en voz alta, porque Billy Joel se paró en seco, con el hombro derecho algo alzado, las comisuras de la boca tensadas hacia abajo, y espetó a su hermano Hayden.

»—¡Cállate de una puñetera vez, hijoputa! Es la única forma de hacerlo.

»—Claro, la liquidamos y luego echamos a correr, como unos críos —contestó Hayden, al tiempo

que empujaba a su hermano por la espalda con la mano izquierda.

»—Déjame en paz, hijoputa —dijo Billy Joel—. Mírala, está allí. ¿La ves, Doby? Está en ese coche, es el suyo, menudo cochazo.

»Los tres hermanos se unieron y yo me quedé rezagado, invisible pero totalmente formado, o quizá debería decir conformado según el aspecto de los hombres que había a mi alrededor.

»Yo deseaba verla, quería ver a esa chica a la que iban a matar con sus crueles picos. Los Eval avanzaron con paso ágil, casi como si bailaran, dejando que la muchedumbre pasara apresuradamente junto a ellos, hasta que se detuvieron bruscamente. Había llegado el momento.

»Fíjate. ¿Ves esa limusina negra que está aparcada junto a la acera, y el chófer de pelo canoso que se apresura a abrir la portezuela para ayudarla a apearse del coche?

»Esther. Una melena larga y rizada, negra como el azabache, tan negra como la mía, unos ojos enormes, el blanco tan reluciente que parece una perla, y su cuello largo y marfileño desnudo hasta lo pechos que asoman por el escote de un abrigo pintado a rayas como un animal; no es que pretenda parecer la piel de un animal, sino que está pintado a rayas como un animal.

»Ella no se fijó en los Eval, en esos tres horteras visibles que la iban a “quitar de en medio”. Las multitud se separó, dejando un estrecho pasillo para que pasara Esther.

»—¿Qué debo hacer? —murmuré—. ¿Impedirlo? ¿Por qué van a matarla? —No quería presenciarlo.

»Esther empujó la puerta de cristal y entró en la tienda. La acera estaba tan atestada de gente que entraron detrás de ella unas cinco personas antes de que lo hicieran los Eval. Éstos se dieron cuenta de inmediato de que se habían metido en un lío.

»—¡Joder! ¿Tenemos que hacerlo aquí?

»Hayden se refería a que ésa era una tienda de lujo, un lugar lleno de pieles y velos, de cuero teñido de todos los colores y frascos de perfume que se alzaban sobre los mostradores como unos altares.

»Allí no parecían tan horteras, esos tipos bucólicos, aceitosos e insolentes, no, sino más bien unos mendigos del puerto que acabaran de salir de debajo de los cables, junto con las ratas, para robar lo que otros hombres habían dejado caer; pero la tienda estaba atestada de gentes que se apretujaban hombro contra hombro, cada cual enfrascado en lo suyo, mientras las pestañas se alzaban y descendían para dar mayor intimidad a la mirada. Y había tanto ruido que nadie se fijó en aquellos tres tipos que parecían unos pordioseros y seguían a la hermosa joven.

»—Buenas tardes, señorita Belkin.

»De modo que la reina tenía un nombre, y los comerciantes de esta época eran no menos astutos que los de otras.

»De pronto vi que Billy Joel había alcanzado a su presa. En cuestión de segundos se arrimó a ella por detrás, Hayden la atacó por la izquierda y Doby, tan delirante como Billy Joel, le clavó el pico por el costado derecho, de forma que las tres heridas fueron producidas simultáneamente, y la vida empezó a escaparse del cuerpo de Esther, y la facultad de hablar murió dentro de ella, pero no su corazón. Sus pulmones se llenaron de sangre.

»Unos genios de la muerte, eso es lo que eran esos asesinos baratos. Se alejaron de ella, antes de que Esther cayera al suelo, sin siquiera echar a correr, y abandonaron la tienda antes de que la joven

alcanzara el mostrador de cristal. Todavía sostenía el chal de seda en la mano derecha. La vendedora se inclinó sobre ella y preguntó:

»—¿Se encuentra bien, señorita Belkin?

»Yo tenía que seguirlos. Esther agonizaba, allí apoyada en el mostrador, como si se tratara sólo de un dolor pasajero. Dentro de unos segundos estaría muerta. Yo conocía a sus asesinos, y la vendedora no se había dado cuenta de que Esther se moría.

»Salí de la tienda a toda velocidad. Sé que empujé a unos humanos para apartarlos de mi camino. Los sentí. No iba a perder a los Eval.

»Volé por encima de las cabezas de los transeúntes, formado pero transparente, sin que nadie reparara en mí, y no tardé en darles alcance.

»Los Eval se habían separado. Sin embargo, nadie entre el centenar de personas que caminaban por aquella manzana se había fijado en ellos. ¿Para qué habían de apresurarse entonces? Billy Joel sonreía satisfecho.

»Mediaban trescientas personas y diez segundos entre ellos y el lugar del crimen.

»—¡Os mataré por lo que habéis hecho! —me oí decir en voz alta.

»Sentí un remolino de aire en mi interior, como si hubiera adquirido la suficiente solidez para aspirar los vapores que brotaban de las aceras, de los motores de los vehículos, de sus estridentes bocinas, de la marea de carne humana que me rodeaba.

»“Venid a mí, ropas como las que lleva mi enemigo, mientras asumo una forma humana”. Aterricé frente a Billy Joel. Agarra el pico. Cógelo. Mávalo. Mis dedos se cerraron sobre su muñeca. Billy Joel no llegó a verme, sólo sintió que el hueso se partía. Cuando gritó de dolor, su hermano se volvió hacia él. Yo le clavé el pico, agarré el mango que sobresalía de su cinturón y se lo clavé a través de la camisa, con saña, como se lo había clavado él a Esther, sólo que repetidas veces.

»Estupefacto, soltó un chorro de sangre por la boca.

»—Muere, perro asqueroso, mataste a esa chica y debes morir.

»Hayden corrió hacia mí y también hundí el pico en él, así de fácil; se lo clavé tres veces, una en el cuello. La gente pasaba apresuradamente junto a nosotros, sin volverse para mirarnos. Otros transeúntes se habían detenido para observar a Billy Joel.

»Sólo quedaba Doby, que había huido. Doby había visto a sus hermanos caer muertos y había echado a correr tan velozmente como le es posible a un ser humano, a través de la carrera de obstáculos que representaba la multitud que se agolpaba en la acera. Extendí el brazo y lo agarré del hombro...

»—Espera un momento, tío... —dijo Doby.

»Le hundí el pico en el pecho, tres veces, para asegurarme de que lo había matado, y lo empujé hacia la pared. La gente se apartó para dejarnos pasar, sin fijarse en nosotros. Doby cayó al suelo, muerto, y una mujer soltó una palabrota al tropezar con su pierna izquierda.

»Entonces comprendí la genialidad del crimen en esta ciudad atestada de gente. Pero no podía detenerme a pensar en ello. Debía regresar junto a Esther.

»Mi cuerpo estaba formado, eché a correr entre la muchedumbre y atravesé la puerta de cristal, como cualquier otro ser humano, del palacio.

»Todo el mundo gritaba. Unos hombres entraron apresuradamente en aquel emporio de la moda.

Traté de abrirme paso entre la multitud. Sentía mi enmarañada melena de rizos negros. Sentía mi barba. Todos contemplaban a la joven que yacía en el suelo.

»La sacaron en una camilla, cubierta con una sábana blanca. Vi su cabeza vuelta hacia el lado donde me encontraba yo, sus pupilas dilatadas y vidriosas, el blanco del ojo purísimo, su boca que chorreaba sangre como si fuera una fuente.

»Unos hombres gritaron para que la gente se apartara. Un anciano de pelo canoso prorrumpió en sonoros sollozos y se inclinó sobre la camilla. Era su chófer, tal vez su guardaespaldas. Tenía el rostro crispado de dolor, sus frágiles hombros encorvados. Se inclinó sobre la camilla y pronunció unas palabras en un dialecto hebreo. Era evidente que la quería. Yo me acerqué a Esther.

»En aquel momento apareció un vehículo de color blanco, que llevaba unas cruces rojas pintadas en las puertas y unas luces encendidas en el techo. El ruido que producían las sirenas resultaba inenarrable. Era como si me atravesaran los oídos con los picos, pero no había tiempo para preocuparme de mi dolor. Ella aún respiraba, le quedaba un hilo de vida. Tenía que decírselo.

»Unos hombres alzaron la camilla sobre la cabeza de los curiosos, como una ofrenda, y la introdujeron en el vehículo. Mientras la metían en el coche por la puerta trasera vi que sus ojos buscaban algo, o a alguien.

»Haciendo acopio de todas mis fuerzas, aparté a los otros de mi camino. Mis manos —auténticas y familiares y mías— golpearon la ventanilla alargada del vehículo blanco. Miré a través del cristal. Oprimí la nariz contra él y la vi. Vi sus grandes ojos soñolientos, en los que se reflejaba la muerte.

»Entonces la oí decir en un murmullo que brotaba como un hilo de humo:

»—¡El Sirviente... Azriel, el Sirviente de los Huesos!

»La puerta del vehículo estaba abierta. Unos hombres permanecían inclinados sobre ella, atendiéndola.

»—¿Qué has dicho, tesoro?

»—No la haga hablar.

»Esther me miró a través del cristal y lo repitió. Vi cómo movía los labios. Oí su voz. Percibí sus pensamientos.

»—Azriel —musitó—. El Sirviente de los Huesos.

»—Están muertos, cariño —dije. A ninguna de las personas que me rodeaban, apretujándose contra mí para verla igual que yo, le importaba un comino lo que yo dijera.

»Esther y yo nos miramos. Su alma y su espíritu resplandecieron durante unos segundos, visibles, unidos, la forma de su cuerpo suspendida sobre ella, su cabellera semejante a unas alas, su rostro inexpresivo o ajeno a lo terrenal, quién sabe, y se elevó rodeada de una luz cegadora. Yo cerré los ojos y al abrirlos comprobé que había desaparecido.

»El cuerpo yacía como un saco vacío.

»Las puertas se cerraron.

»La sirena empezó a aullar de nuevo, destrozándome los tímpanos.

»El vehículo arrancó a toda velocidad, obligando a otras máquinas a apartarse de su camino, mientras la gente suspiraba y se lamentaba a mi alrededor. Yo me quedé parado en medio de la acera. Su alma había desaparecido.

»Alcé la cabeza. Noté unas rodillas contra mis piernas y alguien me propinó un pisotón. Yo iba

calzado con unos zapatos tan viejos y sucios como mi enemigo. Por poco me arrojan a la calzada.

»Perdí de vista el vehículo, y los Eval yacían muertos a treinta metros de allí. Sin embargo, nadie entre el centenar de personas que formaban esa muchedumbre lo sabía, y yo pensé —fuera de contexto, sin motivo— en algo que se dijo sobre Babilonia cuando Ciro la conquistó, un comentario jocoso que había hecho el filósofo griego Jenofonte, ¿o fue Herodoto?: Babilonia era tan grande y su población tan densa que las personas que vivían en el centro de la ciudad tardaron dos días en enterarse de que ésta había sido tomada.

»Yo no tardé tanto en enterarme.

»—¿Sabe quién era esa chica? —me preguntó un hombre en inglés, con acento neoyorquino.

»Me volví como si estuviera vivo y fuera a responder. Tenía los ojos anegados de lágrimas. Hubiera querido decir: “Ellos la mataron”, pero no logré articular palabra, aunque tenía boca. El hombre asintió como si hubiera observado mis lágrimas. Dios mío, ayúdame. El hombre deseaba consolarme.

»—Era Esther Belkin, la hija de Gregory Belkin —dijo otro individuo.

»—La hija de Belkin...

»—... el Templo de la Mente.

»—El Templo de la Mente de Dios. Belkin.

»¿Qué significado tenían esas palabras para mí?

»¡Amo! ¿Dónde estás? ¡Identificate o muéstrate! ¿Quién me ha invocado? ¿Por qué he sido obligado a presenciar esto?

»—La hija de Gregory Belkin, los adeptos al Templo...

»¿Quién me manda?

»Noté que empezaba a disolverme. Ocurrió de un modo rápido y terrible, como de costumbre, como si mi amo hubiera ordenado a las partículas artificiales que componían mi forma, tal como está escrito en la tablilla, que regresaran a su lugar. Durante unos instantes me aferré a la materia que se desintegraba, ordenándole que me cubriera, pero mis súplicas fueron en vano. Contemplé mis manos y mis pies; los llevaba embutidos en unos cochambrosos zapatos de cordones que eran de cuero y más bien parecían unas zapatillas.

»—¡Permanece vivo, Azriel! —exclamó la voz que brotó de mis labios.

»—Tranquilo, muchacho —dijo el hombre que estaba a mi lado, mirándome como si se compadeciera de mí. Extendió el brazo para abrazarme. Yo alcé la mano. Vi sus lágrimas.

»Pero en aquel momento se levantó un fuerte viento, el viento que se lleva a los espíritus. Por más que me resistí, sabía que estaba perdido.

»El hombre se volvió, buscándome con la mirada, pero no me vio. Se quedó perplejo, sin comprender el motivo de mi desaparición.

»Luego él y todos aquellos que lo rodeaban —junto con la inmensa urbe— desaparecieron también.

»Yo no era nada, nada.

»Contemplé a la muchedumbre más abajo, pero no pude hallar el lugar donde los Eval yacían bañados en su propia sangre o el lugar al que habían sido trasladados con tanta diligencia como la reina de cabello negro, la diosa que había expirado con los ojos fijos en mí. Yo le oí decir: “Azriel,

el Sirviente de los Huesos”. Lo oí con toda claridad, como oyen los espíritus, aunque sin duda el hombre que estaba en el vehículo junto a ella no había percibido algo tan débil y trágico como aquel murmullo.

»El viento me arrastraba. El viento estaba repleto de lamentos, de rostros que me miraban con rabia, de manos que trataban de asirme, y por fin dejé de resistirme, como de costumbre. Durante unos instantes percibí vagamente la silueta de mis manos; sentí la forma de mis brazos y piernas; noté las lágrimas sobre mi rostro. Sí, pude sentirlo. Luego desaparecí.

»Regresa a los huesos, Azriel. Estaba a salvo.

¡Menudo panorama! Sin amo, e invocado para que presenciara un crimen, tal vez para vengarlo. Pero ¿por qué? La oscuridad me poseyó como una droga. A salvo, sí, pero yo no quería estar a salvo; quería hallar al hombre que había enviado a los Eval para que la asesinaran.

—El tiempo transcurría.

»Lo sentí con más intensidad que de costumbre. Sabía que yo estaba escuchando, que permanecía atento a percibir el menor sonido.

»Ahora sabía cómo era el mundo, más o menos. Te ruego que me escuches con paciencia. Sabía lo que sabían los hombres y las mujeres, la gente que había visto y tocado en la calle de Nueva York.

»Los pormenores me impresionaron moralmente. Poco a poco la emoción se unió a la síntesis del conocimiento. Los fantasmas no tienen que interpretar. Los fantasmas no han de asombrarse, ni escandalizarse.

»Pero la mente del fantasma, libre de las ataduras de la carne, es capaz de captar de forma indiscriminada y acaso infinita la suma de lo que es compartido o valorado por unas mentes humanas que se hallen cerca de él.

»Ya despierto de nuevo en la oscuridad, comprendí por el impresionante cuadro general que nos aproximábamos al fin del siglo XX de lo que los hombres llaman la era cristiana, que el combustible fósil y la corriente eléctrica eran indispensables para las acciones cotidianas de comer, beber, dormir, comunicarse, viajar, construir y pelear, que unas micromáquinas provistas de circuitos exquisitamente diseñados podían almacenar abundante información, y que unas imágenes en las que aparecían personas moviéndose y hablando podían ser transmitidas a través de ondas o unas diminutas y delicadas fibras más preciosas que el vidrio hilado.

»Ondas. El aire estaba lleno de ondas. Lleno de voces que hablaban en privado y en público, desde teléfonos, a través de la radio, de la televisión. El mundo actual estaba tan repleto de voces como de aire.

»Y estaba demostrado que la Tierra era redonda. No quedaba un kilómetro de ella sin explorar, sin conocer, sin ostentar un nombre. Ninguna parte de la misma se hallaba más allá del alcance de los sistemas de comunicación, porque las misteriosas ondas del teléfono, la radio y la televisión podían ser captadas por unos satélites en el espacio y transmitidas a la Tierra en cualquier lugar del mundo. A veces las imágenes y las voces que aparecían en la televisión correspondían a personas y hechos que se estaban produciendo en el mismo momento en que eran transmitidos, lo cual se conocía como televisión en directo.

»La química había alcanzado unos niveles de desarrollo sin precedentes por medio de la extracción, la depuración, el análisis y nuevas combinaciones de todo tipo de sustancias, materiales y drogas. El mismo proceso de combinar había experimentado tal transformación que ahora producía

un cambio físico, un cambio químico, una reacción en cadena, una reacción química, y fusión, por nombrar sólo unos cuantos fenómenos. Los materiales eran desintegrados y convertidos en otros materiales, en un proceso ilimitado.

»La ciencia había superado los sueños del alquimista.

»Los diamantes formaban parte de pequeñas brocas, pero la gente los utilizaba también como adornos y costaban millones de dólares, de dólares norteamericanos, que al parecer era la moneda preferida, aunque el mundo estaba lleno de monedas y lenguas, y los habitantes de Hong Kong podían hablar con personas en Nueva York sólo con pulsar unos botones. El catálogo de materiales sintéticos y productos derivados se había ampliado hasta extremos inimaginables, de modo que casi nadie era capaz de definir los ingredientes que contenía la camisa de nailon que lucía, o la calculadora de plástico que llevaba en el bolsillo.

»Por supuesto, incluso un ser como yo llega inevitablemente a ciertas conclusiones. Un automóvil o un avión, que dependen de la combustión de una sustancia fósil, podía estallar en lugar de avanzar. Las bombas podían ser enviadas sin piloto de un país a otro para destruir incluso las ciudades más gigantescas y dotadas de los edificios más altos. Apenas existía un lugar en el mundo donde el mar no tuviera cierto regusto a gasolina.

»Nueva York se hallaba situada al norte del ecuador, eso era obvio, y podía decirse que constituía, en esta época, la capital del mundo occidental.

»El mundo occidental. Aquí es donde me encuentro. Pero ¿en qué consiste el mundo occidental? Al parecer, el mundo occidental es el legado cultural directo del helenismo de Alejandro Magno; sus conceptos de justicia y pureza infinitamente ampliados, pero nunca subvertidos por los diversos tipos de cristianismo que existen, desde la burda e histérica aceptación de Jesús hasta las sesudas sectas teológicas que todavía discuten sobre la naturaleza de la Santísima Trinidad, es decir, sobre si existen tres personas en un Dios. Casi todo el mundo occidental se ha visto enriquecido y revitalizado por un judaísmo inmensamente creativo y espiritual. Algunos de los personajes más célebres de la época eran científicos, filósofos, doctores, comerciantes y músicos judíos.

»La ambición de destacar, de llegar a la cima, se daba por supuesta, al igual que en Babilonia, incluso por quienes estaban desesperados.

»La ley natural y la ley a la que se llega a través de la razón eran unos valores comunes; en cambio, la ley revelada y la ley heredada se habían convertido en sospechosas y polémicas, y todas las vidas humanas eran ahora “iguales”. Es decir, la vida de un jornalero del campo era tan valiosa como la de la reina de Inglaterra o su primer ministro.

»En un sentido técnico, legal, no existían esclavos.

»Muy pocos estaban seguros del significado de la vida; tan pocos hoy en día como en mis tiempos.

»Una vez, cuando yo era un niño, había leído en el *> scriptorium* el siguiente lamento en sumerio: “¿Quién conoce la voluntad del cielo?”. Cualquier hombre o mujer en las calles de Nueva York podía pronunciar en la actualidad estas mismas palabras.

»El mundo occidental, ese legado del helenismo, impregnado de un judaísmo y un cristianismo en constante evolución, había prosperado de un modo espectacular en los climas septentrionales del planeta, tanto en Europa como en América, demostrando la tenacidad y ferocidad de esos habitantes



más altos, más toscos y más rubios de los bosques y las estepas, que no aprendieron a ser humanos en el Edén, sino en las tierras donde el verano siempre precedía a la brutalidad del frío y la nieve.

»El mundo occidental por entero, incluidas sus zonas más tropicales, vivía ahora como si el invierno pudiera caer en cualquier momento sobre él, aislándolo e incluso destruyéndolo.

»Desde las poblaciones cercanas al polo norte hasta las selvas del Perú, la gente prosperaba en unos enclaves diseñados y alimentados por máquinas, microchips y microbiología, rodeada por gran abundancia de energía, combustible, buena ropa y comida.

»Nadie quería volver a pasar privaciones, ni siquiera en materia de información.

»Almacenaje. Archivos. Bancos de datos. Discos duros, disquetes, sistemas de *backup*, copias de seguridad, todo lo que tenía algún valor era copiado y almacenado de una forma u otra.

»Básicamente se trataba de la misma filosofía que había creado los archivos de las tablillas de Babilonia que yo había estudiado. No era difícil de entender.

»No obstante, pese a estos espectaculares adelantos, entre los cuales Esther Belkin me había atraído de algún modo hacia ella como un imán, y aún seguía atrayendo mi atención, todavía existía “el Viejo Mundo”.

»Sigue el curso del río hacia las marismas, las montañas, el desierto.

»Hablaban de “Oriente”, o el Tercer Mundo, o los países subdesarrollados, o los países atrasados, o las áreas primitivas, para designar continentes donde el beduino que vestía una túnica blanca atravesaba montado en su camello las violentas tormentas de arena, feliz de vivir en aquella resplandeciente desolación. Algunas veces transportaba un televisor que funcionaba con pilas, y una lata de una sustancia química llamada Sterno para encender fuego, de modo que cuando plantaba su tienda podía oír el Corán a través de la televisión mientras la comida se calentaba sin intervención de leña ni carbón.

»En los arrozales, en los campos de la India, en las marismas de Irak, en las aldeas de todo el mundo, hombres y mujeres se agachaban para recolectar las cosechas como venían haciendo desde los albores de los tiempos.

»Entre los millones de habitantes en Asia se habían erigido inmensas urbes, pero la gran mayoría de tribus, agricultores, tejedores, vendedores, madres, sacerdotes, mendigos y niños no tenían acceso a los inventos, la abundancia, la medicina y la higiene occidentales.

»La higiene era la palabra clave.

»La higiene implicaba la depuración química de los residuos humanos e industriales, la depuración del agua para beber y para bañarse, la anulación de la porquería en todas sus formas y el mantenimiento de un medio ambiente en el que uno podía nacer, parir, crecer y morir rodeado de una seguridad máxima contra cualquier tipo de contaminación humana, industrial o química.

»Nada tenía tanta importancia como la higiene. Las plagas habían desaparecido de la Tierra gracias a la higiene.

»En “Occidente”, la higiene se daba por supuesta, mientras que en “Oriente” era considerada sospechosa, o bien la población era demasiado numerosa para obligarla a adaptarse a los hábitos que comportaba de forma inevitable la higiene.

»Las enfermedades proliferaban en las selvas, en las marismas; en los profundos pozos de pobreza de las grandes ciudades o en las zonas más alejadas de la civilización, donde los labradores,

los obreros, los campesinos árabes seguían viviendo como lo habían hecho siempre.

»Hambre. Existía abundancia y existía hambre. Se arrojaba comida en las calles de Nueva York y en la televisión nos mostraban a gentes que morían de hambre en Asia. Se trataba de un problema de distribución.

»Uno de los grandes misterios modernos era que existiera tanta organización en medio de estos cambios; el hecho de que sucedieran tantas cosas y otras permanecieran inmutables.

»En todas partes notabas unos dramáticos contrastes que te desconcertaban y entusiasaban al mismo tiempo. Los hombres sagrados de la India caminaban desnudos al lado de potentes automóviles por las atestadas calles de Calcuta. Los habitantes de Haití yacían postrados en las calles, hambrientos, mientras contemplaban los aviones que volaban sobre ellos.

»El Nilo penetraba en la metrópoli de El Cairo, donde los edificios de acero y cristal rivalizaban en altura con los rascacielos de Manhattan; sin embargo las calles estaban repletas de hombres y mujeres que vestían unas ropas holgadas de algodón blanco o negro, tan puras como las ropas que lucieran los israelitas cuando el faraón dejó que la gente se marchara.

»Las pirámides de Gizeh seguían siendo tan imponentes como siempre, sólo que la atmósfera que las rodeaba estaba impregnada de gases que emitían los automóviles, y la moderna urbe se extendía casi hasta los pies de las pirámides.

»A un tiro de piedra de unos edificios que estaban dotados de aire acondicionado existían unos reductos de jungla donde el hombre no sabía nada sobre Yahvé, Alá, Jesús o Shiva, ni sobre el hierro, el cobre, el oro o el bronce. Cazaban con lanzas de madera y veneno que extraían de reptiles, y se quedaban estupefactos al contemplar las gigantescas máquinas que arrasaban el bosque que constituía su universo.

»Un rebaño de cabras en las montañas de Judea no era distinto de los rebaños de cabras que había en tiempos de *Ciro el Persa*. Los pastores que cuidaban de las ovejas en las afueras de la ciudad de Belén tenían el mismo aspecto que cuando el profeta Jeremías difundía sus revelaciones.

»Aunque Oriente y Occidente mantenían relaciones y una comunicación permanente, constituían dos polos opuestos. Los jeques del desierto, los ricos que habían hecho su fortuna con el petróleo que se hallaba debajo de sus arenas, lucían todavía el tocado y la vestimenta tradicional mientras se paseaban en sus lujosos automóviles. Un gran número de mujeres vivían prácticamente encerradas en sus casas y sólo salían a la calle con el rostro cubierto por un velo.

»En Nueva York, capital de Occidente y ciudad elegida por los más inteligentes y los más poderosos, la gente común y corriente confiaba a ciegas en la “ciencia”, pese a su abismal ignorancia respecto a la misma.

»¿Cuántas personas en el mundo conocían el significado de los términos código binario, semiconductor, triodo, electrolito y rayo láser?

»En los escalafones superiores, una élite tecnológica que ostentaba los poderes de un sacerdocio se ocupaba con diligencia de lo invisible: los iones, los neutrinos, los rayos gama, los rayos ultravioleta y los agujeros negros del espacio.

»Los iconos de la época resplandecían ante mis ojos al despertarme, y ante los ojos de Esther cuando ésta murió.

»—Escucha, Sirviente de los Huesos —pudo haber dicho ésta—. Ven, observa lo que te rodea,

Sirviente de los Huesos.

»Envuelto en mi invisibilidad y el silencio, vi a un hombre que había parado su vehículo en la esquina de la calle Cincuenta y seis con la Quinta Avenida para hablar a través de un pequeño teléfono desde su coche, en alemán, con un empleado suyo que se hallaba en la ciudad de Viena.

»Desde un edificio de Atlanta, en Estados Unidos, una mujer habló durante veinticuatro horas ante una cámara sobre el tiempo que hacía en todo el mundo.

»Esther Belkin, mi querida y malograda Esther, fue llorada por miles de personas que ni siquiera la habían conocido; su historia se transmitió por televisión a todos los países que recibían las noticias que emitía la Cable News Network, más conocida por CNN. Los miembros del Templo de la Mente de Dios, de ámbito internacional, al que Esther no había pertenecido, también lloraron su muerte.

»Su padrastro, Gregory Belkin, un hombre robusto de gran estatura, el fundador del Templo, lloró ante las cámaras y habló de cultos, terrorismo y complots. “¿Por qué quieren hacernos daño?”, se lamentó. Tenía los ojos limpidos y relucientes, el pelo corto pero tan espeso como el de un joven, y su tez mostraba el color de la miel bajo los rayos del sol.

»La madre de Esther, la joven asesinada, huyó del escrutinio público. Unas enfermeras vestidas de blanco ayudaron a la señora Belkin a abrirse paso entre la multitud de reporteros que trataban de arrancarle alguna declaración. Con el pelo largo y despeinado de una jovencita, y unas manos delgadas e implorantes, parecía apenas unos años mayor que su hija.

»Los agentes de la ley y las autoridades condenaron la violencia de los tiempos.

»Eran tiempos que estaban presididos por una violencia universal. De hecho, la violencia se presentaba como cualquier otro artículo, en todo tipo de tamaños y formatos.

»Los robos, las violaciones y las agresiones eran frecuentes, por no decir que estaban a la orden del día, bajo una fachada de civilización y paz. Continuamente estallaban pequeñas guerras organizadas. La gente luchaba a muerte en Somalia, Afganistán, Ucrania. Las almas de los que habían muerto recientemente envolvían la Tierra como humo.

»Existía un mercado negro de armas caótico, incesante. Pequeños países en vías de desarrollo rivalizaban con las naciones más grandes y poderosas para adquirir de forma legal o ilegal el armamento y los explosivos de imperios en vías de disolución. Las naciones poderosas trataban de frenar la proliferación de misiles, granadas de mano, proyectiles y latas de gas venenoso, mientras ellas mismas seguían fabricando bombas nucleares capaces de destruir la Tierra.

»Las drogas constituían un elemento fundamental. Todo el mundo hablaba de ellas: “Las drogas curaban, mataban, aliviaban, perjudicaban”. Existían tantas clases de drogas destinadas a tantos fines que nadie alcanzaba a comprender la trascendencia de su multiplicación.

»En un hospital de Nueva York, el tamaño del inventario de drogas que salvaban vidas humanas a diario por medio de vacunas, inyecciones, alimento intravenoso o ingestión oral era casi incalculable. Sin embargo, unos ordenadores llevaban perfectamente la cuenta.

»En todo el mundo, los jefes del crimen organizado pugnaban por hacerse con el control del mercado de drogas ilegales —a fin de desarrollar, distribuir y vender cocaína y heroína—, unas sustancias químicas cuyo único propósito era hacer que la gente sintiera una euforia o una calma que creaba adicción.

»Sectas. Las sectas constituían un tema que obsesionaba y aterrorizaba a la opinión pública. En apariencia se trataba de unas organizaciones religiosas no autorizadas, unas organizaciones a las que pertenecían un determinado número de personas, quienes juraban lealtad a un líder de moralidad y propósitos dudosos. Otras sectas se habían escindido de las grandes religiones organizadas para formar sus propios enclaves fanáticos.

»Las sectas existían para la paz y la guerra.

»En torno a la muerte de Esther Belkin flotaba el tema de las sectas.

»Su rostro aparecía una y otra vez en las pantallas de televisión.

»A Esther, que no era miembro de nada, se la relacionaba con todo: con quienes se oponían al Gobierno, con quienes se oponían a Dios, con quienes se oponían a la riqueza.

»¿Había sido asesinada Esther por los miembros de la secta que había fundado su padre?

»Algunos habían oído comentar a Esther en privado que el Templo de la Mente de Dios tenía demasiado dinero, demasiado poder, demasiadas casas repartidas por todo el mundo. ¿O habían sido los enemigos de Gregory Belkin y su Templo quienes, a través de la muerte de Esther, habían pretendido hacer daño a su padre, advertirle a él y a sus poderosos secuaces que su organización se había hecho demasiado importante, demasiado peligrosa? Pero ¿para quién?

»Las sectas podían ser liberales, radicales, reaccionarias, anticuadas.

»Las sectas podían cometer unos actos terribles.

»A ratos me quedaba dormido, otros escuchaba y observaba; sabía lo que sabía la gente.

»Era un mundo de imperios, naciones, países y bandas armadas; la banda más pequeña podía dominar las pantallas de televisión de todo el mundo con una sola explosión bien organizada. En las noticias podían hablar todo el día de un líder de cincuenta como de uno de millones de seres humanos.

»Los enemigos eran objeto del mismo escrutinio democrático y competitivo que las víctimas.

»Los rostros de los Eval —Billy Joel, Doby y Hayden— aparecieron en primer término, resplandeciendo durante breves segundos con la misma intensidad en la pantalla del televisor que el de Esther. ¿Pertenecían los individuos que habían asesinado a Esther Belkin a un movimiento secreto? La gente hablaba de rudos “supervivencialistas” rodeados de alambradas de espinos y perros entrenados para matar, que recelaban de toda clase de autoridad. Una conspiración. Podía haber sido urdida en cualquier lugar y bajo cualquier forma.

»Luego estaban los Cristianos Apocalípticos, quienes tenían más motivos que nunca para afirmar que el día del Juicio Final estaba a punto de producirse.

»¿Pertenecían los hermanos Eval a una de esas organizaciones?

»Gregory Belkin, el padrastro de Esther, habló con voz suave y convincente de unos complots para hacer daño a personas temerosas de Dios. La inocencia de Esther era muy significativa y clamaba al cielo. Terroristas, diamantes, fanáticos, ésas eran las palabras que rodeaban la breve aparición del rostro y el nombre de Esther en la pantalla.

»Las noticias en todas sus formas —impresas, radiadas, transmitidas por vía informática— eran continuas, alarmantes, proféticas, fatalistas, detalladas y absurdas de intención o por casualidad. Como he dicho, cualquier fantasma habría sido capaz de darse cuenta.

»Yo me preguntaba por qué estaba pensando en esas cosas. ¿Por qué había sido despertado de un

sueño profundo, una especie de muerte, para encontrarme caminando entre Billy Joel, Hayden y Doby Eval y convertirme en testigo horrorizado de su crimen?

»Sea como fuere, de momento había perdido las ganas de permanecer aletargado, de limitarme a existir, a odiar.

»Deseaba prestar atención. Deseaba utilizar todos los recursos de que dispone una mente libre de las ataduras de la carne y proyectada hacia la eternidad, una mente que había adquirido fuerza con cada nuevo despertar, llevándose con ella a la oscuridad no sólo la experiencia y emoción, sino posiblemente cierta determinación.

»De forma inevitable, fue un amo quien puso todo esto en orden a través de sus respuestas, sus reacciones, la vitalidad de su voluntad.

»No obstante, me atormentaba una pregunta muy concisa. Sí, había regresado y deseaba regresar. Sin embargo, ¿no había hecho yo ciertas cosas con el fin de que nadie me hiciera regresar jamás?

»Había matado a mis amos.

»Si me esforzaba un poco, era capaz de recordar a más magos asesinados que los que he descrito aquí. Podía oler de nuevo el campamento de los mongoles, el cuero, los elefantes, los aceites perfumados, el resplandor de las luces debajo de la pesada seda, los tableros de ajedrez y las pequeñas figuras talladas en oro y plata que rodaban sobre la alfombra estampada con flores.

»Hombres gritando. “¡Destruídlo, es un demonio, obligadlo a regresar a los huesos!”.

»Unas ventanas en Bagdad que daban a un campo de batalla. “¡Regresa a los huesos! ¡Es un demonio salido del infierno!”. Un castillo cerca de Praga. Una estancia fría como el mármol en los Alpes. Y quizá más cosas, incluso después de la vívida y exquisita luz de gas que iluminaba el papel de las paredes en la habitación del hechicero en París.

»¡El sirviente no servirá a ningún otro amo!

»Sí, me había demostrado a mí mismo y a ellos que era capaz de matar a cualquier hechicero que se atreviera a invocarme.

»¿Dónde se ocultaba la astuta y taimada conciencia que me había traído a esta representación de poder?

»Me gustaría afirmar que detestaba haber recobrado la conciencia y que maldecía la vida y todo lo que guardaba relación con ella, pero no es cierto. Me resultaba imposible olvidar los ojos de Esther, los hermosos escaparates de la Quinta Avenida, el momento en que sentí el calor a través de las suelas de mis zapatos o el instante en que el hombre, aquel amable desconocido, me había rodeado los hombros con el brazo.

»Sentía curiosidad y estaba libre. Me encontraba ligado, en una determinada esfera, a esos extraños acontecimientos. Sin embargo, no me controlaba ningún amo.

»Esther me conocía, pero no me había invocado. ¿Lo había hecho alguien en nombre de ella, alguien a quien yo había fallado de modo trágico?

»Transcurrieron dos noches en tiempo real antes de que me diera cuenta de que me hallaba de nuevo despierto, moviéndome a través del aire: el ángel poderoso, el ángel del mal. Quién sabe.

»Esto es lo que vi:

## 16

—Me encontraba en una ciudad cercana, desde la que se veía la otra. El coche que circulaba bajo la lluvia era el que había transportado a Esther al lugar donde los Eval la habían atacado con sus picos. El vehículo iba acompañado por otros coches, que estaban ocupados por unos guardaespaldas cuyos ojos escrutaban los edificios oscuros y desiertos.

»Era una comitiva furtiva pero rebosaba autoridad.

»A través de la lluvia, vi los relucientes rascacielos de la calle en la que Esther había caído asesinada. Nueva York, la capital del mundo occidental, dura como la roca, imponente como Alejandría o Constantinopla, en todo su avaricioso esplendor nuclear. Sus gigantescos edificios me recordaban las armas que portaban los Eval, duros y afilados.

»El hombre que iba en el coche se sentía orgulloso de éste, orgulloso de los guardaespaldas que lo acompañaban, orgulloso de su flamante abrigo de paño y del impecable corte de su cabello rizado y espeso.

»Me aproximé para observarlo a través del cristal tintado. Se trataba de Gregory Belkin, el padrastro de Esther, fundador del Templo de la Mente de Dios, un hombre riquísimo, incluso más que los monarcas de otras épocas, porque éstos no podían volar sobre alfombras mágicas.

»¿El coche? Un Mercedes-Benz, muy raro, que había sido construido a partir de un pequeño sedán y después se había alargado mediante tres partes perfectamente ensambladas y tapizadas, de forma que medía el doble de largo que las máquinas que circulaban a su alrededor, reluciente y negro, deliberadamente fascinador, como si hubiera sido tallado en obsidiana y pulido a mano.

»El coche avanzó despacio a lo largo de varias manzanas antes de detenerse; el chófer presto a obedecer la indicación que le hizo Belkin con la mano.

»Acto seguido, este orgulloso sumo sacerdote o profeta, o lo que él mismo se considerara, se apeó del coche sin ayuda y se detuvo bajo la luz de la farola, como si quisiera que ésta iluminara su rostro juvenil y perfectamente rasurado, su pelo corto en el cogote, como el de un soldado romano, pero suavemente rizado.

»Caminó a lo largo de la sombría y mísera manzana, solo, pasando frente a las destartalladas fachadas de unos comercios clausurados, de unos letreros que aparecían escritos en hebreo e inglés, hasta llegar al lugar que quería visitar, precedido por sus guardaespaldas, que escrutaban la oscuridad de la noche delante y detrás de él, las gotas de lluvia brillando como gemas sobre los hombros de su abrigo.

»Muy bien. ¿Era él mi amo? En tal caso, ¿cómo era posible que no me hubiera dado cuenta?

Belkin no me gustaba. En mi duermevela, lo había visto llorar por Esther y hablar sobre complots, y no me había gustado.

»¿Por qué me encontraba yo tan cerca de él que casi podía tocarle la cara? Era un hombre apuesto, sin duda, en la plenitud de su vida, de espaldas anchas y bien plantado, alto como un antiguo escandinavo, pero de piel más oscura y ojos negros.

»“¿Eres tú mi amo?”.

»El Cerebro de la Mente, así era como los sarcásticos y cínicos periodistas denominaban a Gregory Belkin, ese multimillonario. Belkin repasó mentalmente los discursos que había pronunciado en los últimos días ante la puerta de bronce de su Templo de Manhattan: “Mi gran temor es que no fueran ladrones y que el collar no significara nada para ellos. Es nuestra iglesia lo que persiguen. Son malvados”.

»¿Un collar?, pensé. Yo no había visto ningún collar.

»Los guardaespaldas que observaban a Gregory desde sus vehículos, que estaban aparcados junto al Mercedes, eran sus “acólitos”. Pertenecían a una iglesia de paz y bondad. Iban armados con pistolas y navajas; también el profeta llevaba una pequeña pistola, reluciente como su automóvil, en el bolsillo del abrigo.

»Parecía un rey acostumbrado a ejecutar cada gesto ante un público numeroso, pero no me vio mientras lo observaba. No sabía que le seguía un fantasma como si fuera su dios personal.

»Yo no era el dios personal de ese hombre. Ni tampoco su sirviente. Pero era su observador, y quería saber por qué.

»Belkin se detuvo ante un edificio de ladrillo que estaba dotado de numerosas ventanas, todas ellas cubiertas. Tenía un tejado inclinado para permitir que la nieve se deslizara por él. Se parecía a miles, quizá millones, de edificios que se hallaban en esa zona de la ciudad. Las proporciones de esa época y lugar sobrepasaban mi sentido de la medida.

»Lo miré fascinado. Sus lustrosos zapatos de cuero negro estaban salpicados de decorativas gotas de lluvia. ¿Por qué nos había llevado hasta allí?

»Belkin bajó unos escalones y se metió en un callejón. Frente a él brillaba una luz. Tenía una llave para abrir la pequeña verja, así como otra que abría la puerta situada entre unas ventanas iluminadas en el sótano de la casa.

»Penetramos en la casa, él y yo. De inmediato sentí una oleada de calor.

»Estábamos bajo techado, al abrigo de la fría noche. Un anciano se hallaba sentado ante un escritorio de madera.

»Percibí el olor a seres humanos, dulce y agradable, y muchos otros aromas, demasiados para saborearlos, o darles nombre.

»Todos los fantasmas y dioses y espíritus se alimentan de los aromas, tal como te he explicado.

»Yo estaba hambriento de aromas, y casi me emborraché con los olores que emanaban de esta casa.

»Yo sabía que me encontraba allí.

»Noté que iba adquiriendo forma poco a poco. Pero ¿por mandato de quién? ¿Quién lo había decidido? En cualquier caso, estaba encantado de ello.

»De mis labios no brotó palabra alguna; me estaba volviendo sólido. Estaba ocurriendo, como

había sucedido en Nueva York cuando perseguí a los asesinos de Esther. Lo sentí. Me sentí encerrado en mi cuerpo, un cuerpo que me complacía, aunque ignoraba lo que eso significaba.

»Ahora lo sé: me hice visible y sólido dentro de mi cuerpo, o el cuerpo que ves ante ti, la forma que tenía cuando estaba vivo.

»Ninguno de los dos hombres que estaban presentes se percató de ello. Me oculté detrás de la librería para observarlos.

»Gregory Belkin decidió situarse en el centro de la estancia, debajo de una bombilla que colgaba de un cable pelado. Y el anciano que estaba sentado ante el escritorio era imposible que me viera.

»El anciano permanecía con la cabeza inclinada hacia delante. Lucía el pequeño gorro de seda negro propio de los judíos observantes. Sobre el escritorio había una lámpara con una pantalla verde, que emitía una luz suave y dorada.

»La barba y el cabello del anciano eran blancos como la nieve, de un blanco muy puro y bello, y su rostro estaba enmarcado por dos tirabuzones. Debajo de su pelo ralo asomaba una piel rosada, pero su barba era larga y frondosa.

»Los libros que ocupaban unos estantes adosados a las paredes estaban escritos en hebreo, árabe, arameo, latín, griego, alemán. Percibí el olor a pergamino y cuero. Aspiré esos aromas y durante un instante tuve la impresión de que iba a recobrar la memoria, de que recordaría todo cuanto había tratado de matar.

»Sin embargo, ese anciano tampoco era mi amo. Lo comprendí en el acto.

»Ese anciano no sabía que yo estaba allí, no intuía mi presencia, pues se limitó a observar al hombre joven que acababa de entrar, el individuo alto y fuerte que estaba plantado ante él en actitud respetuosa, despojándose de sus guantes grises y guardándolos en el bolsillo derecho del abrigo. Luego, Belkin se palpó el bolsillo izquierdo, donde llevaba la pistola, una arma de tamaño reducido, y sin embargo, mortal. Me hubiera gustado oír un disparo de esa pistola, pero Belkin no había ido allí con ánimo de utilizarla.

»La habitación estaba atestada de libros. Los estantes de la inmensa librería me separaban del anciano, pero podía contemplar la escena por encima de los libros. Percibí el olor a incienso, lo cual me produjo un intenso placer. Percibí el olor a hierro, oro, tinta. ¿Era posible que los huesos estuvieran en ese lugar?

»El anciano se quitó las gafas, cuya montura consistía en un sencillo alambre de plata, flexible y frágil, y clavó la vista en el visitante, sin levantarse de la silla. Tenía unos ojos pálidos, muy atractivos, más semejantes al agua que a la piedra. Pequeños, rodeados de finas arrugas y débiles a causa de la edad, más que brillar expresaban una mirada acusadora.

»“Te estás haciendo más fuerte por momentos. Eres casi por completo visible”.

»Yo no alcanzaba a ver todo el rostro del hombre joven. Me deslicé más hacia su izquierda para ocultarme, y asumí mi forma humana mientras me hallaba detrás de la librería, tras calcular que ésta tenía una altura similar a la de Belkin.

»Su abrigo negro estaba empapado y tenía una costura en el centro de la espalda, y alrededor de su cuello, junto a los pelos rizados de su cogote, llevaba una bufanda de seda blanca tan elegante como el chal que Esther sostenía en sus manos al morir; un chal que probablemente seguía en el escenario del crimen. Traté de recordar cómo era la prenda que Esther había sostenido mientras



agonizaba sin imaginar el significado de ese último gesto, en el supuesto de que tuviera algún significado. El chal que había requerido la atención de Esther era negro y brillante, bordado con unas cuentas negras. Creo que ya te lo he contado. Pero ahora me encuentro de nuevo junto a los dos hombres. Escúchame con paciencia.

»—Has matado a tu hija —dijo el anciano en yiddish.

»Me quedé pasmado. El anciano no se andaba con rodeos.

»El amor que yo sentía hacia ella me atormentaba, como si la propia Esther se hubiera acercado a mí y me hubiera clavado las uñas en la piel al tiempo que decía: “No me olvides, Azriel”. Pero jamás hubiera hecho tal cosa. Ella había muerto con la humildad que la caracterizaba; cuando pronunció mi nombre lo hizo con asombro.

»Era espantoso contemplar de nuevo su muerte.

»Aléjate, espíritu. Vuélveles la espalda, aléjate de la muerte de Esther y de la acusación del anciano, de esta fascinante habitación con sus atractivos colores y aromas. Márchate, espíritu. Deja que se esfuercen en alcanzar la escalera del cielo sin tu intervención. A fin de cuentas, ¿necesitan realmente las almas al Sirviente de los Huesos para que éste las arrastre hacia el infierno?

»Sin embargo, no me fui. Deseaba averiguar lo que había querido decir el anciano.

»El otro hombre se limitó a soltar una carcajada.

»No fue una carcajada irrespetuosa, sino forzada, irritada, para evitar tener que responder de inmediato. El ambiguo ademán que hizo con la mano no me sorprendió. Belkin meneó la cabeza.

»Quería situarme ante él, observar su expresión, pero era demasiado tarde, pues sabía que había recobrado mi forma corpórea, que mis manos tocaban los libros de la estantería que había frente a mí. Me desplazé lentamente hacia la izquierda, de forma que el muro de libros me ocultara por completo, temeroso de que el anciano me viera, aunque éste no manifestaba la menor señal de intuir mi presencia en la habitación.

»El otro hombre suspiró.

»—¿Por qué iba yo a matar a la hija de Rachel, rabino? —preguntó al fin en yiddish—. ¿Por qué iba a matar a mi única hija? —Daba la impresión de que le costaba expresarse en aquella lengua—. Esther, mi bella Esther —dijo con tono enérgico y sincero. No le gustaba hablar en yiddish. Prefería hacerlo en inglés.

»—Pero la mataste —respondió el anciano. Las palabras brotaron de sus labios resecaos con odio. Luego prosiguió en hebreo—: Eres un idólatra; un asesino; mataste a tu hija. Hiciste que la asesinaran. El mal te acompaña. ¡Apesta a maldad!

»Sus palabras me impresionaron. Sentí físicamente la cólera del viejo rabino.

»El otro se esforzaba en no perder la paciencia, y no cesaba de restregar el suelo con los pies y sacudir la cabeza como quien le sigue el juego a un profeta medio desnudo que aparece de pronto a la puerta de su casa, enloquecido y desvariando.

»—Mi maestro —murmuró Gregory Belkin en inglés—, mi modelo. Mi abuelo. ¿Cómo eres capaz de culparme de su muerte?

—¿Qué pretendes de mí, Gregory? —replicó el anciano, enfurecido, también en inglés—. Nunca has venido a esta casa sin un motivo.

»Pese a estar furioso, el anciano mostraba un talante sereno. Jamás haría nada respecto a la

muerte de la joven. Permaneció sentado ante su escritorio con las manos apoyadas en un libro abierto. Me fijé en las diminutas letras en hebreo.

»Sentí de nuevo la pérdida de Esther, como si me hubieran propinado un puntapié. Deseaba decir en voz alta: “Yo he vengado su muerte, anciano, he matado a sus tres asesinos con el pico que portaba el cabecilla del grupo. Murieron tendidos en la acera”.

»Sentí a Esther como si fuera el único en aquella habitación que sostuviera la vela en memoria de ella. Ninguno de esos dos hombres lloraba su muerte, pese a todas las acusaciones que se intercambiaban.

»“¿Por qué permites que ocurra esto, Azriel? Es muy fácil llorar la muerte de alguien a quien no conocías. Quizá lo sea también el mero hecho de existir. Pero estar solo es estar vivo. Y tú estás oculto y vivo aquí”.

»—Me partes el corazón, rabino —dijo Gregory en inglés. Era obvio que el idioma americano le resultaba más cómodo. Sus hombros se encorvaron al pronunciar con suavidad aquella frase de desesperación. Tenía las manos metidas en los bolsillos. Estaba un poco pálido debido al frío que hacía fuera, aunque en la habitación reinaba un calor sofocante. Pensé que mentía, y a la vez que decía la verdad.

»Aspiré los olores que emitían ambos, más cautivadores que el olor a cera, a pergamino, esos viejos aromas familiares. Aspiré el olor de ambos hombres, el aroma de la piel del anciano, tan suave y saludable que en su vejez se había vuelto como de seda, pura como los huesos de su cuerpo, sin duda tan frágiles que al menor golpe se quebrarían.

»El hombre joven presentaba un aspecto inmaculado, perfumado con finas y sutiles fragancias. El perfume emanaba de los poros de su piel, de los rizos de su cabello, de sus ropas; una sutil mezcla de aromas. El aroma de un monarca moderno.

»Me moví para situarme más cerca del hombre joven. Me hallaba a medio metro de distancia de él, a su izquierda, detrás de él. Contemplé su perfil. Tenía las cejas gruesas, suaves y bien formadas, unos rasgos armoniosos; en mis tiempos se habría dicho que estaba bendecido por los dioses. No tenía la menor cicatriz ni defecto. Algo indefinible para mí incrementaba su atractivo e intensificaba su poder. Cuando sonreía, como estaba haciendo en ese momento, esbozando una sonrisa triste e implorante, mostraba una dentadura blanca y perfecta.

»Tenía los ojos grandes, como los de Esther, pero no tan hermosos. Belkin alzó las manos, otro gesto implorante, pequeño, modesto. Tenía los dedos largos y delgados, y la suavidad de sus mejillas me impresionó; al igual que Esther, se había alimentado del amor que todos le demostraban, como si hubiera pasado toda la vida pegado al pecho de su madre. ¿Qué le faltaba? No se apreciaba en él la menor fisura ni herida, tan sólo aquella indefinible cualidad que potenciaba su atractivo.

»Entonces comprendí qué era. Belkin poseía la belleza de los jóvenes, pero tenía más de cincuenta años. ¡Increíble! Era asombrosa la forma en que el paso del tiempo había puesto de relieve sus virtudes físicas, intensificando el brillo de su mirada.

»—Háblame, Gregory Belkin —dijo el anciano con desprecio—, explícame por qué has venido, o sal ahora mismo de mi casa.

»De nuevo me sorprendió la ira que contenían las palabras del anciano.

»—De acuerdo, rabino —respondió el hombre joven, como si el tono y el talante del anciano le

dejaran indiferente.

»El rabino aguardó.

»—Tengo un cheque en el bolsillo —dijo Gregory—. He venido a entregártelo para el bien de toda la corte.

»Deduje que Belkin se refería con aquel término a los hebreos para quienes el anciano era el rabino, el *zaddik*, el líder.

»De golpe acudieron a mi mente unos recuerdos fragmentados, como pedazos de cristal, unas imágenes de mi difunto amo Samuel. Pero no significaban nada y me apresuré a desecharlos. Ten en cuenta que en aquellos momentos yo no recordaba nada de mi pasado. Nada en absoluto. Sin embargo sabía quién era ese hombre, venerable, poderoso en un sentido sagrado, acaso un mago. Pero, si era un mago, ¿cómo es que no había intuido mi presencia?

»—Siempre tienes un cheque para nosotros, Gregory —contestó el anciano—. Tus cheques llegan al banco sin necesidad de que me los entregues personalmente. Aceptamos tu dinero en honor de tu difunta madre, y de tu difunto padre, mi querido hijo. Aceptamos tu dinero por el bien que puede hacer a quienes amaban tus padres. Regresa a tu Templo. Regresa a tus ordenadores. Regresa a tu iglesia internacional. Vete a casa, Gregory. Sostén la mano de tu esposa, pues su hija ha sido asesinada. Consuela a Rachel Belkin. Creo que tiene derecho a ello, ¿no?

»El otro asintió con un leve gesto de la cabeza, como diciendo que no por ello iban a mejorar las cosas. Luego inclinó la cabeza hacia la derecha, observó al anciano con respeto y dijo:

»—Necesito que me hagas un favor, rabino.

»Se trataba de una frase directa, pero había sido pronunciada en tono afable.

»El anciano alzó las manos y se encogió de hombros. Luego se movió un poco bajo la luz de la lámpara y profirió un suspiro. Tenía los labios carnosos pese a su avanzada edad. En su coronilla brillaban unas gotas de sudor.

»A su espalda había otra estantería repleta de libros. La habitación estaba tan atestada de libros que parecía enteramente revestida de ellos. Los sillones eran amplios, con los armazones ocultos debajo del cuero, y todo se hallaba rodeado de libros. Allí había multitud de pergaminos, y sacos llenos de pergaminos, y pergaminos encuadernados en cuero.

»Al fin y al cabo, uno no puede quemar o arrojar a la basura los viejos pergaminos de la Torá. Deben ser enterrados, como es de precepto, o conservados en un lugar como aquél.

»¿Quién sabe lo que este anciano había aportado al mundo? Su inglés no era puro y fluido como el de Gregory, pero contenía las peculiaridades verbales de otras lenguas. Polonia. Vi Polonia y vi nieve.

»Gregory metió la mano izquierda en el bolsillo en el que llevaba el cheque, un pedazo de papel, un documento bancario, el regalo que deseaba hacer al viejo rabino. Oí crujir el papel cuando sus dedos lo rozaron. Estaba doblado junto a la pistola.

»El anciano no pronunció palabra.

»—Cuando yo era pequeño —dijo Gregory—, te oí contar una historia que me impresionó. Sólo la oí una vez, pero la recuerdo a la perfección. Recuerdo las palabras.

»El anciano no respondió. Su arrugada piel relucía bajo la luz de la lámpara, y cuando alzó sus cejas canosas se alzaron también las arrugas que surcaban su frente.

»—Rabino —prosiguió Gregory—, en cierta ocasión hablaste a mi tía sobre una leyenda, un secreto... un tesoro de familia. He venido para preguntarte sobre esa historia.

»El anciano se mostró sorprendido. No. No era exactamente eso. Lo único que sorprendió al anciano fue que las palabras de Gregory revistieran algún interés para él. Tras unos momentos de silencio, el viejo rabino se expresó de nuevo en yiddish:

»—¿Un tesoro? Tú y tu hermano... erais los tesoros de vuestros padres. ¿Has venido a Brooklyn para preguntarme sobre unas leyendas referentes a un tesoro? Tú posees un tesoro mayor de lo que sea capaz de soñar ningún hombre.

»—Así es, rabino —respondió Gregory con paciencia.

»—He oído decir que tu iglesia nada en la abundancia, que tus misiones en tierras extranjeras constituyen unos hoteles de lujo para los ricos que visitan a los pobres y les dan una limosna. He oído decir que tu fortuna supera la de tu esposa, y la de su hija. He oído decir que ningún hombre es capaz de adivinar la cantidad de dinero que posees y el dinero que controlas.

»—Así es, rabino —repitió Gregory pacientemente, en inglés—. Soy tan rico como imaginas, y sé que no te gusta imaginar esas cosas, ni pensar en ello ni aprovecharte...

»—Ve al grano —interrumpió el anciano en yiddish—. No te andes con rodeos. No me hagas perder los escasos momentos que me quedan; prefiero emplearlos en obras de caridad y no en acusaciones. ¿Qué quieres?

»—Te has referido a un secreto de familia —dijo Gregory—. Te ruego que me hables en inglés, rabino.

»El anciano sonrió de forma despectiva.

»—¿Y en qué idioma te hablaba cuando eras un niño? —preguntó en yiddish—. ¿Me expresaba en yiddish, polaco o inglés?

»—No me acuerdo —contestó el otro—. Pero me gustaría que hablaras ahora en inglés. —Belkin volvió a encogerse de hombros y se apresuró a decir—: Estoy muy apenado por la muerte de Esther, rabino. No fue con mi dinero que se compró esos diamantes. No tengo la culpa de que los luciera aquel día. No tengo la culpa de que los ladrones la asaltaran en la tienda.

»¿Unos diamantes? Eso era mentira. Esther no llevaba diamantes cuando la mataron. Los Eval no le habían robado unos diamantes. Pero Gregory empleaba un tono meloso y convincente.

»Desempeñaba su papel a la perfección. El anciano lo observó detenidamente y entonces se inclinó un poco hacia atrás, como si la fuerza de las palabras le hubiera empujado a hacerlo o acaso la irritación. Examinó al hombre joven que tenía ante sí.

»—No me has entendido, Gregory —dijo en inglés—. No me refiero a tu fortuna o a lo que Esther llevaba alrededor del cuello cuando la mataron. Me refiero a que tú mataste a tu hija. Hiciste que la asesinaran.

»Silencio.

»En la penumbra de la habitación observé mis manos visibles sobre los libros; vi las pequeñas arrugas en torno a mis nudillos, y en el lugar donde los hombres tienen el corazón, yo sentí dolor.

»El individuo de tono meloso y convincente no dio muestras de sentirse culpable ni avergonzado ni turbado en lo más mínimo. O era por completo inocente o lo animaba la más aberrante perversidad.

»—Abuelo, eso es una locura. ¿Por qué iba a hacer semejante cosa? Soy un hombre temeroso de Dios, al igual que tú, abuelo.

»—¡Basta! —exclamó el rabino al tiempo que alzaba la mano.

»—Mis seguidores jamás harían daño a Esther; ellos...

»—¡Basta! —repitió el rabino—. Dime de una vez lo que pretendes.

»Enojado y esbozando una sonrisa forzada, Gregory meneó la cabeza. Antes de responder, trató de recobrar la compostura. Observé que le temblaban los labios, pero no creo que el anciano reparara en ello.

»Gregory le tendió el cheque, como una ofrenda, que sostenía en la mano izquierda.

»—Recuerdo que te oí hablar de ello una vez —dijo, expresándose de forma rápida y natural en inglés—. Nathan y yo estábamos en la habitación. No creo que Nathan escuchara lo que dijiste. Él estaba con... otra persona. Ni siquiera recuerdo quién más se hallaba presente, excepto Rivka, la hermana de mi madre, y unas ancianas. Pero ocurrió aquí en Brooklyn, y nosotros acabábamos de llegar. Podría preguntarle a Nathan...

»—¡Deja en paz a tu hermano! —espetó el anciano en inglés, de modo tan natural y desenvuelto como si se expresara en yiddish. Con frecuencia la ira hace que uno adopte el tono justo, con independencia del idioma que utilice—. No te acerques a tu hermano Nathan. ¡Déjalo en paz! Acabas de decir que tu hermano no me escuchaba.

»—Supuse que preferirías que aclaráramos las cosas entre nosotros, rabino. Sabía que no querías que metiera en todo esto a Nathan.

»—Acaba de una vez.

»—Es por esto que he venido a verte. Explícamelo y no molestaré a mi estimado hermano; pero debo saberlo. —Gregory continuó—: Aquel día, siendo yo niño, hablaste sobre un secreto. Te referiste al Sirviente de los Huesos.

»Me quedé atónito. Sus palabras me pillaron por sorpresa. La conmoción que experimenté sirvió para reforzar mi forma humana. Me quedé tan helado como si Gregory se hubiera vuelto de golpe y me hubiera visto. Invoqué unas prendas para que me cubrieran, unas prendas parecidas a las que cubrían al *zaddik*. De inmediato noté que vestía una túnica de seda negra similar a la suya, suave y que se adaptaba perfectamente a mi cuerpo, y el aire me pareció más cálido y la pequeña bombilla se balanceó del extremo del precario cable del que colgaba.

»El rabino contempló la bombilla durante unos momentos y luego miró a su nieto.

»“Silencio, Azriel —me ordené a mí mismo—. Escucha. No tardarás en oír las respuestas”.

»—¿Recuerdas? —preguntó el hombre más joven—. ¿Un secreto de familia? ¿Un tesoro llamado el Sirviente de los Huesos?

»El anciano lo recordaba, pero guardó silencio.

»—Dijiste —continuó Gregory— que en cierta ocasión un hombre le había entregado eso a tu padre en Praga. El hombre era un musulmán de las montañas. Dijiste que ese hombre le había dado eso a tu padre en pago de una deuda.

»¡De modo que ese *zaddik* poseía los huesos! Pero no era mi amo, no, ni lo sería jamás.

»El anciano lanzó una mirada misteriosa a su nieto.

»—Hablabas con Rivka —insistió Gregory—; le contaste lo que te había revelado el musulmán.

Dijiste que tu padre no debió haber aceptado ese objeto, pero que estaba confuso porque las palabras que figuraban en el cofre de madera se encontraban escritas en hebreo. Dijiste que era una abominación, y que debía ser destruido.

»Yo sonreí. ¿Sentía alivio o ira? Una abominación. No soy una abominación. Esta abominación es capaz de destruirnos a ti, a tu nieto y todos tus libros; es capaz de arrasar tu casa sin dejar siquiera los cimientos. “Pero ¿quién me había llamado?”.

»Me tapé la boca con la mano. No podía permitir que se me escapara el menor sonido o suspiro en presencia de un *zaddik*. No podía permitirme el lujo de llorar.

»El *zaddik* permanecía en silencio, dejando que su nieto siguiera hablando y revelara sus intenciones.

»—Rivka te preguntó por qué no lo habías destruido —dijo Gregory despacio, con paciencia—, y tú contestaste que no era una tarea sencilla. Dijiste que ese objeto era como los viejos pergaminos. No podía ser destruido irreverentemente. Te referiste a un escrito, un documento. ¿Lo recuerdas, abuelo? ¿O acaso lo he soñado?

»El anciano miró a su nieto con frialdad.

»—¿Oíste eso mientras estabas sentado en mis rodillas? —preguntó en tono seco—. ¿Por qué me lo preguntas ahora?

»De golpe el anciano alzó el puño y descargó un golpe sobre la mesa. Nada se movió, salvo el polvo.

»Gregory no pestañeó.

»—¿Por qué has venido a preguntarme sobre esa vieja historia en el día del funeral de tu hija? —preguntó el anciano, furioso—. ¡Esa historia, ese secreto o tesoro, como lo tú lo llamas, que oíste cuando eras mi *eloi*, mi favorito, mi discípulo, mi orgullo! ¿Por qué vienes a hablarme de ello ahora?

»El anciano temblaba de forma amenazadora.

»Gregory sopesó la situación en silencio y respiró hondo.

»—Rabino, con el cheque podréis adquirir muchas cosas —dijo.

»—¡Responde a mi pregunta! Ya tenemos dinero. Somos ricos. Éramos ricos cuando abandonamos Polonia. Éramos ricos cuando abandonamos Israel. Responde a mi pregunta. ¿Por qué vienes ahora ante mí con esa historia?

»Yo no veía ningún indicio de riqueza en la habitación, pero creí al anciano.

»Sabía qué tipo de hombre era. Vivía sólo y exclusivamente para el estudio de la Torá y la observancia de la ley, para rezar y aconsejar a quienes acudían a él todos los días, aquellos que creían que el viejo rabino conocía el alma humana y era capaz de hacer milagros, aquellos para quienes él representaba el instrumento de Dios. La riqueza no influiría en la vida de ese hombre, salvo que le permitiría estudiar día y noche si lo deseaba.

»El pulso me latía aceleradamente. Sentí el aire en mi interior. Mi fuerza había ido en aumento desde que había oído aquellas fatídicas palabras. Los huesos tenían que estar allí. Sí, los tenía el anciano, y de algún modo me había invocado. Quizá los había tocado, o había leído las palabras o había pronunciado la oración... Estaba convencido de que me había invocado él. Pero ¿cómo lo había conseguido y por qué no lo había destruido yo de un manotazo?

»De pronto recordé un rostro que conocía y amaba. En cuestión de unos instantes, había

retrocedido cientos de años.

»Era el rostro de Samuel, de quien ya te he hablado. Samuel de Estrasburgo. El amo que me había vendido a cambio de la vida de sus hijas, como me había vendido yo mismo a cambio de las vidas de los hijos de Dios. En mi imaginación vi el cofre.

»¿Dónde estaba ahora?

»El recuerdo era amargo, un mero fragmento; lo deseché en el acto. Las acusaciones me distraerían y nada sobre ese pasado, incluso el que hacía referencia Samuel, podía cambiarse.

»Permanecí de pie en esa cálida habitación de Brooklyn, con otro viejo erudito rodeado de libros polvorientos, conjuros, hechizos, encantamientos, y sentí que lo odiaba. Lo aborrecía. Era mucho más virtuoso, sin embargo, que Samuel, sobre todo en los últimos momentos en que éste me había dicho que me fuera al infierno.

»Yo odiaba a este rabino casi tanto como lo odiaba su nieto.

»¿Y el nieto?

»¿Qué representaba para mí Gregory Belkin con su iglesia internacional? Pero si había matado a Esther...

»Guardé silencio. Dejé que la ira y el dolor se fundieran dentro de mí; me dije que debía limitarme a permanecer vivo, pero callado.

»El joven, vestido tan elegantemente como un príncipe, aguardó paciente a que la cólera del zaddik se aplacara.

»—¿Por qué me preguntas esas cosas? —inquirió el anciano.

»Yo pensé en la muchacha, en aquella joven, postrada en la camilla con la cabeza vuelta hacia mí. ¡Con qué dulzura y admiración había murmurado: “el Sirviente de los Huesos”!

»De golpe el anciano perdió los estribos y, sin dejar que Gregory respondiera a su pregunta, le increpó furioso:

»—¿Qué es lo que te impulsa a obrar así, Gregory? —El anciano formuló la pregunta en inglés. Su tono era más íntimo, como si deseara saber qué motivaciones animaban a su nieto. Se levantó de la silla y se plantó frente a él—. Me has hecho una pregunta —dijo—. Permite que yo te haga otra. ¿Qué es lo que pretendes? Eres inmensamente rico, tan rico que haces que nuestra fortuna parezca una mera gota en el océano, y sin embargo fundas una iglesia con el propósito de embaucar a miles de personas, creas tus propias leyes; vendes libros y programas de televisión que no dicen nada. ¿Acaso crees que eres Mahoma o Jesucristo? Has matado a tu hija. No lo niegues, tú la mataste. Te conozco bien. Sé que lo hiciste. Enviaste a esos hombres. La sangre de Esther se hallaba en el arma que acabó con ellos. ¿Los mataste a ellos también? ¿Fueron tus secuaces quienes utilizaron a los asesinos y luego los liquidaron? ¿Qué pretendes, Gregory, atraer sobre nosotros tal oprobio y maldad que el Mesías se vea obligado a regresar a la Tierra? ¿Serías capaz de forzar su voluntad?

»Yo sonreí. Fue un maravilloso discurso. Aunque no recordaba a Zurvan ni a ninguna otra persona sabia y elocuente, el discurso del anciano, el convencimiento que destilaban sus palabras, me impresionó. Y en aquel momento aumentó mi estima hacia el viejo rabino.

»Gregory adoptó una prudente actitud de tristeza pero permaneció en silencio, dejando que el anciano se despachara a gusto.

»—¿Crees que no sabía que habías sido tú? —preguntó el rabino al tiempo que se sentaba de

nuevo en la silla. Tenía que hacerlo. Su acceso de ira lo había fatigado—. Lo sé. Te conozco como no te conoce nadie desde el día en que naciste. Nathan, tu hermano mellizo, no te conoce tan bien como yo. Nathan reza con frecuencia por ti, Gregory.

»—Pero tú ya no rezas por mí, ¿verdad, abuelo? Tú has rezado mucho por mí.

»—Sí, recé el *Kaddish* por ti cuando abandonaste esta casa, y si el cielo me enviara una señal no dudaría en poner fin a tu vida, al Templo de la Mente y a tus mentiras y maquinaciones con mis propias manos.

»“¿De veras?”.

»—Eso es muy fácil de decir, abuelo —respondió Gregory sin inmutarse—. Todos seríamos capaces de cualquier cosa si recibiéramos una señal del cielo. Yo enseñé a mis seguidores a amar en un mundo donde no se producen señales del cielo.

»—Tú enseñas a tus seguidores a dar dinero. Tú enseñas a tus seguidores a vender tus libros. Si vuelves a levantarme la voz, abandonarás mi casa sin haber obtenido las respuestas que andas buscando. Tu hermano no sabe nada de eso, de ese recuerdo de tu infancia. No se hallaba presente. Yo recuerdo perfectamente ese día; sin embargo no queda nadie vivo que sepa lo que pasó.

»Gregory alzó la mano en señal de paz, de tolerancia.

»Yo me sentí cautivado y angustiado al mismo tiempo, pendiente de cada palabra que pronunciaban ambos hombres.

»—Abuelo, dime lo que significa “el Sirviente de los Huesos”. ¿Me consideras una basura tan inmunda que el mero hecho de responder a mi pregunta supondría rebajarte?

»El anciano se puso temblar de ira. Sus hombros se estrecharon y enderezó la espalda bajo su túnica. Se estremeció y crispó los puños, y a la luz de la lámpara vi que tenía los nudillos enrojecidos y agrietados.

»La luz iluminaba su canosa barba, el bigote que le cubría el labio superior y sus translúcidos párpados mientras él no dejaba de temblar y balancearse de un lado a otro como si estuviera rezando.

»—Abuelo —dijo Gregory con suavidad—, mi única hija está muerta, y he venido a hacerte una simple pregunta. ¿Por qué habría yo de matar a mi hija Esther? Sabes perfectamente que no existe ningún motivo por el que desearía hacerle daño a Esther. ¿Qué puedo darte a cambio de una respuesta a mi pregunta? ¿Recuerdas esa historia, esa cosa, el Sirviente de los Huesos? ¿Tenía un nombre, se llamaba Azriel?

»El anciano se quedó atónito.

»Yo también.

»—Yo no pronuncié ese nombre.

»—Es cierto —contestó Gregory—, pero lo hizo otra persona.

»—¿Quién te ha hablado de eso? —preguntó el anciano—. ¿Quién osó hacer semejante cosa?

»Gregory parecía confundido.

»Me apoyé en la estantería de libros, sin dejar de observar mientras mis dedos acariciaban el cuero viejo y raído de las tapas. No les hagas daño. A los libros no.

»Cuando habló de nuevo, el anciano empleó un tono duro y despectivo.

»—¿Te ha hablado alguien de esa leyenda? —preguntó—. ¿Quién te ha contado ese bonito cuento sobre magia y poder? ¿Un musulmán? ¿Un gentil? ¿Un judío? ¿Uno de tus fanáticos seguidores de la



Nueva Era que ha leído tu abracadabra sobre la Cábala?

»—Te equivocas, rabino —respondió Gregory con solemne sinceridad al tiempo que sacudía la cabeza—. Fue a ti a quien oí contar esa historia siendo yo niño. Luego, hace dos días, otra persona pronunció esas palabras ante testigos: Azriel, el Sirviente de los Huesos.

»Yo no me atrevía a hacer conjeturas.

»—¿Quién era esa persona? —preguntó el anciano.

»—Lo dijo ella, rabino —contestó Gregory—. Lo dijo Esther poco antes de morir. Los hombres de la ambulancia lo oyeron de sus labios cuando agonizaba. Esther dijo: “El Sirviente de los Huesos”, y luego su nombre, Azriel. Lo dijo dos veces, en voz alta, y los hombres de la ambulancia la oyeron. Me lo contaron ellos mismos.

»Yo sonreí. El misterio era aún mayor de lo que había imaginado.

»Observé a ambos hombres con mucha atención. Noté que tenía el rostro sofocado debido al calor. Sabía que temblaba al igual que el viejo rabino, como si mi cuerpo fuera real.

»El anciano retrocedió. Se negaba a dar crédito a lo que acababa de oír. Su ira se disipó y clavó la vista en su nieto.

»—¿Quién es ese Sirviente de los Huesos, rabino? —preguntó entonces Gregory con voz deliberada y astutamente suave—. ¿A qué se refería Esther? ¿Qué es esa historia que te oír contar cuando yo era un niño y jugaba sentado en el suelo a tus pies? Esther pronunció un nombre, “Azriel”. ¿Es ése el nombre del Sirviente de los Huesos?

»El pulso me latía con tal violencia que casi se oía. Noté que los dedos de mi mano izquierda oprimían ligeramente el borde superior de los libros. Sentí la estantería contra mi pecho y el suelo de cemento bajo mis zapatos, pero no me atreví a apartar la vista de aquellos dos hombres.

»“Dios mío —pensé—, haz que el anciano confiese, haz que revele lo que sabe para que yo me entere de una vez. Dios mío, si estás ahí, oblígalo a revelar quién y qué es el Sirviente de los Huesos. ¡Haz que me lo diga!”.

»El anciano estaba tan pasmado que era incapaz de articular palabra.

»—La policía tiene esa información —dijo Gregory—. La guardan celosamente. Creen que Esther se refería a su asesino.

»Casi protesté en voz alta para defender mi inocencia.

»El anciano hizo una mueca, pero tenía los ojos húmedos.

»—¿No lo comprendes, rabino? Deseaban encontrar a sus asesinos, no a esos cerdos con los picos de hielo que le robaron el collar, sino a quienes los contrataron para hacerlo, a los que conocían el valor de las joyas.

»Y dale con el collar. Yo no había visto ningún collar ni lo veía ahora en mi memoria. Esther no llevaba ningún collar colgado del cuello. No le habían robado nada. ¿A qué venía esa insistencia en el collar?

»Ojalá hubiera conocido mejor a esos dos hombres. No podía estar seguro de cuándo mentía Gregory.

»La voz de Gregory adoptó un tono más alto, más frío, menos conciliador. Enderezó la espalda y dijo:

»—Te hablaré con franqueza, rabino. Siempre he guardado, a instancias tuyas, nuestro secreto, mi

secreto, de que el fundador del Templo de la Mente era el nieto del rabino de esta corte de hasidim. —Gregory alzó la voz como si no pudiera controlarla y prosiguió—: Lo hice por tu bien. Por el bien de Nathan. Por el bien de la corte. Por el bien de quienes amaban a mi madre y a mi padre y se acordaban de ellos. He guardado este secreto por ti y por ellos.

»Gregory se detuvo y dejó que el tono de la acusación flotara en el ambiente mientras el anciano, demasiado prudente para romper el silencio, aguardaba.

»—Lo hice porque tú me lo rogaste —dijo Gregory—. Guardé el secreto. Porque me lo rogó mi hermano, y porque quiero a mi hermano. Y a mi manera, rabino, te quiero a ti. Guardé el secreto para que no te sintieras humillado y las cámaras no se entrometieran en tu intimidad, para que los reporteros no vinieran a tu casa exigiendo que les explicaras cómo era posible que de tu Torá, tu Talmud, tu Cábala hubiera surgido Gregory Belkin, el Mesías del Templo de la Mente, cuya voz se deja oír desde Lima hasta las ciudades de Nueva Escocia, desde Edimburgo hasta el Zaire. ¿Cómo era posible que tus ritos, tus oraciones, tus extrañas ropas negras, tus sombreros negros, tus curiosas danzas, tus reverencias y tus gritos dieran origen al célebre e inmensamente rico Gregory Belkin y su Templo de la Mente? Si he guardado silencio durante tantos años, fue por tu bien.

»Silencio. El anciano estaba sumido en un profundo silencio, ceñudo, lleno de desprecio.

»Yo estaba cada vez más perplejo. Nada hacía que me sintiera atraído hacia esos hombres, ni el odio ni el amor; no me sentía atraído por nada, salvo por el recuerdo de los ojos y la voz de la joven asesinada.

»De nuevo, fue el hombre joven quien habló:

»—Sólo una vez en tu vida acudiste a mí —dijo Gregory—. Atravesaste el inmenso puente que separa mi mundo del tuyo, según tú mismo dices. Viniste a mi despacho para rogarme que no revelara mis antecedentes, que guardara el secreto, por más que los periodistas me interrogaran, por más que trataran de hurgar en mi vida personal.

»El anciano no respondió.

»—A mí me habría beneficiado dejar que el mundo supiera la verdad, rabino. ¿Cómo no iba a beneficiarme decir que provenía de unas raíces tan fuertes y piadosas! Pero mucho antes de que tú me lo pidieras, había enterrado mi pasado contigo. Lo cubrí con mentiras y engaños para protegerte, para que no te sintieras humillado; ni tú ni mi querido Nathan, por quien rezo cada noche de mi vida. Lo hice de forma voluntaria, y sigo haciéndolo... por ti.

»Gregory se detuvo, como si se sintiera incapaz de reprimir su ira.

»Yo estaba fascinado por ambos hombres y por la historia que se desarrollaba ante mis ojos.

»—Pero a Dios pongo por testigo, rabino —dijo Gregory—, y me atrevo a referirme a Él en mi Templo, del mismo modo que tú lo haces en tu *yeshiva*. Déjame decirte lo siguiente: Esther pronunció esas palabras antes de morir. Ahora ya sabes que no fue uno de tus santos vestidos de negro que se dedican a batir palmas y a cantar en los *shabbes* quien asesinó a Esther. No fue mi hermano de mirada dulce quien la mató, ni tampoco un hasid. Cuando los nazis dispararon contra mi madre y mi padre, nadie levantó un dedo para impedirlo, ¿no es así?

»El anciano, perplejo y angustiado, asintió con la cabeza para manifestar su conformidad con lo que Gregory acababa de decir, como si tanto él como su nieto hubieran dejado atrás el odio que se inspiraban mutuamente.

»—Sin embargo —continuó Gregory mientras agitaba el cheque que sostenía en la mano izquierda—, si no me explicas el significado de esas palabras, rabino, y las recuerdo muy bien, contaré a la policía dónde las oí. Les diré que fue en esta casa, entre los hasidim, donde nació Gregory Belkin, el hombre misterioso, el fundador del Templo de la Mente.

»Me quedé estupefacto. Aguardé, sin atreverme a apartar la vista del anciano.

»Éste no dijo nada.

»Gregory suspiró y se encogió de hombros. Dio unos pasos, miró al cielo y dejó caer la mano.

»—Les dire: “Sí, señor, yo oí esas palabras mientras estaba sentado en las rodillas de mi abuelo, el cual vive aún; vayan a averiguar lo que significan”. Les diré que vengan a verte para que les expliques su significado.

»—Basta —replicó el anciano—. Eres un estúpido, siempre lo fuiste. —Suspiró hondo y luego preguntó con tono distraído—: ¿Dices que Esther pronunció esas palabras? ¿Que la oyeron los hombres de la ambulancia?

»—Los asistentes sanitarios que la socorrían tuvieron la impresión de que miraba a un hombre que se hallaba junto a la ventanilla de la ambulancia, un hombre con el pelo largo y negro. Es un secreto que la policía guarda celosamente en sus archivos, pero otras personas vieron a ese individuo y afirman que Esther lo miró, y que ese hombre se echó a llorar. ¡Lloró por Esther!

»Al oír esas palabras, fui yo quien me eché a temblar.

»—Calla... Basta. No...

»Gregory soltó una breve y despectiva risotada. Retrocedió, volviéndose hacia un lado y hacia el otro, sin alzar la mirada, sin reparar en mí, aunque, de haber estado la habitación iluminada por una luz más potente, es posible que hubiera visto mis zapatos. Luego se volvió hacia el rabino y dijo:

»—Jamás se me ocurrió acusaros a ninguno de vosotros del asesinato de Esther. No se me ocurrió ni por un momento, aunque he oído esas palabras de tus propios labios. ¡Nada más entrar en tu casa me acusas de haber matado a mi hija! ¿Por qué iba a hacerlo? He venido aquí por respeto a las palabras de una moribunda.

»—Te creo —contestó el anciano en tono sosegado—. Creo que la pobre muchacha pronunció esas palabras. La prensa afirmó que había murmurado unas palabras extrañas. Te creo. Pero también sé que tú mataste a tu hija. Hiciste que la asesinaran.

»Gregory tensó los brazos como suele hacer un hombre cuando se dispone a golpear a otro, pero no se sentía capaz de golpear al rabino.

»Yo sabía que eso jamás ocurriría entre aquellos dos hombres. Pero Gregory había perdido la paciencia, y el *zaddik* estaba convencido de que su nieto era culpable.

»Yo también. Pero ¿qué motivo tenía para creer que Gregory era culpable? En todo caso, los mismos que el *zaddik*.

»Traté de adivinar sus pensamientos, de penetrar en sus almas, pues sin duda tenían alma, ya que eran hombres de carne y hueso. Intenté bucear en lo más profundo de sus almas, como habría hecho un ser humano, como habría hecho un fantasma. Incliné la cabeza un poco hacia delante, como si el ritmo de la respiración de ambos hombres pudiera ayudarme a descifrar el secreto que ocultaban. “Gregory, ¿mataste tú a Esther?”.

»¿Formuló el anciano la misma pregunta a su nieto? El viejo rabino se inclinó hacia delante; a la

luz de la polvorienta bombilla vi que tenía los ojos entornados, aunque su mirada era perspicaz.

»El rabino miró a Gregory de nuevo y, al hacerlo, por casualidad, pero con toda certeza, me vio.

»Sucedió de forma natural. Apartó la vista de su nieto y la posó, despacio, mí.

»Vio a un hombre de pie donde me hallaba yo. Vio a un joven con el cabello oscuro, largo y rizado y los ojos negros. Vio a un hombre de buena estatura y buena salud, muy joven, tanto que algunos lo habrían tomado por un chiquillo. Me vio a mí. Vio a Azriel.

»Esbocé una breve sonrisa como si me dispusiera a decir algo, sin intención alguna de burlarme. Dejé que viera mi blanca dentadura. Le di a entender con la mirada que no le temía. Lucía, al igual que él, una barba larga e iba vestido de negro, con un caftán o una túnica. Igual que él, igual que uno de los suyos.

»Aunque yo ignoraba por qué o cómo lo sabía, supe que era uno de los suyos, con tanta seguridad como que estaba emparentado con el mercachifle del profeta anterior a él.

»Noté que me invadía un torrente de fuerza, como si el anciano hubiera tocado los huesos y hubiera invocado mi nombre. Es algo que me ocurre con frecuencia, cuando alguien me ve. En aquellos momentos me sentí casi tan fuerte como ahora.

»El anciano no mostró ninguna señal de haberme visto, ni ante Gregory ni ante a mí.

»Permaneció sentado, sin moverse. Sus ojos recorrieron la habitación con naturalidad, como si no se hubieran fijado en nada en particular, sin manifestar la menor emoción, salvo el tenue velo de tristeza que reflejaban.

»El viejo rabino me miró de nuevo, con disimulo, para que Gregory no se diera cuenta. Me miró sin pestañear, sin mover un sólo músculo.

»El pulso me latía con violencia, mientras el perfecto cascarón que constituía mi cuerpo cerraba sus poros. Sentí que el anciano me había visto y me encontraba hermoso. Joven y hermoso. Sentí el tacto de mis prendas de seda, el peso de mi cabello.

»“De modo que me has visto, rabino, me has oído”. Hablé sin mover la lengua.

»El anciano no respondió. Me miró fijamente, como si estuviera enfrascado en sus pensamientos. Pero me había oído. No era un falso predicador, sino un auténtico *zaddik* y había oído mi pequeña oración.

»El otro, el más joven, enojado y de espaldas a mí, preguntó en inglés:

—¿Has relatado esa historia a alguien más, rabino? ¿Vino alguna vez Esther a tu casa para averiguar quién era y...?

»—No seas estúpido, Gregory —contestó el anciano. Durante unos instantes apartó la vista, pero enseguida volvió a fijarla en mí mientras proseguía—: Yo no conocía a tu hijastra. Jamás puso los pies aquí. Ni tampoco a tu esposa. Lo sabes perfectamente. —El rabino suspiró sin dejar de observarme, como si temiera apartar la vista de mí.

»—¿Se trata de una historia de los hasidim o los lubavitch? —inquirió Gregory—. ¿Acaso algo que uno de los misnagdim pudo haber contado a Esther...?

»—No.

»El rabino y yo nos miramos de hito en hito. El anciano, vivo, y el joven espíritu, robusto, cada vez más nítido y fuerte.

»—Rabino, ¿quién pudo...?

»—Nadie —respondió el anciano mientras me observaba tan fijamente como yo a él—. Lo que recuerdas es cierto, pero tu hermano no se hallaba presente y tu tía Rivka ha muerto. No es posible que alguien se lo contara a Esther.

»El rabino apartó la vista de mí y miró a Gregory.

»—Se trata de un espíritu maldito —dijo—. Un ser demoníaco, que puede ser invocado mediante un potente conjuro y cometer todo tipo de tropelías.

»El anciano volvió a clavar la vista en mí, pero el joven siguió observándolo fijamente.

»—Entonces existen otros judíos que conocen esa historia. Nathan sabe...

»—No, nadie. No me tomes por idiota. ¿Crees que no sé que has estado haciendo averiguaciones entre la comunidad judía? Llamaste a esta corte y a la otra, llamaste a varios catedráticos universitarios. Te conozco. Eres muy listo. Tienes teléfonos en cada una de las habitaciones que conforman tu vida. Viniste aquí como último recurso.

»Gregory asintió con un gesto.

»—Tienes razón. Supuse que otros lo sabrían. Hice algunas averiguaciones; al igual que las autoridades. Pero nadie supo responderme. Por eso estoy aquí.

»Gregory ladeó la cabeza y extendió la mano en la que sostenía el cheque doblado.

»Eso dio al anciano un segundo de tiempo para hacerme una señal, para indicarme con un leve movimiento del índice derecho que me ocultara y permaneciera callado. Fue acompañado de una breve negación con los ojos y un movimiento casi imperceptible de cabeza. Pero no era una orden, ni una amenaza. Era algo más parecido a una oración.

»Luego lo oí. “No te delates, espíritu”.

»“De acuerdo, anciano, de momento haré lo que me pides”.

»Gregory, que seguía de espaldas a mí, desdobló el cheque.

»—Explícame de qué se trata, rabino, y dime si todavía tienes esa cosa en tu poder. Dijiste a Rivka que no era fácil de destruir.

»El anciano miró de nuevo a Gregory, aparentemente confiado de que yo no me delataría.

»—Quizá decida contarte lo que deseas saber —dijo—. Quizá te entregue esa cosa a la que te refieres. Pero no por esa suma. Tenemos suficiente dinero. Debes darnos algo más importante.

»—¿Cuánto quieres, rabino? —preguntó Gregory, muy excitado—. Hablas como si tuvieras esa cosa en tu poder.

»—En efecto —contestó el anciano—. La tengo en mi poder.

»Lo miré atónito, aunque su respuesta no me había sorprendido.

»—¡Quiero que me lo entregues! —exclamó Gregory con tal ferocidad que temí que se hubiera extralimitado—. ¡Dime el precio!

»El anciano reflexionó unos instantes. Volvió a fijar la vista en mí y luego la apartó. Su ajado rostro había recobrado el color, y observé que movía las manos con nerviosismo. Luego dejó que sus ojos se posaran de nuevo en mí.

»Durante unos segundos, mientras ambos nos observábamos, mi pasado amenazó con hacerse visible. Vi siglos más allá de Samuel. Creo que vislumbré a Zurvan. Creo que vi la procesión. Distinguí la figura de un dios dorado que me miraba sonriente y sentí terror, terror de saber y de ser como los hombres, con memoria y dolor.

»Si no lograba que el pasado dejara de atormentarme, aullaría constantemente como un perro, como el chófer de Esther al verla postrada en la camilla. Entonces aparecería el viento y me llevaría junto a las otras almas perdidas que no dejaban de lamentarse. Cuando maté a mi perverso amo, el mameluco, en El Cairo, el viento había venido a por mí, pero yo me había resistido y había conseguido zafarme de él.

»Permanece vivo, Azriel. El pasado esperará. El dolor esperará. El viento esperará por la eternidad. Permanece vivo en este lugar. Averigua lo que deseas saber.

»“Estoy aquí, anciano”.

»Con calma, el rabino me miró, sin que su nieto se diera cuenta. Habló sin apartar la vista de mí, haciendo que Gregory se inclinara para captar sus palabras:

»—Acércate a aquella alacena que se encuentra a mis espaldas, detrás de los libros —dijo el anciano en inglés—. Ábrela. En su interior verás un paño. Levántalo y coge el objeto que hay debajo de él. Pesa bastante, pero eres lo bastante fuerte para transportarlo.

»Yo reprimí una exclamación de asombro. Al oír las palabras del anciano sentí que mi corazón estallaba en llanto. ¡Los huesos estaban allí! ¡En la habitación!

»Gregory dudó unos momentos, quizá porque no estaba acostumbrado a recibir órdenes ni a hacer el menor esfuerzo. No lo sé. Luego se dirigió apresuradamente hacia la estantería.

»Oí crujir la madera y aspiré de nuevo el aroma a cedro e incienso. Percibí el sonido del pestillo de metal. Me puse de puntillas, pero enseguida recuperé mi postura anterior.

»El anciano y yo nos observamos fijamente. Me aparté de la estantería para que viera que iba ataviado con una túnica similar a la suya, y durante unos segundos advertí el temor en sus ojos. Luego, de forma educada, me hizo una señal con la cabeza para que regresara a mi escondite.

»Yo obedecí.

»Detrás del anciano, oculto por éste, Gregory soltó una palabrota mientras trataba en vano de hallar el codiciado objeto.

»—Mueve los libros —dijo el rabino—. Apártalos todos —repitió sin dejar de observarme como si pretendiera controlarme con la mirada—. ¿Lo has encontrado?

»Percibí un olor a polvo. Vi brotar el polvo bajo la luz de la lámpara. Oí que caían unos libros. ¡Qué dulce era oír con los oídos y ver con los ojos! No llores, Azriel, en presencia de ese hombre que te aborrece.

»En un impulso, me llevé los dedos a la boca. Lo hice de forma espontánea y natural, como si me dispusiera a rezar ante la catástrofe que se avecinaba. Palpé el vello que tenía sobre mi labio superior, y mi espesa barba. Me complacía. “¿Es como la tuya, rabino, cuando eras joven?”.

»El anciano mostraba un aire tenso, indestructible, superior, cansado.

»Gregory salió de detrás de la estantería y se dirigió hacia la luz.

»¡Sostenía el cofre en los brazos!

»Vi el oro que cubría la madera de cedro, rodeado por unas toscas cadenas de hierro.

»¡Hierro! ¿De modo que creían que podrían contenerme? ¡A mí, Azriel! ¿Creían que el hierro era capaz de contener a un ser como yo? Sentí deseos de lanzar una carcajada. Pero en lugar de ello contemplé el cofre que sostenía Gregory Belkin entre sus brazos, como si fuera un niño; aquel cofre que estaba cubierto todavía de oro.

»Recordé algo vagamente, pero no vi a nadie con claridad en mi memoria. Sólo recordé la luz del sol reflejada sobre el mármol y unas palabras amables. Amor, una palabra que significaba amor, y el amor me llevó a pensar de nuevo en Esther.

»Qué orgulloso y fascinado se sentía Gregory. No le importaba haberse ensuciado su elegante abrigo de paño. Tenía el pelo lleno de polvo. Contempló ese tesoro y se volvió para depositarlo ante el anciano, como si se tratara de un bebé.

»—¡No! —gritó el rabino con las dos manos alzadas—. Deposítalo en el suelo y aléjate de él.

»Yo sonreí con amargura. “No te ensucies tocándolo”.

»El anciano no me hizo caso, sino que contempló el cofre mientras Gregory lo depositaba en el suelo.

»—¿Acaso crees que estallará en llamas? —preguntó Gregory. Con cuidado, colocó el cofre directamente bajo la luz de la lámpara, justo debajo del escritorio del anciano—. Esta inscripción es muy antigua, no está escrita en hebreo. ¡Está escrita en sumerio! —Gregory apartó las manos y se las frotó.

»Estaba eufórico, emocionado.

»—Esto no tiene precio, rabino.

»—Sé lo que es —respondió el anciano al tiempo que apartaba la vista de mi persona para mirar el cofre. Yo no me moví. Ni siquiera sonreí.

»Gregory contempló embelesado el cofre, como si se tratara del niño Jesús en el pesebre y él fuera un pastor que hubiera acudido para ver al Hijo de Dios hecho hombre. Acarició los eslabones de hierro, gruesos, feos y sucios, y tocó un pergamino que estaba insertado entre los eslabones de la cadena.

»Yo no había visto ese pergamino hasta el momento en que los dedos de Gregory rozaron sus bordes con suavidad. El oro que cubría el cofre me cegó e hizo que se me humedecieran los ojos. Percibí el olor a cedro, a especias y a humo, que saturaba la madera debajo de su revestimiento de oro. Percibí el olor de los otros humanos, y el perfume de las ofrendas.

»De pronto sentí que la cabeza me daba vueltas.

»Percibí el olor de los huesos.

»Dios mío, ¿quién me ha invocado? Deseaba contemplar el rostro risueño de mi dios. Mi dios personal; el que solía pasear conmigo, el dios que cada hombre posee, su propio dios, tal como yo había visto al mío. ¡Ojalá hubiera aparecido en aquellos momentos!

»En realidad no se trataba de un recuerdo, ¿comprendes?, sino de un anhelo que ni yo mismo era capaz de explicar, que me dejó frío y confundido.

»Pero no cesaba de pensar en esa persona, en “mi dios”. ¿Se habría reído de mí? Quizás habría dicho: “De modo que tu dios te ha fallado, Azriel, e incluso entre los Elegidos te atreves a invocarme de nuevo. ¿Acaso no te lo advertí? ¿No te aconsejé que escaparas en cuanto te fuera posible, Azriel?”.

»Sin embargo mi dios, fuera quien fuese, no estaba allí, y no me miraba sonriendo. No estaba junto a mí, como un amigo que hubiera paseado conmigo bajo la fría brisa del atardecer por la orilla del río. Tampoco había dicho aquellas cosas. Pero antes, tiempo atrás, sí había estado conmigo, lo sabía con certeza. El pasado era como un diluvio que deseaba que me dejara llevar por él y me

ahogara.

»De golpe sentí un atisbo de esperanza, una esperanza que hizo que se acelerara el ritmo de mi respiración y que me sintiera asfixiado por los perfumes que invadían la estancia.

»“Quizá nadie te ha invocado, Azriel. Quizá has aparecido por voluntad propia. ¡Eres tu propio amo! ¡Puedes detestar a esos dos individuos sin temor a represalias!”.

»Era tan dulce, esa fuerza, esa sonrisa, esa broma de que por fin yo mismo iba a tener poder. Casi oí mi breve risita. Cerré los dedos de mi mano derecha sobre los rizos de mi barba y tiré de ella suavemente.

»—Este pergamino está intacto, rabino —dijo Gregory—. Mira, puedo extraerlo de entre las cadenas. ¿Quieres leerlo?

»El anciano alzó la cabeza y me miró como si hubiera sido yo quien hubiera hablado.

»“¿Me encuentras hermoso, anciano? Ya sé lo que ves. No hace falta que yo lo vea. Es Azriel, no hecho a medida por un amo, no creado de esta u otra guisa por un amo, sino Azriel tal como me creó Dios, cuando Azriel era alma, espíritu y cuerpo reunidos en un mismo ser”.

»El anciano me observó enojado. “¡Te ordeno que no te muestres, espíritu!”.

»“¿De veras, anciano? Odio tu frío corazón. Reconozco que nos unen ciertos vínculos, pues estás tan lleno de odio como yo. ¿Cómo vamos a saber si Dios intervino en esto, en bien de ella, de Esther?”.

»El rabino me miró como hipnotizado, incapaz de responder.

»Gregory se agachó junto a su trofeo y tocó el pergamino con sumo cuidado.

»—Rabino, esto vale una fortuna —dijo—. Ponle un precio. Deja que abra el pergamino. Apoyó de pronto la mano sobre la madera y abrió los dedos, enamorado de aquel objeto.

»—¡No! —protestó el anciano—. Te prohíbo que lo hagas bajo mi techo.

»Yo observé sus ojos pálidos y acuosos. “Te odio. ¿Crees que pedí convertirme en lo que soy? ¿Has sido joven alguna vez? ¿Tuviste alguna vez el cabello negro como el mío y unos labios carnosos como los míos?”.

»El anciano no respondió, pero sé que me había oído.

»—Siéntate ahí —dijo a su nieto al tiempo que señalaba un sillón de cuero que había junto al escritorio—. Siéntate y extiende los cheques que yo te ordene. Y luego esa cosa, y todo cuanto sé sobre ella, será tuya.

»Por poco suelto una carcajada. ¡Conque esas teníamos! El anciano sabía que me encontraba allí y estaba dispuesto a venderme a ese nieto al que detestaba con toda su alma. Ése era su terrible precio por todas las injusticias que su nieto había cometido contra él y contra Dios. Iba a entregarme a su nieto, el cual ignoraba mi presencia en aquella habitación. Creo que me reí, pero en silencio, sólo para que lo advirtiera el anciano, para que advirtiera el desprecio que se reflejaba en mis ojos y en la mueca de mis labios mientras lo observaba, meneando la cabeza, admirado ante su astucia, su frialdad, su estéril e implacable corazón.

»Gregory retrocedió unos pasos y tomó asiento en el desvencijado sillón, cuya tapicería de cuero se caía a pedazos. Estaba muy excitado.

»—Ponle un precio.

»Mi sonrisa debía de ser amarga, sabiendo lo que sabía, pero no perdí la calma. Mi viejo dios se



habría sentido orgulloso de mí: “¡Bravo, mi valiente amigo, lucha contra ellos! ¿Qué tienes que perder? ¿Crees que tu Dios es misericordioso? Escucha lo que esos dos te tienen reservado”. Pero ¿quién había pronunciado esas palabras surgidas de la noche de los tiempos? ¿Quién las había dicho? ¿Quién se hallaba junto a mí, lleno de amor, tratando de prevenirme? Miré a Gregory. No quería distraerme, sumirme de nuevo en unos recuerdos dolorosos, sino llegar al fondo de ese misterio. Mi propio misterio podía esperar.

»Dejé que las uñas de mi mano derecha se clavaran ligeramente en la endurecida carne de la palma. Sí, aquí. Estás aquí, Azriel, tanto si el anciano te aborrece como si no, tanto si el otro es un asesino y un idiota como si no, tanto si van a venderte de nuevo como si fueras un objeto sin alma, como si no. Estás aquí; no dentro de los huesos que yacen en ese cofre.

»Fingí que mi dios estaba presente. Que estábamos juntos. ¿Acaso no lo había hecho con mis viejos amos, sin que ellos lo supieran, eso de fingir que mi dios se hallaba junto a mí, a sabiendas de que no era cierto?

»Vi a mi dios, envuelto en una nube de humo, llorando por mí. Nos encontrábamos en un pequeño aposento, y de la caldera en la que hervía un líquido dorado brotaba un denso vapor. ¡Dios mío! Pero era una imagen sin contexto. Algo inenarrable que no debía permitir que se reprodujera jamás. Debía concentrarme en lo que estaba ocurriendo en esos precisos instantes en la habitación.

»Gregory sacó un billetero de cuero del bolsillo. Lo abrió sobre sus rodillas mientras en la mano derecha sostenía una pluma de oro.

»El anciano habló de sumas en dólares norteamericanos. Unas sumas enormes. Dijo el nombre de las personas e instituciones a quienes debían ser entregados los cheques. Hospitales, escuelas e institutos, una empresa que trasladaría el dinero a la *yeshiva*, la escuela en la que los jóvenes de la corte estudiaban la Torá. El dinero sería enviado a la corte en Israel. El dinero sería enviado a la nueva comunidad de hasidim, que se habían propuesto construir una aldea propia en las colinas, no lejos de esta ciudad. El rabino expuso unas breves explicaciones.

»Sin una sola pregunta, Gregory empezó a escribir, trazando las letras en los talones bancarios con su afilada pluma de oro, arrancando un cheque para poder extender otro, y otro más, estampando su firma con un garabato como suelen hacer los hombres poderosos.

»Cuando hubo terminado, Gregory depositó los cheques sobre el escritorio, ante el rabino. Éste los observó detenidamente. Los separó y colocó en una larga hilera, examinándolos con cierta expresión de estupor.

»—¿Estás dispuesto a darme este dinero por algo sobre lo que no sabes ni comprendes en absoluto? —preguntó el anciano.

»—La última palabra que pronunció mi hija antes de morir fue su nombre —respondió Gregory.

—No, tú deseas poseer esa cosa. Ansías su poder.

—¿Por qué iba a creer en su poder? Sí, sí, lo deseo, para contemplarlo, para averiguar por qué conocía Esther su nombre; y sí, estoy dispuesto a entregarte estas sumas.

»—Saca el pergamino de los eslabones de la cadena y dámelo.

»Gregory se apresuró a obedecer a su abuelo, como un niño. El pergamino no era tan antiguo como el cofre que contenía los huesos. Gregory depositó el pergamino en manos del anciano.

»“¿Te lavarás las manos después de haberlo tocado?”.

»El rabino no respondió a mi pregunta. Desdobló con cuidado el pergamino, moviendo las manos hacia la izquierda y la derecha, para así leer todo el manuscrito, y comenzó a traducir las palabras al inglés para que su nieto las comprendiera:

»“Devolved este ser a los hebreos, pues sólo su magia puede obligarlo a regresar al infierno, lugar al que pertenece. El Sirviente de los Huesos ya no obedece a amo alguno. No se siente vinculado por viejos votos. Los conjuros antiguos no son capaces de hacerlo desaparecer. Una vez que ha sido invocado, destruye todo cuanto halla a su paso. Sólo los hebreos conocen el significado de este ser. Sólo los hebreos son capaces de dominar su furia. Entregádselo a ellos”.

»Sonreí de nuevo. No podía evitarlo. Creo que cerré los ojos con alivio, y luego los abrí para mirar al anciano, que tenía la vista fija en el pergamino.

»“Pero ¿es cierto que he aparecido por voluntad propia?”. No me atrevía a creerlo. No. Tal vez me habían tendido una trampa, una trampa en la que la muerte de Esther constituía el señuelo.

»El anciano siguió contemplando el manuscrito, sin decir nada.

»Al cabo de unos minutos, Gregory rompió el silencio.

»—Entonces ¿por qué no lo has destruido? —inquirió. Estaba tan excitado que apenas podía quedarse quieto—. ¿Qué más dice? ¿En qué idioma está escrito?

»El anciano lo miró, me miró a mí y luego clavó los ojos de nuevo en el pergamino.

»—Escucha lo que voy a leer —respondió el rabino—, porque sólo te lo traduciré una vez.

»—“¡Ay de quien destruya estos huesos, lo que es posible lograr mediante un método que ni siquiera el más sabio conoce, pues dejaría libre a un espíritu de incalculable poder, sin amo e ingobernable, condenado a permanecer suspendido en el aire para siempre, incapaz de ascender la escalera del cielo ni de abrir las puertas que conducen a la perdición. ¿Quién sabe qué actos crueles cometería este espíritu contra los hijos de Dios? ¿Acaso no existen ya suficientes demonios en el mundo?”.

»De forma teatral, el anciano miró a su nieto; resultaba evidente que éste se sentía fascinado por lo que acababa de oír.

»Gregory observó el cofre con codicia mientras lo acariciaba mentalmente.

»El anciano habló de nuevo, de forma lenta y pausada.

»—Mi padre lo aceptó porque creyó que era su deber. Y ahora has venido a pedirme que te lo entregue. Bien, casi es tuyo.

»El otro parecía delirar de gozo, o estar poseído por una alegría divina.

»—¡Oh, rabino, esto es fantástico, maravilloso! —exclamó Gregory—. Pero ¿cómo es posible que lo supiera mi pobre Esther?

»—Es a ti a quien corresponde averiguarlo —contestó el anciano con frialdad—. Yo no puedo saberlo. Jamás he invocado a ese ser, a ese espíritu, ni tampoco mi padre. Ni tampoco lo hizo el musulmán que se lo entregó a mi padre.

»—Dame el pergamino. Me lo llevaré ahora.

»—No.

»—Dámelo, abuelo. Ahí tienes los cheques.

»—Y mañana el dinero estará en el banco, ¿no es así? Mañana, cuando el dinero haya sido transferido, una vez que se haya efectuado la transacción...

»—¡Entrégamelo ahora, abuelo!

»—Mañana ven a verme y podrás llevártelo, es tuyo. Serás el amo del Sirviente de los Huesos.

»—Eres un viejo testarudo. Sabes que esos cheques son buenos. ¡Dámelo!

»—¡Qué ansioso estás por llevártelo! —observó el viejo rabino.

»Luego me miró. Juraría que de haberle invitado a hacerlo, habría compartido conmigo una pequeña sonrisa de complicidad, pero no lo hice.

»El anciano miró de nuevo a su nieto, quien se hallaba sumido en la más absoluta frustración mientras contemplaba el cofre dorado que yacía a sus pies, sin atreverse a tocarlo, casi gimiendo de deseo.

»—¿Por qué la mataste? —preguntó el anciano.

»—¿Qué?

»—¿Por qué hiciste que asesinaran a tu hija? Quiero saberlo. ¡Debí exigirte ese precio a cambio del cofre!

»—¡Eres un necio, todos sois unos necios, beligerantes y supersticiosos, los idiotas de vuestro dios!

»—Tus templos, Gregory, son las casas de los estafados y los condenados —replicó indignado el rabino—. Pero basta ya de reproches. Ambos nos conocemos bien. Mañana por la noche, cuando mis banqueros me hayan comunicado que el dinero se halla en nuestras manos, puedes venir y llevarte el cofre. Y guarda el secreto. Cumple tu promesa. No cuentes a nadie que eres... que eres mi nieto.

»Gregory sonrió y abrió los brazos en un gesto de resignación. Luego avanzó en dirección a la puerta, sin mirar hacia el lugar donde me encontraba yo.

»Se detuvo ante la puerta y se volvió hacia su abuelo.

»—Di a mi hermano Nathan de mi parte que le agradezco que llamara para ofrecerme sus condolencias.

»—¡No creo que lo hiciera! —replicó el rabino.

»—Me llamó y habló conmigo, tratando de consolarme, a mí y a mi esposa, por la trágica muerte de nuestra hija.

»—¡Nathan no desea tener ningún trato contigo ni con los de tu calaña!

»—No te lo he dicho para que te enojas con él, rabino, sino para que sepas que mi hermano Nathan me quiere lo suficiente para llamarme y decirme cuánto lamenta la muerte de Esther.

»Gregory abrió la puerta. Fuera aguardaba impaciente el aire frío de la noche.

»—¡No te acerques a tu hermano! —exclamó el rabino mientras apoyaba las manos en el escritorio para ponerse en pie.

»—¡Ahórrate tus amenazas! —contestó Gregory—. Ahórratelas para tus fieles. Mi iglesia predica el amor.

»—Tu hermano es hijo devoto de Dios —dijo el anciano. Pero su voz sonaba débil. Estaba cansado. Agotado.

»Luego se volvió para mirarme. Yo le devolví la mirada.

»—No trates de engañarme, rabino —dijo Gregory mientras una ráfaga de aire frío penetraba en la estancia—. Si mañana por la noche no encuentro el cofre aquí, tal como has prometido, me presentaré en tu casa con los reporteros. En mi próximo libro escribiré la historia de mi infancia

entre los hasidim.

»—Búrlate de mí, no me importa —contestó el anciano, irguiéndose—. El trato está hecho, mañana encontrarás aquí al Sirviente de los Huesos, dispuesto para que te lo lleves. Eres perverso. Adoras al diablo. Tu iglesia adora al diablo; son adeptos de la Mente del Diablo. Puedes llevarte a este demonio y a sus secuaces. Sal de mi casa.

»—De acuerdo, maestro, mi Abraham. —Gregory cruzó la puerta, pero antes de marcharse se volvió por última vez, dejando que la luz de la habitación iluminara su risueño semblante—. ¡Mi patriarca, mi Moisés! Da a mi hermano un abrazo de mi parte. ¿Deseas que transmita a mi esposa tus condolencias?

»Tras estas palabras, Gregory salió y cerró la puerta con violencia.

»El portazo provocó una leve vibración entre los objetos de cristal y metal que había en la estancia.

»Yo no me moví.

»El anciano y yo nos miramos, a través de la pequeña y polvorienta habitación. Yo me aparté un poco de la estantería y el rabino permaneció sentado ante su escritorio.

»Él estaba temblando.

»“Regresa a los huesos, espíritu. Yo no te he invocado. No quiero hablar contigo, salvo para ordenarte que desaparezcas”.

»—¿Por qué? —pregunté expresándome en el antiguo dialecto hebreo que sabía que el rabino conocía—. ¿Por qué me odias, anciano? ¿Qué te he hecho? No hablo por boca del espíritu que destruye a los magos, sino de mí mismo, Azriel. ¿Qué mal te he hecho?

»El anciano me miró perplejo y atemorizado. Me coloqué ante su escritorio; llevaba las mismas ropas que él, y al bajar la vista comprobé que mi pie casi rozaba el cofre, el cual me pareció más pequeño de lo que recordaba. De golpe percibí un olor a agua hirviendo.

»—¡Dios mío! ¡Marduk! —grité en la antigua lengua caldea. El *zaddik*, que comprendió las palabras, me contempló horrorizado—. ¡Dios mío, se niegan a ayudarme. ¡Aquí estoy de nuevo, pero no encuentro el camino del bien!

»El anciano siguió observándome fascinado, pero al mismo tiempo escandalizado y con repugnancia.

»—¡Aléjate, espíritu! —gritó al tiempo que agitaba las manos—. ¡Fuera de aquí! ¡Regresa a los huesos de los que provienes!

»Sentí una exquisita sensación de gozo. No me dejé intimidar por sus exhortaciones.

»—Rabino, has dicho que él la mató. Dime si eso es cierto. Yo maté a los hombres que la asesinaron.

»—Aléjate, espíritu —respondió el anciano mientras se cubría el rostro con las manos y volvía la cabeza. Su voz se hizo más fuerte. Se apartó del escritorio y caminó en derredor mío, describiendo un círculo, gritando las palabras cada vez más fuerte, con más claridad, mientras agitaba la mano ante mí. Sentí que me debilitaba y que unas lágrimas rodaban por mis mejillas.

»—¿Por qué dijiste que él mató a Esther, rabino? ¡Dímelo y yo la vengaré! ¡Yo maté a sus asesinos! ¡Señor, Dios de las Hostias, cuando Yahvé habló a Saúl y a David, les ordenó que los matara a todos, hasta el último hombre, mujer y niño! Y Saúl y David le obedecieron. ¿Acaso es que

no fue justo matar a esos tres asquerosos individuos que habían asesinado a una joven inocente?

»—¡Desaparece, espíritu! —gritó el anciano—. ¡Aléjate de mi vista! No quiero ningún trato contigo. ¡Regresa a los huesos!

»—¡Te maldigo, te odio! —repliqué, pero en silencio.

»Había comenzado a disolverme. Todo cuanto había invocado para crear mi forma corpórea se estaba dispersando, como si el viento hubiera conseguido filtrarse por debajo de la puerta y me hubiera atrapado.

»—¡Desaparece, espíritu, vete de aquí, sal de mi casa!

»Oscuridad.

»Sin embargo, no podía dejar de pensar.

»No podía dejar de ser.

»“Volveremos a vernos, anciano”.

»Tuve unos sueños como si fuera humano, y dormí; mi mente había abierto sus puertas a unos maestros vivos. No, Azriel, no, muere, pero no sueñes.

»Vi de nuevo el rostro de Samuel; Estrasburgo; otro santuario repleto de pergaminos y libros que estaba en llamas. Oí mi voz: “Sujeta mi mano, amo, llévame contigo a la muerte”. ¡Maldito seas, Samuel! Maldito seas, anciano.

»“¡Malditos seáis todos los amos que he tenido!”.

»Desde la cima de una colina contemplé la pequeña ciudad de Estrasburgo. Era una imagen mucho menos nítida que cuando te la describí.

»Sin embargo ahí estaba; yo la vi. Sabía que todos los judíos padecían. Sabía que yo era uno de ellos. Y, no obstante, no podía ser uno de ellos. Percibí el tañido de campanas; las arrogantes campanas de asesinos sonando en sus iglesias.

»El cielo era como el cielo silencioso y plomizo de otras épocas —hace seiscientos años—, cuando el aire no hablaba y yo oía las campanas con toda claridad.

»“Azriel”. Murmullos. Viento. De pronto aparecieron los invisibles, avanzando hacia mí envueltos en una espesa niebla, rodeándome, cercándome, olfateando mi debilidad, mi temor, mi sufrimiento. “¡Azriel!”. Los murmullos de los envidiosos espíritus terrenales me rodeaban. Eran los codiciosos y desesperados espíritus de los muertos, que vagaban errantes por la Tierra.

»“Alejaos de mí. Dejadme recordar”.

»Deseaba saber, abrirme camino a través de ellos como había hecho entre la multitud que se agolpaba en la acera cuando Esther me vio. Deseaba recordar, deseaba...

»Durante unos instantes permanecí ante el rabino, contemplándolo, rodeado de luz; pero el rabino era una figura inmensa, y su voz sonaba más potente que el viento.

»“¡Aléjate, espíritu! ¡Te lo ordeno!”. El rostro del anciano estaba congestionado de ira.

»“¡Desaparece, espíritu!”.

»Sus palabras me golpearon. Me hirieron. Me lastimaron. Dame silencio. Si no puedo alcanzar la paz, dame oscuridad y silencio. Podría ser peor, Azriel.

»Podría ser peor.

»Es terrible sentirse herido, pero peor es matar a un inocente y sonreír con odio.

—Debí haber intentado varias cosas. En primer lugar, abandonar la habitación, intacto, y seguir a Gregory. A fin de cuentas poseía un cuerpo visible, y lo había vestido perfectamente. Debí tratar de resistirme. Caminar tranquilamente por las calles de Brooklyn para descubrir más cosas sobre el mundo, formulando preguntas concretas.

»Debí tratar de averiguar más detalles sobre Gregory Belkin y el Templo de la Mente. La gente con la que me tropezara por la calle no se habría negado a hablar conmigo de esas cosas. Yo tenía el aspecto de un hombre. Podía haber contemplado los informativos de televisión desde una taberna, haber pasado una noche muy fructífera, adquiriendo conocimientos en lugar de dejar que el viejo rabino me obligara a abandonar mi propia forma y caer de nuevo en la nada.

»Sea como fuere, cuando el rabino trató de destruirme no debí perder el tiempo invocando a “mi dios”.

»Eso había sido un error imperdonable por tratarse del Sirviente de los Huesos —me refiero al hecho de invocar a mi dios—, teniendo en cuenta que mi dios jamás había estado junto a mí en todos los años que yo llevaba sirviendo como espíritu. No creo que el Sirviente de los Huesos que había maldecido a Samuel se acordara de mi dios, porque no recordaba haber sido humano, tal como yo lo recordaba en aquellos momentos. Mi dios era mío cuando yo era un hombre, un joven que residía en la ciudad de Babilonia, donde había muerto.

»Aunque me fastidie reconocerlo, cuando evoco a Samuel sólo recuerdo lo orgulloso que me sentía de ser su genio, un fantasma dotado de unos extraordinarios poderes que las simples almas de los muertos jamás llegan a adquirir. Yo era la culminación de la magia antigua y de los hombres que saben utilizarla.

»De mi existencia humana no recordaba nada en absoluto. Ni siquiera a algún amo anterior a Samuel, aunque sin duda había tenido más de uno. En Babilonia debía de existir un importante linaje de magos, a los que yo había servido y sobrevivido.

»Por fuerza debió de ser así. El Sirviente de los Huesos había pasado de mano en mano.

»En cierto momento, según había tenido el rabino el detalle de explicar a Gregory, el Sirviente de los Huesos se había rebelado contra su solemne propósito. Se había rebelado en medio de su magia y había atacado a quien lo había invocado, lo cual había ocurrido en más de una ocasión.

»Pero ¿qué había sucedido antes de eso? ¿Acaso no había sido yo un ser humano?

»¿Qué pretendía mi memoria de mí? ¿Qué pretendía Esther de mí? ¿Qué había de atrayente en el hecho de poseer ojos y oídos, experimentar dolor, sentir de nuevo odio y deseos de matar? Sí, sentí

deseos de matar.

»Deseaba matar al rabino, pero fui incapaz de hacerlo. Lo consideraba un buen hombre, un hombre sin tacha, salvo su falta de amabilidad, y no me sentía capaz de hacerlo. Uno no puede culpar a los demás de todos los males que aquejan al mundo. No pude matarlo. Me alegraba de no haberlo hecho.

»Pero, como puedes suponer, yo seguía siendo un misterio para mí mismo, atrapado entre el cielo y el infierno y sin saber por qué había venido a la Tierra.

»Sin embargo yo no era un dios, no, no era un dios ni tenía un dios, y cuando el rabino me obligó a esfumarme, cuando empleó su notable poder para disolver mi forma y confundirme hasta el extremo de no ser capaz de oponerme a él, lo hizo en nombre de Dios y yo no me atreví a invocar a ese Dios, el Dios de mi padre, el Señor Dios de las Hostias, el Dios Todopoderoso.

»No, en aquel momento de debilidad, Azriel, hombre y fantasma, había invocado a su viejo dios pagano, el que tenía cuando era humano, un dios al que había amado profundamente.

»Cuando el rabino me maldijo, yo invoqué a Marduk en caldeo. Deseaba que el rabino oyera esa lengua pagana. Sentí, como en tantas otras ocasiones, una furia que me devoraba, pero sabía que mi dios no acudiría en mi auxilio.

»Deduzco que había ocurrido algo que me había separado para siempre de mi dios.

»¿Acaso estoy obligado a recordarlo todo? ¿Es que debo rememorar la historia desde el principio?

»Pues bien, cuando trato de reunir todas las piezas de este galimatías, comprender, averiguar por qué me convertí en el Sirviente de los Huesos, sólo encuentro una razón: para que muriera.

»Para que muriera de una forma real y auténtica.

»No me refiero a sumirme de nuevo en la oscuridad para ser invocado con objeto de presenciar otro siniestro drama, ni verme atrapado y obligado a permanecer en la Tierra junto con esas almas perdidas que no hacían sino farfullar, balbucir y chillar mientras se aferraban a su mortalidad. Me refiero a morir. A que por fin se me concediera lo que hace años se me había negado debido a un truco que no lograba recordar.

»“Te lo advierto, Azriel”. ¿Quién había pronunciado esas palabras hacía miles de años? ¿Un fantasma? ¿Quién era el hombre que yo había visto sentado ante una mesa exquisitamente tallada y que no cesaba de llorar? ¿Un rey? Había existido un gran rey...

»Pero mi ira y mi rabia me habían debilitado de tal forma que había dejado que el rabino me dispersara. Mi mente se había desbaratado al mismo tiempo que mi cuerpo. Mi capacidad de razonar había quedado anulada, y desaparecí en la noche, sin forma, sin un propósito, deslizándome a la deriva entre aquellas voces eléctricas, dando tumbos, por decirlo así, sobre el imán que nos sostiene a todos, el globo terráqueo.

»Sin embargo, no me di por vencido.

»Cuando me desperté, cuando recuperé de nuevo mis fuerzas y me fijé un destino, pensé en todos los aspectos de mi situación —que podía existir sin un amo, que no le fallaría a Esther, que yo era más fuerte que nunca— y decidí luchar con ahínco para librarme de aquellos dos hombres —el rabino y su nieto, Gregory—, resuelto a que si no podía morir, al menos conseguiría vivir sin sentirme acosado por ellos.

»¿Quién sabe de qué se alimenta un espíritu, ya esté embutido en un cuerpo humano o fuera de él?

»Los hombres y mujeres de la época actual se habrían reído de nuestras viejas costumbres y en cambio creían a pies juntillas en las ridículas explicaciones que les daban sobre ciertos fenómenos, como por ejemplo que el granizo se forma a partir de una mota de polvo en la atmósfera superior, la cual cae y luego se eleva, envuelta en hielo, para de nuevo caer y volver a elevarse, haciéndose cada vez más grande, hasta el momento perfecto en que el granizo rompe el círculo vicioso y se precipita sobre la Tierra para, después de ese extraordinario proceso, derretirse y quedar convertido en nada, en una mota de polvo.

»Algún día esa gente —esas personas tan listas de hoy en día— lo averiguarán todo sobre los espíritus. Sabrán todo lo referente a ellos, al igual que lo saben sobre los genes, los neutrinos y otras cosas que no ven. Los médicos de cabecera verán alzarse a los espíritus, los *tzelem*, como yo vi alzarse el espíritu de Esther. No habrá que ser un mago para conducir a un espíritu hacia el cielo. Existirán hombres lo suficientemente inteligentes para exterminar incluso a un ser como yo.

»Toma nota de esto, Jonathan.

»Los científicos de tu época han aislado el gen para una mosca de las frutas que no tiene ojos. Cuando cogen sus genes y los inyectan en otras moscas de las frutas —que Dios se apiade de sus diminutas criaturas—, ¿sabes que a esas moscas les salen ojos en todo el cuerpo? ¿Hasta en los codos? ¿Y en las alas?

»¿No hace eso que ames a los científicos? ¿No sientes una gran ternura y respeto hacia ellos?

»Créeme, la noche siguiente, al despertarme, asumiendo de nuevo mi forma humana, diáfano pero optimista y odiosamente sereno, no pensé en buscar la ayuda de científicos, ni tampoco la de unos hechiceros, para que precipitaran mi muerte real. No. Estaba harto de todo tipo de manipuladores de lo invisible; estaba harto de todo, excepto lograr que se hiciera justicia a una joven a la que ni siquiera conocía. Decidí hallar el medio de morir, aunque significara tener que recordarlo todo, cada doloroso momento de lo que había padecido cuando todo estaba dispuesto para morir, cuando debí morir, cuando quizá la escalera del cielo hubiera descendido o se hubieran abierto las puertas del infierno para acogerme.

»¡Permanece vivo el tiempo suficiente para comprender!

»Resultaba muy excitante. Tal vez era lo único realmente excitante que podía recordar o imaginar en aquellos momentos.

»En la acera, la noche siguiente, en Brooklyn, asumí forma rápida y completamente, como si un hombre moderno hubiera accionado un mecanismo eléctrico; invisible a los ojos de los mortales, pero dotado de una forma que muy pronto se haría sólida.

»Así es como yo deseaba que ocurriera. Sin embargo, no estaba convencido de haberme materializado por propia voluntad, sin que nadie me invocara. En todo caso, esa noche empezaría a hacer indagaciones con objeto de averiguar la verdad.

»Nos encontramos de nuevo en Brooklyn, cerca de la casa del rabino y su familia, y el coche de Gregory acaba de doblar la esquina.

»Invisible, me aproximé a Gregory, envolviéndolo, por decirlo así, aunque sin tocarlo, escoltándolo hacia el callejón, casi rozando sus manos cuando abrió la verja.

»Al abrirse la puerta entré con él, junto a él, resuelto y confiado, aspirando el olor de su piel,



examinándolo como no lo había hecho hasta entonces.

»Creo que durante unos instantes me refocilé en mi invisibilidad, actitud que por lo general detesto, mientras observaba lo bien plantado y fuerte que era ese hombre, que refulgía como un rey. Sus ojos negros relucían de forma extraordinaria en un rostro juvenil exento de arrugas de cansancio o amargura, y su boca me pareció muy hermosa, más que la primera vez que lo había visto. Iba tan bien vestido como antes, con prendas sencillas de esta época, un abrigo de suave paño, debajo del cual lucía un traje impecable, y alrededor del cuello llevaba la misma bufanda de seda.

»Me dirigí hacia un rincón de la estancia, un lugar más adecuado que el que había ocupado la noche anterior, y me situé a la izquierda de ambos hombres y de las viejas lámparas que había sobre ellos, y del pequeño círculo de intimidad que compartían aunque fuera de mala gana.

»Desde mi rincón distinguía el perfil del anciano y el de Gregory, puesto que ambos hombres se hallaban uno frente al otro, así como el cofre que resplandecía sobre el escritorio, que esa noche aparecía desprovisto de todos los libros sagrados del rabino y que, sin duda, purificaría más tarde mediante mil palabras y gestos y velas. ¿Pero eso a mí que me importaba?

»Me di cuenta de que estaba moviendo el aire que me circundaba. El anciano advertiría de inmediato mi presencia. Debía permanecer quieto y resistir la tentación de incrementar mi fuerza. Debía permanecer diáfano, presto pronto a huir para evitar dispersarme, dispuesto a atravesar el muro intacto, sin dejar que me amedrentaran o hirieran hasta el punto de desintegrarme como había sucedido la noche anterior.

»Me encontraba junto a la pared que se hallaba más próxima a la calle, apoyado en una puerta de madera que daba la impresión de que nadie utilizaba, puesto que su manecilla de bronce estaba cubierta de polvo, y observaba mi propia forma, mis brazos cruzados, mis zapatos. Invoqué unos duplicados de las prendas que llevaba Gregory para que se formaran fácilmente a mi alrededor, en la medida en que conocía los detalles.

»El rabino, con los codos apoyados en el escritorio, contemplaba el cofre que se encontraba ante él; las toscas cadenas negras contrastaban con el revestimiento de oro.

»El hecho de que el anciano estuviera junto a los huesos no me causó ninguna sensación especial. Ni tampoco el hecho de que ambos hombres hablaran sobre ellos, o se movieran alrededor de ellos, o contemplaran el cofre que los contenía.

»“Compórtate como si estuvieras vivo, como si te importara seguir vivo. Sé tan prudente como los vivos. Tómame tu tiempo”.

»Sonreí divertido ante los consejos que acababa de darme a mí mismo. Luego me instalé cómodamente, oculto en el rincón, donde la luz no llegaba, donde ésta no pudiera iluminar siquiera mis zapatos medio invisibles o mis ojos inevitablemente relucientes.

»“¡Atrévete a intentarlo, anciano!”. Yo estaba preparado para quien fuera y lo que sucediera.

»Gregory se acercó impaciente al escritorio, bajo la luz de la lámpara, y miró el cofre. El anciano se comportó como si Gregory no se hallara presente, como si éste fuera un espíritu. El rabino contempló el oro que cubría el cofre, y las cadenas de hierro.

»Gregory extendió las manos y, sin pedir permiso, las apoyó en el cofre. En aquel momento experimenté un leve estremecimiento, una sensación que detestaba, y al instante me sentí mucho más fuerte.

»El anciano observó las manos de Gregory. Luego se reclinó en su silla, emitió un profundo suspiro para subrayar aquel momento tan dramático, cogió unas hojas de papel —un papel de escasa calidad, no comparable con el pergamino— y las extendió hacia Gregory, sosteniéndolas sobre el cofre.

»—¿Qué es esto? —preguntó Gregory al tiempo que cogía los papeles.

»—Todo lo que está escrito en el cofre —respondió el anciano en inglés—. ¿No ves las letras? —Su voz expresaba impaciencia—. Las palabras están escritas en tres lenguas. Digamos que la primera es sumerio, la segunda arameo y la última hebreo, aunque son unas lenguas muy antiguas.

»—Muy amable de tu parte. No pensé que estuvieras dispuesto a cooperar conmigo.

»A mí también me sorprendió aquello. ¿Qué había movido al anciano a mostrarse tan amable?

»Gregory estaba tan excitado que las manos le temblaban. Examinó los papeles apresuradamente, los colocó de nuevo en orden y abrió la boca para decir algo.

»—¡No! —interrumpió el anciano—. Aquí no. Ahora es tuyo y puedes llevártelo. Puedes pronunciar las palabras dónde y cuándo desees pero no debajo de mi techo. Te exijo una última promesa, a cambio de estos documentos que te he preparado. Sabes lo que son, ¿no es así? A través de ellos podrás invocar al espíritu. Contienen las instrucciones para hacerlo.

»Gregory emitió una breve y suave carcajada.

»—De nuevo, tu amabilidad me abruma —dijo—. Conozco tu aversión a intervenir en asuntos poco limpios, aunque sean simples menudencias.

»—Esto no son menudencias.

»—¿De modo que si pronuncio estas palabras aparecerá el Sirviente de los Huesos?

»—Si no lo crees, ¿por qué quieres el cofre? —replicó el anciano.

»Sentí una fuerte sacudida y me hice totalmente visible.

»Me arrimé a la pared, sin atreverme a mirar mi cuerpo. El tejido se envolvió en torno a mí sin el más leve murmullo. “Dame unos zapatos lustrosos, coloca un reloj de oro en mi muñeca, haz que mi rostro aparezca desprovisto de pelo, y dame el cabello que poseía en mi juventud”, dije en silencio.

»Sentí todo el peso de mi cuerpo, más denso que la noche anterior. Deseaba contemplarme, pero no me atrevía a manifestar mi presencia.

»—No pensarás que lo creo seriamente —dijo Gregory sin ánimo de irritar al anciano. Luego dobló los documentos y se los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

»El anciano no respondió.

»—Quiero averiguar de qué se trata, quiero saber a qué se refería Esther. Deseo poseerlo. Lo deseo porque es algo muy antiguo y valioso, y porque ella lo nombró poco antes de morir.

»—Sí, eso le otorga mayor valor —contestó el anciano, ahora con un tono más duro y enérgico.

»Sentí que el cabello me rozaba los hombros. Sentí la humedad de la pared en mi cogote. Hice que la bufanda que me rodeaba el cuello se volviera más gruesa y me abrigara más. La bombilla osciló un poco. Se oyó el crujir de unos objetos en la habitación, pero ninguno de los dos hombres repararon en ello, pues estaban absortos en el cofre y en sus propios asuntos.

»—Las cadenas están oxidadas —comentó Gregory, alzando el índice de la mano derecha—. ¿Puedo quitarlas?

»—Aquí no.

»—De acuerdo, supongo que hemos concluido nuestro trato. Pero tú quieres otra cosa, ¿no es así? Quieres que te prometa algo. Lo sé. Lo leo en tus ojos. Habla. Deseo llevarme mi tesoro a casa y abrirlo. Habla ya. ¿Qué más quieres de mí?

»—Prométeme que no volverás a poner los pies en esta casa. Que no tratarás de verme jamás. Ni tampoco a tu hermano. Prométeme que no revelarás a nadie que perteneces a nuestra familia, que te mantendrás alejado de nosotros. Si tu hermano te llama, no te pongas al teléfono. Si va a visitarte, no le recibas. Prométemelo.

»—Me lo pides cada vez que vengo a verte —respondió Gregory al tiempo que se echaba a reír—. Siempre me pides lo mismo, y siempre prometo cumplir tus deseos. —Ladeó la cabeza y dedicó una sonrisa afectuosa al anciano, aunque lo hizo con cierto aire insolente y de superioridad—. No volverás a verme, abuelo. Jamás. Cuando mueras, no atravesaré el puente para asistir a tu funeral. ¿Es eso lo que desees oír? No iré a ver a Nathan para llorar tu muerte junto a él. No os expondré ni a él ni a vosotros a que la prensa descubra la verdad. ¿De acuerdo?

»El anciano asintió con la cabeza.

»—Sin embargo, quiero pedirte una última cosa —añadió Gregory—, a cambio de no volver a ver ni hablar con Nathan.

»El anciano hizo un pequeño ademán para expresar su perplejidad.

»—Di a mi hermano que lo quiero. Insisto en que se lo digas.

»—Lo haré —respondió el anciano.

»A continuación Gregory se apresuró a coger el cofre, dejando que las cadenas arañaran la superficie del escritorio, y se enderezó con él entre sus brazos.

»Sentí de nuevo unos temblores, una fuerza que recorría mis brazos y piernas. Noté que movía los dedos, experimenté un cosquilleo en todo el cuerpo como si me pincharan levemente con centenares de agujas. No era una sensación agradable, pues era producto del hecho de que Gregory hubiera tocado el cofre. O quizás era producto de la presencia de todos nosotros, de nuestra intensa concentración.

»—Adiós, abuelo —dijo Gregory—. Algún día mis biógrafos, los que relaten la historia del Templo de la Mente, escribirán sobre ti. —Gregory estrechó el cofre contra su pecho. Las oxidadas cadenas depositaron un polvillo rojo en las solapas de su abrigo, pero no le importó—. Escribirán tu epitafio porque eres mi abuelo. Y porque mereces ese reconocimiento.

»—Sal de mi casa.

»—Por supuesto, de momento no tienes nada que temer. No existe ni rastro del chico al que repudiaste hace treinta años. Sólo revelaré la verdad en mi lecho de muerte.

»El anciano meneó la cabeza despacio, pero se negó a responder.

»—Pero, dime, ¿no sientes ninguna curiosidad respecto al cofre, su contenido, lo que puede ocurrir cuando yo recite esas palabras.

»—No.

»La sonrisa se borró del rostro de Gregory. Tras observar unos instantes al anciano, dijo:

»—Muy bien, abuelo. En tal caso no tenemos nada más que decirnos, ¿verdad? Nada en absoluto.

»El anciano asintió con un movimiento de cabeza.

»La ira tiñó de rojo las mejillas de Gregory, que estaban ligeramente húmedas. Pero no podía

perder tiempo con esas cosas. Tras echar un vistazo al cofre que sostenía, dio media vuelta, se dirigió hacia la puerta, la abrió con la rodilla y dejó que se cerrara de un portazo tras él.

»El anciano permaneció inmóvil. Creo que observó el polvo que cubría la superficie del escritorio. Creo que observó los restos de herrumbre de las cadenas que se habían depositado sobre la madera pulida. Pero no estoy seguro.

»Yo no sentí nada. Ni me moví ni noté que mi fuerza se incrementara cuando Gregory se fue con el cofre de los huesos. No, él no era mi amo, ni jamás lo sería. Pero ¿y el anciano? Era preciso que lo averiguara.

»Oí los pasos de Gregory alejándose por el callejón.

»Entonces avancé hacia el escritorio del anciano y me detuve ante él.

»El anciano me miró atónito.

»Hubo un momento de tenso silencio mientras el rabino me observaba con los ojos entrecerrados. Luego dijo con voz apenas perceptible:

»—Regresa a los huesos, espíritu.

»Hice acopio de todas mis fuerzas para resistirme a él, sin importarme su odio, sin pensar en los momentos durante mi larga y triste existencia en que había sido traicionado o amado. Lo miré sin pestañear. Apenas oí sus palabras.

»—¿Por qué le has entregado los huesos? —pregunté—. ¿Qué te propones? Si me has invocado para destruirme, dímelo de una vez por todas.

»El anciano apartó el rostro para no verme.

»—¡Aléjate, espíritu! —exclamó en hebreo.

»Lo observé mientras se ponía en pie y apartaba la silla. Luego alzó las manos y comprendí que se expresaba en hebreo, y a continuación en caldeo, con una cadencia perfecta, pero no alcancé a oír sus palabras. Las palabras no me afectaron.

»—¿Por qué dijiste que él había matado a Esther? ¿Por qué, rabino? ¡Responde!

»Silencio. El anciano se encerró en un empecinado mutismo. No rezaba ni mentalmente ni en su corazón. Permaneció de pie, clavado en el suelo, con los labios apretados debajo de su bigote, su cabello estremeciéndose levemente, mientras la luz de la lámpara iluminaba los pelos amarillentos y las canas blancas como la nieve de su barba.

»Tenía los ojos cerrados. Al cabo de unos momentos comenzó a rezar en hebreo, moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás mientras recitaba las palabras rápidamente y las repetía sin descanso, una y otra vez.

»Su temor era tan intenso como su furia, unas emociones sólo superadas por su odio.

»—¿No quieres justicia para ella? —le increpé. Pero nada era capaz de interrumpir sus oraciones o hacer que abriera los ojos y cesara de mover la cabeza.

»Decidí hablar con suavidad, en caldeo.

»—Alejaos de mí —murmuré—. Ordeno a todas las partículas de tierra, aire, montaña y mar, de seres vivos y muertos que habéis acudido a darme esta forma, que os alejéis de mí, pero no tanto como para que no pueda invocaros de nuevo cuando lo desee, y dejad que conserve mi forma para que este hombre mortal me vea y me tema.

»La luz de la bombilla que pendía del precario cordel se estremeció de nuevo. Vi moverse el aire

que rodeaba la barba del anciano, y éste parpadeó.

»Observé mis manos translúcidas y vi el suelo a través de ellas.

»—Alejaos —murmuré—, pero permaneced junto a mí para regresar cuando os invoque de nuevo con objeto de darme una forma mortal, a fin de que ni el mismo Dios logre distinguirme de un hombre que haya sido creado por Él.

»Luego desaparecí.

»Agité mis manos ante el anciano antes de que éstas se desvanecieran por completo. Deseaba herirlo un poco, sólo un poco. Quería desafiarlo. Él siguió rezando con los ojos cerrados.

»Sin embargo, yo no podía perder tiempo jugando con el viejo rabino. No sabía si disponía de energía suficiente para hacer lo que me proponía.

»Después de atravesar los muros de la casa ascendí en el aire, alzándome sobre los tejados, pasando por entre los cables telefónicos, sintiendo el aire fresco de la noche.

»—Gregory —dije con aplomo, como si mi viejo amo Samuel me lo hubiera ordenado—. ¡Gregory!

»Más abajo, en medio del denso tráfico que circulaba por el puente vi que el coche avanzaba entre una nutrida escolta de vehículos. Vi el largo y reluciente automóvil, que circulaba al paso de los vehículos que lo precedían y seguían como si de una bandada de pájaros volando en línea recta, impulsados por el viento, se tratara.

»—Póstate allí abajo, junto a él, sin que pueda verte.

»Ningún amo podría haberlo dicho con más determinación, señalando con el dedo a la víctima que me disponía a raptar, asesinar o poner en fuga.

»—Vamos, Azriel, haz lo que te ordeno —dije.

»Empecé a descender con suavidad y penetré en el cálido interior del coche, un mundo de terciopelo sintético de color oscuro y cristales tintados que deslucían la noche que reinaba en el exterior como si una espesa bruma lo cubriera todo.

»Me senté frente a él, de espaldas al muro de cuero que nos separaba del chófer, con los brazos cruzados y sin apartar la vista de Gregory; éste se encontraba sentado con las espaldas encorvadas, como si temiera que le arrebataran el cofre de entre las manos. Había roto las cadenas oxidadas e inútiles, que ahora yacían sobre el suelo enmoquetado del coche.

»Sentí deseos de llorar de alegría. Temí no ser capaz de hacerlo. Había puesto tantos esfuerzos en ello que apenas me quedaba aliento para comprender que lo había conseguido.

»Ambos íbamos sentados en el coche, el fantasma observaba en tanto que el hombre aferraba aquel tesoro que mantenía sobre sus rodillas y no cesaba de sacar y meter los papeles en el bolsillo de la chaqueta, sujetando el cofre para que no cayera al suelo y acariciándolo, como si el oro le excitara tanto como a los antiguos. Del mismo modo que me excitaba a mí.

»Oro.

»Sentí una oleada de calor, pero era un mero recuerdo.

»No pierdas el control. Empieza. De la tierra y el mar, de los vivos y los muertos, de todo lo que Dios ha creado, ordeno que acuda a mí todo cuanto necesito para convertirme en una aparición, tenue como el aire, para convertirme en un ser apenas visible pero fuerte.

»Al bajar la vista vi la silueta de mis piernas, de mis manos, de unas ropas parecidas a las que

llevaba Gregory. Casi sentía el asiento del lujoso coche. Anhelaba tocarlo, anhelaba que las prendas se envolvieran a mi alrededor.

»Vi unos botones, la imagen reluciente de unos botones, y uñas. Alcé una mano invisible para tocarme el rostro y asegurarme de que estaba perfectamente afeitado, como el de él. Quería mi cabello, largo como el de Sansón, mi espesa mata de pelo. Dejé que mis dedos jugaran con mis rizos. Deseaba que la tarea quedara completada, pero aún no...

»Yo era quien debía invocar a Azriel, ¿no es así? Yo tenía que decirlo. Yo era el amo.

»De pronto Gregory dejó el cofre en el suelo. Cayó de rodillas en el suelo del coche y depositó el cofre ante él, balanceándose con el movimiento del coche, apoyándose contra el asiento, su mano derecha tan próxima a mí que casi me rozaba. Luego arrancó bruscamente la tapa del cofre.

»Al levantar la tapa, ésta salió despedida, cual cáscara de madera podrida cubierta de oro, y allí, sobre su lecho de retazos de tejido, yacían los huesos.

»Experimenté una conmoción, como si me hubieran infundido sangre en las venas. Sólo faltaba que mi corazón empezara a latir. “No, todavía no”.

»Contemplé los restos de mi cuerpo. Contemplé los huesos que contenían mi *tzelem*, recubiertos de oro, encajados unos en otros, dispuestos como un niño dormido en el útero materno.

»Experimenté una sensación de flojedad, como si estuviera a punto de disolverme. ¿Cuál era el motivo? El dolor. Nos hallábamos en una amplia estancia, que yo conocía bien. Sentí el calor que despedía la caldera de oro hirviendo. No. No dejes que suceda. No dejes que esto te debilite.

»Mira al hombre que está arrodillado frente a ti, y los huesos, tus huesos, los cuales parece estar adorando.

»—Ven a mí, cuerpo —murmuré—. Hazte tan sólido y fuerte que hasta los ángeles sientan envidia. Dame el aspecto de un hombre feliz que se sintiera feliz de contemplar su imagen en un espejo.

»Gregory se detuvo. Me había oído murmurar. Pero en la penumbra sólo vio el cofre. ¿Qué importancia tenían unos crujidos y unos murmullos? El coche siguió avanzando. La ciudad hervía y palpitaba.

»Gregory tenía la mirada fija en los huesos.

»—Dios mío —dijo, y sentándose sobre los talones para no perder el equilibrio, cogió el cráneo.

»Yo lo sentí. Sentí sus manos sobre mi cabeza. Sentí el roce de sus caricias sobre mi cabello negro y espeso, el cual había invocado y me cubría la cabeza.

»—¡Dios mío! —exclamó Gregory de nuevo—. ¿Eres realmente el Sirviente de los Huesos? Tienes un nuevo amo. Se trata de Gregory Belkin y sus fieles. Es Gregory Belkin, el fundador del Templo de la Mente de Dios, quien te invoca. ¡Te ordeno que aparezcas, espíritu! ¡Obedéceme!

»—Quizá sí —respondí yo—, quizá no a todas las palabras que has pronunciado. Ya estoy aquí.

»Gregory alzó la cabeza y me vio, perfectamente formado y sentado frente a él. Lanzó un grito y se arrojó contra la puerta del vehículo al tiempo que soltaba el cofre.

»Nada cambió en mí, excepto que adquirí mayor fuerza y resplandor.

»Extendí las manos hacia él y coloqué la frágil tapa del cofre sobre el esqueleto enrollado de los huesos, que cubrí con mis propias manos. Luego me recliné en el respaldo del asiento, crucé los brazos y suspiré.

»Gregory permaneció sentado en el suelo del coche, arrimado a la puerta, con las rodillas encogidas, mientras me observaba con una expresión de estupor como yo no recordaba haber visto reflejada en el rostro de ningún ser humano jamás, sin el menor temor y loco de alegría.

»—¡El Sirviente de los Huesos! —dijo, al tiempo que sonreía mostrándome su hermosa dentadura.

»—Así es, Gregory —contesté moviendo los labios y la lengua, expresándome en inglés—. Como ves, estoy aquí.

»Lo observé detenidamente. Mi atuendo era más elegante que el suyo. Lucía una chaqueta de seda, unos botones de jaspe, y mi espeso cabello me rozaba los hombros. Estaba sentado sin perder la compostura, mientras que él se encontraba medio tumbado en el suelo.

»Despacio, muy despacio, Gregory se incorporó, apoyándose en la manecilla de la puerta, se sentó en el asiento de terciopelo, contempló el cofre y luego me miró a mí.

»Yo me volví durante unos instantes. Debía hacerlo. Estaba asustado, pero debía hacerlo. Debía mirarme en el cristal tintado de la ventanilla.

»Fuera, la noche se deslizaba en un espléndido y delicado vuelo, mientras a nuestro alrededor se erguía la ciudad de los rascacielos, iluminada por unas luces eléctricas de color naranja que ardían con la intensidad de unas antorchas.

»Pero allí estaba Azriel, contemplándose con sus ojos negros y perspicaces, perfectamente rasurado, su cabello cayendo como una cascada sobre sus hombros y sus pobladas cejas curvándose hacia abajo cuando sonreía.

»Poco a poco, dejé que mis ojos se posaran de nuevo en él. Y dejé que viera mi sonrisa.

»Noté que mi corazón palpitaba y que podía deslizar la lengua sobre los labios sin ninguna dificultad. Me recliné hacia atrás y sentí el confortable tacto de la suntuosa tapicería, el motor vibrando a través de mi cuerpo, a través del suave y exquisito terciopelo del asiento del coche.

»Percibí la respiración de Gregory. Observé el movimiento de su pecho cuando aspiraba y exhalaba aire. Lo miré de nuevo a los ojos.

»Se le veía extasiado. Estaba sentado con los brazos relajados y las manos apoyadas en las rodillas, sin manifestar la menor tensión. Ni siquiera había doblado la cintura, preparado para encajar un sobresalto o un golpe. Tenía los ojos abiertos y sonreía al igual que yo.

»—Admiro tu coraje, Gregory —dije—. He reducido a otros hombres al rango de balbucientes cretinos con trucos como éste.

»—No me cabe la menor duda —respondió.

»—Pero no vuelvas a llamarme el Sirviente de los Huesos. No me gusta. Llámame Azriel. Ése es mi nombre.

»—¿Por qué lo pronunció Esther? —preguntó Gregory—. ¿Por qué lo pronunció en la ambulancia? Dijo “Azriel”, tal como lo has dicho tú.

»—Porque me vio —contesté—. Yo la vi morir. Al verme pronunció mi nombre dos veces; fue lo único que dijo antes de morir.

»Gregory se dejó caer suavemente contra el respaldo de la silla. Alzó la vista y la fijó en un punto sobre mi cabeza, resistiendo el inevitable balanceo del coche y sus brascas sacudidas al detenerse, bloqueado por el tráfico. Al cabo de unos momentos bajó la vista y me miró con una

osadía y una naturalidad que jamás había visto en ningún hombre.

»Luego levantó la mano y empezó a temblar, aunque no por cobardía ni debido a la impresión, sino de puro gozo, como el que había sentido al contemplar el cráneo.

»Deseaba tocarme. Se frotó las manos, extendió un brazo pero lo retiró apresuradamente.

»—Adelante —dije—. No me importa. Hazlo. Me gustaría que lo hicieras.

»Me incliné hacia delante, le agarré la mano derecha antes de que él lograra impedírmelo y la alcé mientras él me observaba con la boca abierta. Le levanté la mano y la apoyé sobre mi espesa cabellera, mi mejilla, mi pecho.

»—¿Sientes los latidos de mi corazón? —pregunté—. Pues no tengo corazón; sólo un pulso que palpita como si todo mi ser fuera un corazón, como si constituyera un corazón, aunque seguramente es todo lo contrario. Yo siento tu pulso, que por cierto palpita a un ritmo muy acelerado. Siento tu fuerza, tu extraordinaria fuerza.

»Gregory intentó retirar la mano, de forma educada, pero no se lo permití; la sostuve con fuerza para contemplar la palma de su mano bajo los breves destellos de luz que penetraban a través de las ventanillas.

»El coche avanzaba muy despacio.

»Tras observar las líneas de su palma abrí mi mano derecha, la cual estaba libre, y examiné también las líneas de mi palma. Lo hice con gran acierto. Ningún amo lo hubiera hecho mejor. Aunque la verdad es que no sabía leer las líneas de la mano; sólo era capaz de apreciar sus maravillosos detalles.

»Luego tomé la decisión de hacer algo insólito. Le besé la palma de la mano. Besé la suave piel de su mano; oprimí los labios sobre ésta y cuando le sentí estremecerse, gocé con ello, casi como se deleitaba él con mi presencia.

»Lo miré a los ojos y vi ciertos rasgos de mis propios ojos en ellos: su gran tamaño, su oscuridad, incluso las espesas pestañas de las que, cuando estaba vivo, me había sentido tan orgulloso.

»Sentí deseos de besarlo en los labios, de oprimirlos entre los míos, de besarlo como se besan los enemigos antes de que uno se disponga a matar al otro.

»Si alguna vez el Sirviente de los Huesos había compartido unos momentos como éstos con otro mortal, yo no lo recordaba. No recordaba ninguna escena semejante a ésta; de hecho, en aquellos instantes no sentí nada salvo una increíble fascinación por aquel hombre, que sólo turbaba el rostro de Esther, sus labios y sus últimas palabras.

»—¿Y qué te hace pensar que no soy tu amo? —murmuró Gregory. En sus labios se dibujó una sonrisa radiante, casi extasiada.

»Le solté la mano y él se apresuró a unir ambas manos como si quisiera protegerlas de mí, aunque con elegancia y sin perder la compostura.

»—Yo soy tu amo y lo sabes perfectamente —dijo con delicadeza. Pero su voz tenía un tono vehemente y cariñoso—. ¡Eres mío, Azriel!

»No había ni una partícula sensata de temor en él. La admiración que experimentaba parecía constituir el núcleo de su persona, la parte de su ser que siempre había desafiado al rabino y a muchas otras personas, y que me desafiaría a mí. La admiración que experimentaba era... ¿qué? ¿La



monstruosa arrogancia de un emperador?

»—¿Acaso no soy tu amo? —preguntó.

»Lo miré con calma. Empezaba a pensar en él de forma distinta, no con ira, sino con deseos de saber: ¿quién y qué era ese hombre? ¿Había matado a Esther? ¿Y si no lo había hecho?

»—No, Gregory —respondí—. No eres mi amo. Por supuesto, yo no lo sé todo. Hay que perdonar a los fantasmas el que sepan tanto y tan poco al mismo tiempo.

»—Al igual que los mortales —dijo Gregory con un leve tono de tristeza—. ¿Fuiste alguna vez un hombre mortal?

»De golpe sentí un escalofrío que hizo que mi nueva piel se estremeciera. Sentí que me debilitaba, oí los gritos de la muchedumbre retumbando entre unos muros de ladrillos vidriados. Me eché a temblar.

»¡Por supuesto que había sido un hombre mortal! ¡Y qué!

»En estos momentos me hallaba sentado en el coche con él. El proceso de encarnación continuaba en mí; los músculos y tendones se hacían más gruesos y los minerales adquirían densidad más dentro de los huesos que contenía mi cuerpo, así como el vello que se formaba en el dorso de mis brazos y dedos y la suave barba que me cubría las mejillas.

»Y yo era el instigador de ese proceso. Gregory no había entonado ninguna canción para propiciarlo. Ni siquiera sabía que se estaba produciendo. Si existía alguna alquimia que brotaba de él, era la alquimia de su expresión, su asombro, su evidente amor.

»De nuevo sentí que me debilitaba. Sobrevino de forma rápida y violenta. Evoqué una procesión, la calle de una ciudad con elevados muros de ladrillos vidriados, el perfume de flores por doquier, gente que saludaba con la mano, y una espantosa tristeza, tan amarga y aplastante que por un momento creí que había empezado a disolverme.

»El coche que me rodeaba parecía insustancial, lo cual significaba que yo lo estaba abandonando.

»En mi recuerdo vi que alzaba el brazo mientras la multitud me aclamaba.

»Mi dios no me estaba mirando. Mi dios se había vuelto de espaldas a mí y a la procesión, y lloraba.

»Sacudí la cabeza para desechar esos recuerdos. Gregory Belkin me observaba fijamente, como si intuyera lo que estaba sucediendo.

»—¿Te preocupa algo, espíritu? —preguntó con suavidad—. ¿O es que te resulta muy difícil volver a asumir una forma de carne y hueso?

»Me agarré a la manecilla de la puerta y contemplé mi rostro en el cristal de la ventanilla.

»Fue sólo gracias a mí que logré no abandonar el coche.

»El vehículo dio un bandazo y siguió avanzando por la accidentada calle. Pero Gregory parecía no darse cuenta. Por las ventanillas penetró una nueva luz, que traspasó incluso los cristales tintados, poniendo de relieve su expresión de júbilo, su desenvoltura, el aspecto juvenil que le otorgaba su asombro y su alegría.

»—Muy bien —dijo Gregory con un tono encantador al tiempo que arqueaba las cejas—, no soy tu amo. Entonces, dime, mi hermoso espíritu, ¿por qué has venido a mí?

»Sonrió de nuevo, mostrándome su blanca dentadura, y durante un momento casi mágico los

adornos que lucía —pequeños y de oro, en sus muñecas, sobre su corbata— relucieron y vibraron como una nota musical. Tenía un aspecto espléndido, tan atractivo como yo le parecía a él.

»Mis amos... ¿Qué representaban para mí mis amos? ¿Unos viejos decrepitos?

»—Jamás tuve un amo tan valiente como tú, Gregory —dije de forma impulsiva—, al menos que yo recuerde, aunque hay muchas cosas que no consigo recordar. No, tu valentía es distinta, interesante. Tú no eres mi amo. Te guste o no, he venido a ti por voluntad y motivos propios.

»Esto le complació enormemente.

»Volví a sentir calor y noté las fibras de mis ropas contra mi piel, la reconfortante certeza de que me hallaba allí. Flexioné un pie dentro del zapato.

»—Me gusta que no me tengas miedo —dije—. Me gusta que sepas desde el principio quién soy, como si fueras mi amo, aunque no lo eres. Llevo un tiempo observándote. He averiguado ciertas cosas acerca de ti.

»—¿De veras? —preguntó Gregory sin inmutarse. Su felicidad rayaba en el éxtasis—. Cuéntame qué has visto.

»En aquellos momentos se diría que sólo había una cosa que le pareciera más fascinante que yo, y era su propia persona.

»Yo sonreí.

»Se trataba de un hombre que estaba acostumbrado a la felicidad. Sabía disfrutar las cosas, tanto las importantes como las insignificantes, aunque jamás le había ocurrido nada semejante, su vida lo había educado de forma que también era capaz de disfrutar de esto.

»—Sí —comentó con una amplia sonrisa—. ¡Sí!

»Yo no había dicho palabra. Ambos los sabíamos. ¿Acaso había adivinado mis pensamientos? ¿Qué otra cosa podía adivinar en mi mente?

»El lujoso automóvil se detuvo con suavidad.

»Me alegré. Tenía miedo de caer rendido al encanto de Gregory, de que me cayera bien, del hecho de que al hablar con él hubiera adquirido mayor fuerza. Por lo visto no era necesario que él lo ordenara o deseara, tan sólo que fuera testigo de ello. Pero yo no podía tolerar eso. Yo había estado presente cuando murió Esther y él no. Él no había estado allí ni me había visto y, sin embargo, yo había reunido la fuerza suficiente para liquidar a los dos asesinos de la joven.

»Gregory miró por las ventanillas del coche, a derecha e izquierda. Estábamos rodeados por una inmensa muchedumbre que no cesaba de gritar y de apretujarse contra el coche, el cual comenzó a bambolearse como un barco al ser agitado por las olas.

»Gregory permaneció impávido. Se volvió hacia mí y me miró. Experimenté de nuevo una sensación de debilidad, porque esa muchedumbre me recordaba a aquella otra, la muchedumbre que contemplaba la procesión, y los pétalos que caían sobre mis hombros, y el incienso que se alzaba en el aire, y la gente encaramada en las azoteas, en el mismo borde de los tejados, con los brazos extendidos.

»Tú sabes ahora lo que yo recordaba, Jonathan, pero en aquel momento no lo recordaba. Estaba confundido. Era como si algo tratara de obligarme a contemplar mi vida como si ésta fuera una laguna. Pero no me fiaba de ello. Debí de haber estado mil veces muy próximo a las enseñanzas que me había impartido Zurvan a lo largo de los años sin darme cuenta, sin recordar a Zurvan. De no ser

así, ¿por qué deseaba vengar la muerte de Esther? ¿Por qué la falta de compasión que mostraba por mí el rabino hacía que lo detestara tan profundamente? ¿Por qué la maldad de Gregory me fascinaba de tal modo que aún no lo había matado?

»—Hemos llegado a mi casa, Azriel —dijo Gregory con voz suave.

»Esa frase me hizo volver de inmediato a la realidad.

»—Estamos ante la puerta de mi casa —repitió al tiempo que saludaba con un airoso gesto a la multitud que rodeaba el coche—. No dejes que te asusten. Entra en mi casa, te lo ruego.

»Al alzar los ojos vi unas ventanas iluminadas en lo alto de un edificio.

»Las puertas del coche se abrieron con un sonoro clic. Alguien trató de abrir la puerta que estaba a mi derecha y la que estaba a la izquierda de Gregory. De golpe, la multitud se apartó para cederle paso bajo una amplia marquesina. Unas cuerdas que colgaban de unos postes de bronce impedían que la masa se precipitara sobre él. Unas cámaras de televisión nos enfocaban a ambos. Vi a unos hombres de uniforme tratando de contener a la muchedumbre que gritaba y aclamaba a Gregory.

»—¿Pueden verte? —preguntó Gregory en tono confidencial, como si compartiéramos un secreto.

»Fue la única nota disonante en una cadena de gestos casi perfectos. Estuve tentado de dejarlo pasar, por generosidad. Pero no lo hice.

»—Comprueba por ti mismo si pueden verme o no, Gregory —contesté.

»Acto seguido cogí el cofre y, sosteniéndolo bajo mi brazo izquierdo, agarré la manecilla de la puerta, pasé frente a él y me apeé del coche. Al instante me vi envuelto en la potente luz de los focos.

»Me quedé parado en medio de la acera, frente a un gigantesco edificio. Estreché el cofre que contenía los huesos contra mi pecho. Apenas alcanzaba a ver el tejado del edificio.

»La acera estaba abarrotada de gente que no cesaba de gritar. Al volverme vi unos rostros que me observaban con curiosidad. Buena parte de la multitud gritaba el nombre de Gregory, otros pedían venganza por la muerte de Esther y otros parecían estar rezando, aunque era difícil distinguir unas voces de otras en aquel caos.

»Se me acercaron unos reporteros que iban armados con cámaras y micrófonos; una mujer me hizo unas preguntas a voz en grito con tal rapidez que no logré captar lo que decía. La multitud casi logró romper el cordón de seguridad, pero de inmediato aparecieron más refuerzos uniformados para restablecer el orden. El gentío estaba formado por personas jóvenes, maduras y ancianas.

»Los focos de la televisión emitían un potente calor que abrasaba la piel de mi rostro. Levanté la mano para proteger mis ojos del resplandor.

»—En efecto, pueden verte —me susurró Gregory al oído.

»Seguía sintiéndome débil y los gritos de la muchedumbre, pronunciados en diversas lenguas, me herían los oídos. Traté de sacudirme de encima el manto de tristeza y miré los focos y los enloquecidos semblantes que nos rodeaban.

»—Gregory, Gregory, Gregory —cantaba la gente—. Un Templo, un dios, una mente.

»Al principio las oraciones se superponían solapándose entre sí, en oleadas, pero luego la multitud empezó a cantar con una sola voz:

»—Gregory, Gregory, Gregory. Un Templo, un dios, una mente.

»Gregory alzó la mano y la agitó; se volvía de izquierda a derecha, se daba la vuelta entera, movía la cabeza, sonreía y saludaba a quienes se hallaban a sus espaldas y a quienes estaban más

alejados mientras agitaba la misma mano que había besado yo y arrojaba miles de besos a la muchedumbre que lo aclamaba y gritaba su nombre enfervorecida.

»—¡Venganza, venganza, venganza por la muerte de Esther! —gritó alguien.

»—¡Sí, es preciso vengar su muerte! ¿Quién la mató?

»La oración sonó con más potencia, pero otras voces empezaron a corear el grito de:

»—¡Venganza por la muerte de Esther!

»Los reporteros irrumpieron a través del cordón policial con sus cámaras y micrófonos, precipitándose sobre nosotros.

»—¿Quién la mató, Gregory?

»—¿Quién es ese hombre que está contigo, Gregory?

»—¿Cómo se llama tu amigo, Gregory?

»—¿Es usted un miembro del Templo, señor?

»¡Se dirigían a mí!

»—¿Quién es usted, señor?

»—¿Qué lleva en la caja que sostiene?

»—¿Qué piensa hacer la iglesia, Gregory?

»Gregory se volvió hacia las cámaras de televisión.

»Un escuadrón de hombres que vestían trajes oscuros y estaban perfectamente adiestrados se apresuró a rodearnos para separarnos de los inquisitivos reporteros, empujándonos con suavidad hacia el sendero iluminado.

»Entonces Gregory dijo en voz alta:

»—¡Esther fue el cordero! El cordero sacrificado por nuestros enemigos. ¡Esther fue el cordero!

»La multitud prorrumpió en aplausos y gritos de aprobación.

»Yo, que estaba junto a él, miré directamente hacia las cámaras de televisión, los focos, los *flashes* de los miles de pequeñas cámaras compactas que disparaban contra nosotros.

»Gregory respiró hondo antes de dirigirse a la multitud con el fin de imponer orden, de pie ante su trono. En voz alta, pronunció las siguientes palabras:

»—El asesinato de Esther era su única forma de advertirnos; a través de él nos hacen saber que ha llegado el momento en que cualquier persona de bien puede ser destruida.

»La masa comenzó de nuevo a gritar y a vitorearle, a cantar, a jurarle lealtad eterna.

»—¡No les deis una excusa! —declaró Gregory—. No les deis una excusa para entrar en nuestras iglesias y nuestras casas. ¡Se presentan disfrazados de muy diversas guisas!

»La multitud se precipitó peligrosamente hacia nosotros.

»Gregory me rodeó los hombros con un brazo en un gesto de ternura.

»Yo alcé la vista. El edificio parecía traspasar el cielo.

»—Entra, Azriel —me murmuró Gregory al oído.

»De pronto oímos un estruendo semejante al que produce un cristal al hacerse añicos. En su afán de aproximarse a nosotros, la multitud había roto una de las ventanas inferiores del rascacielos. Unos empleados acudieron corriendo mientras sonaban unos pitos. Vi a unos policías elegantemente uniformados y montados a caballo frente a nosotros.

»Unos empleados nos condujeron hacia las puertas, y avanzamos por reluciente suelo de mármol

mientras otros contenían a la muchedumbre. Los guardaespaldas de Gregory nos rodearon, impidiendo que nos desviáramos del camino que ellos marcaban.

»Yo estaba eufórico de sentirme vivo en medio de aquel alboroto. Asombrado y revitalizado. Algo me decía que mis antiguos amos habían sido hombres influyentes, sabios, que no hacían gala de sus poderes.

»Nos encontrábamos en la capital del mundo; Gregory refulgía con la seguridad que le proporcionaba su poder, y yo caminaba junto a él, ebrio de felicidad de saberme vivo, de que todos los ojos estuvieran clavados en nosotros.

»Por fin llegamos a unas puertas de bronce, que estaban adornadas con ángeles tallados, y cuando se abrieron penetramos en una estancia que se hallaba revestida de espejos. Gregory ordenó a los otros que permanecieran fuera.

»Las puertas se cerraron. Era un ascensor. Al cabo de unos segundos comenzó a ascender. Vi mi imagen reflejada en los espejos, y me asombré de mi cabello largo y espeso y la ferocidad de mi expresión. También vi a Gregory, frío y con perfecto dominio de sus emociones, que me observaba y se observaba a sí mismo. Yo tenía un aspecto mucho más joven que el de él, y tan humano como el de él; podíamos haber pasado por hermanos, ambos robustos y apuestos con la tez bronceada por el sol.

»Gregory poseía unas facciones más delicadas que yo, las cejas más delgadas y peinadas; observé los prominentes huesos de mi frente y mi maxilar. Pero parecíamos de la misma tribu.

»Mientras el ascensor seguía subiendo, me di cuenta de que estábamos a solas, contemplándonos mutuamente, en una cabina flotante de luz que se reflejaba en numerosos espejos.

»Sin embargo, tan pronto me hube dado cuenta de ello, no sin cierto sobresalto, y me apoyé en uno de los muros del ascensor para amortiguar la leve oscilación del mismo, las puertas se abrieron y nos hallamos en un espléndido santuario privado: una entrada de mármol taraceado en forma de media luna, unas puertas que se hallaban a izquierda y derecha, y ante nosotros apareció un amplio pasillo que conducía a un lejano aposento cuyos ventanales estaban abiertos de par en par a la noche iluminada por las estrellas.

»Estábamos en lo alto de un edificio más alto que el más poderoso zigurat, castillo o bosque. Nos encontrábamos en los dominios de los espíritus.

»—Mi humilde morada —murmuró Gregory, haciendo un esfuerzo para apartar la vista de mi persona. Pero se recuperó.

»Al otro lado de la puerta sonaron unas voces y unos pasos sigilosos. Una mujer soltó una exclamación con voz angustiada. Oí cómo se cerraban unas puertas. Nadie apareció.

»—Es la madre de Esther, ¿no es cierto? —pregunté—. Está llorando la muerte de su hija.

»Gregory me miró con tristeza. No, era algo más doloroso que la tristeza, algo que no había revelado en presencia del rabino cuando hablaron del asesinato de su hijastra. Gregory dudó unos momentos, como si estuviera a punto de decir algo, pero luego se limitó a asentir con la cabeza. La tristeza le consumía el rostro, el cuerpo, incluso la mano, la cual pendía inerte.

»—¿No deberíamos ir a verla? —pregunté.

»—¿Para qué? —contestó Gregory en tono paciente.

»—Porque está llorando. Está desconsolada. Escucha los lamentos; es como si la estuvieran maltratando...

»—No, sólo intentan administrarle la medicina que debe tomar...

»—Deseo decirle que Esther no sufrió, que yo estaba allí, y que el espíritu de Esther ascendió ligero como el aire por el camino del cielo. Deseo decírselo.

»Gregory reflexionó unos instantes. Las voces se calmaron y dejé de oír los sollozos de la mujer.

»—Hazme caso —dijo Gregory al tiempo que me aferraba el brazo—. Entremos primero en mi salón para charlar un rato. Tus palabras no le harán ningún efecto en estos momentos.

»Aquello no me gustó. Sin embargo, comprendí que él y yo debíamos hablar.

»—Más tarde, cuando te parezca oportuno —insistí—, me gustaría verla e intentar consolarla. Quiero...

»No hubo respuesta, ninguna frase inteligente por parte de aquel hombre con tanta labia, nada salvo la realidad que tenía ante mí: me hallaba completamente solo. ¿Qué me había inducido a regresar con toda la fuerza de un hombre de carne y hueso? O quizás incluso mayor.

»Gregory me observó detenidamente.

»En una antesala tenuemente iluminada, vi a dos mujeres que iban vestidas de blanco. Detrás de una puerta cerrada se oyó una voz ronca y varonil.

»—El cofre —dijo Gregory al tiempo que señalaba la caja dorada que yo sostenía entre los brazos—. No dejes que lo vea. La alarmaría de modo innecesario. Ven conmigo.

»—Sí, parece un objeto muy extraño —respondí, mirando el viejo y destartado cofre que estaba recubierto de oro.

»Debilidad. Tristeza. La luz se alteró durante una fracción de segundo.

»Alejaos de mí, dudas, inquietudes, temor al fracaso, murmuré en una lengua incomprensible para él.

»Entonces percibí el conocido y repugnante olor a líquido hirviendo, un vapor dorado que brotaba de la caldera. Tú sabes por qué, pero yo entonces no lo sabía. Me volví, cerré los ojos y dirigí la vista hacia el pasillo, hacia la ventana abierta a aquel firmamento tachonado de estrellas.

»—Fíjate —dije. Tenía sólo un pensamiento muy vago en la mente, algo referente a que las constelaciones celestiales eran tan bellas como el mármol que nos rodeaba, los arcos, las columnas que flanqueaban todas las puertas—. Fíjate en las estrellas —repetí.

»—Sí, las estrellas —respondió Gregory de forma respetuosa, como si se hallara sumido en un trance. Me miró con sus ojos oscuros y sagaces y sonrió de nuevo con ternura y cariño—. Hablaremos con ella más tarde, te lo prometo —dijo. Me agarró del brazo con firmeza y señaló el pasillo—. Pero ahora acompáñame a mi estudio. Ha llegado el momento de que conversemos, ¿no crees?

»—Ojalá lo supiera —contesté en voz baja—. Todavía está llorando, ¿verdad?

»—Llorará hasta el día que muera —dijo Gregory. Tenía los hombros encorvados, como si cargara con el pesado fardo de su tristeza, como si le doliera el alma. Dejé que me condujera por el pasillo. Deseaba averiguar más cosas sobre él. Deseaba saberlo todo.

»No respondí.

## 18

—Avanzamos por el largo pasillo, Gregory a la cabeza, dejando que sus pisadas resonaran sobre el mármol; yo iba detrás de él, deslumbrado por los paneles de seda color melocotón que cubrían las paredes. El suelo tenía también ese hermoso y nutritivo color.

»Pasamos frente a numerosas puertas; una de las que se hallaban a nuestra derecha estaba abierta. Pertenecía a la habitación de la madre de Esther, que estaba allí dentro.

»Me detuve y asomé con descaro la cabeza, pero el espectáculo que vi me dejó atónito.

»Era un suntuoso dormitorio; estaba tapizado en tono carmesí con festones de seda rojos que pendían del techo y se deslizaban sobre los pilares que flanqueaban la cama. El suelo era de mármol, blanco como la nieve.

»Pero esto en sí mismo no era tan extraordinario como el hecho de ver a la mujer —la mujer que había estado llorando— sentada en un diván, ataviada con un vaporoso vestido, resplandeciente y rojo como la decoración de la estancia. Tenía el pelo negro, como Esther, y como yo, y los ojos inmensos de Esther, cuyas pupilas estaban rodeadas de un blanco casi iridiscente. Pero su cabello estaba salpicado de hebras plateadas, casi como si el paso del tiempo lo hubiera adornado. Su larga melena le caía por la espalda. Unas enfermeras vestidas de blanco pululaban a su alrededor. Una de ellas se apresuró a cerrar la puerta.

»La mujer alzó la cabeza y me vio. Estaba pálida y ojerosa y tenía las mejillas húmedas. Pero no era vieja. Había sido muy joven cuando parió a Esther. Al vernos se incorporó.

»La enfermera cerró la puerta con llave.

»—¡Gregory! —oí exclamar a la madre de Esther.

Gregory siguió avanzando, con el brazo extendido hacia atrás para agarrarme de la mano y conducirme por el pasillo. Tenía la mano cálida y suave.

»Percibí el murmullo de voces detrás de otras puertas. Había unos cables en las paredes que conducían los murmullos. Sin embargo, no oí llorar a la madre de Esther.

»Entramos en el salón principal, una estancia en forma de media luna que estaba repleta de espléndidos detalles y tenía un elevado techo abovedado.

En el lado que daba a la calle, que era plano, había una serie de grandes ventanales divididos en doce paneles de cristal, y a nuestras espaldas, alrededor del semicírculo, había unas puertas formadas también por doce paneles, que estaban situadas a idéntica distancia una de otra.

»Era una estancia soberbia.

»El panorama nocturno me cautivó por la dulzura intemporal que irradiaba. Al otro lado de un

oscuro e insondable abismo se alzaban unas torres realzadas por unas luces que se hallaban dispuestas en unas hileras increíblemente precisas, pero enseguida comprendí que todos los edificios tenían unas hileras rectas de ventanas, que ésta era una época de gran precisión matemática.

»Me sentí un poco mareado debido a la gran cantidad de información que recibía.

»Observé que la habitación no daba a un tenebroso río, como yo había supuesto, sino a un amplio y oscuro sendero. Olí el aroma de los árboles. Al mirar hacia abajo me asombró comprobar lo lejos que estábamos del suelo, de la pequeña multitud que seguía arremolinada en torno al camino de entrada al edificio y de la policía montada, cuyos miembros se movían con torpeza, como los soldados a caballo en una batalla. Parecían hormigas.

»Me volví.

»Las puertas que había detrás de nosotros, en el muro curvado, se encontraban cerradas. Me era imposible distinguir por cuál de ellas habíamos entrado. Estaba preocupado y obsesionado con la mujer que había visto brevemente, pálida y llorosa.

»No obstante, deseché ese pensamiento para centrarme en el presente.

»En el centro del semicírculo había una chimenea de exageradas proporciones; construida del acostumbrado mármol blanco, era fría e imponente como un altar. La chimenea ostentaba unos leones tallados en el mármol; sobre ella se alzaba una estantería y sobre ésta un espejo en el que se reflejaban las ventanas.

»Yo estaba rodeado de imágenes reflejadas. Los paneles de las puertas que se hallaban al fondo de la habitación no eran de cristal, sino de espejo, con lo que se creaba un efecto óptico espectacular. Me sentía flotar en ese inmenso palacio, reconfortado por la ciudad como si ésta me hubiera tomado en sus brazos.

»Junto al hogar se hallaba dispuesto un montón de leña, como si padeciéramos los rigores de un invierno especialmente crudo, lo cual no era cierto.

»Todas las puertas, tanto las reales como las reflejadas, eran de doble hoja, tenían unas decorativas manecillas placadas en oro y sus relucientes y estrechos paneles de espejo o cristal estaban enmarcados por madera finamente tallada.

»Me volví varias veces, en un intento de asimilar todo cuanto veía, fijándome en cada detalle, basándome de forma inconsciente en unos puntos de referencia que sin duda me resultaban inexplicables. Cada objeto que veía me dejaba asombrado. Enseguida comprendí el motivo. Estaba rodeado de estatuas chinas, una urna griega que me resultaba familiar y unos magníficos jarrones de cristal que estaban llenos de flores y se hallaban colocados sobre unos pedestales.

»A nuestro alrededor había numerosos sofás y sillones tapizados en terciopelo color melocotón y oro, mesas con lustrosas superficies, unos jarrones que contenían magníficos lirios y grandes margaritas doradas, o al menos así me parecía, y debajo de todo ello vi una gigantesca alfombra que se extendía casi desde los ventanales que daban al parque hasta el borde más alejado del círculo.

»La alfombra mostraba el dibujo del árbol de la vida, tejido con espléndido detalle, lleno de aves del cielo, frutos del cielo y unas figuras que paseaban bajo las ramas del árbol que iban vestidas al modo asiático.

»El mundo cambiaba; se tornaba más complejo. El mundo crecía en materia de inventos y a veces fealdad, pero las formas de mi época aparecían grabadas en las superficies que me rodeaban. Cada



objeto que había en la habitación estaba de algún modo relacionado con los antiguos principios estéticos que yo conocía.

»De golpe imaginé que las tribus perdidas de Israel habían vivido en esa alfombra, la cual había sido vendida cuando Nabucodonosor atacó el reino del norte; pero eso ocurrió antes de que Jerusalén fuera conquistada. Vi imágenes de batallas, de fuego.

»Contrólate, Azriel.

»—Tengo una curiosidad —dije, disimulando el gozo que experimentaba al contemplar aquellos objetos, mi debilidad y la nostalgia que me producían—. ¿Cómo es ese Templo de la Mente que permite a su sumo sacerdote vivir rodeado de este esplendor? Deduzco que éstos son tus aposentos privados. ¿Eres tú el jefe y el charlatán, según afirmó tu abuelo?

»Gregory no respondió, pero parecía sentirse muy satisfecho. Dio una vuelta en derredor mío, observándome, esperando impaciente a que yo volviera a hablar.

»—Ahí hay un periódico abierto por la página que estabas leyendo —comenté—. En él aparece el rostro de Esther. Esther sonriendo para los historiadores. Para el público. Y junto al periódico hay una jarra. ¿Qué contiene? ¿Café amargo? La taza conserva tu sabor; lo percibo. Todo esto es privado, el lugar donde acudes para recordar. El tuyo es un dios muy rico, con mente o sin mente. —Me detuve para sonreír—. Y tú eres un sacerdote muy rico.

»—No soy un sacerdote —replicó Gregory.

»De pronto aparecieron dos hombres, dos jóvenes altos y desgarbados que vestían unas camisas blancas y almidonadas y pantalones oscuros. Entraron por aquel muro de puertas. Gregory los miró irritado.

»Hizo un gesto para indicarles que se retiraran, y las puertas de espejos se cerraron de nuevo.

»Nos encontrábamos los dos a solas. Sentí mi aliento y mis ojos moviéndose dentro de sus cuencas, y experimenté tal anhelo hacia todo tipo de cosas materiales y sensuales que por poco me echo a llorar. De haber estado yo solo, lo habría hecho.

»Observé a Gregory con recelo. La noche, tanto la auténtica como la que se reflejaba en los espejos, palpitaba rebosante de luces. Las luces eran tan abundantes y vitales en esta época como lo había sido el agua en tiempos pasados. Las lámparas que había en esa habitación consistían en unas recias piezas de bronce esculpido que estaban adornadas con pantallas de cristal del color del pergamino. Luz, luz, y más luz.

»La excitación de Gregory era palpable. Apenas era capaz de contener su impaciencia. Deseaba asediarme a preguntas, asimilar toda la información que yo le proporcionara. Sin embargo me mantuve firme, como si fuera realmente humano y tuviera todo el derecho de guardar silencio y ser yo mismo.

»Una ráfaga de aire atravesó la habitación, impregnado del olor de árboles y caballos y los humos que despedían las máquinas; las máquinas llenaban la noche de discordia. Si Gregory hubiera cerrado las ventanas habría desaparecido el molesto ruido del tráfico, pero también la fragancia de la hierba.

»Por fin, sin poder reprimirse más, me preguntó de sopetón:

»—¿Quién te ha invocado? —No lo preguntó con un tono desagradable, sino con un aire ingenuo e infantil, aunque sospecho que premeditado—. ¿Quién hizo que abandonaras los huesos? Dímelo,

debo saberlo. Yo soy ahora tu amo.

»—No adoptes esa actitud tan estúpida —respondí—. No me costaría nada matarte. Sería sencillísimo. —No sentí que me debilitara al oponerme a él.

»¿Quién era mi amo ahora? ¿Y si todos los seres humanos fueran mis amos? Vi de golpe un fuego que ardía ferozmente; no un fuego terrenal, sino divino.

»Los huesos que sostenía entre los brazos pesaban mucho. ¿Acaso querían verme? Contemplé el viejo y destartelado cofre. Me había ensuciado la ropa, pero no me importaba.

»—¿Puedo dejar el cofre aquí, en la mesa, junto al periódico y la jarra de café y el rostro de tu difunta hija, tan hermosa, que no está cubierto por un velo?

»Gregory asintió con la cabeza, haciendo un esfuerzo por permanecer callado, por reflexionar; pero se sentía demasiado exultante para hacer ni lo uno ni lo otro de forma organizada.

»Deposité el cofre sobre la mesa. Al hacerlo sentí un leve escalofrío, sin duda debido a la proximidad de los huesos, al hecho de comprender que eran míos, que yo estaba muerto, que era un fantasma, y que había regresado a la Tierra.

»Dios mío, no dejes que me obliguen a desaparecer antes de haber comprendido este enigma.

»Gregory se acercó a mí. Sin esperar a que tomara la iniciativa, retiré la tapa del cofre, tal como había hecho él antes. La deposité sobre la amplia mesa, arrugando un poco el periódico, y contemplé los huesos.

»Aparecían tan dorados y brillantes como el día de mi muerte. Pero ¿cuándo había sucedido eso?

»—¡El día de mi muerte! —musité—. ¿Es que voy a averiguarlo todo de golpe? ¿Acaso forma parte del plan?

»Pensé de nuevo en la madre de Esther, la mujer vestida de seda roja. Sentía su presencia bajo ese techo. Sabía que me había visto y traté de imaginar qué aspecto presentaba yo a sus ojos. Deseaba que apareciera en esa habitación, o encontrar el medio de ir a verla.

»—¿Qué dices? —preguntó Gregory, impaciente—. ¿En qué fecha moriste? Dímelo. ¿Cómo te convertiste en un fantasma? ¿A qué plan te refieres?

»—No conozco las respuestas a esas preguntas —contesté—. Si las conociera, no perdería el tiempo aquí contigo. Cuando el rabino te tradujo esas inscripciones, te explicó más de lo que yo mismo sé.

»—¡Conque no perderías el tiempo conmigo! —exclamó Gregory—. ¿No te das cuenta de que si existe un plan, un plan más ambicioso que el que yo he trazado, tú formas parte de él?

»Me encantaba observar su creciente excitación. Eso me proporcionaba renovado vigor, sin duda. Gregory arqueó un poco sus finas cejas y comprobé que el encanto que destilaban sus ojos no residía sólo en su profundidad, sino en su longitud. Yo poseía unos rasgos redondeados; las líneas de su rostro, en cambio, formaban unas hermosas trayectorias y puntos.

»—¿Cuándo apareciste aquí por primera vez? ¿Cómo es posible que Esther te viera?

»—Si fui enviado para salvarla, he fallado. Pero ¿por qué dijiste que ella fue la víctima propiciatoria? ¿Por qué utilizaste esas palabras? ¿Quiénes son los enemigos a los que te referiste?

»—Pronto lo averiguarás. Todos estamos rodeados de enemigos. Lo único que debemos hacer para despertar su ira es manifestar un poco de poder, resistirnos a sus planes de inmiscuirse en nuestras vidas, unos planes ideados con la solemnidad de un dios, meramente rutinarios, que

constituyen lo ritual, la tradición, la ley, la normalidad, lo acostumbrado, lo sano... ¿Comprendes lo que quiero decir?

»Lo comprendía a la perfección.

»—Están resueltos a acabar conmigo porque me he opuesto a ellos; pero soy demasiado poderoso, tengo unos sueños que dejan pequeñas sus perversas argucias.

»—¿Qué bien te expresas! —exclamé en tono de admiración—. Tus palabras contienen una gran sabiduría. Pero ¿por qué me revelas todo esto?

»—Porque eres un espíritu, un dios, un ángel que me ha sido enviado. Tú presenciaste su muerte porque era una víctima propiciatoria. ¿No lo comprendes? Apareciste cuando ella murió, como un dios dispuesto a recibir un sacrificio.

»—¿Su muerte me disgustó mucho! —respondí—. Maté a los tres individuos que la asesinaron.

»Esta última frase lo dejó perplejo.

»—¿De veras? —preguntó Gregory.

»—Sí, a Billy Joel, a Hayden y a Doby Eval. Los maté a los tres. Los periódicos publicaron la noticia. Dijeron que las armas que portaban estaban manchadas con la sangre de Esther y con la de los propios asesinos. Yo mismo los maté, porque no conseguí impedir que llevaran a cabo su maléfico plan. ¿A qué sacrificio te refieres? ¿Por qué dijiste que Esther había sido el cordero? ¿Dónde está el altar? ¿Si crees que soy un dios, eres un imbécil! Detesto a Dios y a todos los dioses. Los odio.

»Gregory me observaba fascinado. Se acercó a mí, retrocedió unos pasos y dio una vuelta a mi alrededor, demasiado excitado para quedarse quieto.

»Si era culpable de haber matado a su hija, lo disimulaba muy bien. Me miró, encantado de estar charlando conmigo en aquella habitación.

»De golpe se me ocurrió algo que me desconcertó. La piel de su rostro había sido desplazada. Un cirujano la había estirado sobre los huesos. Solté una carcajada ante aquella idea tan ingeniosa y sus implicaciones, ante la facilidad con que se hacían las cosas en esta época.

Pero entonces pensé aterrorizado: “¿Y si me han traído a esta época por un motivo que se halla relacionado con sus horrores y los prodigios del mundo? ¿Y si ésta fuera mi oportunidad de permanecer a partir de ahora intacto y vivo?”.

»Hice una mueca y Gregory comenzó a interrogarme de nuevo, pero alcé las manos para imponerle silencio.

»Retrocedí acobardado ante mis pensamientos. Me volví y contemplé los relucientes huesos. Luego me incliné y apoyé los dedos, mis dedos materiales, sobre mis propios huesos.

»De repente sentí como si alguien me tocara del mismo modo que yo estaba tocando los huesos. Sentí el roce de una mano sobre mis piernas. Al tocar el cráneo sentí mis propias manos sobre mi rostro. Hundí los pulgares en las cuencas vacías que habían contenido mis ojos, mis propios ojos... Vi algo que hervía, demasiado atroz para imaginarlo siquiera, y emití un pequeño gemido que hizo que me sintiera avergonzado.

»La habitación se estremeció, su iluminación se hizo más intensa, y luego se contrajo como si su tamaño se hubiera reducido. No, permanece aquí. Quédate en esta habitación. ¡Quédate aquí con él! Pero todo era producto de mi imaginación, según suelen decir los humanos. Mi cuerpo no se había

debilitado en absoluto. Seguía en pie, firme.

»Abrí y cerré los ojos despacio y observé los huesos dorados. El alambre de hierro los unía a los restos del tejido que yacía debajo de ellos, a la vieja madera del cofre; pero se trataba del mismo cofre, impregnado de los aceites que lo harían perdurar por la eternidad, al igual que los huesos. Vi una breve imagen de Zurvan, acompañada por un torrente de palabras... exhortándome a amar, aprender, conocer, amar...

»Recordé de nuevo los inmensos muros de la ciudad, de ladrillos azules vidriados, los leones dorados, las exclamaciones de la multitud, un individuo señalándome y gritando en hebreo antiguo — el profeta— mientras los cánticos aumentaban y disminuían de volumen.

»Si no deseaba esos pensamientos corría el riesgo de desaparecer. O tal vez no.

»Permanecí inmóvil, pero no acudieron más recuerdos a mi mente. Retiré las manos y contemplé los huesos.

»Gregory me arrancó de mi ensimismamiento.

»Se acercó a mí y apoyó una mano en mi brazo. Deseaba hacerlo. El pulso le latía de forma acelerada. Experimenté una sensación maravillosamente erótica al sentir el contacto de sus sensuales manos sobre mis brazos recién formados. Si yo seguía adquiriendo fuerza, no era consciente de ello.

»Sentí el mundo. En aquel momento me sentía a salvo en su interior.

»Gregory acarició las mangas de mi chaqueta. La examinó detenidamente: su corte impecable, el brillo de los botones, las minuciosas puntadas. Yo la había creado de forma apresurada, pronunciando unas órdenes que habían brotado de mis labios con toda facilidad. Habría podido transformarme de repente en una mujer sólo por el mero placer de asustarlo. Sin embargo, no deseaba hacerlo. Me sentía feliz de ser Azriel, y temía extralimitarme.

»No obstante... ¿Cuál era el límite de este poder sin amo? De golpe se me ocurrió una broma, una páfida broma. Sonreí y, murmurando todas las palabras que conocía, utilizando el más melifluido de los encantamientos, me transformé en Esther.

»La imagen de Esther. Sentí su pequeño cuerpo, miré a través de sus ojos y sonreí; noté incluso el tacto y el peso de la ropa que ella llevaba puesta el último día, recordé el abrigo pintado a rayas como la piel de un animal, ceñido a mi cuerpo.

»Por fortuna, no tenía que contemplar yo mismo esa transformación. Sentí lástima de él.

»—¡Basta! —rugió Gregory al tiempo que caía al suelo de espaldas y retrocedía espantado. Al cabo de unos momentos se incorporó sobre los codos.

»Yo asumí de nuevo mi forma. Me había transformado en Esther y él no había sido capaz de impedirlo. Me sentí orgulloso y malvado por ello.

»—¿Por qué dijiste que era una víctima propiciatoria? ¿Por qué aseguró el rabino que tú la mataste?

»—Azriel —me respondió Gregory—, presta atención a lo que voy a decir. —Se levantó con la agilidad de un bailarín y se acercó a mí—. Pase lo que pase, recuerda esto: el mundo nos pertenece. Este mundo, Azriel.

»Lo miré perplejo.

»—¿El mundo, Gregory? —pregunté, intentando adoptar un tono cínico y astuto—. ¿A qué te refieres?

»—Me refiero a todo el universo, al mundo al que se refería Alejandro cuando se dispuso conquistarlo. —Gregory me miró con aire resignado, paciente—. ¿Qué sabes tú, espíritu amigo? ¿Conoces los nombres de Bonaparte, de Pedro *el Grande*, de Alejandro? ¿Conoces el nombre de Akhenatón? ¿De Constantino? ¿Qué nombres conoces?

»—Todos esos y muchos más, Gregory —contesté—. Eran unos emperadores, unos conquistadores. Añade los nombres de Tamerlán y Scanderbeg, y de Hitler, el cual asesinó a millones de personas que pertenecían a nuestra raza.

»—Nuestra raza —repitió Gregory con una sonrisa—. Sí, ambos somos de la misma raza, ¿no es así? Lo sabía. Estaba seguro de ello.

»—¿Cómo que lo sabías? Te lo dijo el rabino. Te leyó el pergamino. ¿Qué significan esos conquistadores para ti? ¿Quién gobierna este paraíso eléctrico llamado Nueva York? Eres el fundador de una iglesia, según afirma el rabino. Eres un comerciante. Posees una fortuna incalculable en todas las monedas que existen en el mundo. ¿Crees que Scanderbeg en su castillo de los Balcanes poseyó jamás la fortuna que tú has acumulado? ¿Crees que Pedro *el Grande* regresó a Rusia con los tesoros que tú posees? ¿Cómo iban a hacerlo si no tenían tu poder! Su mundo no consistía en una descomunal red eléctrica de voces y luces.

»Gregory rió de gozo, sus ojos brillantes y muy bellos.

»—Exacto —dijo—. Y ahora en este mundo lleno de prodigios nadie posee su poder. Nadie tiene la fuerza de Alejandro cuando éste llevó la filosofía de los griegos a Asia. Nadie se atreve a matar como lo hizo Pedro *el Grande*, cortando la cabeza a sus soldados indisciplinados hasta que la sangre cubría sus brazos.

»—Tu época no es la peor —observé—. Tenéis líderes; disponéis de numerosas lenguas; los ricos son caritativos con los pobres; existen personas en todo el mundo que temen el mal y desean el bien.

»—Existe la locura —replicó Gregory—. ¡Locura!

»—¿Qué significa eso para ti? ¿Acaso la misión de tu iglesia es adquirir control sobre el mundo entero? ¿Es eso lo que ambicionas, tal como te preguntó el anciano? ¿Deseas tener el poder de cortar la cabeza a los hombres? ¿Es eso?

»—Deseo cambiarlo todo —contestó Gregory—. Piensa en todos esos conquistadores. Reflexiona sobre sus hazañas. Utiliza todos los recursos de tu mente de espíritu.

»—Lo haré. Continúa.

»—¿Quién transformó el mundo de forma definitiva? ¿Quién lo cambió más que ningún otro hombre?

»No respondí.

»—Alejandro —dijo Gregory—. Alejandro Magno. Aniquiló imperios que obstaculizaban su camino. Obligó a los asiáticos a maridarse con los griegos. Se atrevió a cortar el nudo gordiano con la espada.

»Medité sus palabras.

»Vi las ciudades griegas a lo largo de las costas asiáticas, mucho después de que Alejandro hubiera muerto en Babilonia; vi el mundo como si lo contemplara a cierta distancia. Vi sus sombras y sus luces.

»—Alejandro cambió tu mundo —dije—. El mundo de Occidente. Comprendo tu punto de vista. Alejandro constituye la piedra angular del auge de Occidente. Pero Occidente no es todo el mundo, Gregory.

»—Sí lo es —contestó—. Porque el Occidente que Alejandro construyó transformó Asia. Ninguna zona del globo escapó a la influencia del Occidente que construyó Alejandro. Y hoy en día no existe ningún hombre dispuesto a cambiar el mundo como él lo habría hecho, y como lo haría... yo.

»Gregory se acercó a mí y, de forma inesperada, me propinó un empujón con ambas manos. Yo no me moví. Era como si un niño hubiera empujado a un hombre. Gregory sonrió satisfecho y retrocedió unos pasos.

»Entonces yo lo empujé con una mano y Gregory tropezó y cayó al suelo. Se levantó despacio, sin inmutarse, negándose a perder la calma.

»No se enojó. Había dado un paso atrás, pero plantó los pies firmemente en el suelo y aguardó.

»—¿Por qué me pones a prueba? —preguntó—. No dije que yo fuera un dios o un ángel. Pero tú has sido enviado a mí, ¿no lo comprendes? Has venido a mí la víspera de la transformación del mundo, como una señal. Al igual que el antiguo rey Ciro, para que la gente regresara a su tierra de Jerusalén.

»Ciro *el Persa*. Me dolía todo el cuerpo; me dolía la mente. Me esforcé en conservar la calma.

»—¡No hables de esas cosas! —murmuré. Me sentía tan furioso que mi mente se quedó en blanco. Imagínatelo. Estaba rabioso—. Puedes hablar de Alejandro todo lo que quieras. Pero no menciones a Ciro. ¡No sabes nada de aquellos tiempos!

»—¿Y tú sí?

»—Deseo saber por qué estoy aquí en estos momentos —contesté, manteniéndome firme—. No acepto tus fervientes profecías y proclamaciones. ¿Mataste a Esther? ¿Enviaste a esos hombres a asesinarla?

»Gregory parecía trastornado. Guardó silencio y reflexionó unos minutos. Yo no conseguía adivinar sus pensamientos.

»—No quería que muriese —dijo—. Yo la amaba. Murió por una causa noble.

»Eso era mentira, una mentira técnica, burda.

»—¿Qué harías si te confesara que yo maté a Esther? —preguntó Gregory—. La maté por el bien del mundo, del nuevo mundo que surgirá de las cenizas de este mundo que expira, uno que se está destruyendo a sí mismo con hombres mezquinos y sueños mezquinos e imperios mezquinos.

»—Juré vengar su muerte —respondí—. Ahora sé que eres culpable, y te mataré. Pero aún no. Cuando me apetezca.

»Gregory lanzó una carcajada.

»—¿Me matarás? ¿Te crees capaz de ello?

»—Por supuesto —contesté—. Recuerda lo que te dijo el rabino. He matado a quienes se atrevieron a invocarme.

»—Pero yo no te invoqué; fue el plan, fue el mundo. ¡Fue un designio! Viniste a mí porque te necesito, porque puedo utilizarte, y harás lo que yo te ordene.

»“Fue el mundo”. Yo me había repetido esas mismas palabras en un desesperado intento de

comprender. ¿Pero se trataba acaso del mundo de Gregory?

»—Debes ayudarme —dijo—. No es preciso que sea tu amo. ¡Te necesito! Necesito que seas testigo y comprendas. ¡Es asombroso que cobraras vida para presenciar el asesinato de Esther y matar a aquellos tres miserables! Tú mismo dijiste que los habías matado.

»—Tú amabas a Esther, ¿no es cierto? —pregunté.

»—Sí, la amaba profundamente —respondió Gregory—. Pero Esther no tenía una visión. Ni tampoco la tiene Rachel. Ése es el motivo por el que tú has venido. Ésa es la razón por la que has sido entregado a nuestras gentes, como antes fuiste entregado al padre de mi abuelo, ¿no lo entiendes? Debías de aparecer ante mí en toda tu gloria. Tú eres nuestro testigo. Eres “aquel que lo comprenderá todo”.

»Sus palabras me dejaron perplejo. Un plan, un designio.

»—Pero ¿de qué debo ser testigo? —pregunté—. Tú tienes tu iglesia. ¿Qué tiene que ver Esther en todo esto?

»Gregory se quedó pensativo unos instantes y luego dijo con inocente candor:

»—Estaba escrito que vendrías a mí. No me extraña que mataras a otros —dijo con una carcajada—. Eres digno de mí, Azriel, ¿no lo comprendes? Eres extraordinariamente hermoso y digno de mí, de mi tiempo, de mi brillantez, de mi esfuerzo. Somos tal para cual. Sospecho que eres el príncipe de los fantasmas. Lo sé.

»Gregory extendió la mano para acariciarme el pelo.

»—Yo no estoy tan seguro.

»—Eres un príncipe, estoy convencido de ello, y has sido enviado a mí. Tus antiguos amos te conservaron hasta su muerte y pasaste de mano en mano, de generación en generación. Estabas destinado a mí.

»Gregory parecía hondamente conmovido por los sentimientos que lo embargaban. Su rostro irradiaba dulzura y seguridad en sí mismo.

»—Posees el orgullo y el coraje de un rey, Gregory.

»—Por supuesto. ¿Qué es lo que tus amos solían decirte, espíritu? —preguntó—. ¿Qué es lo que recuerdas?

»—Nada —contesté con vehemencia. Una mentira—. No estaría contigo si pudiera evitarlo. Si estoy contigo es porque trato de recordar y de saber. Debería matarte ahora mismo. Sería algo parecido a lo que hizo tu amirado Alejandro cuando cortó el nudo gordiano.

»—Eso no ocurrirá —contestó Gregory con calma—. No está escrito. Si Dios quisiera que yo dejara de existir, cualquiera podría matarme. No comprendes la magnitud de mis sueños. Alejandro lo habría comprendido.

»—No te pertenezco —dije—. Eso lo sé. Pero deseo conocer la magnitud de tus sueños, y no quiero matarte sin antes comprender por qué hiciste que asesinaran a Esther. Pero no te pertenezco ni estoy destinado a servirte, no estoy destinado a... nada en particular.

»De pronto oí llorar otra vez a la madre de Esther. Estaba seguro de ello. Volví la cabeza en un intento de localizar el sonido.

»—Hazme caso —dijo Gregory, que me tocó de nuevo y me aferró del brazo.

»Yo me aparté bruscamente. Gregory me miró ofendido.

»Mi fuerza hacía que me sintiera más que eufórico, inquieto. Deseaba caminar, tocar cosas. Deseaba tocar esos sofás tapizados en terciopelo, acariciar el mármol. Deseaba, simplemente, contemplar mis manos. Había conseguido mantenerme firme. No estaba seguro de que, aún deseándolo, hubiera logrado disolverme.

»Era una sensación muy extraña: sentirme fuerte y no saber si los viejos trucos surtirían efecto. Aunque hacía unos momentos me había transformado en Esther. Sentí la tentación de...

»... Pero no, ése no era el momento apropiado.

»Miré los huesos con rabia y los cubrí con la frágil tapa del cofre. Ante mí yacían aquellas palabras escritas en sumerio.

»—¿Por que has hecho eso? —preguntó Gregory.

»—No me gusta ver esos huesos —contesté.

»—¿Por qué?». —Porque son míos— respondí, al tiempo que me volvía para mirar a Gregory. —Alguien me asesinó. Alguien me mató contra mi voluntad. Tú tampoco me gustas. ¿Por qué debo creerte cuando dices que soy digno de ti? ¿Qué te propones? ¿Dónde está tu espada de Alejandro?

»Me di cuenta de que estaba sudando y mi corazón latía con violencia (en realidad no tenía un corazón, pero me daba la impresión de sentir unos fuertes latidos). Me quité la chaqueta, admirando mi excelente obra; aunque era muy distinta de las prendas que lucía Gregory, estaba inspirada en ellas.

»Supongo que él también notó la diferencia.

»—¿Quién te confeccionó esa ropa, Azriel? —inquirió—. ¿Unos ángeles invisibles sobre unos telares invisibles? —Gregory se echó a reír como si la mera idea le pareciera absurda.

»—Procura decir cosas más inteligentes. Puede que no te mate, pero es posible que te abandone.

»—¡No puedes hacerlo! ¡Sabes que no puedes!

»Me volví de espaldas a Gregory. No estaba seguro de lo que era capaz de hacer.

»Observé las paredes, el techo, la seda color melocotón de las cortinas y el gran árbol de la vida que resplandecía sobre la alfombra. Me acerqué a la ventana y la brisa agitó mis cabellos. El aire me refrescó la piel.

»Cerré los ojos despacio, aunque eso no me impidió dar unos pasos, pues sabía dónde se encontraba cada objeto, y me vestí, invocando en mi imaginación una túnica de seda roja, sujeta en la cintura por una faja de seda, y unas zapatillas bordadas con piedras preciosas.

»Elegí el color rojo vivo que había elegido la madre de Esther, envolviéndome en él y confiriendo unos toques de oro a las mangas, el borde de la túnica y las zapatillas. Tras completar mi tarea, aparecí ataviado de pies a cabeza en un violento carmesí. Quizá las madres de este país lloraban a sus hijas vestidas de rojo.

»Resultaba inconcebible.

»Le oí suspirar. Percibí su desconcierto. Me vi reflejado en los paneles de espejo de las decorativas puertas: un joven alto, de pelo negro, vestido con una larga túnica caldea. No, no lucía barba ni bigote. Prefería presentar un rostro suave, sin pelo. Pero esas vestiduras resultaban demasiado antiguas; necesitaba libertad y poder.

»Me volví.

»Cerré de nuevo los ojos. Imaginé una chaqueta de estilo moderno, de color rojo vivo y



confeccionada con la mejor lana, cortada como la de Gregory y animada sólo con una perfecta botonadura de oro, casi de oro puro. Imaginé un pantalón holgado y de un tejido suave, como habría elegido un persa, y despojé las zapatillas de sus bordados.

»Debajo de la chaqueta me puse una camisa como la que lucía Gregory, sólo que confeccionada con una seda más blanca que la suya; también estaba adornada con unos botones de oro, y alrededor del cuello y sobre el pecho, encima de la camisa, me colgué dos collares de abalorios formados por las piedras opacas que amo: jaspe, lapislázuli, berilo, granate, jade y marfil. Incluí unas piedras de ámbar, hasta que sentí el peso de los collares sobre mi pecho. Alcé la mano, toqué los abalorios y dejé que los músculos de mis hombros se relajaran; la chaqueta se cerró de modo que casi ocultaba ese pequeño gesto de vanidad, esos antiguos collares de abalorios. Hice que mis zapatos fueran una réplica exacta de los de Gregory, aunque estaban confeccionados con un tejido muy suave y forrados de seda.

»Gregory se quedó estupefacto al verme realizar esos sencillos trucos de magia, pero a mí hacerlo no me había costado ningún esfuerzo.

»—Un hombre de seda —dijo en yiddish—. *Zadener yinger mantchik*.

»—¿Quieres que le dé el toque final? —pregunté—. ¿Quieres ver cómo me largo de aquí?

»Gregory enderezó los hombros. Le temblaba la voz. No era humildad, sino respeto.

»—No hay tiempo para que me enseñes todos los trucos que conoces. Escúchame, Azriel.

»—¿Te interesan más tus planes que ver cómo me esfumo? —pregunté.

»—A Alejandro también le interesarían más sus planes, ¿no crees? Todo está preparado. Todo está en orden, y tú estás aquí, la mano derecha de Dios.

»—No te precipites. ¿De qué dios hablas?

»—Ah, de modo que detestas tus orígenes y todo el mal que has cometido, ¿no es cierto?

»—Sí.

»—Entonces debes aceptar el mundo que deposito en tus manos. Cada vez lo veo con mayor claridad. Has venido a la Tierra para hablarnos sobre el fin de los tiempos.

»—¿A qué te refieres? ¿Cuándo vais a dejar los mortales de hablar del fin de los tiempos? ¿Sabes cuántos siglos llevan los hombres hablando sobre eso?

»—Pero yo conozco la fecha exacta del fin de los tiempos —afirmó Gregory con tranquilidad—. Yo mismo la he escogido. No veo razón para seguir guardando el secreto. No veo razón para no informarte de mis planes. Sé que desconfías de mí, que te burlas de mí, pero ya aprenderás. Eres un espíritu inquisitivo, ¿no es cierto?

»Un espíritu inquisitivo.

»—Sí —contesté. Me gustaba ese concepto.

»Oí pasos por el pasillo. Me pareció oír a la madre de Esther hablando en voz baja y angustiada, y me disgustó comprobar que seguía llorando.

»Impasible, observé que la proximidad de Gregory no me afectaba. Se hallaba a menos de medio metro de distancia. Yo era tan fuerte como él. No dependía de él en modo alguno, lo cual era ideal. Mientras Gregory me observaba, cubrí mis dedos con sortijas de oro que incluían mis piedras preferidas, como esmeraldas, diamantes, aguamarinas, perlas y rubíes.

»Los espejos reflejaban nuestra imagen. Pensé en sujetarme el cabello con un pasador de cuero;

debí hacerlo, pero en aquellos momentos eso no me preocupaba. Toqué de nuevo mi rostro para asegurarme de que era tan suave como el de él, pues aunque me gustan las barbas largas y pobladas, prefería el aspecto y el tacto de una piel desprovista de vello como la de Gregory.

»Él se paseó a mi alrededor. Caminaba con pasos silenciosos, dibujando un círculo como si tratara de cercarme utilizando mi propio poder. Pero no sabía nada sobre magia, círculos o pentagramas.

»Yo pregunté a mi memoria si había visto alguna vez un amo más excitado que Gregory, más orgulloso, más ansioso de alcanzar la gloria. Vi infinidad de rostros. Oí canciones. Vi el éxtasis; pero eran multitudes y multitudes, y todo era mentira. Y mi dios se había echado a llorar. Aquello no me servía como respuesta.

»La respuesta era la siguiente: aún no podía matarlo. Era imposible. Deseaba averiguar qué podía enseñarme. Pero tenía que estar seguro de los límites de su poder. ¿Y si me diera una orden, como había hecho el rabino?

»Me alejé un poco de él.

»—¿De repente te inspiro temor? —preguntó Gregory—. ¿Por qué?

»—No te temo. Nunca he servido a un rey, ni como espíritu ni de ninguna forma. Los he visto. Vi a Alejandro cuando agonizaba...

»—¿Lo viste?

»—Yo estaba en Babilonia y pasé frente a él disfrazado de uno de sus soldados. Alzó la mano una y otra vez. Vi en sus ojos que estaba preparado para morir. No creo que siguiera albergando grandes sueños. Quizá por eso murió. Pero tú estás lleno de sueños, e irradias una luz como Alejandro, es cierto; aunque me resisto a ti creo... que podría llegar a amarte.

»Me senté en un cojín que estaba forrado de terciopelo y me puse a pensar.

»Permanecí sentado durante varios minutos, con los codos apoyados en las rodillas. Gregory se colocó ante mí, dejándome espacio suficiente, a una distancia de unos diez pasos, y cruzó los brazos. Quería controlar la situación.

»—Ya has empezado a amarme —dijo—. Prácticamente todas las personas que me conocen me aman. Incluso mi abuelo.

»—¿Estás seguro? —pregunté—. ¿Sabes que tu abuelo sabía que me hallaba presente cuando te vendió los huesos, que me había visto?

»Mis palabras dejaron a Gregory tan estupefacto que guardó silencio. Meneó la cabeza, abrió la boca para hablar pero no dijo nada.

»—Yo estaba en la habitación, visible, y cuando tu abuelo me vio con sus crueles ojillos azules accedió a contarte lo que deseabas saber sobre el Sirviente de los Huesos y a venderme a ti.

»Mi revelación causó en Gregory un fuerte impacto. Un profundo dolor. Creí que iba a romper a llorar. Se volvió, dio unos pasos y murmuró:

»—De modo que te vio... Sabía que era posible invocar al espíritu, hacer que abandonara los huesos, y me vendió los huesos.

»—Sabía que el espíritu se hallaba presente en la habitación y te vendió los huesos confiando en que yo desaparecería junto con ellos. Sí, eso fue lo que hizo. Sé que te duele, que el hecho de saber que tu abuelo ha sido capaz de hacerte eso te produce un dolor insoportable. El que un hombre mortal

te juegue una mala pasada es una cosa, pero que un *zaddik* vea a un demonio y te lo entregue a sabiendas de que puede destruirte...

»—No es necesario que hurgues en la llaga —interrumpió Gregory con amargura—. Mi abuelo me detesta desde la primera vez que empecé a interrogarlo. Cuando cumplí doce años comencé a hacerle preguntas, a los trece me largué de su casa y, por lo que respecta a él y a su corte, para mí estaba muerto y enterrado. —Gregory se estremeció—. Advirtió tu presencia y me entregó los huesos. ¡Te vio!

»—Así es —respondí.

»Gregory recobró la calma con asombrosa rapidez. Su rostro asumió una expresión de renovada confianza y se puso a reflexionar, dejando a un lado el odio y el dolor, como yo mismo debía de hacer.

»—¿Puedes facilitarme unos simples datos? —preguntó en tono sereno. Se le veía radiante de felicidad—. ¿Cuándo me viste a mí o a alguien que estuviera relacionado conmigo por primera vez?

»—Ya te lo he dicho. Cobré vida mientras Billy Joel, Hayden y Doby Eval se dirigían a asesinar a la joven heredera. Le clavaron los picos que llevaban antes de que yo lograra impedirlo. Yo los perseguí y los maté. Ella me vio cuando agonizaba, pronunció mi nombre. Su alma ascendió hacia la luz, tal como te he contado. Luego te vi en la habitación del rabino; no, cuando te apeaste del coche, rodeado de tus guardaespaldas. Te seguí hasta casa de tu abuelo. La noche siguiente hice lo mismo. Y aquí estamos. El resto ya lo conoces. Me hice visible ante el viejo rabino. Me convertí en un hombre de carne y hueso, tal como aparezco ahora, y el rabino me expuso su punto de vista.

»—¿Hablaste con él? —preguntó Gregory apartando la vista, como si aquella idea le produjera un dolor insoportable.

»—Me maldijo, dijo que no quería tratos con demonios. Se negó a prestarme ayuda. No mostró la menor misericordia hacia mí ni aceptó responder a mis preguntas. ¡Se negó a reconocermé!

»Omití el detalle de que el anciano me había obligado a desaparecer la primera noche, y que la segunda me esfumé por voluntad propia.

»Por primera vez, el rostro de Gregory mudó radicalmente de expresión.

»Es decir, la expresión que adoptó a continuación no guardaba ninguna relación con los sentimientos e intenciones que había manifestado hasta aquel momento. Algo había cambiado en él. No era su sentido del humor ni su júbilo ni la fuerza, ni mucho menos su coraje. Su rostro revelaba una inusitada crueldad que me recordó el momento en que mi mano había agarrado el mango de madera del pico y lo había hundido en el vientre blando y fofo de Billy Joel, justo debajo de las costillas.

»Gregory dio media vuelta y se alejó unos pasos, pero su gesto no me afectó en absoluto. Lo observé, y sentí la sangre que corría por mis venas. Noté que los músculos de mi rostro se tensaban al esbozar una pequeña y misteriosa sonrisa que facilitaba mis pensamientos.

»Todo eso era una mera fantasía, Jonathan, pero los detalles demostraban que se trataba de una excelente fantasía. Y sigue siéndolo incluso hoy, cuando me encuentro sentado frente a ti. Ahora bien, hacer eso requiere una gran fuerza, como sabes, y aunque cuando me presenté ante ti ya estaba acostumbrado a esa fuerza, en aquellos instantes no lo estaba.

»En efecto, no dependía de él, pensé ya más animado, pero ¿y los huesos? ¿Qué significaba esa

situación? ¿Es posible que estuviera realmente destinado a él? Gregory no tardaría en darse cuenta de que el hecho de que el *zaddik* me viera y me entregara a él no contradecía su teoría de que yo estaba destinado a servirlo.

»—De acuerdo —dijo Gregory de improviso, como en respuesta a mis pensamientos—. Él no fue sino un instrumento. No tenía ni idea. No sabía que los huesos estaban destinados a mí. Las palabras de Esther me proporcionaron la clave. Esther me dio la clave al morir; me envió a casa del rabino para obtener los huesos, para obligarlo a que te entregara a mí. Estás destinado a ser mío, y eres digno de mí.

»Gregory se paseó por la estancia mientras se acariciaba con un dedo el espacio entre el labio inferior y la barbilla.

»—La muerte de Esther era inevitable, necesaria. Ni yo mismo me di cuenta de ello. Era la víctima propiciatoria. Y me llevó hasta ti. Yo soy quien te revelará tu destino.

»—¿Sabes?, quizá tengas razón al decir que soy digno de ti —contesté—. Me refiero a que quizá tú seas digno de mí. Eres sorprendente. —Tras una pause, continué—. Mis anteriores amos creo que no eran dignos de mí.

»—No podían serlo —respondió Gregory con una frialdad impresionante—. Pero yo sí lo soy. Empiezas a comprender la situación, y me ayudas a mí a comprenderla. Yo soy tu amo, pero sólo en la medida en que soy tu destino, tu...

»—¿Responsabilidad? —sugerí.

»—Sí, quizá sea ésa la palabra exacta.

»—Por eso no voy a matarte ahora, por mucho que justifiques el asesinato de esa pobre chica aduciendo cosas absurdas.

»—Son hechos. Ella me condujo hasta ti a través de mi abuelo. Ella propició nuestro encuentro. ¡Fue ella quien lo hizo! Eso significa que el plan funcionará, se concretará. Esther fue una mártir, el cordero del sacrificio, y un oráculo.

»—¿Y es Dios quien guía todo esto? —pregunté con tono sarcástico.

»—Yo guiaré las cosas tal como creo que Dios lo desea —contestó Gregory—. Con su ayuda, no puedo equivocarme.

»—Serías capaz de seducirme para hacer que te amara, ¿no es cierto? Estás tan acostumbrado a que la gente te ame, a que te abran las puertas y te sirvan una copa y te lleven en coche...

»—Lo necesito —murmuró Gregory—. Necesito el amor de la gente, el reconocimiento de millones de personas. Me encanta. Me encanta que las cámaras me enfoquen. Me encanta comprobar que mi ambicioso proyecto se ha expandido más allá de lo que cabía imaginar.

»—Quizá no consigas que te ame durante mucho tiempo. Antes de ver morir a Esther, comprendí que estaba harto de ser un fantasma. Estoy cansado de servir a un amo tras otro. No veo por qué tengo que hacer lo que dice la inscripción del cofre.

»Sentí que me enfurecía de nuevo. Sentí que me sulfuraba. Pero fue una reacción no más violenta de la que hubiera tenido cualquier hombre mortal.

»Contemplé el cofre. Repasé mentalmente lo que acababa de decir. ¿Era posible que me hubiera atrevido a decir semejante cosa? Sí, lo había dicho, y era cierto, pero no se trataba de una maldición ni de una súplica.

»Silencio. Si Gregory dijo algo, no lo oí. Oí algo, pero fue un grito de dolor, o algo peor. ¿Existe algo peor que el dolor? ¿El pánico? Oí un grito que era mezcla de la más terrible agonía que uno pueda experimentar y una locura capaz de anular toda sensación. Oí un grito agudo y penetrante que partía de entre la luz y la sombra, por decirlo así, como una veta de oro en el horizonte.

»—¿Contemplaste tu propia muerte, Azriel? —preguntó Gregory—. Quizá comprendas ahora el motivo del plan.

»Percibí el crepitar de las llamas bajo la caldera. Percibí el olor de las pócimas que habían arrojado en el oro hirviendo.

»Era incapaz de responder. Sabía que debía hacerlo, pero pedirme que hablara de ello, que lo recordara, era exigirme lo imposible. Lo había intentado con anterioridad. Recordaba numerosas ocasiones en que había tratado en vano de evocar esa escena.

»—Escucha, miserable —dije furioso—. Existo desde siempre. Duermo. Sueño. Me despierto. No recuerdo nada. Quizá me asesinaran. Tal vez no nací nunca. Pero existo desde siempre y estoy cansado. ¡Estoy cansado de esta semimuerte! ¡Estoy harto de las medias tintas!

»Estaba acalorado. Tenía los ojos húmedos. Sentí el suntuoso tacto de las prendas que me ceñían el cuerpo, y me complacía poder cruzar los brazos, agarrarme los hombros con las manos, alzar la vista y ver un mechón que me caía sobre la frente, estar vivo, aunque me inundara el dolor.

»—¡Oh, Esther! —exclamé en voz alta—. ¿Dónde estás, cariño? ¿Qué quieres de mí?

»Gregory me miró extasiado y en silencio.

»—Es inútil que se lo preguntes a ella —dijo—, lo sabes de sobra. Ella no desea venganza. ¿Cómo puedo convencerte de que estás destinado a mí?

»—Dime qué pretendes de mí. ¿Que sea testigo de algo? ¿De qué? ¿Acaso de otro asesinato?

»—Sí, vayamos al grano. Quiero que me acompañes a mi despacho secreto. Deseo que veas los mapas, los planos.

»—¿Y que olvide su muerte, que olvide mis deseos de vengarla?

»—No, quiero que comprendas por qué murió. Alguien debe morir para que pueda construirse un gran imperio.

»Aquellas palabras me provocaron un espasmo de dolor en el pecho. Me incliné hacia delante para mitigarlo.

»—¿Qué te pasa? —preguntó Gregory—. ¿De qué serviría vengar la muerte de una joven? Si eres un ángel vengador, ¿por qué no sales y contemplas lo que ocurre en las calles? Todos los días caen personas asesinadas en las calles. Dedícate a vengar esas muertes. ¡Sal de las páginas de un cómic! Mata a todas las personas malas. Adelante. Hazlo hasta que te canses, como te has cansado de ser un fantasma. ¡Adelante!

»—Eres un hombre temerario.

»—Y tú un espíritu muy tenaz —replicó Gregory.

»Ambos nos miramos de frente en silencio.

»Gregory fue el primero en hablar.

»—Sí, eres fuerte, pero al mismo tiempo estúpido.

»—¿Cómo has dicho?

»—Que eres estúpido. Sabes cosas y no sabes nada. Sabes que tengo razón. Adquieres los

conocimientos del aire, como la materia que crea las ropas que llevas, y quizás incluso tu carne; recibes una lluvia de información que no eres capaz de asimilar. Te sientes confundido. ¿Prefieres acaso esa palabra? Lo percibo en tus preguntas y tus respuestas. Anhelas la claridad que sientes cuando hablas conmigo. Pero temes necesítarme. Necesitas a Gregory. No serías capaz de matarme ni de hacer nada que me disgustara.

»Gregory se acercó y me observó fijamente.

»—Procura comprender lo que voy a decirte antes de tratar de aprender otras cosas —dijo—. Tengo todo cuanto un hombre es capaz de desear. Soy rico. Poseo una fortuna incalculable. Tienes razón. Tengo más dinero del que tenían los faraones, o los emperadores de Roma, o el mago más poderoso que te bombardeó con sus poesías sumerias. Yo inventé el Templo de la Mente de Dios, un proyecto gigantesco, que abarca el mundo entero. Tengo millones de seguidores. ¿Sabes lo que significa esa palabra? ¿La palabra millones? Significa espíritu; significa que lo que deseo es lo que deseo. No me refiero a un capricho ni a una necesidad. Eso es lo que deseo, un hombre que lo tiene todo.

»—Me niego a servirte —respondí—. Ni siquiera permaneceré aquí junto a ti.

»Gregory tenía razón. Empezaba a amarlo aunque sabía que en su interior anidaba algo espantoso, un afán destructivo que jamás había observado en ningún ser humano.

»Me volví de espaldas a él. No era necesario que comprendiera el odio o la rabia que sentía. Ese hombre me inspiraba una profunda repugnancia, y eso bastaba. No tenía razones para odiarlo, sólo dolor, ira.

»Me acerqué al cofre, levanté la tapa y contemplé la reluciente calavera recubierta de oro que había sido yo y que, de alguna forma, aún me contenía, del mismo modo que una botella contiene un líquido. Luego cogí el cofre.

»Gregory se precipitó hacia mí, pero antes de que lograra detenerme transporté el cofre y la tapa hasta la chimenea de mármol, los arrojé sobre la pila de troncos y observé cómo ésta se desmoronaba a causa del impacto.

»Gregory se situó junto a mí, examinándome, y luego contempló el cofre que yacía en la chimenea. Ambos nos observamos de reojo.

»—No te atreverías a quemar el cofre —dijo Gregory.

»—No dudaría en hacerlo si dispusiera de un fuego —contesté—. Sólo a través del fuego puedo lastimar a aquella mujer, y a quienes no merecen...

»—Déjalo estar, mi encantador y confuso espíritu.

»El corazón me latía con violencia. Velas. No había velas encendidas en la habitación.

»Entonces oí un sonido seco y vi una luz ante mis ojos. Gregory sostenía una cerilla encendida.

»—Toma —dijo—. Coge esta cerilla si estás tan seguro de lo que deseas.

»Cogí la cerilla, rodeando la llama con los dedos para que no se apagara.

»—Es precioso —observé—, y despide un calor muy agradable. Siento como si...

»—Apresúrate o se apagará la cerilla. Enciende el fuego. Prende fuego a ese trozo de papel. Todo está preparado. Mis sirvientes siempre disponen los troncos de forma que arda un buen fuego en la chimenea. Adelante. Quema los huesos.

»—¿Sabes?, Gregory —contesté—, soy incapaz de resistir a la tentación de hacerlo.

»Me agaché y apliqué la cerilla al borde del papel; éste prendió de inmediato. Unos fragmentos de papel desaparecieron por el tiro de la chimenea. Los troncos comenzaron a arder con un violento chisporroteo y sentí una oleada de calor. Las llamas lamieron el cofre, haciendo que el oro se ennegreciera. ¡Dios, qué espectáculo! La seda del forro se quemó rápidamente y la tapa del cofre empezó a deformarse.

»¡Las llamas me impedían ver los huesos!

»—¡No! —gritó Gregory—. ¡No!

»Entonces se inclinó hacia delante, respirando con dificultad, y retiró el cofre y la tapa del fuego; con ellos arrastró unos trocitos de papel ardiendo, que se apresuró a pisotear para extinguir las llamas. Observé que se había quemado los dedos.

»Gregory se colocó junto al cofre, con un pie a cada lado del mismo, y se lamió los dedos. El esqueleto yacía en el suelo; una figura débil y desgarrada. Los huesos, aunque humeantes, estaban intactos y resplandecientes. La tapa del cofre aparecía carbonizada.

»Gregory se arrodilló, sacó un pañuelo blanco del bolsillo y aplastó los fragmentos de papel que aún ardían mientras mascullaba unas palabras entre dientes. La tapa del cofre estaba ennegrecida, pero todavía podía leerse la inscripción en sumerio.

»Mis huesos yacían entre las cenizas.

»—¡Maldito seas! —exclamó Gregory.

»Nunca lo había visto tan enfadado; estaba incluso más furioso que el rabino. Me miró con rabia. Luego examinó el cofre para asegurarse de que no estaba seriamente dañado. Sólo se encontraba algo chamuscado.

»—Ese olor que despide es de betún.

»—Ya lo sé —replicó Gregory—. Sé de dónde procede y cómo se utilizaba. —La voz le temblaba de ira—. Ya has demostrado de lo que eres capaz: no te importa que los huesos se quemen.

»Gregory se levantó y se limpió los pantalones. Las cenizas cayeron al suelo. El suelo estaba cubierto de cenizas. El fuego seguía ardiendo en la chimenea, consumiéndose, sin objeto, de forma gratuita.

»—Deja que lo arroje al fuego —dije, mientras extendía la mano y recogía el esqueleto que yacía en el suelo descoyuntado.

»—Basta, Azriel. ¡Eres injusto conmigo! ¡No te precipites! ¡No lo hagas!

»Me detuve. No sé si por temor o porque el momento había pasado. Cinco minutos después de la pelea, no tienes valor para cortar a un individuo en dos con la espada. El viento sopla. Estás plantado en medio del campo de batalla. El enemigo yace rodeado de cadáveres, pero no está muerto, y abre los ojos, y murmura unas palabras creyendo que eres su amigo. ¿Cómo es posible matarlo entonces?

»—Pero si lo hacemos ambos sabremos la verdad —dije—. Quiero averiguarla. Confieso que estoy asustado, pero quiero saber la verdad. ¿Sabes qué sospecho?

»—Sí. Que esta vez no importa lo que les ocurra a los huesos.

»No respondí.

»—Ni siquiera si los trituras con un mortero hasta reducirlos a un montón de polvo.

»Tampoco respondí.

»—Los huesos han completado su viaje, amigo mío —continuó Gregory—. ¡Los huesos han venido a mí! Ésta es mi oportunidad, y la tuya. A eso me refería. Si los hubiéramos quemado y tú siguieras aquí, sólido, hermoso, fuerte, impertinente y sarcástico, sí, pero tal como apareces ahora, capaz de respirar y ver y envolverte en terciopelo, ¿te pondrías en mis manos? ¿Aceptarías tu destino?

»Ambos nos miramos de frente. Yo no deseaba correr ningún riesgo. No quería pensar en el torbellino y las almas errantes de los muertos. Recordé las palabras que aparecían grabadas en el cofre. Sentí un escalofrío de pavor ante la perspectiva de perder mi forma humana, mis poderes, de deambular por la Tierra tropezando con los espíritus que la pueblan. Me quedé inmóvil.

»Gregory se arrodilló y recogió el cofre y la tapa del suelo. Luego se levantó despacio, se dirigió hacia la mesa, depositó el cofre sobre ella, lo cubrió con la maltrecha tapa, cuidadosamente, y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la mesa y las piernas extendidas, sin por ello perder el aire insólitamente formal que le daban sus ropas perfectamente cortadas y abotonadas.

»Me miró. Entreabrió la boca, mostrándome su blanca dentadura, y se mordió el labio.

»Luego se levantó y se precipitó hacia mí.

»Se arrojó sobre mí con la agilidad de un bailarín y, aunque tropezó, consiguió agarrarme por el cuello con ambas manos. Sentí que sus pulgares se clavaban en mi carne, impidiéndome respirar, y lo aparté violentamente. Gregory reaccionó propinándome un par de bofetones y un rodillazo en el vientre. Sabía pelear. A pesar de sus exquisitos modales y su dinero, sabía pelear con la destreza y agilidad de los orientales.

»Yo retrocedí para zafarme de la lluvia de golpes, que apenas lograron lastimarme, asombrado ante sus aiosos movimientos, cuando de pronto alzó la pierna y me propinó un puntapié en la cara con el que me derribó.

»Gregory trató de asestarme el golpe de gracia, por decirlo así, alzando el codo, con la mano recta, y moviendo el brazo hacia atrás para golpearme con todas sus fuerzas.

»Yo le agarré el brazo y se lo retorcí hasta obligarlo a caer de rodillas gritando de rabia. Luego lo tumbé sobre la alfombra y apoyé el pie sobre él para inmovilizarlo.

»—No puedes competir conmigo en estas lides —dije, al tiempo que retrocedía y le ofrecía la mano para que se incorporara.

»Gregory se levantó sin apartar la vista de mí. No se había olvidado de sí mismo ni por un segundo. Me refiero a que pese a sus frustrados intentos de vencerme, había conservado la dignidad y su afán de lucha y de conquista.

»—De acuerdo —dijo—. Has demostrado tus facultades. No eres un hombre; eres superior a cualquier hombre, más fuerte. Tu alma es tan compleja como la mía. Deseas hacer lo que crees justo, aunque tienes un absurdo y obsesivo concepto sobre lo que es justo.

»—Todo el mundo tiene un absurdo y obsesivo concepto sobre lo que es justo —respondí con suavidad.

»Me sentí humillado. En esos momentos dudé, dudé de todo salvo del placer que me proporcionaba aquella situación, lo cual me pareció un pecado. Me pareció un pecado ser capaz de respirar. Pero ¿por qué? ¿Qué era lo que había hecho? Decidí no hurgar más en mi memoria. Deseché las imágenes que te he descrito, el rostro de Samuel, la caldera de oro hirviendo y todo lo demás. Me



limité a decirme, simplemente: “¡Basta, Azriel!”.

»Permanecí de pie, jurándome que una vez que lograra resolver el misterio no volvería a pensar en el pasado.

»—Te halaga que te haya dicho que tienes un alma, ¿no es así? —preguntó Gregory—. ¿O te sientes aliviado de que lo reconozca, de que no te considere un demonio como hizo mi abuelo? Él te obligó a desaparecer como si no poseyeras un alma.

»Me quedé atónito, desconcertado. Deseaba poseer un alma, ser bondadoso, ascender por la escalera del cielo. “El propósito de la vida es amar y conocer la belleza y complejidad de las cosas”.

»Gregory se sentó en el cojín de terciopelo, jadeante. Entonces me di cuenta de que yo no acusaba el menor cansancio.

»Tenía calor y sudaba algo, pero no me había manchado la ropa. Por supuesto, algunas de las cosas que había afirmado ante Gregory eran mentira, puras invenciones.

»No deseaba sumirme en la oscuridad y la nada. No soportaba imaginar siquiera esa posibilidad. Un alma, pensar que quizá poseía un alma, un alma capaz de salvarse...

»¡Pero me negaba a servirle! Debía averiguar en qué consistía su plan. ¿Cómo se proponía conquistar el mundo cuando éste se hallaba tomado por un sinfín de ejércitos que peleaban unos contra otros? ¿O es que se refería al mundo espiritual?

»Oí voces en el pasillo. Reconocí la voz de la madre de Esther, pero Gregory fingió no oír nada. Se limitó a observarme, admirado, mientras reflexionaba sobre lo que le había dicho.

»Se le veía radiante en su curiosidad y en lo que había permitido que ocurriera allí sin manifestar el menor temor.

»—Como verás, me siento muy atraído por todo esto —dije—; el mármol, la alfombra, la brisa que penetra por las ventanas. Pero lo que más me atrae es estar vivo.

»—Y luego estoy yo, a quien acabarás conociendo y amando, y por quien también te sientes atraído.

»—Es cierto —respondí—. Algo me dice que la vida me atraía en el pasado; me atraía servir a hombres malvados a quienes no logro recordar. Siempre he sentido inclinación por la vida y la carne, y por esos momentos en que se abren las puertas del cielo y no puedo trasponerlas. No me permiten pasar. Mis amos, en cambio, sí pueden, y también sus bellas hijas. Y Esther. Pero yo no.

»Gregory se quedó atónito.

»—¿Has visto la puerta del cielo? —preguntó después con calma.

»—Tan claramente como tú has visto aparecer un fantasma —contesté.

»—Yo también la he visto —dijo Gregory—. Y he visto el cielo en la Tierra. Quédate conmigo, permanece a mi lado y te juro que cuando se abran las puertas del cielo te llevaré conmigo. Te habrás hecho merecedor de entrar en el cielo.

»Las voces sonaban cada vez más fuertes en el pasillo. Miré a Gregory, tratando de responder a sus palabras. Tenía un aire tan decidido, sereno y audaz como antes de nuestra pelea.

»Las voces eran demasiado estridentes para fingir no oírlas. La mujer estaba enojada. Los otros le hablaban como si fuera idiota. Sin embargo, se encontraban demasiado lejos para captar sus palabras. Al otro lado de la ventana la noche aparecía iluminada por las luces de Nueva York, tan

brillantes que el cielo estaba teñido de rojo como un amanecer, aunque faltaban varias horas para que despuntara el día. La brisa sonaba a canto.

»Bajé la vista y contemplé el cofre. Sentí deseos de llorar. Gregory me tenía atrapado; el mundo me tenía atrapado. Al menos, de momento, mientras yo lo permitiera.

»Gregory avanzó hacia a mí. Me volví y dejé que se aproximara; entre nosotros se instaló una cierta ternura y sosiego. Lo miré a los ojos y observé el círculo negro de sus pupilas, preguntándome si él vería sólo negrura en mis ojos.

»—Deseas el cuerpo que tienes ahora —dijo Gregory—. Deseas ese cuerpo y poder. Estás destinado a poseer ambas cosas. Estás destinado a ser mío, pero prometo respetarte ahora y siempre. No eres mi sirviente. Eres Azriel.

»Tras estas palabras, Gregory me agarró del brazo con una mano y con la otra me cogió la cara. Sentí su beso, dulce y ardiente sobre mi piel. Me volví y oprimí mis labios contra los suyos durante unos instantes.

»Al apartarme observé la expresión de amor que reflejaba su rostro. ¿Sentía yo un amor tan intenso hacia él?

»De pronto percibimos un ruido al otro lado de la puerta.

»Gregory hizo un gesto para indicarme que tuviera paciencia. Supuse que iba a dirigirse hacia la puerta, pero ésta se abrió de repente y apareció la madre de Esther, la mujer con el cabello negro salpicado de canas que yo había visto antes luciendo un vestido de seda rojo.

»Estaba trastornada, pero se había arreglado con esmero. Avanzó hacia nosotros temblando, pálida, sudorosa. En las manos sostenía un bulto, una bolsa o maletín que resultaba demasiado pesado para ella.

»—¡Ayúdeme! —exclamó, dirigiéndose a mí, mirándome a los ojos. Se me aproximó, dándole la espalda a Gregory, y repitió—: ¡Ayúdeme!

»Ahora vestía un traje de lana gris, y la única seda que lucía era la del pañuelo que llevaba alrededor del cuello. Iba calzada con unos zapatos de tacón alto, adornados con unas delicadas tiras sobre el empeine, y me fijé en que tenía los pies muy delgados y llenos de venitas que se traslucían bajo la piel. De ella emanaba un perfume denso y penetrante, junto con el olor a unas sustancias químicas que yo desconocía, y la rodeaba la muerte, tratando de clavar los tentáculos en su corazón y en su mente y sumirla en el sueño eterno.

»—¡Ayúdeme a salir de aquí! —gritó agarrándome la mano con la suya, húmeda, caliente y con un tacto tan seductor como el de Gregory.

»—Rachel —dijo Gregory, mordiéndose la lengua—. Son los medicamentos los que te hacen hablar así. —Su voz tenía un tono áspero—. Ve a acostarte.

»En aquel momento aparecieron unas enfermeras que iban uniformadas de blanco y estaban acompañadas por unos jóvenes altos y desgarrados, que vestían unas chaquetillas tiesas y serviles. Todos ellos, enfermeras y lacayos, se detuvieron a cierta distancia de la mujer, como temerosos de ella, y esperaron las órdenes de Gregory.

»La mujer me rodeó la cintura con un brazo, implorándome:

»—Ayúdeme, se lo ruego, ayúdeme a salir de aquí, a llegar hasta el ascensor, hasta la calle —dijo, intentando articular las palabras con claridad y tono convincente. Pero sonaban blandas, ebrias,

rebosantes de dolor—. Ayúdeme, le pagaré, se lo juro. ¡Quiero salir de esta casa! No soy una prisionera. No quiero morir aquí. ¿Es que no tengo derecho a morir en el lugar que yo elija?

»—Lleváosla de aquí —ordenó Gregory a los otros, enfurecido—. Vamos, lleváosla y no le hagáis daño.

»—Señora Belkin —dijo una de las mujeres. Los jóvenes sirvientes la cercaron como si formaran un rebaño que, de no desplazarse en grupo, se dispersaría.

»—¡No! —protestó la mujer con inusitada energía.

»Mientras los cuatro trataban de conducirla fuera de la habitación, con gestos ansiosos e inseguros, la mujer se volvió hacia mí y dijo:

»—Debe ayudarme. No me importa quién sea usted. Él se ha propuesto matarme. Me está envenenando. ¡Está precipitando mi muerte! ¡Deténgalo! ¡Ayúdeme!

»Las voces de las enfermeras, suaves y cínicas, se elevaron para sofocar sus palabras.

»—Está enferma —dijo una de ellas con sincera compasión. Las otras repitieron las palabras de su compañera como un monótono eco—. Está drogada, no sabe lo que hace.

»Gregory y los chicos intercambiaron unas apresuradas frases y Rachel Belkin comenzó de nuevo a gritar, mientras la enfermera alzaba la voz para ahogar las súplicas de auxilio de la desdichada mujer.

»Me dirigí hacia el grupo y aparté a una de las enfermeras que la sujetaba, derribándola de forma involuntaria. Los otros se quedaron de piedra, excepto Rachel, que me agarró la cabeza con la mano derecha para obligarme a mirarla.

»Estaba enferma y tenía fiebre. Debía de ser de la edad de Gregory, unos cincuenta y cinco años a lo sumo. Era una mujer poderosa y elegante, a pesar de su lamentable aspecto.

»—Maldita seas, Rachel —increpó Gregory—. Aléjate de ella, Azriel. —Luego hizo un ademán a los otros y agregó—: Ayudad a la señora Belkin a acostarse.

»—No —dije yo.

»Obligué a los otros dos a soltar a Rachel sin utilizar la fuerza. Los empleados se apartaron dócilmente.

»—No, la ayudaré —repetí, al tiempo que miraba a la madre de Esther.

»—Azriel —dijo ésta—. ¡Azriel!

»Había reconocido el nombre pero no lograba identificarlo.

»—Adiós, Gregory —dije—. Ya veremos si tengo que regresar junto a ti y los huesos. Esta mujer desea morir bajo otro techo. Está en su derecho y voy a ayudarla. Lo hago también por Esther, como sin duda comprenderás. Adiós, me despido de ti hasta que volvamos a vernos.

»Gregory me miró atónito.

»Los empleados me miraron impotentes.

»Rachel Belkin me rodeó la cintura con el brazo y yo la sostuve con firmeza.

»Parecía estar a punto de desmoronarse. Al dar un paso se torció un tobillo y lanzó un grito de dolor. Yo la sostuve para evitar que cayera al suelo. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, cepillado y lustroso; las hebras plateadas tan hermosas como las negras. Era una mujer delgada y delicada, con la persistente belleza de un sauce, o de las hojas rotas y húmedas que la corriente arrastra hasta la playa, destrozada pero resplandeciente.

»Rachel y yo nos dirigimos apresuradamente hacia la puerta.

»—No puedes hacer esto —protestó Gregory, rojo de ira. Al volverme lo vi farfullar unas palabras ininteligibles con los puños crispados. Había perdido la compostura—. Detenedlos —ordenó a sus empleados.

»—No me obligues a hacerte daño, Gregory —contesté—. Sería un gran placer para mí.

»Gregory corrió hacia mí. Yo me volví, sin soltar a Rachel, para golpearlo con la mano izquierda.

»Le asesté un puñetazo que lo derribó, golpeándose la cabeza en la esquina del hogar.

»Por unos instantes temí que estuviera muerto, pero sólo estaba aturdido, aunque se había dado un golpe tan fuerte que todos los mezquinos cobardes que se hallaban presentes corrieron a atenderlo.

»Éste era nuestro momento, y la mujer y yo lo sabíamos.

»Abandonamos la estancia y nos precipitamos al pasillo. Divisé la lejana puerta de bronce, pero no los ángeles que la decoraban, sólo el árbol de la vida con sus frondosas ramas, el cual quedó dividido por la mitad al abrirse la puerta del ascensor.

»No sentí nada salvo que me invadía un torrente de fuerza. Podía haberla transportado con un solo brazo, pero Rachel caminaba con rapidez y agilidad, como si no le quedara más remedio, mientras estrechaba el bulto o la bolsa de cuero contra su pecho.

»Entramos en el ascensor. Las puertas se cerraron. Rachel se apoyó contra mí. Yo tomé la bolsa de sus manos y la sostuve. Nos encontrábamos solos en ese cubículo mientras descendía a través del palacio.

»—Él me está matando —dijo Rachel. Su rostro estaba junto al mío. Sus ojos eran enormes y muy hermosos. Su piel era suave y lozana—. Me está envenenando. Te aseguro que no te arrepentirás de haberme ayudado. Te lo prometo.

»Yo la miré, y en ella vi los ojos de su hija, inmensos, extraordinarios, a pesar de la pálida tez que los rodeaba. ¿Cómo podía ser tan fuerte tratándose de una mujer entrada en los cincuenta? Era evidente que había luchado de forma valerosa contra su enfermedad y su edad.

»—¿Quién eres, Azriel? —me preguntó—. ¿Quién eres? He oído tu nombre. Lo conozco. —Rachel pronunció mi nombre con esperanza—. Dime quién eres. Rápido. Contéstame.

»De no haber estado sosteniéndola, sin duda se habría desplomado al suelo.

»—Antes de morir, tu hija pronunció unas palabras, ¿no te lo han contado?

»—Dios mío. Azriel, el Sirviente de los Huesos —respondió Rachel con amargura. De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas—. Eso es lo que dijo Esther.

»—Soy yo —dije—. Azriel, la persona que ella vio antes de morir. Al verla yacer agonizando, lloré como tú lloras ahora. Lloré de pena e impotencia. Pero a ti puedo ayudarte.

## 19

—Eso frenó la angustia de Rachel, pero yo no sabía qué pensaba respecto a mi revelación o mi persona. Pese a estar enferma, contenía la flor de las semillas de belleza que yo había advertido en Esther.

»Cuando la puerta del ascensor volvió a abrirse vimos cómo un ejército de hombres uniformados, en su mayoría de edad avanzada y en apariencia preocupados por el bienestar de Rachel, avanzaba hacia nosotros vociferando. Aparté sin mayores contemplaciones a ese grupo de viejos timoratos, que emprendieron la retirada histéricos de miedo. Rachel los alarmó aún más con sus imperiosas órdenes.

»—¡Traednos el coche! ¿Me habéis oído? —gritó—. ¡Y apartaos de nuestro camino! —Pero los sirvientes no se atrevían a dar un paso—. Sal de ahí, Henry. George, vete arriba. Mi marido os necesita. Vosotros, ¿qué estáis haciendo...?

»Mientras los viejos empleados discutían entre sí, Rachel echó a andar hacia la puerta abierta. Un individuo que se encontraba a nuestra derecha cogió un teléfono que descansaba sobre la superficie de mármol de una mesita. Rachel se volvió y le dirigió una mirada tan virulenta que el hombre se apresuró a soltar el teléfono. Yo lancé una carcajada. Me encantaba la fuerza de esa mujer. Pero ella no hacía caso de esas cosas.

»A través del cristal de la puerta que daba a la calle, vi al hombre alto de pelo entrecano que conducía el coche, el tipo alto que había llorado desconsoladamente al ver a Esther moribunda. Pero él no podía vernos a nosotros. El coche estaba aparcado frente a la puerta.

»Los sirvientes intentaron un nuevo asalto, persiguiéndonos con palabras solícitas: “Acompáñenos, señora Belkin, está enferma...” “Con esto sólo conseguirá ponerse peor, Rachel...”.

»Yo señalé al chófer y dije:

»—Ése es el que estaba con Esther, el que se echó a llorar al verla. Hará lo que le ordenemos.

»—¡Ritchie! —exclamó Rachel poniéndose de puntillas y apartando bruscamente a los otros—. Quiero marcharme ahora mismo, Ritchie.

»Era el mismo individuo con el rostro arrugado que yo había visto antes, y no me equivoqué en mi apreciación. En cuanto nos dirigimos hacia el coche, se apresuró a abrir la portezuela.

»Fuera, la multitud se abalanzó sobre el cordón de seguridad que rodeaba la fachada del edificio, con sus velas y sus cánticos; de nuevo se encendieron los focos y aparecieron gigantescas cámaras con un sólo ojo, como un enjambre de insectos. Al igual que había hecho Gregory, Rachel avanzó impertérrita entre el gentío.

»Algunos se inclinaron ante ella en una profunda reverencia; otros le ofrecieron sus condolencias a gritos.

»—Vamos, Rachel —dijo el chófer, dirigiéndose a ella como si fuera pariente suyo—. Dejadla pasar —ordenó a las apocadas tropas de asalto, que no sabían qué hacer—. Ayuda a la señora Belkin a montarse en el coche —dijo a un anciano que estaba parado en el borde de la acera.

»La multitud que nos rodeaba enloqueció. Temí que rompieran el cordón policial. Aclamaron y vitorearon a Rachel, aunque lo hicieron con un tono profundamente respetuoso.

»Rachel subió en el coche y yo la seguí; me senté junto a ella en el asiento de terciopelo negro, con las manos enlazadas, su mano izquierda y mi mano derecha. El chófer cerró la puerta. Yo apreté la mano de Rachel.

»Era el mismo Mercedes-Benz, el lujoso coche en el que se había dirigido Esther hacia el palacio de su muerte, y en el cual había aparecido Gregory. No se produjeron sorpresas: el motor estaba en marcha, y ni siquiera la intensa devoción de la muchedumbre era capaz de detener a semejante vehículo. Vi el resplandor de las velas a través de las ventanillas.

»El anciano chófer se sentó detrás del volante, separado por el pequeño muro que dividía los asientos delantero y posterior.

»—Llévame a mi avión, Ritchie —dijo Rachel. Su voz había adquirido un tono más profundo y enérgico—. Ya he llamado para que estuviera preparado. No hagas caso de lo que digan los demás. El avión me espera y he decidido marcharme.

»Avión. Yo conocía esa palabra, por supuesto.

»—Sí, señora —respondió el chófer con expresión de satisfacción o alegría. Por lo visto, las órdenes de Rachel eran sagradas.

»El coche arrancó, dejando atrás a la multitud y sus cánticos, se colocó en el centro de la calzada y aceleró, arrojando a Rachel sobre mí.

»El pequeño muro se elevó, para aislarnos del chófer y procurarnos una intimidad que hizo que me sonrojara.

»Sentí el tacto de la mano de Rachel y vi que tenía la piel arrugada pero blanca. Las manos delatan la edad de la persona. Tenía los nudillos hinchados, pero llevaba las uñas perfectamente arregladas y pintadas de rojo. No me había fijado en ese detalle, y sentí un agradable escalofrío. Su rostro era cinco veces más joven que sus manos. Se había estirado la piel de la cara, al igual que Gregory, para ofrecer un aspecto más juvenil, y su rostro había salido beneficiado de esos arreglos debido a la simetría de sus huesos faciales y a sus maravillosos ojos, inmensos e intemporales.

»Permanecí atento por si oía la voz de Gregory invocándome, por si notaba algún cambio en mi aspecto físico a resultas de lo que Gregory pudiera decir o hacer con los huesos.

»Nada. Era tan independiente de él como había supuesto. Nada constreñía mi libertad de acción.

»Rodeé los hombros de Rachel con el brazo y la estreché contra mí; me inspiraba amor y ternura, y un tremendo deseo de ayudarla.

»Ella se apoyó sobre mí con el abandono de una niña; su cuerpo era mucho más frágil de lo que yo había imaginado, o quizás el mío iba adquiriendo una mayor solidez.

»—Aquí estoy —dije, como si me hubiera llamado mi dios, o mi amo.

»La enfermedad confería a Rachel una belleza marfileña. Pero estaba muy grave. Percibí el olor

de su enfermedad; no era repulsivo pero era el olor de un cuerpo moribundo. Sólo su espesa cabellera negra y plateada parecía inmune; incluso el blanco de sus ojos había perdido fulgor.

»—Él me está envenenando —dijo como si hubiera adivinado mis pensamientos, mirándome con aire de súplica—. Controla todo lo que como y lo que bebo. Sé que me estoy muriendo. Desea verme muerta. No quiero estar en compañía de él ni de sus lacayos ni seguidores cuando muera.

»—No lo estarás. Yo me ocuparé de ello. Permaneceré junto a ti todo el tiempo que desees.

»De golpe comprendí que era la primera vez en esta encarnación que tocaba a una mujer, y me sentí atraído por su suavidad. Noté que se producían ciertos cambios en mi cuerpo, como experimentaría cualquier hombre normal si una mujer oprimiera sus turgentes pechos contra él. Noté que tenía una erección.

»Será posible que me ocurra algo así, pensé; no estaba preocupado por el honor de Rachel, sino por mis limitaciones. Pese a mis esfuerzos, sólo había conseguido evocar una serie de imágenes confusas que indicaban que había poseído a mujeres bajo mi forma de espíritu, y que mis amos habían protestado porque decían que eso me debilitaba. No obstante, eran unos recuerdos sin rostro ni contexto.

»Estreché a Rachel con más fuerza contra mí, invadido por una sensación de deseo al contemplar sus blancos muslos, su cuello, sus pechos.

»Impaciente y ofuscada por los medicamentos que había ingerido, Rachel me preguntó:

»—¿Por qué pronunció mi hija tu nombre? ¿Llegó a verte? ¿La viste morir?

»—Su espíritu ascendió hacia la luz —respondí—. No sufras por ella. Me habló antes de morir, pero no sé por qué. Lo único que sé con claridad es que he venido aquí para vengar su muerte.

»Rachel se quedó perpleja durante unos instantes, pero luego preguntó ansiosa:

»—¿Es cierto que llevaba puesto un collar de diamantes?

»—No. ¿A qué viene ese empeño en que llevaba unos diamantes? Yo no vi ningún collar. Aquellos tres individuos la mataron de forma rápida y sin causarle dolor, si es que eso es posible. No le robaron nada. Esther perdió tanta sangre que quedó medio inconsciente. Creo que murió sin darse cuenta de lo que había sucedido.

»Rachel me observó como si no acabara de creermelo, como si de pronto le desagradara la intimidad que yo le ofrecía.

»—Yo maté a aquellos tres individuos —dije—. Supongo que lo leíste en los periódicos. Los maté con uno de los picos que utilizaron para asesinarla. No había ningunos diamantes. Vi a Esther entrar en la tienda, pero aquellos tipos actuaron tan rápido que no conseguí impedir que la atacaran.

»—¿Quién eres? ¿Qué hacías en el lugar del crimen? ¿Qué hacías con Gregory?

»—Soy un espíritu —contesté—. Un espíritu muy fuerte que posee voluntad y cierta forma de conciencia. Mi cuerpo no es humano —expliqué—, sino una colección de elementos que he reunido a través de mi poder. Pero no temas. Estoy de tu parte. Desperté de un largo sueño cuando los tres asesinos se dirigían hacia Esther. Por desgracia, no me di cuenta a tiempo de cómo se proponían matarla.

»Rachel no reaccionó con temor ni se burló de mí.

»—¿Cómo es que mi hija te conocía? —preguntó.

»—Lo ignoro. Existen numerosos misterios que rodean mi presencia aquí. Todo indica que he

venido por voluntad propia, pero obviamente con un propósito.

»—Entonces ¿no perteneces a Gregory en ningún sentido?

»—No. Tú misma viste cómo lo desafié. ¿Por qué me lo preguntas?

»—Y ese cuerpo... —dijo Rachel con una pequeña sonrisa—. ¿Quieres decir que ese cuerpo no es real?

»Me observó fijamente como si pretendiera adivinar la verdad con la mirada. Sentí entre nosotros el calor del deseo sexual.

»A continuación Rachel hizo un gesto íntimo que me dejó asombrado. Se inclinó hacia delante, cogiéndome por sorpresa, y me besó en la boca. Me besó como había hecho Gregory unos segundos antes de que ella irrumpiera en la habitación. Tenía los labios húmedos, calientes y pequeños.

»Creo que al principio tenía la boca flácida y no le devolví el beso, pero luego le agarré la cabeza, gozando con el tacto de su lustroso cabello, y oprimí mis labios con fuerza sobre los suyos. Luego me aparté.

»El deseo que sentía por ella se intensificó. Mi cuerpo estaba en perfectas condiciones. De nuevo, percibí el eco de los consejos y advertencias de aquellos vejestorios: "... no sea que desaparezcas mientras yaces en sus brazos", o una majadería por el estilo. Pero, tal como he explicado antes, no deseaba seguir hurgando en mi memoria.

»¿Qué le proporcionaba placer a ella?

»Rachel mostraba la pasión de una joven, pese a estar gravemente enferma, o, para ser más exacto, la pasión de una mujer en la plenitud de su vida. Sus labios conservaba su firmeza y estaban entreabiertos, como si todavía me besara o se dispusiera a hacerlo. Era inteligente y no tenía miedo de los hombres ni de la pasión. Era como una reina que ha tenido numerosos amantes. Exactamente igual.

»—¿Por qué lo has hecho? —pregunté—. ¿Por qué me has besado?

»El beso me había dado fuerza, había dado vigor a ciertas partes de mi cuerpo destinadas a una función humana específica. Yo lo denominaba fuerza.

»—Eres humano —dijo Rachel en respuesta a mis preguntas. Su voz sonaba ronca y un poco dura.

»—Me halagas, pero soy un espíritu. Deseo vengar la muerte de Esther, pero existen otras consideraciones.

»—¿Cómo es que Gregory te llevó al piso superior del edificio? —preguntó Rachel—. Ya conoces su poder, su influencia. Es la mano derecha del Señor, el fundador del Templo de la Mente de Dios —dijo con desprecio—. El salvador del mundo, el ungido. El embustero, el tramposo, el dueño de la mayor flota de barcos que realizan cruceros por el Caribe y el Mediterráneo, el mesías del comercio, de productos para *gourmets*. ¿Pretendes decirme que no eres uno de sus secuaces?

»—¿Barcos? —pregunté—. ¿Qué tienen que ver los barcos con una iglesia?

»—Son barcos de recreo, pero al mismo tiempo de carga. No sé a qué se dedica Gregory, y me moriré sin saberlo. Pero ¿qué hacías con él? —insistió Rachel—. Sus barcos fondean en los puertos más importantes del mundo. ¿No lo sabías? No es que no te crea; sé que no eres uno de sus seguidores. Vi cómo le desafiaste, sí, y conseguiste sacarme del edificio. Pero todos los que están en ese edificio son adeptos del Templo de la Mente. Todas las personas que hay en mi vida lo son.



Todos pertenecen a su iglesia —prosiguió Rachel atropelladamente y llena de angustia—: las enfermeras, los conserjes, los mensajeros y el personal del edificio, así como esas gentes que cantaban ante la fachada. Su iglesia está implantada en todo el mundo. Sus aviones arrojan folletos sobre la selva y las islas más remotas. —Rachel emitió un suspiro—. Si no eres uno de sus esbirros y no tienes intención de conducirme a otro lugar para que me encierren, ¿cómo conseguiste llegar al piso superior del edificio?

»El coche se alejó de las calles más concurridas de la ciudad. Percibí el olor del río.

»Rachel no me creía. Sin embargo, me estaba revelando muchas cosas. Y muy interesantes. Vi algo más allá de sus palabras que ella no vio.

»Rachel me distrajo de mis pensamientos. Noté que me encontraba atractivo, y también advertí en ella la desesperación de quien sabe que está a punto de morir. Sentí en ella una pasión sin freno, el deseo o sueño de poseerme.

»Su interés por mí hizo que me sintiera muy excitado.

»—Tu acento me intriga —comentó Rachel—. ¿De dónde es? ¿Eres israelita?

»—Eso no tiene importancia —contesté—. Estoy intentando expresarme en el mejor inglés. Ya te he dicho que soy un espíritu. Deseo vengar la muerte de tu hija. ¿Quieres que lo haga? ¿Por qué afirma Gregory que Esther llevaba un collar? ¿Por qué me preguntaste tú también sobre el collar?

»—Probablemente se trata de una de sus bromas crueles —respondió Rachel—. Ese collar provocó hace tiempo una violenta pelea entre Esther y él. Esther sentía debilidad por los diamantes, eso es cierto. Prefería ir de compras al distrito de los diamantes y no a cualquiera de las elegantes joyerías de la ciudad.

»”El día que la mataron, debió de llevarse el collar. La criada declaró que vio cómo lo cogía. Gregory se aferró a ese pequeño detalle. Insistió tanto en lo del collar que casi sacrificó sus grandes teorías de que unos terroristas habían asesinado a Esther. Pero cuando hallaron a esos tres individuos, la policía comprobó que no llevaban el collar encima. ¿Es cierto que tú mataste a esos hombres?

»—No le robaron nada —dije—. Salí tras ellos y los maté. Los periódicos dijeron que habían sido apuñalados con uno de los picos que llevaban. Mira, no me creas si no quieres, pero sigue hablándome sobre Esther y Gregory. ¿Crees que fue él quien hizo que la mataran?

»—Estoy segura de ello —contestó Rachel. Su voz y su expresión se habían endurecido—. Pero creo que metió la pata con lo del collar. Sospecho que ella llevó el collar a algún sitio antes de dirigirse a la tienda. En tal caso, el collar está en manos de alguien que sabe que esa parte de la historia es mentira, pero no consigo dar con esa persona.

»Sus palabras me intrigaron. Deseaba interrogarla.

»Rachel me examinó de nuevo detenidamente, mi cabello, mi piel, cediendo a sus deseos físicos. La muerte de Esther le causaba un gran dolor, pero al mismo tiempo deseaba distraerse con algo más placentero.

»Me complacía que me mirara de aquel modo.

»Llegado a este punto, cuando me siento plenamente vivo, los humanos observan en mí las mismas cosas que observarían si yo fuera un hombre de carne y hueso y me paseara por el mundo como cualquier persona normal. Se fijan en los prominentes huesos de mi frente, observan que mis

cejas son negras y que cuando sonrío los extremos se curvan hacia abajo en tanto que el centro se eleva, que tengo una boca parecida a la de un niño, aunque carnosa, y una mandíbula cuadrada. Tengo un rostro infantil, pero con unos rasgos marcados y unos ojos de mirada risueña.

»Rachel se sentía poderosamente atraída por esos atributos. De golpe acudieron de nuevo a mi mente unas imágenes confusas y unas gentes antiguas que hablaban sobre cuestiones de gran trascendencia. “Si hay que hacerlo —decía alguien—, ¿dónde íbamos a encontrar a un joven más hermoso y más parecido a un dios?”.

»El coche avanzaba con rapidez por las calles desiertas. Otras máquinas estaban paradas, y las aceras de Nueva York aparecían bordeadas por unos raquíuticos arbolitos adornados con pequeñas hojas, que parecían ofrendas ante las imponentes mansiones. Era un lugar construido con piedra y hierro. ¡Cuán frágiles parecían las hojas agitadas por el viento, diminutas, desvalidas e incoloras!

»El vehículo tomó mayor velocidad. Al llegar a una ancha carretera percibí con mayor intensidad el hedor que ascendía del río. El dulce olor del agua apenas era detectable, pero hizo que me sintiera sediento. Había atravesado ese río con Gregory, pero en aquellos momentos no sentí sed. Ahora sí, lo cual significaba que mi cuerpo había asumido toda su fuerza.

»—Quienquiera que seas —dijo Rachel—, te explicaré lo siguiente. Si conseguimos llegar a ese avión, y creo que vamos a conseguirlo, jamás te faltará nada en la vida.

»—Explícame lo del collar —respondí.

»—Gregory tiene un pasado, un pasado secreto, sobre el que yo no sabía nada hasta que Esther lo descubrió al adquirir el collar. Se lo compró a un judío hasídico que era idéntico a Gregory. Y ese hombre le contó que era el hermano mellizo de Gregory.

»—Sí, Nathan, por supuesto —contesté—; entre los comerciantes de diamantes, un hasid.

»—¡Nathan! ¿Conoces a ese hombre?

»—No, pero conozco a su abuelo, el rabino, porque Gregory fue a verlo para averiguar el significado de las palabras que había pronunciado Esther poco antes de morir.

»—¿Qué rabino?

»—Su abuelo, el abuelo de Gregory. El rabino se llama Avram, pero le han puesto un título. Dijiste que Esther había descubierto el pasado de Gregory, que tenía una familia numerosa en Brooklyn.

»—¿Una familia numerosa? —preguntó Rachel.

»—Sí, muy numerosa, una corte de hasidim, un clan, una tribu. ¿No sabes nada de ello?

»—No —respondió Rachel, al tiempo que se reclinaba en el asiento—. Bueno, sabía que tenía una familia, lo deduje por las discusiones que tenían Esther y Gregory. Pero no sé gran cosa. Gregory y Esther se pelearon. Ella había descubierto lo de su familia: no sólo que tenía un hermano, Nathan, quien le había vendido el collar, sino que había un secreto. ¿Crees que Gregory la mató porque ella descubrió lo de su hermano? ¿Lo de su familia?

»—Hay un problema.

»—¿Cuál?

—¿Por qué quería Gregory mantener su pasado en secreto? Cuando estuve con él y con el rabino, su abuelo, fue éste quien le suplicó que guardara el secreto. Y no creo que fueran los hasidim quienes mataron a Esther. Sería absurdo.

»Rachel parecía impresionada por mis revelaciones.

»El coche atravesó el río y se dirigió hacia una zona deprimente, llena de edificios de ladrillo de múltiples pisos, baratos y destartalados, que aparecían iluminados por una luz mortecina.

»Rachel meneó la cabeza, pensativa.

»—¿Qué hacías con Gregory y el rabino?

»—Gregory fue a verlo para averiguar el significado de las palabras de Esther. El rabino lo sabía. Él tenía los huesos, y ahora los posee Gregory. Yo soy el Sirviente de los Huesos. El rabino vendió a Gregory los huesos a cambio de la promesa de que jamás volvería a hablar con su hermano Nathan ni se acercaría a la corte ni revelaría que ellos estaban relacionados con la infancia de Gregory o con su iglesia.

»—¡Dios mío! —exclamó Rachel, que no dejaba de observarme fijamente.

»—El rabino no me invocó. Él no quería saber nada de mí. Pero hacía muchos años que tenía la custodia de los huesos; desde que se los había entregado su padre, desde que vivía en Polonia a finales del siglo pasado. Lo deduje por la conversación que mantuvieron Gregory y el rabino. Yo llevaba mucho tiempo dormido dentro de los huesos.

»Rachel me miró atónita.

»—Resulta obvio que crees en lo que dices —dijo—. Estás convencido de ello.

»—Háblame de Esther y Nathan —rogué.

»—Esther llegó a casa y se peleó con Gregory, gritándole que si tenía parientes al otro lado del río debería reconocerlos, que el amor de su hermano era sincero. Los oí discutir, aunque no presté atención. Más tarde Esther me lo comentó, y le dije que tratándose de unos hasidim hacía tiempo que habrían recitado el *Kaddish* por Gregory. Yo estaba drogada. Me atiborraban de medicinas. Gregory se puso furioso con ella. Se peleaban continuamente. Pero él... tiene algo que ver con su muerte. ¡Lo sé! Ese collar. Esther no se hubiera puesto ese collar al mediodía.

»—¿Por qué?

»—Por una razón muy sencilla: Esther fue educada en los mejores colegios, y más tarde se puso de largo. Es de mal gusto lucir diamantes antes de las seis de la tarde. Esther nunca se hubiera paseado por la Quinta Avenida, a plena luz del día, luciendo un collar de diamantes. No habría sido correcto. Pero ¿por qué la mataron? ¿Por qué? ¿Fue por la familia de Gregory? No lo comprendo. ¿Por qué insiste Gregory en la teoría de los diamantes? ¿Qué tiene que ver el collar con la muerte de Esther?

»—Sigue hablándome de esas cosas. Empiezo a hacerme una idea: barcos, aviones, un pasado que tanto Gregory como los inocentes hasidim desean mantener en secreto. Veo algo... pero no está claro.

»Rachel me miró.

»—Continúa —dije—. Confía en mí. Sabes que soy tu guardián, que deseo tu bien. Te quiero y quiero a Esther porque eres buena y justa y la gente se ha portado de forma cruel contigo. Eso me pone nervioso y hace que sienta ganas de herir...

»Mis palabras dejaron perpleja a Rachel. Pero me creyó. Trató de decir algo pero no pudo. Tenía la mente ofuscada, y se echó a temblar. Le acaricié la cara para tranquilizarla. Confiaba en que mis caricias le resultaran cálidas y reconfortantes.

»—Espera unos instantes —me rogó con amabilidad. Sin embargo colocó una mano sobre mi brazo, como para infundirme ánimos, y apoyó la cabeza en mi hombro. Observé que tenía la mano derecha crispada en un puño.

»Se acurrucó contra mí y cruzó las piernas de modo que yo viera su rodilla desnuda apoyada en la mía, firme y blanca debajo del dobladillo de la falda. Emitió un gemido entrecortado y una angustiosa exclamación de dolor.

»El coche había reducido la marcha y ahora circulaba despacio.

»Llegamos a una enorme explanada que estaba invadida de humos y aviones, sí, de aviones. Era la primera vez que unos aviones se mostraban ante mí en todo su escalofriante esplendor: unos gigantescos pájaros de metal que avanzaban sobre unas ruedas ridículamente pequeñas y estaban dotados de unas alas cargadas con el suficiente combustible para quemar el mundo entero. Los aviones volaban, se deslizaban por el suelo, permanecían parados y vacíos, con sus puertas abiertas y mostrando unas grotescas escaleras que conducían hacia la oscuridad de la noche. Los aviones dormían.

»—Vamos —dijo Rachel al tiempo que apretaba mi mano—. Seas quien seas, tú y yo estamos juntos en esto. Te creo.

»—Me alegro —contesté.

»Sin embargo, me sentía aturdido.

»Cuando nos apeamos del coche me hallaba enfrascado en mis pensamientos. La seguí, oyendo voces pero sin prestar atención, contemplando las estrellas. La atmósfera estaba repleta de humo, como ese que brota de un campo de batalla cuando todo está ardiendo.

»Nos dirigimos hacia el avión que aguardaba en medio de un ruido ensordecedor. Rachel dio unas órdenes pero no capté sus palabras; el sonido del viento las sofocaba. La escalerilla del aparato descendía en un bloque firme y compacto, como la escalera del cielo; pero se trataba de una simple escalera que conducía al interior del avión.

»De pronto, mientras subíamos por la escalerilla, Rachel cerró los ojos y se detuvo. Extendió la mano y me agarró del cuello con fuerza, palpándolo como si buscara las arterias. Estaba enferma y sufría dolores.

»—No te preocupes, yo te sujetaré —dije.

»Ritchie, el chófer, aguardó detrás de mí, dispuesto a echar una mano.

»Rachel respiró hondo y luego subió la escalera con paso ligero.

»Yo me apresuré a seguirla.

»Penetramos en un espacio donde reinaba un ruido intolerable.

»—Señora Belkin, su marido desea que regrese a casa —dijo una joven de mirada fría y decidida.

»—No, quiero ir a mi casa —replicó Rachel.

»Dos hombres uniformados aparecieron en la parte delantera del avión. Detrás de ellos, en el morro del avión, distinguí un pequeño cubículo, que estaba repleto de botones y luces.

»La joven de ojos pálidos y fríos me condujo hacia la parte posterior del avión; yo la seguí despacio, atento por si oía a Rachel pedir auxilio.

»—Haced lo que os ordeno —dijo Rachel. Oí la inmediata capitulación de los hombres—.

Deseo despegar lo antes posible.

»De golpe la mujer pálida me dejó plantado en el pasillo del avión y regresó apresuradamente junto a Rachel. Ritchie, el leal sirviente, no se movía de su lado.

»—¡Dejad las revistas y los periódicos aquí! —dijo Rachel—. ¿De qué tenéis miedo, de que vuelva a la vida si leo un artículo sobre ella? ¡Despegad de inmediato!

»Oí un pequeño coro de voces rebeldes, hombres, mujeres, incluso el anciano y canoso Ritchie.

»—¡Lo único que tenéis que hacer es acompañarme, eso es todo! —exclamó Rachel. De nuevo se hizo el silencio, como si hubiera hablado la reina.

»Rachel me tomó de la mano y me condujo hacia una pequeña sala con las paredes acolchadas y tapizada en lustroso cuero. Todo estaba cuidado hasta el detalle. Había unas copas de cristal sobre una mesita, unos cojines para apoyar los pies y unos sillones amplios y confortables como un sofá.

»Las voces se disiparon o, mejor dicho, adoptaron un tono más discreto y confidencial, detrás de las cortinas.

»Las ventanillas eran lo único que desentonaba en aquel refinado ambiente: gruesas, cubiertas de arañazos y tan sucias que no se veía nada a través de ellas. La noche estaba plagada de ruidos. Las estrellas no eran visibles.

»Rachel me indicó que me sentara.

»Yo obedecí, hundiéndome en un sillón que estaba tapizado con un odorífero cuero teñido que me atrapó como si pretendiera inmovilizarme, de la misma forma que un padre agarra a su hijo del tobillo y lo levanta en el aire.

»Rachel y yo nos sentamos frente a frente en aquellos sillones extraordinariamente bajos, aunque cómodos.

»Al cabo de unos momentos me acostumbré a aquella postura tan poco digna. Supuse que pese a la austeridad de los materiales, todo aquello representaba una forma de opulencia. Tenía la sensación de ser un potentado. Sobre la mesa yacían unas revistas de papel brillante y coloreado, que se hallaban dispuestas de forma ordenada unas sobre otras. Junto a ellas había unos periódicos perfectamente doblados, que formaban un círculo. Sobre nosotros soplaba un aire rancio, como si se tratara de una curiosa y deliberada bendición.

»—¿No habías subido nunca a un avión? —preguntó Rachel.

»—No —respondí—. No los necesito. Todo esto es muy lujoso —dije—. No puedo sentarme derecho aunque quiera.

»En aquel momento apareció la joven de ojos pálidos y fríos, que se inclinó sobre mí para ayudarme a abrochar una correa con una trabilla. Su piel y sus manos me fascinaron. Cómo era posible que todas esas personas fueran casi perfectas.

»—Es el cinturón de seguridad —me explicó Rachel. Después de abrocharse el suyo, hizo algo que encontré muy seductor: se quitó los zapatos, sus hermosos y elegantes zapatos de tacón alto, sólo con ayuda de sus pies y dejó que cayeran al suelo. Al ver la marca que había dejado la tira de cuero que le cruzaba el empeine, sentí deseos de acariciar y besarle los pies.

»¿Era ése uno de los cuerpos mejor dotados y desarrollados que había tenido yo?

»La mujer de mirada fría me observó turbada, se movió un poco y luego se alejó de mala gana.

»Rachel hizo caso omiso de aquel gesto.

»Yo era incapaz de apartar los ojos de ella, vívida y sombría en la penumbra de ese santuario, ese avión, sintiendo que la deseaba. Deseaba acariciar la cara interior de sus muslos y comprobar si la flor cubierta de vello se hallaba tan bien conservada como todo lo demás.

»La idea resultaba desconcertante y vergonzosa; se me ocurrió que las cosas enfermas pueden ser muy hermosas. Bien pensado, quizá podamos considerar una llama como algo enfermo, oscilando sobre la mecha, devorando la cera debajo de ella, de la misma forma que la enfermedad devoraba el cuerpo de Rachel. De Rachel emanaba un extraordinario calor debido a la fiebre que la consumía y a la perspicacia de su mente.

»—De modo que volaremos en este aparato —comenté—; ascenderemos por los aires y nos desplazaremos a mayor velocidad que sobre el suelo, como una jabalina arrojada a través del espacio, sólo que disponemos de los medios para dirigir nuestra trayectoria.

»—Así es —respondió Rachel—. Esta máquina nos llevará al extremo más meridional del país en menos de dos horas. Llegaremos a casa, a mi pequeña casa que durante todos estos años ha sido sólo mía, y moriré allí. Lo sé.

»—¿Deseas estar consciente en esos momentos?

»—Sí —contestó Rachel—. Ahora noto la cabeza más despejada. Siento dolor. El veneno que él me administraba está perdiendo efecto. Sí, deseo estar consciente. Deseo ser testigo de lo que me ocurra.

»Me habría gustado decir que no creía que la mayoría de los seres humanos desearan saber cuándo iban a morir, pero decidí no afirmar una cosa de la que no estaba seguro, ni causarle mayor dolor.

»Rachel hizo una señal a la mujer, la cual se había situado a mis espaldas. El avión comenzó a deslizarse por la pista, probablemente sobre sus diminutas ruedas. No avanzaba a demasiada velocidad.

»—Tráenos algo de beber —dijo Rachel—. ¿Qué te apetece? —me preguntó sonriendo. Quería hacer un chiste—: ¿Qué es lo que suelen beber los fantasmas?

»—Agua —contesté—. Me alegro de que me lo preguntes. Estoy tan sediento que tengo la garganta seca. Este cuerpo es muy denso y está organizado de forma delicada. Creo que algunas de sus partes acabarán siendo auténticas.

»—Me pregunto a qué partes te refieres —dijo Rachel al tiempo que soltaba una carcajada.

»La joven nos trajo el agua. Gran cantidad de agua fresca y maravillosa.

»La botella descansaba en un cubo que estaba lleno de hielo. Cuando logré apartar la vista de la botella de agua, me fijé en el hielo. De todo cuanto había visto en esta era moderna, nada, absolutamente nada, era comparable con la simple belleza del hielo, cuyo fulgor contrastaba con la botella mate de agua.

»La joven depositó el cubo sobre la mesa y sacó la botella, haciendo que el hielo cayera con un alegre tintineo y brillara bajo la luz. Observé que la botella estaba hecha de un material blando que no era cristal; no poseía el brillo ni la resistencia del cristal; era plástico. Una vez vacía podías aplastarla. Constituía un recipiente muy ligero, como un odre lleno de leche sujeto a un asno, el odre más delgado y sutil que se pueda imaginar.

»La mujer escanció agua en dos copas de cristal tallado. En aquel momento apareció Ritchie,

quien se agachó y murmuró unas palabras al oído de Rachel. Por lo que capté, el mensaje tenía algo que ver con Gregory y lo furioso que estaba.

»—Llegaremos a la hora prevista —dijo Ritchie. Luego señaló las revistas y añadió—: Hay algo...

»—Olvídate de eso, no me importa, las he leído todas, ¿qué más da? Me consuela ver su fotografía en la portada de todas las revistas. ¿Por qué no?

»Ritchie protestó, pero Rachel le ordenó que se retirara. El avión se disponía a despegar. Alguien llamó a Ritchie; tenía que ocupar su asiento y abrocharse el cinturón de seguridad.

»Me bebí el agua de un trago, con avidez, como tú mismo me has visto beber. Rachel me observó divertida. El avión estaba a punto de despegar.

»—Bébetela toda —dijo Rachel—, hay más.

»Le tomé la palabra y apuré la botella de plástico. Mi cuerpo absorbió todo el líquido, pero éste no logró aplacar su sed; eso indicaba que su fuerza aumentaba por momentos.

»¿Qué estaría haciendo Gregory? ¿Contemplar furioso los huesos? No tenía importancia. ¿O sí?

»Se me ocurrió de pronto que todas las delicadas maniobras que yo había realizado hasta entonces habían sido dirigidas por un mago. Incluso para yacer con una mujer había tenido que contar con su remisa autorización. Podía elevarme, matar, disolverme. Sí. Ésas no son unas funciones delicadas, pero la erección que experimentaba, fruto de la pasión que me inspiraba la mujer que estaba junto a mí —la fuerza que me había proporcionado el agua—, representaba una novedad.

»Comprendí con toda claridad que debía averiguar hasta qué extremo llegaba mi fuerza, pero no había hecho nada en ese sentido. Me sentía fuerte en presencia de la atracción carnal de esa mujer, al igual que ante la fascinación que destilaba la persona de Gregory.

»Al dejar la botella sobre la mesa observé que habían caído unas gotas de agua sobre las revistas y los periódicos, lo cual hizo que me fijara en ellos.

»Entonces comprendí el motivo por el que los otros querían evitar que Rachel viera esas publicaciones. En ellas aparecían unas fotografías de Esther agonizando.

»Sí, en la portada de una revista aparecía la fotografía de Esther postrada en la camilla, rodeada de curiosos.

»Alguien nos informó de que nos dirigíamos a Miami y que cuando llegáramos aterrizaríamos sin dilación.

»“Miami”. El sonido me hizo reír. “Miami”. Era como una de esas palabras divertidas que la gente dice a los niños para provocar su sonrisa. “Miami”.

»El avión avanzó por la pista dando algunos botes, pero la joven de ojos pálidos apareció con otra botella de agua. Estaba muy fría. No necesitaba hielo. La cogí y me la bebí de unos cuantos tragos.

»Luego me recliné en el sillón, y dejé que mi cuerpo se llenara de agua. Fue un momento divino, casi tan maravilloso como cuando había besado a Rachel; sentí el agua deslizarse por mi garganta y a través de las entrañas de mi cuerpo creadas por medio de mi propia voluntad y la magia. Respiré hondo.

»Al abrir los ojos vi que Rachel me observaba con curiosidad. La joven había desaparecido, al igual que las copas. La única agua que quedaba era la que contenía la botella que yo sostenía entre

las manos.

»Sentí una fuerte presión que me empujaba suavemente contra el respaldo del asiento, acariciante, jugueteando conmigo con una dulzura y una fuerza misteriosa.

»El avión despegó y se elevó rápidamente. La presión aumentó y sentí que me dolía la cabeza, pero eliminé enseguida esa sensación. Miré a Rachel. Parecía como si estuviera rezando, como si se tratara de un momento ceremonial; no dijo una palabra ni se movió hasta que el avión alcanzó la altura precisa y dejó de elevarse por los aires.

»Lo deduje por la forma en que Rachel se relajó, y por el sonido de los motores. Ese avión no me hacía mucha gracia, aunque la experiencia resultaba apasionante.

»“¡Estás vivo, Azriel, estás vivo!”. Debí de echarme a reír. O quizá lloré. Necesitaba más agua, es decir, me apetecía beber más agua, pero en realidad no necesitaba nada.

»Sin embargo, debía averiguar qué estaba haciendo Gregory con mis huesos. ¿Estaría en estos momentos intentando invocarme? Debía de estar haciendo algo, aunque no sentí ninguna vibración. Deseaba saber eso y también si, pese a que mi cuerpo era tan fuerte, yo podía disolverme e invocarlo de nuevo. Quería saberlo.

»Me pasé la lengua por los labios, que estaban fríos debido al agua. Comprendí que mi atracción por esa mujer, esa criatura pálida y delicada, había llevado mi ira y mi confusión al límite. Tenía que dejar de pensar en esas cosas y declarar que yo era el amo. Eso es lo que debía hacer. La deseaba. Desde la perspectiva humana, todo guardaba una relación: mi deseo carnal por ella, el deseo de desafiar a Gregory y el de demostrarme a mí mismo que él no me controlaba por el simple hecho de tener en su poder los huesos.

»—Estás asustado —dijo Rachel—. No temas al avión. Es una forma habitual de viajar. —Luego esbozó una sonrisa maliciosa y añadió—: Por supuesto, podría estallar en cualquier momento, pero nunca ha sucedido. —Entonces emitió una breve y amarga carcajada.

»—Existe una expresión que me gusta mucho: matar dos pájaros de un tiro —dije—. Eso es justamente lo que voy a hacer. Voy a dejarte, pero regresaré. Así te demostraré que soy un espíritu y dejarás de temer que tu desesperación te haya llevado a confabularte con un loco, y de paso averiguaré qué se propone Gregory. Él tiene esos huesos en su poder, y es un hombre muy extraño.

»—¿Vas a desaparecer aquí? ¿Dentro del avión?

»—Sí. Ahora cuéntame cuál es nuestro destino en Miami. ¿Qué es Miami? Me reuniré contigo ante la puerta de tu casa en Miami.

»—No lo intentes —advirtió Rachel.

»—Debo hacerlo. No podemos seguir con esas sospechas. Ahora comprendo que Esther era como un diamante engarzado en el centro del collar, de un complicado collar. ¿A dónde nos dirigimos? ¿Cómo localizaré Miami?

»—Está en el extremo de la costa Este de Estados Unidos. Mi casa se encuentra en una torre que hay al final de una población llamada Miami Beach. Se trata de un rascacielos. Está en el piso superior. En el tejado del rascacielos, sobre mi apartamento, hay una señal de color rosa. Hacia el sur hay unas islas llamadas los Cayos de Florida, y luego el Caribe.

»—De acuerdo, nos veremos allí.

»Contemplé las gotas de agua, la horripilante fotografía de Esther yaciendo en la camilla y



comprobé con un sobresalto que yo aparecía también en la foto. ¡Yo estaba allí! Las cámaras me habían sorprendido en el momento en que había alzado las manos espantado y me había echado a llorar por Esther. Eso había ocurrido antes de que introdujeran la camilla dentro de la ambulancia.

»—Mira —dije—. Ése soy yo.

»Rachel cogió la revista, observó la fotografía y luego me miró.

»—Voy a demostrarte que estoy de tu parte, y quiero dar a ese demonio de Gregory un buen susto.

¿Quieres que te traiga algo de tu casa?

»Rachel me miró estupefacta.

»Comprendí que la había atemorizado hasta el punto de quedarse muda. Se limitó a observarme. Yo imaginé su cuerpo desnudo. Tenía una forma atractiva y firme. Sus piernas eran esbeltas, y conservaban un excelente tono muscular. Deseé tocar la parte posterior de sus pantorrillas, estrujarlas.

»Eso confirmaba que mi cuerpo había adquirido mucha fuerza, y decidí resolver el tema de mi libertad al instante.

»—Estás cambiando —observó Rachel con voz recelosa—, pero no estás desapareciendo.

»—¿Qué es lo que has notado? —pregunté. Quise añadir con orgullo que aún no había tratado de desaparecer, pero eso era evidente.

»—Tu piel; el sudor se está secando. Tenías unas gotas de sudor en las manos y la cara, pero está desapareciendo, y tienes un aspecto distinto. Juraría que tienes más vello en el dorso de las manos, aunque no más que cualquier hombre hirsuto.

»—En efecto —respondí. Alcé la mano y contemplé los pelos negros sobre mis dedos. Luego introduje la mano dentro de la camisa y palpé los gruesos rizos que cubrían mi pecho, tirando de ellos una y otra vez. Así era mi pecho, áspero al tacto cuando me pasaba la mano sobre el espeso vello que lo cubría, pero sedoso cuando jugueteaba con éste—. Estoy vivo —murmuré—. Escucha.

»—Te escucho —contestó Rachel—. Te escucho atentamente. ¿Qué ves sobre la muerte de Esther y el collar? Decías que...

»—Tu hija. Antes de morir cogió un chal. ¿Lo quieres? Era muy bonito. Lo cogió en el momento en que los Eval, sus asesinos, la rodearon. Quería comprarlo, y murió con él en la mano.

»—¿Cómo lo sabes?

»—¡Lo vi con mis propios ojos!

»—Yo tengo ese chal —dijo Rachel. Estaba pálida a causa de la emoción—. Me lo trajo la vendedora de la tienda. Dijo que Esther lo había cogido, deseaba comprarlo. ¿Cómo podías saberlo?

»—No sabía que lo tuvieras tú. Sólo vi que Esther lo cogía. Iba a preguntarte si querías ese chal. Iba a traértelo, por los mismos motivos que esa vendedora.

»—¡Claro que lo quiero! —contestó Rachel—. Está en mi habitación, en esa que ocupaba cuando me viste por primera vez. No, está en la de Esther, sobre la cama. Sí, ahí es donde lo dejé.

»—De acuerdo, cuando nos reunamos en Miami te lo daré.

»El rostro de Rachel mostraba una expresión de angustia.

»—Fue a la tienda a comprar ese chal —dijo con voz apenas audible—. Me contó que lo había visto y que era precioso. Me dijo que quería comprarlo.

»—Te lo traeré, en un gesto de amor.

»—Sí, quiero morir con él entre mis manos.

»—No creerás que me propongo desaparecer, ¿verdad?

»—En absoluto.

»—No pierdas la calma. Yo procuraré hacer otro tanto. Si regreso o no, ése es otro problema. —

Murmuré algo entre dientes—. Pero lo intentaré con todas mis fuerzas. Tengo que poner a prueba mis facultades.

»Me incliné hacia delante y me tomé la libertad que ella se había tomado conmigo. La besé. Sentí que su pasión me recorría todo el cuerpo, abrasándome.

»En mi mente pronuncié las palabras de rigor: “Alejaos de mí, todas las partículas de este cuerpo, pero no regreséis al lugar de donde procedéis, pues debéis aguardar a que os convoque de nuevo y acudir al instante”.

»Acto seguido desaparecí.

»Mi cuerpo se dispersó de inmediato, emitiendo un sutil y reluciente vaho que se depositó sobre todas las superficies del interior del avión, los sillones de cuero, las ventanas y el techo.

»Permanecí suspendido en el aire, libre, por completo formado y fuerte, mientras contemplaba el sillón que acababa de abandonar y la coronilla de Rachel; también la oí lanzar un grito.

»Me elevé a través del techo del avión. Aunque no era más difícil que atravesar cualquier otro cuerpo sólido, noté que lo atravesaba; sentí la vibrante energía y el calor del aparato. Éste volaba a una velocidad tan terrorífica que me precipité hacia la tierra como si mi forma pesara. Descendí a través de la oscuridad hasta librarme de la fuerza que me atraía hacia abajo y quedé flotando en el aire, con los brazos extendidos, dirigiéndome hacia Gregory. “Busca los huesos, Sirviente. Busca tus huesos. Cuida de los huesos”.

»A través del viento que me envolvía divisé otras almas que pugnaban por verme y hacerse visibles. Comprendí que presentían mi vigor, mi trayectoria. Durante unos instantes contemplé su resplandor, unos breves e intensos destellos, y luego se esfumaron. Pasé a través de ellas y su mundo, la horrenda capa de humo que rodeaba la Tierra como un repugnante vaho brotando del estiércol que arde, y avancé a toda velocidad, como las notas de una canción, hacia los huesos. Hacia Gregory.

»—Los huesos —dije, como si hablara con el viento—. Los huesos.

»Las luces de Nueva York se extendían por doquier, más magníficas e imponentes que las luces de Roma en su apogeo, o de Calcuta, actualmente llena de millones y millones de lámparas. Oí la voz de Gregory.

»Entonces, de repente, aparecieron ante mí en la oscuridad los huesos, diminutos, lejanos, irrefutables, dorados.

## 20

—Era una habitación espaciosa, que se hallaba en el mismo edificio donde estaban los apartamentos de Gregory y Rachel, aunque en un piso superior. Comprendí por primera vez que el edificio constituía el Templo de la Mente de Dios, cuyas numerosas plantas estaban atestadas de gente.

»En la habitación relucían unos objetos de acero y cristal y unas mesas que estaban confeccionadas con piedras manipuladas, tan duras como cualquier mineral extraído de la tierra; adosados a las paredes había una serie de aparatos, y unas cámaras que se movían al mismo tiempo que lo hacían los habitantes de la estancia.

»Allí dentro había mucha gente.

»Entré, invisible, franqueando sin dificultad todas las barreras, como si estuviera formado por pequeños peces y los muros fueran unas redes de pescar.

»Me paseé entre las mesas y observé los monitores, que se hallaban dispuestos en hileras, los ordenadores, que ocupaban unos nichos, y otros artilugios desconocidos para mí.

»Los monitores mostraban en silencio imágenes que procedían de todo el planeta. Algunas correspondían a los informativos que todos los ciudadanos recibían en sus televisores; otras provenían de los aparatos de vídeo domésticos y de lugares privados. Las imágenes que transmitían los vídeos espías eran las más aburridas, verdosas, turbias.

»Los huesos yacían en el centro de la habitación, sobre una mesa impoluta. Junto a ellos se encontraba el cofre, vacío. Los hombres que rodeaban a Gregory eran, sin duda, médicos, pues tenían la prestancia y el talante de los hombres de ciencia.

»Gregory conversaba con ellos, y describía los huesos como una reliquia que debía ser analizada de todas las formas posibles sin causarle ningún daño. Era preciso realizar unas radiografías de los huesos, datarlos por medio del método del carbono y extraer unos minúsculos fragmentos para analizar su contenido. Asimismo, debían explorar su interior y aspirar cualquier líquido que tuvieran.

»Gregory estaba nervioso y presentaba un aspecto desaliñado. Llevaba las mismas ropas que antes, pero no era el mismo hombre.

»—¡Prestadme atención! —gritó furioso a los leales médicos de su corte—. Debéis tratar estos huesos como algo de incalculable valor —dijo—. No quiero que ocurra ningún accidente. No quiero que se produzcan filtraciones a la prensa, ni dentro de este edificio. Quiero que os encarguéis vosotros mismos de este trabajo, sin que intervenga ningún técnico que pueda irse de la lengua.

»Los hombres escuchaban a Gregory sin inmutarse. No le hacían la pelota como si fueran

lacayos, sino que tomaban nota de todo cuanto decía en unos cuadernos, mirándose entre sí y moviendo la cabeza en señal de aprobación, sin perder la dignidad, mientras observaban al hombre que les daba de comer.

»Conocía bien a ese género de individuos: unos científicos muy modernos, lo suficientemente informados para tener la certeza de que no existe nada espiritual, de que el mundo es absolutamente material, autocreado, o el resultado del Big Bang, y que los fantasmas, los conjuros mágicos, Dios y el demonio son unos conceptos absurdos.

»No eran amables por naturaleza. De hecho, poseían una dureza peculiar que constituía no tanto un rasgo siniestro como una anomalía física. Formaba parte de su temperamento, pero era algo que yo advertía con sólo observarlos. Todos esos hombres habían cometido diversos delitos, en nombre de la medicina, y su bienestar dependía por entero de la protección de Gregory Belkin.

»Dicho de otro modo, eran una pandilla de médicos fugitivos que habían sido elegidos para realizar ciertos trabajos por encargo de Gregory.

»Se me ocurrió que era una suerte que los huesos hubieran caído en manos de aquel hatajo de imbéciles, en lugar de caer en manos de unos magos. Pero ¿dónde iba a encontrar Gregory unos magos?

»La situación habría sido muy distinta si Gregory hubiera recurrido a los hasidim —unos *zaddiks* que no lo odiaban ni temían—, a unos budistas o a los seguidores del mazdeísmo; pero incluso un doctor hindú con una formación occidental habría representado un peligro.

»Me posé en tierra, sin perder mi invisibilidad, y me aproximé al grupo hasta casi rozar el hombro de Gregory. Olí el perfume de su piel, de su hermoso y suave rostro. Su voz sonaba áspera y colérica, pero ocultaba su ansiedad como si fuera una nube capaz de manifestarse sólo a través de frases perfectamente hilvanadas y coherentes.

»Los huesos. Al verlos no sentí nada. Gástales una pequeña broma inocente, coge el chal y regresa junto a Rachel. Era evidente que el traslado de los huesos no me había afectado en lo más mínimo; ni tampoco los ojos escrutadores de esos médicos.

»“¿No tengo ya nada que ver con vosotros?”, pregunté a los huesos. Sin embargo, éstos no contestaron.

»No se hallaban dispuestos de forma ordenada. Yacían en un montón, formando un esqueleto un tanto singular, dorados y resplandecientes bajo la luz eléctrica. Tenían pegados unos fragmentos de tejido, algo así como restos de hojas o suciedad, y estaban parcialmente cubiertos de ceniza, pero parecían tan sólidos y perdurables como siempre. Eternos.

»¿Estaba mi alma, mi *tzelem*, encerrada dentro de ellos?

»“¿Acaso ya no os necesito? ¿Puedes perjudicarme, amo?”.

»Gregory sabía que yo me hallaba presente. Se volvió hacia un lado y el otro, pero no me vio. Los otros —los seis médicos— advirtieron su agitación y le preguntaron por qué estaba tan nervioso.

»Uno de los médicos tocó el cofre.

»—¡No lo toques! —gritó Gregory. Estaba aterrorizado, lo cual me produjo una exquisita satisfacción.

»Siempre existe cierto orgullo en atormentar a los seres sólidos y vivos, pero resultaba tan sencillo que tuve que hacer un esfuerzo por reprimirme.

»Mi misión consistía en poner a Gregory a prueba, y de paso a mí mismo, no en distraerme con estúpidos juegos.

»—Los manipularemos con el máximo cuidado, Gregory —dijo un joven médico—. Pero debemos tomar numerosas muestras para analizarlos. En cuanto a datarlos por el sistema del carbono y averiguar el ADN, es posible que debamos...

»—Porque querrás averiguar el ADN, ¿no? —preguntó otro médico, deseoso de captar la atención y el favor del jefe—. Supongo que querrás averiguar todo lo posible sobre este esqueleto: sexo, causa de la muerte, cualquier dato que pueda estar encerrado ahí...

»—Te asombrará lo que somos capaces de descubrir.

»—¿Viste los resultados del proyecto de la momia en Manchester?

»Gregory asintió y movió la cabeza en sentido afirmativo, sin responder a todos los comentarios y preguntas que formulaban los médicos, pues sabía que yo estaba allí. Aunque seguía siendo invisible, estaba totalmente formado y vestido con las ropas elegidas, lo suficientemente fluido para pasar a través de él si lo hubiera deseado, lo cual habría hecho que se mareara, sintiera molestias y cayera al suelo.

»Toqué la mejilla de Gregory. Al sentir mi caricia se quedó petrificado. Luego introduje mis dedos entre su cabello. Él permaneció inmóvil, sin atreverse siquiera a respirar.

»Los otros seguían parloteando sin cesar.

»—El tamaño del cráneo, un macho, y la pelvis, probablemente, como comprenderéis...

»—¡Cuidado con esos huesos! —gritó Gregory de sopetón. Los científicos enmudecieron—. Me refiero a que debéis tratarlos como una reliquia, ¿entendido?

»—Sí, señor, perfectamente.

»—Los científicos que realizan este tipo de trabajo sobre momias egipcias y...

»—¡No me expliquéis los métodos, sólo me interesan los resultados! Confío en que guardaréis el secreto. No disponemos de muchos días, señores.

»¿Qué significaba eso?

»—No me gusta que tengáis que suspender el trabajo debido a esto, de modo que manos a la obra de inmediato.

»—Todo va estupendamente —afirmó un médico de mediana edad—. No te preocupes por el tiempo. Tenemos unos días de margen.

»—Supongo que tienes razón —contestó Gregory, desanimado—. Pero temo que las cosas salgan mal, que ocurra una desgracia.

»Los médicos asintieron con aire solemne, porque temían perder el favor del líder. No sabían qué hacer: si hablar, guardar silencio, mover la cabeza en sentido afirmativo, inclinarse ante él o qué.

»Yo respiré hondo y decidí hacerme visible; el aire se movió y se produjo un leve murmullo. La estancia experimentó una ligera sacudida cuando las partículas se reunieron con una fuerza tremenda, aunque yo sólo había dado el primer paso, es decir, había adoptado una forma aérea.

»Los médicos se miraron perplejos; el primero en verme señaló hacia mí. Yo era transparente, pero estaba dotado de vívidos colores y perfectamente delimitado.

»Luego me vieron los otros.

»Gregory se volvió bruscamente hacia la derecha y me miró.

»Yo le dirigí una sonrisa amable y perversa. Al menos, ésa fue mi intención. Flotaba por los aires. Bajo una forma aérea, no necesitaba posarme sobre una superficie ni agarrarme a ningún objeto. Me hallaba a mil grados de la densidad que obedece a la ley de la gravedad. Me posé sobre el suelo, aunque no era necesario; se trataba de una elección, como la posición de una flor en un cuadro.

»Gregory me lanzó una mirada furiosa, mientras observaba la sutil imagen de un individuo de cabello largo, vestido con la ropa que yo lucía cuando lo abandoné, pero más delgado que el cristal.

»—Esto es un holograma, Gregory —determinó uno de los médicos.

»—Que es proyectado desde algún misterioso lugar —apostilló otro.

»Los hombres empezaron a mirar por la habitación.

»—Sí, debe de tratarse de una de esas cámaras...

»—... es un truco.

»—¿Quién demonios se atrevería a gastarnos esta broma en...?

»—¡Silencio! —gritó Gregory.

»Alzó la mano exigiendo obediencia absoluta, y la obtuvo. Su rostro expresaba temor y desesperación.

»—Recuerda que te estoy observando —dije en voz alta.

»Los esbirros de Gregory me oyeron y se pusieron a murmurar entre sí, desconcertados.

»—Pasa la mano a través de él —dijo el médico que se hallaba más próximo a mí.

»Al ver que Gregory se resistía, el joven avanzó hacia mí, dispuesto a hacerlo él mismo. Yo lo observé, preguntándome si sentiría un escalofrío o algo similar a una descarga eléctrica. Su mano me penetró con toda facilidad, sin desbaratar la visión. Luego retiró la mano.

»—Alguien ha entrado aquí burlando el sistema de seguridad —se apresuró a decir el joven médico, mirándome directamente a los ojos. Los otros se pusieron a hablar todos a la vez, afirmando que alguien controlaba la imagen, que alguien había descubierto el medio de gastarles esa broma, que probablemente se trataba de...

»Gregory se sentía incapaz de ofrecer una respuesta.

»Yo había conseguido mi propósito.

»Gregory trató de recuperar el control de la situación, de utilizar un arma verbal contra mí que no le hiciera aparecer como un idiota ante los otros.

»—Cuando me presentéis vuestros informes —dijo al fin con la mayor frialdad—, explicadme el medio de destruir estos huesos de forma definitiva.

»—Gregory, esto es un holograma. Llamaré a los de seguridad...

»—No —replicó Gregory—. Sé quién es el responsable de esta bromita. Lo sé con plena certeza aunque reconozco que me ha pillado por sorpresa. Proseguid con vuestro trabajo, no hay motivo para suspenderlo.

»Su aplastante seguridad y su suave aire autoritario resultaban impresionantes.

»Solté una pequeña carcajada y lo besé en la mejilla, la cual tenía un tacto áspero. Él se apartó bruscamente.

»Los hombres se limitaron a acercarse a mí, rodeándome, convencidos en su increíble ignorancia y falsa superioridad de que yo era una aparición manipulada electrónicamente por algún bromista.

Durante unos momentos, escruté sus rostros. Vi en ellos un tipo de perversidad que no alcanzaba a comprender; guardaba relación con el poder. A esos hombres les fascinaba el poder, les fascinaba su tarea. Pero ¿qué hacían exactamente cuando no se dedicaban a analizar reliquias?

»Dejé que me examinaran atentamente mientras yo los observaba a ellos. De pronto descubrí al cerebro del grupo: un médico alto y enjuto, con el pelo teñido, que parecía mayor de lo que era debido a su extremada delgadez. Era más brillante que sus compañeros; su mirada más crítica y desconfiada, y controlaba las reacciones de Gregory con una mente fría y calculadora.

»—Este truco del holograma es muy divertido —dijo uno de los médicos—, pero propongo que comencemos a realizar los análisis pertinentes esta misma noche. ¿Te das cuenta, Gregory, de que podemos ofrecerte una imagen como la de este holograma del hombre al que pertenecían estos huesos?

»—¿De veras? —pregunté yo.

»—Sí, por supuesto... —El médico se detuvo al darse cuenta de que estaba hablando conmigo. Los otros también guardaron silencio mientras trataban de interrumpir la proyección del haz de luz del que creían que provenía mi imagen.

»—Se trata de un procedimiento forense muy sencillo —dijo otro, pasando olímpicamente por alto lo extraño que resultaba todo aquello.

»—Averiguaremos de inmediato cómo ha conseguido burlar los sistemas de seguridad.

»Los otros continuaron registrando el techo y las paredes, y uno de ellos se dirigió hacia el teléfono.

»—¡No! —gritó Gregory, sin apartar la vista de los huesos.

»—... impregnado de una sustancia química, sin duda; bien, lo analizaremos minuciosamente, quiero decir que pronto podremos informarte...

»Gregory se volvió y me miró. En aquel preciso instante comprendí con la mayor claridad de qué clase de hombre se trataba.

»Era un hombre que se aprovechaba de todo cuanto caía en sus manos; no era pasivo en ningún sentido del término. La frustración que sentía en esos momentos estimulaba su rabia y su imaginación; era capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya; pero, de momento, se conformaba con mantener la serenidad, a la espera de la oportunidad para actuar contra mí. La información que le proporcionaran ahora potenciaría su astucia y su capacidad de sorprender a quienes lo rodeaban.

»Me volví hacia los médicos y dije con deliberado y perverso sarcasmo:

»—No dejen de comunicarme los resultados de sus análisis.

»Mis palabras provocaron un considerable revuelo. Luego me disolví de forma instantánea.

»Perdí el calor que contenía y las partículas se desvanecieron, demasiado diminutas para que los otros las vieran. Sin embargo los médicos advirtieron un cambio de temperatura; notaron el movimiento del aire. Desconcertados, miraron a su alrededor en busca de otra figura proyectada, un cambio en la dirección del haz de luz que creían que me había hecho aparecer.

»Comprendí algunas otras cosas sobre aquellos hombres. Estaban convencidos de que su ciencia era omnipotente. La ciencia constituía la explicación no sólo de mi aparición, sino de todo lo demás. En definitiva, eran unos materialistas que consideraban que su ciencia era mágica.

»Sonreí ante aquella paradoja tan absurda. Todo cuanto yo hiciera, lo atribuirían a un fenómeno

científico que ni ellos alcanzaban a comprender. Y yo había sido creado por quienes estaban convencidos de que la magia poseía el poder de la “ciencia”, siempre y cuando uno supiera pronunciar las palabras adecuadas.

»Ascendí a través del techo y del piso que había sobre éste, atravesando una tras otra las relucientes, concurridas y bulliciosas capas que conformaban el edificio, hasta que perdí de vista a los huesos; hasta que desapareció el dorado resplandor que emitían.

»Me hallaba flotando en el fresco y límpido firmamento nocturno. Debo encontrar a Rachel, me dije. La prueba ha concluido. Ahora sabes que eres libres.

»Gregory no puede detenerte. Puedes dirigirte a donde te apetezca.

»Pero lo cierto es que para completar el experimento debía asumir de nuevo una forma sólida.

»¡El chal! Había olvidado el chal.

»Descendí hacia el edificio. Fue entonces cuando advertí su gigantesca altura e imponente aspecto. Cubierto de granito hasta los pisos superiores, se alzaba majestuoso, como un antiguo centro de adoración. Debía de tener cincuenta pisos; me costaba pensar en términos numéricos. Sólo unos minutos antes nos encontrábamos en el piso veinticinco.

»Mientras descendía miré a través de las ventanas, buscando los aposentos privados de los Belkin. Vi centenares de despachos. Me desplazé fácilmente a derecha e izquierda, asombrado ante las estancias llenas de ordenadores y los sofisticados laboratorios en los que unas personas de aire circunspecto estudiaban con gran concentración unos objetos bajo el microscopio y vertían unas pócimas rigurosamente medidas en unos viales, que luego sellaban a la perfección.

»¿Qué era eso? ¿Acaso formaba parte de los fraudulentos negocios religiosos de Gregory? ¿Eran drogas para sus seguidores? ¿Medicinas espirituales, como el *soma* de los adoradores del sol persas?

»Había infinidad de laboratorios. Vi hombres y mujeres uniformados que llevaban máscaras blancas esterilizadas, y el cabello cubierto por unos gorros también de color blanco; vi unos gigantescos frigoríficos y unos letreros de advertencia contra la “contaminación”; vi unos animales enjaulados, pequeños monos grises de ojos enormes y mirada asustada, a los que unos médicos alimentaban.

»En una zona vi a unos seres humanos que se movían de forma lenta y torpe, embutidos en unos trajes de plástico de brillantes colores y cubiertos con unos cascos que estaban dotados de una ventanilla, unos cascos dignos de unos guerreros modernos; tenían las manos enfundadas en unos extraños y voluminosos guantes.

»Los monos, que estaban a su merced, parloteaban desesperadamente y en vano dentro de sus minúsculas prisiones. Algunos yacían postrados, enfermos o paralizados de temor.

»Muy curioso. Menudo Templo de la Mente, pensé.

»Por fin alcancé el duodécimo piso; allí vi el amplio salón en forma de media luna donde Gregory y yo habíamos discutido. Atravesé la ventana sin mayores complicaciones y me deslicé a través de los pasillos, moviendo las puertas lenta y suavemente para que pareciera que soplaba una brisa.

»Entonces vi el lecho de Esther. Junto a él había una fotografía de ella, la que mostraba a una joven sonriente acompañada de otras personas, enmarcada en un marco de plata, y sobre la colcha



blanca yacía el chal negro bordado con cuentas, doblado de forma cuidadosa. Me sentí eufórico. Al penetrar en la habitación físicamente, percibí el perfume de Esther. Allí era donde dormía; allí era donde soñaba.

»Sobre la mesita de noche había unos anillos y unos pendientes de diamantes, así como unas pulseras, también de diamantes, junto a otras delicadas joyas de oro y plata. En las paredes colgaban unas fotografías —Gregory, Rachel, Esther— juntos año tras año. Una de las fotos había sido tomada a bordo de un barco, otra en una playa, otra durante una ceremonia o fiesta en la que las mujeres iban vestidas de largo.

»—¿Quién lo hizo, Esther? ¿Quién? ¿Por qué? ¿Te mató Gregory sólo porque averiguaste que tenía un hermano llamado Nathan? ¿Por qué iba eso a molestarle, Esther?

»Pero las superficies de la habitación guardaron silencio. El alma de Esther había ascendido hacia la luz, llevándose consigo cada partícula de dolor o alegría que había experimentado en vida. No había dejado nada. ¡Qué fortuna, morir asesinada y ascender limpiamente hacia la luz!

»Me dirigí hacia el chal. Mi mano se hizo más densa y visible cuando entró en contacto con el pesado tejido. El chal presentaba una confección impecable: llevaba encaje en el centro, era largo y estaba bordado con unas cuentas negras, tal como yo lo recordaba. Era largo y pesaba mucho; casi parecía un mantón. Se trataba de una prenda curiosa y distinta a los objetos modernos que yo había visto hasta entonces. Quizás había atraído a Esther por su estilo exótico.

»Noté un movimiento en la oscuridad. “Asume tu forma corpórea”. Me apresuré a hacerlo. Algo me rozó y brilló ante mí, leve y débilmente. Pero se trataba tan sólo de un alma errante, tal vez de un hombre que no había recibido sepultura, que me había confundido en la penumbra con un ángel. No tenía nada que ver con aquel aposento.

»Maldije a aquellas almas errantes y reafirmé mi posición en el mundo material.

»Sujeté el chal con fuerza, inmensamente feliz de verme formado por completo y sin tener que rendir cuentas a nadie. Y una vez más, mientras sostenía el chal en la mano, dejé que las partículas se alejaran de mí y envolví mi espíritu alrededor del pesado chal a fin de transportarlo conmigo.

»Ascendí a través del ruido y el humo que brotaba de la ciudad. Durante unos momentos contemplé sus luces dispersas exquisitamente entre las nubes; sentía el chal como una enorme y pesada piedra en medio de mi ser, que me impedía avanzar con rapidez, haciendo que el viento me impulsara hacia arriba y hacia abajo, pero estaba eufórico.

»Tal vez esto es lo que sienten los pájaros, pensé.

»Rachel, Rachel, Rachel. La imaginé tal como la había dejado, no a mis pies gritando al verme desaparecer, sino como cuando estaba sentada frente a mí, con sus inmensos ojos de mirada dura y las hebras de plata que brillaban en su pelo, como si veinte esclavos las hubieran entretejido en su cabellera para darle un aire majestuoso en su vejez.

»Al cabo de unos segundos sentí que me aproximaba a ella. Casi podía verla. Surcaba la noche tan rápidamente como yo; dibujé unos círculos en torno suyo, elevándome y acercándome de nuevo. No lograba verla con claridad. Su imagen se confundía con el movimiento y la luz.

»Era el avión.

»Yo no podía penetrar en el avión. No me atrevía a hacerlo. El aparato volaba a gran velocidad, y no sabía si tendría la fuerza suficiente para conseguirlo. No sabía si sería capaz de reunir la

materia que conformaba mi cuerpo en el interior de un aparato que se movía a tal velocidad. La tecnología de aquel avión se me antojaba llena de contradicciones y de precarios artilugios. Imaginé una terrible catástrofe a consecuencia de la cual me sumiría de nuevo en la oscuridad y la nada, incapaz de revivir.

»En caso de que se produjera tal catástrofe, el chal caería como las hojas quemadas y ennegrecidas, flotando en el aire hasta que penetrara en la atmósfera inferior y por fin se depositara suavemente en el suelo. El chal de Esther divorciado de todas las cosas que estaban relacionadas con ella, y de quienes la amaban. El chal de Esther en una ciudad extraña, pues volábamos sobre pequeñas localidades.

»Seguí deslizándome a través del aire, impulsado por el viento, sin atreverme a penetrar en el avión. Sin embargo, estaba decidido a reunirme con ella en cuanto fuera posible.

»Aguardé y seguí al avión, el cual me condujo como una pequeña luciérnaga en la noche.

»Volábamos sobre los mares del sur. El avión describía unos círculos y descendía. De pronto, al atravesar unas nubes, contemplé la inmensa silueta de Miami. Envuelta en un glorioso aire templado, un aire húmedo e impregnado del olor del mar, un aire tan maravilloso como el de una antigua ciudad en la que yo había vivido feliz como espíritu, aprendiendo las enseñanzas de un sabio. Casi podía...

»Pero debía concentrarme. Vi una larga hilera de luces que marcaban el Ocean Drive de Miami Beach. Lo vi con tanta nitidez como si Rachel me hubiera dibujado un mapa, y vi el edificio con el cartel luminoso de color rosa, el último edificio que se apreciaba sobre el huesudo dedo de la península.

»Descendí poco a poco, procurando no aproximarme demasiado al edificio, manteniéndome a unas manzanas de éste, y me mezclé rápidamente con la multitud que circulaba por la calle, entre la playa y los cafés. La templada atmósfera resultaba muy agradable e hizo que me sintiera eufórico. Casi me eché a llorar de alegría al sentir su dulce caricia sobre mi piel, y al contemplar el gigantesco mar y las vaporosas nubes que decoraban el cielo. Pensé que si debía morir, me gustaría hacerlo en ese lugar.

»Me hallaba rodeado por una extraordinaria mezcolanza de seres humanos, completamente distintos de los ajetreados habitantes de Nueva York. Las de Miami eran gentes de aspecto agradable que amaban los placeres y se observaban mutuamente con curiosidad, pero al mismo tiempo con tolerancia ante la gran variedad de estilos que se veía por doquier, así como ante la evidente mezcla de jóvenes ataviados con una vestimenta ostentosamente seductora y personas de aspecto corriente o muy ancianas.

»Mi atuendo no era el más apropiado para aquel lugar. Observé a los hombres: lucían unas prendas holgadas, pantalones cortos y sandalias. No. Ahí había un hombre que vestía con un impecable traje de color blanco, como el de Gregory, con el cuello de la camisa desabrochado.

»Decidí adoptar ese estilo. Cuando mis pies aterrizaron sobre la acera, iba vestido como ese hombre y sostenía el chal en la mano mientras me dirigía hacia el sur por Ocean Drive, en dirección al edificio en el que vivía Rachel.

»La gente se volvía y sonreía con amabilidad, se observaban unos a otros, deseosos de contemplar cosas bellas. En el aire flotaba un aire festivo. De pronto una chica me agarró del brazo. Sobresaltado, me volví y me incliné ante ella.

»—¿Qué desea? —pregunté.

»Era poco más que una chiquilla, pero tenía unos pechos enormes e iba casi desnuda debajo de su vestido rosa de algodón. Era rubia y llevaba el pelo largo y sujeto con un lazo, también de color rosa.

»—Tienes un pelo precioso —dijo la chica, con una mirada soñadora.

»—Con esta brisa es una lata —contesté sonriendo.

»—Ya lo supongo. Al verte me llamaste la atención porque parecías muy feliz, aunque un poco molesto porque el aire te echaba el pelo sobre la cara. Toma, te regalo esto —añadió sonriendo alegremente mientras se quitaba una cadena de oro que llevaba colgada al cuello.

»—Pero yo no puedo darte nada a cambio —protesté.

»—Me conformo con tu sonrisa —dijo la joven. Luego se colocó detrás de mí, me recogió el pelo sobre la nuca y lo sujetó con la cadena que se había quitado—. Así estarás más fresco y más cómodo —dijo, al tiempo que se situaba de nuevo ante mí. Su diminuta túnica apenas cubría su ropa interior y ella no paraba, bailando y mostrando las piernas desnudas y unas sandalias que iban abrochadas con una simple hebilla.

»—Gracias, eres muy amable —dije, haciendo una profunda reverencia—. Ojalá pudiera darte algo a cambio de la cadena. No sé dónde...

»¿Cómo podía conseguir un objeto valioso sin robarlo? Turbado, bajé la vista y miré el chal.

»—Me gustaría regalarte esto...

»—No quiero que me regales nada —contestó la joven, apoyando su diminuta mano sobre la mía y el chal—. ¡Vuelve a sonreír!

»Hice lo que me pedía y ella se echó a reír.

»—Te deseo que seas muy feliz toda tu vida —dijo—. Me gustaría besarte.

»La joven se puso de puntillas, me arrojó los brazos al cuello y me plantó un increíble beso que despertó todas las moléculas de mi cuerpo. Me puse a temblar, incapaz de apartarme de ella, convirtiéndome por momentos en su esclavo, y todo esto ocurrió en una calle alegremente iluminada y acariciada por la brisa marina, que estaba atestada de peatones.

»De pronto algo distrajo mi atención. Una llamada. Era una llamada de Rachel, que se encontraba muy cerca de mí, llorando.

»—Debo irme —dije—. Eres una chica preciosa.

»La besé otra vez y eché a andar de forma apresurada, procurando ajustar mi paso al de cualquier ser humano. Ante mí, en lo alto de la cuesta, vi el edificio donde vivía Rachel.

»No tardé ni cinco minutos en llegar allí. El beso de la hermosa y dorada joven había procurado en mí el mismo efecto que un vaso de vino en un hombre mortal. Reí para mis adentros. Me sentía tan feliz de estar vivo que incluso sentía una compasión humana por todos los que me habían traicionado y herido. Pero ese sentimiento se disipó enseguida. El odio se hallaba enraizado en mí y formaba parte de mi carácter. No obstante, esas gentes tan amables y bondadosas quizá lograsen que desapareciera.

»Al aproximarme a las terrazas ajardinadas del edificio, alcé la vista y admiré su impresionante altura. Luego trepé rápidamente por la verja y eché a correr por el camino de la entrada, sin apenas darme cuenta de que había dejado atrás la caseta del guardia de seguridad mientras me dirigía hacia

la casa de Rachel.

»Ante la fachada estaba aparcada una inmensa limusina, de la cual se acababa de apearse Rachel. Ritchie, el leal chófer, la sostenía del brazo. Parecía nervioso, pero guardaba silencio. No había reporteros ni cámaras de televisión; sólo los empleados del edificio, vestidos con unos uniformes blancos, y la brisa que agitaba los lirios egipcios de color morado.

»Al volverme contemplé de nuevo el mar que se extendía hasta el infinito bajo las blancas nubes. Me sentí como si estuviera en el paraíso. Hacia el otro lado, detrás del edificio, vi una bahía interior: más agua resplandeciente y gloriosa y, a lo lejos, las torres de luz.

»Ese mundo me fascinaba.

»Al acercarme a ella, dije en un raptó de gozo:

»—Mira, Rachel, estamos rodeados de agua. El cielo es visible, y fíjate en las nubes que se deslizan por él. Puedes advertir su forma y su blancura, como si fuera de día.

»Rachel se quedó rígida y clavó la vista en mí.

»Depositó el chal en sus manos y las envolví en él.

»—Aquí tienes el chal —dije—. Estaba sobre la cama de Esther.

»Rachel miró el chal. Deseaba decir algo. Ella y el taciturno Ritchie me observaron atónitos.

»—Jamás me he desmayado —dijo Rachel—. Pero creo que ahora voy a hacerlo.

»—No, no, soy yo. He regresado. He visto a Gregory, he averiguado lo que se propone; éste es el chal del que te hablé. No te desmayes. Pero si quieres hacerlo, adelante, te cogeré en brazos.

»Las grandes puertas de cristal se abrieron. Unos empleados siguieron a Rachel cargados con su bolsa de cuero y unas maletas que yo no había visto hasta entonces. Ritchie me miró y sacudió la cabeza. Su arrugado rostro expresaba fastidio.

»Rachel se acercó a mí.

»—Como verás —dije—, todo lo que te había dicho es cierto.

»—¿Ah, sí? —murmuró. Estaba pálida como la cera.

»—Vamos, entremos de una vez —terció Ritchie. Cogió a Rachel en brazos, atravesó la puerta y la transportó hasta el ascensor. Pese a su avanzada edad, estaba fuerte.

»—Dejadme pasar —protesté cuando las puertas del ascensor empezaron a cerrarse. Entonces Ritchie me miró con el ceño fruncido y pulsó un botón para interceptarme el paso.

»—De acuerdo, tú lo has querido —dije.

»Me reuní con ellos arriba. Subí la escalera corriendo como cuando era un niño.

»Estupefacto y furioso, sosteniendo todavía a Rachel en brazos, la cual me miró también asombrada, Ritchie se precipitó hacia la puerta del apartamento e introdujo la llave. Los empleados entraron con las maletas.

»—Déjame en el suelo, Ritchie —dijo Rachel—. No te preocupes. Espera abajo. Llévate a los otros.

»—¡Pero Rachel! —protestó Ritchie. Era leal a su ama y sufría. Tenía los puños crispados, dispuesto a pelearse conmigo.

»—¿Por qué me temes? —le pregunté—. ¿Crees que la lastimaría?

»—¡No sé qué pensar! —contestó Ritchie con voz ronca, envejecida—. No pienso nada.

»Rachel me condujo adentro.

»—Podéis retiraros —dijo a los otros.

»Vi un panorama borroso de lujosas estancias, muchas de ellas abiertas al mar, y otras abiertas a un jardín, como el patio de nuestra casa de cuando yo era niño y aquel otro que recordaba vagamente en una ciudad griega junto al mar, donde primero me había sentido muy desgraciado y luego feliz. Estaba aturdido.

»Es casi imposible describir la belleza de aquel lugar, su calor, sus ventanas que enmarcaban el cielo. Me sentí lleno de amor, y creo que eso me hizo evocar a Zurvan, no con palabras sino con revelaciones. Me sentí purificado por el amor que experimentaba, y en paz. En aquellos momentos comprendí que podía existir un mundo en el que la única virtud importante fuera el amor. Me sentí embargado por una sensación de bienestar. Pero no traté de recordar nada.

»En todas las habitaciones colgaban unas cortinas blancas y livianas que se mecían por el efecto del viento. El patio estaba repleto de gigantescas flores africanas rojas, frondosas parras de color púrpura y árboles que estaban cubiertos de hojas delicadas como un encaje que se movían a merced de la brisa. Todo estaba impregnado del perfume de las flores.

»Rachel cerró la puerta principal en las narices de sus empleados, incluyendo a su chófer y ángel custodio; echó el cerrojo, colocó una pequeña cadena y luego me miró.

»—¿Me crees ahora? —pregunté.

»Rachel se inclinó hacia mí.

»—Déjame abrazarte.

»Se dejó caer con suavidad en mis brazos.

»—Llévame a la cama —dijo—. Atraviesa el jardín y dobla a la izquierda. Mi dormitorio está ahí.

»Me rodeó el cuello con los brazos y yo seguí sus instrucciones. Su cuerpo era ligero, perfumado y mórbido.

»Era una habitación maravillosa, abierta al mar por los tres costados y llena de ventanales; me sentí de nuevo embargado por el cálido recuerdo de unas imágenes confusas. Pero ¿dónde había contemplado nubes como éstas, iluminadas por las estrellas que tachonaban el cielo, tan alegres, pequeñas y amistosas?

»Depositó a Rachel sobre el enorme y sedoso lecho, que estaba vestido con unos cobertores ligeros y unas almohadas de seda; todos los tejidos, tapicerías y diseños ostentaban un suave color dorado. La habitación se hallaba repleta de mullidos sillones, y en ella se respiraba un lujo asiático.

»Aspiré el olor a sal y el dulce perfume de Rachel, y contemplé su rostro puro y suave como la cera. Con toda la ternura de que era capaz, la besé en la frente.

»—No temas, cariño —dije—. Todo lo que te he dicho es cierto. Debes creerme. Cuéntame ahora todo lo que sepas sobre Esther y Nathan.

»Rachel rompió a llorar y se recostó sobre los almohadones, pálida y temblorosa. Yo me senté a su lado. La cubrí con un cobertor ligero de seda con estampado provenzal. Pero no lo necesitaba.

»—No, es el aire —dijo Rachel—. El aire. Bésame otra vez. Abrazame. Quédate conmigo.

»—Te tengo entre mis brazos. Mis labios besan tu frente, tu mejilla, tu barbilla, tu hombro, tu mano... —respondí. Lo cierto es que era incapaz de resistirme a ella. Deseaba liberarla de sus elegantes ropas, poseerla.

»Cerré la mano con suavidad alrededor de su frágil muñeca. Sí, se estaba muriendo.

»—No debes temerme, amor mío —dije—, a menos que eso mitigue tu dolor. A veces el hecho de temer algo determinado en lugar de otra cosa alivia nuestro dolor y nuestras angustias.

»En respuesta a mis palabras, Rachel se volvió y me besó de nuevo, estrechando mi cabeza e introduciendo la lengua entre mis labios. Fue un beso maravilloso, lleno de pasión y abandono. Yo la besé con deseo. Rachel alzó las caderas y restregó su pelvis contra la mía. Sentí que mi miembro se ponía duro.

»Tenía que poseerla, que hacerla feliz. El mundo me permitiría averiguar el alcance de mi poder en ese trance, como lo había hecho en todo lo demás. Estaba dispuesto a aceptar el riesgo de perder mi poder entre sus brazos.

»El deseo abrasador que sentíamos ambos nos conducía de forma inevitable a hacer el amor. El firmamento, las rutilantes estrellas, las nubes altas y blancas, todo decretaba que debía ser así.

## 21

—Rachel trató de desabrocharse la blusa, pero apenas tenía fuerzas.

»—Ayúdame a desnudarme, por favor —dijo.

»Me apresuré a quitarle la ropa, tal como me había pedido. Ella me indicó cómo hacerlo. Luego se dejó caer sobre las almohadas, pálida, pero con un cuerpo tan firme como el de una joven.

»Le besé las pantorrillas, los muslos. A mis espaldas, el jardín murmuró y emitió un suspiro. Por primera vez oí el delicado sonido de una cascada, y el sonido del agua que caía sobre unas hojas, pero mi cuerpo era una máquina de deseo, y lo que me atraía de ella eran sus pechos desnudos, no muy voluminosos, coronados por unos pezones rosados como los de una jovencita, y el olor de la muerte que emanaba de ella, dulce como un lirio aplastado. No era la muerte en sí lo que me atraía; era el temor de perderla repentinamente lo que hacía que Rachel fuera aún más valiosa.

»Rachel emitió un profundo suspiro. Los ángulos de su rostro aparecían tensos, delicados y precisos en la penumbra.

»—Déjame contemplarte desnudo —dijo, al tiempo que alargaba la mano para desabrocharme los botones. Yo le indiqué que no era necesario que me ayudara; me levanté y me volví de espaldas a ella.

»No había una sola lámpara encendida en la habitación. Todo estaba envuelto en una delicada penumbra.

»Extendí los brazos y alcé la cabeza para contemplar el cielo. Aunque me sentía cansado debido a los trucos y bromas que había gastado aquella noche, ordené a mis ropas que se agruparan cerca de donde me hallaba y aguardaran mis órdenes. Deseaba quedarme desnudo.

»Todo sucedió de forma más rápida y completa que la última vez.

»Observé mi pecho, mi vello púbico, mi órgano erecto. Me sentía demasiado feliz para fingir humildad; sentir cómo los músculos de mis brazos se tensaban significaba sentirme vivo entre cosas y seres vivos, algunos de los cuales por fuerza debían ser buenos.

»Rachel se incorporó en la cama, mostrando unos pechos en extremo firmes, con los pezones erectos. Su cabello negro y plateado caía en una alborotada cascada sobre sus hombros, realzando su largo y hermoso cuello.

»—Espléndido —musitó.

»Una lluvia de dudas cayó sobre mí.

»Pero debía hacerlo. ¿De qué serviría advertirle que era posible que me disolviera mientras le hacía el amor? Era preciso seguir adelante.

»Me senté junto a ella y la tomé en mis brazos. Sentí su húmeda, frágil y sedosa piel, signo poco saludable en una mujer que estaba demasiado delgada, aunque resultaba deliciosa. Incluso los huesos de sus muñecas eran hermosos.

»Rachel me acarició el pelo, me besó con los ojos cerrados por toda la cara, y de pronto me di cuenta con un sobresalto de que me habían crecido una barba y un bigote.

»Rachel se apartó, y me contempló asombrada. Yo ordené a mi vello facial que desapareciera.

»—No —dijo Rachel—. ¡Haz que vuelva! Hace que tus labios sean más dulces y húmedos.

»Sentí que el vello regresaba al instante, ansioso de instalarse en mi rostro de nuevo. No comprendía por qué había aparecido de improviso, sin que yo lo invocara, pero así es como había sucedido hasta entonces: mi cuerpo aparecía por voluntad propia, bajo su propia forma. Un instante de distracción, dejándome llevar por el orgullo que me inspiraba mi cuerpo humano, y el vello facial había regresado.

»El caso es que a Rachel le encantaba. Respiré hondo; me sentía algo cansado debido a tantos cambios y trucos mágicos, aunque tenía el miembro completamente duro. Deseaba penetrarla al instante. Sin embargo dejé que sepultara el rostro en el vello de mi pecho y me besara los pezones, lo cual me produjo un intenso placer en los genitales.

»Tomé sus pechos en mis manos, deleitándome con su aspecto menudo y delicado; los pezones tan rosados como los de una joven.

»—Es gracias a ciertos medicamentos, amor mío —dijo Rachel, como si adivinara mis pensamientos. Me besó la barba siguiendo la línea del maxilar—. Se lo debo a las hormonas y a la ciencia moderna; ingiero unas sustancias químicas femeninas, eso es todo. Pueden conseguir que parezca más joven, pero no pueden salvarme la vida.

»La besé, estrechándola contra mí mientras le pasaba las manos de forma brusca y ávida sobre los muslos e introducía los dedos en sus partes íntimas, sintiendo la firmeza del cuerpo secreto de una mujer joven. ¿Sustancias químicas? ¿Hormonas?

»—Es posible que esas cosas te ayuden a mantenerte joven —dije—, pero la belleza la pones tú.

»—Dios mío —murmuró Rachel, mientras me besaba por todo el rostro. Sujeté su pequeño trasero entre mis manos y lo acaricé.

»—Sí —dije—, Dios, infinitamente caprichoso, ha derramado sus dones sobre ti y tu hija Esther.

»—Y tú fuiste lo último —me susurró Rachel al oído mientras me arañaba la espalda con suavidad—, tú fuiste lo último que ella vio. Me alegro por ella.

»Sentí que me invadía una fuerza brutal al comprender que esta preciosa criatura se hallaba a mi merced, y que nada ni nadie era capaz de obligarme a separarme de ella. Sólo una palabra suya podría lograrlo, pues yo estaba dispuesto a acatar sus órdenes.

»Aquello era como una fruta entre sus piernas, unas ciruelas o unos melocotones, suave y húmeda. Me llevé los dedos a la nariz para aspirar su aroma.

»—No puedo contenerme más —dije.

»Rachel separó las piernas y levantó las caderas. Me sentí en el paraíso al penetrarla, al sentir mi miembro dentro de esa fruta caliente y palpitante, al tiempo que besaba en la boca, poseyendo así sus dos bocas al mismo tiempo mientras la cubría con mi vello y mi fuerza. Empecé a moverme dentro de ella. Estaba vivo, vivo, vivo. Estaba cegado de pasión. El placer invadía todos mis



sentidos.

»—Sí, ahora, hazlo ahora —dijo ella, alzando aún más las caderas.

»Me incorporé sobre los codos para no lastimarla con mi peso y la observé mientras sentía que mi semen estallaba dentro de ella. Temí que mis bruscos movimientos le hicieran daño. Pero vi en su rostro el rubor que deseaba ver, sentí que los latidos en su cuello se aceleraban y comprendí que se sentía tan dichosa como yo. Su pequeña fruta, tensa y apretada, exprimió la última gota de mi cuerpo, y caí de espaldas, intacto y vivo, contemplando el techo de la habitación o, mejor dicho, la fresca penumbra.

»Fuera cual fuere mi vida anterior, como espíritu o como hombre mortal, no recordaba un placer tan delicioso como ése, tan definitivamente humillante por la forma en que me había obligado a sucumbir a él, haciendo que me sintiera a un tiempo esclavo y amo. No me pregunté lo que los hombres sentían.

»Rachel volvió la cabeza hacia un lado y el otro; estaba roja como la grana.

»—Hazme otra vez el amor, ahora —dijo.

»Feliz de complacerla, volví a colocarme sobre ella y la penetré de nuevo. No necesitaba descansar. La fruta que tenía entre sus piernas estaba aún más húmeda y apretada que antes y latía con mayor intensidad. Cuando eyaculé de nuevo su rostro se tiñó de rojo, me arañó la espalda con fuerza, me golpeó con los puños y cuando me alcé para penetrarla más profundamente, ella se alzó también un poco y luego volvió a tumbarse, conduciéndonos a ambos al éxtasis.

»—Más fuerte —dijo—. Haz que esto sea un campo de batalla, conviérteme en un chico al que te has encontrado por casualidad, o una chica, me da lo mismo.

»Era una invitación demasiado tentadora. Seguí moviéndome dentro de ella, empujando con más fuerza, hasta que noté que volvía a correrme; el espectáculo de su rostro rojo como la grana me hacía sentir un poder humano. Sí, tenía que poseerla, tenía que hacer que se corriera, una y otra vez.

»Mi miembro llenaba su vagina, cuyos músculos me asían con fuerza. La levanté bruscamente por las caderas y ella dejó que me deslizara hacia atrás y hacia delante en su humedad, moviéndome con la rudeza de un soldado, y cuando la dejé caer sobre las almohadas de seda la vi sonreír a través de mis ojos entornados.

»—Ríndete, eso es lo que quiero —dije entre dientes.

»Ella no podía detener las oleadas de placer que la acometían con una furia capaz de destrozarle el corazón. Tenía el rostro congestionado y no cesaba de moverse mientras yo la sujetaba con fuerza, moviéndome y apretándome contra los dulces labios de su fruta. De pronto levantó los brazos para taparse la cara, como si quisiera ocultarse de mí.

»Ese gesto sublime, ese gesto delicado y pudoroso, me hizo perder el control por completo y derramé por tercera vez mi semen dentro de ella, gimiendo de placer.

»Estaba agotado. Rachel aparecía pálida bajo la luz de la luna y las nubes blancas y vaporosas, y yacimos el uno junto al otro. Mi miembro había perdido turgencia.

»Rachel se volvió y con la mayor ternura, casi como una niña, me besó el hombro. Luego introdujo los dedos por entre el vello que cubría mi pecho.

»—Amor mío —dije. Le hablé en unas lenguas antiguas que me resultaban naturales, en caldeo y arameo, pronunciando palabras de amor y juramentos de fidelidad y devoción, y susurré a su oído

mientras ella se estremecía de gozo contra mí y jugueteaba con mi pelo.

»Las almohadas habían caído al suelo.

»El aire circulaba alrededor del lecho, impregnado de los aromas del jardín. Se movía bajo el techo bajo, pintado de blanco y, de golpe, como si el viento hubiera cambiado sin motivo de dirección, oímos la canción del amor del inmenso e inexorable mar, la misteriosa canción del agua que borboteaba en la cascada, como si estuviera hablando aunque no decía nada, no articulaba sílabas, y el agua que rompía contra la playa, diciendo ya voy, ya voy. Pero no era cierto.

»—Si pudiera morir ahora mismo, no me importaría —dijo Rachel—. Pero tú deseas averiguar algunas cosas.

»Me quedé dormido, soñé. Sentí mi cansancio. Me obligué a despertarme. ¿Todavía poseía mi cuerpo? Temía quedarme dormido. Sin embargo, necesitaba descansar; mi cuerpo formado por innumerables partículas precisaba descanso, al igual que necesitaba agua. Me incorporé en el lecho.

»—No hables sobre la muerte —contesté—. No tardará en llegar. —Me volví hacia ella y la miré fijamente.

»Rachel mostraba un talante sereno, inteligente, mientras yacía en una posición recatada. Sin poder contenerme, solté:

»—No tengo poderes para curar, al menos no una enfermedad en estado tan avanzado como la tuya.

»—¿Acaso te lo he preguntado?

»—Supuse que querías saberlo, que te preguntarías si era capaz de curarte.

»—Te diré por qué no te lo he preguntado —dijo Rachel, que jugueteaba de nuevo con el vello de mi pecho—. Sabía que si estuvieras dotado de ese poder, me habrías ayudado en cuanto hubieses tenido oportunidad de hacerlo.

»—Así es, tienes razón.

»Rachel cerró los ojos con fuerza, como si sintiera otro espasmo de dolor.

»—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

»—Nada. Deseo que se disipen los efectos de esas drogas. Quiero morir con la mente lúcida.

»—Estoy dispuesto a traerte lo que me pidas —dije. Me desesperaba verla sufrir de ese modo, pero al cabo de unos momentos el dolor pasó y su rostro recobró su aspecto de cera, perfecto.

»—Hablabas sobre Esther, dijiste que querías saber...

»—Sí, ¿por qué crees que tu marido la mató?

»—No lo sé. Ése es el problema. Discutían con frecuencia, pero ignoro el motivo. No puedo imaginar que se debiera a la familia. Esther y Gregory se peleaban siempre. Era normal. No sé qué decirte.

»—Cuéntame todo lo que recuerdes sobre Esther y Gregory y el collar de diamantes. Dijiste que Esther conoció a Nathan, el hermano de Gregory, cuando adquirió el collar.

»—Lo conoció en el distrito de los diamantes. Se dio cuenta que guardaba un gran parecido con Gregory, y cuando se lo dijo, Nathan confesó que era el hermano mellizo de Gregory.

»—De modo que son idénticos.

»—Pero ¿qué significado puede tener eso? Esther conoció a los otros hasidim que trabajan en la tienda con Nathan. Me dijo que Nathan le había caído muy bien. Dijo que era como contemplar al

hombre que Gregory pudo haber sido, amable y bondadoso.

»"El día en que murió, estoy segura de que devolvió el collar a Nathan. Creo recordar que me dijo que tenía que dejárselo en la tienda, porque tenía un pequeño defecto, y Nathan lo arreglaría. 'No le cuentes al Mesías que voy a visitar a su hermano', dijo entre risas. Creo que dejó el collar en la tienda antes de que esos matones la asesinaran. Gregory sabía que aquel día Esther iría de compras a Henri Bendel. Lo sabía perfectamente. Sin embargo, creo que no sabía nada del collar. El tema del collar no surgió hasta ayer. Yo ni siquiera sabía que el collar hubiera desaparecido. Nadie lo sabía. Fue Gregory quien lo sacó a colación, afirmando que los terroristas habían robado a Esther el collar y la habían asesinado. En efecto, el collar había desaparecido, pero no conseguí hablar con Nathan para averiguar si lo tenía él. Además, me consta que de haber sido así él hubiera llamado para comunicárnoslo. Sólo conozco a Nathan de haber hablado una sola vez con él por teléfono, aunque puede decirse que lo conozco.

»—Retrocede un poco. Me dijiste que Esther había discutido con Gregory a propósito de su hermano Nathan, y que ambos eran idénticos.

»—Ella quería que Gregory se encontrara con su hermano. Gregory pidió a Esther que no dijera a nadie lo de los hasidim, a nadie. Le dijo que era una cuestión de vida o muerte. Trató de atemorizarla. Conozco a Gregory. Lo conozco en sus momentos débiles, cuando no piensa con claridad, cuando le pillas desprevenido y se siente furioso y desesperado.

»—Yo también he observado ese aspecto de su carácter —señalé.

»—Eso fue lo que sucedió cuando Gregory habló con Esther. Él insistió con estas palabras: "¡No, no, no has conocido a mi hermano! ¡No tengo ningún hermano!". Luego vino a verme y me rogó en yiddish que explicara a mi hija que los hasidim no querían verse relacionados con él. Estaba furioso. Esther no hablaba yiddish. Cuando entró en la habitación recuerdo que Gregory se volvió hacia ella y le dijo: "Si le cuentas a alguien que has conocido a Nathan no te lo perdonaré jamás".

»"Esther estaba muy confundida. En un aparte, le expliqué que los judíos practicantes no querían tener nada que ver con unos judíos como nosotros, que no rezamos todos los días ni observamos las leyes del Talmud. Esther me escuchó pero vi que no me comprendía. 'Pero Nathan dijo que quería a Gregory —dijo—. Me aseguró que le encantaría volver a ver a su hermano. Dijo que alguna vez había llamado a Gregory, pero no había conseguido hablar con él.'

»"Creí que Gregory iba a perder los estribos. '¡No quiero oír nada de eso! Esas gentes me hicieron daño. Me marché de niño. ¡Me lastimaron! Yo he fundado mi propia iglesia, mi propia tribu, he labrado mi propio camino. ¡Yo soy mi Mesías!'

»"Yo traté de calmarlo. 'Gregory, te lo ruego —dije— no estamos en un púlpito en televisión. Siéntate. Descansa.'

»"Entonces Esther preguntó a Gregory por qué había sido tan amable con Nathan cuando éste tuvo que ser hospitalizado. Dijo que Nathan le había contado ese episodio: Gregory lo había registrado en el hospital bajo su propio nombre, había pagado todos los gastos y había instalado a Nathan en una suite privada, y no quería que el rabino o su esposa se preocuparan de ello; él mismo se había hecho cargo de todo. 'Nathan dijo que habías sido muy generoso con él', le dijo Esther.

»"Te juro que creí que Gregory iba a volverse loco.

»"Comprendí que era un asunto muy complejo. Gregory no sólo temía la publicidad que atraería

el caso. De hecho, me parecía obvio que su relación con los hasidim, esa conexión secreta, le beneficiaría con respecto a su iglesia. ¿Comprendes lo que quiero decir?

»—Perfectamente. Todo el mundo sabría que el líder tenía unas raíces exóticas y puras.

»—Exacto. De modo que hice algunas preguntas, como por ejemplo por qué había sido hospitalizado Nathan. Esther dijo que fue Gregory quien lo había sugerido, que le había dicho a Nathan que ambos corrían el riesgo de desarrollar una enfermedad hereditaria, y como sabía que el rabino no estaría de acuerdo había llevado a Nathan al hospital para que le hicieran unas pruebas y lo había inscrito con su propio nombre. Para Nathan la experiencia había sido como un sueño; lo instalaron en una fantástica suite, le servían comida *kosher*, observando los estrictos preceptos judíos, y todo el mundo creía que era el mismísimo Gregory. Todo aquello le parecía muy divertido. Por supuesto, se comprobó que no padecía ninguna enfermedad hereditaria. ¿Qué demonios...?

»—Comprendo —dije yo.

»—¿Qué puede significar todo eso?

»—Cuéntame más cosas sobre Nathan y Esther —contesté—. ¿Qué más sabes?

»—Aquella noche discutimos durante horas. Por fin, Esther accedió a no contárselo a nadie ni a tratar de reunir a ambas familias, pero dijo que iría a ver a Nathan de vez en cuando para transmitirle saludos de Gregory. Gregory se puso a llorar de alivio y alegría. Gregory es capaz de llorar cuando le conviene, incluso delante de las cámaras. Luego empezó a quejarse de la forma en que su familia lo había tratado. El Templo lo era todo para él, el significado de su vida, su propia vida.

»"Cada vez que nos largaba ese discurso, Esther y yo nos mirábamos resignadas. Sabíamos que había compilado las enseñanzas del templo de la Mente con ayuda de un programa informático. Tras introducir toda la información que había recabado sobre otros cultos, y los preceptos que sus miembros hallaban más reconfortantes, había elaborado una lista de los preceptos que resultaban más aceptables y atrayentes. Los otros aspectos del Templo habían sido creados por el mismo procedimiento, a través de encuestas secretas y de una compilación en el ordenador de los aspectos más sugerentes de otras religiones. A Esther y a mí todo eso nos parecía ridículo. Aquella noche Gregory no cesó de llorar. Afirmó que Dios le había guiado a él y al ordenador.

»"Aburrida, me fui a acostar. Esther y Gregory no se dirigieron la palabra durante dos días. Pero eso no tenía nada de particular. Solían tener fuertes discusiones sobre cualquier asunto político sin importancia. Siempre andaban como el perro y el gato.

»—¿Recuerdas algo más?

»—Dos noches más tarde, Gregory me despertó a las cuatro de la mañana. Estaba furioso. Me dijo: "Coge el teléfono, llámalo y escucha lo que tenga que decir". Yo no comprendí a qué se refería.

»"La voz que sonó a través del teléfono era idéntica a la de Gregory. Exactamente igual. Me costaba creer que se tratara de otra persona, pero lo era. Nathan contestó con amabilidad y me dijo que era el hermano de Gregory. Me rogó que explicara a Esther que era imposible que las familias se reunieran. 'Me parte el corazón decirle esto a la esposa de mi hermano —dijo—, pero a nuestro abuelo le queda poco tiempo de vida y la corte depende de él. Es el rabino. Di a Esther que no puede ser, transmítele mis cariñosos saludos y dile que puede venir a verme cuando quiera.'

»"Le dije que lo comprendía perfectamente. 'Cuenta con mi afecto, cuñado. Yo también perdí a mis padres en unos campos de concentración. Te deseo que todo te vaya bien.'

»"Luego, Nathan me dijo en yiddish que nos tenía siempre presentes en sus oraciones y en sus pensamientos, y que si alguna vez lo necesitábamos, si Gregory caía enfermo o tenía un grave problema, no dudáramos en llamarlo.

»"Le dije que había sido muy agradable oír una voz expresándose en yiddish y hablar con él. Nathan se echó a reír y respondió algo así como: 'Gregory cree que lo posee todo, y gracias a Dios tiene una buena esposa, pero nunca se sabe cuándo puede necesitar a su hermano. Él jamás ha estado enfermo, ni ha pisado un hospital, salvo cuando venía a verme y se ocupaba de mí, pero si me llama acudiré de inmediato.'

»"Recuerdo que pensé en esas pruebas que le habían hecho en el hospital. ¿Se las habían hecho también a Gregory? ¿Qué era esa enfermedad hereditaria? Sabía que era cierto que Gregory jamás había estado ingresado en un hospital; tenía un médico particular, no lo que yo llamaría un profesional de la medicina titulado, pero lo cierto es que nunca había pisado un hospital. Di las gracias a Nathan por su amabilidad y le pregunté cómo podía ponerme en contacto con él, pero en aquel momento Gregory me arrebató el teléfono.

»"Se llevó el teléfono fuera de la habitación pero le oí hablar en yiddish en tono íntimo y con una naturalidad como jamás le había oído hablar con nadie. Era la primera vez que oía a Gregory hablar con su hermano. Siempre me había dicho que su familia había muerto. Todos ellos.

»—¿Cuánto hace que ocurrió eso? —pregunté.

»—Más o menos un mes. Pero no he vuelto a pensar en ello hasta ahora. Me refiero a que en el fondo sabía que Gregory era culpable de la muerte de Esther, en cuanto le oí lanzar su discurso sobre el terrorismo y sus enemigos comprendí que estaba mintiendo. Encajó la muerte de Esther con demasiada naturalidad, como si estuviera preparado para ella. Pero, sinceramente, ¿crees que sería capaz de matar a su hija por ese motivo?

»—Sí, lo creo capaz, pero es un asunto muy complicado —respondí—. ¿Y el rabino? ¿Has ido a verlo o has hablado alguna vez con él?

»—No —contestó Rachel—. No quise ir a su casa y exponerme a que me cerrara la puerta en las narices. Siento un gran respeto hacia esa gente, mis padres eran unos hasidim de Polonia. Pero no, conozco el tipo de hombre que es ese anciano.

»—Déjame decirte algo. Ese anciano también acusó a Gregory de haber matado a Esther, y deseaba averiguar lo mismo que tú: el motivo.

»—¿Te das cuenta de lo que eso significa? —preguntó Rachel—. Si Gregory fue capaz de matar a Esther para proteger el secreto de su familia, ¡también sería capaz de matar a Nathan!

»—¿No te ha llamado Nathan para comentarte algo sobre el collar? —inquirí—. Sé cómo viven los hasidim, pero todo esto constituye una novedad para mí; ya sabes, ese asunto de unos valiosos diamantes robados por unos terroristas.

»—No, no ha llamado, al menos que yo sepa, pero ten en cuenta que me tenían aislada; estaba rodeada por los secuaces de Gregory. El propio Gregory no sacó a relucir el tema del collar hasta el día siguiente al asesinato de Esther. En su primer discurso, sólo se refirió a sus enemigos. Luego, al día siguiente... Dios mío, quizá lo llamó Nathan, pero no creo que se hubiera atrevido a decir semejante mentira... ¿Por qué había de sacar a colación el tema del collar?

»Yo iba asimilando en silencio todo cuando decía Rachel.

»—Creo que intuyo el motivo —respondí—. Una cosa es evidente: yo le chafé el plan. Había ideado un plan muy importante, un proyecto gigantesco, y yo lo estropeé al matar a esos cerdos que asesinaron a Esther. Eso impidió que Gregory lo calificara como un acto terrorista. No creo que esos individuos puedan ser considerados unos terroristas, ¿y tú?

»—Tampoco. La mitad del mundo llora con Gregory, y la otra mitad se ríe de él. Esos individuos eran unos vagos que procedían de una población del sur de Tejas. Gregory afirma que sus enemigos son capaces de utilizar cualquier medio con tal de perjudicarlo y que esos maleantes formaban parte de un plan y que el robo del collar estaba destinado a proporcionarles fondos para luchar contra su iglesia.

»—Olvidemos por un momento el collar. Gregory siguió insistiendo en que era un acto terrorista, y por alguna extraña razón incluyó lo del robo del collar. Escucha, quiero preguntarte algo muy importante: ¿Por qué están instalados los laboratorios en el Templo de la Mente? ¿Qué objeto tiene eso?

»—¿Unos laboratorios? —me preguntó Rachel—. No tengo ni idea. No sabía que existieran unos laboratorios en el edificio. Por supuesto, allí reside el médico particular de Gregory, que lo atiborra de unas hormonas que estimulan el crecimiento humano y unas bebidas a base de proteínas y demás potingues que le ayudan a conservar su juventud y vigor, y sé que hay unas salas que recuerdan a las de un hospital, donde el médico de Gregory puede examinarlo si la fiebre le sube unas décimas. Sin embargo, no sabía que hubiera unos laboratorios.

»—Me refiero a unos grandes laboratorios donde los empleados trabajan con sustancias químicas y ordenadores. Unos laboratorios inmensos con salas y personal que viste ropas muy extrañas para protegerse. Lo vi esta noche. Lo vi en el Templo de la Mente. Vi a unas personas vestidas con unas ropas de color naranja que les cubrían todo el cuerpo. En aquel momento no le di importancia, pues andaba buscando a Gregory...

»—¿Unos trajes de color naranja, como esos que utilizan los científicos para protegerse de los virus? ¿Qué tiene que ver una enfermedad en todo esto? ¿Acaso está enfermo Gregory? ¿Qué diablos le hizo a Nathan en el hospital?

»—Creo que lo sé. Gregory no lastimó a su hermano ni padece ninguna enfermedad, de eso estoy seguro, ni tampoco la padece el rabino. Me hubiera dado cuenta nada más verlos. Presiento las cosas.

»Rachel me miró perpleja: la mera idea de su propia enfermedad la confundía y aturdía.

»—¿A qué se dedica el templo que necesita un equipo de médicos, unos hombres brillantes siempre dispuestos a obedecer las órdenes de Gregory, unos genios de la investigación armados con microscopios y todo tipo de aparatos?

»—No lo sé —repitió Rachel—. En cierta ocasión se le ocurrió lanzar una línea de productos, cosas absurdas como champú para limpiar el espíritu y “jabón para eliminar las malas vibraciones”...

»Fui incapaz de reprimir una carcajada. Rachel sonrió.

»—Pero le disuadimos de esa locura. Gregory hizo un trato increíblemente lucrativo con un diseñador neoyorquino para que éste diseñara todos los productos de sus hoteles, barcos, junglas...

»—Barcos, aviones, junglas, médicos, collares, un hermano mellizo...

»—¿Qué dices?

»—Mira, Rachel, un hermano mellizo es mucho más que un simple hermano, es el duplicado de un hombre, y tenemos un hermano mellizo que el mundo desconoce, que de buen seguro no es reconocido porque lleva barba y el cabello largo de los hasidim. Un hermano mellizo se presta a muchas cosas.

»Rachel me observó en silencio. Luego volvió a hacer una mueca de dolor.

»—Tengo que beber más agua —dije—. Te traeré un poco.

»—Sí, necesito un vaso de agua fresca. Tengo la garganta seca, no puedo...

»Rachel se recostó de nuevo sobre las almohadas.

»Atravesé apresuradamente el hermoso jardín y entré en lo que parecía un enorme almacén de productos selectos; allí había un frigorífico que estaba lleno de botellas de agua. Cogí dos botellas y una preciosa copa de cristal que vi en una estantería.

»Me senté junto a Rachel y le di un vaso de agua. Se había tapado con un cobertor. Ambos bebimos con avidez.

»Yo estaba agotado. No era el momento para ello, no convenía que me quedara dormido y corriera el riesgo de que mi cuerpo desapareciera. Bebí más agua, mientras me preguntaba qué era lo que mi cuerpo había derramado dentro de ella, ¿semen auténtico u otra sustancia parecida?

»Recordé algo sobre Samuel. Samuel riéndose de las monjas católicas que afirmaban haber sido preñadas por espíritus. Tras ese episodio, relacionado con Estrasburgo, evoqué otro recuerdo precioso, esta vez relacionado con los sentidos, y recordé que Zurvan solía decirme: “Puedes hacerlo, sí, pero te restará energía y no debes buscar nunca una mujer sin mi permiso”.

»No recordaba la imagen de mi interlocutor, sólo el amor, y el jardín, y las palabras; era una escena muy parecida a ésta. “Te restará energía”. Era preciso que permaneciera despierto.

»—¿Y si estamos equivocados? —preguntó Rachel—. ¿Y si él no hubiera tenido nada que ver con la muerte de Esther? Es un hombre que lo utiliza todo para sus propios fines y también utilizó la muerte de Esther, pero eso no significa...

»—El rabino dijo que él la mató. Yo también lo creo. Pero hay otras cosas en juego. Ese templo suyo, ¿predica algo singular o de un valor singular?

»—En realidad, no; como te he explicado, Gregory se inventó el credo con ayuda de un programa informático. Es lo más parecido a un credo sin credo que puedas imaginar.

»Rachel suspiró. Me pidió que le acercara un salto de cama que colgaba en el armario. Tenía un poco de frío. Dijo que allí encontraría también unos albornoces, por si quería ponerme uno. Sí quería, pero no porque tuviera frío.

»El rechazo a andar desnudo era una reminiscencia persa, o babilónica.

»Hallé una grueso albornoz azul que me llegaba a los pies e iba anudado con un cinturón, y me lo puse. Me sentía un poco atrapado, pero de momento me servía, y necesitaba conservar todo mi poder.

»Ayudé a Rachel a ponerse el salto de cama. Era dorado, como prácticamente todos los motivos decorativos de la habitación, de seda pura y bordado con pedrería, como el chal negro. Rachel se incorporó y la ayudé a ponérselo. Le abroché los botones de perlititas y le anudé el cinturón alrededor de la cintura. Por último le abroché la botonadura de perlititas en las muñecas.

»—Hay otra cosa que quiero que sepas —dijo entonces Rachel, mirándome fijamente.

»—Cuéntamelo —respondí al tiempo que me sentaba junto a ella y le cogía la mano.

»—Gregory me llamó esta noche antes de que el avión aterrizara en Miami. Me dijo que fuiste tú quien mató a Esther. Dijo que te vieron en la escena del crimen. Yo había visto tu fotografía en una revista, pero sabía que era una burda mentira. Sentí ganas de colgarle el teléfono. Es inútil pedirle que sea razonable, pero entonces soltó una sarta de estupideces. Dijo que eras un fantasma, que necesitabas ocupar el lugar de Esther en el mundo, y que así era como habías penetrado en él.

»—¡Eso es pura basura! —murmuré—. Es un tipo con mucha labia.

»—Eso fue lo que pensé. No le creí. Pero en aquel momento comprendí algo con toda claridad. Tú estás aquí debido a la muerte de Esther. Has venido a matar a Gregory. Deseo que me prometas que, pase lo que pase, lo harás. Sé que acabo de decir una cosa terrible.

»—A mí no me lo parece —contesté—. Me gustaría matarlo, pero no antes de haber resuelto este misterio.

»—¿Puedes ocuparte de Nathan y procurar que no le pase nada malo?

»—Sí, aunque tengo serias sospechas al respecto. Pero no importa. Te aseguro que, suceda lo que suceda, llegaré al fondo de este asunto y Gregory pagará con su vida.

»—Laboratorios —dijo Rachel—. Gregory está loco. Cree que ha venido aquí para salvar al mundo. Visita otros países, pide que lo reciban dictadores y funda su templo en países que... Y esas estupideces sobre el terrorismo. ¿Sabes? —continuó, recostándose sobre las almohadas—, harás un favor al mundo si lo matas. Ese templo es un fraude. Es basura, explota a la gente, les roba sus ahorros, sus fortunas...

»Rachel cerró los ojos y se quedó quieta, tanto que a través de sus párpados entornados sólo alcanzaba a ver el blanco de sus ojos.

»—¡Rachel! —exclamé, dándole unos golpecitos en el hombro—. ¡Rachel!

»—Estoy viva, Azriel —contestó con suavidad, moviendo tan sólo los labios. Luego enarcó algo las cejas, pero no abrió los ojos—. Estoy aquí. ¿Quieres taparme, por favor? Tengo frío. Hace calor, ¿no es así?

»—Sopla una brisa maravillosamente cálida —respondí.

»—Abre todas las ventanas. Pero cúbreme. ¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre?

»Las ventanas estaban ya abiertas, incluidos los grandes ventanales que, a mi izquierda, daban acceso a la terraza que se abría sobre el océano. Pero no se lo dije para no inquietarla.

»De pronto me sobresalté. Por primera vez me fijé en sus brazos, y los observé a través de la diáfana seda de la bata.

»—Te he hecho unos moretones en los brazos. ¡Qué torpe he sido!

»—No importa —contestó Rachel—. No es nada grave. Uno de los medicamentos que tomo hace que la sangre se diluya y me salgan unos cardenales sin darme cuenta. Me gusta tenerte entre mis brazos. Acércate, ¿te quedarás conmigo? Sospecho que moriré pronto. Olvidé traer todas las medicinas que me mantienen con vida.

»Yo no contesté, pero sabía que Rachel iba a morir. Su corazón latía muy despacio. Sus dedos habían adquirido un tono azulado.

»Me tendí junto a ella y la cubrí con las mantas y los cobertores que yacían sobre la cama.

»Rachel se acurrucó junto a mí para entrar en calor.



»—Me reí a carcajadas cuando Gregory dijo que eras un fantasma y que habías matado a Esther para penetrar en el mundo. Aunque yo sabía que no eras un ser humano, pues habías desaparecido del avión, me reí como una histérica al oír esas historias de magia negra, de que Esther había tenido que ser sacrificada como un cordero para que tú pudieras penetrar en el mundo y que la habían asesinado unos seres maléficos. Dijo que ibas a matarme. Dijo que si me negaba a regresar, avisaría a la policía. No quiero que venga aquí a molestarme. No quiero verlo.

»—Descuida, no lo dejaré entrar —contesté—. Descansa. Necesito reflexionar. Quiero recordar esos laboratorios y los hombres vestidos con trajes de color naranja. Quiero tratar de descifrar el plan que ha trazado Gregory.

»Me horrorizaba contemplar sus brazos cubiertos de cardenales. Me sentí avergonzado de no haber sido más delicado, de no haber evitado lastimarla, obsesionado como estaba con la madura y jugosa fruta que guardaba entre las piernas, sin importarme lo demás.

»Le besé los brazos, los lugares donde advertía las marcas de las agujas que le habían clavado y los vendajes que le habían aplicado y que al retirárselos le habían arrancado el vello.

»—Estás sufriendo, Rachel, y yo he empeorado la situación —dije—. Te traeré lo que necesites. No tienes más que decirme qué quieres. Puedo traerte cualquier cosa que desees, Rachel. Poseo las facultades para conseguirlo. ¿Tienes buenos médicos? Dime quiénes son para que no me pierda en el viento buscando a médicos y magos. Guíame. Envíame a dónde sea. Pídeme lo que desees...

»—No.

»Observé su rostro silencioso; su sonrisa no había cambiado. Parecía estar medio dormida. Me di cuenta de que canturreaba en voz baja, con los labios cerrados. Tenía las manos frías.

»Suspiré; éste es el tormento que va indefectiblemente unido al amor; el dolor que experimentaba en aquellos momentos era tan intenso como ninguno que hubiera experimentado jamás. Era tan cruel como el que había sentido de joven, cuando estaba vivo.

»—No te preocupes —murmuró Rachel—. Los mejores médicos del mundo han hecho cuanto han podido para curar a la esposa de Gregory Belkin. Además... deseo...

»—... reunirse con Esther.

»—Sí. ¿Crees que me reuniré con ella?

»—Desde luego —contesté—. La vi ascender envuelta en una luz muy pura.

»Deseaba añadir: “De una forma u otra, te reunirás con ella”, pero no lo hice. No sabía si Rachel creía que todos éramos unas llamitas que regresábamos junto a Dios, o que poseíamos un paraíso donde podíamos besarnos y abrazarnos. Por lo que a mí respecta, creía que existía un paraíso, y recordaba vagamente haber volado hasta lo más alto del cielo y haber visto unos espíritus amables y risueños que me ocultaban algo.

»Me tumbé sobre las almohadas. En cierta ocasión había deseado morir. Y ahora la llama de la vida que aún ardía en Rachel, fundiéndose como una vela, me parecía lo más precioso que existía en el mundo.

»Deseaba curarla. La miré y traté de imaginar sus órganos internos, conectados entre sí por medio de venas como si estuvieran ensartados por un hilo dorado.

»Apoyé las manos sobre ella y recé, dejando que mi cabello le rozara el rostro. Recé en mi corazón a todos los dioses.

»Rachel se movió un poco y preguntó:

»—¿Qué has dicho, Azriel?

»Luego pronunció unas palabras que no comprendí, pues hablaba en yiddish.

»—¿Me hablabas en hebreo? —preguntó.

»—Sólo estaba rezando, cariño —contesté—. No te preocupes.

»Rachel suspiró hondo y apoyó la mano sobre mi pecho, como si el mero gesto de levantarla y dejarla caer representara un esfuerzo tremendo para ella. Yo le acaricié las manos. Las tenía heladas, y traté de calentárselas.

»—Te quedarás conmigo, ¿no es así?

»—Por supuesto. ¿Acaso te extraña? —pregunté.

»—Sí, aunque no sé por qué. Quizá porque la gente huye de ti cuando sabe que te estás muriendo. Las noches más espantosas, cuando creí que iba a morir, no acudieron ni los médicos ni las enfermeras. Incluso Gregory se mantuvo alejado de mí. Una vez pasada la crisis, todos aparecían de nuevo. Pero sé que tú permanecerás junto a mí. ¿Has notado el perfume del aire? ¿Y la luz? La luz del cielo nocturno.

»—Es preciosa, como si preludiara el paraíso.

»Rachel emitió una risita.

»—Estoy preparada para convertirme en nada —dijo.

»¿Qué podía decir yo?

»De pronto oí un timbre que sonaba con insistencia. Me incorporé. No me gustaba aquel sonido. Contemplé el jardín, las grandes flores rojas, como trompetas, y me di cuenta de que las flores y las plantas estaban iluminadas por unas luces eléctricas muy tenues. Todo era perfecto. El timbre sonó otra vez.

»—No contestes —dijo Rachel. Estaba empapada en sudor—. Deténlo, destruye su iglesia. Gregory es lo que llamamos un líder carismático. Es perverso. Esos laboratorios de los que me has hablado me dan mala espina. Muchas sectas como la suya han matado a multitud de gente, a sus propios miembros.

»—Lo sé —respondí—. Ha ocurrido a lo largo de toda la historia.

»—Pero Nathan es inocente. Recuerdo que tenía una voz, muy hermosa, y pensé en lo que había dicho Esther, que era como contemplar al hombre que pudo haber sido Gregory. Sí, tenía una voz...

»—Daré con él y me encargaré de que no le ocurra nada malo —dije—. Averiguaré lo que sabe, lo que vio.

»—¿Es tan terrible el anciano como dicen?

»—Es un anciano con aire de santo —respondí, al tiempo que me encogía de hombros.

»Rachel soltó una breve y alegre carcajada. Feliz de oírla reír, me incliné sobre ella y la besé. Tenía los labios resecos. Le di un vaso de agua, sosteniéndole la cabeza para que bebiera cómodamente.

»Rachel se recostó sobre las almohadas. Me miró y al cabo de unos momentos comprendí que su expresión no significaba nada. No era sino una máscara que ocultaba su dolor. Sentía dolor en los pulmones, en el corazón y en los huesos. Era un dolor que le invadía todo el cuerpo. Los calmantes que había tomado antes de partir de Nueva York habían dejado de surtir efecto. Su corazón latía

débilmente.

»Sostuve sus manos entre las mías.

»Oí de nuevo unos timbrazos y el sonido de una alarma. Oí el sonido de un motor, que provenía del hueco del ascensor.

»—No hagas caso, no pueden entrar —dijo Rachel tratando de apartar los cobertores.

»—¿Qué ocurre? —pregunté.

»—Ayúdame a levantarme. Tráeme otra bata más gruesa, esa de seda que está ahí. Por favor...

»Le di la bata que me había indicado y se la puso. Se quedó de pie, temblando bajo el peso de la suntuosa prenda de seda.

»Alguien estaba aporreando la puerta principal, organizando un escándalo tremendo.

»—¿Estás segura de que no pueden entrar? —pregunté.

»—Supongo que no tienes nada que temer —contestó Rachel.

»—En absoluto, pero no quiero que ellos...

»—Ya sé... Que arruinen mi muerte.

»—Sí.

»Rachel estaba pálida como la cera.

»—Vas a caerte.

»—Lo sé —contestó—. Pero me caeré dónde yo quiera. Ayúdame a salir de aquí, quiero contemplar el océano.

»La cogí en brazos y la transporté hasta la terraza, que se hallaba orientada hacia el este. Las puertas no daban a la bahía, sino al mar abierto. Comprendí que era el mismo mar que bañaba las costas de Europa, las costas de las ciudades griegas en ruinas, las arenas de Alejandría.

»Oímos un tumulto a nuestras espaldas. Me volví con rapidez. Provenía del interior del ascensor, en el que al parecer subían varias personas. Pero las puertas estaban cerradas con llave.

»La brisa soplaba sobre la espaciosa terraza. Sentí el frío de las losas bajo mis pies. Rachel sonreía entusiasmada, con la cabeza apoyada en mi hombro, mientras contemplaba el oscuro mar. A lo lejos, cerca del horizonte, vimos un inmenso barco que se deslizaba sobre las aguas, y sobre él las espectaculares nubes.

»Abracé a Rachel y la acaricié. Pero cuando quise cogerla en brazos, dijo:

»—No, prefiero estar de pie.

»Se apartó suavemente de mí, se agarró a la barandilla de piedra y miró hacia abajo. Desde la terraza se divisaba el jardín, immaculado y repleto de árboles y luces. Había por doquier lirios egipcios y grandes y decorativas plantas que se mecían levemente bajo la brisa.

»—Está desierto —comentó Rachel.

»—¿Qué?

»—El jardín. Es tan privado. Sólo se ven flores, y más allá, el mar.

»—Sí —contesté.

»Alguien intentaba forzar las puertas del ascensor.

»—Recuerda mis palabras —dijo Rachel—. Harás un favor al mundo si matas a Gregory. Lo digo en serio. Tratará de seducirte, o destruirte, o utilizarte de alguna forma. Puedes estar seguro de que ya está pensando en ello, en cómo utilizarte para sus propios fines.

»—Lo comprendo perfectamente —respondí—. No te preocupes. Haré lo que deba hacer. ¿Quién sabe? Quizá le enseñe la diferencia entre el bien y el mal, suponiendo que yo mismo la sepa. Quizá logre salvar su alma —dije al tiempo que me echaba a reír—. Eso sería maravilloso.

»—Sí —contestó Rachel—. Pero tú ansías vivir, lo cual significa que quizá te dejes cautivar por él, por su vida llena de lujo y esplendor, del mismo modo que te dejaste cautivar por la mía.

»—Jamás, ya te lo he dicho. Haré lo que deba hacer.

»—Quiero que pongas fin a todas las injusticias.

»Unos hombres habían conseguido forzar la puerta de entrada. Oí el ruido que produjo la madera al astillarse.

»—Quizás fue Esther quien te invocó —dijo Rachel con un suspiro—. Ángel mío.

»Yo la besé.

»Los hombres irrumpieron en la habitación. No tenía que mirarlos para saber que estaban ahí, detrás de nosotros. De pronto se detuvieron y los oí murmurar entre sí. Luego oí la voz de Gregory.

»—Gracias a Dios que estás bien, Rachel.

»Me volví para mirarlo y él me devolvió la mirada con rencor, determinación y frialdad.

»—Suelta a mi esposa —dijo—. Embustero.

»Estaba furioso, y su furia le daba un aire perverso; le arrebatava todo su encanto. Supongo que a mí me ocurría lo mismo. De pronto, mientras me encontraba ahí, de pie en la terraza, comprendí que el sentimiento que experimentaba era amor, no odio. Amaba a Esther y a Rachel. Ni siquiera odiaba a Gregory.

»—Dirígete hacia la puerta y colócate entre él y yo —dijo Rachel—. Te lo ruego —añadió, besándome en la mejilla—. Hazlo, ángel mío.

»Yo obedecí. Apoyé la mano sobre el marco de acero y dije:

»—No puedes pasar.

»Gregory lanzó un grito, un terrible bramido que le salió del alma. Los otros individuos se abalanzaron sobre mí. Me volví apresuradamente y éstos pasaron junto a mí, rozándome apenas los hombros. Pero yo sabía bien por qué había gritado Gregory.

»Rachel se había arrojado desde la terraza.

»Me acerqué a la barandilla, apartando a Gregory y a sus secuaces, y al mirar hacia el jardín vi el diminuto cascarón de un cuerpo. La luz oscilaba a su alrededor.

»—Dios mío, llévatela, te lo ruego —recé en mi antigua lengua.

»Entonces vi un intenso fulgor que ascendía rápidamente y durante un instante pareció que estallaran unos relámpagos en el cielo, semiocultos por las nubes, pero era la luz de Rachel. Su alma había ascendido, y durante unos segundos creí ver las puertas del cielo.

»El jardín sólo contenía el macizo de flores egipcias y el cuerpo vacío de Rachel, su rostro intacto, que miraba hacia arriba.

»“Asciende, Rachel, te lo ruego. Esther, guíala por la escalera”. Imaginé la escalera del cielo, de la que colgaban todos los fragmentos de mi memoria.

»Gregory rompió a llorar con amargura. Sus hombres me sujetaron por los brazos. Gregory siguió gritando y sollozando sin disimulo ni afectación. Contemplaba el cadáver de Rachel y lanzaba exclamaciones de dolor mientras golpeaba la barandilla con sus puños.

»—¡Rachel, Rachel, Rachel!

»Yo aproveché para propinar un empujón a sus hombres y librarme de ellos. Los hombres cayeron hacia atrás, asombrados ante mi fuerza, sin saber qué hacer, turbados por los gritos de dolor que emitía Gregory.

»De pronto se organizó un tumulto a mi alrededor. Aparecieron más hombres, entre ellos el pobre Ritchie, mientras Gregory seguía gimiendo asomado a la barandilla, moviendo la cabeza como los hebreos y rezando en yiddish.

»Yo aparté a sus esbirros, lanzando a algunos de ellos al fondo de la terraza, y los obligué a retroceder.

»—La amabas sinceramente, ¿no es así? —dije luego, dirigiéndome a Gregory.

»Él me miró y trató de responder, pero su dolor le impedía articular palabra.

»—Era mi... reina de Saba —dijo al cabo de unos instantes—. Era mi reina...

»Luego continuó gimiendo y recitando unas oraciones.

»—Te dejo con todos tus hombres armados —dije.

»Por la cuesta del jardín subía un numeroso grupo de gente. Unos hombres se acercaron al cadáver y orientaron sus linternas hacia el rostro de Rachel.

»Al cabo de unos segundos comencé a ascender por los aires.

»¿Hacia dónde debía dirigirme? ¿Qué debía hacer?

»Había llegado el momento de que tomara mis propias decisiones.

»Contemplé por última vez las minúsculas figuras de los hombres que se encontraban en la terraza, desconcertados ante mi desaparición. Gregory se había dejado caer en una silla y se balanceaba hacia delante y hacia atrás mientras mantenía la cabeza entre las manos.

»Yo seguí ascendiendo hacia lo alto del cielo, donde se hallaban los espíritus jubilosos, los cuales me observaron con curiosidad mientras ponía rumbo al norte.

»Sabía bien lo que debía hacer en primer lugar: hallar a Nathan.

—Cuando llegué a Nueva York estaba agotado y anhelaba descansar. Tendría que reposar un rato antes de proseguir mis indagaciones.

»Sin embargo, estaba muy preocupado por Nathan. Antes de asumir mi cuerpo mortal, deambulé sin ser visto por todo el Templo de la Mente.

»Tal como suponía, allí se llevaban a cabo minuciosos trabajos de investigación sobre sustancias químicas; había muchas áreas de acceso prohibido y muchas personas que trabajaban de noche enfundadas en los curiosos trajes de plástico de color naranja que ya conocía y parecían estar llenos de aire. Esos extraños seres miraban a través de la ventanilla de sus cascos mientras trabajaban con unas sustancias químicas que, por lo visto, no debían tocar ni aspirar, las cuales depositaban en unos cartuchos de plástico muy ligeros.

»Observé con gran atención todo lo que hacían.

»En un laboratorio aséptico descubrí mis huesos, que yacían sobre una mesa dura mientras el perverso médico que era el cerebro del grupo, el individuo delgado con el pelo teñido, los examinaba de forma concienzuda. Me paseé alrededor de él, sin que advirtiera mi invisible presencia. Por más que me esforzara, no lograba comprender sus notas. Los huesos no me inspiraban sentimiento ni sensación alguna, salvo el deseo de destruirlos para no verme obligado a regresar a ellos. Sin embargo, temía que al destruirlos moriría. Era prematuro correr ese riesgo.

»Otras zonas del edificio constituían unos centros de comunicación. Había numerosas personas contemplando unos monitores, hablando por teléfono y trabajando sobre unos mapas. En la pared colgaban unos gigantescos mapamundi electrónicos, que estaban cubiertos por unos puntitos de luz.

»Entre aquellos trabajadores nocturnos se respiraba un ambiente de tensión y urgencia.

»Hablaban en voz baja, como si temieran ser espiados por enemigos, y pronunciaban frases endiabladamente vagas y ambiguas: “Hay que apresurarse”. “Esto va a ser glorioso”. “Tiene que estar terminado a las cuatro de la mañana”. “Lo del Punto 17 ya está en línea”.

»Nada de lo que decían tenía el menor sentido para mí. Al fin logré averiguar, debido a la indiscreción de uno de los trabajadores, que el proyecto en el que se encontraban trabajando se llamaba Fin de los Tiempos.

»Fin de los Tiempos.

»Todo cuanto vi me alarmaba y repelía. Sospeché que las sustancias químicas que contenían los cartuchos eran unos filovirus, u otros agentes letales descubiertos recientemente a través de la tecnología. Todo el recinto apestaba a muerte.

»Recorrí numerosos pisos desiertos, numerosos dormitorios ocupados por jóvenes adeptos al Templo de la Mente, y una inmensa capilla donde rezaban en silencio como monjes contemplativos, de rodillas y con las manos apoyadas en la frente.

»El altar estaba presidido por la imagen de un gigantesco cerebro. Supongo que se trataba de la Mente de Dios. Era la silueta en oro de un cerebro. Se trataba tan sólo de una figura anatómica y extraña, sin el menor encanto.

»Atravesé unas salas donde había unos hombres acostados, durmiendo en la penumbra. En una de ellas vi a un individuo que estaba vendado de pies a cabeza y era atendido por una enfermera. En otras estancias vi a unas personas enfermas, que se hallaban tapadas con unas sábanas y conectadas a unos relucientes tubos que sobresalían de unos pequeños computadores. En muchas estancias desiertas habían miembros de la iglesia que dormían plácidamente. Algunas eran tan lujosas como los aposentos de Gregory, con suelos de mármol, muebles de época y unos suntuosos baños que estaban equipados con grandes bañeras cuadradas.

»Había muchas preguntas sin respuesta acerca de lo que había visto en aquel edificio, donde me hubiera gustado pasar más tiempo, pero debía dirigirme a Brooklyn. Intuía lo que estaba ocurriendo. Estaba convencido de que Nathan se hallaba peligro.

»Eran las dos de la mañana. Pasé frente a la casa del rabino y lo encontré dormido en su cama, pero se despertó en cuanto entré en la habitación. Sabía que yo estaba allí. Alarmado, se incorporó. Yo me alejé de la casa rápidamente. No había tiempo de buscar a Nathan ni a otros miembros de la familia.

»Por otra parte, mi cansancio iba en aumento. No me atrevía a retirarme dentro de los huesos. De hecho, no tenía la menor intención de regresar a ellos jamás, por lo menos no de la forma en que me sentía ahora, temiendo que si me echaba a dormir me disolvería o que Gregory o el rabino me obligarían a sumirme en la nada.

»Al regresar a Manhattan vi un lago en medio de Central Park, no lejos del gigantesco Templo de la Mente. Desde allí distinguía todas sus ventanas iluminadas. Asumí la forma de un hombre, me vestí del modo más elegante que puedas concebir —con un traje de terciopelo rojo, una camisa de hilo y toda suerte de exóticos adornos de oro— y bebí grandes cantidades de agua del lago. Me arrodillé a su orilla y bebí hasta saciar mi sed. Me sentía repleto de agua y muy poderoso. Luego me tumbé a descansar en la hierba, debajo de un árbol, y ordené a mi cuerpo que resistiera y se despertara si percibía el menor conato de agresión, natural o sobrenatural. Le ordené que no respondiera a ninguna llamada salvo la mía.

»Cuando me desperté eran las ocho de la mañana según los relojes de la ciudad, y yo seguía entero, intacto, por completo vestido, y descansado. Tal como había supuesto, mi extraña apariencia había disuadido a los vagos y mendigos que merodeaban por aquel lugar de cualquier intento de asaltarme. En cualquier caso, me encontraba indemne y pletórico de vitalidad dentro de mi flamante traje rojo y los lustrosos zapatos negros.

»Bailé durante unos instantes de alegría, me quité las briznas que tenía adheridas a la ropa, me disolví tras recitar los encantamientos de rigor y aparecí de nuevo, ahora vestido de terciopelo y ostentando una hermosa barba, en el salón de la casa del rabino. No me apetecía lucir barba, pero ésta y el bigote habían aparecido como la vez anterior, sin que los hubiera invocado. Quizá ya los

llevaba al despertarme. De hecho, estaba seguro de ello. No había forma de librarme de ellos. No importaba.

»La casa del rabino era una vivienda moderna, atestada de objetos, compuesta por unas estancias de dimensiones reducidas. Me desconcertaba su aire convencional. Contenía unos muebles bastante corrientes, ni feos ni hermosos. Era cómoda y estaba bien iluminada. En cuanto aparecí, las personas que se hallaban en el salón me miraron estupefactas y comenzaron a cuchichear. Un hombre se acercó a mí y le comuniqué en yiddish que deseaba ver a Nathan de inmediato.

»Me di cuenta de que no conocía el apellido de Nathan, ni tampoco sabía si en aquella casa lo llamaban Nathan. Resultaba evidente que su apellido no era Belkin. Belkin era un nombre que se había inventado Gregory. Dije en yiddish que tenía urgencia por ver a Nathan, que era un asunto de vida o muerte.

»El rabino abrió violentamente las puertas de su estudio. Estaba furioso. Iba acompañado por dos señoras de edad avanzada y dos muchachos; las mujeres lucían unas pelucas que cubrían su cabello natural y los jóvenes vestían unos trajes de seda e iban peinados con tirabuzones. Todos los presentes eran hasidim.

»El rabino temblaba de ira. Trató de exorcizarme para obligarme a abandonar su casa, pero yo me mantuve firme y alcé la mano.

»—Es preciso que hable con Nathan —dije en yiddish—. Creo que corre peligro. Gregory es un hombre peligroso. Debo hablar con Nathan. No me iré de aquí hasta haber hablado con él. Confío en que sea un hombre compasivo y valiente y no se niegue a escucharme. En cualquier caso, debo hablar con él. Quizá Nathan camine con el Señor, y si consigo salvarlo, yo también me salvaré.

»Todos enmudecieron. Acto seguido, los hombres pidieron a las mujeres que se retiraran, cosa que hicieron, e indicaron a varios ancianos que estaban sentados en el salón y a mí que los siguiéramos hasta el estudio del rabino.

»Me hallaba rodeado por una asamblea de mayores.

»Uno de los hombres cogió una tiza blanca, dibujó un círculo en la alfombra y me ordenó que me colocara en medio del mismo.

»—No —repliqué—. He venido aquí en una misión de amor, para impedir el mal; he venido tras haber amado a dos personas que han muerto. Ellas fueron quienes me enseñaron el significado del amor. No me comportaré como el Sirviente de los Huesos. No os haré ningún daño. No dejaré que el odio, la ira o la amargura sigan gobernando mis actos, ni permitiré que me obliguéis a colocarme dentro de ese círculo. Soy demasiado fuerte para dejarme constreñir por ese círculo. Estoy aquí por amor a Nathan.

»El rabino se sentó ante su escritorio, más grande y de aspecto más solemne que el escritorio que se hallaba en el sótano, donde lo había visto por primera vez. Parecía estar desesperado.

»—Rachel Belkin ha muerto —le informé en yiddish—. Se ha suicidado.

»—¡Las noticias afirman que tú la mataste! —contestó el rabino, también en yiddish. Los otros ancianos asintieron con la cabeza, al tiempo que murmuraban entre dientes.

»Un hombre muy viejo, calvo y delgado, con la cabeza como una calavera que estuviera cubierta de seda negra, avanzó hacia mí y me miró a los ojos.

»—Nosotros no vemos la televisión, pero las noticias se propagan con rapidez. Dicen que tú



mataste a Rachel y a su hija.

»—Eso es mentira —protesté—. Esther Belkin conoció al hermano de Gregory, Nathan, en el distrito de los diamantes. Le compró un collar. Creo que Gregory Belkin la asesinó porque ella conocía a su familia y en especial a su hermano mellizo. Nathan corre peligro.

»Todos me miraron atónitos. Yo era incapaz de predecir lo que iba a suceder. Sabía que tenía un aspecto un tanto raro con mi traje de terciopelo, adornado con gemelos y un reloj de oro en la muñeca y con mi barba y mi pelo largo y negro, pero ellos ofrecían un aspecto no menos extraño con sus barbas y sus sombreros, pequeños o de ala ancha, y sus trajes de seda negros de estilo peculiar.

»Poco a poco fueron formando un círculo a mi alrededor y entonces empezaron a formularme una serie de preguntas. Al principio no entendí a qué venía aquello. Luego comprendí que se trataba de una prueba. La primera pregunta era la siguiente: “¿Podrías citar algún pasaje de un libro de la Torá?”. Utilizaron cartas y nombres que yo comprendía perfectamente. Respondí a todas sus preguntas, recitando las citas primero en hebreo y luego en griego y, en ocasiones, para dejarlos asombrados, en antiguo arameo.

»—Nombra a los profetas —me exigieron.

»Yo obedecí, incluyendo a Enoc, que había sido un profeta durante mis tiempos en Babilonia, al cual ellos no conocían. Eso les chocó.

»—¿Babilonia?

»—¡No recuerdo! —contesté—. Tengo que impedir que Gregory Belkin lastime a su hermano Nathan. Estoy convencido de que mató a Esther porque ésta averiguó la existencia de Nathan y lo conoció personalmente, aparte de otros datos sospechosos.

»Luego me interrogaron sobre el Talmud: ¿Qué eran los *mitzvot*? Les dije que eran 613, y que consistían en unas leyes o normas generales referentes a la actitud, las obras y al comportamiento de uno. Las preguntas no cesaban. Se referían al ritual y a la purificación, a lo prohibido, a los rabinos heréticos y a la Cábala. Respondí a todas las preguntas con rapidez, a veces en arameo, aunque por lo general en yiddish. Cuando recité unas citas de la Biblia de los Setenta, lo hice en griego.

»En ocasiones me referí al Talmud babilonio y en otras al antiguo Talmud de Jerusalén. Respondí a todas las preguntas sobre números sagrados. Los hombres planteaban cuestiones cada vez más complejas, como si trataran de superarse unos a otros.

»Al fin perdí la paciencia.

»—¿Os dais cuenta de que si seguimos así, como si estuviéramos en la *yeshiva*, la vida de Nathan tal vez corra peligro? ¿Cómo llamáis a Nathan entre vosotros? Ayudadme a salvarlo, en nombre de Dios.

»—Nathan se ha marchado —contestó el rabino—. Se ha ido muy lejos, donde Gregory no logre dar con él. Se halla a salvo en la ciudad del Señor.

»—¿Cómo sabes que está a salvo?

»—El día después de la muerte de Esther partió hacia Israel. Gregory no conseguirá encontrarlo allí. Nunca dará con él.

»—El día después... ¿Te refieres a la víspera del día en que me viste por primera vez?

»—Sí. Si no eres un espíritu demoníaco que mora en el cuerpo de una persona viva, ¿qué eres?

»—No lo sé. Deseo ser un ángel y me propongo conseguirlo. Dios juzgará si he cumplido Su

voluntad. ¿Por qué se fue Nathan a Israel?

»Los ancianos miraron al rabino, el cual parecía confundido. El rabino contestó que no estaba seguro de por qué Nathan había decidido partir precisamente entonces, pero que por lo visto su dolor por la muerte de Esther había influido en su decisión y dijo que quería comenzar cuanto antes unos trabajos en Israel. Esos trabajos consistían en unas copias de la Torá, que se proponía traer luego a casa. Un trabajo rutinario.

»—¿Puedes localizarlo? —pregunté.

»—¿Por qué habríamos de darte más detalles? —replicó el rabino—. Nathan se encuentra a salvo de Gregory.

»—No lo creo —dije—. Ahora que estáis todos reunidos aquí, quiero que respondáis a una pregunta: ¿Alguno de vosotros invocó al Sirviente de los Huesos? ¿Acaso lo hizo Nathan?

»Los ancianos movieron la cabeza en sentido negativo y miraron al rabino.

»—Nathan jamás cometería semejante profanación.

»—¿Creéis que soy un ser demoníaco? —pregunté—. Venid. Os invito a tratar de exorcizarme en nombre del Señor Dios de las Hostias. Permaneceré firme en mi amor por Nathan, por Esther y por Rachel Belkin. Deseo impedir que se cometa un mal. No lograréis hacer que desaparezca. Adelante, pronunciad vuestras palabras mágicas del Cábala, vuestro conjuro.

»Todos los ancianos comenzaron a cuchichear y el rabino, que aún estaba furioso, entonó un cántico en voz alta con objeto de exorcizarme, al que se unieron los demás. Yo les observé impasible, sin sentir nada, sin dejar que aflorara mi ira, tan sólo experimentando amor hacia ellos, y pensando con amor en mi amo Samuel y en que el odio que sentía hacia él probablemente se debiera a algo de naturaleza humana. En cualquier caso, no lo recordaba. Recordaba Babilonia, y al profeta Enoc, pero cada vez que experimentaba tristeza, odio o amargura desechaba esos sentimientos y pensaba en el amor, el amor profano, el amor sagrado, el amor hacia el bien...

»Aún no lo lograba recordar a Zurvan con nitidez, sólo los sentimientos que me inspiraba, pero en aquellos momentos cité palabras suyas en voz alta. Cada vez utilizaba unas palabras distintas, pero la cita era la misma: “El propósito de la vida es amar e incrementar nuestros conocimientos sobre la complejidad de la Creación. El amor es lo que Dios nos enseña”.

»Los ancianos continuaron con su conjuros mientras yo me devanaba los sesos en un intento de hallar las palabras adecuadas, pidiendo al mundo que me proporcionara las palabras idóneas para aplacarlos, del mismo modo que me había proporcionado la ropa que llevaba puesta, o la piel que me cubría y que parecía humana.

»Entonces vi las palabras. Vi la habitación, que no reconocí, aunque ahora sé que se trataba del *scriptorium* que había en casa de mi padre. Lo único que comprendí entonces fue que me resultaba familiar y entoné las palabras tal como las había recitado mucho tiempo atrás, con un arpa sobre mis rodillas, tal como yo mismo las había escrito una y otra vez. Las canté en la antigua lengua en la que las había aprendido, en voz alta y siguiendo un ritmo acompasado mientras me balanceaba de un lado a otro:

*Te amaré, oh Señor, con todas mis fuerzas.*

*El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi  
redentor; mi Dios, mi fuerza,  
en quien confío, mi escudo,  
el cuerno de mi salvación y mi torreón.*

*El dolor de la muerte me rodeaba,  
los diluvios provocados por hombres impíos  
me hicieron temer.*

*El dolor del infierno me rodeaba:  
las trampas de la muerte me impedían,  
en mi desesperación, que invocara al Señor.  
Llamé a mi Dios, y Él oyó mi voz...*

»Mis palabras hicieron enmudecer a los ancianos, que me contemplaban asombrados. Ya no me temían ni me odiaban. Incluso el alma del rabino se había sosegado y su rencor se había desvanecido.

»Entonces dije en arameo:

»—Perdono a quienes me convirtieron en un demonio, quienes quiera que fuesen, y fuera cual fuere su propósito. Al aprender a amar a través de Esther y de Rachel, llegué a amar también a Nathan y a Dios. Amar es conocer el amor, lo cual significa amar a Dios. Amén.

»De pronto el rabino adoptó un aire de recelo, pero no recelaba de mí. Miró el teléfono que había sobre su escritorio. Luego me miró a mí.

»El más anciano del grupo dijo en hebreo:

»—De modo que era un demonio que deseaba ser un ángel. ¿Es eso posible?

»El rabino no respondió.

»De repente, el rabino descolgó el teléfono y marcó una larga serie de números, demasiados para que yo me fijara en ellos o los recordara, y empezó a hablar en yiddish.

»Preguntó si estaba Nathan, si había llegado sano y salvo. Dijo que suponía que alguien le habría informado en caso de que Nathan no hubiera llegado, pero que deseaba hablar con su nieto.

»De pronto su rostro mostró una expresión de temor. En la habitación se hizo un profundo silencio. Todos los hombres lo miraron, como si adivinaran lo que estaba pensando.

»—¿No te dijo que iba a ir? ¿No has tenido noticias de él? —preguntó en yiddish el rabino, al teléfono.

»Los ancianos estaban muy preocupados, al igual que yo.

»—¡No está allí! —exclamé—. ¡No está!

»El rabino repasó todos los detalles con quienes se hallaban al otro lado del hilo telefónico. No sabían nada sobre el viaje de Nathan a Israel. Sus últimas noticias eran que Nathan visitaría el país más adelante, como solía hacer cada año. Todo estaba preparado para su llegada, pero no habían recibido ninguna llamada de él indicándoles que iba a adelantar el viaje.

»El rabino colgó el auricular.

»—¡No se lo digáis a Sarah! —advirtió a los otros, al tiempo que alzaba la mano. Los ancianos

asintieron con la cabeza. Luego el rabino dijo al más joven del grupo que fuera en busca de Sarah—. Yo hablaré con ella.

»Sarah entró en la habitación; se trataba de una mujer modesta y humilde, muy hermosa, que lucía una grotesca peluca castaña sobre su pelo natural. Tenía los ojos pardos y rasgados, y una boca preciosa. De ella emanaba una gran bondad y me miró con timidez, sin pretender juzgarme.

»Luego lanzó una mirada inquisitiva al rabino.

»—¿Ha telefoneado tu marido desde que partió?

»Sarah dio un no por respuesta.

»—¿Lo acompañasteis Jacob y tú al aeropuerto?

»La mujer contestó de nuevo con una negación.

»Silencio.

»Sarah me miró y luego bajó la vista.

»—Discúlpame —tercié yo—, ¿te dijo Nathan que se iba a Israel?

»La mujer asintió con la cabeza, y añadió que había ido a recogerlo el coche de un amigo muy rico que residía en la ciudad, y que Nathan dijo que regresaría pronto.

»—¿No te dijo el nombre de su amigo? —inquirí—. Te ruego que lo digas, Sarah, es muy importante.

»La mujer me observó con serenidad y de pronto tuve la sensación de que se había accionado un resorte en su interior. Vi en sus ojos la misma dulzura que había advertido en la joven que me había encontrado en la calle en aquella ciudad del sur, en Esther y en Rachel, una dulzura femenina que es por completo distinta a la dulzura de los hombres.

»Quizás eso es lo que sucede cuando uno ama de verdad, pensé: los demás corresponden al amor que sientes por ellos. Me sentí tan libre de odio e ira que me eché a temblar, pero imploré a Sarah con la mirada que respondiera a mi pregunta.

»Turbada, la mujer miró al rabino, agachó la cabeza y se sonrojó. Parecía estar a punto de romper a llorar.

»—Se llevó el collar de diamantes —dijo—, el collar que pertenecía a la hija de su hermano, Esther Belkin. Iba a entregárselo a su hermano.

»Tras estas palabras, se puso a llorar con suavidad.

»—Cuando se enteró de que decían que el collar había sido robado —dijo—, cuando oyó esa historia, comprendió que no era cierta. El collar se hallaba en su poder, se lo había dado Esther Belkin para que lo reparara. —Sarah se tragó las lágrimas y continuó—: Rabino, Nathan no quería que nadie se enfadara. Telefoneó a su hermano para informarle. Me dijo que su hermano se había echado a llorar. Fue a recogerlo el coche para trasladarlo a casa de su hermano, para que Nathan pudiera restituirle el collar que pertenecía a Esther, y su hermano dijo que quería que Nathan lo acompañara a Israel para visitar juntos el Muro de las Lamentaciones. Nathan me prometió que cuando hubiera consolado a su hermano, regresaría. Dijo que trataría de traer a su hermano a casa.

»—Era de esperar —dije.

»—Silencio —me ordenó el rabino—. Sarah, no te lamente ni te entristezcas. No te preocupes. No estoy enfadado por el hecho de que Nathan se marchara con su hermano, pues actuó de buena fe, por amor.

»—Así es, rabino —contestó la mujer—. Lo hizo por amor.

»—Deja este asunto en nuestras manos.

»—Lo siento, rabino. Pero Nathan quería a su hermano y le apenó mucho la muerte de esa chica.

Decía que algún día Esther acabaría por venir a nosotros y se convertiría en una de los nuestros. Estaba totalmente convencido de ello. Afirmaba haberlo visto en sus ojos.

»—Comprendo. No pienses más en ello, Sarah. Puedes retirarte.

»Sentí lástima de ella. Sabía que algo andaba mal, pero no sabía el qué ni conocía la gravedad de la situación.

»—Ha ocurrido lo que me temía —dije.

»El anciano esperó en silencio a que yo continuara.

»—Gregory utilizó el collar para atraer a Nathan. Publicó esa estúpida historia del robo del collar para que Nathan le telefonara y así persuadirlo de que acudiera a verlo y se quedara unos días con él. Nathan os preparó para su prolongada ausencia. Todo fue idea de Gregory. Haré cuanto esté en mi poder para lograr que Nathan regrese indemne. No puedo quedarme con vosotros; el tiempo apremia. ¿Queréis darme vuestra bendición? No os suplicaré que me la impartáis, pero si lo hacéis la recibiré con amor en el nombre del Señor. Me llamo Azriel.

»Los ancianos protestaron de forma airada, alzando las manos y retrocediendo espantados. Su reacción respondía al temor de conocer el nombre de un espíritu, aunque yo no había previsto que se alarmaran de ese modo. Me llevé las manos a las sienes y reflexioné unos instantes: “¡Revélame las palabras! Sé que mi nombre no es sinónimo de maldad”. Luego declaré:

»—Mi padre me impuso el nombre de Azriel cuando me practicaron la circuncisión en nuestra casa de oraciones, en Babilonia. Pertenezco a una de las últimas tribus que fueron raptadas por Nabucodonosor y obligadas a abandonar Jerusalén. Es un nombre aceptado por Dios, por la tribu y por mi padre. En aquellos tiempos reinaba Nabónides y practicábamos nuestra fe en paz bajo su mandato. Cantábamos todos los días la canción del Señor en aquella tierra extraña.

»Me sentía invadido por un torrente de energía, pero el recuerdo era poco nítido, le faltaba color. Sólo sabía que lo que acababa de decir era cierto, y que si lograba descifrar ese maldito misterio, ese horror, quizá con el tiempo recordaría otras cosas; al igual que había recordado eso, tal vez consiguiera recordar todo mi pasado. No con odio, sino con amor. Me sentía fascinado por el amor, no cabía duda.

»Un murmullo recorrió la estancia. Los ancianos se preguntaron si ése era mi nombre en hebreo, si era mi nombre humano, si mi nombre estaba bendecido por Dios. Algunos afirmaron que el hecho de conocer mi nombre les daba poder sobre mí y otros murmuraron que yo era un ángel.

»Luego, después de que el rabino asintiera con la cabeza, todos me impartieron sus bendiciones. Yo no sentí nada, pero al menos no los detestaba; los amaba y los aceptaba tal como eran. Sin embargo, mi temor por Nathan aumentaba con cada segundo que transcurría.

»—Pero ¿qué es lo que se propone Gregory? —murmuró el rabino como si hablara para sus adentros.

»—No lo sé —respondí con sinceridad—. Pero Nathan es su hermano mellizo, ¿no es cierto? Y tu nieto Gregory se cree el Mesías, ¿me equivoco? Imagino que pretende cambiar el mundo.

»El anciano me miró perplejo y horrorizado.

»—Si te necesito, por el bien de Nathan, por el bien de todas las criaturas que han sido creadas por Dios, ¿acudirás a mi llamada?

»—Sí —contestó el rabino.

»Cuando me disponía a salir caminando de la habitación, decidí, por razones obvias, que era preferible que me esfumara. Lo hice despacio, para impresionarlos, me volví transparente y me elevé con los brazos extendidos hasta desaparecer por completo. No creo que advirtieran unas gotas de humedad en el ambiente; a buen seguro, sólo sintieron una ráfaga fría y otra de calor, como suele suceder cuando un espíritu desaparece.

»Los dejé contemplando estupefactos el lugar que yo había ocupado en la estancia. Deseaba tranquilizar a Sarah, a quien vi sentada a la mesa de la cocina, llorando, pero no había tiempo que perder.

»Ascendí cada vez más alto.

»—¡Gregory! —exclamé mientras me dirigía hacia el lugar donde supuse que se hallaría el amo del Sirviente de los Huesos: su templo. En mi condición de espíritu me resultaba imposible buscar a Nathan. No lo había visto nunca, no conocía su olor, no había visto ni tocado su ropa. Era posible que se encontrara durmiendo en una de las estancias del templo que yo había recorrido, invisible, la noche anterior. Pero no me había fijado en los rostros, y allí había centenares de ellos.

»Dirígete hacia donde se encuentra Gregory. El peligro que corría Nathan procedía de su hermano, del templo, y era allí adonde debía dirigirme yo. Al menos, pensé con alivio, sea lo que fuere que Gregory tiene reservado a Nathan, probablemente nadie se ha enterado todavía.

»Por otra parte, las personas que yo había visto en el templo trabajaban a toda velocidad en un proyecto llamado El Fin de los Tiempos.

## 23

—La multitud rodeaba el Templo de la Mente. Yo aterricé en medio de ella sin ser visto, entre las cámaras y los reporteros de la radio, y averigüé que Gregory Belkin iba a aparecer a las seis de la tarde, o antes, para hacer unas declaraciones de suma importancia respecto a la identidad de sus enemigos y los enemigos del templo. Se proponía nombrar a los terroristas para tratar de impedir que se llevaran a cabo nuevos atentados.

»La muchedumbre era tan numerosa que bloqueaba la Quinta Avenida, y muchos de los seguidores del templo, que habían sido apartados a un lado por la prensa, rezaban en el aparcamiento.

»Ascendí y penetré en el edificio. Hallé a Gregory sentado en una estancia inmensa junto a otros cinco individuos, entre los gigantescos mapas electrónicos y numerosos monitores; estaban ultimando los detalles del proyecto. La estancia se encontraba insonorizada, y antes de hacerme visible comprobé que no hubiera ninguna cámara espiando el interior de la habitación. Todos los monitores recogían imágenes del exterior, y las paredes de la habitación tampoco tenían oídos.

»Mientras descendía oí decir a Gregory:

»—No sucederá nada hasta dos horas después de que me hayan declarado oficialmente muerto...

»Sus palabras me obligaron a actuar con rapidez.

»Aparecí ataviado con una vestimenta babilonia de terciopelo azul y oro, luciendo barba y el pelo largo. Agarré a Gregory del cuello y lo arranqué de la silla.

»Los hombres se precipitaron sobre mí, pero yo los obligué a retroceder. A través de otra puerta entró un pequeño grupo de soldados que iban armados hasta los dientes. Alguien disparó una pistola. Gregory gritó no. Ese pequeño grupo de guardias implacables me rodeó con sus poderosos rifles modernos, esos que te paralizan con un haz de luz antes de matarte de un disparo. Todos ellos tenían aspecto de asesinos.

»Los hombres que estaban sentados alrededor de la mesa eran menos violentos, aunque mostraban un aire no menos serio y enérgico; entre ellos se encontraba el médico que era cerebro del grupo. Emanaban un tufo a resentimiento y desconfianza y me observaron con irritación por haberlos interrumpido.

»—No, calmaos —dijo Gregory—. Esto es inevitable pero no nos detendrá. Es un ángel enviado por Dios para ayudarnos.

»—¿De veras? —pregunté yo—. ¿Qué has hecho con tu hermano? Si no me dices la verdad, te despedazaré y estos hombres morirán contigo. No me dejas otra alternativa. ¿Qué es eso de tu muerte

oficial? Habla o te destruiré.

»Gregory suspiró y ordenó a los otros hombres que se retiraran.

»—Todo saldrá según lo planeado; pero este ángel necesita averiguar el alcance de su poder —dijo—. Dejados solos, regresad a vuestras mesas de trabajo y ocupaos de que mi hermano esté cómodo y no tema nada. Todo será glorioso. Vivimos en una época de milagros. Esta criatura que veis aquí es un milagro de Dios. No digáis una palabra de esto a nadie.

»Los hombres que estaban sentados a la mesa salieron con asombrosa rapidez, pero los soldados no parecían muy convencidos de que Gregory supiera lo que hacía, y éste tuvo que desplegar todas sus dotes de persuasión para que abandonaran la estancia.

»Una vez solos, obligué a Gregory a que tomara asiento otra vez de un empujón.

»—Eres un embustero y un monstruo —dije—. ¿Cómo has sido capaz de decir a todo el mundo que yo había matado a tu esposa y a tu hija? Dime dónde se encuentra Nathan, dime lo que te propones hacer.

»Examiné los monitores que estaban situados en la parte superior de las paredes. Cubrían todas las entradas, el vestíbulo, los ascensores que estaban fuera de servicio. Principalmente vi espacios vacíos, y unos guardias que pasaban de vez en cuando.

»Los mapas resultaban impresionantes; estaban repletos de centelleantes colores de neón, que representaban unos países en escarlata y amarillo surcados por unos ríos trazados con luz, que parecían relámpagos. Pero no había tiempo de admirar esos detalles.

»—¿No lo adivinas, inteligente espíritu? —preguntó Gregory sonriendo—. Me alegro de verte. ¿Por qué has tardado tanto? Te necesito, el tiempo apremia.

»—Sé que te propones utilizar a tu hermano —respondí—, hacer que te sustituya y lo maten, para que tú puedas resucitar de entre los muertos. Eso es fácil de adivinar. La hora fijada es las seis de la tarde. O antes, no importa. Quiero que me entregues a tu hermano de inmediato, sano y salvo, para que lo lleve de nuevo con sus gentes.

»—No, Azriel —contestó Gregory en tono razonable y exhibiendo una inquebrantable seguridad en sí mismo—. Siéntate y permíteme que te explique lo que va a ocurrir. Eres incapaz de imaginar la belleza de mi plan, y te aseguro que Nathan no sufrirá dolor alguno. Está sedado y apenas se da cuenta de lo que sucede.

»—¡Estoy seguro de ello! —repliqué en tono despectivo. De pronto recordé una imagen en la que aparecían unas personas que me daban algo de beber y me decían: “No temas, no sufrirás”. Mientras me pintaban la piel con oro líquido.

»—Aunque me mates —dijo Gregory—, no conseguirás cambiar nada. El plan se pondrá en marcha una vez que yo haya muerto. Si quieres que muera antes de las seis, sólo lograrás adelantar la puesta en marcha de El Fin de los Tiempos. Todo está listo. Sólo yo puedo detenerlo. Sería una estupidez que me mataras. —Gregory me indicó que me sentara y continuó—: Esta habitación está insonorizada, no dispone de un monitor de seguridad. Lo que digamos aquí es confidencial; nadie se enterará de ello. Deseo que me escuches con atención y procures comprenderme.

»—¿Y los soldados?

»—He pulsado un botón que hay debajo de esta mesa. No volverán a entrar, pero lo que voy a contarte debe permanecer en secreto, el mundo no debe saberlo jamás. Cuando abandones esta



habitación tienes que haberte convertido en uno de los nuestros. Debemos abandonarla juntos.

»—Estás soñando.

»—No. Te falta visión de futuro, espíritu. Has vivido demasiados siglos como esclavo. No has llegado a conocer tu auténtica fuerza hasta ahora, en esta época. Reconócelo. Los médicos hallarán semen en el cadáver de mi esposa. Veo que se ha borrado tu expresión de asombro y desconcierto, espíritu. ¿Acaso fue mi esposa quien te enseñó a ser un hombre?

»Yo no respondí. Sin embargo, tenía la sensación de que no conseguiría resolver la situación cortándolo a pedacitos como si fuera un nudo gordiano.

»—Tienes razón —dijo Gregory—. Siéntate y escucha.

»Me senté en la silla que se encontraba a su izquierda.

»Gregory cogió un pequeño mando de control remoto que estaba repleto de botones. Yo apoyé la mano sobre él.

»—Limítate a controlar los monitores. En su mayoría son monitores de seguridad. Sólo dos contienen una película. Mira allí arriba, sobre el mapa central.

»En dos de las pantallas aparecieron de forma simultánea unas imágenes fijas, unas fotografías que permanecieron allí unos breves segundos; mostraban a personas que morían de hambre, cadáveres, campos de batalla, edificios destruidos por bombas, gigantescos montones de basura. Las fotografías constituían un panorama que abarcaba todo el mundo. En una vi unos templos mayas que aparecían rodeados de aldeanos; en otra, unas ruinas cuya localización reconocí como Camboya.

»Gregory contempló esas imágenes casi con serenidad, como si hubiera olvidado mi presencia o no le diera importancia.

»—Quiero que me asegures que Nathan no sufrirá ningún daño —dije.

»—Te lo aseguro —contestó Gregory—. No le ocurrirá nada, al menos hasta las seis, y eso depende de que yo dé la señal. Pero debo advertirte, estimado ángel, que no tienes el menor poder para obligarme a hacer un trato contigo.

»—¿Tú crees?

»Gregory se volvió y me dedicó una sonrisa amable, orgulloso y desbordante de felicidad.

»—He esperado mucho tiempo a que esto ocurriera —dijo—, y de improviso apareces tú. Creo que Dios te ha enviado como respuesta al sacrificio de Esther. No comprendí la simetría ni la brillantez de este esquema hasta algo más tarde. Ofrecí a Esther, a quien yo amaba profundamente, como víctima propiciatoria, y de pronto descendiste tú del cielo. —Parecía estar hablando con total sinceridad.

»—No descendí del cielo —respondí—. ¿Dónde está Nathan?

»—Primero —dijo Gregory—, pensemos de forma inteligente. Si pierdes tu angelical compostura y me matas, sólo conseguirás que el plan se active de forma automática. Si deseas que conversemos en un clima de comprensión y tolerancia, si pretendes modificar algo, debes escucharme.

»—De acuerdo —contesté—. Pero tu plan consiste en matar a Nathan a las seis. Tú mismo lo has reconocido. Y podrías hacerlo antes. Lo inscribiste con tu nombre en el hospital para crear unas pruebas de ADN y dentales que suplieran la identidad de Nathan por la tuya de forma que los médicos certificaran tu muerte, ¿no es así?

»Gregory no parecía alegrarse de que yo hubiera llegado a esa conclusión.

»—Es una tosca versión de lo que he conseguido —respondió—. Lo que está en juego es el mundo, Azriel. ¡El Señor debe de haberte enviado para que seas mi testigo divino!

»—No te pongas romántico, Gregory, y cuéntame tu plan. Imagino que has puesto a buen recaudo los documentos del ADN que utilizarás para sustituir los de Nathan, y que esos documentos confirmarán tu identidad una vez que hayas resucitado. Deduzco que hay muchas personas implicadas en este asunto, moviendo y eliminando datos.

»—Estoy empezando a admirar tu inteligencia —contestó Gregory—. Utilízala. ¡Todo esto es por el bien del mundo! Por eso hacemos lo que hacemos. No puedes impedir que ocurra, y ten presente que cuando se produzca El Fin de los Tiempos, cosa que sucederá poco antes de la medianoche de hoy, me necesitarás. Me necesitarás de forma desesperada, igual que todos los seres vivos que pretendan seguir viviendo. De lo contrario se desencadenarán una serie de catástrofes.

»—Muy bien, explícame en que consiste el proyecto de El Fin de los Tiempos. ¿Qué es lo que va a ocurrir? Harás que asesinen a Nathan. Y luego ¿qué? ¿Resucitarás de entre los muertos?

»—Dentro de tres días —respondió Gregory con frialdad—. ¿No es eso lo que hizo el otro Mesías?

»Tres días. Vi unas imágenes borrosas y horripilantes de unos leones y un odioso enjambre de abejas, danzando. Me estremecí y traté de apartar esos recuerdos de mi mente. Vi la cruz de Jesucristo. Vi a Jesucristo resucitado en cuadros antiguos y modernos. Oí unas palabras cristianas en griego y en latín.

»—Quiero que comprendas esto —dijo Gregory—. He pensado muchas veces que tú eres el único capaz de apreciar la magnitud de mi plan.

»—Explícate.

»—No hay nadie que posea mi coraje, Azriel. Nadie. Se requiere coraje para matar. Lo sabes perfectamente. Conoces el tiempo y el mundo; a buen seguro has presenciado guerras, has visto a gente morir de hambre, has asistido a numerosas injusticias. Pero, ante todo, permite que te haga una advertencia. Si te niegas a escucharme, si decides que mi muerte es necesaria y no te importa la suerte que corra el mundo, queda un pequeño detalle: los huesos. Están en un horno, dentro de este edificio. Una palabra mía y se fundirán hasta quedar reducidos a oro líquido. A propósito, supongo que te gustaría saber los resultados de nuestros análisis, ¿no es así?

»—No pierdas el tiempo. Prefiero que me hables sobre El Fin de los Tiempos.

»—¿No quieres saber qué contienen tus huesos?

»—Ya lo sé: mis huesos.

»Gregory sacudió la cabeza a modo de negación y sonrió.

»—Ya no —dijo—. El hueso humano ha sido casi enteramente devorado por los metales que lo cubrían. Apenas queda nada. Lo cual significa a mi entender que en cuanto el metal se caliente quemará y eliminará todo rastro de sustancia humana.

»—¿Eso crees? —pregunté sonriendo—. Qué divertido. Los resultados de esos análisis tienen un significado muy distinto para mí. ¿Hallaste suficiente materia para descifrar el ADN?

»—No queda casi nada —contestó Gregory al tiempo que movía la cabeza en sentido negativo.

»—Me alegra oírlo. Pero continúa.

»Gregory me observó detenidamente. Luego extendió el brazo y me cogió la mano, y yo lo dejé

hacer sin apenas oponer resistencia. Estaba empleando a fondo todo su encanto; sus ojos mostraban la profundidad de la sabiduría, la sinceridad y la grandeza. Muy seductor. Rachel ya me había prevenido que utilizaría ese truco.

»Sin embargo, yo lo odiaba. Por Esther, por Nathan, como si el mundo no importara, o como si el hecho de sufrir por ellos equivaliera a sufrir por todas las injusticias perpetradas.

»—Azriel, mi sueño contiene una grandeza sin parangón, aunque también contiene crueldad y muerte, sí, al igual que las conquistas de Alejandro, o las de Constantino. Lo sabes de sobra. Sabes que Egipto vivió en paz durante dos mil años gracias a la crueldad y la voluntad de matar. Conoces o recuerdas bien esos prolongados períodos de paz: la paz de Alejandro, y después de él la Pax Romana.

»—Cuéntame tu plan.

»Gregory señaló el enorme mapa que colgaba en la pared, el mapamundi lleno de puntitos de luz. Eran unos puntitos de colores rojo y azul, aunque había algunos amarillos, que contrastaban con el intenso destello de las luces del mapa. Me fijé en los numerosos dibujos y marcas que mostraba éste. Se trataba de un mapa muy detallado.

»—Éstos son mis cuarteles generales repartidos por el mundo —dijo Gregory—. Son mis templos, mis presuntos hoteles de lujo, mis presuntas oficinas comerciales. Aeropuertos. Islas.

»—Dios, tu ambición no tiene límites —le dije—. ¿Pero no se te ha ocurrido pensar en el bien que podrías hacer, estúpido idiota moral?

»Gregory soltó una alegre carcajada, como la de un niño, y contestó:

»—De eso se trata, mi impulsivo e impertinente amigo. —Luego señaló los mapas y agregó—: Soy un genio moral. Todo está dispuesto para que dos horas después de confirmarse mi muerte se destruyan dos tercios de la población mundial. Ahora, antes de que protestes, deja que te explique que esto se llevará a cabo mediante un filovirus que hemos perfeccionado aquí y que se halla almacenado en varios de los templos que ves en esos mapas. No me interrumpas —ordenó al tiempo que levantaba la mano—. Se trata de un virus que mata en sólo de cinco minutos, o menos; permanece suspendido en el aire durante el tiempo en que el huésped respira, que no es más de cinco minutos; su primera acción inmediata es nublar el cerebro y luego proporciona a la víctima una sensación de paz y felicidad.

»Gregory sonrió con suavidad con la mirada perdida en el infinito, como si escuchara una música majestuosa y triunfal.

»—Nadie sufrirá, Azriel, al menos no más de unos breves minutos. Es un sistema perfecto si se compara con los atroces y torpes métodos que empleaba Hitler, quien se dedicaba a torturar y matar a los judíos. Era un monstruo loco y cruel. Un sepulturero, un traperero, una bestia que robaba el oro de las bocas de sus millones de víctimas. —Gregory se encogió de hombros—. En fin, quizás en aquella época no había más opción que utilizar esos métodos; no disponían de la tecnología moderna.

»Tras unos instantes, reanudó su relato:

»—El virus será arrojado junto con un gas letal que tiende a disiparse al cabo de cuatro horas. Ambas sustancias combinadas aniquilarán todo ser vivo y humano que se halle en la zona donde sean arrojadas. Mis aviones y helicópteros están preparados en todo el mundo para llevar a cabo esa misión. Sobrevolarán sobre los territorios señalados hasta haber exterminado todos sus habitantes.

»"Se han organizado batallones de infantería en varias ciudades que poseen una gran densidad de población, como Bagdad, El Cairo y Calcuta. Los soldados introducirán el gas y el virus en grandes edificios a través de sus sistemas de ventilación. Algunos de esos soldados están dispuestos a morir; otros llevarán unas prendas protectoras.

»—¡Dios mío! ¿De cuántas ciudades, países y poblaciones estás hablando?

»—De casi la totalidad del mundo, Azriel. Ya te lo he dicho: dos tercios de la población mundial. Considéralo como una plaga inevitable, una plaga bajo una forma angélica, destinada a eliminar la basura del planeta, como hicieron otras plagas en el pasado. ¿Sabes los efectos que tuvo la peste en Europa?

»—¿Cómo no voy a saberlo? —contesté. Pensé en Samuel y en aquellas casas de Estrasburgo envueltas en llamas.

»—Lo que no sabes es que de no ser por la peste, Europa sería hoy un desierto. No sabes la cantidad de personas que murieron durante la epidemia de gripe a principios de siglo. No sabes que el sida es un designio divino. No sabes que se requiere mucho coraje para aprender de la naturaleza y tratar de superarla, en lugar de limitarte a manipularla, sumiendo al mundo en un caos al tiempo que la destruyes.

»—¿A qué países del mundo te refieres? ¿A Asia?

»—Desde luego —respondió Gregory—. Asia, Oriente, todos serán barridos de la faz de la Tierra. También el norte de Rusia; sólo se salvará una parte del este de Rusia, aunque todavía no lo tengo decidido. Japón también desaparecerá.

»Gregory prosiguió muy excitado, sin detenerse para recuperar el aliento. Juraría que de él emanaba una extraña luz.

»—No llevas suficiente tiempo en la Tierra para comprender la lógica de mi proyecto. En primer lugar, destruiremos todas las zonas pobladas del continente africano. Imagínatelo: vaciar África. Ya hemos señalado las aldeas, todas las zonas habitadas por hombres y mujeres. Los únicos animales que sobrevivirán serán los que habiten lejos de las zonas pobladas. Es una idea brillante. El filovirus no afectará a la mayoría de los animales, y el gas se disipará antes de que logre matar a la mayoría de ellos. Es muy complejo. Tiene unas fases. Pero todo está pensado para evitar que los seres que estén a punto de morir no sientan pánico, dolor o se den cuenta de lo que ocurre. No sufrirán, no tendrán que soportar la agonía que padecieron nuestros padres y otros judíos en los campos de concentración alemanes. Aquello fue atroz, bestial.

»No me atreví a interrumpirle. Pero puedes imaginar lo que yo sentía en aquellos momentos, Jonathan. Estaba aterrorizado, pero logré superar mi pavor con otro sentimiento más fuerte: la determinación de que no dejaría que ocurriera aquella locura. Debía impedirlo a toda costa.

»—Reconozco que posees una extraordinaria visión de futuro, Gregory —dije, disimulando mis auténticos sentimientos.

»—Todas las personas en la India y Pakistán serán eliminadas —continuó con un entusiasmo delirante—. Así como prácticamente toda la población de Nepal, y de las montañas. Por supuesto, Israel será aniquilado porque es preciso destruir Palestina, al igual que Irak e Irán. De hecho, desaparecerá el mundo entero: armenios, turcos... griegos, los Balcanes, que todavía están en guerra, Arabia Saudí, Yemen...

»—El Tercer Mundo, según lo llamáis vosotros —dije—. El mundo de la pobreza. Te refieres a él, ¿no?

»—Me refiero al mundo que padece una enfermedad incurable, las guerras, el hambre, y que nos arrastra a nosotros. El inmenso mundo insalvable, el que Alejandro no logró salvar, ni tampoco Roma ni Constantino ni el presidente de este país ni la ONU ni todos los débiles, torpes, liberales e ingenuos amantes de la paz, que lo único que saben hacer es presidir matanzas. —Gregory emitió un suspiro—. Sí, el mundo enfermo, incontrolable e insalvable. Es absolutamente esencial. Morirán todos. Mañana, a medianoche, la mayoría habrá muerto. Nuestros Templos están preparados para emprender mañana un nuevo ataque con gas letal sobre esas áreas. Nuestros camiones, aviones y helicópteros han sido camuflados como vehículos de asistencia médica. Nuestros hombres irán vestidos como médicos y asistentes sanitarios. Al verlos, la gente creerá que han acudido a socorrerlos, y cuando se acerquen a ellos en busca de ayuda los matarán sin torturarlos ni atemorizarlos. Es un plan brillante. Hemos hecho nuestros cálculos. Toda la población de El Cairo quedará destruida en dos horas. Calcuta llevará más tiempo.

»Gregory prosiguió con tristeza:

»—El tercer día será el peor, porque tendremos que perseguir a aquellos que hayan logrado sobrevivir y eso resultará difícil. Cundirá el pánico. Pero todo terminará rápidamente. Es posible que mis hombres se vean obligados a utilizar rifles, incluso bombas, pero esperemos que no. Al término del tercer día, el mundo se habrá convertido en un lugar bellissimo y silencioso.

»Gregory apoyó su cálida mano sobre la mía. Sus ojos relucían como ascuas.

»—Imagínatelo, Azriel, todo el continente africano quieto y silencioso, las hermosas pirámides de Egipto envueltas en el más profundo silencio, la atmósfera de El Cairo libre de toda contaminación, sus arenas purificadas. Imagínate el Zaire liberado de las epidemias y los misteriosos filovirus que amenazaban con destruir el mundo. Imagina a los que padecen hambre sumidos en un sueño eterno. Imagina el resurgir de las grandes selvas tropicales, las densas junglas rebosantes de flores y plantas, los animales salvajes del interior multiplicándose tal como Dios había previsto.

»"Oh, Azriel, mi sueño es tan grande como el sueño de Yahvé cuando ordenó a Noé que construyera un arca. Incluso he ideado la forma de albergar a las especies más importantes. He invitado a los genios y científicos más brillantes del mundo a asistir a un congreso que se celebrará aquí, a fin de que se salven. Mi país es mi arca, pero el resto de la humanidad debe morir. No existe ningún medio más hermoso, elegante o misericordioso de resolver la presente situación.

»—Así que estás dispuesto a aniquilar también Israel, a eliminar a tus propias gentes...

»—No queda más remedio. Además... debemos reclamar los Santos Lugares en medio de la paz y el silencio. No obstante, muchos judíos que residen aquí sobrevivirán. Todas las personas que viven en Estados Unidos y Canadá se salvarán. Ningún habitante de este país sufrirá daño alguno.

»"Los ataques emprendidos contra este hemisferio eliminarán sólo los territorios del sur: México, Centroamérica y el Caribe. Todas esas islas volverán a convertirse en unos lugares pacíficos y maravillosos, donde las flores brotarán de nuevo en todo su esplendor y las palmeras se mecerán bajo la brisa.

»"Pero todas las personas que viven en nuestro país y en Canadá sobrevivirán. El filovirus muere rápidamente. Hemos perfeccionado nuestra fórmula utilizando las tres cepas del Ébola y algunas que

hemos descubierto nosotros mismos. Como te he dicho, el gas se disipa; se descompone por completo. No tienes idea del trabajo y el esfuerzo que nos ha costado perfeccionar nuestra fórmula con el fin de evitar que los caballos y el ganado resultan afectados. No sabes las horas que hemos dedicado a nuestros trabajos de investigación para lograr que nuestro método resultara lo menos doloroso posible.

»Gregory suspiró de nuevo, meneó ligeramente la cabeza y dijo:

»—No te oculto que exterminaremos ciertas aldeas de la selva amazónica, pero en general la flora y fauna de esos lugares renacerá. No resultará dañada por esos venenos inteligentes. ¿Te das cuenta, Azriel, de que tengo trabajando para mí a verdaderos genios, a unos hombres que han trabajado durante años en programas gubernamentales sobre guerras bacteriológicas, unos hombres que saben cosas que tú y yo ignoramos por completo?

»—¿Y Europa? —pregunté—. ¿Vas a exterminar Asia Menor? ¿Los Balcanes? ¿Qué harás con Europa?

»—Ése es nuestro gran problema, desde el punto de vista estratégico, porque debemos eliminar a los alemanes, por lo que les hicieron a los judíos bajo el régimen de Hitler. Los alemanes deben morir. Es preciso que no se salve ni uno de ellos.

»"Sin embargo, no queremos perjudicar a otros países europeos. Salvo España. España no me gusta, tiene una excesiva influencia musulmana. Pero el exterminio de Alemania se llevará a cabo con gran sigilo, principalmente por soldados de infantería. Es posible que se produzcan víctimas entre la población francesa e inglesa, en especial los franceses e ingleses que se encuentren de viaje por Alemania en esos momentos. —Gregory se levantó y se acercó al mapa—. Todo se encuentra dispuesto. Todo está en orden, han sido enviadas las últimas partidas de sustancias químicas. Lo que queda en el edificio puede utilizarse para atacar a cualquiera que entre en él. Hay unas áreas que serán selladas, donde podemos gasear a la policía y a las autoridades.

»"Como es lógico, de algunas de esas áreas selladas partirán los únicos boletines de noticias que se recibirán en Estados Unidos —prosiguió Gregory—. Tendremos la ventaja de poder describir esta plaga humanitaria que arrasará el mundo. Habremos escrito nuestro poema, que será digno de ser recordado, como la historia de las batallas de Darío que aparecen grabadas en la roca.

»Gregory señaló varios monitores cuyas cámaras permanecían orientadas hacia unos pasillos o estancias y ascensores desiertos:

»—Unas trampas donde matar a nuestros enemigos. Este edificio es una fortaleza.

»"Al tercer día, mientras el país llora sumido en la confusión por el resto del mundo, aunque suspirando de alivio en secreto por haberse librado de él, yo resucitaré para relatar las muertes que he presenciado en el mundo entero y afirmar que esta plaga era inevitable y era la voluntad de Dios. Todos los miembros de mi templo están preparados para asumir el mando.

»—¿Saben tus estúpidos seguidores que todo esto es un fraude? —pregunté—. ¿Saben que en realidad será Nathan, tu hermano mellizo, quien será asesinado?

»Gregory sonrió pacientemente, de espaldas al mapa, con los brazos cruzados.

»—Tú lo llevaste al hospital engañado para conseguir el ADN que necesitas con el fin de verificar tu muerte —dije—. ¿Cuántas personas están al corriente de este fraude? ¿Cuántas participarán en el momento clave en la sustitución de los documentos de ADN a fin de verificar tu

resurrección?

»—Lo conocen algunos de mis colaboradores más importantes. Por supuesto, la gran mayoría de mis seguidores no lo saben. Saben quién soy, y cuando aparezca sabrán que se trata de Gregory. Asumo toda la responsabilidad respecto a este plan. Me hago responsable del asesinato del mundo, y de la creación del nuevo mito de mi viaje de ida y vuelta al infierno. Yo soy el nuevo Mesías. Soy el Ungido. Y mis secretos son míos, al igual que los secretos de Yahvé eran suyos.

»Gregory hizo una pausa para calmarse. Tenía los ojos húmedos de emoción.

»—Eres muy hermoso, Azriel. Te necesito. Has venido a la Tierra para permanecer a mi lado. Has sido enviado por Dios.

»—Continúa relatándome tu plan. ¿Cuántas personas lo conocen? —pregunté.

»—Sólo unos pocos en este edificio saben que lo de la muerte y la resurrección es un truco. Al igual que la primera vez, ¿no crees?

»—La primera vez... —murmuré—. ¿Y cuando ocurrió por primera vez? ¿Te refieres al Calvario?

»—Ni siquiera las personas que distribuyen el gas a través de la India saben con exactitud de qué se trata. Sólo están informados quienes lo preparan. Existen diversos niveles de conocimiento. El mío es un mundo de fanáticos dispuestos a morir por mí, ¿comprendes?, morir por mí y un mundo nuevo. Escucha lo que voy a decirte. ¡Presta atención!

»"Imagina el alivio que sentirá la gente cuando sepa lo que ha sucedido. Lo digo en serio. Piensa en el alivio que sentirán los americanos y europeos inteligentes, todos los occidentales, o como quieras llamarnos.

»Gregory volvió a sentarse y se inclinó hacia mí.

»—Azriel, las personas se alegrarán de que la Gran Muerte se haya extendido por el mundo. ¡Estarán encantadas! Sólo quedará Occidente, con sus grandes recursos, nada más. Toda la pobreza, las enfermedades, las guerras tribales desaparecerán. Quedarán borradas de la faz de la Tierra. Se producirá un nuevo comienzo.

»"Nosotros, los del Templo de la Mente, asumiremos el control. Somos más numerosos que las autoridades de Washington, quienes al principio tal vez traten de oponer resistencia. No tendremos problemas en otros lugares. Hablaremos por la radio y la televisión para explicar que se ha cumplido la voluntad de Dios, que la Tierra está en paz y que se ha desembarazado de los millones que la cubrían como termitas y parásitos.

»—¿Crees que el presidente de este país te felicitará por ello?

»—Es probable que debamos matarlo. Pero al menos le habremos dado una oportunidad. De momento es un hombre en extremo brillante y muy atractivo. Las gentes de nuestro templo en Washington están preparadas. Hay tres mil seguidores nuestros situados a pocas manzanas de la Casa Blanca, y del Pentágono. Supongo que conoces esos importantes edificios. Podemos gasear a todas las personas que los ocupan. En caso necesario, podemos gasear a toda la población de Washington. Aunque esto me plantea un grave dilema, no creo que debiéramos aniquilar a nuestras propias gentes.

»—Muy humano de tu parte.

»—Más bien prudente. Queremos que el Gobierno comprenda que ha sido salvado por el profeta Gregory, quien debe cumplir la voluntad del Señor y ayudar a reconstruir un nuevo y próspero orden

mundial. Al menos, queremos dar al presidente y a nuestros congresistas la oportunidad de visualizar esos continentes desiertos donde podrán florecer de nuevo en todo su esplendor los campos de amapolas.

»Gregory me imploró con la mirada. Estaba sinceramente conmovido. No temblaba de miedo, sino de emoción ante lo que se avecinaba.

»—¿No lo comprendes, amigo mío? —preguntó—. Esto es lo que todo el mundo desea. Cuando una persona conecta la televisión por la noche y contempla la guerra de los Balcanes, se desespera. Pues bien, ya no habrá más guerras. Los bosnios y los serbios morirán.

»"Imagina no tener que volver a preocuparnos de los millones de seres que andan desnudos y desnutridos, de las inundaciones o las catástrofes que se producen en la India. Todo eso habrá desaparecido. Todas esas hermosas ciudades y templos yacerán vírgenes, dispuestos a renacer. La gente está cansada de oír hablar de los genocidios perpetrados en Irak, de los disturbios callejeros en Tel Aviv, de las matanzas en Camboya. Estamos hartos de presenciar la lucha del Tercer Mundo por la supervivencia, de sentirnos impotentes, castrados por nuestra superioridad y nuestros refinados valores.

»—¿Crees que todo el mundo desea esto?

»—Es lo que haría Alejandro, y Constantino. Nadie posee los medios, el valor, la inteligencia ni el coraje de hacer lo que voy a hacer. Sólo yo soy capaz de hacer esto. ¡Y lo haré! Atacaré como hizo el faraón cuando aniquiló a aquellos que habían invadido el valle del Nilo.

»Yo no respondí. En mi mente percibía el tictac de un reloj. A las seis de la tarde, o antes. ¿Qué hora era ahora?

»—Reflexiona —prosiguió Gregory—, piensa en lo que te he dicho. Imagina las selvas de Indochina y esas maravillosas ruinas libres de esas gentes que sólo piensan en la guerra. Imagina la majestuosidad de una ciudad como Berlín. Imagina sus recursos. De hecho, Alemania recuperará sus grandes recursos, y los alemanes que hayan padecido durante la guerra mundial celebrarán que Alemania haya desaparecido del mapa. Todas esas gentes lo tienen merecido. Yo nací para cumplir esta misión, tú eres testigo de ello.

»—¿Cómo puedes estar seguro de ello? —pregunté—. ¿Es que mi presencia no hace que te detengas siquiera un instante para meditar sobre lo que vas a hacer?

»—No. No cuando imagino el mundo después de El Fin de los Tiempos, ese paraíso. Imagina la tierra dulce y fértil cubierta de nuevo de hierba; sólo sobrevivirán los occidentales para reinventar, salvar y reconstruir las naciones sin dejar que vuelva a estallar el caos en el mundo. América colonizará esos pacíficos y maravillosos mundos, bajo mi mandato. Si el Gobierno decide ayudarnos, mejor que mejor. Necesitamos su ayuda. En caso contrario, asumiremos nosotros mismos el gobierno.

»—¿Crees que la gente de este país te dejará seguir adelante con tus planes?

»—Confía en mí. Lo harán en cuanto hayan comprendido la magnitud de lo que me propongo, cuando sepan que todo ha desaparecido, cuando se den cuenta de que vivimos en un mundo que ha recuperado sus recursos naturales, sus tierras prósperas y abundantes, sus hermosos monumentos, los fértiles y espléndidos lugares dispuestos para ser colonizados. Incluso nuestros afroamericanos estarán satisfechos de que no tener que preocuparse más por África. Los miembros americanos de



nuestras poblaciones minoritarias se salvarán. No existe ningún pueblo o raza que no disponga de una colonia en América. ¡Este país es el Arca! Cooperarán con nosotros. Nos venerarán. Venerarán al nuevo Mesías, el cual dará a conocer sus raíces hasídicas, y todo será escrito; será el acontecimiento más importante de la Historia.

»Yo dejé que continuara: estaba obsesionado con su plan, y nada ni nadie habría sido capaz de hacerlo callar, pues ésta era su aria.

»—Azriel, si supieras cuánto nos hemos esforzado en ayudar a esas naciones pobres. Si supieras las condiciones que imperan en Bagdad y en Israel. Si supieras la lamentable situación en que se halla el mundo.

»"La primera mitad de este siglo contempló a unos fascistas desquiciados como Hitler y Mussolini, Franco y Stalin. Vimos cómo fracasaban sus toscos métodos y Europa quedaba hundida en el dolor y la miseria.

»"Ahora ya no existen hombres como éstos en Occidente. No existe un solo líder en Occidente que posea la lucidez de Franco.

»"Debemos ir a los lugares donde reina la miseria, como Bagdad, para hallar a mezquinos dictadores como Saddam Hussein, o a los Balcanes para hallar a individuos dispuestos a luchar hasta la muerte. Ni siquiera Rusia cuenta con un estadista de la talla de Stalin, o Lenin, o Pedro *el Grande*.

»—¿Y consideras a esos hombres grandes? —pregunté—. ¿Crees que eran unos grandes estadistas?

»—No, eran malvados. Cometieron muchas atrocidades, aniquilaron a millones de seres. No creas que Stalin asesinó a menos personas que Hitler. Ambos mataron a millones de personas. Sin embargo, empleaban unos métodos toscos, sádicos, primitivos.

»"Ahora Occidente está gobernado por gente que se halla atrapada en su propia conciencia y benevolencia. Saben que deberían bombardear Irak e Irán hasta borrarlos del mapa, pero nadie tiene el valor de hacerlo. Todo el mundo sabe que África representa un caldo de cultivo de plagas que pueden exterminar el mundo y, sin embargo, nadie tiene el valor de aniquilar a su población.

»—¿Y aquí? ¿Qué haréis con los indigentes y los mendigos de este país?

»—Nosotros constituimos el Arca, ya te lo he dicho. En el Nuevo Mundo, nuestra pequeña población de insalvables gozarán de una nueva oportunidad, o serán ejecutados. No representan un problema. No es importante. Los problemas que puedan plantearse aquí son ínfimos.

»"Esto es lo maravilloso. América, la misma ciudad de Nueva York, contiene gentes de todas las razas, que pueden colaborar con nosotros para establecer un nuevo orden mundial. Si algunos se rebelan, por dolor al haber perdido su tierra, los mataremos. Pero no estamos en contra de ninguna raza ni tribu, y daremos asilo a todas las personas de todos los pueblos que logren sobrevivir.

»"Ten presente que emprenderemos una exhaustiva campaña a través de la televisión. Está todo pensado. A medida que informemos sobre las terribles muertes que se suceden en el mundo, controlaremos las noticias procedentes de esas áreas. El presidente y su ejército no podrán nada contra nosotros. No habrá conexiones con ultramar ni con aliados. Sólo el Templo de la Mente de Dios.

»—Y durante este Fin de los Tiempos —dije— las gentes de este país estarán aterrorizadas, pensando que van a ser exterminadas. En toda América cundirá el pánico ante esta terrible plaga.

»—Exacto, y entonces descubrirán que ha sido una bendición; y que yo he regresado de entre los muertos con una visión de un Nuevo Mundo. Comprenderán que Dios decretó que hiciéramos eso, que eligió al Templo de la Mente como su instrumento, pero que yo he estado entre los muertos. Créeme, cuando todo haya terminado, el Templo de la Mente de Dios será la única institución internacional que todavía exista, y será fácil neutralizar cualquier actitud de resistencia. Está todo planeado; tenemos líderes, y nuestras propias cadenas de radio y televisión, todo en orden.

»"Nathan debe morir en mi lugar a las seis de la tarde, y si yo muriera antes, si me sucediera algo y si doy una señal, se activaría de forma automática el plan de exterminio del mundo. Tengo mil formas de dar esa señal.

»—¿Por ejemplo? Nombra alguna.

»—¿Cómo dices?

»—¿Y si te mato ahora y salvo a Nathan y desvelo el plan que habías urdido?

»—Imposible. ¿No ves que hay soldados apostados en todas las puertas del edificio? Y recuerda los huesos. He ordenado a mis colaboradores que si opones resistencia quemen los huesos. Eso significará el fin de tu existencia.

»—¿Y si no es así?

»—¿Qué vas a hacer? Es imposible que detengas a todos los nuestros en todo el mundo; no puedes entregar este edificio en manos del enemigo. Lo tenemos todo controlado. ¿No lo comprendes? Sólo puedes estar en un sitio a la vez, aunque seas un espíritu, y tus facultades son limitadas. Cuando Rachel se suicidó justo detrás de ti ni siquiera te diste cuenta.

»—¿Crees que dejaré que sigas adelante con esta locura? —pregunté—. ¿Acaso piensas que no intentaré detenerte? ¿Crees que estoy dispuesto a ser partícipe de este horror? Pertenece a una clase de líderes nefastos. Ciro se alzó con el poder gracias a su tolerancia hacia las otras religiones que se profesaban en el imperio persa. Alejandro llevó el helenismo a Asia, unió a los asiáticos con los griegos. La Pax Romana fue una época de tolerancia. ¿No lo entiendes, cretino, no entiendes que no eres más que un destructor?

»Fui incapaz de contenerme. Gregory me miró ofendido, o mejor dicho, triste y desilusionado, pero obsesionado con llevar su plan adelante.

»—Eres como Atila, el rey de los hunos —dije—. Eres igual que Tamerlán, quien construyó unos muros con los cuerpos vivos de aquellos a los que había conquistado. Eres peor que la peste, el Ébola, el sida. ¡Eres la encarnación del mal!

»Gregory se estrujó las manos y luego se cubrió la cara.

»—Azriel, trata de comprender la belleza que encierra mi proyecto. Su magnitud. Es lo que el mundo necesita, lo único que puede salvarlo. Las naciones siempre han sido aniquiladas para dar paso a otras naciones. Los indios de América fueron exterminados para que esta gran nación pudiera prosperar. ¿Debo recordarte lo que Yahvé ordenó a Josué y a Saúl y a David? Les ordenó que aniquilaran a sus enemigos hasta que no quedara con vida un solo hombre, mujer o niño.

»"¿No entiendes, Azriel, que esto requiere coraje y una mente brillante? Un coraje increíble. Yo lo tengo. Poseo el coraje y los medios, y soy capaz de llevarlo a cabo. No me importan los reproches, las condenas. ¡Ve el futuro!

»Gregory se levantó de nuevo y se acercó al mapa con aire pensativo.

»—Una vez que todo haya comenzado, quizá comprendas mis motivos.

»—No va a comenzar —respondí al tiempo que me incorporaba.

»En el centro del mapa había una estrellita. Pero la vi demasiado tarde. Era blanca; se trataba de la estrella de David o la de los Reyes Magos. Su trascendencia había perdurado a lo largo de los años. Gregory la contempló con embeleso.

»Demasiado tarde, me di cuenta de que la había oprimido. Era un botón. Al pulsarlo Gregory había puesto en marcha su diabólico plan.

»—¿Qué has hecho? —pregunté.

»—Enviar a Nathan a la muerte. Está vestido y preparado. Dentro de cinco minutos será asesinado frente a este edificio. A partir de ese momento se iniciará la cuenta atrás. Dentro de dos horas dos tercios de la humanidad será destruida. Estás a tiempo de aprender de mí, y reza para que así sea, y convertirte en mi ayudante.

»Lo miré atónito.

»—¡Dios mío! —exclamé horrorizado, como si pronunciara una breve oración.

»—¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí? ¿Matarme? ¿Tratar de salvar a Nathan? En estos momentos él está bajando en el ascensor. Observa el monitor. ¿Lo ves?

»En efecto. En el monitor que se hallaba en lo alto de una esquina de la estancia vi una imagen borrosa de Nathan, el doble clónico de Gregory; iba desprovisto de su barba y su melena, y era sostenido por dos individuos, que se hallaban a ambos lados de él. Lucía la ropa de Gregory. Distinguí incluso el bulto que hacía la pistola que solía llevar Gregory en el bolsillo del abrigo. Horrorizado, vi cómo se abrían las puertas del ascensor y las tres figuras se dirigían hacia la puerta principal del templo, donde aguardaba la multitud.

»—No puedes hacer nada, Azriel. Volviste a la vida para ser mi mensajero. Si me matas ahora, habrás matado al único hombre a quien quizá podrías disuadir dentro de un rato de que no llevara a cabo este plan. No lo conseguirías, por supuesto, pero si me matas sólo lograrás precipitarlo. Me necesitas, Azriel. No puedes prescindir de mí.

»Desesperado, grité para invocar el hierro que necesitaba. Ya con un par de clavos en las manos, asesté a Gregory una patada que lo obligó a retroceder hacia la pared, evitando así que se acercara al mapa y pulsara más botones.

»A continuación le clavé las manos a la pared.

»Gregory hizo una mueca de dolor, pero no gritó.

»—¡Idiota! —dijo, al tiempo que cerraba los ojos como si saboreara el dolor. Luego se puso furioso.

»—¿No querías ser el Mesías? —pregunté.

»Gregory soltó unas palabrotas mientras se retorció de dolor, clavado a la pared.

»En el monitor vi la figura de Gregory, es decir, a Nathan disfrazado de su hermano, mientras se dirigía hacia la multitud.

»Me disolví y, haciendo acopio de todo mi poder, me trasladé a aquel lugar, permaneciendo invisible.

»Sin embargo, en aquel preciso instante oí los disparos de unos rifles. Oí cómo caía una lluvia de proyectiles contra el pobre e inocente Nathan. Oí los gritos de la multitud que invadía la calle.

—Nathan yacía en un charco de sangre, parpadeando bajo el resplandor del sol veraniego, mientras la muchedumbre se agolpaba horrorizada a su alrededor. Los asesinos habían sido capturados por la multitud. Se oyó el aullido de unas sirenas. Los adeptos al templo gemían y sollozaban.

»Contemplé el cuerpo de Nathan. Sus ojos brillantes y oscuros expresaban confusión. Me vi inundado por unos recuerdos que amenazaban con alejarme del momento real.

»Entonces advertí que todo había cambiado a mi alrededor. El edificio había desaparecido. La multitud se había esfumado.

»Ante mí se erguía, reluciente e inconfundible, la escalera del cielo.

»Te juro que vi con mis propios ojos una luz que otros han afirmado repetidas veces que es indescriptible. Vi una luz tan rebosante de calor, amor y comprensión que me llenó en mi invisibilidad, me llegó al corazón. Vi a Nathan ascender lentamente por la escalera del cielo.

»En la cima aparecieron Rachel y Esther. Junto a ellas había otras personas a las que no reconocí. De pronto comprendí, deslumbrado por esta maravillosa luz, que esas personas indicaban a Nathan que retrocediera, que no podía morir, que debía regresar a la Tierra.

»Nathan obedeció. Dio media vuelta, se cubrió los ojos con las manos y rompió a llorar con amargura. En aquellos momentos presentaba el aspecto de un hasid; llevaba la barba y el cabello largo que le habían cortado, y lucía su sombrero negro. Pero era un espíritu que regresaba al maltrecho cuerpo que yacía en la acera y en el que el corazón había cesado de latir.

»De pronto Rachel me llamó y eché a correr hacia la escalera. Nada me detenía. Puse un pie en ella, te lo aseguro, Jonathan; empecé a subir por la dorada escalera en cuya cima me esperaban no sólo Esther y Rachel, sino mi padre, mi propio padre, y Zurvan, mi primer maestro, y Samuel y los otros. Los vi a todos; en una fracción de segundo recuperé mi memoria por completo.

»Mi vida pasó a través de mi juventud e inocencia hasta llegar al horripilante asesinato que había puesto fin a mi existencia humana; reconocí a cada personaje y el papel que éste o ésta habían desempeñado en ella; recordé todas las enseñanzas de Zurvan; vi a todas las personas que conocía y todas las cosas que yo había hecho, buenas y malas.

»Casi había alcanzado la cima de la escalera. Nathan me observaba asombrado. De repente, Rachel avanzó hacia mí.

»—Regresa, Azriel —dijo—. Regresa y penetra en el cuerpo de Nathan. Él no es lo suficientemente fuerte para luchar contra Gregory, pero tú sí. Puedes mantener vivo su cuerpo. Te lo

ruego, Azriel.

»Nathan se volvió hacia mí; era idéntico a Gregory y sin embargo completamente puro, limpio y lleno de amor. Entonces lanzó una mirada inquisitiva a todas las personas que se hallaban reunidas en lo alto de la escalera, a pocos pasos de distancia, donde arrancaba el jardín y se extendía una luz infinitamente vasta y resplandeciente.

»—Así pues, ¿puedo quedarme con vosotros? —preguntó Nathan, mirando a Rachel, a Esther y a otros hasidim que yo no conocía, a sus mayores y los míos.

»Sentí deseos de arrojarme en brazos de mi padre.

»—¿No podemos entrar los dos? —pregunté—. ¡Te lo suplico, padre!

»—Azriel —fue Zurvan quien respondió—, debes regresar a ese cuerpo y hacer que reviva. Aunque ello signifique que jamás podrás abandonarlo. Es preciso que lo hagas.

»—Te lo ruego, Azriel —dijo mi hermosa Esther—, ya conoces los instintos perversos de Gregory. Sólo un ángel del Señor es capaz de detenerlo.

»Mi padre se echó a llorar como había hecho hacía mil años.

»—¡Hijo mío! Te amo, pero ellos te necesitan más que yo. ¡Te necesitan, Azriel! ¡Sólo si haces que resucite ese cadáver conseguirás impedir que lleven adelante su diabólico plan!

»Comprendí en el acto la lógica de su argumento. Comprendí su significado. El único medio de prevenir al mundo era frustrar el intento de asesinar a Nathan, y hacerme con las cámaras.

»Me volví y asentí con la cabeza.

»—¡Ve con Dios, Nathan! —grité.

»Oí a mis espaldas las bellas voces de quienes se hallaban en lo alto de la escalera del cielo, dándome las gracias y rezando por mí.

»De golpe aparecieron a mi derecha e izquierda los espíritus insatisfechos, que se abalanzaron hacia mí mostrándome sus rostros crispados por el odio; iban encabezados por mis antiguos amos, de quienes me había olvidado y para los cuales había cometido actos perversos.

»—¿Por qué habrías de hacer eso?

»—¿Qué necesidad tienes?

»—¡Deja que ese loco destruya el mundo!

»—¿Qué te importa lo que haga? —preguntó el mago de París.

»—Una vez más te están utilizando. ¡No dejes que lo hagan! —declaró mi amo el mameluco, a quien yo había asesinado nada más invocarme.

»—¡Perderás toda tu fuerza!

»—Serás un mortal atrapado en ese cuerpo; morirás atrapado en él, debido a las heridas que ha sufrido.

»—¿Por qué convertirte en un desdichado mortal cuando puedes ser un espíritu libre?

»Detrás de esos rostros y voces vi legiones de espíritus rencorosos, envidiosos y amargados.

»Alcé la vista y contemplé la escalera del cielo. Los vi a todos reunidos en lo alto de la misma, en torno a Nathan, abrazados entre sí. Rachel me lanzó un beso. Esther agitó la mano en un gesto infantil. Luego empezaron a disiparse poco a poco, dejando una fulgurante estela. Mi padre se convirtió en un intenso y puro resplandor.

»Contemplé la luz, y dejé que me invadiera. Saboreé una fracción de segundo de comprensión, en

paz con todas las cosas, en paz con todo lo que me habían hecho y con lo que había hecho yo, y con todo lo que había ocurrido; el mundo cobró un nuevo significado. Un maravilloso significado. Los millones de pobres, de hambrientos, de insatisfechos, los guerreros, no eran unos parásitos como había dicho Gregory, sino unas almas.

»—No —respondí a los espíritus insatisfechos—. Debo hacerlo.

»—Penetra en su cuerpo, resucítalo —dijo Zurvan—, aunque eso signifique perderlo todo.

»—¡Mi amor te acompañará siempre, Azriel! —gritó Nathan, quien había empezado a convertirse en un resplandor, como los otros.

»De pronto me sumí en la oscuridad. Sentí que algo tiraba de mí, la fuerza mecánica más poderosa que jamás hubiera experimentado, y me sentí invadido por el dolor, en los pulmones, el corazón, las piernas y los brazos, y miré el luminoso cielo con los ojos entornados mientras unos hombres me depositaban en una camilla, al igual que habían hecho con Esther.

»Me volví hacia un lado, dejando asombrados a los hombres que me atendían, pero ya no vi la escalera del cielo, ni la luz, sólo el templo, y la multitud que no cesaba de gritar.

»Me incorporé en la camilla y salté de ella. Los asistentes sanitarios retrocedieron atónitos. Era lógico: más de una de las heridas de mi cuerpo eran mortales.

»Vi las cámaras e indiqué a los reporteros que se acercaran.

»—Avisad a vuestro Gobierno, a vuestras agencias —imploré al tiempo que extendía las manos en un gesto desesperado—. Rodead este edificio y registradlo de inmediato. Un impostor ha intentado matarme. El edificio está repleto de unos virus letales; hay millares de adeptos del templo distribuidos por todo el mundo, dispuestos a arrojarlos sobre la humanidad. Es preciso detenerlos. Debéis tratar de alcanzar el piso treinta y nueve. Allí encontraréis una estancia donde estará el mapa, y el impostor, clavado a la pared. ¡Rápido! Os autorizo a entrar en el Templo de la Mente. Llevad vuestras armas.

»Al mirar a mi alrededor observé que la gente había sacado esos pequeños teléfonos portátiles que se abren, y hablaban a voces a través de los mismos.

»—Se trata de un impostor —dije—, mi hermano mellizo, que se ha propuesto llevar a cabo un increíble plan para destruir el mundo.

»Todas las cámaras de televisión me estaban enfocado.

»—El Templo de la Mente está implantado en todos los países del mundo y debe ser destruido. Todos los edificios contienen gas venenoso y unos virus letales. Debéis destruir todos los Templos de la Mente, se encuentren donde se encuentren. No hagáis caso de sus mentiras. Han intentado asesinarme, pero estoy vivo y quiero que sepáis lo que se proponen.

»Sentí que las fuerzas empezaban a abandonarme. Mi corazón latía débilmente. Comprendí que sufría una intensa hemorragia interna, que estaba destrozado. Extendí la mano y cogí un micrófono. Oí mi voz, aunque tenía el tono de Nathan, decir en voz alta:

»—¡Prestad atención, adeptos al Templo de la Mente! ¡Han engañado a vuestro líder y han atentado contra su vida! ¡Penetrad en el edificio y destruid a quienes os han engañado!

»Noté que estaba a punto de perder el conocimiento. Agarré la mano de una joven, una reportera que estaba junto a mí e iba acompañada por un reportero armado con una cámara que captaba cada uno de mis gestos, cada bocanada de aire que aspiraba o exhalaba.

»—Los servicios secretos, las autoridades sanitarias de todo el mundo... Debéis alertarlos. Cada edificio contiene suficiente cantidad de virus mortales para destruir una ciudad, incluso ésta.

»Tenía la vista nublada. Apenas distinguía las siluetas de las personas que me rodeaban, pero vi que algo había distraído su atención.

»De pronto la multitud prorrumpió en gritos. Me volví bruscamente, y a punto estuve de caer de la camilla; los médicos que me atendían corrieron a sostenerme. Frente a la puerta de cristal del edificio apareció Gregory, sangrando a través de las heridas de sus manos, gritando como un poseso mientras sus seguidores, confundidos y asustados, trataban de reducirlo.

»—¡Soy Gregory Belkin! —gritó—. ¡Ese hombre es un impostor! ¡Mirad, mis manos están sangrando! ¡Detened a ese demonio! ¡Detened a ese embustero!

»Me sentí muy débil, y temí caer desmayado. Miré a mi alrededor y entonces recordé que había una pistola en el bolsillo izquierdo de mi abrigo. Gregory había equipado a Nathan con todo detalle después de drogarlo, incluyendo su pistola personal. Era su pequeña pistola, la que Gregory llevaba encima la noche en que lo había visto por primera vez, esa que siempre lo acompañaba.

»Saqué la pistola y la multitud gritó y retrocedió horrorizada. Me dirigí tambaleante hacia Gregory y antes de que sus guardaespaldas reaccionaran, antes de que alguien lo impidiera, empecé a disparar contra él. Le disparé una y otra vez. Gregory me miró con estupor cuando la primera bala le alcanzó en el pecho; el segundo impacto le hizo saltar por los aires, como si pidiera ayuda, y el tercero le dio en la cabeza. Antes de que alguien lograra detenerme, disparé por cuarta vez. Gregory cayó muerto sobre la acera.

»A mi alrededor había estallado un griterío ensordecedor. Alguien me quitó la pistola de las manos con cautela. Oí un incesante parloteo a través de los teléfonos móviles. Ví a unos hombres armados echar a correr hacia la puerta del Templo y el cadáver de Gregory. Ví a unos hombres dejar sus pistolas y poner las manos en alto. Oí unos disparos. Me volví y caí en brazos de un joven médico, que me contemplaba horrorizado.

»—Es preciso actuar con rapidez —dije en tono implorante—. ¡Apresúrate! El templo se propone aniquilar a la población entera de numerosos países. Están preparados para ello. Ese hombre que he matado era un loco. Él fue quien ideó ese diabólico plan. ¡Apresúrate!

»Luego sentí que caía, no en la densa e impenetrable oscuridad del sueño de un espíritu, sino en una agonía mortal; el dolor me impedía articular palabra. Noté el sabor de sangre en la boca.

»—Llama al rabino Avram —dije—, y a la esposa de Nathan. —Rogué para que las palabras acudieran a mis labios, y con ellas los nombres de la comunidad y de la corte en Brooklyn. Alguien dijo el título que solían aplicar al rabino Avram—. Sí, es él. Llamadlo y decidle que he matado al impostor.

»Me encontré tendido de nuevo en la camilla, mirando el cielo y parpadeando para protegerme de su intensa luminosidad. ¿Es suficiente? ¿Lograré detener esa locura? Cerré los ojos. Noté que la ambulancia se ponía en marcha y que me colocaban una mascarilla de oxígeno. Al abrir los ojos vi sobre mí un rostro inocente.

»Aparté la mascarilla de plástico y dije:

»—Comunicadme con la gente que puede detener el proyecto del templo.

»Alguien me pasó un teléfono. Yo no conocía la identidad de la persona a quien formulé mi

último ruego:

»—Es el virus Ébola —dije—, una mezcla de cepas viejas y nuevas, desarrollado para matar a la gente en cinco minutos. Está en unos cartuchos. Apresuraos. El gas y el virus se hallan almacenados en los Templos de la Mente de varias ciudades de Asia, Oriente Medio y África, y a bordo de unos barcos. Los aviones están listos para despegar. Al igual que los helicópteros. Decid a todos los adeptos de buena voluntad que deben colaborar con vosotros. El noventa y nueve por ciento de ellos son inocentes. Decidles que desconfíen de sus líderes locales. Debéis cercarlos y llegar a ellos antes de que empiece todo. Esas personas no se detendrán ante nada, están decididas a matar.

»Tras estas palabras, perdí el conocimiento. Seguí balbuciendo, esforzándome, sintiendo dolor, pero estaba inconsciente. El cuerpo humano había sucumbido, estaba a las puertas de la muerte. Pero ¿había hecho lo suficiente?

»Me desperté en la sala de urgencias, rodeado de gente. El rabino se hallaba junto a mí. Vi su barba blanca, sus ojos anegados de lágrimas; vi a Sarah, la esposa de Nathan. Dije en yiddish:

»—Asegúrales que digo la verdad. Gregory tenía planeado que su cadáver, es decir, el de Nathan, fuera identificado como el suyo. Diles que soy tu nieto bueno. Todo está oscuro, confuso. Creo que voy a morir.

»El rostro de Sarah se inclinó sobre mí, sus rasgos desdibujados.

»—¿Nathan? —murmuró.

»Me volví y le indiqué que acercara el rostro a mis labios.

»—Nathan camina con Dios, Nathan ya no existe —dije—. Lo vi ascender hacia los brazos de las personas que amaba. No temas. No temas nada. Yo mantendré su cuerpo vivo durante el tiempo que sea posible. Ayúdame.

»Sarah se puso a sollozar de forma desconsolada mientras me acariciaba la frente con dulzura.

»—¡Lo estamos perdiendo! —exclamó una voz—. ¡Todo el mundo fuera! ¡Fuera!

»El mundo se oscureció, aunque yo aún era capaz de reconocer los rostros y objetos que me rodeaban. Sentí la misma paz que había experimentado cuando reinaba la luz, cuyo recuerdo era tan penetrante como una fragancia. La oscuridad se hizo más densa y luego noté que me movían.

»Me di cuenta de que subíamos en un ascensor. Vi aparecer una figura en medio de las tinieblas que me rodeaban. No sabía si era buena o maléfica. Al hablar reconocí su voz, así como las palabras que pronunciaba en griego:

»—El propósito es amar y comprender, valorar... —murmuró.

»Volví a sumirme en la oscuridad. Creo que pensé: “¿Aparecerá ahora la escalera del cielo? ¿Me habré hecho acreedor a ella? ¿Conseguiré al fin lo que ambiciono?”. Luego volví a perder el conocimiento.

»Desperté en una habitación de lo que llaman cuidados intensivos. Me hallaba conectado a unos aparatos. Junto a mí había varias enfermeras. Unos personajes importantes esperaban hablar conmigo, unos jefes militares y cabezas de Estado.

»El dolor se había atenuado y tenía la boca reseca. Era un ser mortal, un ser mortal que se sentía por completo desvalido. Tenía que permanecer dentro de aquel cuerpo. Yo era el único cuerpo al que esos hombres prestarían atención.

»En aquel momento apareció el rabino. Antes de reconocer su rostro vi sus ropas negras, su



cabello canoso y su barba blanca. Luego noté la proximidad de sus labios junto a mi oído. Esta vez se expresó en la antigua lengua aramea.

»—Han detenido el plan. El ADN que consta en el expediente del hospital confirma que eres Gregory. He declarado que el hombre al que mataste era un demonio que suplantó a mi nieto. Lo cual, en cierto modo, es verdad. Todos los Templos de la Mente han sido tomados por la policía. Los científicos y cerebros de la organización se han rendido. Se han practicado numerosas detenciones. Han cortado de raíz las perversas actividades que llevaba a cabo el templo en todos los países. —El anciano emitió un profundo suspiro y añadió—: Todo te lo debemos a ti.

»Traté de apretarle la mano, pero me di cuenta de que las mías estaban sujetas a los costados del lecho. Suspiré y cerré los ojos.

»—Deseo morir aquí, si es posible —dije al rabino, expresándome de nuevo en arameo—. Deseo morir dentro del cuerpo de tu nieto. Confío en que Dios me acoja en sus brazos. ¿Querrás darme sepultura?

»El rabino asintió con la cabeza. Luego me quedé dormido. Me sumí en un sueño agitado, ligero, mortal, vivo.

»Me desperté ya avanzada la noche. Las enfermeras se encontraban al otro lado de un cristal. Sólo los monitores y los aparatos a los que estaba conectado me mantenían con vida y velaban por mí. El rabino ocupaba una silla que había junto a mi lecho; estaba dormido.

»Sobresaltado, me di cuenta de que me encontraba dentro de mi propio cuerpo. Era Azriel. Haciendo acopio de toda mi voluntad, me transformé de nuevo en Nathan. Esto era sólo una fantasía. Podía rodear el cuerpo mortal y hacer que se moviera, pero ese tipo de posesiones habían terminado.

»Volví la cabeza y me eché a llorar.

»—¿Dónde está la escalera, Señor? ¿Acaso no he sufrido bastante?

»Luego, en un abrir y cerrar de ojos, me convertí de nuevo en Azriel, y me di cuenta de que ya no estaba conectado a unas agujas y a unas máquinas. Me levanté sintiéndome fuerte, sólido, intacto dentro de mi cuerpo, vestido con mis ropas babilonias favoritas en azul y oro. Lucía mi característica barba y bigote. Era Azriel.

»Observé al rabino, que seguía dormido. Vi a Sarah, acostada sobre el frío suelo.

»Salí de la habitación. Al verme, se acercaron dos enfermeras para advertirme que no podía permanecer allí sin permiso, y que el hombre que yacía postrado en la habitación estaba muy grave.

»Me volví y contemplé su cuerpo. Estaba muerto, como lo había estado desde el momento en que las balas le habían alcanzado. De pronto sonaron las señales de alarma.

»El rabino se despertó. Sarah se levantó forma apresurada. Ambos contemplaron el cadáver de Nathan.

»—Ha muerto en paz —dije, y besé a la enfermera en la frente—. Hicisteis cuanto pudisteis para salvarlo.

»Luego abandoné el hospital.

## 25

—Caminé a través de la ciudad de Nueva York. Cuando llegué al templo, vi que se hallaba rodeado de policías y militares de diversa graduación. Era evidente que habían tomado el edificio y habían evacuado a los perversos seres que lo ocupaban.

»Apenas nadie reparó en mí; supongo que me tomaron por un loco vestido con ropas de terciopelo. Por doquier había adeptos que no cesaban de gemir y llorar.

»Me dirigí al parque donde los seguidores de Gregory yacían entre sollozos sobre la hierba y debajo de los árboles mientras entonaban himnos y declaraban que no creían que todo fuera un fraude. Les resultaba imposible creerlo. El mensaje del templo se basaba en el amor: sé amable, sé bueno.

»Me detuve unos momentos y luego, utilizando todo mi poder, me transformé en Gregory.

»Me resultó en extremo difícil, y no fue menos difícil mantener esa transformación.

»Luego me encaminé hacia ellos y cuando se pusieron en pie, les pedí que guardaran silencio.

»Hablando con la voz de Gregory, les dije que era un mensajero que había sido enviado para comunicarles que su líder estaba desquiciado, pero que el mensaje de amor se mantenía vigente.

»A los pocos instantes me vi rodeado por una enorme multitud. Seguí hablando y respondiendo a preguntas sencillas sobre sus pláticas, el amor, el hecho de compartir, la salud del planeta, etcétera, confirmando que eso era bueno. Por último cité las palabras de Zurvan:

»—“Amar y aprender y ser bondadoso” —dije.

»Estaba agotado.

»Me esfumé.

»Pasé, invisible, frente a las ventanas del Templo de la Mente.

»—Los huesos —musité—. Condúceme hasta los huesos.

»Me encontré en una habitación donde había un horno. Estaba vacío y nadie lo vigilaba, puesto que se hallaba en funcionamiento. Abrí la puerta del horno y vi los huesos, indemnes. Sólo era el viejo esqueleto.

»Saque el esqueleto del horno, dejando que se balanceara en sus viejos alambres, e invoqué la fuerza que necesitaba para que mis manos tuvieran la dureza del acero y aplastaran el cráneo hasta hacerlo pedazos, restregando los fragmentos del esqueleto unos contra otros hasta reducirlos a polvo, un polvo dorado.

»Hice todo esto desde la invisibilidad, triturando cada uno de los huesos entre mis manos hasta que sólo quedó un reluciente polvillo dorado, el cual desapareció por el sistema de ventilación. Abrí

la ventana que daba a la calle y el polvo dorado salió volando, arrastrado por una fuerte ráfaga de aire fresco.

»Lo observé hasta que desapareció la última mota de polvo, dejando sólo unos puntitos dorados aquí y allá. Luego llamé para que subieran a limpiar la habitación y se lo llevaran todo, y al cabo de un rato no quedaba ni una sola mota de polvo dorado.

»Me detuve a reflexionar, a examinar la situación.

»Entonces descubrí que me había vuelto visible, que estaba por completo vestido.

»Salí de la habitación. La calle estaba atestada de policías. Habían acudido numerosas personas de los centros de control de enfermedades, así como miembros del Ejército. No era el momento de exhibirme ante esas gentes aterrorizadas.

»Además, tenía cosas que hacer. No me apetecía, pero debía hacerlo. Había ingentes cantidades de veneno almacenado en muchos lugares vulnerables. Había muchos locos preparados para desencadenar una masacre que acaso los militares no lograrían impedir.

»Me desembaracé del cuerpo —lo cual me supuso de nuevo un gran esfuerzo—, ascendí a través del edificio y recorrí volando medio mundo, hasta aterrizar en el Templo de la Mente en Tel Aviv.

»Los soldados tenían rodeado el edificio. Penetré en él, invisible, y liquidé a todos los seguidores de Gregory que se resistieron. Maté a los médicos que custodiaban las armas tóxicas. Me moví con rapidez, asestando unos golpes certeros, sin hacer el menor ruido. A mi paso dejé un rastro de muerte.

»Me sentía cansado y triste, pero había cumplido mi misión con eficacia.

»A continuación me trasladé a Jerusalén, donde comprobé que todos los seguidores de Gregory se habían rendido. La ciudad se hallaba a salvo.

»En Teherán la situación era distinta. De nuevo, maté sin contemplaciones a todos cuantos se resistieron, esta vez confieso que con perversa satisfacción. Asumí una forma física espectacular para liquidarlos, a fin de aterrorizar a los adeptos más supersticiosos, practicantes de antiguas religiones que se habían convertido a la fe propugnada por Gregory. ¡Ah, vanidad! En el fondo, esa exhibición me produjo náuseas. La sangre había perdido el fulgor de los rubíes. El temor que vi reflejado en los ojos de mis víctimas no me complació.

»De todos modos, supongo que mis juegos no dejaban de ser instructivos y por tanto provechosos. El caso es que maté a todos los miembros del templo de Teherán que no se arrodillaron ante mí implorando clemencia, a aquellos que no depusieron sus armas y se rindieron.

»Había otros templos que exigían mi intervención.

»No voy a recitarte toda la letanía de mis matanzas.

»Sólo te diré que analicé la situación de cada templo, para comprobar si había sido “neutralizado”, como dirían los militares modernos, y presté mi ayuda en los casos en que ésta se imponía. Al final acabé rendido.

»Sabía que el mundo moderno debía completar esta tarea. Sabía que debía parecer como si el propio mundo hubiera derrotado a Gregory Belkin y el Templo de la Mente. Dejé ciertas victorias a los seres humanos.

»Esas matanzas me demostraron un par de cosas. Comprendí que ya no gozaba matando. Que ya no quedaba nada del *mal'ak* en mí.

»Lo que me fascinaba, lo que me obsesionaba, era el amor.

»Lo cierto es que mis últimas misiones sangrientas —el exterminio de unos adeptos muy peligrosos en Berlín y España— las llevé a cabo con disgusto y no poco esfuerzo, pues estaba al límite de mi resistencia y fortaleza.

»Las batallas para acabar con los templos proseguirían sin mi intervención.

»Yo había terminado.

»Sentí una profunda sensación de descanso. Asumí con gran facilidad mi propia forma corpórea, una consecuencia natural de la preocupación, o quizá debido a un momento de distracción. El caso es que adopté el cuerpo de la persona que ves ante ti, capaz de sentir, oler y caminar tranquilamente por el mundo. La invisibilidad se convirtió en una hazaña, lo cual no deja de ser interesante.

»Durante una semana me dediqué a recorrer la Tierra.

»Recorrí numerosos lugares.

»Visité las arenas desiertas de Irak y las ruinas de las ciudades griegas. Entré en los museos que albergan las obras de arte más importantes de mi época y las contemplé admirado y en silencio.

»Tuve que hacer acopio de gran energía para trasladarme de un lugar a otro bajo la forma de un espíritu, pero tanto bajo ésta como bajo una forma corpórea me sentía muy fuerte. Sin embargo, asumir otra forma me resultaba cada vez más complicado.

»Como sabes —tú mismo lo viste—, cuando invoqué el cuerpo de Nathan para penetrar en él no se produjo una unión de mis células con las suyas. Su cuerpo estaba corrompido y lo envié de regreso a su sepultura, avergonzado por haberlo turbado.

»Estudiaba. Paseaba. Visitaba librerías y bibliotecas. Me pasaba las noches leyendo, sin dormir. Contemplaba continuamente la televisión, observando cómo tomaban y destruían los Templos de la Mente de numerosos países. Me enteré de que se habían producido suicidios en masa. Lo veía todo mezclado con las demás noticias del mundo. La toma de los templos ocuparon los titulares a principios de semana. Al final de la misma, todavía era noticia de primera plana en *The New York Times*, pero ya la situaban en una esquina inferior.

»Las revistas ostentaban unas portadas llenas de colorido, y con cada nuevo número que se publicaba aparecía una nueva historia.

»El mundo continuaba girando. Leí tus libros. Los leí por las noches. Me presenté en tu casa de Nueva York.

»Luego vine aquí, para hablar contigo. ¿Recuerdas? Tenías mucha fiebre.

»El resto, ya lo sabes. Aún puedo cambiar mi forma; todavía puedo desplazarme de forma invisible. Sin embargo, cada vez me cuesta más transformarme en otra persona. ¿Comprendes?

»No soy humano. Soy el espíritu en el que soñé que me convertiría durante aquellos terribles y tenebrosos momentos, cuando la rebeldía y el odio constituían mi única fuente de vitalidad.

»Ignoro lo que ocurrirá de ahora en adelante. Tú tienes mi historia. Podría contarte más detalles sobre mis perversos amos, sobre un sinfín de cosas que vi, pero todo será revelado a su debido tiempo.

»Éste es el fin de mi aventura. La conclusión. No estoy muerto. Soy fuerte. No tengo taras. Tal vez sea inmortal. ¿Qué opinas, Jonathan? ¿Qué más puede exigirme Dios?

»¿Me olvidarán Esther y Nathan? ¿Es ésa la naturaleza del éxtasis más allá de la luz, el olvidar y

aparecer sólo cuando eres invocado?

»Los he invocado una y otra vez, de forma insistente, pero no me responden. Sé que están a salvo. Sé que algún día es posible que vea esa luz. Aparte de eso, el propósito de la vida es aprender a amar, y eso es lo único que me propongo hacer.

»¿Será la sangre de Gregory lo que me obliga a recorrer el mundo sin descanso? No lo sé. Sólo sé que he salido indemne de la aventura y que esta vez pensé en mi propio provecho.

»He matado, sí, pero no lo hice por una causa sino para impedir que ésta se extendiera. No lo hice por un amo, sino para impedir que un individuo se erigiera en dueño del mundo. No fue por un concepto, sino por muchos conceptos. No lo hice en nombre de esa muerte que yo ansiaba por encima de todo, por la grandeza de elegir el momento de morir. No, no fue por eso. Lo hice en nombre de la vida, para que otros sobrevivieran. Me volví de espaldas a la luz y maté al hombre que había urdido un diabólico plan.

»Tenlo bien presente, Jonathan, cuando escribas mi historia. Yo maté a Gregory Belkin. Yo lo asesiné.

»¿Me tendrá reservado Dios un lugar especial? ¿Me ha facilitado las cosas? ¿Me ha procurado visiones y signos portentosos? ¿Era el dios Marduk mi espíritu guardián? ¿O acaso él y todos los espíritus que vi eran meros sueños del corazón humano solitario que aspira continuamente a alcanzar el cielo?

»Quizá mi historia no constituya sino un caos, otro capítulo en la interminable saga de los torpes pero asombrosos logros de la mezquina naturaleza humana, los torpes pero asombrosos anhelos de las almas mezquinas. La mía, la de Gregory...

»Quizá todos seamos unas almas mezquinas. Pero recuerda lo que te he relatado, lo que he visto con mis propios ojos. Renuncié a la luz del cielo, cometí otro asesinato. La muerte se hallaba presente en mi historia desde el principio.

»Sin embargo, en última instancia, no sé más sobre la muerte que cualquier otro ser humano. Tal vez menos que tú.

## **CUARTA PARTE**

## LAMENT

---

Cry not, my baby.  
Cry.  
I know a frog ate a white moth.  
The frog did not cry.  
That's why he's a frog.  
The moth did not cry.  
Now moth is not.  
My baby, cry not. Cry. There is much to do.  
I will cry too.  
I will cry for you.

Stan Rice, *Some Lamb*, 19751\*

---

\*LAMENTO / No llores, mi niño. / Lloro. / Conozco una rana que se comió una polilla blanca. / La rana no lloró. / Por eso es una rana. / La polilla no lloró. / La polilla ya no existe. / No llores, mi niño. Lloro. Hay mucho que hacer. / Yo también lloraré. / Lloraré por ti. / Stan Rice, *Some Lamb*, 1975.

## 26

Había amanecido. Era una mañana fría, límpida y silenciosa. Azriel dijo que tenía que dormir más, pero no antes de haberme preparado el desayuno. Me preparó unas gachas calientes y luego nos acostamos y dormimos uno junto al otro.

Cuando se despertó, sonrió y dijo:

—Jonathan, no voy a dejarte aquí. Estás muy enfermo y debes regresar a casa.

—Lo sé, Azriel —respondí—. Me gustaría preocuparme de esas cosas, pero lo único que me interesa es lo que me has relatado. Toda la historia se halla en esas cintas, ¿no es así?

—Sí, por duplicado —contestó Azriel con una carcajada—. Ya la escribirás cuando te sientas bien, pero si no lo haces prométeme que se la transmitirás a otra persona. Ahora iré a prepararlo todo para llevarte a casa.

Al cabo de una hora teníamos hecho el equipaje y estábamos sentados en el todo terreno. Azriel había apagado el fuego y las velas en la cabaña. Yo tenía todavía un poco de fiebre, pero él me había abrigado bien y me había obligado a ocupar el asiento trasero para que pudiera dormir cómodamente. Sostenía las cintas en mis brazos.

Azriel conducía a gran velocidad, como un loco, pero supongo que no puso en peligro la vida de nadie.

De vez en cuando alzaba la vista y yo lo veía sentado en el asiento del conductor, su larga y espesa cabellera rozándole los hombros. Él se volvía y sonreía.

—Procura dormir, Jonathan.

Cuando enfilamos el camino de entrada de mi casa, mi esposa salió corriendo a recibirnos. Me ayudó a apearme del asiento posterior del vehículo y luego aparecieron mis dos hijos menores, los que aún viven con nosotros, que me ayudaron a subir a mi habitación.

Yo temía que Azriel desaparecería para siempre. Sin embargo, entró con nosotros y se paseó por la casa como si fuera la cosa más normal.

Besó a mi esposa en la frente y besó a mis dos hijos.

—Tu marido no podía quedarse allí. Hacía un tiempo de perros. Tiene fiebre.

—Pero ¿cómo diste con él? —preguntó mi esposa.

—Vi una luz que se filtraba por la chimenea. Jonathan y yo hemos tenido unas charlas muy agradables.

—¿A dónde irás? —le pregunté, incorporado sobre un montón de almohadas.

—No lo sé —respondió Azriel acercándose al lecho.



Yo estaba cubierto con dos edredones, y el ambiente, acorde con la temperatura de mi mujer, me pareció exageradamente caldeado, aunque me alegraba de estar en casa.

—No te vayas, Azriel —dije.

—Debo irme, Jonathan. Debo seguir recorriendo el mundo. Quiero viajar y aprender. Deseo ver cosas. Ahora que lo recuerdo todo podré estudiar y comprender mejor las cosas. Sin memoria la percepción no existe. Sin amor, es imposible apreciar lo que te rodea.

»No te preocupes por mí. Regresaré a las arenas de Irak, a las ruinas de Babilonia. Tengo la extraña sensación de que Marduk está allí, perdido, sin nadie que lo venere, sin un altar ni un templo, y voy a buscarlo. No sé. Quizá sea un sueño absurdo. Pero todas las personas que amé, excepto tú, han muerto.

—¿Y los hasidim?

—Quizá regrese a verlos dentro de un tiempo, no lo sé. Debo pensar si mi visita puede resultar beneficiosa o contraproducente. A partir de ahora sólo me interesa hacer el bien.

—Te debo la vida, y nada en mi vida volverá a ser igual que antes. Escribiré tu historia —le prometí—. Ahora ya sabes quién eres.

—¿Un hijo de Dios? —preguntó Azriel al tiempo que se echaba a reír—. No lo sé. Sólo sé que Zurvan estaba en lo cierto, que en definitiva existe sólo un Creador, más allá de la luz que vislumbré. Ahora comprendo que lo único importante es el amor y la bondad.

»No quiero volver a sentirme devorado por la ira o el odio, y no lo consentiré, por arduo y largo que sea mi camino. Me conformo con vivir según los principios de aquella palabra. ¿La recuerdas? *Altashheth*. “No destruirás”. Eso es suficiente. *Altashheth*.

Azriel se inclinó sobre mí y me besó.

—Cuando escribas mi historia, no temas llamarme el Sirviente de los Huesos, pues eso es lo que soy, aunque no soy el sirviente de los huesos de un desdichado joven de Babilonia ni de un perverso mago que realiza sus encantamientos en una estancia iluminada por velas, ni tampoco de un pérfido sumo sacerdote ni de un rey que sueña con alcanzar la gloria.

»Soy el Sirviente de los Huesos que yacen en el inmenso campo que describió Ezequiel, los huesos de todos nuestros hermanos humanos.

Azriel recitó las palabras de Ezequiel en hebreo, unas palabras que todo el mundo puede leer en la edición King James:

*El Señor posó su mano  
sobre mí, y me condujo  
en el espíritu del Señor,  
y me depositó en medio de un valle  
sembrado de huesos,  
... y contemplé  
un sinfín de huesos que yacían en  
aquel valle, los cuales estaban muy secos.*

—¿Quién sabe? —continuó Azriel—. Quizás algún día cobren vida de nuevo. O quizás el viejo profeta se refería a que un día todos los misterios quedarán explicados, todos los huesos serán reverenciados, todos los que hemos vivido conoceremos la razón de nuestros sufrimientos en este mundo. —Entonces me miró sonriendo y agregó—: Tal vez algún día los huesos del hombre proporcionen a los científicos el ADN de Dios.

Yo no sabía qué contestar, pero también sonreí y dejé que prosiguiera.

—Sin embargo, antes de partir debo confesarte que ansío que llegue el día en que desaparezca la línea divisoria entre la vida y la muerte y alcancemos la eternidad que soñamos. Adiós, Jonathan, mi buen amigo. Te amo.

Eso sucedió hace un año.

Fue la última vez que hablé con él.

Desde entonces lo he visto en tres ocasiones, dos de ellas en los informativos de la televisión.

La primera vez que lo vi se hallaba entre un grupo de médicos y técnicos sanitarios que se afanaban en atajar una epidemia de cólera que había brotado en Sudamérica. Vestía una sencilla bata blanca y daba de comer a los niños enfermos. Su cabello, sus ojos... eran inconfundibles.

La siguiente vez lo vi en un reportaje sobre Jerusalén que pasaron por televisión. Yitzak Rabin, el primer ministro de Israel, había sido asesinado el día anterior.

Azriel era un rostro entre la multitud, que al divisar la cámara se volvió y se dirigió hacia ella.

Parecía mirarme fijamente a través del objetivo.

El locutor habló de una ciudad y un país que lloraban la trágica muerte de su líder. El mundo lloraba la muerte de un hombre que había deseado alcanzar la paz con los árabes, y que había caído asesinado.

Azriel contemplaba la cámara fijamente, y ésta enfocó durante unos instantes su rostro. Azriel me miraba a mí, en silencio, con aire pensativo. Iba vestido con unas sencillas ropas negras.

La cámara y el locutor prosiguieron con su tarea.

La tercera vez vislumbré su rostro apenas unos segundos, pero sabía que era Azriel. Ocurrió en Nueva York. Me dirigía en taxi al centro de la ciudad, navegando presuroso entre el tráfico de primeras horas de la tarde, cuando al volver la cabeza vi a Azriel caminando por la calle.

Iba vestido de forma elegante, con su encrespada melena larga y suelta, como de costumbre. Presentaba un aspecto magnífico mientras paseaba sin prisas, contemplándolo todo con expresión de asombro y curiosidad. De pronto se volvió como si hubiera intuido mi presencia; miró a su alrededor con perplejidad. Sin embargo, el taxi siguió avanzando a gran velocidad. Me volví, pero unos camiones me impidieron ver a Azriel. Recorrimos varias manzanas, sorteando y tratando de adelantar a los otros vehículos. No sabría decir en qué lugar lo había visto.

Me dije que quizá no se tratara de Azriel, que no tenía la certeza de que fuera él.

Por otra parte, sabía que si él quería sabía dónde localizarme. El caso es que no fui en su busca.

Me ha llevado doce meses preparar este libro para su publicación, y publicarlo bajo el manto del anonimato con el fin de evitar que mis colegas de la universidad se burlen de mí y que aquellos que decidan leerlo no se sientan violentos al conocer mi identidad.

Aquí lo tienen: el relato del Sirviente de los Huesos y la historia verídica de cómo acabó la secta del Templo de la Mente. O bien la historia de un alma y sus sufrimientos, su negativa a darse por vencida y su victoria.

Azriel, si lees este libro y te complace, comunícamelo. Puedes telefonarme, escribirme una nota o venir a verme. Lo que prefieras. Mi vida no ha vuelto a ser la que era antes de conocerte.

En cualquier caso confío en que, estés donde estés, te sientas feliz y satisfecho de hacer el bien. Eso es lo más importante para ti, estoy convencido de ello.

*Altashheth.*

11.50 de la noche.

11 de julio de 1995.



ANNE RICE (Nueva Orleans, 4 de octubre de 1941). Nacida bajo el nombre de Howard Allen O'Brien, desde pequeña cambió su nombre a «Anne». Se casó con el difunto poeta y pintor Stan Rice en 1961, con quien tuvo dos hijos, una niña, Michele en 1966 y que murió de leucemia a los 5 años de edad y el famoso escritor Christopher Rice (que nació en 1978).

Desde pequeña estuvo interesada en temas de vampiros y brujas. En su carrera como escritora, también ha publicado con los pseudónimos Anne Rampling y A. N. Roquelaure, este último en sus primeros años y para temas más orientados a adultos, sus libros contienen constantemente mezclas de lo horroroso con lo lujurioso, destacándose en sus historias de ficción los sentimientos homoeróticos que sienten sus personajes. Sus más importantes obras bajo estos pseudónimos son la Trilogía de la Bella Durmiente, donde Rice dejó volar su imaginación portentosa situando la acción en parajes lejanos y palacios.

Su primer libro, *Interview With The Vampire* (*Entrevista con el vampiro* en español) fue escrito en 1973 y publicado en 1976. En 1994 Neil Jordan realizó una película basada en su libro y protagonizada por Kirsten Dunst, Tom Cruise, Brad Pitt y Antonio Banderas. En 2002, Michael Rymer llevó a la pantalla el tercer libro de la serie *Crónicas Vampíricas*, titulado *Queen Of The Damned* (*La reina de los condenados*). La película fue criticada por su falta de coherencia respecto al libro original. El segundo libro de la saga, *Lestat, The Vampire* se convirtió en un musical de Broadway.

El 30 de enero de 2004, Anne Rice anunció que dejaría Nueva Orleans para mudarse al suburbio de Jefferson Parish, Luisiana. Ya puso la más grande de sus tres casas en venta y planea vender las otras dos. Vive sola desde la muerte de su esposo y la mudanza de su hijo a otro estado. Aunque algunos

aseguran que desea más privacidad de los fanáticos que acampan días en las afueras de su casa, hasta 200 personas han sido contadas esperándola después del servicio dominical de la iglesia. También es muy requerida en las firmas de libros para los fans del género.

Rice pasó recientemente por un mal momento profesional cuando tuvo la oportunidad de leer unas malas reseñas que escribían algunos usuarios de Amazon.com sobre su libro *Blood Canticle*. La actitud de la escritora fue calificada de ridícula y fuera de lugar.

Últimamente la popularidad de Anne Rice ha decrecido bastante, en parte por la mala acogida de la crítica literaria a sus últimas obras. Las más recientes, como *Sangre y Oro*, la biografía de uno de sus personajes más queridos por ella y por los lectores, Marius, no ha conseguido el volumen de ventas esperado, en parte debido al reciclaje intelectual que la propia autora ha hecho de sus libros, que se parecen demasiado los unos a los otros y no alcanzan el esplendor, la novedad, y la maestría de otros títulos anteriores.

En 2009 salió a la luz su nueva novela *La hora del ángel* aunque en España no vio la luz hasta en 2010, ésta fue la primera novela de la saga *Songs of the Seraphim* (*Crónicas angélicas*, en España). La segunda parte se publicó en 2011, con el título *La Prueba del ángel*. Finalmente en septiembre de 2012, la escritora americana se ha decidido por una novela que trate de la temática de los licántropos con el libro *El Don del Lobo*.